

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080015984



SERMONES

INÉDITOS

MORALES, DOGMÁTICOS Y PANEGÍRICOS.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMONES

INÉDITOS

MORALES, DOGMÁTICOS Y PANEGÍRICOS

DEL EXCMO. É ILMO. SR.

DR. D. FR. JACINTO MARÍA MARTINEZ Y SAEZ

OBISPO DE LA HABANA

SE PUBLICAN CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



TOMO III

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

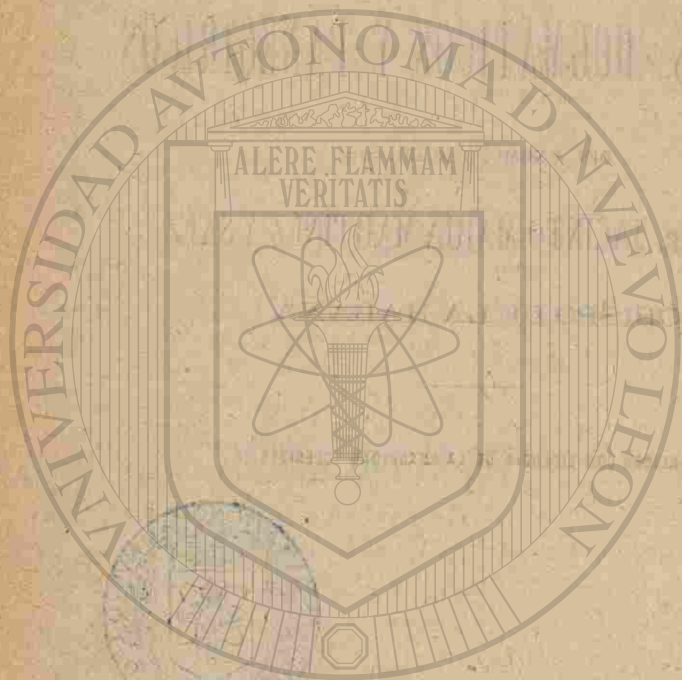
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRUL
calle de la Flor Baja, núm. 22

1881

FONDO EMELENDIO
VALVERDE Y TELLEZ

45227

Bx 1756
.43
S4
v. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1955

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Una est columba mea, perfecta mea, una est electa.

(CANT. CANT., cap. vi, vers. 8.)

Una es mi paloma, una mi perfecta, una mi escogida.

Desde la más remota eternidad veía Dios en su entendimiento delineadas las virtudes de aquellas almas que, encantadas de la hermosura del Esposo, irían tras el suave aroma de sus ungüentos. Desde entónces se complacia en contemplarlas tan bellas, no encontrando sino dotes los más relevantes capaces de encantarle y enamorarle, pues despues de haber elogiado por partes su hermosura, confiesa en el libro de los Cantares que se halla herido de amor hasta por la preciosa cabellera que adorna á las almas justas; es decir, hasta por las obras más pequeñas y de poca monta, que tal significan los cabellos de la Esposa que hirieron el corazon de su amado. ¡Qué motivo de alegría para el corazon del justo el considerar que desde el principio de los siglos eternos, Dios lo tiene presente en su esencia divina, y lo mira como un objeto de sus mayores delicias! Sí; todas las almas santas son preciosas á los ojos de Dios: de todas está enamorado este Esposo divino; en ninguna encuentra fealdad; todas tienen sus mejillas más hermosas que la tortolita, para ser dignas de

003613



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PANEGÍRICO

PARA

LA FIESTA DE LA PURIFICACION.

Jesucristo, principio de condenacion para los malos y de salvacion para los buenos.

Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum.

Sabed que este niño está destinado á ser la causa de resurreccion y ruina de muchos.

(Luc.E., cap. ii, v. 34.)

Habia nacido el Deseado de todas las naciones; habia parecido entre los hombres el admirable, el consejero, el Dios, el fuerte, el padre del siglo venidero, el príncipe de la paz; en el pobre portal que sirvió de palacio al Rey de la gloria en los cuarenta primeros dias de su vida, recibió los homenajes de los ángeles, santificó á los pastores y llamó á los sabios del Oriente, empezando á coger las primicias de la redencion y demostrar á los mortales que Él era aquella luz que nacia para los pueblos sentados en las tinieblas y region de la muerte. Llegado el tiempo fijado por la ley de Moisés, en que todo primogénito debia ser presentado en el templo santo, María deja aquella morada, en la cual dió á luz al Verbo eterno, y endereza sus pasos á Jerusalem, para cumplir con la ley de la purificacion, y ofrecer su Hijo al Eterno Padre. ¡Oh qué espectáculo tan admirable se nos ofrece en este dia! ¡Qué misterios tan profundos se nos revelan! Dios que se presenta en su propio templo, donde su gloria se habia

visto clara y ostensible, y sin embargo no entra en el santuario sino humillado, entre los sollozos de la infancia y la pobreza de los pañales; María, que presenta la víctima más augusta, el holocausto más sagrado que hubiese pisado el sagrado pavimento, y, con todo, ni va coronado de flores, ni entre la muchedumbre del pueblo, ni entre los cánticos de los levitas; todo su aparato es la pobreza, toda su riqueza son dos tórtolas, todo su acompañamiento es un pobre artesano, toda su gloria es su modestia y humildad. Pero apenas ha llegado á vista del tabernáculo, este Niño pobre, humilde y desconocido, demuestra que es el dueño de la naturaleza, el ángel del Testamento: hasta este punto habia recibido los testimonios de su divinidad entre dos viles animales; ahora los va á recibir bajo las alas de los querubines: hasta ahora sólo lo han visto los pastores ignorantes; hoy lo han de ensalzar los sacerdotes y los profetas, descubriendo á los hombres los arcanos más terribles, y al paso los más consolantes que encierra este Niño.

Misterios terribles; pues este Niño abatido encierra en su humillacion toda la fuerza de aquel leon de Judá, y es aquella piedra de tropiezo y escándalo donde se han de estrellar cuantos le resistan; misterios consolantes, pues este Niño es aquel Cordero inocente cuya expiacion borrará los pecados del mundo, y los que fueren lavados en su sangre vestirán las blancas estolas de la inmortalidad; y estos misterios nos los enseñan á la vez las dos cosas más sagradas entre los judíos; el sacerdocio y la profecía. Sí: el santo Simeon lo toma en sus brazos, y sin mirar ni las lágrimas que derrama, ni los suspiros que exhala, ni la carne mortal de que se halla revestido, sólo contempla su poder divino, y como si ya viera esta víctima extendida en el Calvario, como si tuviera presentes sus glorias y triunfos, como si fuera testigo ocular de las contradicciones de su pueblo, de la abolicion

del sacerdocio, del incendio del templo y del altar, de las ruinas de Jerusalem, de la dispersion de los judíos, de la subversion de los imperios que perseguirian al Crucificado; como si palpára la condenacion de los pecadores, la reprobacion de los herejes, los anatemas eternos que este Niño fulminará contra los impíos, dirigiéndose á su Madre, la dice: «Este Niño ha de ser la causa de la ruina de muchos.» *Positus est hic in ruinam.* Nada se oculta á este venerable sacerdote; ve la adopcion de los gentiles, la aniquilacion de la idolatría, la sumision con que las naciones han de abrazar la fé, la docilidad con que llevarán el suave yugo del Señor; ve las glorias de los Apóstoles, los triunfos de los mártires, las aureolas de los confesores y las palmas de las Vírgenes; ve todo el número de creyentes que habrá hasta la consumacion de los siglos, y no encuentra otra causa de tantas virtudes que este Niño que tiene en sus brazos. *Et in resurrectionem multorum.*

Hé aquí una profecía admirable, suficiente ella sola para probar la Divinidad de Jesucristo, pues sólo en las luces del Espíritu Santo pudo ver el sacerdote Simeon la caida de los malos y la elevacion de los buenos. Yo pudiera en este dia presentar á vuestra consideracion el asombroso cuadro de diez y ocho siglos, y demostraros á este Niño sentado en el trono de su gloria como dueño absoluto del mundo, como Rey de los reyes, disponiendo á su arbitrio de los imperios de la tierra, castigando á sus enemigos y recompensando á los que han dado favor á su Religion santa; pues aunque el reino de Jesucristo es espiritual, tambien vela sobre los destinos de los pueblos, transfiriendo la potestad y dominacion, dando el poder y quitándolo, conforme le agradare. Pero no salgamos del misterio que celebramos en este dia; y así, ciñéndome á él, propondré á vuestra consideracion dos grandes verdades. Jesucristo, al presentarse en el tem-

plo á cumplir con la ley á que no estaba obligado, nos da ejemplo de sumision á la ley eterna, segun la cual ha de condenar á los malos y premiar á los buenos; como aquéllos siguen los dictámenes de su razon depravada, y las pasiones de su corazon, desobedeciendo al Señor, encuentran su ruina donde debieran hallar su salvacion, así Jesucristo viene á ser para ellos principio de ruina y perdicion eterna: *Positus est hic in ruinam*; y como éstos procuran seguir las huellas trazadas por el Redentor, y dan lugar á las inspiraciones de la gracia, que se les da por los méritos de Jesucristo, Éste es para ellos principio y causa de su resurreccion: *Et in resurrectionem multorum*. En dos palabras: Jesucristo, ocasion de perdicion para los malos, y principio de salvacion para los buenos: y esto será el objeto de mi discurso.

¡Gran Dios! Si los cielos cuentan vuestras glorias, y el firmamento anuncia las obras de vuestra omnipotencia, ¿cómo un ministro vuestro, aunque indigno, dejará de alabar y publicar las obras de vuestra misericordia? No permitais que mis labios se abran sino para encomiar los prodigios de vuestro amor para con los hombres; cuanto yo diga sea para gloria de vuestro nombre, y quedeme el consuelo de haber manifestado á cuantos me oyeren que, si son justos, en vos hallarán su recompensa, y si pecadores, su ruina. Para poder llenar mi objeto tan delicado y de tanta utilidad para nuestras almas, acudamos al trono de la gracia, pidiéndola por la mediacion de María.

AVE MARÍA.

Si el Espíritu Santo no fuese el autor de los oráculos contenidos en las páginas de los dos Testamentos, la razon se resistiria á dar fé á muchos de ellos. La primera nocion que se tuvo del Niño recién nacido en Belen fué

que habia salido á luz un Salvador que causaria gozo universal á todo el pueblo (*Lucæ*, cap. ii, 11); y esta primera noticia se acordaba muy bien con las profecías de Isaías, y mucho más con aquellas palabras de Zacarías: «Alégrate, ¡oh hija de Sion! llénate de júbilo, ¡oh hija de Jerusalem! porque tu Rey viene humilde, y es tu Salvador, que romperá las saetas de la guerra, y hablará de paz con las naciones (cap. ix, 9). Hoy, al presentarlo en el templo, el mismo espíritu que habló por los profetas, mueve la lengua de Simeon, y publica á la faz del mundo que este Salvador ha de ser la causa de la ruina de muchos: *Positus est hic in ruinam*. Pero en esto, amados míos, se nos da á entender la sagrada economía de la religion. Este Niño, que quiere, segun San Pablo, que todos se salven y conozcan su nombre; este Niño, cuya longanimidad y paciencia espera el pecador endurecido, lo llama y lo halaga para que venga á Él y se convierta; no viene al mundo á quitar al hombre el don precioso de la libertad, y sí á curarlo de las heridas que recibiera por el pecado: así ayudado el hombre con la gracia que este Niño le adquiere por sus méritos infinitos, aún queda aquel en su entera y completa libertad de abrazar la verdad ó desecharla, de seguir las leyes del Evangelio ó las extraviadas sendas de las pasiones, de tomar el camino de la vida ó el de la perdicion: de modo que, si bien el hombre nada puede sin la gracia de Jesucristo en el orden de la salvacion, pero esta gracia viene á quedar sin efecto si el hombre no coopera con su libre albedrío; y ved aquí cómo lo que habia de ser principio de salvacion, es principio de ruina para el malvado, convirtiendo el hombre por su perversidad la medicina en veneno, y los bienes en males. Y esto ya lo habia anunciado el Señor por Isaías, diciendo «que colocaria en Sion una piedra preciosa y angular, que sería santificacion para muchos; pero al paso se convertiria en piedra de escándalo y tropiezo

para la casa de Israel y de Judá, en lazo y ruina para los habitantes de Jerusalem, y que muchísimos caerían contra esta piedra y se estrellarían.» (*Isaiæ*, cap. viii, 14 y 15.) Así tan verdadero es el oráculo en que se nos presenta Jesus como principio de nuestra dicha, como aquel que nos anuncia que causará la ruina de los malos: *Positus est hic in ruinam.*

Sí; Jesucristo es ocasion de perdicion para sus enemigos (y no necesitábamos para saberlo de las palabras del sacerdote Simeón, pues el mismo Niño nos lo enseñaba con presentarse en el templo): ¿qué viene á hacer Jesus en este templo? Viene á humillarse ante su Eterno Padre, viene á cumplir con una ley que Él mismo ha de abolir; aún no sabe hablar, y ya sabe humillarse y obedecer; al pisar los umbrales del santuario en los brazos de su Madre, yo contemplo á este Niño hablando con su Eterno Padre, y diciéndole: «Padre mio, imposible es que se perdonen los pecados con la sangre de los buenos que ha corrido en este templo: no has aceptado los holocaustos, pero me habeis preparado un cuerpo en mi humanidad; aquí me teneis, pues, pronto á sacrificarme por amor de los hombres, y dispuesto á hacer tu voluntad.» (*Hebr.*, capítulo x, 6, 7.) Jesucristo, pues, santifica hoy la ley, sometándose á una, á la cual no estaba obligado, confundiendo de este modo las máximas del mundo contrarias á la ley de Dios. Jesucristo viene hoy al templo á rendir homenaje de obediencia á su Padre, ofreciéndole el sacrificio de su cuerpo para que un día sea entregado á la muerte; de su alma, para que sufra las agonías más crueles; de su voluntad, para que sea en todo conforme á la voluntad de su Padre. A vista de un ejemplo tan heroico, ¿qué debe hacer el hombre? Doblar su cerviz al suave yugo de la ley, sacrificar sus pasiones á la ley, no seguir ni las inclinaciones de su corazón corrompido, ni el dictámen de su razón depravada, ni el orgullo de su amor propio, sino

sacrificarlo todo á la ley; y si hasta la venida de Jesucristo el hombre, embrutecido en los placeres de la carne, ó engañado con las fábulas del paganismo, no conocía la fuerza de esta verdad; pero no sucede así desde que este Niño se presenta en su templo, pues desde entónces el hombre sabe que no nace para sí mismo, sino para Dios; que todo cuanto tiene lo debe á Dios; que su entendimiento lo ha de sujetar á las verdades reveladas por Dios; que no debe seguir, como los brutos, los ímpetus de la carne, sino que los ha de refrenar con la gracia de Dios; que en su conducta, como en su creencia, no ha de tener por base los elementos de la filosofía mundana, sino la ley eterna é inmutable de Dios; pero esta doctrina subleva el espíritu del hereje, que se cree superior en sus decisiones á las que nos emanan del mismo Dios. Estas verdades chocan al hombre carnal, que constituye toda su dicha en dar gusto á su corazón corrompido; esta sumision á las máximas del cielo es un delirio para el incrédulo, que, no comprendiendo los dogmas de la fé, los vilipendia; en fin, la humillacion de Jesucristo en el templo es contraria al orgullo del hereje; el sacrificio que hace de sí mismo contraría las ideas del pecador, y su sumision á la ley confunde la indiferente conducta del impío; y por eso este Niño es principio de caída para ellos: *Positus est hic in ruinam.*

En efecto, amados míos; no hay cosa más profundamente grabada en el corazón humano que la sumision á la ley de Dios, á su fé y á las reglas de moral que nos vienen de Él; todo cuanto le rodea, le anuncia que depende de Dios, y que cuantas veces le resiste se constituye reo y camina á su perdicion; así quiso Dios que el hombre, siendo la criatura más noble del mundo visible, necesitase del auxilio de todos y estuviese sujeto á sus semejantes, para que no se olvidase de que mucho más necesaria le es la ayuda de Dios y la sujecion á su ley;

en su infancia es tan estúpido, que perecería mil veces sin el cariñoso cuidado de una madre; en su edad pueril se viciaría si un padre compasivo no mezclase los rudimentos de la enseñanza con los rigores del castigo; en su juventud se precipita sin el freno de un maestro; en su mocedad se extravía si le faltan los consejos de un director, y, en fin, en la edad viril cometería sin vergüenza los crímenes más escandalosos, si no le contuviesen los miramientos de la sociedad, el honor y la probidad. La experiencia y la razón nos convencen de esta verdad; y el hombre se someterá á todas las criaturas, ¿y sólo ha de desconocer el supremo dominio que su Criador tiene sobre él? ¡Qué! Al salir de las manos de este Dios que nos trajo de la nada, ¿no hemos recibido una alma en la cual está impreso con caracteres indelebles el sello de la divinidad, y por consiguiente la rectitud en las intenciones y la conformidad en nuestras obras con los designios que tuvo Dios al criarnos? ¿Acaso los remordimientos que desvelan al pecador no son otras tantas lenguas que le echan en cara su apostasía? No sin razón, pues, el Apóstol dice «que tales hombres son inexcusables, porque habiendo conocido á Dios, no lo han glorificado, sino que, en vez de darle gracias, se desvaneció su corazón insensato.» Para estos hombres, pues, Jesucristo, en vez de ser el principio de su dicha, lo es de su perdición: conocida la luz, la han despreciado y arrojado de sí, respondiendo á Dios con una altanería insolente: «Apártate de nosotros, que no queremos saber la ciencia de tus caminos.»

Sí; hoy Jesucristo nos enseña con su ejemplo que hemos de sujetar nuestro entendimiento en obsequio de la fé; y el hombre, rebelde á esta lección, se sustrae á las verdades de esta fé, inventando dogmas más conformes á sus propios caprichos que á la razón eterna; hoy nos manda Jesucristo que mortifiquemos nuestros miembros,

que son suyos y en nada nos pertenecen, y el hombre contradice esta máxima saludable entregándose á las lujurias de la carne, consintiendo en todos los preceptos del mundo seductor, siguiendo sus caminos tortuosos, y posponiendo un padre tierno, un amigo fiel, un remunerador liberal, á un tirano cruel que lo ha de desechar cuando no sea útil para sus caprichos; á un déspota ante quien deberá arrodillarse á cada paso y ofrecerle el incienso de la adulación; á un enemigo encubierto que ha de consumir sus riquezas, ha de roer su fama, ha de arruinar su salud y ha de perder su alma. Hoy nos dice este Niño que él es la luz del mundo, y que sin él nada podemos hacer; y el incrédulo contesta que la divinidad de este Niño es una quimera, que sus dogmas son una invención del fanatismo, que su moral es un efecto de la filosofía, que para ser ilustrado basta la luz de la razón, y que el hombre no se debe sino á sí mismo. ¡Hombre insensato! Una contradicción tan manifiesta á la verdad conocida, una oposición tan hostil á las máximas del Evangelio, un desprecio tan formal de la Divinidad, no puede ménos de desencadenar la cólera del cielo, y su ira se ha de descubrir, como afirma el Apóstol (*Rom.*, capítulo 1, 18), contra los que retienen la verdad de Dios en su injusticia, «viniendo á causar esta verdad conocida y ultrajada, la ruina total de los que la contradicen: *Positus est hic in ruinam multorum.*»

¿Habrá quien deje de ver esta ruina al considerar lo que ha sucedido á los que con sus obras ó sus escritos han impugnado la Religión del Crucificado? Llenos de orgullo, los herejes quisieron someter á su pretendido saber la sabiduría del mismo Dios: semejantes á los constructores de la torre de Senar, pretendieron elevar un edificio que eludiese la fuerza del Omnipotente; y al fin no lograron sino la propia confusión; sistemas absurdos, dogmas incoherentes, opiniones infundadas, principios des-

organizadores : tal fué el feto dado á luz por los que no quisieron edificar sobre la piedra escogida y angular del edificio religioso ; y despues de tantos esfuerzos para contradecir la doctrina del Evangelio; despues de tantas maquinaciones como se han efectuado en diez y ocho siglos ; despues de un ataque empezado por los Simones y los Cerintos, continuado por los Arrios y los Nestorios, aumentados por los Luteros, los Calvinos y Jansenios, y reforzado por los impíos y los filósofos, ¿qué ha sucedido? Lo que hoy nos asegura el santo Simeon : que se han desvirtuado sus proyectos, aniquilado sus maquinaciones. Sí : Jesucristo, como Rey inmortal, se ha reido de las locuras de sus enemigos, su Religion santa ha permanecido inmutable como su Autor, invariable en sus dogmas y en su fé ; fundada en el monte Santo, ha visto estrellarse á sus piés los ataques más terribles de la herejía, así como desaparecen las encrespadas olas del Océano ante la dura roca ; y los autores de la corrupcion, los secuaces del error, se han despedazado por su incredulidad: *Fracti sunt propter incredulitatem.* (Rom., cap. xi, 20.) Jesucristo no es causa directa de la ruina del perverso, no ; es una ocasion ; pero ocasion no dada por Él, sino tomada por el mundo : porque, segun el mismo Redentor, si Él no hubiese venido y hablado, tendria el mundo excusa ; pero anunciada al mundo la verdad con tantos signos y prodigios, ya no tiene excusa de su pecado. (Joan., capítulo xv, 22.) Basta que Jesus se presente hoy en el templo, para que el hombre sea elevado á la adopcion de hijo de Dios ; basta que se ofrezca en sacrificio á su Eterno Padre, para librar al judío del yugo de la ley, al pagano de la esclavitud del pecado, y para restituir al mundo toda la libertad. ¿Qué uso hace, pues, el mundo de esta libertad? Dar un ensanche más extendido á los deseos de la carne, segun San Pablo (*Galat.*, cap. v, 13), ponerla como un velo para cubrir sus abominaciones, segun San

Pedro (I, cap. ii, 16): de esta libertad abusa el avaro, que poniendo su corazon en las riquezas, no piensa sino en atesorar, condenando así la pobreza de este Niño que ni áun tiene donde reclinar su cabeza ; de esta libertad abusa el voluptuoso, cuyo apetito sensual no encuentra en el mundo placeres bastantes para saciarse, estimando en nada la austeridad de este Niño, que nace en un pesebre y muere en un madero ; de esta libertad abusa el soberbio, para cuya altivez no bastan ni los empleos, ni la adulacion, ni los honores, condenando con su orgullo la mansedumbre de este Niño, que no responde á los que le ultrajan, y la humildad de este Dios, que aparece hoy en el templo con el sello y las insignias de pecador, siendo el justo por excelencia ; de esta libertad abusa el hipócrita, que con apariencias de santidad, con un exterior edificante, encierra crímenes espantosos, reprobando así á este Niño, que hoy se ofrece de su voluntad en sacrificio, y un dia enseñará que su Padre ha de ser adorado en espíritu y verdad ; de esta libertad, en fin, abusan los impíos de nuestro siglo, que no conociendo que su ilustracion les viene de Dios, han enseñado á los pueblos que la Religion no tiene imperio alguno sobre el hombre, que cada uno puede abrazar los sistemas que más le agradaren, sin atenerse ni á la revelacion, ni á la autoridad, ni á la tradicion ; así han envuelto al mundo en discordias no interrumpidas, en guerras sangrientas, en facciones horribles ; han envilecido la razon, han anonadado la autoridad, han desquiciado los principios constitutivos de la sociedad, haciendo que el mundo todo se precipite en su ruina con la velocidad que un caballo desbocado corre en su ceguedad material al abismo donde se ha de estrellar : el hereje, pues, el pecador y el impío tropiezan en Jesucristo por su ceguedad, caen por su incredulidad y perecen por su obstinada perfidia. Y ¿cómo así? dice el venerable Beda: no porque Dios haya enviado á su Hijo

para que juzgue al mundo, ántes bien para que éste se salve, sino porque no creyendo éste en sus palabras, tropiezan y caen en esta piedra de escándalo. Por esto nos lo demuestra el Espíritu Santo en este día, como principio de ruina para muchos: *Positus est hic in ruinam.*

Ahora yo quisiera que mi voz llegase á los cuatro ángulos de la tierra; yo diria á los pueblos que habiendo conocido y abrazado la fé la despreciaron: ¡Oh hombres! No os glorieis ni en las combinaciones de vuestra política, ni en el número de vuestras naves, ni en el valor de vuestros ejércitos; habeis abandonado el centro de verdad, habeis subyugado con la intriga medio mundo; pero habeis tropezado con esta piedra; tres siglos de prosperidad son nada; un día vendrá para cada uno, en el cual vereis que habeis errado en vuestros proyectos, y caminado á vuestra ruina: *Positus est hic in ruinam.* Yo hablaria á los pecadores, y les diria: Esos placeres en que os revolcais, esas riquezas que son el objeto de vuestra adoracion, esas diversiones en que ocupais toda vuestra vida, tendrán fin, y vuestra vanidad, vuestro lujo no os acompañarán más allá de la tumba; y entónces vereis que por haber vilipendiado la moral saludable de este Niño, habeis abierto el abismo de vuestra perdicion: *Positus est hic in ruinam.* Y tú, ¡oh incrédulo! tiembla; ese alto desprecio que haces de este Dios humillado, ha ocasionado ya la ruina de tu entendimiento, pues ni tienes un punto fijo de creencia, ni sabes ya lo que es tu alma y tu razon, y aparentas ignorar lo que te sucederá despues del sepulcro; pero yo te lo diré con el santo Job (cap. xx, 4): Aunque suba tu soberbia hasta el cielo, aunque tu cabeza toque á las nubes, al fin se ha de allanar y perder como un muladar; y cuantos te habian visto tan arrogante, preguntarán: ¿dónde está? *Ubi est?* Desaparecieron sus locuras, se acabaron sus sueños, y se estrelló contra la fuerza del Dios, que aborreció: *Positus est hic in rui-*

nam. Vosotros temblais, amados míos; pero consolaos, pues Jesus es tambien el principio de nuestra santificacion, como lo demuestran las palabras que habeis oido del santo Evangelio, y os lo explicaré en breve razonamiento.

Habiendo Dios criado todas las cosas por el Verbo eterno, y siendo Éste la luz de los hombres, no vino al mundo sino para manifestar la gloria de su Divinidad y redimir al linaje de Adan, proscrito por el pecado: de estos hombres, unos preferirian las tinieblas del error á la luz de la verdad, y otros recibirian á este Salvador, y Éste les daria la prerogativa de ser hijos de Dios, como hermanos suyos, y con ella el derecho á la eterna felicidad. Dios, por su parte, hizo cuanto pudo para sacar al hombre del estado de perdicion; aún hizo más de lo que se podia exigir; pues su justicia, tan vilmente ultrajada, pudiera habernos dejado envueltos entre las ruinosas consecuencias del pecado, sin que por eso hubiéramos tenido motivo de acusarlo de crueldad; pero su misericordia, que, segun David, sobrepuja todas sus obras, se excedió en amar al hombre, enviándole un Redentor que no habia habido para los ángeles. Bajó desde el cielo este Redentor, revestido de toda la omnipotencia de un Dios, para poder derribar el muro de division y quebrantar el orgullo del príncipe de las tinieblas, destruyendo á la muerte y al que empuñaba el cetro de su imperio; salió con pasos majestuosos como un gigante dispuesto á andar su camino, y no paró desde lo más encumbrado del cielo hasta el lugar más vil de la tierra, hasta el calvario; y allí fijó en la cruz la escritura de condenacion, sancionada hacia cuatro mil años, despojando así á los principados y potestades, formando un pueblo nuevo, y refundiendo en uno los dos Testamentos: el de la ley y el de la gracia. Pero para que á la vista de la esplendente Divinidad no tuviese que huir el hombre temeroso, encu-

brío toda esta gloria bajo el velo de la carne, para atraer mejor el corazón humano, que no se atreviera á llegarse al Dios de la majestad. Y ¿cuál era el objeto de esta humillacion de un Dios que es feliz en sí mismo y en nada tiene necesidad de la criatura? Renovar al hombre, santificarlo, justificarlo, y áun deificarlo, haciéndole partícipe y consorte de la naturaleza divina. Hé aquí la gran obra de la Redencion; hé aquí el fin de la venida de Jesucristo; y si no hubiese venido para borrar los pecados del mundo; si con su sangre no hubiese podido lavar las manchas de la culpa, en vano hubiera muerto, dice San Jerónimo; en vano hubiera dicho el Bautista: «Este es el Cordero de Dios, éste es quien quita los pecados del mundo.» (*Ep. ad Ocean.*) Muerto, pues, Jesucristo una vez por los hombres, les adquiriria la gracia, con la cual siguiesen sus ejemplos y procurasen imitar sus virtudes, y esto ve el santo Simeon en el Niño que lleva en sus brazos, y por eso lo llama salud de Dios preparada ante todos los siglos, y puesto como señal de salvacion para todos los pueblos; luz de las gentes, gloria de Israel, y, en fin, principio y causa directa de la salvacion de muchos: *Et in resurrectionem multorum.*

El sacrificio que hoy hace Jesus de sí mismo en el templo, era el preludio de los que harian las almas que le seguirian; siendo Él el primogénito entre sus hermanos, habia de ser en consecuencia el tipo de imitacion, para que los justos saliesen conformes á la imágen del Hijo de Dios. Demos una mirada de nuevo al Niño que hoy es presentado en Jerusalem. ¿Qué sacrificio ofrece al Eterno Padre? Un sacrificio noble, porque siendo Rey de la gloria, encierra todos los resplandores de su luz inaccesible entre la estrechez de un cuerpo mortal; un sacrificio generoso, porque siendo Señor y dueño de cielos y tierra, hace una renuncia total de cuantos homenajes podian rendirle sus criaturas, y con los cuales demostrasen que

habian sido hechas por Él y para Él; un sacrificio penoso, pues se condena á padecer hambre, frio y desnudez, y á sufrir injurias atroces, denuestos crueles, persecuciones injustas, infamias no merecidas, agonías mortales, traiciones alevosas, azotes y espinas, bofetadas y escarnios, abandonos, dolores, oprobios y clavos, cruz y muerte; sacrificado, pues, Jesus de este modo, se hizo, segun San Pablo, causa de salud eterna para cuantos le obedeciesen: *Consummatus factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis æternæ* (*Hæb. cap. v, 9*), y conmovidos los hombres con un ejemplo tan admirable, se despertaron del sueño del pecado, rompieron las cadenas de la culpa, murieron en ellos la soberbia y la embriaguez, la avaricia y la lubricidad, y pulularon en sus almas la humildad y la abstinencia, la pobreza y la castidad, como afirma Teofilacto, resucitando todos en Cristo, y procurando imitar la vida del cordero de Dios: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Sí, amados míos; todo el celo de los Apóstoles, toda la constancia de los mártires, todas las vigiliass de los Doctores, todas las austeridades de los confesores, no tienen otro origen que este niño, que hoy nos da ejemplo de humildad en Jerusalem; la pureza de las vírgenes, las maceraciones y ayunos de los anacoretas, todas están encerradas en el sacrificio que Jesus hace de su cuerpo y alma; hasta hoy se han gloriado los hombres en la abundancia de las riquezas, en la muchedumbre de los placeres, en el fausto y vanidad, en la superioridad de los talentos, en las glorias de las armas y en los lauros que el mundo da á sus secuaces; desde hoy no se han de gloriarse sino en tomar la Cruz con Jesus, en abandonar los objetos más queridos, en despreciar las riquezas, en hollar los honores, en ser atormentados y muertos por amor de Jesus; hasta hoy los príncipes del mundo no meditaban sino nuevas conquistas con que engrandecer su nombre

y dilatar sus dominios; desde hoy, con el ejemplo del Rey de los reyes, abandonarán las gradas de su trono, arrojarán su cetro y corona, y mudarán el ruidoso aparato de una corte lujosa por el silencio de una soledad tétrica, y la ondeada púrpura y recamado manto por el austero saco y el cilicio penitente. Desde este punto, aquellos sabios que habían admirado á los mortales con sus talentos, que habían empleado sus días en estampar sus ideas para adquirir la inmortalidad de la fama mundana, que á fuerza de adulaciones y aplausos se habían creído semidioses en la tierra, han de arrojar la pluma de donde había salido tanto tósigo, han de confesar su ignorancia, se han de humillar y decir con San Pablo: «No somos capaces de pensar nada con nuestros propios talentos; cuanto somos y cuanto decimos, todo nos viene de Dios.» ¡Qué trastorno tan grande hay en la tierra desde que Jesús se ofrece en sacrificio! ¡Qué fuerza penetra el corazón humano! ¡Qué luz ilustra los entendimientos! Los niños que temblaban ante la débil férula de un pedagogo, ahora se presentan á los tiranos, les echan en cara sus errores que quieren defender con la crueldad, no tiemblan ante los verdugos, desprecian los potros y los fuegos, se rien de las cadenas y de la espada, y triunfan de la barbarie y de la muerte. Las vírgenes, que ántes no aspiraban sino á un enlace ventajoso, ya no suspiran sino por su unión con Jesús, prefiriendo su amor á todas las riquezas, y postergando las glorias de una corona, los honores de un cetro, los laureles de un ilustre guerrero, por amor de Jesús, que es su esposo, su gloria y su corona. Los hombres que ántes no conocían ni aun los rudimentos elementales de su idioma, se revisten de una sabiduría tan consumada, adquieren una elocuencia tan singular, que confunden á todos los filósofos, convencen á todos los sofistas, y convierten á todo el mundo con la fuerza de su doctrina; y ¿de dónde tanta virtud? ¿De dónde tanta

fuerza? De este Niño, dice San Bernardo (*Serm. xv in Cant.*) En Jesús Dios nos llamó á su admirable luz, é iluminados con ella, podemos decir á todos los hombres con el Apóstol: «En otro tiempo fuístes tinieblas; pero ahora sois luz en el Señor. En otro tiempo estuvisteis sentados en las tinieblas de la muerte; pero ahora habeis visto una nueva luz, y guiados por ella, habeis empezado á marchar por las sendas de la virtud.» *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

No lo dudeis, amados míos; por penoso que sea el sacrificio que deba hacer el hombre por amor de Dios, nunca llegará á serlo tanto como el que hizo Jesús de sí mismo; por insuperables que sean las dificultades, por insufribles que parezcan las penalidades, las de Jesús son mayores, y así encontramos en ellas un ejemplo que nos debe animar á no ceder á los peligros, ni sucumbir á los trabajos; si es necesario exponerse á los tormentos, sufrir escarnios y azotes, cadenas ó cárceles, ser apedreados y despedazados, atribulados y muertos al filo de la espada; si por Jesús los hombres se ven obligados á andar errantes en las soledades, fugitivos en los montes, escondidos en las horadadas cuevas de las selvas, pobres, menesterosos, angustiados y afligidos, nada importa, todo lo pueden en el que los anima con su ejemplo y los conforta con su gracia; si por Jesús es necesario arrostrar los peligros, desafiar á los elementos, arrojarse á la muerte, todo lo podemos en él, que nos conforta; demos que nuestro sacrificio sea grande, pero no será único ni singular, pues ántes hemos visto á este Jesús perseguido por los tiranos, fugitivo entre las naciones bárbaras, insultado por los sabios, despreciado por los ignorantes, dando testimonio de la verdad, y siendo castigado por ella, vendido por un amigo aleve, negado por un discípulo cobarde, abrevado de oprobios, hecho la mofa del pueblo, comparado con los ladrones, crucificado con los malvados,

abandonado de su Padre, y muerto con la mayor ignominia. ¿Qué le importa, pues, al hombre verse ultrajado por Jesus? ¿Qué le importa dejar las riquezas, abandonar sus amigos, y tomar su cruz para ir en pos de Jesus, cuando sabe que este Jesus nació pobre, vivió pobre y murió pobre; cuando sabe que el discípulo no es de mejor condicion que el maestro; cuando sabe que, así como fué perseguido Jesus, lo ha de ser él; cuando sabe que su mayor alegría ha de consistir en ser aborrecido y escarnecido por los hombres, y en ser perseguido por Jesus y su Evangelio?

¡Ah! ¡Quién pudiera en este momento dibujaros el cuadro admirable de tantos como se han sacrificado por Jesus, y á su imitacion, en los diez y nueve siglos del Cristianismo! Yo os mostraria un número infinito de almas que, como el Apóstol de las gentes, han mortificado su cuerpo, resistido á los deseos de la carne y crucificádola con Jesus, y abstraídos de las cosas del mundo, no vivian en sí mismos, sino que Jesus era quien vivia en ellos: yo os haria ver millares de almas generosas que, como los Lorenzos y Vicentes, han ofrecido su cuerpo á los fuegos, despreciando su existencia por la ley de Dios, alegres y contentos por verse despedazados por amor de Aquel que ántes lo habia sido en la Cruz. Pero mi espíritu no puede abrazar un espacio tan dilatado, ni mi vista es capaz de divisar tanto rayo de luz, ni mi lengua articular tantas proezas de heroismo como han ejecutado los ilustres confesores que, á imitacion de Jesus, sacrificaron sus cuerpos á los ayunos y las vigiliass, y sus almas á la oracion y las lágrimas; las heróicas vírgenes que han pisoteado el mundo y sus placeres y seguido á este Cordero inmaculado, encerrándose por su amor en los monasterios, como las Teresas y las Claras, ó huyendo del mundo, como las Rosalias, ó entregándose á los tormentos, como las Eulalias; yo sólo podré decir que los

grandes pecadores encontraron en Jesus el principio de su santificacion; que de un Saulo perseguidor de la fé, hizo Jesus un vaso de eleccion; que de un Agustin incrédulo y hereje, salió un doctor consumado, una columna de la fé, un ejemplo de penitencia y humildad, y esto anima mi corazon para poder levantar mis ojos al cielo, pidiendo gracia al que es principio de nuestra salud y causa directa, única é inmediata de nuestra santificacion y de la resurreccion de la muerte del pecado á la vida de la gracia: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Mas para que Jesus sea para el hombre principio de resurreccion espiritual, le ha de hacer un sacrificio generoso de sí mismo y de todas sus cosas: de nada sirve renunciar al mundo en el Bautismo, si luégo amamos sus pompas y nos dejamos arrastrar de sus placeres halagüenos; y esto hacen las almas que quieren reunir la vida cristiana con los miramientos del mundo; que hacen profesion de vida arreglada, y, sin embargo, se ocupan demasiado en dar gusto al mundo, en no dejar pasar un punto de honor, ó incurrir en falta con el mundo, haciendo así una amalgama ridícula de religion y de vanidad, de piedad y de disipacion; para tales personas Jesucristo no puede ser causa de resurreccion, pues no se dan á Él en un todo; de poco aprovecha decir que nos damos al Señor, si no tenemos paciencia para sufrir las injurias, ni valor para soportar las ligeras incomodidades; es indispensable sacrificarse con generosa resolucion de humillar nuestro amor propio, de sujetar nuestro genio, de reprimir la altivez de la voluntad, sujetándonos á toda criatura por amor de Jesus; es menester no tener apego á las cosas de la tierra; no sólo á las riquezas y tesoros, no sólo á los honores y dignidades, sino áun á las más mínimas, reputando por basura y nada todo lo que no sea el amor de Jesus; de modo que, absortos siempre en este amor, podamos decir con David: «En el cielo y en la

tierra nada tengo fuera de Tí, ¡oh Dios de mi corazón, mi tesoro y mi herencia!» Este es el sacrificio que nos enseña hoy Jesus en el templo, y decidido el hombre á imitarlo, con la gracia de este Niño, camina con pasos de gigante por las sendas escabrosas de la virtud, sin mirar sino á Jesus, que es el que le da fuerzas para vencer al mundo y á sí mismo: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Concluyamos, pues, reduciendo á dos las misteriosas verdades que encierran las palabras proféticas del Santo Simeon. Jesucristo, cuya venida al mundo sólo tenía por objeto la salvacion del hombre, es ocasion de la perdicion del malo, que no cree en él ó ataca su doctrina, y vedlo en dos palabras: el demonio fué el primero que se estrelló en esta piedra escogida; en toda la vida de Jesus no cesó de seguir sus pasos, advirtiéndole en él una virtud distinta de la de todos los Profetas; y conociendo ó sospechando que era más que hombre, lo tentó para saber si era hijo de Dios; habiendo quedado tan confuso como ántes, y siendo vergonzosamente derrotado por las respuestas del Salvador, se apoderó de los espíritus de los escribas, excitando en ellos un odio mortal contra Él, y conduciéndolos al extremo de crucificarlo; y entónces, con gran sorpresa suya, se ve vencido y encadenado al pié de la Cruz, y encerrado en el pozo del abismo por Aquel mismo que ántes perseguía encarnizado; á su imitacion, los herejes é impíos han querido examinar las sendas de este Dios; han pretendido escudriñar su majestad, y se han visto oprimidos por su gloria; el mundo, siguiendo las máximas de los príncipes de las tinieblas más que las de Jesus, ha visto sus milagros, ha palpado su poder divino, se ha admirado de sus virtudes, y no ha querido adoptar su moral, y así Jesucristo, que habia de ser para el hombre un principio de salvacion, se convierte en ocasion de ruina y perdicion irremediable. Esta

es la primera verdad que nos enseña el Espíritu Santo por boca de Simeon, y la segunda no tengo que repetir-la, amados míos, pues bien sabeis que si en Jesus se estrelló la rebelde sinagoga y el licencioso paganismo; si Jesus fué ocasion de ruina para los herejes y los incrédulos; si Jesus venció al mundo que no quiso seguir su doctrina, tambien se levantaron almas innumerables, y corrieron tras el suave olor de sus virtudes; tambien sabeis que este Jesus, semejante á un guerrero ilustre por sus hazañas y afamado por sus victorias, elevó su sagrada bandera, y vinieron á prestarle juramento de fidelidad los Emperadores y Reyes, los grandes y los pequeños, los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los niños y los ancianos, formando con ellos un ejército de escogidos, que á su rededor le tributan homenajes de amor y reconocimiento, porque fué muerto y los redimió con su sangre, eligiéndolos de toda tribu, lengua y nacion, y elevándolos de la miseria del pecado á la dignidad de ciudadanos del cielo: *Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum.*

Siendo esto así, conformemos nuestras obras con nuestra creencia, para que no se destruya por nuestra culpa el fruto de aquella sangre derramada para darnos vida. Jesus es principio y fuente de donde manan las aguas de la gracia con que nos santificamos; pero si nosotros no abrimos nuestro corazón á este Esposo de nuestras almas, todo se destruye; si, como Él mismo lo afirma en los Cantares, le abrimos la puerta cuando nos llama, entrará y cenará con nosotros; pero si no, se irá y nos abandonará; temblad, pues, pecadores; este Jesus se presenta hoy al templo á ofrecer su sangre, que ha de correr á torrentes un dia por vuestro amor; si la despreciáis, esta sangre, que clama mejor que la de Abel, esta sangre que está pidiendo misericordia, reclamará contra vosotros todos los rigores de la justicia divina. Pero vos-

otras, almas justas, no temais; estando con Jesus, no hay condenacion que temer; si os ataca el enemigo, con Jesus saldreis victoriosas; si os afligen las tribulaciones y trabajos, con Jesus se os harán dulces y llevaderos; venid, pues, en espíritu al templo santo; llegad á las sagradas aras donde se ofrece Jesus, y allí derramad vuestro corazón, ofrecedlo junto con esta sagrada víctima; consagradle vuestro amor y vuestra vida, y entonces podremos en la muerte estrechar á este Dios en nuestros brazos como el santo Simeon, y decirle, al ver ya los resplandores de la eternidad: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.* Vos habeis sido el objeto de mi amor en la vida; con vuestra gracia venci al mundo, y lo desprecié con vuestra ayuda; sobrellevé los pocos trabajos de la vida mortal, y ahora vas á cumplir tu palabra introduciéndome en la Jerusalem celestial, embriagándome con la abundancia de tu casa, y dándome á beber los torrentes de tus delicias. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Yo os bendigo y os adoro, porque, mirándome con ojos de piedad, me habeis lavado con tu preciosa sangre, y me habeis hecho partícipe de aquella salud eterna que preparaste á los pueblos y naciones, y ahora la voy á ver con mis propios ojos. *Lumen ad illuminationem gentium et gloriam plebis tuæ Israel.* Vos habeis sido la luz que me ha guiado en la dificultosa carrera de la vida; con ella me habeis ilustrado, para que no me sorprendiesen las tinieblas del error, ni durmiese en la noche de la culpa, y desde ahora sereis mi corona y mi gloria por toda la eternidad. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

EN LA BENDICION DE UN ALTAR NUEVO

dedicado á

MARÍA SANTÍSIMA, CON EL TÍTULO DE LAS ANGUSTIAS.

Omnes viri ac mulieres mente devota obtulerunt donaria, ut fierent opera quæ jussisset Dominus.

Todos los hombres y mujeres ofrecieron dones con alma devota, para que se hicieran las obras que Dios habia mandado.

(Exodo, cap. xxxv, vers. 29.)

El dia más festivo en una familia es sin duda aquel en que se reúnen los hijos al lado de su madre amorosa para celebrar el dia de su nacimiento, ofreciéndola al mismo tiempo una expresion de su amor y gratitud. Es este un espectáculo tierno y venturoso á la par para los hijos y para la madre: ella recuerda los trabajos que padeció para darlos á luz; los afanes del tiempo de la lactancia; los desvelos que ocasionára la inocente niñez, y quizás los disgustos casi necesarios en el trascurso de la mocedad agitada por la fuerza de las pasiones: ellos no pueden ménos de tener presentes aquellos cariños que les fueron prodigados en su edad infantil, aquellas correcciones amorosas, aquellos avisos saludables, en fin, aquel amor de madre, que es el más puro, el más santo, el más natural y simpático de todos los amores, despues del amor que debemos á nuestro Criador; y al ponerse en contacto dos reminiscencias tan puras y cariñosas, no pueden ménos de producir los más grandiosos efectos.

otras, almas justas, no temais; estando con Jesus, no hay condenacion que temer; si os ataca el enemigo, con Jesus saldreis victoriosas; si os afligen las tribulaciones y trabajos, con Jesus se os harán dulces y llevaderos; venid, pues, en espíritu al templo santo; llegad á las sagradas aras donde se ofrece Jesus, y allí derramad vuestro corazón, ofrecedlo junto con esta sagrada víctima; consagradle vuestro amor y vuestra vida, y entonces podremos en la muerte estrechar á este Dios en nuestros brazos como el santo Simeon, y decirle, al ver ya los resplandores de la eternidad: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.* Vos habeis sido el objeto de mi amor en la vida; con vuestra gracia venci al mundo, y lo desprecié con vuestra ayuda; sobrellevé los pocos trabajos de la vida mortal, y ahora vas á cumplir tu palabra introduciéndome en la Jerusalem celestial, embriagándome con la abundancia de tu casa, y dándome á beber los torrentes de tus delicias. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Yo os bendigo y os adoro, porque, mirándome con ojos de piedad, me habeis lavado con tu preciosa sangre, y me habeis hecho partícipe de aquella salud eterna que preparaste á los pueblos y naciones, y ahora la voy á ver con mis propios ojos. *Lumen ad illuminationem gentium et gloriam plebis tuæ Israel.* Vos habeis sido la luz que me ha guiado en la dificultosa carrera de la vida; con ella me habeis ilustrado, para que no me sorprendiesen las tinieblas del error, ni durmiese en la noche de la culpa, y desde ahora sereis mi corona y mi gloria por toda la eternidad. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

EN LA BENDICION DE UN ALTAR NUEVO

dedicado á

MARÍA SANTÍSIMA, CON EL TÍTULO DE LAS ANGUSTIAS.

Omnes viri ac mulieres mente devota obtulerunt donaria, ut fierent opera quæ jussisset Dominus.

Todos los hombres y mujeres ofrecieron dones con alma devota, para que se hicieran las obras que Dios habia mandado.

(Exodo, cap. xxxv, vers. 29.)

El dia más festivo en una familia es sin duda aquel en que se reúnen los hijos al lado de su madre amorosa para celebrar el dia de su nacimiento, ofreciéndola al mismo tiempo una expresion de su amor y gratitud. Es este un espectáculo tierno y venturoso á la par para los hijos y para la madre: ella recuerda los trabajos que padeció para darlos á luz; los afanes del tiempo de la lactancia; los desvelos que ocasionára la inocente niñez, y quizás los disgustos casi necesarios en el trascurso de la mocedad agitada por la fuerza de las pasiones: ellos no pueden ménos de tener presentes aquellos cariños que les fueron prodigados en su edad infantil, aquellas correcciones amorosas, aquellos avisos saludables, en fin, aquel amor de madre, que es el más puro, el más santo, el más natural y simpático de todos los amores, despues del amor que debemos á nuestro Criador; y al ponerse en contacto dos reminiscencias tan puras y cariñosas, no pueden ménos de producir los más grandiosos efectos.

Para la madre y para los hijos es este un momento de éxtasis en cierto modo; aquélla los abraza uno por uno, sellando sus mejillas con ósculo santo, los acaricia, los regala, los bendice; y éstos se postran á sus plantas, dándole gracias por su amor, y suplicándola acepte sus dones en testimonio de su gratitud.

— ¡Oh, amados míos! Esta escena acaba de tener lugar entre nosotros, al habernos presentado á nuestra tierna Madre María, para celebrar el fausto momento en que por primera vez va á celebrarse el augusto Sacrificio en su altar nuevamente erigido por vosotros. Es este día un verdadero día festivo, en que los hijos recordamos á nuestra Madre aquel momento, dolorido para ella, pero venturoso para nosotros; momento en que, entre mil dolores, nos engendrara al pié de la Cruz. La recordamos lo mucho que la hemos costado; las muchas lágrimas que derramara por nosotros; los beneficios sin cuento que debemos á su amor y á sus cuidados; y despues que con tanta espontaneidad le habeis ofrecido dones tiernos y transitorios, habeis querido darla el último que os quedaba, don tanto más noble y generoso, cuanto es más sublime y celestial, por los grandes deseos que contiene: este don es el de vuestros corazones. *Omnes viri et mulieres mente devota obtulerunt donaria, ut fierent opera quæ jusserat Dominus.*

Esta gloria os cabe á todos indistintamente, pues todos teneis parte en este gracioso trono en que está sentada la Reina de los mártires; cada cual ha contribuido conforme á sus facultades, el grande como grande, el caballero como caballero, sin que haya faltado el cornado del infeliz siervo, ni el denario de la desamparada viuda. Mas si ha habido desigualdad en el número, no la ha habido en los deseos; todos los corazones han rebotado sentimientos nobles y generosos hácia su Madre, ofreciendo, para demostrarlo, lo que poseíais.

Si á vosotros os cabe esta gloria, yo vindico para mí la de ser el intérprete de vuestra cristiana generosidad. Permitidme llevar la palabra en este día, para hablar en nombre vuestro á nuestra Madre, y decirla: «Ahí teneis, Madre querida y adorada, ahí teneis esa corta fineza que te ofrecen tus hijos en señal de amor y de gratitud. El don es pequeño al lado de tu grandeza y de tus beneficios; pero nuestros corazones encierran un deseo inmenso, y es el de querer merecer ser tus hijos verdaderos; aceptadlos, pues, y con esto seremos felices.» Hé aquí el mensaje que en nombre vuestro voy á llevar á nuestra amorosa Madre; pero ántes permitidme, sin ofensa de vuestra modestia, que os explique en pocas palabras el inmenso mérito que habeis contraído con Dios al desprenderos generosamente de vuestras facultades terrenas, con el fin de ayudar á erigir este altar á María Santísima, con el tierno título de las Angustias.

Venid, pues, y recordemos á nuestra Madre lo mucho que la amamos, trayéndola á su memoria aquel instante venturoso en que fué saludada llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.

AVE MARÍA.

Cuando he dicho que habeis contraído un mérito inmenso al desprenderos de vuestras facultades terrenas para emplearlas en presentar un obsequio á María, no ha sido mi idea el recordaros aquel galardón eterno que Dios reserva para premiar hasta un vaso de agua fría que diéremos en su nombre. Demás está el hacer presente á un pueblo lleno de fé cuáles son los méritos que contrae un alma que en todos sus pasos mira á esta antorcha divina, como á guía y norte de todas sus obras. Este mérito tendrá su complemento y su corona en la vida venidera, y en ella teneis sin duda fijo vuestro corazón cuando

ofreceis vuestras dádivas á nuestra tierna Madre. Pero yo quiero que por unos momentos pongais vuestras miradas en lo presente, sin dejar por eso de mirar á la celeste Sion como á vuestra verdadera pátria. ¿Sabeis cuál es la naturaleza del mérito que os granjeásteis al contribuir á la reedificacion del altar dedicado á María? Es este un mérito de asociacion con la divinidad. Entendedme bien, amados míos; habeis sido agregados, sin pensarlo ni reflexionarlo, á llenar las grandes miras que tuviera el entendimiento divino desde la eternidad, miras que debian realizarse entre los hombres. Estadme atentos.

Dios, así como por naturaleza es eterno é infinito, á diferencia de todos los seres, que son esencialmente limitados, es tambien independiente en todos sus actos; de modo que no necesita del concurso de ningun agente para dar á luz sus obras, ora las consideremos en el primer momento en que saliera del caos la materia, ora las contemplemos adornadas con la forma y en todo el complemento de ser que se necesita para entrar en la categoria de causa segunda. Vedlo. Llegado el momento de manifestar su gloria en la creacion del mundo, le basta una insinuacion para crear las obras más portentosas; habla, y aparecen los cielos, la tierra, las aguas y los espacios; manda, y el caos es bañado con raudales de luz, dividiéndose ésta de las tinieblas, y formándose los dias y las noches; dice, y se reviste la tierra de flores, de yerbas, de arbustos, apareciendo á la vez el cedro que intenta elevarse hasta las nubes y la parásita yedra que ha de vivir abrazada á su tronco, desarrollándose al poco los cielos como un pergamino matizado de oro, y quedando formada la bóveda celestial con miles de miles de orbes refulgentes, que en la alborada y en la tarde alaban al Criador; ordena, y este globo empieza á bullir con una prodigiosa muchedumbre de habitantes de géneros y especies distintos, y cuyo número Él sólo conoce, empe-

zando la proporcion en el invisible arador, y concluyendo por grados en el desmedido elefante, al mismo tiempo que los mares se convierten en la más vasta república del reino animal, cuyos individuos no tienen número ni cálculo en nuestro corto saber. Déjase, por fin, oír su omnipotente voz, y fórmase del todo esta hermosa estatua humana, que al primer soplo de la divinidad se alza en pié, mira al cielo, reconoce á su Criador, lo adora y lo bendice. Sí; un simple *fiat* del Criador bastó para dar existencia á todas las legiones angélicas, á los cielos, á la tierra, á los mares, á los animales, y esta miniatura de su omnipotencia ó este compendio del saber divino, al hombre. Para ello Dios no pidió auxilio á nadie: cuando Adán fué formado, existian ya los ángeles con sus jerarquías y coros; pero todo su ministerio respecto de la creacion fué servir á Dios, alabándolo y bendiciéndolo, estando al paso en el más profundo éxtasis al contemplar cuánto era el poder, cuánta la sabiduría, cuánta la gloria del Rey de los siglos.

Tiene Dios la misma independencia en la conservacion de sus obras por el concurso de las causas segundas, pues nada hay en el mundo que no se haga por su voluntad, que ordena ó que permite, asistiendo Él á todos y cada uno de los vivientes, incluso los mismos espíritus, pues sin esta mano auxiliadora perecerian todos, como dice el sublime Agustin, y volverian al seno de la nada. Hé aquí, señores, al Dios criador y conservador, obrando con su sabiduría y providencia, sin necesitar del auxilio de nadie.

Pero... ¿lo creereis? otras obras portentosas se tenian que realizar en el mundo, obras destinadas á publicar la gloria del Criador; y con todo eso, éste no usaria de su fuerza y poder en la ejecucion de estas obras, dejando todo el desempeño al hombre, no de otro modo que el padre honrado y pundonoroso deja al hijo el cuidado de realizar la gloria de sus blasones con hazañas que, si algo tienen de

nuevo para el hijo, no son nuevas para el padre, que ya las ha premeditado de antemano. Bien comprendéis que estoy hablando de los templos, de los altares y títulos que han alzado los hombres para honrar á la Divinidad; de esos lugares sagrados en que habita más especialmente Dios con su gloria y majestad; de esos monumentos en que se ve la mano del hombre rivalizando en cierto modo con la mano divina; de esas basílicas estupendas en cuyos relieves, consagrados con la presencia de la divinidad y con los ecos de la armonía religiosa, encuentro esculpidas en caracteres indelebles las inmortales influencias de la fé, que desafía á los tiempos y los vence; de esa fé que, al colocar la primera piedra de un templo, dice llena de entusiasmo al Dios á quien lo dedica: «¡Dios mio, Rey de los siglos, un día mandaste que se tendiera una bóveda celestial que me cubre y alegra; que los astros me alumbrasen día y noche; que la tierra brotase mil y mil hermosuras; que me obedeciesen los mismos leones del desierto; que los ángeles me guardasen, y que toda la naturaleza se moviese en pró de mí mismo; yo os adoro; Tú hicieras esto por mi bien; yo te lo agradezco, y en testimonio de mi amor y de mi gratitud, coloco esta piedra, que ha de ser llamada casa de Dios: *Et lapis iste vocabitur domus Dei.*

En todo esto se advierte que hay un cambio entre Dios y el hombre; Aquél echó mano de su poder para gloria suya y para bien del hombre, y éste, agradecido á los beneficios del cielo, pone en juego todas sus potencias para aumentar, si fuese posible, la gloria misma que el Criador tiene en su esencia infinita. ¿Cómo podía el hombre agradecer á Dios lo que éste hiciera por él? Claro está que dando á Dios el corazón, con todos sus deseos é inclinaciones. Pero en esto nada hay de visible; es un culto interior, que no es conocido sino del que lo da y del que lo recibe. Es este sin duda el honor más grande que la Divi-

nidad recibe del hombre, y que ésta exige imperiosamente por derecho de justicia; pero ¿queda acaso satisfecha la fé del hombre creyente con el culto de adoracion interior? No. ¿Quedan cumplidas con solo este culto las miras que tuviera el Omnipotente al sacar de la nada la criatura racional? Tampoco. Vamos á la cuna de la humanidad, y encontramos al justo Abel, que añade al amor puro de la Divinidad, al culto interior, el exterior de las oblaciones y sacrificios, y oímos al paso la voz terrible con que Dios condena los sacrificios de Cain, porque, como afirma el divino Pablo, no estaban acompañados de una fé pura. No hay que dar un paso más en la historia para comprender que es una voluntad expresa del Criador el culto exterior que debe ofrecerle la criatura racional; queria Dios que se le alzasen altares, que se le erigiesen tabernáculos, que se le consagrasen templos y basílicas; pero pasmémonos, hermanos míos, y adoremos al Dios amantísimo que quiso agregar el hombre á su misma omnipotencia, para que realizase, como hijo predilecto, los grandes planes de grandeza y de honor que Él premeditára. Este mismo Dios, que con una leve insinuacion sacó de la nada tan portentosa obra, no ha querido hacer uso de su omnipotencia en la ereccion de esos monumentos religiosos que están apostándose con los siglos destructores y rivalizando con su duracion. ¿Sabeis lo que ha hecho Dios en todo esto? Inspirar. ¿Sabeis lo que han hecho los hombres? Seguir los impulsos de las inspiraciones divinas.

Sí: desde Moisés, Beseleel y Saliab, hasta David y Salomon, no se erigiera tabernáculo, altar ni templo en que no encontremos puestas como en rivalidad las inspiraciones por parte de Dios y la ejecucion por la del hombre. El primer templo que se ha erigido á la Divinidad fué el tabernáculo fabricado á las faldas del Siná; y causa admiracion el ver lo que ocurriera en aquella ocasion: apenas el caudillo manifiesta al pueblo los proyectos que

Dios le revelára, cuando hombres y mujeres se desprendieron instantáneamente de cuanto poseían en oro, plata y bronce y pedrería: pendientes, zarcillos, sortijas, brazaletes, collares, piedras preciosas, todo fué entregado para formar con ello el arca, los querubines, los candeleros, el racional, los incensarios y cuanto tenía que servir para el altar y los vasos sagrados; con la misma generosidad ofrecen para los vestidos sacerdotales y cubiertas del *Sancta Sanctorum* las más preciosas telas y los más exquisitos bordados; no se perdona al finísimo cenital, ni al azulado jacinto, ni á la doblemente teñida escarlata, ni á la púrpura; ungüentos, perfumes, aromas y cuanto pueda servir para confeccionar el suavísimo timiama que ha de convertirse en vapores en presencia del Señor, otro tanto es cedido por el pueblo y por los príncipes. ¡Qué fé tan grande la de aquellos hombres! Empiezan á fundirse las bases y los capiteles de las columnas, se extienden las láminas de oro, se labra la madera del cedro y del setín, y no cesan las ofrendas de los fieles hebreos; el oro, la plata, el metal, abundan de tal modo, que Moisés se ve en la precision de publicar á voz de pregonero una orden en que prohíbe dar más regalos al santuario.

Era esta la vez primera en que, reunidos los hombres, quisieron levantar un templo á la Divinidad; es esta, por consiguiente, la primera vez en que todo un pueblo diera un vuelo tan rápido en las alas de la fé, que, franqueando más de quince siglos, representó á lo vivo aquel desprendimiento que formaba el carácter de los primeros fieles de la Iglesia, quienes, apenas se convertían, ponían cuanto poseían á los piés de los Apóstoles. ¿Qué digo? Fué entónces el momento fausto y sublime en que los hombres empezaron á poner por obra todo lo que la divina Mente premeditára tocante á la manifestacion de su gloria, edificando una casa para Dios.

¡ Ah señores! Esto es pasmoso; y para saber en todas sus partes lo sublime del mérito del hombre en realizar estas obras, es necesario registrar la historia y leer lo que en semejantes ocasiones ha hecho y dicho el mismo Dios. Apenas forma David el proyecto de edificar un templo á la Divinidad, ésta se le aparece y lo bendice, prometiéndole la perpetuidad de su reino; y aunque no le permite ocuparse en esta obra, le asegura que un hijo suyo se sentará en su sólio y realizará sus planes. Este hijo era Salomon; demás está decir las maravillas del templo que erigió á la Divinidad; pero no está demás el referir las palabras con que Dios manifestó á este Rey lo complacido que estaba al ver realizada aquella obra religiosa: « He santificado, le dice, esta casa que has edificado, á fin de establecer en ella mi nombre para siempre, y mis ojos y mi corazon estarán ahí todos los dias.» Oid, mortales, y pasmaos al saber cuánto es vuestro poder; oid, y adorad al ser divino, que quiso haceros compañeros suyos en la manifestacion de su gloria. Nada es el incalculable espacio de los cielos y de la tierra para dar lugar al Sér inmenso que los ocupa; y sin embargo, el hombre eleva á este mismo Sér divino una casa, y la consagra á su nombre, y esto basta para que Él la llame el *lugar de su habitacion y de su gloria*, el punto donde tiene fijos su corazon y sus ojos.

Nada era esto, señores, para llenar los altos diseños de la Divinidad; el tabernáculo y el templo no eran más que figuras. Rico era aquél, pues se emplearon en sola la fundicion de los utensilios de plata más de setenta mil libras, y más de cuatro mil de oro; sin embargo, todo esto era una figura; más rico era aún el edificio de Salomon, pues para su construccion se reunió el oro y la plata como se ajustan las piedras en el desierto; allí viérais las láminas de oro con bajo-relieves cubriendo el pavimento, las paredes y las bóvedas del Santuario; allí

el altar del incienso, el propiciatorio, los querubines, los incensarios y los vasos, todo de oro; pero ¿qué valia la figura para satisfacer los planes de Dios, que es la realidad por esencia? Por muchas que fuesen las riquezas de aquel templo, no valia éste tanto como la iglesia desmantelada del pobre misionero católico que habita entre los infelices indígenas de los Andes, porque aquello era figura, mientras esto es la realidad.

La erección de los templos cristianos era la idea eterna que Dios tuviera, pues eran necesarios para el mismo Dios, desde que determinó vivir entre nosotros como un hermano, en el seno de sus más tiernos objetos. ¡Cosa extraña y singular! El Verbo humanado forma su colegio de Apóstoles; los tiene á su lado tres años; al despedirse de ellos para morir, deja instituido el augusto Sacramento de su cuerpo y sangre; espira en una cruz, resucita, sube glorioso al cielo, y en el discurso de todas sus conversaciones con los discípulos, no encontrareis ni una sola palabra en que les insinúe la erección de las basílicas para conservar el divino Sacramento; les anuncia persecuciones, les declara todos sus proyectos, los llama sus amigos, que es lo último que Dios puede decir al hombre; mas de templos nada les dice, sino es que aquel que Salomón edificara era la casa de su padre, y que no quedaria de él piedra sobre piedra. Se vé aquí claramente que el Hijo de Dios dejó al fervor de los creyentes el cargo de corresponder al amor divino, sin querer hacer por su parte más que inspirar; y... ¿lo diré, amados míos? ¿Diré que la humanidad ha correspondido admirablemente á las miras y designios del cielo? Sí, debo decirlo, para gloria del Señor; debo decirlo también, en honor de la misma humanidad; debo decirlo, para poner en su lugar el honor de los siglos pasados, el de nuestros abuelos, el de las generaciones que nos han precedido, y, por fin, el vuestro propio.

¡Ah señores! ¡A qué apogeo de gloria no ha subido el espíritu humano con la erección de los edificios sagrados! Apenas el Cristianismo pudo mostrar su frente serena con la paz que le diera Constantino, empezó á desarrollarse su admirable genio, sacando á las artes del servilismo y vileza en que las tuviera la superstición, y ennoblecíendose el hombre de un modo nunca visto de los antiguos tiempos. Ya no es sólo en Jerusalem donde se ha construido un templo á la divinidad; el Oriente y el Occidente se disputan la gloria de los monumentos; la pintura y escultura salen á la arena para disputar el lauro de la victoria á Roma y á Atenas paganas, y Roma y Grecia quedan vencidas. Desde que el Cristianismo consagra las artes en honor de su Dios, ¿qué vale Éfeso con su templo, ni Roma con su Capitolio y Panteon? Nada, señores; todas aquellas maravillas del paganismo son pequeñeces; desde que se echa el primer cimiento de edificios sagrados, toda la humanidad en masa empieza á marchar por las vías de la civilización y cultura; siendo muy digno de notarse que, á medida que va progresando, va empleando sus adelantos y luces en honrar á la Divinidad, alzando templos y altares á su nombre.

Mas ¿qué templos y qué altares son erigidos al Señor? ¿Qué materiales emplean los hombres? Aquellos más preciosos que la naturaleza produce, aquellos que la tierra encierra en sus entrañas; el oro, la plata, el bronce, el acero, el plomo, las esmeraldas, el rubí, el jaspe, en fin, lo más exquisito y costoso. Aquí hay millares de hombres que sacaban los más escondidos veneros; allí se tasa, se sierra y se pule el duro mármol, se esculpe el alabastro, se cincela el jaspe, se pule el oro, mientras el escultor está imprimiendo en la insensible piedra todas las pasiones del alma, y formando una estatua colosal; por todas partes no oís sino martillazos, ni veis más que máquinas, ni entendeis otro lenguaje que el de las artes.

Y ¿para qué tanto afán? Tan pronto para formar una fachada que tenga más estatuas que días tiene el año, en donde luzca lo más exquisito del relieve, lo más fino de la escultura y arquitectura, coronando su cima una cruz, que se muestra al mundo como la autora de tanto progreso; tan pronto alzando esbeltas columnas que sobre sus capiteles han de sostener una bóveda inmensa, ó un cimborrio estupendo, que parece estar suspendido en los aires; aquí es un mosaico que á lo vivo nos pinta la creación, la redención, los misterios de Dios y la nobleza del hombre; allí una pintura donde se vé el triunfo de la religión y la derrota del error; ora se eleva una torre que disputa el imperio de las nubes, ora es un obelisco que..... mas ¿á dónde me lleva mi espíritu? ¿Quiero acaso decir lo que es inenarrable? ¿Quién dirá todas las bellezas artísticas que encierra el Vaticano, Santa Sofía, Milan, San Pablo, Colonia, Toledo y Sevilla, basílicas que no podemos mirar sin acordarnos luego de Constantino, de Elena, de los Ambrosios, de los Enríques y Fernandos? ¡Ah, señores! En estos monumentos que van atravesando los siglos, está consignada la grandeza del hombre religioso y el fervor de las edades pasadas; no me detendré ahora en examinar si tienen razón los que llaman siglos de barbarie á los pasados; sólo diré dos cosas; primera, que nosotros conocemos la civilización de Grecia y de Roma por los monumentos artísticos que nos dejaron; segunda, que todo pueblo en donde las artes se inmortalizan en los monumentos religiosos, es un pueblo civilizado y que progresa; por lo demás, fácil es decir que aquellos siglos eran bárbaros, así como es fácil insultar á un difunto, pues estamos seguros de que no ha de responder. Pero, seamos francos, yo confieso que cuando he tenido la dicha de mirar esas basílicas vetustas en que se ve el espíritu religioso y la piedad impresos en aquellas piedras ennegrecidas ya, porque viven en la región de

los rayos hace ocho, nueve, y aún diez siglos; cuando he alzado mis miradas en aquellas naves que se pierden de vista por su desmedida altura; cuando he observado lo atrevido de aquellas torres que elevan sus flechas á los cielos; cuando he visto esto, no he podido ménos de doblar mi rodilla, y decir á los siglos pasados: ¡Gloria y prez sea á vosotros, tiempos venerandos de piedad y de fé; gloria y prez inmortal, que en vano un siglo mezquino querrá despojar á vuestras nobles frentes del lauro de la gloria; que cuando nadie os defiende, os defenderán esas mudas piedras, que con paciencia y maestría cincelábais para ofrecerlas al Señor y erigirle un monumento religioso!

Entre tanto, amados míos, nosotros somos los herederos de la fé de nuestros mayores, somos solidarios de sus hazañas y de sus glorias, y nos consta, por los blasones é historia de cada una de las familias, que siempre se preciaron nuestros ascendientes de ser religiosos, siempre consagraron á Dios lo más precioso que poseían; para Dios eran los estandartes tomados al enemigo; para Dios los despojos de las batallas; para Dios los tesoros y minas; para Dios, por fin, todo cuanto poseían. En su fé, creían que nada valía lo que tenían si no consagraban al culto una parte principal; así lo creían, y así abundaban sus caudales; así eran felices, y así se construyeron esos monumentos modernos, que desde las llanuras del Anahuac, y desde las vértices del Chimborazo, están disputando al viejo mundo sus glorias artístico-religiosas. ®

¿Qué concluiremos en presencia de estos hechos? Diremos que Dios tiene mucha dignación para con el hombre, y éste gran dignidad para con Dios; diremos que Dios lleva todas las cosas con fuerza y suavidad hasta su último complemento; diremos que queriendo Dios manifestar al mundo la gloria de su omnipotencia y de su

saber, no ha querido emplear toda su fuerza, sino que ha dejado su obra sin acabar, para que el hombre tuviese la gloria de concluirla; diremos, por fin, que Dios ha comunicado al hombre su omnipotencia en parte, y lo ha asociado á su gloria, inspirándole la idea de realzar la Religion por medio de los monumentos religiosos, siendo los mortales á la vez el instrumento con que Dios extiende la gloria de su nombre, y engrandece al mismo hombre. Así, señores, se manifiesta la sabiduría divina y la nobleza y enaltecimiento de los hijos de Adán.

Esta gloria es vuestra, amados míos; vivimos, es verdad, en un siglo tan ilustrado, que no se detiene en gastar sumas inmensas en espectáculos y teatros, y tiembla si tiene que soltar un denario para el culto del Señor; vivimos en una época que se distingue por artística en esos magníficos edificios que dedica á las diversiones, y se proclama pobre de solemnidad en esas chozas que alza para templos; pero ¡gracias al cielo! vosotros no estais infectos de las pestilentes máximas del siglo avaro y egoísta en que vivimos; el cielo es testigo de vuestra noble generosidad. María la ha ido anotando y la tiene impresa en su corazón. Ella os debe este altar, que nuevamente se le ha erigido con vuestra piedad y vuestras limosnas, y será un monumento que publique siempre vuestro amor por la Religion con que tanto os honrais. No se quemará aquí jamás el incienso sin que esté presente ante el acatamiento divino lo que generosamente habeis cedido para gloria de María. No se ofrecerá el augusto sacrificio sin que haya un sufragio por cada una de las personas que han demostrado su piedad hácia María, desprendiéndose de sus haberes terrenos y consagrándolos en su honor: *Omnes viri*, etc., etc.

Venid, pues, devotos hijos de la Reina de los mártires; venid, y sellad con ósculo santo el ara que habeis consagrado al Señor en nombre de su Madre; pedidla hoy

cuanto deseis, que todo quedará concedido; Ella es para todos una Madre amorosa; mas para vosotros es una Madre agradecida. No intento yo recomendaros nuevamente la devoción y el amor hácia la Madre de las Angustias, porque basta mirarla para quedar conmovido y extasiado; vemos en Ella una Madre sumida en el más profundo dolor, por haber perdido al mejor Hijo; vemos reclinado en su regazo el cuerpo exánime del Verbo divino, todo descoyuntado, todo dislacerado por nuestro amor; ¡ah! en presencia de este cuadro de amargura, ¿quién no se reviste de los mismos sentimientos de aflicción que oprimen á María? ¿Quién no derramará una lágrima de amor compasivo hácia tan tierna y desventurada Madre?

Venid, repito, y ya que la amais, ya que cifrais vuestra gloria en consagrar á María vuestros bienes terrenos, ya que le habeis dedicado tambien vuestros corazones, arrojaos con confianza filial ante sus sagradas plantas; adoradlas con religiosa ternura, pues sólo su contacto será un bálsamo que cure las heridas de la culpa, si por desgracia las tuviéreis, un escudo de defensa contra los embates del enemigo, un manantial fecundo de gracia, y de virtud, y de fuerza, y de luz que os anime, que os fortalezca, que os ilumine en la vida y que os guie á la bienaventuranza. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LAS

ANGUSTIAS DE MARÍA SANTÍSIMA

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Recedite a me; amare febo; nolite incumbere ut consolemini me.

Dejadme sola; lloraré con amargura; no os empeñéis en darme consuelo.

¡Sagradas melodías! ¡Cánticos de sublime inspiración!
¡Armoniosos himnos que haceis del augusto recinto un trasunto ligero de la mansión celestial! ¿Por qué venís á turbar con vuestros dulces acordes el profundo silencio que reina en nuestros corazones? El firmamento está entulado, la naturaleza mustia, el sol ha trasmontado, la luna asoma por Oriente cubierta de negro crespon, las estrellas no vibran, el cielo no tiene su frente serena, el mundo todo está profundamente aletargado con el dolor y pena que le ha causado una horrenda catástrofe. ¡Ah! Alejaos siquiera por unos momentos; no lleéis los aires con vuestro ruido concertado; dejad oír los ecos de una voz dolorida que despedaza el corazón de cuantos la oyen. Es la voz de una mujer desdichada.

¿La oís, mortales? ¡Ah! Es su acento como el de la tórtola que en el horadado tronco gime en tétrica soledad; al par que sus tristes sollozos, brotan de sus ojos torrentes de agua cristalina que riegan dos hermosas mejillas, á semejanza de la límpida fuente que en hórrida soledad brota de entre peñascos de blanco alabastro; junto á esta

eritatura desventurada se hallan arrodillados algunos compañeros de su infortunio, cuyas anudadas lenguas no pueden articular ni una sola sílaba que no sea un ¡ay! aterrador; al frente, á los lados y en derredor, yacen tirados entre áridas breñas ignominiosos trofeos de una venganza cruel de que ha sido víctima el Hijo más digno que ha nacido de mujer; no se oye otro lenguaje que el de la amargura, ni otra voz que la de la Madre desolada. Oigámosla: «Dejadme, dice, dejadme sola; lloraré amargamente; no os empeñeis en darme consuelo.» *Recedite a me; amare flebo; nolite incumbere ut consolemini me.*

¿Diré quién es esta mujer desgraciada? ¿Quién es su hijo? ¿Quién se lo ha arrebatado? ¿Quién la ha dejado en tan amarga soledad? Sería decir poco, si no hiciese más que nombrar el cadalso donde ha muerto, los verdugos que lo han crucificado, los soldados que lo han escarnecido, el pueblo que lo ha atraillado, los émulos que lo han anatematizado en su furiosa envidia. No es este el momento en que María llora, ni el en que se ha cerrado toda puerta al consuelo; hay otro de extremo dolor, que podemos llamar dolor de los dolores. Ha muerto Jesus, y María su madre está en pié junto á la Cruz; ha sido desenclavado del madero ignominioso para ser trasladado al sepulcro, y entónces empieza la pasion de la Madre, cuando ya no existia la del hijo. Ved, señores, qué cuadro es este tan aterrador. Ya sobre las altas colinas del ocaso apenas se ven los reflejos del astro del día que se ha ausentado; ya el negro manto de la noche se empieza á desarrollar de Oriente á Poniente, y entre tristes nubarrones apenas asoma su blanca cabellera de luz el planeta de la noche. Cuatro ó seis hombres, y otras tantas mujeres, están detenidos en la cima del Gólgota, y es su posicion tan extática, que parece están enajenados de los sentidos: ¿qué hacen en este lugar, donde sólo se detienen los verdugos, donde no hay otro atractivo que áridas osamen-

tas, y donde apenas se verá más que el espectro de la muerte? ¡Ah! Tienen allá el cadáver de su Maestro; quieren unirlo con aromas y conducirlo al sepulcro; mas nadie se atreve á tomarlo del féretro donde se halla; nadie osa pedirselo á la angustiada Madre, que, en medio de sus dolores, se consuela con imprimir en Él sus ósculos santos. A cuantas súplicas añadan los caritativos discípulos, María no puede contestar más palabras que estas: «Dejadme sola; lloraré amargamente; no os empeñeis en darme consuelo alguno.» *Recedite a me; amare flebo; nolite incumbere ut consolemini me.*

Hé aquí, señores, la triste escena que hoy veneramos en este sagrado recinto, llamados á él por la tierna devoción de una alma religiosa, cuya mayor gloria está cifrada en honrar á esa divina imágen de María con su Hijo en su regazo. Si los himnos sagrados han causado en vosotros sensaciones de júbilo santo, cesen por un momento, para tomar parte en las angustias de María.

Ella ha tenido fuerza para sostener sobre sí al que sostiene en su dedo todo el orbe; ella lo mira y examina en la humanidad exánime; pronto lo llevará ella misma á la sagrada tumba. Pero ántes examinemos lo que pasa en el corazón de la Madre, contemplándola en el dolor de sus dolores.

¡Dulcísima María! Si entre tanto dolor puede tener lugar algun consuelo, permitid á vuestros hijos que, arrodillados á tus sagradas plantas, te recuerden aquel momento augusto en que el Angel te saludó llena de gracia.

AVE MARÍA.

En la gran tragedia del Hombre-Dios no se ven sino escenas tristes, horribles y dolorosas: ora se representan en patios de mármol, ora en dorados salones, ora en las calles y plazas públicas, ora en tribunales y caminos,

concluyendo el triste desenlace en el lugar donde morian los malhechores. Entran en este escenario tantas clases de personas, que apénas es posible contarlas; un amigo aleve, unos discípulos cobardes, esbirros y ministros de justicia, sacerdotes y sabios conjurados, rey y presidente sin conciencia ni ley, verdugos sin humanidad, pueblo sin sentimiento, soldados y jefes sin disciplina, y, por fin, algunas cuantas almas llenas de agradecimiento generoso. Entre tantos agentes de esta catástrofe, no creais, señores, que haya más de tres personajes ni más de dos lenguajes. Son aquéllos Jesus, María, los verdugos; son éstos los dialectos del amor y el del odio. Desde el soldado que apresa á Jesus en el huerto hasta el que le abre el costado en el Gólgota, no hagais distincion, ni de sacerdocio, ni de presidencia, ni de populacho, ni de soldadesca, pues todos se convierten en verdugos; quién encadenando á Jesus y arrastrándole sin piedad; quién pronunciando contra él sentencia injusta; quién azotándolo y coronándolo de espinas; quién enclavándolo al madero; quién insultándolo en la cruz; sea cualquiera su rango, su empleo, su ministerio ú oficio, todos son solidariamente el gran verdugo que consuma la tragedia, sin ser llamado á tan sanguinaria empresa más que por el odio. Su lenguaje tenía que ser conforme á sus acciones, pues procedia de un odio encarnizado contra el amable Jesus.

Este lenguaje resonó en el ámbito de la ciudad deificada, y estuvo hiriendo sin cesar el casto y amoroso oido de la Madre y del Hijo, que eran los dos séres llamados por el cielo á consumir la obra más lamentable que hubo jamás. Entre estos dos divinos amantes es donde reina el lenguaje del amor; allí no articula la lengua, porque el amor atribulado no se lo permite; habla la accion, hablan los ojos, hablan los suspiros, habla la amargura, todo habla en la Madre que acompaña al Hijo, y en el

Hijo que en tan desventurada posicion no dirige á su Madre más que una palabra, la de su despedida. Conclúyese la sangrienta escena, no se oyen ya insultos, ni ruido de azotes, ni estruendo de martillos, ni alborozo de pueblo, ni dieterios de verdugos, ni sarcásticas risas de pontífices, porque Jesus ha muerto, y no habiendo objeto de odio, el lenguaje del odio y de la ira tenían que cesar. Jerusalen se ha encerrado dentro de sus muros, el pueblo se ha calmado, los sayones han desaparecido, el teatro ha quedado solo, para poder percibir el acento amoroso de dos objetos que despues de una separacion horrible han venido á unirse, á abrazarse y á contemplarse.

Pero, señores, ¡qué dolor! Desde el momento en que la Madre se ha reunido con el Hijo en la calle de la Amargura hasta aquel en que espira, média entre los dos una separacion inmensa, que no da lugar á otro lenguaje que el del corazon; intrépida como una heroina, se ha abierto lugar al través del fiero populacho, y al encontrarse con su Hijo, lo contempla en el más degradante estado; coronado de espinas, con una maroma al cuello, con una pesada cruz en los hombros, mesada su bella cabellera, ennegrecidas sus mejillas, hundidos los ojos, lívidos los labios, cárdeno su rostro, y ni el Hijo despliega sus labios, ni la Madre pronuncia una sola palabra; lo sigue, cae con la cruz, es levantado con feroz impulso; llega al Calvario, es desnudado afrentosamente, barrenado con crueldad, elevado en la cruz con horrible aparato, y ni en tan lamentables escenas se hablan la Madre y el Hijo; por fin, Éste empieza á dejar oír su voz casi apagada; habla á su Padre por tres veces, al Buen Ladrón una, al discípulo amado otra; va á espirar, y sólo en aquel soberano lance dice á su tierna Madre una palabra triste, fugaz y aterradora: «¡A Dios, Madre mia; me muero! Mujer, mira á Juan; ese es tu hijo.» *Mulier ecce filius tuus.* Y esta última alocucion del amor queda sin respuesta.

¿Qué es esto, amados míos? ¡Qué! ¿El Hijo no ama á la Madre? ¡Qué! ¿La Madre no corresponde al amor del Hijo? ¡Ay! Sí, ama Jesús á María con amor infinito, y María le corresponde con el mismo amor: no se hablan estos dos amantes, porque los separa á entrambos un océano de dolor, mar horrible, encrespado con furiosas ondas; brama en este piélago el impetuoso aquilón de las pasiones, el insulto del pueblo, el sarcasmo del soldado, la diatriba del sabio; y de vez en cuando retumba el espacio con los golpes, los martillazos, las caídas, sembrando un pánico terror en los dos corazones que andan naufragando en mar tan procelosa, como acaece á los desdichados que, envueltos en olas espumantes, creen perecer cada vez que el cielo despide rayos entre el fracaso de sus detonaciones terroríficas. ¡Ah! Y ¿cómo era posible que se dirigiesen la palabra estas dos lenguas, cuando la blasfemia, el dicterio y el bramido, horriblos ecos del lenguaje del odio, ahogaban el suave dialecto, el acento dulce y armonioso del amor? ¿Cómo se habian de hablar Jesús y María en la escena del Calvario, si á cada instante los separaba el sayon con brazo ensangrentado, el verdugo con clavos y martillos, el soldado con lanza y con dicterio, y el pueblo con furia y gritería? Callaron las lenguas, pero habló el corazón; porque el amor no necesita de palabras sensibles para expresar sus sentimientos más íntimos.

Habló el corazón de la Madre pidiendo al Hijo sus espinas, sus sogas, sus clavos y su cruz, para fijarlos en su cuerpo virginal y librar al Hijo de los tormentos.

Habló el Hijo á la Madre, y con miradas amorosas la declaró mil veces que más sensible le era su dolor que sus mismos tormentos.

Esta mútua comunicacion de sentimientos puso en contacto aquellos dos corazones, que apartados por la violencia de la tempestad, no pudieron darse un abrazo hasta

que uno de ellos no tenía capacidad para las sensaciones por hallarse inanimado.

Este momento cruel fué aquel en que, bajado Jesús de la Cruz, fué puesto en el regazo de su Madre. Oid, madres cristianas; oid, hijos, que sabeis cuánto debeis al amor de las que os han engendrado; oid, todos los que teneis un corazón de hombre, porque todos amais, y pocos habrá que ignoren el martirio de un amor noble, sincero, interno y sublime cuando no es correspondido, ó cuando se ha concluido el objeto amado. Dije que era el tormento de la Madre en tan terrible trance «el dolor de los dolores;» ¿y sabeis por qué? Porque su amor en aquel instante no es correspondido; aquel lenguaje tierno, cariñoso y compasivo que expresaba en los dos amantes atribulados el amor que los unía, ya no existe; María le habla aún, mas nadie la contesta; ensaya otro tan patético como el primero y más expresivo, porque la union de los dos objetos le da ancho campo para hablar, y tampoco es contestada: en vano fija sus sagradas pupilas en las de Jesús; éste ha cerrado las suyas: en vano imprime sus labios en los de Jesús; éste no se mueve: en vano toma su mano y la quiere apretar en su seno; éstas están yertas: en vano une frente á frente, mejilla á mejilla; todo está helado. ¡Qué martirio, señores! ¡Hablar á un objeto idolatrado, y no obtener respuesta! ¡Amar con afecto tierno, sincero, vehemente, y no ver indicio del mismo amor en el objeto amado! ¡Ver á este objeto envuelto en mil penas sin poderlo aliviar, y no tener otro consuelo que unirse á él cuando está sin alma ni sentido!

Este silencio de Jesús era el principio del gran dolor de su Madre; sin embargo, no era el complemento; el amor es fuerte como la muerte, y en María fué tan grande para con su Hijo, que venció á la misma parca; era el amor quien condujera á la Madre junto al suplicio del Hijo; mas ni los verdugos dejaron que la Madre le hiciese

el más insignificante oficio de piedad, ni Dios se lo permitía en sus divinos consejos. Sabe María que su Hijo, cruelmente amarrado á una columna, ha sido azotado como un esclavo vil; mas Ella no ha podido contar los latigazos. Sabe que la soldadesca lo ha llevado al pretorio, y lo ha coronado de espinas, y no ha podido contar los agujeros de ellas; lo ha visto caer con la Cruz, y no ha podido contar sus verdugones y cardenales; ha visto al Hijo cubierto de heridas, horadados los piés y manos, y no le ha sido posible aplicar á tanta llaga ni la punta de sus dedos; le ha oído quejarse de horrible sed, y no ha podido registrar su lengua denegrida con la sangre y el polvo. ¡Ah! ¿Creeis que en medio de los dolores de María no hubiera sido para Ella un verdadero consuelo el que su Hijo hubiese espirado en sus manos? ¿No se hubiera bañado su alma en un raudal de placer si Ella hubiese sido el altar donde se inmolvaba la víctima? ¡Qué! El amor de dos almas atribuladas, ¿no se consuela con participarse las penas, y hacerlas llevaderas haciéndolas comunes? Pues bien, señores; este alivio, que no se concedió á María cuando lo deseaba, lo tiene; pero lo obtiene en momentos tan críticos, que sólo la sirve de martirio nuevo.

No bien ha llegado á sus brazos el cuerpo inanimado del Hijo, cuando se estrecha con él, como la tierna madre con su niño adorado y único; despues de mil y mil ósculos que imprime en su rostro, en su pecho, en sus brazos; despues de bañarlo todo con un torrente de lágrimas, retira sus labios, abre sus hermosos ojos, se detiene, lo mira, ¡ay! y advierte que no ha besado ni manos, ni pecho, ni ojos, ni labios, ni mejillas, ni brazos; ¿dónde, pues, ha fijado María sus labios? En una llaga horrenda que cubre á su Hijo de piés á cabeza. El placer de tenerlo en sus brazos casi la habia hecho olvidar que su Hijo habia padecido tanto tormento y muerto con tan

atroz inhumanidad. Pasado aquel primer momento en que el amor saciaba sus inocentes apetitos, entra la calma; examina al Hijo... ¡Dios santo! ¡Qué horror! «¿Quién, le dice, quién, hijo mio, te ha desfigurado de este modo? ¿Quién ha rasgado tu hermosa boca? ¿Quién ha agujereado tus manos y piés? ¿Quién ha deshecho tus mejillas? ¿Dónde está tu pecho? ¿Dónde tus ojos y tu frente? ¿Dónde tu cabellera? ¿Dónde tus carnes purísimas?» El Hijo no responde; su cabeza está caída hácia el suelo; sus brazos son dos flores marchitas con el ardor del sol que se inclinan hácia la tierra; su corazon no palpita; sus labios no tienen movimiento; sus pupilas están cubiertas con el negro manto de la muerte. En vista de tan inmóvil actitud, habla de nuevo la Madre, llama al Hijo, lo interpela: «Hijo mio, le dice: ¡qué! ¿no me amas? ¡qué! ¿no soy yo tu Madre? ¡qué! ¿no quieres corresponder al amor más puro, más noble, más sincero, más intenso y más grande que ha habido ni habrá en la tierra?»

Pensad, amados míos, qué resultado tendria este pensamiento en el corazon de la Madre; imaginad cuanto querais; internaos en las invenciones dolorosas de la más acalorada poesía; contemplad á un hombre que despues de haber estado combatiendo toda una noche borrascosa con furiosa tempestad, ora envuelto entre ondas salobres que lo sepultaban en el lecho del mar, ora alzándolo el impetuoso vendabal hasta las negras nubes, ora confuso con los horrendos bramidos del mar embravecido; consideradlo cómo al asomar la aurora entre tanta tormenta, con un rayo de esperanza, se abre inesperadamente el débil leño donde ha combatido con los elementos, y cayendo en la superficie de las aguas, es traído, llevado, mordido, sepultado y despedazado por las olas, tablas, jarcias, remolinos y mónstruos marinos, que se disputan la presa: imaginad hasta qué punto llegarían las penas y angustias de un náufrago de esta especie; pues no hay

término de comparacion con las angustias de María al tomar en sus brazos al Hijo que no la mira, ni la habla, ni la responde.

Preciso es conocer toda la fuerza del amor verdadero; tiene éste la propiedad de convertir dos objetos en uno; una es la idea, uno el pensamiento; una la sensacion, uno el dolor de dos séres que se aman; este amor convirtió á María en un nuevo sér, en todo semejante al que tenía en sus brazos; entónces fué arrastrada en el huerto, en las calles y plazas; entónces fué herida su mejilla y mesada su hermosa cara y cabellera; entónces cayeron sobre Ella cinco mil azotes, mil bofetadas, mil sarcasmos é improperios; entónces los clavos horadaron sus manos, las espinas su cabeza, la lanza su costado; ¡ah! Ya que el amante de su corazon no hablaba, delineó su semejanza é hizo su retrato para conservarlo en su corazon, y no respirar sino por sus heridas.

No es este el momento de oír aún la voz dolorida de la angustiada Madre. María no habla; está en un éxtasis profundo; está contemplando al Hijo difunto. No me tacheis de atrevido si me aventuro á levantar el velo del santuario de su corazon. ¿Qué piensa María en aquel trance? ¡Ah! Su imaginacion vuela, y ora está en Nazareth, ora en el templo, ora en Belen, ora entre las turbas hebreas; contempla lo pasado, registra escenas antiguas, quiere recordar hechos que ya no existen. Las promesas halagüeñas del Emperador celestial, los cánticos melodiosos de los ángeles en el nacimiento de su Hijo, los dones y adoraciones de los Reyes del Oriente, las alabanzas del sacerdocio y de la profecía con que resonó el templo augusto, son la primera idea que se objeta á la Madre desgraciada; en seguida se le presenta el cuadro de las bellezas de su Jesus en la infancia; aquella frente noble y serena como el firmamento; aquellos ojos como luceros, llenos de amor; aquellos labios de carmin; aque-

llas mejillas de rosa de Junio; aquellas manos de alabastro engastadas en rubíes y jacintos; todo aquel conjunto de gracia y hermosura que era su encanto en los dias que tuvo la gloria de ser madre y vírgen. Venía despues aquella gracia y sabiduría que fué desarrollándose poco á poco en su adorado Hijo, hasta el extremo de haber confundido á los sabios siendo aún de edad de doce años; su predicacion, sus milagros, sus virtudes, las aclamaciones de los pueblos, sus... ¡ah! Yo no diré otra cosa, porque no quiero referir invenciones, sino realidades; María no pudo concluir de traer á la memoria todas las grandezas de su amado Hijo; volvió de su éxtasis, lo miró, lo abrazó de nuevo, y apénas pudo reconocerlo.

Y, en efecto: ¿cómo era posible reconocer en aquel cuerpo descoyuntado al hijo más hermoso entre los de los hombres? ¿Qué madre veria la imágen de su hijo, que nació entre las aclamaciones de los ángeles, en un cadáver que ha muerto á fuerza de azotes, de tormentos y cruz, entre las blasfemias é imprecaciones de un pueblo atrocemente inhumano? ¿Era posible hallar identidad entre el hijo que con sola una mirada la causaba los goces celestiales, y entre el cadáver que yacía sin movimiento y sin figura humana?

¡Momento cruel! A cualquiera parte que María quiera volver su vista, no hay el más pequeño vislumbre de luz ni de consuelo. Si mira á Jerusalem, ¡qué espanto! si mira al Calvario, ¡qué horror! Allí es donde se fraguó la ruina de su hijo en muchos conciliábulos tenidos al efecto; de allí salió cargado con el madero ignominioso en que habia de espirar; allí ha sido comparado con ladrones y facinerosos; allí se están preparando las fiestas de regocijo público por su muerte; allí, por fin, han oscurecido sus ignominias las glorias que tuvo en algun dia de triunfo. Aquí, sentada sobre una dura piedra, ve enarbolada la cruz, tendidos los clavos y las espinas, arrojados los

martillos como cosa abominable por haber servido al suplicio, breñas oscuras, habitacion de cárbos, osamentas odiosas, restos de hombres malvados; por otra parte, las tinieblas se van apoderando de la tierra, los discípulos le suplican que ceda el cadáver del Hijo para llevarlo al sepulcro; la escena es cada vez más cruel y dolorosa: cuanto más cerca está el momento de la separacion, más se multiplican los martirios.

Fué entónces sin duda cuando se dejaron oír los ayes lastimeros de esta Madre desgraciada; volvió sus pensamientos sobre sí misma; repasó en un momento todas sus penas, y queriéndolas comparar con sus alegrías pasadas, no vió en sí misma ninguna de sus antiguas glorias; no era ya aquella mujer aclamada dichosa por haber amamantado al gran Profeta de Israel; no era ni la que el ángel saludó llena de gracia, ni la que excitó tanta admiracion en casa de Zacarías, ni la madre dichosa cuyo fruto fué recibido en el santo templo como la luz de las naciones y las glorias del pueblo de Jacob.

Vanamente, señores, hubieran intentado los hombres inspirar ideas de consuelo á un corazon tan combatido por las olas de la tribulacion; no sabía éste lo que era el amor, sino teniendo por objeto un amante de infinita belleza; este amante de María es Aquel cuya palabra hizo los cielos y la tierra, Aquel cuya sola voz hace temblar los collados y humear los montes; sin Él, la naturaleza no se sonríe, ni los astros vibran. Sabiduría increada, Él es quien ha participado al linaje humano un destello de su saber. Luz inaccesible, Él ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Hermosura por esencia, Él ha retratado en cuantas se nos objetan una debilísima parte de su esplendoroso rostro. María comprende todos estos dotes del Hijo que ha perdido; Ella lo ama con un amor infinito, y este objeto amado no tiene lengua que articule sus sentimientos, ni vista que los exprima, ni accion

que los insinúe, ni rostro en que los pinte. Si algun alivio pudiese caberla en esta inmensa desventura, sería el tener siempre estrechado en su seno al Hijo adorado; los abrazos tiernos, los ósculos cariñosos, las lágrimas derramadas sobre el cadáver, serian un bálsamo que curasen las heridas de su corazon amoroso. Pero urge la llegada de la gran solemnidad; urgen las pavorosas tinieblas de la noche que se acerca; urgen los discípulos, y como el atleta asaeteado por todos flancos, María tiene que ceder á la necesidad de desprenderse para siempre de su objeto amado. María queda sin su Jesus.

Un profundo suspiro salió entónces de aquel corazon enamorado. «¡Ay! dijo la madre consternada. Mi corazon ha dado un vuelco dentro de mi pecho.» *Subversum est cor meum in memetipsa.* Este aye retumba en el cóncavo cielo; este aye repiten los collados de Sion; este aye llega hasta los sauces que embellecen las risueñas riberas del Cedron, lo repiten tambien las áridas breñas del Gólgota, resuena entre los lóbregos sepulcros, y toda la naturaleza secunda los tristes gemidos de su Reina enlutada; escoltan á esta heroica criatura muchos miles de ángeles; su presencia sólo le sirve para recordarla que ha sido la más feliz de las mujeres, y ahora es la más desventurada; la rodean los officiosos discípulos, y cada uno es un verdugo para su corazon. «Dejadme, pues, les dice; dejadme sola con los restos de mi amado Jesus; he perdido á mi Hijo, á mi Dios, á mi Padre, á mi Esposo, á mi Amante; se me ha ido el que me consolaba; ya no oiré su voz encantadora, ni podré postrarme á sus piés, ni veré aquellos ojos divinos, ni podré sellar sus manos con ósculo amoroso, ni tendré á mi lado al que me alimentaba con sola su presencia: *Recedite a me.* ¿Qué palabras serán como las tuyas? ¿Qué lengua contestará á mis razones amorosas? ¿Qué corazon podré hallar digno de mi amor? Dejadme desahogar mi pecho; lloraré sin cesar; serán mis

lágrimas amargas y tristes: *Recedite a me; amare flebo.* No os empeñeis en darme consuelo en mi afliccion; es infinita, porque he perdido un bien infinito; es inmensa, porque me la causa el mismo Dios; es irreparable, porque siempre tendré en mi corazon las espinas, los clavos, la cruz y los tormentos con que ha muerto mi amado; es indecible, porque veo que mi amor no es correspondido, mis sentimientos no encuentran eco, mis labios articulan palabras en vano; está muerto mi amor, y nadie que no sea Él podrá consolarme.» *Recedite a me; amare flebo; nolite incumbere ut consolemini me.*

Hé aquí, católicos, el desenlace de la gran tragedia de Dios; despues del tumulto de los verdugos, llegó el silencio de los dos amantes, que tenian la parte principal en la escena; una Madre que pierde á un Hijo adorado; una Madre que lo acompaña en lo más cruel de su pasion, sin poderle servir de alivio; una Madre que, en medio de tan lúgubre posicion, no puede dirigir al Hijo ni una sola palabra que le proporcione algun alivio; una Madre, por fin, que llega á abrazarse con su Hijo cuando el corazon de éste está traspasado de una lanzada, cuando sus ojos han dado el vuelco de la muerte, cuando su lengua no tiene movimiento; una Madre, repito, que se ve obligada á renunciar al consuelo de abrazar siquiera el cuerpo exánime, es la Madre más desdichada del mundo; para expresar su dolor era necesario inventar otras voces que las que nos sirven para calificar nuestras penas cuando perdemos un objeto que amamos.

¡Pueblo religioso! Aún centellea en vuestros corazonces la luz de la fé: hoy habeis venido al templo á renovar los sagrados funerales de Dios y contemplar el duelo de su Madre. ¡Madres! ¿sabeis lo que es perder un hijo que adorábais? ¡Corazonces tiernos y generosos! ¿sabeis lo que es perder un objeto amado? ¡Ay! Sí lo sabeis; más de una vez vuestro corazon tuvo encima un tupido y

negro velo; más de una vez, absorta vuestra alma en la profunda meditacion del objeto que ya no existia, no dejábais llegar á vuestro espíritu la idea de la consolacion. Llorábais; mas llorábais por la pérdida de un objeto que debia concluir. Llorábais; mas el tiempo habia de enjugar vuestras lágrimas, porque el objeto amado estaba circunscrito á la duracion. ¡Ay! Sí; llorábais porque no existia la hermosura que os encantaba, ni oíais la voz que os consolaba, ni veíais al objeto de vuestro amor sincero; llorad ahora tambien junto á vuestra Madre, porque ha muerto el Hijo más digno que hubo jamás; ha muerto vuestro Hermano, vuestro Redentor, vuestro Dios.

De este modo acompañareis en su desolacion á nuestra afligida María, y vuestras lágrimas serán un bálsamo sedativo, tanto más eficaz, cuanto mayor sea el dolor de haber ofendido á su difunto Hijo. Así estos cultos de adoracion compasiva que vuestra piedad ofrece á la Madre de las Angustias, os granjearán la gracia de su Hijo en la vida y la palma de la gloria en la muerte, gracia que deseo á todos. Amén.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA, NUESTRA SEÑORA.

Et dixi: Ergo sine causa justificavi cor meum, et lavi inter innocentes manus meas.

Y dijo: «Luego en vano he justificado mi corazón, y he lavado entre los inocentes mis manos.»

(PSALM. LXXII, vers. 13.)

El que con atención examine la economía de la Providencia para dar realce á las operaciones humanas, no puede ménos de adorarla y bendecirla. Siendo Dios el autor de todo lo bueno que hace el hombre, tiene éste el mérito de la cooperacion por parte suya; y al paso que es un agente libre, cuya voluntad, sin coaccion alguna, se inclina á lo bueno ó á lo malo, vé siempre el porvenir cubierto con denso velo, que Dios no le permite alzar, para que viva siempre sostenido con dos grandes agentes sobrehumanos, que son la Esperanza y la Fé; en estas dos virtudes, como en un espejo empañado, ve el espíritu humano un porvenir dichoso é imperecedero; porvenir que se le descubrirá más risueño y encantador que mil alboradas de primavera cuando trasmigre al reino de la inmortalidad. Miéntras este porvenir está entre enigmas, tiene el hombre ante sus ojos lo presente, que se le muestra con toda claridad, y es tan triste su suerte, que no puede fijar en él sus miradas sin sentir al punto choque horrendo entre la carne y el espíritu, entre la naturaleza y la gracia. ¿Qué ve el hombre que tanto le conturbe? Ve que los inícuos tienen paz y prosperidad

en todas sus acciones, que no experimentan los azotes de Dios, ni las penas y trabajos del comun de los mortales, que la abundancia y el colmo de bienes es su patrimonio y su suerte, miéntras el justo, que vive con temor de Dios, no ve en rededor de sí más que contradicciones y penurias.

Cuando el sentido no objeta al alma justa más que penalidades y dolores en cambio de su virtud, aquélla se alarma, se conturba, y hasta quiere sucumbir, exclamando con el Salmista: «Hé aquí, los malos y pecadores obtienen riquezas y viven en paz y tranquilidad, á pesar de ser criminales, miéntras yo no conozco otro patrimonio que la desgracia. Luego en vano he justificado mi corazon y he lavado mis manos entre los inocentes.» *Et dixi: ergo sine causa justificavi cor meum*, etc.

Esta fuerte tentacion con que fueran atacadas la fé y la esperanza de David, como él mismo confiesa, es lo que asalta á nuestro espíritu cuando por algun momento miramos las cosas presentes con ojos carnales, sin penetrar en lo más íntimo; nos parece que no hay conformidad entre la bondad divina y los acontecimientos humanos: se nos figura que no debia Dios permitir que el pecador viviese con prosperidad y el justo con penas; y ciertamente nos equivocamos; nos engaña el sentido, porque éste no examina sino lo presente, sin advertir que el alma, inspirada por la fé y sostenida por la esperanza, fija su vista en un grandioso porvenir y camina á él, aunque éste se halle, como el astro del dia, encubierto tras de negros nubarrones; se equivoca el sentido, porque precisamente es conforme á la bondad divina que el pecador que desprecia la dicha del cielo, tenga á lo ménos algun bien en la tierra, y que el justo que suspira por los premios de la vida venidera, padezca aficciones en la presente, para aumentar los lauros imperecederos con que Dios ceñirá sus sienes en la gloria.

Hé aquí, amados míos, la idea que ha venido á mi espíritu al contemplar la suerte desgraciada de esa Madre que está presenciando la muerte de su inocente Hijo. Por cualquier lado que consideremos á María, nos obliga á exclamar y decir: ¿qué crimen tiene esa madre para ser tan desgraciada? Áun dada la sacrílega hipótesis de que fuesen verídicos los crímenes que á Jesus imputára un pueblo ébrio de furor, ¿qué culpa tiene María para estar al lado del patíbulo expiando excesos que no son suyos? ¡Qué! ¿Dios no vela sobre los destinos humanos? ¡Qué! ¿No acaricia á los buenos como á hijos queridos? ¿No abruma á los pecadores como á hombres protervos y rebeldes? Pues siendo María su hija, ¿por qué la castiga con dolores? Siendo tan pura y santa, ¿por qué no apacigua con su palabra la cruel tempestad que se ha desencadenado contra ella? Pero, ¡oh amados míos! es este el lenguaje de una razon que no tiene esperanza ni fé; la que está vivificada con estas dos virtudes, ve en los dolores de María el cumplimiento de los designios del cielo, los decretos de la Providencia divina, la economía de la Providencia, en el modo admirable con que realza el mérito del hombre justo, no mostrándole al presente más que penas y dolores, y enseñándole, tras de denso velo, el risueño horizonte de la gloria, á donde no entrará sin haber primero andado entre las asperezas y rigores de la vida. ¿Quereis en este momento elevar las miradas de vuestra fé hasta una region desconocida del sentido? Pues mirad al Calvario, y vereis un espectáculo sublime y consolatorio para el desgraciado. Dios presenta á María la copa de la amargura, y María la acepta, la aplica á sus lábios, y apura hasta las heces; ¿y qué hay en esto de celestial? El cumplimiento del objeto de la predestinacion de María. Ved aquí el cuadro que mi trémula mano va á delinear, para que aprendamos en él cuál es nuestra suerte en la tierra si queremos entrar en el cielo.

Postrémonos á los piés del Crucificado, y con fúnebres himnos cantemos las gloriosas ignominias del Hijo, y el atlético heroísmo de la Madre. *Stabat Mater dolorosa iusta crucem lachrimosa, dum pendeat filius, etc.*

Nada hay más comun entre los hombres que hablar del bien y del mal, y nada hay que sea ménos conocido en su verdadera acepcion que estos dos genios, que tanto afectan la vida humana. Para hablar del bien y del mal con toda propiedad, es preciso subir á una region de abstracciones, dejando lo físico y abrazando lo moral, porque en lo físico no hay mal alguno, segun enseña la sana filosofía: llamamos mal á la privacion de salud, y no lo es; la mujer presumida llama mal á la fealdad; el hombre avaro llama mal á la pérdida de sus riquezas; así las muertes prematuras son otras calamidades que necesariamente afectan la naturaleza humana; son llamados males sin serlo efectivamente; pero así nos entendemos, sin advertir que damos quizás un contrasentido á las cosas, llamando mal á lo que contrasta con lo que á nosotros nos parece ser un bien. Sentemos, pues, que no existe mal alguno en el mundo físico, y que sólo se encuentra en el mundo moral; este mal es el pecado, porque éste priva al alma racional de limpieza y hermosura, la hace esclava de su enemigo, la aleja de Dios, que es el sumo bien. ¿Cómo llamaremos, pues, á las injurias, á las afrentas, á los baldones y desprecios, á los tormentos, á las lágrimas y al dolor? Bienes de gran tamaño que hace Dios al hombre, porque el mismo Dios es quien ha dicho que son dichosos los pobres, felices los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos por la justicia; y es evidente que el hombre no puede ser dichoso en el mal, sino en el bien.

Estas dos palabras sobre el verdadero bien son un preámbulo indispensable ántes de entrar de lleno en la consideracion práctica de lo que el mundo carnal llama mal. Estamos en presencia de una mujer que, extasiada un día al ver que Dios derramaba tan cuantiosos bienes entre los mortales, dijo en santo trasporte que Dios habia obrado en ella cosas grandes y portentosas, y que no habia generacion alguna que no la llamase feliz. Cuando este razonamiento salió de los labios de María, estaba su corazon rebosando en el gozo más soberano que pudiera tener ninguna criatura, pues, conservando su integérrima virginidad, era madre, y madre de un Dios. Despues de esto, fueran las cosas tomando un aspecto diferente respecto de María: exceptuando el fausto momento en que viera venir á la gruta de Belen uno por uno los coros celestiales para que adorasen á su Hijo recién nacido, cumpliendo con las órdenes del Eterno Padre; exceptuando el haber visto á sus plantas á los sabios de Oriente, ofreciéndole riquísimos dones, la vida de esta Madre no es más que un tejido de contratiempos y de dolor. En Belen es mirada con desprecio; en el templo se le anuncia que el Niño que fuera para Ella un hechizo divino, sería algun día el signo de contradiccion de los hombres, y que su corazon sería traspasado de dolor. En vano quiere María entregarse al más sublime gozo, mirando en una mano al divino Niño cuando se halla sentada bajo una palmera de Tebas, llevando con la otra mano á su boca el pan del desterrado y el agua de la tribulacion. Vuelve á saludar á su patrio suelo, y hé aquí que por muchos años pasa una vida pobre y miserable, sin que ninguno se acuerde que Ella es la que tiene entre sus ascendientes cien y cien sabios, cien y cien capitanes, cien y cien Monarcas, de cuyas glorias y riquezas es solidaria por derecho natural y por las leyes de su patria.

Nada he dicho aún, amados míos: los contratiempos

de la vida no influyen extremadamente en nuestro corazón, ni lo hacen desgraciado cuando podemos depositar nuestras penas en el pecho de un amigo. El mismo pan del destierro ya deja de ser amargo cuando tiene el condimento de una compañía amorosa: del fondo de dos corazones, que están unidos por la amistad verdadera, sale un raudal de consuelo para el padre, para el esposo, para el amigo. Mas ¡ay! concluyóse este consuelo para María; su Hijo, que por tres años ha viajado por la Palestina, granjeándose fama, ora de sabio, ora de justo, ora de Profeta, y también de Mesías; su Hijo, á quien ha invocado todo atribulado para hallar en su benéfica mano algún consuelo, acaba de caer en manos de la justicia; y en vez de aquellos epítetos relevantes que le diera el pueblo favorecido, este mismo pueblo lo llama traidor, sacrilego, enemigo de Moisés, del César, de la ley, del vulgo. Tras de estas calumnias vienen injurias inauditas, que se ejercen contra su venerable persona; los azotes, las espinas, los escarnios, no son más que el resultado de una conflagración que parece formada de intento entre sacerdotes inícuos y criados groseros, entre magistrados sin pudor y cortesanos sin freno, entre jueces venales y sayones inhumanos; unos acusan á Jesus de blasfemo, otros de revoltoso, y ni el juez tiene energía para sostener una inocencia conocida, ni el pueblo tiene corazón para saber apreciar lo mucho que debe al magnánimo corazón de Jesus; el resultado de este desorden es que el mansísimo Jesus es atropellado, poniendo sobre sus hombros un madero ignominioso, llevándolo violentamente por las calles, haciéndole caer tres veces, arrastrándolo vilmente como á un animal de rabia, y clavándolo, por fin, á un palo, y pronunciando contra Él todos los anatemas de la ley.

La posición de María es diametralmente opuesta á la que tuviera cuando en casa del sacerdote Zacarías pro-

nunció su sagrado cántico. ¡Ah! ¿Veis aquella mujer que del alto cielo se desprende, saliéndole al encuentro las estrellas para coronar su majestuosa frente, y apresurándose la luna á ponerse bajo sus plantas, y sirviéndola de manto el mismo sol? Pues es María, que debe más su oriundez al cielo que á la tierra; es María, que ha sido desposada con el Espíritu Santo; es María, que ha sido coronada por Reina de cuanto existe debajo de la luna; es María, que lleva en su purísimo vientre al Sol de justicia. Pensad si una mujer adornada de tantas prerogativas será feliz y bienaventurada; mas contemplad su nuevo estado: ¿veis ese río que, imperceptible en su nacimiento, va aumentándose y tomando un aspecto imponente? ¿Lo veis cómo va absorbiéndose todos los torrentes, cómo van hinchándose sus aguas, cómo va extendiéndose por las llanuras, cómo va atropellando árboles gigantescos, arrasando casas y ciudades, hasta entrar en la mar, declarándole guerra y rompiendo las aguas salobres que le han dado nacimiento y vida? Pues no de otro modo han sobrevenido á la mujer dichosa todas las calamidades; el dolor de ver á su Hijo tan vilmente tratado ha demudado la esencia de aquel corazón. «Queremos buscar una madre, dice el Doctor seráfico, y no hallamos sino clavos, espinas, lanzas, esponja y vinagre. El corazón del amor se ha convertido en corazón de dolor.»

En tan cruel y amarga situación, ¿podrá acaso la Reina de los mártires repetir las palabras de su cántico? ¿Podrá llamarse dichosa al lado de la Cruz del Hijo moribundo, como al lado de su prima Isabel, como al oír los melodiosos himnos de los ángeles en Belén, y como al presenciar las glorias de su Hijo? Sí, ciertamente, porque unos y otros son bienes que Dios la dispensa; si en Belén y en Nazareth recibe la diadema de Reina de los ángeles, en el Calvario es adornada con la corona de Reina de los

mártires y de los Apóstoles. Cuando aún no ha gustado sino las dulzuras de la divina maternidad, cumple los designios de la Providencia, que la predestinara á ser la más dichosa y bendita de todas las mujeres; y cuando bebía en la cima del Gólgota la copa de la amargura, se llenaban en ella también las miras del cielo, que la predestinara á ser la más heroica de todas las criaturas, sufriendo más que todas juntas, con un valor envidiado de las mismas virtudes y potestades angélicas.

En efecto, amados míos; existe entre la predestinacion de Jesucristo y la de su Madre la más admirable conformidad y semejanza; María fué predestinada á ser la tierna vírgen de que se formaria el nuevo Adán, y la naturaleza individual que el Verbo tomase estaba predestinada á ser Dios, de tal manera, que unidas la naturaleza divina y la humana en una misma persona, se pudiese predicar y decir: Dios es Hombre, y el Hombre es Dios. Aunque la diferencia entre el Hijo y la Madre es infinita, hay entre ellos una asimilacion tan grande, que anduvieran siempre juntos sus destinos temporales, así como eternamente fueran predestinados, el Hijo á ser Dios, la Madre á engendrar á Dios. ¿Cuál es el origen de esta predestinacion? ¿Cuál su fuente y raíz? ¡Ah! El amor infinito. Sí, la predestinacion es un decreto libre de la voluntad divina, que señala un amor infinito hácia las almas predestinadas, pues las conduce á la posesion eterna de un bien infinito; y de aquí es necesario concluir que nada hay en la economía de la predestinacion de los justos que no rebose por todas partes en dicha y felicidad. Esto es inconcuso; y, sin embargo, aparece á nuestros ojos materiales todo lo contrario: si hay adversidades en el mundo, todas son para los justos; si hay consuelos humanos, todos son para los pecadores. Pero aquí es donde se escolla la razon abandonada á sí misma, porque tomamos las cosas en sentido opuesto, llamando adversidad á lo que es

dicha, apellidando felicidad á lo que es desgracia. ¿Cuál es la mayor dicha de un justo? La cruz, las contradicciones, las amarguras, los dolores, porque éstos son los que le abren anchuroso camino para el cielo.

Al decirnos el divino Pablo que Jesucristo fué predestinado á ser Hijo de Dios, ¿nos quiere decir que estuviera predestinado á tener toda suerte de bienes temporales? Sí, ciertamente; Jesucristo debia poseer toda clase de bienes temporales, eternos, espirituales y corporales; porque siendo la predestinacion el efecto de un amor infinito, no puede el predestinado padecer ni un solo momento mal alguno que tenga su origen en el que le predestina; porque no sería amor verdadero el que no acarrearase á la persona amada toda especie de bienes. Luego, ¿todo lo que Jesucristo tuvo temporalmente fué un bien cuantioso y una ventaja incalculable? Así es, amados míos. Examinad entre tanto cuál es la predestinacion temporal del Hijo de Dios. ¿Fué predestinado á tener honores? No, al contrario; fué el objeto de todas las humillaciones é ignominias; pero estas mismas abyecciones son bienes dignos del amor infinito de Dios, bienes que nuestra ignorancia no comprende, bienes que no admite la razon depravada, y que reputa por locura la filosofía carnal. ¿Quizás fué predestinado á obtener riquezas, dignidad y poder? No; pues nació en pobreza, y murió sin tener donde reclinar su cabeza. ¿A qué habrá sido predestinado Jesucristo, amados míos? ¡Ah! No á la inmortalidad, que posee por sí mismo, sino á poder padecer y morir; no para ser omnipotente ni inmenso, porque estos atributos le son esenciales, sino á ser débil y mortal, á tener nuestra pequeñez y á anonadarse; y, entendámoslo bien, toda alma predestinada debe esperar de Dios estos mismos favores; su dicha es tanto mayor, cuanto mayores sean las adversidades y contradicciones; su felicidad se aumenta á medida que tiene más bienes espirituales,

es decir, más amargas y dolores, aunque el mundo los tenga por locuras.

Comprendida ya esta doctrina, preguntad á la desconsolada Madre de este ilustre reo que se halla en la Cruz, cuáles fueron las ventajas que tuvo en el mundo por haber sido predestinada á ser Madre de Dios. Es cierto que la sangre que circula en sus venas es la sangre de Abraham, de David y de Ezequías, y sin embargo María vive desconocida en el mundo, teniendo que agregar su suerte á la de un pobre artesano que la toma por esposa; al decir que es Madre del Rey de los cielos, parece natural el concluir que debia ella exceder en gloria y grandeza á todas las Reinas de la tierra, cuanto éstas sobresalen en su nacion al contrastarlas con la zagala de los montes; pero esto es un sofisma de la razon carnal. Cuando María lleva en su seno al Mesias deseado de todas las gentes, hay por todas partes nobles matronas y altas princesas; las tiene Roma, las tiene el Egipto, las tiene el Oriente, y hasta en la misma Judea las hay; son estas mujeres quizás innobles por su cuna, quizás poco cultas en sus talentos, quizás inmorales en su conducta; pero el solio las ha ennoblecido á los ojos del mundo; tienen en su altiva frente una diadema de oro, y esto basta para que se arrodille ante ellas el filósofo, el general, el vulgo. Pues bien; María es hija de los hombres más nobles que la humanidad ha poseido; María tiene el alma más generosa que ha salido de manos de Dios despues de la humanidad del Verbo; su ciencia, sus talentos, sus virtudes, exceden á los de los querubines y serafines; es además Princesa, Reina, Emperatriz, pues ha dado el sér temporal al Rey inmortal de los siglos; y con todas estas grandezas reales y positivas, ¿qué es María en el mundo? Nada. ¿Cuál su tenor de vida? Aquí sale del pobre hogar doméstico, y no tiene un rincón donde guarecerse de la inclemencia, de la escarcha y del hielo; allí se

ve errante, fugitiva y llorosa; hoy pierde á su Niño adorado, viviendo por tres dias sin esperanza y sin aliento; mañana se lo arrebatán, lo encarcelan, lo cargan de hierro, lo conducen á tribunales, lo insultan, lo azotan, lo escupen, lo befan, lo injurian, lo escarnecen, y por fin lo condenan á morir como á un asesino.

¿Es acaso feliz en esta posicion la ilustre Profetisa que en casa del Bautista entonó su famoso canto, en que se apellidaba eternamente dichosa? Sí lo es, porque en estos tristes acontecimientos ve María el cumplimiento de los designios del cielo sobre ella; Dios la ha predestinado á ser Madre suya, y lo ha hecho á impulsos de un amor infinito; la ha predestinado, por consiguiente, á toda clase de bienes temporales, espirituales, del tiempo y de la eternidad, como á su Hijo único. Por consiguiente, estaba predestinada á sufrir privaciones, persecuciones, amarguras y dolor, que son los verdaderos bienes que Dios prepara á sus escogidos y las grandezas que son más análogas al amor infinito. Sí, ahí está María al lado del patíbulo de su Hijo; ahí va á concluirse su preciosa vida, y á cerrarse con esto el cruel escenario de los trabajos, que principiaron en Belén y finalizan en el Gólgota. Ahí se encuentra la tierna Madre, en medio de un populacho que se ha revestido del furor de los tigres: roncós bramidos salen de todos los ángulos del Calvario; quién brama al ver que el condenado á muerte aún está con vida; quién lo insulta en medio de los crueles tormentos: aquí saltan unos de alegría, y otros exprimen su placer en estrepitosa algazara; allí se pasean otros con petulante desden delante de la Cruz, echando al reo en cara sus fingidos prodigios, su presuncion, su temeridad: cada palabra, cada respiracion, cada movimiento de estos hombres es un cuchillo que traspasa el pecho de María, y que la corta la articulacion. ¡Ah! Si teneis valor para desplegar los labios en tan dolorosas circunstancias,

hablad á María ; preguntadla por qué camino ha llegado á tan lamentable situacion, y la vereis aún entonar un cántico de accion de gracias al Dios que la predestinára al dolor y á la amargura.

Bien ha comprendido María la nobleza de su destino; porque ¡ah! ¿quién la ha conducido al Gólgota? ¿Quién la ha sacado de su retiro? ¿Quién la ha llevado al teatro de horror en que se encuentra? Ella misma ha seguido las huellas del Hijo ; su instinto maternal, su corazon magnánimo son los que la han dado el primer impulso. Segun los decretos del cielo, no podia efectuarse la tragedia del Hijo sin que estuviese presente la Madre, porque Aquél fuera predestinado á padecer todos los males de la vida, por ser el objeto más querido del cielo, y despues de Él no podia ningun alma ser tan semejante á Él en la predestinacion como la de su Madre. El último viaje que María hace con su Hijo tiene un carácter distinto de todos los otros que ha hecho hasta entónces ; si trasmigra María al extranjero, es para conservar su tesoro ; si viaja á Jerusalem y recorre las montañas por tres dias, es por hallarlo ; si lo sigue en sus predicaciones, es para nutrir su alma con las palabras de vida que brotan de sus labios divinos ; mas al encaminarse con tanta generosidad al lugar del suplicio, María no puede tener otra mira que la de abrevarse en amargura y dolor. Si alguna idea puede asomarse en su alma, es la de saber que su Hijo va á ser crucificado, que va á morir, que va á perderlo. Es decir, que desde que María sale al encuentro de su Hijo en la calle de la Amargura, no va sino á padecer y á morir con Él. ¿Qué decís á esto, católicos? Combaten en el corazon de María mil afectos distintos ; la ternura con el heroismo, el amor con el dolor ; si no sigue al Hijo en las aficciones ; si no le acompaña en el suplicio, se muere de pesar ; si le ve arrastrar por las calles y caer con la Cruz ; si presencia la furiosa crucifixion ; si

ve brotar su sangre á torrentes por manos y piés ; si lo oye llorar y clamar en la Cruz sin poderlo socorrer, María se muere de dolor : entre dos partidos igualmente tristes para un corazon que ama, ¿cuál escoge María? ¡Ay! El más cruel ; aquel en que mil veces se ha de ver traspasada con crueles aceros ; aquel en que ha de ver desgarradas sus entrañas de amor con las carnes del Hijo adorado.

Pero este partido, ¿lo toma acaso María por impulso del corazon solamente? ¿Obra aquí el sentimiento materno aisladamente? No; es la razon junto con el sentimiento. No es María una Madre que al saber que le falta su Hijo único sale despavorida de su soledad y se precipita irreflexiva entre la muchedumbre, y se aboca inconsiderada con la mitad de su corazon. ¡Ah! la Reina de los héroes cristianos marcha al martirio llena de calma y serenidad. Vedla. Cuando la ronca bocina anuncia la sentencia del presidente, se agolpa toda Jerusalem en las calles por donde pasa el ilustre sentenciado; un murmullo como de cien rios caudalosos que se precipitan de altas breñas, tiene en consternacion á los pocos hombres pensadores que existen en la ciudad deicida. No sale al público ninguna persona amiga del órden, porque reina por todas partes la rabia y el furor, exprimidos entre horrendos alaridos; cuantos transitan por las calles y plazas llevan pintados en sus facciones el odio, la venganza, el deseo de sangre; niños, ancianos, sacerdotes, letrados, senadores, pueblo, todos indistintamente van al Gólgota, bramando como toros contra Jesus. Para no vacilar en tan crítica ocasion era preciso tener un valor nada comun para unirse al pueblo y manifestar algun interés hácia el condenado, cuya muerte ha sido pedida con unanimidad; era preciso arrostrar mil peligros y conculcar todas las furias de un motin; más, ¡qué heroismo, qué magnanimidad no se necesitaban para atra-

vesar impávido por los escuadrones de los sayones, para vencer las gruesas columnas de gente enfurecida, y para acercarse al reo, que, rodeado de una muchedumbre innumerable, no tiene entre tanto individuo sino uno que otro que no lo mire con horror! ¡Ah! Sólo un corazón lleno de los sentimientos maternos de María, sólo una alma tan diamantina como la suya, podían tomar parte en una escena que por todos lados respiraba crueldad. Un hombre atlético hubiera sentido temblar sus pies, y, faltándole el aliento, hubiera caído; pero María no cae ni desmaya. ¿Sabeis por qué? Porque, como Reina de los mártires, va alegre al suplicio, no obstante que su corazón sea traspasado con cien espadas de dolor; porque la razón de María es la más ilustrada que ha habido entre las puras criaturas; Ella fija sus miradas en el bien, como que se le comunica á Ella del modo más íntimo, haciéndola beber del mismo cáliz, y padecer los mismos tormentos, y sufrir las mismas amarguras, y, lejos de huir del teatro de la pasión, Ella misma lo busca, dirigiéndose á él con su Hijo.

Puesta María al pie de la cruz, y estando allí sin desmayar, es para mí el portento más grande de heroísmo que ha sucedido en la tierra; todo atormenta el alma de esta Madre, la naturaleza, la gracia, el cielo y la divinidad; todos estos objetos disparan dardos al corazón de María, y le hieren sin cesar. ¡Qué martirio tan cruel no causaría á su alma la idea clara y distinta que tenía de la Divinidad, viendo que esta misma Divinidad estaba clavada en un palo afrentoso! ¡Qué al verla tan blasfemada y tan vilipendiada entre dos ladrones! ¡Cómo se la desgarrarían las entrañas al saber que la misma felicidad de su maternidad divina era la causa de su mayor desdicha, no pudiendo tener algún consuelo por hallar sumido en el más profundo abatimiento á Aquel que es el manantial de toda alegría! Veía el cuerpo de su Hijo todo despedazado,

el cielo que se había vuelto de bronce, la tierra que se había conjurado contra la Divinidad. ¡Qué dolor no padecería con esto su piadoso corazón! Hable por mí el sapientísimo Damasceno, y explíquenos lo que sufriera la afligida María: «Sintió entonces desgarrársela las entrañas cuando vió que Aquel que Ella engendraría, Dios, moría como criminal y facineroso.»

Bien veis, amados míos, que rodean los dolores á María como las aguas á la esponja que flota en medio de ellas; en Ella, como en tersísimo espejo, reflejan todos los tormentos de su Hijo; los clavos, las espinas, la hiel, atormentan al Hijo y á la Madre. ¡Tan terrible es el huracán que acomete al uno como el que envuelve al otro! ¿Pero creéis que en medio de tanta pena no hay un rayo de luz que alumbre á María? ¿Pensáis que no tendrá algún motivo de consuelo en sus angustias? ¡Ah! Contempladla con la fé, y la vereis perdiendo un Hijo y ganando un mundo; puesta al lado de la Cruz, conoce María que no debía limitar su tierna solicitud á su Hijo, que iba á morir, sino extenderla á otros que en aquel mismo momento engendraba para el cielo. Perdía á Dios, y ganaba al hombre: era entonces, como dice el Doctor Seráfico, cuando empezaba á ser dos veces Madre: Madre del Rey y Madre del desterrado; Madre del Juez y Madre del reo; Madre de Dios y Madre del hombre; y siendo Madre de uno y otro, venía á ser desde entonces la reconciliadora de Dios con el hombre, el amparo del mundo. En medio de tantos dolores como sufriera en el Calvario, tenía María este lenitivo; no podía consentir, como buena Madre, que estuviesen discordes en lo sucesivo Dios y el hombre, pues eran hermanos engendrados en su seno, uno corporalmente, otro espiritualmente. Hé aquí, señores, lo que ha dado valor á María para estar en el Gólgota.

Tiene también otro motivo de gran consuelo en medio de sus amarguras, y es éste el ver que ninguna criatura

hay tan dichosa en los cielos y en la tierra, porque ninguna ha sido llamada por Dios á tomar parte en los trabajos que Él sufriera. ¡Ah! Si preguntais á los serafines mismos cuál hubiera sido su mayor felicidad cuando con rostro enlutado asistian al Dios paciente, os responderian que hubieran querido tener un cuerpo para haberlo puesto en la columna, y ahorrar así al Salvador la crueldad de los azotes; hubieran deseado ser coronados de espinas y crucificados, para no ver á su Dios en tanta ignominia. Pero los serafines, con ser los más encumbrados de las criaturas, no pertenecen á la familia de Dios con la intimidad de María; aquéllos son sus áulicos y ministros, y María es su Madre, es la criatura más íntimamente enlazada con Dios, pues Dios es de la misma sangre y genealogía de María. Así es que Dios la predestinara á padecer más que todas las criaturas juntas, para elevarla á un punto tan culminoso de gloria, que no puedan franquear ni todos los coros de los ángeles.

¡Ah, almas débiles, que sucumbís al primer choque de la adversidad; venid al pié del Calvario, y aprended! ¡Cuántas veces al considerar la prosperidad que Dios reparte en este mundo, y las tribulaciones en que se halla el justo, habeis quizá dicho con el Profeta atribulado, que vanamente haceis obras de inocencia y santidad, pues no conoceis más que adversidad y pobreza! No os engaños; pues Dios da muchas veces riquezas á los malos, porque es muy amante de los hombres, y ya que éstos desprecian los bienes de la otra vida, permitid que sean felices de algun modo en ésta. Pero entre tanto, tened por asentado que la economía de la Providencia, en orden á sus escogidos, es enviarles en este mundo contradicciones y adversidades; cuanto más querido de Dios es el justo, tanto más brama la tempestad y rugen los aquilones; porque el que más padeció entre los hombres fué el Hombre-Dios; y claro está que es propio de

los amantes, como dice el Crisóstomo, el asemejarse en todo, y aún el querer identificarse. Y en consecuencia, siendo María la que ama más á Dios, se asimila á Él más que todos los hombres; siendo Dios quien más ha padecido, no puede haber otra criatura que sufra más contradicciones y dolores que la heroica Reina de los mártires.

Hay, entre tanto, en estas obras divinas un misterio de enseñanza, que no debemos dejar desapercibido. Lo es para nosotros, que, continuamente atribulados, fluctuamos entre ideas desconsoladoras, creyendo que no es justa la Providencia cuando aplica á nuestros labios la copa de la amargura, como si no hubiese un mundo invisible, en el cual nos prepara torrentes de delicias para saciarnos en su gloria. En este mundo material, de que somos moradores transitorios, el mismo desorden que vemos de felicidad de los malos y de desventura de los buenos, es el orden admirable con que Dios va preparando la futura dicha del justo, así como el perverso va tambien disponiendo en su malicia los medios de hacer brillar algun dia toda la justicia y bondad divinas. Esas lágrimas que derrama el inocente perseguido, ¡qué! ¿no se han de agotar? ¡Qué! las calumnias, las afrentas, las persecuciones sin razon, ¿no se han de concluir? Ese fausto de los mundanos, ese lujo del rico sin piedad por el indigente, esos honores de que muchos malvados se ven sobrecargados, esa altivez con que conculcan muchos magnates al huérfano, á la viuda y al hombre de mala suerte, ¿no han de llegar á un punto en el cual suene la última vibracion del tiempo que les diga que su vida no pertenece al tiempo de la mentira, sino á la eternidad? Católicos; la tumba cierra las puertas de este teatro mundano, donde accionan seres enmascarados, donde triunfan los malos, donde son felices los hipócritas, donde los perversos, manejando la intriga y usufructuando la venalidad del mundo, se granjean una

ventura de riquezas, de orgullo y sensualidad; pero tambien la tumba abre las puertas de un horizonte donde todo es luz y realidad, donde no tiene lugar la fantasmagoría, sino la verdad, que corona las obras buenas y castiga las malas. El primer escenario es corto, como patrimonio del sentido corruptible; el segundo es eterno, como herencia del alma, que es espiritual.

No es esta escuela de los trabajos tan sólo para que aprendamos nosotros; tambien María aprende en ella, y las lecciones que recibe son para nuestro bien. Y no lo extrañéis: el mismo Maestro celestial, dice San Pablo, aprendió prácticamente la obediencia en los padecimientos: *Didicit ex his quæ passus est obedientiam*. Tambien aprendió con la experiencia cuán duras son las persecuciones á nuestro corazon, y se revistió de amor y poder para auxiliarnos en ellas, pues sufrió en su humanidad lo mismo que nosotros padecemos. *In eo in quo passus est ipse et tentatus, potens est, et eis qui tentantur auxiliari.* (Hebr., cap. II, 18.)

Predestinada María á ser la Madre de los hombres, su corazon pasó por todas las amarguras; vió en ellas cuál es nuestra naturaleza, cuán delicada es y susceptible; vió cuán profundas huellas labra en nuestros corazones la desgracia; vió las lágrimas que derramamos en este mundo de penas y dolores, y su corazon aprendió á amar á los desgraciados; porque la escuela de la adversidad es la más elocuente. Si María no hubiese gustado sino las dulzuras de la maternidad divina, nunca habria sabido lo que son las aflicciones de un corazon atribulado; pero el dolor la abrumba por todas partes, y no ignorando los males, aprendió á socorrer á los desdichados. Así sentimos tan instantáneamente su poder cuando la invocamos en nuestras aflicciones; así no hay quien la invoque que no sea socorrido.

¡Oh! Madre de amor y de misericordia; tu corazon es

un Océano de amor donde bogan todas nuestras almas, seguras de no ser sumergidas en las espumantes olas de la tribulacion, si tú nos sostienes con tu brazo poderoso. Ayúdanos, pues, con la gracia de tu Hijo, para que seamos más fuertes que los trabajos de esta vida, á fin de que, imitando tu constancia en la tierra, gocemos de tu amable compañía en el cielo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

O vos omnes qui transitis per viam attendite et videte si est dolor similis sicut dolor meus!

¡Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!

(LAMENTAT. JEREMIE: cap. 1, vers. 12.)

Es el mundo un vasto teatro, siempre abierto á la expectacion pública, teatro en que sin cesar se representan, ora escenas que elevan el espíritu, ora dramas que lo abaten, ora tragedias que lo afligen. No hay individuo, ni familia, ni pueblo, que no sea actor en esta gran representacion; en que tan pronto asoma la alegría con todos sus éxtasis, tan pronto la tristeza con todas sus lágrimas, tan pronto el furor con todas sus agonías. Aquí se ve un pueblo que, vistosamente adornado, empuña palmas y ciñe laureles, dando saltos de alegría junto á una pirámide de donde penden mil trofeos: es un pueblo que celebra las glorias de sus héroes. Allí se observa otro pueblo cuyas ciudades se hallan cubiertas de luto, cuyos moradores llevan un aspecto triste y macilento: es un pueblo que llora la pérdida de sus hijos. Esta es la leccion diaria en que se versan los pueblos, las ciudades, las familias, y todo el linaje humano.

¡Ah! Así tambien, con la debida proporcion, presenta la Religion á sus hijos los dias de su gloria y los de

su tristeza. Sí, esta hija del cielo, á pesar de ser tan esplendorosa, por su origen y naturaleza, como el sol de mediodía, ha tenido en su carrera dias de alegría y dias de luto. Un dia se nos presenta vestida de gala por el nacimiento de su Fundador; otro amanece para Ella en que sólo há lugar la tristeza y el dolor, por ser el aniversario de su ignominiosa muerte. Así veo yo hoy á esa triste Madre; el cielo enlutado, la tierra convulsa, las piedras hendidas como un corazon que se parte, la naturaleza en silencio, los ángeles en expectativa, los hombres en consternacion, déjase oír la voz de esta Madre infortunada, voz que dirige á los hijos de la Cruz: «Oh hijos míos! dice; un dia amaneció para mí, dia de lamentos y de amarguras; dia que no merece ser computado entre los demás, porque en él se levantáran los hombres contra Dios; dia en que mi corazon fuera atravesado de mil dardos de dolor; dia en que cielo y tierra se conjuró contra mí; dia en que un pueblo furioso me arrebató el único objeto que poseia mi corazon; dia en que de la más dichosa me convertí en la más desgraciada de todas las mujeres, pues no tuve ya objeto á quien amar, por haber muerto el único que yo amaba. Acercaos, pues, ¡oh hijos de mis dolores! examinad de cerca el cruel espectáculo de mi Hijo moribundo, y ved que no hay dolor comparable al mio.» *O vos omnes, etc.*

Este es el gran cuadro que la fé delinea hoy ante nosotros con los más patéticos rasgos, poniéndonos delante el Calvario humeando con la sangre divina, la Cruz alzada teniendo en sus brazos al llagado Redentor, y al lado de esta Cruz, que no es por entónces más que un cadalso, á la dolorida Madre, que tuvo el desconsuelo de ver morir al mejor de los hijos. Otro dia vereis á esta tierna Madre engalanada con los adornos que la da su Esposo, ó bien teniendo en sus brazos al Niño suspirado de las naciones, ó bien presentándolo á los sabios para que

lo adoren, ó bien al lado suyo entre la muchedumbre de pueblo, siendo aclamado feliz el vientre que lo llevó y dichoso el seno que lo amamantó; otro dia podreis verla subiendo al cielo sostenida por esplendentes nubes, coronada de gloria y de majestad; pero hoy no podemos contemplar sino sus lágrimas y su dolor.

Fijemos, pues, nuestras miradas en la tierna Madre que se halla al pié de la Cruz; miremos aquella nobilísima frente que, semejante al firmamento, no pierde su serenidad aunque crucen en todas direcciones nubes oscuras y ráfagas violentas del Aquilon. Ya que ella misma nos suplica que la acompañemos en su angustia, subamos al monte de la mirra, y examinemos de cerca la causa de su dolor. Se encuentra María junto á la Cruz del Hijo. ¿Quién la ha llevado al teatro de sangre donde se halla? La impiedad de los sayones. ¿Ha llegado acaso hasta el extremo de apoderarse de la Madre para atormentarla como al Hijo? ¿El Hijo mismo ha suplicado á su Madre que no lo abandone? ¡Ah, no! María ha salido al escenario del dolor por su propia voluntad; su amor y su ternura son los que la tienen junto á su Hijo, para morir con Él si necesario fuere. Vamos, pues, á tomar parte en el dolor de María, considerándola como á tierna Madre que se fija al pié de la Cruz para aliviar con su presencia los tormentos de su Hijo.

¡Ángeles santos! ya que el dolor ha anudado nuestras lenguas, venid vosotros, y con vuestras arpas de oro modulad un himno de amor á nuestra Reina, para consolarla en su dolor, miéntras que con balbucientes acentos nos arrojamós todos á sus plantas, y la saludamos llena de gracia y de amargura. *Stabat Mater dolorosa.*

Es el amor un fuego que igualmente inflama el corazon del amante y el del amado; pero es necesario que

nos entendamos; es preciso dilucidar á qué objetos puede tender esta noble pasion del alma, para comprender cuáles pueden ser tambien los resultados del amor. Hay gran diferencia de amor á amor; hay amor que inflama para convertir en ceniza al objeto que lo posee; y tambien lo hay que de lo más infinito hace que salga lo más noble y grandioso; aquél es el amor mundano, éste es el divino; por consiguiente, el amor, segun su origen, su objeto y su fin, puede ser una noble pasion que engrandece el alma, y puede ser tambien una tendencia innoble que la degrade y envilezca. ¡Ah! El amor carnal nunca ha sido causa de acciones heróicas, ni puede inspirar altos sentimientos de gratitud, ni abrasar dos corazones, sino para que ambos se vuelvan escoria y ceniza. No es así la índole del amor racional; él identifica realmente los objetos distintos, haciendo de dos almas una; él da expansion al espíritu humano, y lo eleva á una region donde pueda, en caso necesario, desplegar el gérmen del heroismo que lleva consigo. Entre dos individuos que se amen con afecciones dirigidas por la razon, es comun la tristeza, el gozo, las alegrías, los bienes y los males; igualmente padecen en lo adverso, igualmente gozan en lo próspero. ¿Quién podrá comprender hasta dónde llega la virtud de este genio del amor racional? Y si tan nobles y relevantes son los atributos del amor que inspira la naturaleza cuando no está viciada, ¿cuánta no será la eficacia, la virtud de aquel amor que, por su procedencia, por su objeto y su fin, pertenece á una esfera más que humana y más que angélica? Bien comprendéis que estoy hablando del amor que unia las almas de Jesus y de María.

Son estos dos seres realmente distintos; mas están identificados por el amor; son dos flores que viven en un mismo tallo y de una misma sávia; son una Madre y un Hijo... ¡una Madre y un Hijo! ¡Ah! He pronunciado dos nombres, cuyos ecos hacen dar saltos de alegría á la na-

turalidad. Entre cuantos seres componen el mundo visible, no hay dos que tengan tantos motivos para amarse como la madre y el hijo; desde que aquélla empieza á serlo, se forman entre ella y el fruto de su vientre relaciones de amor tan íntimas, que no puede romperlas ni la misma muerte; por nueve meses continuos el hijo no parece ser un sér distinto de la madre, ni ésta vive para sí sola, sino para su hijo, ni tiene otro anhelo que el de llegar al dia feliz en que pueda sin peligro entregarse á todos los éxtasis de una alegría que justamente inspira la naturaleza y consagra la razon. Cuando del claustro materno pase el hijo á los brazos de la madre, cuando lo suspenda á su seno, cuando pueda sellar ésta las rosadas mejillas con sus labios, sus deseos estarán cumplidos, su alegría será completa, el amor hácia el hijo llegará á su colmo. No recibe aquí, sin embargo, todo su complemento el amor de la madre y del hijo; porque mientras éste se halla en la edad infantil, ni sabe que es amado, ni conoce hasta qué punto ha de llegar su gratitud para con la autora de sus dias; es entónces en el hijo un amor casi material é instintivo el que lo lleva junto á su madre, y hace que suspenda alguna vez sus tiernas manos hácia aquel seno que le dió vida. Sube, pues, á su debido apogeo el amor del hijo y el de la madre cuando la razon se desarrolla, y se añade la idea de la gratitud á la idea del amor que inspira la procedencia natural. Entónces sí, entónces se identifican dos corazones; entónces la alegría y el placer son comunes á la madre y al hijo, é igualmente los aflige y entristece el dolor, pues el amor inspirado por la naturaleza y la razon es tanto más fuerte que el que proviene del sólo instinto, cuanto excede lo moral á lo físico, y lo racional y espiritual á lo que es puramente instintivo y material.

Estoy hablando, amados míos, del amor maternal sin ninguna excepcion, porque la naturaleza igualmente

visita el corazón de la Reina que ve á su príncipe reclinado en cuna de oro, que á la humilde zagala que guarda á su niño en choza pastoril, pues tanta es la dicha de la primera en ser madre de un Rey, como la de la segunda en serlo de un pastor; ni es posible que violentemos los conatos de la naturaleza. Pero, señores, si de madre á madre no hay diferencia, por amar todas á sus hijos y no poder fijar su amor maternal en los que no han recibido de ellas el sér, grande es é infinita la que hay entre ser madre de un hombre y serlo de un Dios. Si entre las madres es mayor el amor que se tiene al hijo único, si es más intenso el que se profesa al hijo recibido inesperadamente y por medio portentoso, ¿cuánto mayor será el amor hácia un hijo que debe su origen al cielo, cuya naturaleza es divina, y cuyas prerogativas no tienen semejanza con ninguna criatura? Hémos aquí ya contemplando de lleno el amor de María para con su amable Jesus; preciso es saber cuánto lo ama, para que comprendamos cuánto padece; porque tanto es el dolor en los padecimientos del amado, cuanto es el amor que lo une con su amante.

Cuánto sea el amor de María para con Jesus, es un punto á cuya solución no podemos llegar. Si al considerar que es madre preguntamos á todas las que ha habido cuánto es el amor que tienen á sus hijos, nos dirán que es el mayor que hay en la tierra; pero no es posible pesar el amor de María, porque no es Ella madre de un hombre, sino de Dios; ni nos es dado calcular lo que su corazón sentiría al ser madre, porque produjo en María tal éxtasis de gozo el ser virgen incorrupta, que quizás no dió lugar por aquel momento á la alegría purísima é inexplicable de ser Madre de un Dios. Si intentamos buscar su amor á Jesus en los dotes que adornan el cuerpo y alma de su Hijo, era preciso preguntarlo á los ángeles, y nos dirían que ni áun ellos lo saben con perfección, porque

la hermosura de su Rey es infinita. ¿Conque no es posible medir el amor de María hácia Jesus? No; basta saber que era Jesus Hijo único de María; basta decir que el Hijo de María es el esplendor del Padre y la figura de su sustancia, y el que lleva en su dedo la máquina del mundo. Baste decir que es Dios. ¡Oh amor inexplicable de María hácia Jesus! Infinito por su objeto, dejaba de serlo en María por impedírsele el ser de criatura. ¡Madres cristianas! Si quereis comparar vuestro amor á los hijos con el de María, comparais las escorias con el oro, la nada con la existencia, las tinieblas con la luz, la tierra con el cielo. María era toda de Dios; Dios era todo de María; no se aunan con tanta identidad los rayos del sol en el cóncavo cristal, como el amor de María en el corazón de su Hijo; no se precipitan con tanta rapidez los ríos caudalosos en el seno del Océano, como el amor de María se internaba y perdía en el seno de la Divinidad; los serafines al lado de María no saben amar, porque si aquéllos aman á Dios por ser su Criador, María lo ama por ser su Hijo.

Raciocinemos, pues, amados míos; si el dolor que el amante sufre en las dolencias de la persona amada se ha de medir por el amor que los une, preciso es decir que los dolores de María fueron infinitos. ¡Ah! ¿Cómo se hallaría el corazón de María en la pasión de su Hijo Jesus? Es verdad que muy de antemano estaba persuadida que su Hijo tenía que morir; Dios no la ocultara los designios que tuviera sobre su Hijo, pues á los cuarenta días después de nacido éste, la informó por medio de un profeta que sería el objeto de mil contradicciones; pero hay gran diferencia entre lo presente y el porvenir; si se quiere, podremos concluir, con el devoto Bernardo, que toda la vida de María fué un tejido de dolor; cuantos cuidados prodiga María á Jesus, no sirven sino á alimentar y conservar una víctima; está el tierno infante en los brazos de su

Madre, y ya ve ésta sus manos y piés que han de ser horadados con el duro hierro; mira los blondos rizos que adornan la divina frente del Niño, y los contempla teñidos de sangre aquéllos, y oscurecida por las agonías está; contemplaba aquellos ojos divinos, aquella boca dulcísima, aquel pecho depositario de la Divinidad, y ya los examinaba en la escena del Calvario, cuál lívido, cuál cárdeno, cuál hundido y cuál herido; pero entre tanto María goza de los castísimos ósculos de su Niño, lo ve crecer en gracia y hermosura, y el amor que une estos dos corazones va tomando nuevos incrementos, aunque parecia ser infinito. Preveía María todo cuanto tenía que padecer, mas eran sus temores como esas nubes que tienen al viajero en pavorosa expectativa, por estar cargadas de rayos y granizo, amenazando sin acabar de estallar.

Mas ¡ay! llegó el momento en que toda la ira del cielo cargaba sobre Jesus; los hombres se apoderan violentamente del Justo; se reúnen los príncipes contra el Ungido, y caen sobre Él todos los anatemas de la ley. Cuando el amor y ternura de María para con Jesus ha llegado á su apogeo, ora porque es su Hijo, ora porque es su Dios, ora por haber conversado con Él treinta y tres años, el huracan de la persecucion viene á destruir en un momento su dicha y sus esperanzas. En tan triste situacion, ¿qué inspiraciones sugerirá á María su tierno corazón? ¿Qué partido tomará? Claro está, amados míos, que será el de mostrar á su Hijo lo mucho que lo ama, tomando parte en sus tormentos, y haciendo que caigan los dolores sobre su propio corazón, para que se alivie en lo posible el de su Hijo.

Contemplad, amados míos, á la tierna Madre; al ser heridos sus oídos con el bronco clamoreo del pueblo amotinado, siente en el santuario de su corazón resonar la voz de la ternura, voz que la anuncia una catástrofe inmi-

nente, una desgracia sin límites; ¡ah! era esta voz el triste eco de los lúgubres ayes que su Hijo exhalára al caer ya dos veces con la cruz. María, cual paloma herida, sale presurosa á encontrar al Hijo amado. Hasta entónces sólo los escribas, los pontífices, la soldadesca y el populacho habian sido testigos de los escarnios que Jesus sufriera, pues aprehendido con el favor de las tinieblas, fuera conducido rápidamente del huerto al conciliábulo, del conciliábulo á la prision, de la cárcel al pretorio, y de aquí al suplicio, siendo ántes escarnecido sin pudor, azotado sin piedad y coronado con ignominia. Mas ni María habia sentido aún desgarrársele el corazón por no haber visto aún desgarradas las carnes del Hijo, ni Jesus habia tenido á su lado más que verdugos, sayones y soldadesca. Pero ¡gran Dios! ¡qué paso tan tierno y tan cruel á la vez, para dos corazones como los de Jesus y María! Va Aquél á desembocar por la calle que conduce al lugar del suplicio, cargando sobre sus hombros el madero ignominioso. En pos de Él camina toda una ciudad, dirigiendo sus pasos al próximo collado, cuyas tristes hondonadas son el recipiente de las osamentas de los supliciados. Acaba de caer el manso Cordero, llevando su rostro y manos hasta el suelo; caen al propio tiempo sobre su agobiada espalda la pesada cruz, las picas y alabardas de los soldados, las manos y piés de los sayones, oyéndose al paso mil imprecaciones y blasfemias del populacho; todos se enfurecen contra el que ha caido; todos lo abruman, hasta que al fin, ayudados de sogas, y á fuerza de violencias, ponen en pié al humilde Jesus; quiere Este reconocer el paraje donde se halla, alza su vista, y se encuentran sus miradas... ¡Dios santo! ¡Si podré decirlo! Se encuentran con las de María, que ha sido testigo de sus afrentas y vejaciones. ¡Ah! Yo no sé que la humilde choza dé tan espantosos vuelcos entre las horrendas oscilaciones del terremoto, como entónces los dieran estos dos

corazones; yo no sé si la barca agitada por furiosas olas en medio de una noche tenebrosa, y sin faro, brújula ni estrella, se hallará tan despavorida y fluctuante como estos dos amantes al encontrarse uno y otro en el embravecido mar de la tribulación. Madre é Hijo se dirigen simultánea y mutuamente sus miradas, y recíprocamente se comunican una pavorosa consternación.—¿A dónde vas, Madre mía? ha dicho Jesús con su mirada.—¿Cómo estás, Hijo mío? ha dicho María. Y sin poder articular una sola palabra, porque el extremo dolor anuda sus lenguas, entran uno y otro en un deliquio de amor lleno de tribulaciones y amarguras.

Libreme el cielo de tener la temeraria osadía de alzar el velo del corazón de mi Dios, porque no puede el hombre mortal conocer cuanto ocurre en el santuario de la Divinidad, aunque ésta esté cubierta con todas las ignominias. Sólo diré que, á pesar de tanta tribulación, Jesús se apresta para continuar su viaje al Gólgota, poniendo aún sobre sus delicados hombros por tercera vez el cruel instrumento de su suplicio. Pero permítaseme insinuar-me un poco en el corazón de María, y leer lo que está pasando por él. ¡Ah amados míos! ¿Sabeis por qué se apresura María á salir al encuentro á su Hijo? Porque en medio de tanto estruendo como hay en Jerusalem, han herido sus oídos maternos unos ecos que parecen salidos del infierno. ¿No habeis observado alguna vez el horizonte cubierto por todas partes de negros nubarrones en cuyo seno se encierran grandes depósitos de fuego celestial? ¿No habeis visto cómo se foguean las nubes unas con otras, cómo la electricidad camina de Oriente á Occidente, de Aquilon á Mediodía, reinando siempre un ruido sordo? ¿No habeis visto que de cuando en cuando este ruido no discontinuado desaparece, porque estallan repentinamente rayos y centellas que con hórrido fragor hacen resonar los montes y los valles? Pues así está Jerusalem

cuando Jesús camina al monte del suplicio; María percibe por todas partes un murmullo sordo, que causa la muchedumbre amotinada; mas este mismo murmullo desaparece con otro que se eleva hasta las nubes; dos veces ha sido herido ya el corazón de María con este eco infernal. «Cayó, cayó,» dice el primer eco: «otra vez, otra vez cayó,» dice el segundo; y este mismo eco es repetido por las colinas de Sion, llenando los aires con horriblo estruendo, que llena de espanto el corazón de María. Apenas lo oye esta Madre compasiva, se apresura, vuela, y se llega á donde está su Hijo. ¿Para qué? Para cargar ella misma la cruz, si es necesario. Ya que no le es dado librar al Hijo de manos de los sayones, quiere á lo ménos aliviar su triste situación.

Viérais entónces, amados míos, delineado en el rostro de María el más heróico valor que han visto los siglos. Viéraisla acercarse al Hijo amado, y decirle con las miradas lo que deseaba hacer para su consuelo. «Hijo mío, le diria: ya habeis caído dos veces con la Cruz; tus hombros se hallan desollados, tus rodillas trémulas, tus brazos sin fuerza, pues has derramado tanta sangre; pero aquí estoy yo; poned sobre mí ese madero, que lo llevaré hasta la cima del Calvario; dadme esa sogá que teneis en vuestro cuello; quitaos esa corona de espinas, pues no sufre mi amor que tanta ignominia padezca el Hijo y no quepa ninguna á su Madre.»

Hé aquí, amados míos, un lenguaje inspirado por la ternura; María ha sido la Madre amorosa de Jesús en los treinta y tres años de vida que éste tiene, y creeria Ella faltar á su amor, si no tomase una parte activa en los tormentos de su Hijo. Por eso sale de su retiro; desea prodigarle sus cuidados; desea mezclar sus lágrimas con las de su Hijo; desea ser crucificada y morir con Él, si el verdugo quiere sacrificarla. ¡Ejemplo admirable de amor y de constancia! Con Él nos enseña María á exponernos

á toda clase de trabajos por amor de Dios, y á toda especie de sacrificios por amor de nuestros hermanos. Y ciertamente, señores; cuando el amor de Dios ha echado hondas raíces en nuestro corazón, ¡qué impulso tan generoso no recibe éste! ¡De qué acciones tan heroicas no es capaz! Aunque todas las criaturas se amotinen contra Él, las reputa á todas por enemigos débiles, y armado con el escudo divino, las dice á todas con David: «Dios es mi luz y mi salud; ¿á quién temeré? El Señor es mi protector; ¿de quién temblaré?»

Este amor sobrenatural de María, unido al natural que profesa á su Hijo, la han conducido al pié de la Cruz. ¡Qué la importa el odio que la tendrá el erguido escriba y los insultos que la prodigue el hipócrita fariseo! ¡Qué los sarcasmos del sayon grosero y los dicterios del soldado rudo! Una sola idea prevalece en el corazón de María, y es la de acompañar á su Hijo en sus últimos momentos, para darle algun alivio en su dolor. El golpe que pudiera descargar sobre ella la cuchilla del verdugo, no haría más que cortar de una vez ese tejido de tormentos en que se halla enredada su alma. Si María no es mártir en el cuerpo, diré con el devoto San Ildefonso, fué porque el verdugo no se atrevió á esgrimir contra su persona la espada cruel y sanguinaria. Pero, por otra parte, tuvo el martirio más cruel que puede sufrir una Madre; bien podrá tener en su corazón los deseos más eficaces esta Madre generosa, que el cielo no se los permite realizar. Muere Jesús, y muere sin que María pueda demostrarle prácticamente todos los oficios de su sensibilidad maternal.

Contemplad este espectáculo, amados míos; después de crucificado el Salvador, es elevado en la Cruz y colocado sobre la cima del Calvario; extiende entonces su vista por todas partes, y no ve sino enemigos encarnizados, pues los pocos discípulos y conocidos que tiene se

hallan lejos del escenario, mirando despavoridos el fin de esta tragedia. Alrededor de Jesús no se ven más que soldados, sayones, populacho y adversarios: unos le han dado á beber hiel y vinagre; otros arrojan de sus bocas infernales blasfemias é insultos; aquí oye los descompasados gritos de los ladrones crucificados á su lado; allí la algazara del verdugo y de la chusma: y entre tanto, dislocados los huesos y estiradas las artérias, horadados sus piés y manos y rotas las venas, empieza á brotar por todas partes su sangre y á regar abundantemente los suelos; todo su cuerpo se halla sin movimiento, por estar sujeto el madero con duras escarpas; la única parte capaz de moverse es la cabeza, y al reclinarla se dirigen sus miradas hácia la compasiva Madre. ¡Ah! Justamente se queja Jesús del abandono en que se encuentra: tres años empleados en enseñar el reino de Dios y en predicar beneficios al pueblo, no han servido más que para engendrar en los corazones de los grandes y del vulgo un odio encarnizado; en presencia del suplicio, que excitaria la compasión á las mismas fieras, este pueblo tan querido y regalado se muestra ostentoso y ufano por la próxima muerte del Hijo de María; iguales y mayores beneficios hechos á los discípulos tampoco han sido correspondidos, pues de doce que tiene, uno le ha salido traidor, otro no se ha atrevido á confesar su nombre en público, y los diez restantes han huido en cuanto han visto preso á su Maestro. Si Jesús alza su mirada al cielo, tampoco ve en él más que desamparo y dureza; de allí, de donde baja consuelo á todo atribulado, no cae ni una gota de rocío celestial para quien más que todos lo merece: los ángeles han perdido su fortaleza para defender á su Rey: el Padre no ve en Jesús un Hijo digno de su complacencia y ternura, sino un Hijo cargado con todas las apostasías y crímenes del mundo, y que debe sopor-tar todo el peso de sus iras, porque representa entonces

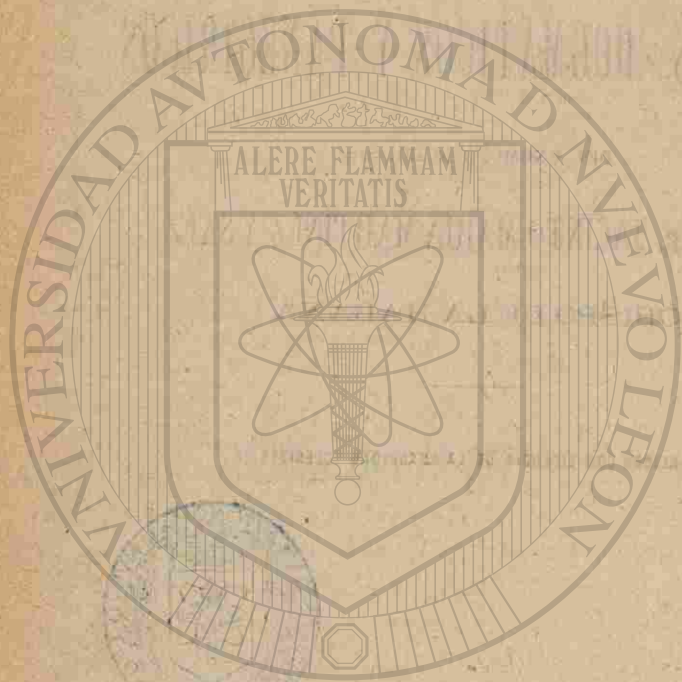
la persona de todos los rebeldes. Todos han abandonado á Jesus; todos se han vuelto de bronce, y podía decir entónces, con el Salmista, que sus prójimos y amigos se habian levantado contra Él, queriéndole todos arrancar la vida.

Pero ¿podrá Jesus quejarse de que su Madre lo haya abandonado? ¡Ah, no! Ella ha subido con Él al monte de la mirra, y se ha puesto al lado de la Cruz para unir sus suspiros con las lágrimas del Hijo; Ella padece la misma sed, y está coronada con las mismas espinas, abrevada con los mismos improperios, clavada con los mismos clavos; Jesus y María son una misma víctima; como dos olas que se chocan, compenetrándose é identificándose las aguas de una y otra, los tormentos del Hijo vienen á caer sobre el corazon de la Madre, y la ternura de la Madre va á parar al corazon del Hijo, para que le sirva como de un rocío que mitigue los ardores de la tribulacion. Sí; Ella le presenta un corazon traspasado de dolor, y este consuelo es el mayor que puede tener Jesus; Ella alza sus miradas á la Víctima, y ésta comprende que cada una de ellas es la expresion de un deseo ardiente. ¿Qué dicen estas elocuentes miradas de María? Cada una de ellas repite lo que dijera David en la muerte de su hermoso hijo Absalon: *Fili mi! quis mihi det ut ego moriar pro te?* ¡Oh, hijo mio! ¿Quién me concediese la gracia de morir yo por tí? ¡Ah! ¡Si esas espinas taladrasen mis sienes! ¡Si esos azotes hubiesen caido sobre mis espaldas! ¡Si esos duros clavos hubiesen horadado mis manos y piés! ¡Ah, si esas afrentas hubiesen caido sobre mi frente! *Fili mi! Quis mihi det ut, etc.?*

Bien comprendió Jesus este lenguaje. Recordad, amados míos, que al encontrarse Jesus y María en las bodas de Caná, y suplicándole ésta que socorriese la necesidad de los esposos, Jesus le contestó: «¿Qué nos vá á Mí y á Tí? Aún no es llegada mi hora.» ¡Ah! Era esta hora extrema

de la que Jesus hablaba, dice el sublime Agustin. Entónces iba á manifestar la gloria y el poder de la naturaleza divina, y rechazaba á la Madre como si la desconociese; mas ahora, que está padeciendo todas las aflicciones y dolencias humanas, la mira con afecto compasivo para agradecerla lo mucho que ella ha hecho por él. Así es que en el testamento que hace este moribundo, la tercera cláusula es exclusivamente para su Madre, pues en ella se ocupa de Ella, no como de una sierva que como Dios habia criado, sino como de una madre que lo habia engendrado.» Juan recibe el mandato expreso de mirar á María como si fuese su propia madre, y María tambien tiene el consuelo de adoptarlo por hijo.

Bx 1756
.43
S4
v. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1955

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Una est columba mea, perfecta mea, una est electa.

(CANT. CANT., cap. vi, vers. 8.)

Una es mi paloma, una mi perfecta, una mi escogida.

Desde la más remota eternidad veía Dios en su entendimiento delineadas las virtudes de aquellas almas que, encantadas de la hermosura del Esposo, irían tras el suave aroma de sus ungüentos. Desde entonces se complacía en contemplarlas tan bellas, no encontrando sino dotes los más relevantes capaces de encantarle y enamorarle, pues después de haber elogiado por partes su hermosura, confiesa en el libro de los Cantares que se halla herido de amor hasta por la preciosa cabellera que adorna á las almas justas; es decir, hasta por las obras más pequeñas y de poca monta, que tal significan los cabellos de la Esposa que hirieron el corazón de su amado. ¡Qué motivo de alegría para el corazón del justo el considerar que desde el principio de los siglos eternos, Dios lo tiene presente en su esencia divina, y lo mira como un objeto de sus mayores delicias! Sí; todas las almas santas son preciosas á los ojos de Dios: de todas está enamorado este Esposo divino; en ninguna encuentra fealdad; todas tienen sus mejillas más hermosas que la tortolita, para ser dignas de

003613

los cariños del cielo; todas poseen ojos más negros y hermosos que los de las palomas, para responder á las tiernas miradas del Esposo celestial; todas tienen los piés más ligeros que el cervatillo, para seguir sus pasos; pero entre todas hay una que no tiene igual, y á cuya perfeccion y hermosura no puede llegar ninguna de las demás, ni todas juntas, porque ella sola es la paloma única, la única perfecta, la única escogida: *Una est columba mea, perfecta mea, una est electa.*

Nadie de nosotros ignora que esta criatura, en quien la Divinidad tiene fijadas sus miradas, es la gloriosísima María, predestinada por un decreto particular del cielo á contraer alianza con el mismo Dios, siendo su madre natural en la generacion temporal. Esta predestinacion es el principio de todas sus excelencias; y para que fuese digna madre del Verbo eterno, manifestó la Divinidad la fuerza de su poder, criándola tan pura y adornándola de un modo tan inefable, que el mismo Dios, siendo omnipotente, no tiene poder para hacer otra igual en dignidad; porque así como necesariamente es única la generacion eterna del Verbo, así lo es tambien su generacion temporal en el seno de María. Debiendo, pues, concurrir las tres divinas Personas al misterio de la Encarnacion, y siendo María la escogida á ser el templo de la divina naturaleza, ¿podria encontrarse un instante en que no fuese digna del amor de toda la Trinidad? ¿Podia contraer la mancha del pecado sin ser por algun momento hija de ira como todos los hombres? ¡Ah! No.

Era justo que todos los descendientes de Adan sufriesen la condenacion que su padre les legaba con su rebeldía, y si, lavados con la sangre del Cordero, eran predestinados á ser partícipes de la amistad de Dios, pero ántes tenian que enredarse en los lazos de la culpa. Pero no así María, porque entre todos los descendientes del primer hombre, entre todas las almas santas, Ella sola es la que no tiene

mancha alguna; Ella la única paloma digna hija del Padre; Ella la única perfecta Madre del Hijo; Ella la única escogida esposa del Espíritu Santo: *Unica est*, etc., porque desde el primer instante en que esta alma sale de los tesoros divinos, empieza á santificar aquel cuerpo que sería habitacion del Verbo, y en consecuencia, María no puede empezar á existir sin ser toda hermosa, toda inmaculada.

¡Oh momento feliz aquel en que empezó su existencia; término suspirado de los Patriarcas, blanco antiguo de los deseos y suspiros de los Profetas, y del cual, hablando el Damasceno, dice con una evidencia más que poética, que se lo disputaban los siglos antiguos deseos todos de poseerlo! Momento en el cual gozóse Dios de haber ostentado la fuerza de su brazo, descansando en él de todas sus obras. ¡Momento inefable, yo le adoro profundamente, como á principio de toda mi dicha y felicidad, pues en él empezó mi salvacion y la de todos! ¡Instante incontaminado, y singularmente caro á María, pues en él empezó á existir la única alma de cuya caída no pudo gloriarse el infierno; instante, por fin, en que María experimentó un amor singularísimo y especial de Dios para con Ella! Esta obra de Dios es un misterio; pero al adorarle debemos comprender que en él se nos revela el amor extremado de Dios para con la que sería su Madre; lo que os voy á manifestar, despues de implorar los auxilios divinos.

Saludémosla reverentes, pidiéndola pureza de corazon para que fructifique en nuestras almas la palabra divina.

AVE MARÍA.

No se puede negar que Dios manifestó en todos tiempos una predileccion especial hácia María, formando de Ella su primogénita entre todas las criaturas. Ella es entre todas aquel vaso santo donde á larga mano derramaria

sus tesoros; Ella es la dotada de privilegios los más raros y admirables, y sólo por haber sido destinada á la obra de la Redencion del mundo, por ser Madre del Redentor, fué elevada, como enseña al Angélico Doctor, hasta los límites de la Divinidad; y colocada en ellos, despide tantos rayos de luz, que se hace inaccesible áun á los más gigantescos entendimientos de los Santos Doctores. Sería ciertamente una temeridad el derogar algo á esta prerogativa de María para darlo á las otras; pues entre los favores que el cielo la concedió, éste es, dice San Bernardo, el que la distingue de todas las demás criaturas, no habiendo tenido semejante en las que la precedieron, ni pudiéndolo haber ya en las que la sucedan. Ser Virgen y Madre de Dios, es el privilegio exclusivo, la prerogativa más alta y la fuente divina de la cual se derivan los otros dones y privilegios. Esto no obstante, en la Concepcion Inmaculada se deja ver un amor especialísimo de Dios, que no se divisa en la maternidad divina. Estadme atentos, y quedareis convencidos.

Todo el valor de la maternidad divina se reduce á que María contrae un parentesco estrechísimo, que la vincula de dos modos con la Trinidad augusta: vínculo de afinidad con el Padre y el Espíritu Santo; vínculo de consanguinidad con el Verbo humanado, al cual podía decir al estrecharlo en su pecho: «Este es hueso de mis huesos, y carne de mi carne.» *Hoc nunc os ex osibus meis et caro est carne mea.* «¡Dignidad altísima, exclama San Agustin, y que ninguna lengua puede explicar!» «¡Dignidad inmensa, dice San Pedro Damiano, donde todo entendimiento se pierde, por laborioso y perspicaz que sea!» «¡Dignidad suma, segun San Lorenzo Justiniano, por la cual María es tanto más superior á todo lo criado, cuanto más se acerca al Criador!» Pero consideremos por un momento que áun siendo María consanguínea del Verbo humanado, no fué Ella sola la llamada á suministrar la carne y sangre á

Dios para hacerse hombre, pues otros muchos tuvieron esta dicha, aunque en grados más remotos. La tuvo Abraham, Isaac, Jacob, David y Aminadab; la tuvieron aquellos Reyes poderosos, aquellos capitanes valientes, aquellos Pontífices venerables, y, por fin, todos aquellos personajes ilustres que, segun San Mateo (cap. 1), fueron los padres de Jesus segun la carne, pues de ellos procedia la Purísima María. Nada ménos que esto anunciaba Dios á Abraham cuando le prometió con juramento que de sus hijos saldria uno en quien serian bendecidas todas las naciones; y esto mismo confirmó al Rey David, asegurándole que de su estirpe sería Aquel que con toda verdad se llamaria Rey de los Reyes y Señor de los señores. Sí; la sangre que el Verbo tomó en María era la sangre de un David, de un Abraham, de un Noé, de un Adan, y, por consiguiente, todos estos santos Patriarcas y Profetas contrajeron con el Hijo de Dios humanado alianza y consanguinidad. Pero en la prerogativa de venir al mundo exenta de la culpa original, de ser preservada para que no cayese, no, no hay en la larga série, desde Adan hasta el último de sus hijos, quien comunique con María; ninguno entra en el mundo sin someterse á la ley original; todos mueren por haber pecado en su primer padre; mas nada de esto comprende á María, porque Ella sola es la única paloma, la única perfecta y la única escogida. No tienen parte en esto ni Abraham tan fiel, ni el obediente Isaac, ni el tan amado Jacob, ni el piadoso David, ni alguno de los héroes cuya sangre se trasmitió á las venas de Jesus. Todos tuvieron en su concepcion el pecado; sola María no tuvo mancha alguna: todos fueron esclavos de Satanás; María sola fué libre: todos aparecieron entre densas tinieblas; María sola empezó á existir toda esplendente y luminosa. *Una est, etc., etc.*

Mas ¡cuán perfecta, amados míos! Cuanto más semejante fué María en su concepcion de la masa comun,

tanto más se asemejó á su Criador; á este solo pertenece substancialmente, como dice Santiago, ser el Padre de la luz, incapaz de sombras ni expuesto á vicisitudes; siendo, pues, la Madre semejante al Hijo, ¿no demostró un amor especialísimo haciendo que Ella fuese por gracia lo que Él es por naturaleza, dándola por privilegio lo que Él tiene por esencia, la blancura de la eterna luz, cuyos tersos resplandores no empañan ni un momento la sombra del pecado? En todos los hombres, lo primero que empieza á cubrir la faz de su existencia son las tinieblas, y de su caos hace Dios con un brazo poderoso que salga la luz y reviva á la gracia; pero por muy semejantes que sean al autor de tanto esplendor, siempre se la puede decir, para su humillacion, que fueron alguna vez vasos de ira y de pecado; que hubo para ellos un momento, ¡momento infausto! en que Dios era luz y ellos tinieblas; Dios los llamaba al cielo, y ellos no merecian sino las penas del abismo eterno; pero ¿pudo encontrarse un momento tan nefasto en la vida de María? No es María como los cielos y la tierra, que primero estuvieron envueltos en sombras horribles, y luego fueron bañados de la luz; no es como los otros hombres, engendrados entre los horrores del pecado, sino que, semejante al Verbo eterno, siempre rodeado de rayos esplendorosos, fué concebida entre las luces de los Santos, y bajo la iluminacion de la divina cara.

«Ni podia suceder de otro modo, dice el sublime Agustin; porque era necesario que hubiese en la tierra una semejanza total y completa de la Divinidad, así como hay una eterna é increada en el cielo entre el Padre y el Hijo.» Oid, amados míos, esta teología profunda, y casi inaccesible á la comprension humana; fué electa María para engendrar en su cláustro virginal al que eternamente es engendrado por el Padre en su propio seno: era, pues, justo que, así como por la generacion eterna hay

substancialmente en el Hijo todas las perfecciones de la naturaleza divina del Padre, exceptuando las que competen á cada persona por su existencia hipostática, las que son comunicables, así tambien en la generacion temporal la madre tuviese en sí, mediante la generacion del Verbo, las mismas perfecciones que éste, excepto aquellas que esencialmente competen al Verbo por la union de las dos naturalezas, divina y humana. ¿Fué siempre Santo el Hijo? Santa debia ser siempre la Madre; ¿siempre inocente el Hijo? siempre inocente la Madre; ¿siempre inmaculado el Hijo? siempre inmaculada la Madre; ¿apartado siempre el Hijo de los pecadores, y elevado más que los cielos? siempre, pues, apartada la Madre del pecado, y elevada más que todos los cielos. ¿Y podria ser esto así, si ni por un momento hubiese reinado el pecado en su alma santísima? ¡Ah, no! Pues sólo esto bastaba para hacer desemejantes á la Madre y al Hijo; pero no lo permitió Dios, dice el mismo Doctor Agustin, «porque así como el Hijo tiene en el cielo un Padre inmortal, tiene en la tierra una Madre, pero una Madre incorrupta y sin mancha.» (Serm. xx *ad Fratr., in Esem.*)

Y ¿pensaremos acaso que por estas excelencias de María quede su Hijo privado de la gloria de ser Redentor, y Ella del bello título de Redimida? Léjos de nosotros tal idea; fué Redentor el Hijo, fué redimida la Madre, pero de un modo único y singular, y exclusivamente propio á María. Sí; singular y nuevo, segun los Agustinos y Dionisios; pero real y verdadero; especial y más noble, pues más es preservar de la caída que levantar al que quedó postrado. Desgraciadamente caian todos en las redes que tendia el demonio en el camino que conduce á la vida, y por los méritos de Jesus fueron desenredados; pero Jesus obtuvo con sus méritos que María no cayese en ellas: *Cadent in retiaculo ejus, singulariter sum ego donec*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON DE SOLEDAD.

Subversum est cor meum in memetipsa quoniam amaritudine plena sum.

Ha sido trastornado mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amarguras.

(LAMENTAT. JEREMIAE, cap. i, vers. 20.)

¡Conque nada hay estable en la tierra! ¡Conque nadie ha sido morador de este mundo que no haya tenido que doblar su frente ante la mutabilidad y volubilidad que domina á todo sér visible! No; nadie ha respirado el aire comun sin haber sentido la triste influencia de un genio maléfico, que todo lo trastorna y lo consume; toda criatura visible tiene un enemigo formidable que la tiende lazos; que la prepara emboscadas, y que, cual gotera insignificante, pero continúa, va minando los cimientos en que estriba el edificio de la vida, hasta ponerlo en disposición de desplomarse; este enemigo nuestro es el tiempo; el tiempo, que á todo se atreve; el tiempo, que acomete la árdua empresa de destruir lo más sólido é imperecedero, y lo consigue. Él disipa la inocencia de la niñez con la travesura de la puericia; él destruye las locuras de la mocedad con la sensatez de la edad viril; él postra el vigor de la madurez con la llegada de las arrugas y de la canicie; él, por fin, aniquila los tristes consuelos de la ancianidad llevándola al sepulcro. ¡Ah! ¿Quién podrá

gloriarse de haber resistido á este genio destructor , que ataca halagando , que destruye sin ruido , y que siempre sale victorioso? ¿Quién ha entrado en la categoría de los vivientes sin haber necesitado de la asistencia continua de este enemigo, y sin haber tenido que rendirle un homenaje involuntario? Ha consumido el tiempo las monarquías, ha destruido los imperios, ha hecho desaparecer á los héroes, ha anonadado á los gigantes, ha extendido su poder exterminador sobre los sabios, sobre los mag-nates, sobre lo más grande que ha habido en la tierra. Seis mil años há que el tiempo existe, y este número tan crecido no es más que una era de aniquilacion.

¿Lo podreis creer? ¿Os podreis persuadir que este coloso haya tenido la osadía de armarse de todo su poder para salir á la liza contra su mismo Autor, contra Aquél á quien debe su fuerza y virtud? ¿Habrà llegado su orgu-llosa pretension hasta quererse ensañar contra Dios? ¡Ah, sí! Tambien á Dios declaró la guerra este gran dueño de los desfinos del mundo; tambien alzó su ominosa cerviz contra el cielo. Pero ¿salió victorioso en tan desigual com-bate? Pasmémonos, señores, de la eficacia del tiempo, y adoremos al Dios que quiso someterse á su destructora influencia. Quiso Dios conversar con los hombres, y para conseguirlo tuvo que hacerse igual á los hijos de Adan; tuvo una madre, se hizo niño, nació, y apénas respiró por primera vez en la gruta de Belen, le salió al encuen-tro este enemigo, le declaró la guerra, y al fin lo venció en la cima del Gólgota. Allí se mostró el tiempo victo-rioso y ufano de haber ido minando la vida del Dios humanado, y de haber coronado su antigua y altiva sien de un lauro más.

No es esto, señores, una paradoja; Dios, que es esen-cialmente la vida, ha sido víctima de la muerte; llegó el tiempo de morir, y no pudo ménos de sucumbir al destino que Él mismo se prefijára.

Al decir esto, no pienso tanto en el Dios que muere como en la Madre que le ha dado la vida que acaba de perder. ¡Ah! ¡Y cuánto ha podido el tiempo sobre esta Mujer desafortunada! ¡Cómo ha arruinado todas sus espe-ranzas! ¡Cómo la ha reducido á la más deplorable orfan-dad! Dias felices pasaron por esa criatura, y no eran más que la escala por donde descendia á la arena en que el tiempo la aguardaba, para no presentarla sino amargura en cambio de sus gozos celestiales; para no darla sino dolor y afliccion en lugar de su dicha; para darla soledad y desamparo en vez de la dulce compañía de su Hijo, que ya no existe. Llegó el momento fatal en que ha desapare-cido aquel corazon magnánimo, que sabía estar inmóvil al frente de mil enemigos; el tiempo lo ha aniquilado; la desgraciada Madre ha podido seguir al Hijo moribundo hasta el lugar del suplicio; ha tenido valor para estar á su lado; ha sido bastante valerosa para llevarlo al sepul-cro; mas llegó el momento de rendir la palma al tiempo destructor; se han concluido todas las esperanzas; se ha cerrado la puerta á todo consuelo, porque el corazon de María ha sido trastornado al contemplar á su Hijo querido en la tumba. *Subversum est cor meum*, etc.

Acabo de manifestaros la idea más lúgubre que tuvo el espíritu de María; la muerte y sepultura de su amado Hijo fueron el complemento de su afliccion; perseguido, calumniado, maltratado, herido, crucificado, Jesus existe, y miéntras Él exista, hay un destello de luz para el cora-zon de María; mas habiendo muerto, se apagó esta débil ráfaga que la ilumina. ¿Cuánto más habrá crecido la cons-ternacion en el corazon de la Madre al contemplar á su Hijo bajo la fria losa del sepulcro? ¡Ah! Entónces quedó yerta y sin alientos para que su corazon fuera trastorna-do, naufragando casi entre las encrespadas olas de la amargura; se cerró entónces la entrada á todo consuelo, porque la que ántes tenía una alma llena de gracia, ahora

tiene una llena de amargura. *Subversum est cor meum*, etc.

¿Por qué se ha abatido este corazón heroico? ¿Por qué ha sido inundada aquella alma feliz en mares de amargura? ¡Ah! Porque el tiempo ha trastornado los destinos de María; llegó el tiempo de la muerte de Jesús; llegó el tiempo de encerrar su cuerpo en la oscura tumba, y han bajado al sepulcro al mismo tiempo el cuerpo del Hijo y el corazón y las esperanzas de la Madre. En una palabra, se encuentra María en la más amarga soledad, perdida toda esperanza de consuelo.

Lloremos con Ella la muerte de su Hijo, y postrados ante la adorable Cruz donde ha espirado, pidámosle la gracia, que no puede negar aún en medio de su dolor.

AVE MARÍA.

Tiene el corazón humano dos vidas, la física y la moral: la primera no es casi nada, pues se asemeja por ella al bruto, que, como él, tiene un corazón de carne y una vida física y material; la segunda es de la más alta importancia, pues forma toda la belleza del ser racional. La región de esta vida moral es del todo distinta de la materia, y transporta al hombre fuera de lo corpóreo, separándole por esta vida moral de los demás seres visibles y animados, y colocándolo en su verdadera esfera, que es la racionalidad y la espiritualidad. Esta vida se sostiene en el corazón humano, alimentándose de objetos extraños, en los cuales se fija, y de cuyas bellezas se apasiona: do quiera que él columbre alguna huella de maravillas y hermosura, allí se reposa y descansa, complaciéndose en haber descubierto lo que buscaba, y sintiendo encenderse en su interior la llama del amor hacia el objeto de sus simpatías. Tiene, además, esta vida moral del corazón la magia y virtud de hacer que no viva el hombre en sí ni para sí, sino en el objeto y para el

objeto que ama; pues, como dijera el Salvador, donde está el tesoro, allí está también el corazón humano. Sí, el corazón humano toma el principio de su vida moral de los bellos ideales que él se forma, y en ellos se nutre y descansa como en su propio centro. Mira el avaro los tesoros, y cree que son ellos el germen de la felicidad, el sosten de los placeres, el móvil de todas sus acciones, y vive su corazón en medio del oro y de la plata, pues que encuentra en estos objetos la realidad de sus ideas. El ambicioso cree que en las dignidades y grandezas es donde se recibe el incienso de la lisonja, donde brilla el talento, aunque no exista éste en el dignatario, y vive su corazón en medio de las dignidades, pues que allí también halla realizadas sus ideas; igual es la suerte del voluptuoso; igual la del sabio: vive su corazón en los objetos que ama, aquél en el fango, éste en el cielo. *Ubi est thesauros*, etc.

Con la misma proporción cesa esta vida en nuestro corazón; cuando nos falta el objeto en que reposan nuestras simpatías, desfallecemos cual planta herida por los rayos del sol, y nos revestimos de todas las afecciones contrarias á las que ántes nos animaban; sin esta vida moral, ¿cómo podríamos atinar con la causa de ese heroísmo que han desplegado alguna vez los hombres apasionados, heroísmo que los condujera hasta el extremo de perder la vida por sus amigos? ¿Cómo explicaríamos el goce y la tristeza que nos eleva ó nos abate, según vemos á nuestros amigos en la dicha ó en la desventura? ¡Ah! no es posible examinar las acciones del hombre sin comprender al momento que la vida animal es lo que ménos importa en él, pues sólo la moral es lo que constituye en la verdadera región de la felicidad ó de la desventura, lo que exprime la espiritualidad de su ser, lo que lo distingue por fin esencialmente de los animales irracionales, incapaces de pensar ni de elegir.

¡Ah! Estoy demasiado prolijo en explicar una teoría que vemos realizada en nuestro propio corazón. Voy con paso algo lento, cuando todos cuantos me oyen están ansiosos por obtener la solución de dos preguntas que naturalmente se desprenden de este antecedente. Supuesto, me decís; supuesto que la vida moral del corazón humano se alimenta de los objetos que ama, ¿cuál es el objeto que hace dichoso el corazón de una madre? El hijo. Y si este hijo amado, en quien el corazón materno tenía todas sus complacencias; si este hijo muere, ¿podrá vivir el corazón de la madre? ¡Ah! Tendrá la vida animal; pero, como la frondosa planta violentamente cortada por la guadaña, caerá en la más completa inanición; el corazón quedará vivo, mas sin jugo, sin frondosidad, sin felicidad, sin la verdadera vida moral; existirá como agente físico en el cuerpo humano, dando latidos dentro del pecho que lo defiende; mas como agente moral no vivirá sino donde habita su objeto amado; vivirá en la lóbreguez del sepulcro y entre los horrores de la muerte.

¡Ay! Apenas podré continuar la ilación de mi discurso; se humedecen mis mejillas con lágrimas de dolor; tengo á mi vista esa triste Madre, que no vivía sino en su Hijo y para su Hijo: era tanta la intimidad que unía ambos corazones, que casi no se distinguían sino por ser el uno corazón de Criador y el otro de criatura; mas los identificaba la filiación y la maternidad; desde que le fué concedido á María el inefable placer de abrazar á su tierno Niño en la gruta de Belén, hasta que lo encerró en el sepulcro, ni hubo ni pudo haber entre estos corazones la más ligera desunión, ora porque el uno es inmutable por naturaleza, ora porque el otro es insuperable en gracia. Donde quiera que se halle Jesús, se encuentra María; porque Este es su tesoro, su bien, su dicha y su felicidad; y donde está el Hijo, allí está el corazón de la Madre. *Ubi est thesaurus*, etc.

Mas ¡qué vacío tan inmenso! En vano querrá María pensar en su amado Hijo; pues su corazón ya no da aquellos latidos de alegría que le anunciaban la presencia del amado, sino otros de amargura y de dolor que la afligen en su soledad. Cuando Aquél vivía, era su Madre la mujer más dichosa entre las hijas de Adán; porque su corazón no vivía sino en el corazón divino de su Hijo. Verdad es que vive entre sinsabores y amarguras, porque Aquél, ora es perseguido, ora es injuriado; mas al fin vive: el viento de la persecución asoma; la tempestad arrecia; los horrores de la Pasión se aumentan; la angustia del Hijo crece hasta lo infinito. Pero, entre tanto, Él vive y da animación á su Madre. Un infame descarga sobre Jesús cruel bofetada, otro lo acusa, otro lo befa, el sayon lo azota con inhumanidad, el soldado lo irrisiona con corona ignominiosa, el judío lo escupe, el gentil lo abofetea, el verdugo lo clava: mas, después de todo, Jesús vive, y mientras viva su corazón, el de su Madre está lleno de vigor. Pero Jesús ha muerto: después de tres horas de tormentos, ha espirado al lado de su Madre: unos pocos hombres caritativos lo han bajado del patíbulo, lo han embalsamado y colocado en el lóbrego recinto de la muerte. ¡Ah! Preguntadme ahora dónde estará el corazón de María, y os diré que está en la tumba: decidme cuál es el estado de ese amante corazón, y os responderé que está muerto; porque ha espirado el que le daba vida.

Y ¿cómo podría vivir el corazón de María después de muerto Jesús? La vida verdadera del corazón tiene un manantial en el amor noble, pero desinteresado y completo, que se tiene al objeto que nos cautiva. ¡Ah, señores! ¿Comprendéis este lenguaje? Estos cuatro predicamentos del amor, la nobleza, la pureza, el desinterés y la totalidad de afecciones hacia un objeto, ¿lo habeis poseído alguna vez? No; porque hay en las acciones del

hombre un gérmen de mezquindad que le hace obrar por sus propios intereses, y empaña algun tanto su nobleza: hay tambien la mutabilidad, que lo hace inconstante; amamos á Dios en este mundo, y muy pocas veces fijamos nuestra vista en sus infinitas grandezas, y muchas son las que nos ocupamos de los premios que nos ha de dar: amamos tambien á las criaturas, pues que encontramos en ellas la satisfaccion de nuestros ideales, y no podemos perseverar largo tiempo en estas mismas afecciones, que tanto nos apasionan y arrebatan, pues que aparecen otras que tienen más dotes y hermosuras, y despues de haber consagrado nuestro corazon al primer objeto, destruimos cuanto hemos edificado, y alzamos una ara al último que ha cautivado nuestro espíritu. ¿No es éste, amados míos, el estado normal del corazon humano? Excepto algunas almas nobles y sublimes por sus sentimientos, son muy pocas las que no dicen con David que «inclinan su corazon á hacer las justificaciones del Señor por la esperanza de la retribucion.» Y en cuanto á los que se dedican á amar las cosas de la tierra, claro está que no tienen fijeza en sus deseos, porque provienen éstos de las pasiones de un corazon corrompido. En éstos, desde luego el corazon no tiene verdadera vida moral, porque la podre y el fango no pueden animar al que por su destino pertenece á lo espiritual; en aquéllos, aunque el principio es noble y sublime, pero le falta omnimoda generosidad, y el total desinterés, y el absoluto conocimiento del objeto amado, tienen ya iniciada la vida dichosa, la vida moral del corazon; pero no es posible que esta sea completa en este mundo.

Ninguno de estos óbices habia en el amor de María para con Jesus; lo amaba con nobleza, generosidad, desinterés y totalidad; lo amaba libre y necesariamente, porque habia recibido de Dios el don de la impecabilidad; y era tan íntimo y profundo, tan cierto y evidente el cono-

cimiento que tenía de la Divinidad, que no podia ménos de amarla, concurriendo en Ella de un modo maravilloso la evidencia que tienen los Santos en el cielo, y el mérito de la fé que realza al justo en la tierra. Porque, digámoslo así de paso; el amor que tienen á Dios los bienaventurados es libre, porque el amante y el amado son dos agentes libres; y es necesario, porque, como dice el Angélico Doctor con todos los teólogos, es tan evidente y completa la idea que se tiene de todos los atributos y perfecciones divinas, que no puede el hombre ménos de amar á Dios y fijarse en Él como en su propio centro, del cual nadie lo puede desviar, porque comprende con toda evidencia que todos los demás objetos son infinitamente inferiores al Dios que se le manifiesta; Dios entónces es el océano de las bondades y perfecciones, y el alma es el rio que se precipita en él, sin que ningun otro objeto pueda impedirle el paso, la union y la fruicion.

¿Creeremos que el amor de María era inferior á éste? Aquella alma á quien, áun estando en el cuerpo mortal, Dios concedió, como piensan muchos teólogos, las dulzuras y goces de la vision beatífica, ¿podia dejar de amar á Dios con un amor necesario? No, porque Dios era su Hijo, era Dios una parte del corazon de María, y necesariamente lo amaba, porque necesariamente amamos nuestro propio corazon. ¡Ah! Yo ignoro si será posible continuar en esta materia, porque empieza ya á tocar en una region que no es nuestra; estamos entre lo inmenso y lo infinito, á donde no sube el hombre ni el ángel; pero preciso es que hagamos un esfuerzo, para poder examinar el desamparo de María, que es desde luego infinito por su origen. ¡Qué prodigio, amados míos! Excepto María, todo lo que hay en Ella es infinito; infinita es su dignidad, infinita su maternidad, infinito su amor hácia Jesus, infinitos sus dolores, infinitas sus penas, porque la causa que los produce es infinita. Su soledad y desamparo,

¿serán acaso infinitos? Sí, amados míos; porque también traen su origen de un principio infinito.

Mírese como se quiera la posición de María después de enterrado su Hijo, y se echará de ver que todo conspira á trastornar su corazón y llenarlo de amargura. Soledad, ora recuerde las caricias de su Hijo en sus primeros años, ora su gracia y hermosura en la niñez, ó bien su bondad y clemencia en los últimos tiempos de su vida; todo desaparece ante la triste idea de haberlo perdido y de estar en el sepulcro. Esta tétrica morada es el punto donde residen todos los pensamientos de María, enajenada de todo cuanto hay en la tierra: absorta en la más profunda meditación de las grandezas de su amado, lo quiere considerar en los más bellos momentos de su vida, ya dando consuelo á los tristes, ya mandando á los elementos, ya confundiendo á los protervos, y no le es posible continuar; cual avecilla inocente herida en una de sus alas que en vano intenta subir á las nubes, María quiere volar á lo sublime de su Hijo, y siempre cae en lo ínfimo, en las humillaciones, en la muerte que ha sufrido y en la losa que lo cubre. Allí están encerradas todas las esperanzas de María, porque allí está también encerrado todo un Dios. ¡Tanto es el extremo de humildad del Sér divino! ¡Tanta la fuerza del amor hácia nosotros, que lo llevó al Calvario, á la muerte y á la tumba!

¡Sí; Dios está entre las sombras de la muerte: esta sola proposición nos debiera arrancar las más amargas lágrimas, si la considerásemos con la atención debida. ¡Dios muerto! ¡Dios entre cuatro losas de mármol! ¡Dios tendido entre los difuntos! ¡Dios recibiendo honores fúnebres! Si esta idea nos espanta á nosotros, que no examinamos las cosas con toda la atención y escrupulosidad que merecen, ¿cuánto no consternarían á una alma que vivía entre los mismos resplandores de la Divinidad? ¿Cuánto no contristaría el corazón de una Madre que ha-

bia engendrado á este Dios en su vientre purísimo? ¿Hay aquí alguna Madre de corazón noble, generoso y tierno? Sí, allí hay una que obtuvo del cielo un Hijo, Hijo precioso, que era su hechizo, su encanto, su sosten, su gloria, y tuvo la dicha de vivir á su lado algunos años, siendo aclamada dichosa por cuantos la veían: Hijo que espiró cuando ménos se esperaba, llevando al sepulcro el corazón, las esperanzas y la ventura de la que le dió el sér. Hablad, pues, por mí, noble matrona, porque la elocuencia del corazón es más sublime y convincente que la de la árida razón; habla, y dinos lo que pasa por este tu amante corazón; dinos dónde lo tienes. ¡Ay! En mi Hijo, la oigo decir: nadie sino yo conocía aquella bondad de que el cielo lo dotara; sola yo comprendía sus perfecciones; sola yo tenía idea exacta de lo que Él valía, porque habíamos casi cambiado nuestros corazones; Él tenía el mío, yo tenía el suyo; pero murió, y en vano derramo mi vista en los objetos que me rodean, porque mi corazón está en el de mi Hijo en el sepulcro. ¡Ah! ¡Esta respuesta es de una Madre desdichada que tanto ha llorado en su soledad! María sola comprende su pérdida, porque sola ella tiene un conocimiento exacto de lo que era su Hijo precioso.

No pudiendo hallar consuelo en los objetos terrenos, lleva sus miradas al sepulcro, y las fija en él para contemplar al objeto que encierra. «¡Ah! dice: ¿es posible que quepas Tú en el corto espacio de una hoya, mi amado Jesús? ¿No eres Tú el resplandor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia, y el que lleva sobre sí todas las cosas con la palabra de su virtud? ¿No eres el Criador y conservador del mundo? ¿No es la eternidad tu origen, la eternidad tu duración, la inmensidad tu ser, tu saber lo infinito, lo inmensurable tu medida? ¿Cómo, pues, puede el tiempo con tu existencia? ¿Cómo están tus inaccesibles luces entre las sombras del sepulcro? ¿Cómo has podido ceder tu vida á la cruel muerte?

¿No eres, por ventura, Tú el que mide los mares con la mano, el cielo con el palmo y la tierra con el puño, el que pone las montañas en la balanza y las colinas en el peso? ¿Cómo, pues, has entrado en la triste bóveda que sólo debe cubrir cenizas y podre, y no glorias increadas y poder infinito? ¡Ah! ¡No respondes, Hijo mio! ¡No hablas á tu Madre! ¡Por qué gocé de tus ósculos en la cueva de Belen! ¡Por qué te suspendí á mi seno! ¡Por qué te ví crecer con gracias y ciencia y hermosura! ¡Por qué te ví aplaudido, admirado, adorado y bendecido de los pueblos, para llegar á este momento en que ya no existes! A lo ménos en la Cruz aún respirabas, aún oí tu dulce voz; á lo ménos, despues que entregaste tu espíritu, te pude contemplar de cerca y abrazarte; veia aquellos ojos modestos y humildes que te distinguian de todos los hombres; veia aquellos labios que tantas palabras de vida habian pronunciado; veia aquellos piés que tanto se fatigaron por los pecadores; veia aquellas manos, manos que obraron tantas maravillas; pero ¡ahora! ahora todo ha desaparecido.»

Con este conocimiento tan vasto como tiene María de la grandeza del objeto que ha perdido, ¿quién podrá consolarla? La naturaleza con todos sus encantos se presenta en la alborada, haciendo resaltar por todas partes la alegría y el placer que inspira á quien la observa; derrama en ella María una mirada, y no encuentra en ningún objeto ni animacion ni movimiento; todo es para su alma un vasto sepulcro, porque, muerto su Hijo, todo ha muerto para su corazon; modulan las avejillas mil y mil cantos que entusiasman el espíritu; pero al corazon de María no llega más eco que el que repite su corazon: *La muerte, el sepulcro*. Igual eco interrumpe el silencio de la noche; igual rumor precede los pasos de María, no resonando por todas partes más que la voz del sepulcro y de la muerte de su amado.

Contempladla, amados míos, en las dos noches de su amarga soledad: cuantas personas la rodean no hacen más que agravar sus penas, aunque involuntariamente. Aquí aparece Pedro, que despues de haber negado á su Maestro y llorado su culpa, viene á postrarse á los piés de la Madre desafortunada y á pedirle perdon; allí llegan llenos de espanto otros discípulos; á su lado está la Magdalena y las otras piadosas mujeres; al otro el virginal Apóstol, que la consuela como buen hijo. ¡Qué cuadro tan triste para una Madre como María! Uno refiere aquella mirada compasiva que lo ha convertido, recordando que anduviera con Él sobre las aguas, que recibiera la promesa de ser la piedra de la Iglesia; otro recuerda la bondad de admitirle en su más íntima confianza; aquélla llora aún recordándose del amor con que la perdonó; ésta relata las palabras dulcísimas de sus labios, y todos concluyen con una primera aspiracion; todos exclaman con dolor: «¡Por qué has muerto, Maestro divino, Redentor suspirado, Dios amoroso!» Y no hay una sola voz entre todas que no lleve al corazon de María el triste sonido de *muerte, sepulcro y horror*.

Era entónces cuando esta alma purísima exhalaba suspiros de amor hácia su Hijo amado; más angustiada que David, «Sálvame, decia; sálvame y líbrame de la tempestad ¡oh Dios mio! porque han penetrado las aguas de la amargura hasta lo más íntimo de mi alma. Me encuentro atollada en lo más profundo del abismo del dolor, y no hallo consistencia. He llegado á lo más proceloso de la tribulacion, y me ha envuelto en sus torbellinos la furiosa tempestad. Del fondo de mi corazon he sacado fuerzas para sufrir al lado de mi Hijo todo el furor de los verdugos que lo crucificaron; pero ya no tengo este corazon en su lugar; se encuentra trastornado desde que mi tesoro yace en el sepulcro.» *Subversum est cor meum in memetipsa*. Y al decir estas razones amorosas,

no se elevan al cielo aquellos ojos divinos sin que broten de ellos dos torrentes de lágrimas, á cuya sola vista lloraba toda la naturaleza. ¡Ay! ¡Llorad, llorad, triste Madre! ¡Quizás desahogándose ese pecho nobilísimo del terrible dolor que le oprime, os acordeis que teneis aún un corazón que muy pronto será colmado de gloria y felicidad al ver á tu Hijo amado más esplendente que mil soles y más cándido que el níveo cendal, despues de salir victorioso de entre las sombras de la muerte!

Hé aquí, amados míos, cómo la más feliz de las mujeres se convirtió en la más desventurada de las madres al ver á su Hijo divino en la region de la muerte. No vivia María sino por Jesus; era Éste su felicidad omnimoda; era Éste su gloria; no viviendo, pues, el Hijo, ¿podría vivir la Madre? Vivió, sí; pero fué por un portento del cielo; porque es concebible que respire la madre hasta cuando esté su hijo entre la agonía y tormentos, que viva aún cuando aquél haya entregado su espíritu; ¡mas estando éste en el sepulcro! ¡Ah! María no podía vivir sino por milagro, porque no tenía el corazón entre los límites de la vida, sino en la region de la muerte. *Subversum est cor meum in memetipsa.*

Al concluir una materia tan lúgubre, permitidme que os pregunte si acompañais á María en su amarga soledad; porque yo advierto en la sepultura del Señor dos grandes acontecimientos, que exprimen por una parte la dureza y por otra el amor; muere Jesus, y llora el cielo, escondiendo su luz; llora la tierra, dando fuertes sacudidas; llora la muerte, restituyendo á la vida las víctimas que guardaba; lloran las piedras, pues se hienden, y, por fin, lloran los ángeles, pues suspenden sus melodías: hé aquí llorosa la misma naturaleza insensible; hé aquí llorosos también aquellos espíritus á quienes no les late un corazón de hijos; ¡y entre tanto, hay una porción de hombres que se alegran en la muerte de Jesus, sin

compadecerse de la desgraciada Madre. ¡Ah! Yo haría una injuria bien notable á vuestra fé y piedad si me atreviese siquiera á preguntaros de qué partido sois, si de los que en tan triste suceso lloran, ó de los que se alegran. Sois, á no dudarlo, hijos amantes de vuestra Reina y Madre Dolorosa, pues habeis venido al sagrado recinto á ofrecerla una lágrima que aún arranca á vuestros ojos el dolor de la muerte de Jesus, á pesar de haber sucedido hace diez y nueve siglos. Sea, pues, amados míos, nuestra tristeza en la muerte de Jesus una tristeza fructuosa, que tenga su origen en la consideracion de haber causado con nuestros crímenes la muerte del Hijo de María; y entonces asomará en nuestras almas la alegría de la gracia, cantando con el divino Pablo: «Cristo murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion.» *Mortum est propter peccata nostra; resurrexit propter justificationem nostram.* Así sea.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA MUERTE DE MARÍA SANTÍSIMA.

Ipsa conteret caput tuum.

Ella estrellará tu cabeza.

(GÉNESIS, cap. v.)

Si alguna vez el cristiano tiene motivos para entregarse francamente á todos los trasportes de la alegría, es al contemplar con mirada viva y penetrante el resultado feliz que tuviera la vida mortal de la Reina del cielo. En todos los otros pasos del curso mortal de esta augusta criatura, que tan íntima conexión tienen con los del Dios humanado, el corazón creyente se ve alternativamente afectado de admiración, de tristeza, de júbilo, de sentimiento, de placer, de compasión, y hasta de una tristeza que hace derramar lágrimas al encontrarse en espíritu en presencia de hechos portentosos, que no pueden menos de conmoverlo, ora considere al Dios que desciende del cielo, ora lo considere enseñando al pueblo, ora lo contemple en el patíbulo, pues en todas estas escenas hay virtudes que asombran, maravillas que embargan la inteligencia, beneficios que excitan nuestra simpatía, dolores y padecimientos que derriten nuestro corazón. Pero al detener la consideración en la conclusión del curso mortal de María, no hay en el alma más que un afecto y un sentimiento: el gozo; porque no ve sino

virtudes coronadas, trabajos premiados, glorias inconcebibles, triunfos inimitables. Ve... ¡oh grandeza de la humanidad! ve que el cuerpo de una pura criatura es elevado en trono de irradiosas nubes, sostenidas de mil serafines, hasta llegar á lo más encumbrado del cielo, sentándose á la diestra del Hijo de Dios. Ve que entre miles de coronas que han de ceñir la régia frente de María, hay una que no adorna sus sienes sino para premiar su continua mediación, con que hace que Dios mire propicio á los hombres. Ve... ¡oh! y ¿quién puede explicar con el tardo acento humano las maravillas que comprende el espíritu elevado por los sublimes vuelos de la fé? Ve á Dios levantarse de su trono, á los ángeles conmoverse y disponerse en orden para marchar á recibir á su Reina; ve abrirse las puertas de esmeralda y zafiro, y coronarse los muros de la celeste Sion, oyendo las melodías de innumerables ángeles, que en arpas de oro entonan himnos á la triunfadora de la muerte; ve... ¡ah! el débil ojo mortal no puede contemplar lo que pasa más allá de los altos muros de la Jerusalem del cielo. Baste contemplar las escenas ocurridas en la tierra el día del triunfo de María; ello sólo, bien mirado, es capaz de causar los más profundos éxtasis de alegría, pues vemos garantizado el triunfo de los hijos en el de la Madre.

Sí, señores; ántes de subir María en cuerpo y alma á la esplendente region celestial, ha puesto su ligera planta sobre la erguida cerviz de la muerte, la ha hollado, la ha estrellado, y, como Reina del mundo, ha penetrado en su cavernoso imperio, no llevada á Él por la mísera parca, sino acompañada en triunfante marcha por sus ángeles, para intimar á la enemiga de los hombres que ningún imperio tenía sobre ella ni por un instante, ni lo tendría tampoco por mucho tiempo sobre sus hijos. Si el espíritu quiere contristarse al ver que María, ántes de ser asunta en cuerpo y alma hasta la etérea region, es encer-

rada por tres dias en la lóbrega morada sepulcral, corra el opaco velo de las apariencias, intérnese por un momento en los espacios invisibles, y no podrá ménos de llenarse de júbilo al ver que esta pura criatura es bastante poderosa para vencer á la misma muerte, cumpliéndose en ella la promesa que Dios anunció en el paraíso. *Ipsa conteret*, etc.

De aquí es fácil deducir una consecuencia nada equívoca; fué necesario que María estuviese en el imperio de la muerte, para que se supiese que no pusiera en sus primeros linderos su planta divina como víctima de la infanda guadaña, sino como Reina victoriosa que todo lo domina. Los tres dias que trascurren desde su dulce tránsito hasta su resurrección gloriosa, son un triunfo completo sobre la muerte. Sí; las victorias de María sobre el demonio y el infierno no fueran completas sin esta circunstancia.

Hé aquí, señores, una obra propia de la mano del Omnipotente: desde que María empieza á existir, está rodeada de todo aquello que aparentemente la hace esclava del enemigo, conservándose Ella, no sólo libre de las ominosas cadenas que arrastran cuantos se le asemejan, sino siendo la que al mismo tirano sujeta y vence con virtud divina, y al concluir su existencia mortal, sucede otro tanto. Al juzgar por las exterioridades, María es una víctima de la muerte, su cuerpo exhala el último aliento, queda exánime, yerto y frio, es embalsamado como si fuera corruptible, es encerrado bajo fria losa como si temiera la infección. Pero ¡ah! ¡Cuán poco engañan estas apariencias al que mira con la irradiente luz celestial las realidades! Todo esto no es más que paliar con la debilidad de la naturaleza humana la colosal virtud divina; miéntras los ojos del cuerpo se inundan en lágrimas junto al sepulcro de María, la fé del espíritu sublima á éste, conduciéndolo á un teatro de gloria y de victoria para

tan gloriosa Reina. Detengámonos en él, señores, y fijemos nuestra atención; la muerte de María es un triunfo sobre la misma muerte; hé aquí el objeto de este discurso, para cuyo desarrollo postrémonos primero ante el trono de la Divinidad, y pidamos los auxilios de aquel espíritu consolador que bajó con toda su plenitud sobre su casta Esposa, al poco que el arcángel la dijo «Dios te Salve, María, llena, etc.»

Sorprende por cierto lo que el Omnipotente hizo con María, y es tan difícil explicarlo y comprenderlo, que la misma favorecida, siendo la única entre las criaturas que pudiese entender estas obras divinas, no supo decir de ellas, en encomio de la Divinidad, más que estas palabras: «Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso.» *Quia fecit mihi magna qui potens est.* Desde luego, al darse Dios á la humanidad en la encarnación del Verbo divino, recibiera ésta un don el más soberano que puede imaginarse. Dios se da á los hombres; pero es preciso hacer una distinción: es preciso poner en dos balanzas á toda la humanidad, de modo que María ocupe la una y los demás hijos de Adán la otra. ¡Ah! La grandeza del beneficio de la Encarnación ha ocupado la atención de diez y nueve siglos, y aún no hemos podido comprender en su totalidad este favor, ni han sido suficientes los cánticos de miles de generaciones para elogiar justamente la misericordia divina. Quédase siempre la humanidad envuelta en una santa oscuridad, y al querer concluir el himno en honor del Dios humanado, la lengua es balbuciente, y sus acentos quedan en suspensión, viéndose precisada á alabar de nuevo al que por ser infinito no puede ser justamente pagado de tanto amor como tuviera al mundo sino con acciones de gracias infinitas.

Sin embargo, preciso es confesar que el favor hecho á la humanidad en la Encarnación del Verbo, aunque es grande, pero es mayor sin comparación, relativamente á María. Porque la humanidad no recibe al Dios humanado sino como una cosa prestada, para que se haga de ella el uso conveniente. ¿Quién lo ignora? La humanidad necesitaba que un individuo tomado de su especie se ofreciera en holocausto de expiación por los pecados de todos; pero la humanidad no podía presentar una persona que reuniese cuantas circunstancias exigía una reparación de ofensas infinitas. Para que la tenga, baja el Verbo divino de la diestra del Padre, y toma carne humana. Desde que Jesús se ofrece, no hay un solo hombre que, dirigiéndose al Padre Eterno, no pueda dirigirle estas palabras: «Señor, no soy digno de mirar al cielo por la muchedumbre de mis pecados; pero ahí está el sacrificio aceptable que ofrece tu Hijo por mí; Vos me lo disteis, mío es, y yo os lo ofrezco.» ¡Ah! Nadie existe, amados míos, que no pueda decir estas palabras: Dios se nos ha dado en la Encarnación; pero ¿se dió de este modo á María? Distan casi infinitamente estas gracias; á María Dios se da como cosa propia; María tiene derecho directo de propiedad sobre Dios, porque lo concibe, porque lo engendra, y porque lo da á luz. Desde que Éste se hace su Hijo, hay entre un sér infinito y otro limitado unión de consanguinidad, y esto hace que Dios sea de María de un modo tan íntimo y tan intenso y eterno, que no puede igualársele toda la naturaleza humana que recibe el beneficio de la Encarnación: más diré aún; la naturaleza angélica en su fruición celestial no posee ni puede poseer á Dios como María. Ved si esta divina cantatriz, al entonar su inmortal himno, tuvo razón para comprender en una sola frase todas las grandezas que obró en Ella el Eterno.

Pero no observemos tan copiosa luz; la materni-

dad de María está en tan inmediato contacto con la Divinidad, que forma con ella, digámoslo así, un mismo cuerpo, y está circuido de los mismos fulgores que impiden fijar en ella la vista con detención. Los más encumbrados Doctores de la Iglesia apenas han podido dirigirla miradas fugaces, pues los deslumbró el sol de justicia que la encubre como su propio manto. No sucede así en otras grandezas que Dios hizo en María, pues aunque todas están en relación con su maternidad divina, se encuentran como despojadas de las esplendorosas ráfagas de la Divinidad, quedando la naturaleza humana entregada á sí misma al parecer: contemplémoslas, sepamos cuáles son, comprendamos la causa por qué Dios desnuda á su Madre de los resplandores inherentes á su alta dignidad, y luego nos postraremos ante el acatamiento del Señor, y dirigiendo una mirada desdeñosa al enemigo de nuestra felicidad, le diremos con el oráculo divino: María hollará y estrellará tu cerviz, y tú acecharás en vano sus calcáñares.

Es preciso comprender cuál es el fin de la creación de María, para poder entrar con paso firme en la investigación de sus grandezas; no es este un sér abstracto y aislado; tiene sus términos relativos, que nos descubren toda la excelencia de María en el punto más culminante que nos sea permitido ver, aunque no podemos comprender toda su extensión. Si la ponemos en relación con Dios, María no entra en la categoría de las criaturas sino para ser Madre del Criador; si la contemplamos relativamente á los hombres, no ve la luz sino para ser su Mediadora; mas al mirarla con relación á otra naturaleza que no es ni material, como lo es el hombre en parte, ni espiritual hasta nivelarse con el Sér divino, que esencialmente es espíritu, María no existe sino para ser su Reina. Esta naturaleza, que ni es tan alta como Dios ni tan inferior como el hombre, es la naturaleza angélica; sí, la natu-

raleza angélica de que María es Reina y Emperatriz, pero de tal modo, que al ángel humilde manda como Reina clemente y benigna, y al rebelde como triunfadora gloriosa. Bien comprendéis, señores, cuánto encierra en sí esta relación de María con los ángeles; no es posible que esta Reina empiece á existir sin tener lauros y alcanzar victorias. Si viene al mundo, ha de ser para mandar á todas las legiones celestiales, y dominar á la torva chusma de espíritus infernales.

¿No la veis entrar en el mundo cual aurora después de tempestuosa noche, ahuyentando con sus resplandores las tinieblas de la culpa que como pesado y tupido manto cubrían la tierra? ¿No la veis cómo con su ligerísimo pero esforzado calcáñar holla la ominosa cerviz del dragón infernal, fijando en esta antigua serpiente una mirada más aterradora que el rayo, cuyo instantáneo fragor aterra y aniquila al inexperto viajero? Pues bien; esta entrada triunfante de María en el mundo, no es más que el primer paso de su majestuosa carrera, que contará tantos triunfos cuantos sean los momentos de su vida. Después de haberse alzado hasta lo más encumbrado de su carrera, no llegará á su término descendiendo sino en las apariencias. ¿Qué digo ascendiendo y descendiendo? Removamos las figuras; hablemos conforme á realidad; salgamos alguna vez de esta pequeñez de nuestra comprensión á que nos llevan instintivamente las apariencias; cuando el astro del día asoma su esplendente disco por las altas cumbres del Oriente, decimos que se eleva hasta lo más alto del cielo, y apenas lo ha tocado, como si allí encontrase un óbice que detuviera sus pasos de gigante, decimos que baja con la misma rápida marcha hasta trasmontar por el ocaso y desaparecer. Así hablamos, y ¡triste condición humana, atendida en este mundo á los sentidos para entender y explicar hasta la más mínima parte de la creación! así nos explicamos, no sucediendo nada de esto, por-

que el gran luminar que criára Dios para vivificar la tierra y dar luz al mundo planetario, marcha siempre con paso firme, sin declinar, sin subir, sin bajar; su marcha es constante y majestuosa, y en ella va siempre triunfando de su gran enemigo, de las tinieblas, que, cobardes, no se atreven á presentar su hórrida faz sino despues que el sol ha trasmigrado á otro hemisferio. Tanta es su luz cuando se encumbra sobre nuestros vértices, como al nivelarse con nuestras plantas.

Así María, señores, triunfa al hallarse en su Oriente; triunfa cuando ha llevado sus pasos hasta lo más encumbrado de su vida, y triunfa también en su declinacion; esta estrella, que no conoce variacion alguna y hace huir ante su presencia á los tenebrosos espíritus, igualmente es luminosa en su Concepcion, que en Belen, que en el Gólgota, que en el Cenáculo y que en el lecho de la muerte. Pero ¿de qué modo? Hé aquí, señores, dónde halla mi espíritu un vasto campo para discurrir; en todas estas escenas la persona de María aparece como otro cualquiera individuo de la naturaleza, sin privilegios, sin visualidad; toda su vida no es más que una sucesion de trabajos; la Hija de David no tiene lustre alguno; si durante su carrera se hubiese atrevido alguno á decir que esta Virgen, abyecta y pobre, era la realizacion de la antigua Raquel, de Abigail, de Betsabé, de Judit, de Ester, de Débora y de otras muchas heroínas famosas por su hermosura, y prudencia, y fortaleza, y piedad, y castidad; si alguno hubiese predicado de Ella la última de las virtudes con que aún en vida de ellas fueron encomiadas las referidas heroínas; si alguno hubiese dicho que esta mujer era la grande y atlética que por boca de Dios fuera predicha desde principio del mundo para que confundiese el poder del averno; si alguno en la Judea, en Jerusalem, en Belen, en Nazaret, hubiese dicho que María era la Virgen de Isaías, que daría al mundo el Emmanuel, habría sido ape-

dreado como un sacrilego profanador; tales eran las apariencias exteriores de María; tal era también la estupidez del pueblo hebreo, que no sabía encontrar grandezas y virtudes sino en los palacios, en el brocado, en las riquezas y en el brillo exterior, de que tanto distaba María.

Pero preciso es confesar que en estas apariencias humildes estaba oculta toda la virtud del Omnipotente; Dios llevaba á María de su mano, y la pasaba por medio de los peligros para que resaltase más y más la fuerza de su brazo. Mirad cómo entra María en el mundo; tiene cuanto es necesario para incurrir en la culpa original; pues para esto, como afirma el Doctor Angélico y los demás teólogos, no se necesita más que ser hijo de Adán. Joaquin y Ana, sus padres, no son más que los demás hombres, si no es por virtudes personales; pero por muy justos que sean, no podrán tener un heredero de su nombre sin transmitirle con la sangre el pecado que han heredado ellos también de su primer padre. Mas entre tanto, ¿qué sucede? María entra en el mundo atravesando los bordes del precipicio de la culpa, sosteniéndola Dios para que no se deslice ni caiga; no de otro modo que la blanca paloma recorre los bordes pantanosos de un gran lago, llevando su rápido vuelo casi á flor de las heces inmundas, sin empañar lo más mínimo su tersura y candor. ¡Ah! ¿Qué vale la razon humana para apreciar las obras de la razon divina? Cuando Dios quiere desarrollar su voluntad y poder, no tiene que atenerse á otra ley que su propio querer.

Del mismo modo vereis que recorre María todas las demás fases de su vida mortal; mientras los sentidos no veían sino exterioridades y abyeccion, pasaban en la sublime region del espíritu escenas gloriosas y encantadoras; subid al Calvario, y ciertamente temblareis al ver á esta Virgen convertida en la mujer más desgraciada, que pierde á su Hijo en un infame patíbulo: dolores, afren-

tas, soledad, ignominia, es todo el patrimonio que resta á esta mujer, que algun tiempo ántes fuera llamada feliz por un alma entusiasta, sólo por haber dado leche al que moria en un cadalso. Estas son las apariencias exteriores. Y ¿quién no divisa al través de estos ludibrios otras realidades irradiantes como el sol? ¿Quién no ve que entre los dolores del Gólgota, María es coronada por Reina de todos los mártires, así como al venir al mundo por los medios comunes, Dios había puesto sobre su augusta frente la diadema celestial como Reina de la pureza y virginidad? Pues bien, señores: así eran tambien necesarias otras exterioridades en la muerte de María, para que fuese coronada por Reina del mismo infierno, sobre el cual tiene un poder el más soberano que puede haber despues del poder divino; así se cumpliría la profecía de su victoria sobre el demonio en toda su latitud.

¡Ah! al proferir la palabra *muerte* en la Reina del cielo, no puede ménos de encontrar el espíritu cierta repugnancia. ¡María muere...! ¡María, que ha tenido nueve meses en su seno al Autor de la vida, inclina su régia cabeza al triste y horrendo ángel de la muerte! ¡Qué! ¿no es la muerte pena del pecado? ¡Qué! ¿no ha sido María eximida de este yugo, no cometiendo además ni áun el más leve en su persona? Pues ¿cómo sufre la pena sin haber incurrido en la culpa? ¿Cómo entra en la lóbrega mansion la que siempre estuvo circuida de la luz de la Divinidad? Hé aquí las tristes reflexiones que abrumbrian nuestro espíritu si no supiésemos que Dios se sirve de las apariencias humildes para confundir á los orgullosos, y hacer más palpable la virtud y la grandeza de sus escogidos. María espira; pero su muerte no es efecto del pecado, ni de enfermedad, ni de inanición; el amor divino tiene postrada á esta Virgen soberana; desde que su Hijo subiera á los cielos, pregunta á todas las criaturas si han visto á su amado: todas le contestan unáni-

mes que está ausente, y ella las conjura á todas con la esposa de los Cantares, que si lo ven, le digan que está enferma de amor. Muere María; pero ántes un ángel viene del cielo, trayéndola una palma entretejida de coronas; Muere María, pero ántes Dios obra portentos admirables, trayendo en un instante á los Apóstoles, que estaban diseminados en partes remotísimas, para que todos reciban la bendición de su Reina; muere María, pero ántes se deja ver su Hijo sagrado, que desde el trono de la gloria ha bajado á acompañar á su Madre en su tránsito á la eternidad; muere María, pero su santo cuerpo es llevado al sepulcro en hombros de los Apóstoles, acompañándolo los coros de los ángeles, que con sus cítaras entonan sin cesar himnos y cánticos á su Reina. ¡Ah! yo no puedo ménos de confesar que hay en la muerte de María cosas tan portentosas, que apénas pueden referirse en este siglo que se llama de razon, y no se fía de la autoridad. Pero yo canto las glorias de mi Madre, y no conviene, cierto, á un hijo el callar lo más mínimo de las grandezas de la que le ha dado la vida. Y tanto más motivo tengo para publicar estas maravillas, cuanto me veo autorizado para ello por el sapientísimo San Juan Damasceno, por San Gregorio de Tours y por San Dionisio Areopagita que las refieren, éste como testigo ocular, y aquéllos como fieles depositarios de la tradicion.

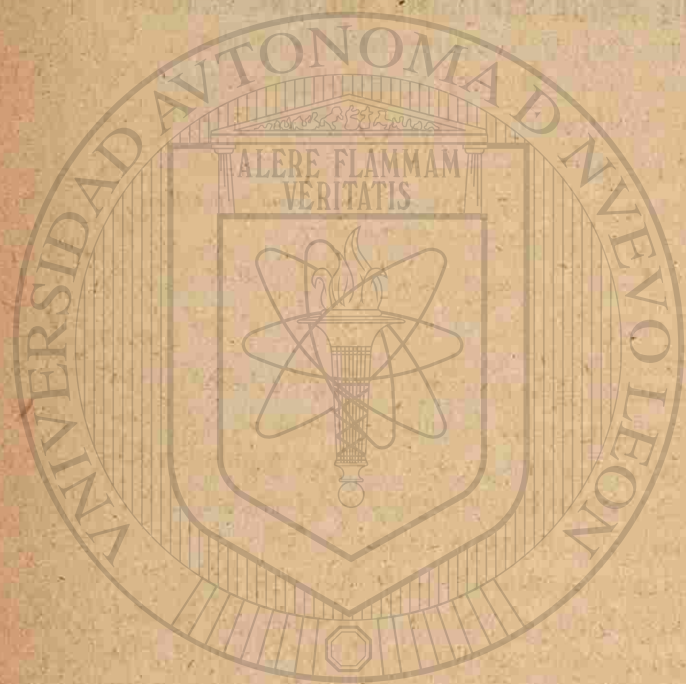
Nada es ciertamente la separacion momentánea del cuerpo y del alma cuando se apartan estos dos compañeros para conseguir nuevos lauros que pronto han de compartir. Esta misma muerte, que cada dia nos llena de terror cuando la vemos ejercer su saña en nuestros hermanos, no tendria tan hórrida cara si se alejasen de ella los temores del porvenir, las convulsiones de la agonia y los dolores de la enfermedad que la preceden. Cuando vemos morir á alguno sin estos terribles aparatos, decimos que ha tenido una muerte dulce como el sueño;

decimos que ha pasado de una vida feliz á otra más dichosa. ¿Qué diríamos, si al poco aquel cuerpo mortal se revistiese de la inmortalidad? ¡Ah! No quiero ya decir que María muere; pues aunque cesa de respirar este aire comun; aunque su cuerpo queda exánime, es esta muerte un tránsito al cielo, es un sueño felicísimo, es un triunfo sobre la misma muerte. Sería un error decir que el sol se muere, porque al llegar á cierto punto de su carrera no llegan á verlo nuestros débiles ojos; se ausenta tan sólo para aparecer de nuevo bañando al mundo con sus resplandores, que ninguna alteracion padecen.

¡Ah! ¿Por qué hemos de ser tan limitados, que no hemos de poder ver, miéntras vivimos en este mundo material, todo lo que pasa en el invisible y espiritual? ¿Por qué nuestra vista no ha de poder fijarse sino fugazmente en los grandes objetos de la vida venidera? Viéramos entónces cuán glorioso es el tránsito de María, cuán confuso quedó el demonio, y cuán aterrada la muerte. Sí, al transmigrar María al reino de la eterna luz, huyeron desavoridos á las concavidades del abismo todos los espíritus infernales, no pudiendo mirar sin nuevo tormento aquella alma que estaba tan ricamente adornada con miles de lauros, que consiguiera estrellando aquel estúpido orgullo que quisiera nivelarse en el principio con el mismo Dios. La muerte quedó sobrecogida cuando, extendiendo su cortante guadaña, se encontró con una mano poderosa que la detenía y aterraba, diciéndola: «No, tú no tienes imperio sobre mí; si muero, es por imitar á mi Hijo, que siendo Dios inmortal quiso morir en la Cruz; si mi cuerpo queda sin vida, es para demostrar al infierno que ni el gusano ni la corrupcion pueden entrar en el arca santa; huye, pues, y ensangrienta tu cuchilla en otras víctimas que lo sean del pecado, mas no en mí, que sólo soy víctima del amor.» A semejantes razones el horrendo espectro no pudo ménos de huir, y,

entre tanto, el alma de María, cual suave vapor de precioso timiama, sube, penetrando por las regiones etéreas, hasta el santuario de la Divinidad. Es conducido su cuerpo al sepulcro, es encerrado en el frio mármol, y éste se estremece al ver que un serafin armado guarda el tesoro que ha sido encerrado entre las sombras sepulcrales, no como una víctima, sino como un depósito.

¿Es extraño, señores, como afirma el Damasceno, que en presencia de hechos tan portentosos, el cielo y la tierra se vistiesen de alegría?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

*Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis
affluens inixa super dilectum?*

(CANT. CANT.)

Ya el triunfador de la muerte, despues de haber encadenado al demonio, habia tomado posesion de la gloria adquirida con las afrentas de la Cruz: ya los asientos del cielo, ántes vacíos por la rebelion de los ángeles, empezaban á llenarse, y los justos de ambos Testamentos, al sonido de sus cítaras, entonaban los cánticos eternos de la celestial Sion, alabando al Cordero, cuya sangre los hiciera reyes y sacerdotes del reino y templo de la gloria. Sin embargo, faltaba á la gloria esencial de los justos, que consiste en ver á Dios y gozarle, otra accidental: la de ver en su trono á la Reina de los cielos. Llegó por fin el venturoso dia de su triunfo, dia de nuevo regocijo para los bienaventurados, dia de llanto y tristeza para los justos de la tierra; y en él, ¡qué cuadro tan grandioso se presenta á nuestra vista! En la tierra, huérfanos los hijos de una Madre tierna y amorosa que los cimentára en la creencia de Jesus, consternados rodean el sepulcro que tuviera en depósito los restos mortales que por nueve meses fueran arca del Dios vivo, su habitacion y santuario; mas en el cielo, ¡qué escena tan diferente se representa! María

ha hollado la muerte; su alma santísima, separada del cuerpo por tres días, se une de nuevo á él, y, resucitado por virtud divina, pasa de la tierra al cielo, y con más grandeza y majestad que el sol al aparecer en el Oriente y encaminarse al medio del firmamento, va aquel compuesto deificado penetrando las bóvedas celestiales, sostenido en nubes esplendentes. En el mismo momento, todo el ejército celestial, ordenado en sus jerarquías, se pone en movimiento; el Hijo del Eterno se levanta de su trono, y, precedido de infinitas legiones, llega á los muros de la celestial Jerusalen; ábrense las puertas de zafiro y esmeralda, y entre las aclamaciones más patéticas, entre los más melodiosos himnos de los ángeles, el Hijo estrecha en sus brazos á su Madre, y apoyada en Él, camina al través de aquellas calles edificadas de topacios; la conduce hasta su propio trono, causando este espectáculo nunca visto tal admiración á los moradores del cielo, que unos á otros se preguntan: *Quæ est ista?* ¿Quién es esta que sube del árido desierto del mundo rebosando en delicias y reclinada sobre su amado? *Quæ ascendit de deserto deliciis affluens in ixa super dilectum?*

Si los ángeles se sobrecogen al penetrar María ya gloriosa en las moradas eternas; si se preguntan unos á otros en su admiración extática quién sea aquélla que ha penetrado en su recinto, necesariamente hemos de inferir que vieran en María una gloria y hermosura que no habían visto todavía. Y así es, amados míos; entró esta Reina en el cielo más refulgente en el cuerpo que todos los astros juntos, y la hermosura de su alma dejaba eclipsadas á las de todos los patriarcas y justos, y aún á los mismos serafines; subía triunfante y gloriosa, y aunque vieran ántes al Rey de los cielos con otra gloria mucho mayor, mas era la gloria del Verbo unida al cuerpo y al alma que tomára, y en cuya generación todo era obra del Espíritu Santo. Pero el cuerpo de María era tomado de

la tierra; era esta pura criatura hija de Adán pecador; subía del desierto del mundo, donde no había sino corrupción; veían un cuerpo material y de barro, elevado á la más encumbrada excelencia, ágil como el espíritu, sutil como los ángeles, esplendoroso más que el sol, impasible é incorruptible más que las estrellas; no es, pues, extraño que un cuadro de tanta gloria los admire, y, arrobados en la contemplación de tanta belleza, exclamasen todos á la vez: «¿Quién es ésta que sube del desierto anegada en delicias y reclinada sobre su amado?» *Quæ est ista que ascendit de deserto, etc.*

¡Ah! Si en el cielo, donde todo es esencialmente hermoso, María encantó tanto más con sus gracias, ¿qué efecto produjera en nosotros la vista de tanta hermosura si pudiésemos contemplarla? Si en la gloria, donde todos son sabios, apenas pudieron enarrar esta belleza los ángeles, ¿cómo nosotros, que somos ignorantes, podremos descifrarla? Ardua empresa es ciertamente para un mortal el delinear la hermosura de los Santos; sin embargo, voy á tantear esta materia, y confiado en los auxilios divinos, ocuparé vuestra religiosa atención, poniendo á vuestra vista la hermosura del cuerpo y alma de María Santísima en el día de su glorificación.

¡Oh gloriosa Reina de los ángeles y Madre de los hombres! En este día de triunfo para tí y de consuelo para nosotros, permitidme que, postrado á vuestras plantas, os pida un rayo de luz celestial para manifestar á cuantos me oyen las grandezas á que fuiste sublimada. Mi debilidad me acobarda; pero vos me extendereis vuestra mano generosa, y bajo sus influencias benéficas me internaré en las maravillas del Omnipotente, y enalteceré la fuerza de su brazo. Para conseguir un favor tan distinguido, os saludo con el ángel.

AVE MARÍA.

Desde que el hombre pecó, se convirtió la tierra en valle de lágrimas; desapareció aquella perfecta armonía que hermanaba la carne con el espíritu; sintió éste toda la fuerza de sus inclinaciones perversas; experimentó aquél las malignas influencias de los elementos, y, condenado á llorar, lágrimas derrama al ver por primera vez la luz, y con tristes suspiros abandona esta misma luz para bajar al sepulcro. Así nacen los Reyes del mundo, sin que toda la grandeza de sus progenitores pueda eximirlos de una miseria esencial á su naturaleza; así vienen al mundo los infelices tributarios de la pobreza, y tanto unos como otros van caminando paso á paso á un momento fatal en que, sin que influya en ellos el brocado y púrpura del trono, ni la dureza del lecho, entregados á fuertes convulsiones, y resistiéndose á desamparar un mundo que pasa sin dejarse gozar, entran en la vasta region de la eternidad y sea el cuerpo pasto de gusanos. Esta es la suerte del hombre, justamente merecida por sus pecados. Mas si el hombre es justo, si su alma no contrajo la mancha del pecado, ¿por qué ha de padecer las consecuencias? ¿Por qué lo han de afligir las miserias del cuerpo? ¿Por qué ha de morir? Ved aquí, amados míos, un problema, cuya resolucion encontramos en la vida y muerte de María.

La razon del hombre entregada á sí misma encuentra gran incompatibilidad entre la pureza y dignidad de esta criatura y sus padecimientos; mas tan pronto como se eleva sobre sí misma, comprende fácilmente que la misma Madre de Dios, siendo hija de hombres pecadores, tenía que pagar el justo tributo á la naturaleza de que fuera empastada, sintiendo en su cuerpo los rigores de los elementos, el frio, el calor y el hambre, y en su alma la tristeza, el dolor, las aflicciones más intensas, y sucumbiendo, por fin, al golpe de la muerte; pues aunque fué más pura que los ángeles, no fué más pura que Aquél

que, siendo impecable por naturaleza y dueño de la vida y de la muerte, sintió en su cuerpo los rigores del pecado, el frio, las privaciones y las fatigas y tormentos, y en su alma las más acerbadas agonías, y concluyó su preciosa vida muriendo en un madero. De aquí concluimos, con el doctor San Bernardo, que lá hermosura de los justos es un cuadro oculto á los ojos de los hombres, y sólo manifiesto á los de Dios; por grande que sea un alma, reside en un cuerpo de barro, destructible al primer embate de los elementos; por grandes que sean los méritos de los Santos, no aparecen en su exterior sin las insignias del pecado. No es, pues, extraño que la Hija de David, la Madre de Dios, pase toda su vida en la oscuridad; no es extraño que espire la Madre del Verbo Eterno porque Dios condene á los justos al término de su vida por las vías que ha decretado para todo el linaje humano, empezando sus glorias á dejarse ver despues que han cerrado los ojos á los objetos sensibles del mundo. Entónces sale el alma del cuerpo más pura que el sol de la mañana; entónces se conmutan las humillaciones de esta vida en un peso imponderable de gloria, saliendo la virtud más esplendente que la luz primordial al abandonar el caos que precedió á la creacion.

Para comprobar esa asercion, preciso es que nos traslademos al sepulcro de María. Aquel cuerpo, donde ha habitado nueve meses la fuente de la vida, se halla exánime y encerrado entre sombras; aquel rostro venerable, en cuya frente brillaba la majestad y la virtud, está cubierto con un sudario. Murió María. ¿Qué digo? Oyó las voces de su amado, que repetidas veces la llamó como el esposo á su esposa: Ven, la dice, ven; ya no verás mi cara entre las angustias de la carne mortal; pasó el invierno de la tribulacion; cesaron de correr los torrentes de lágrimas que tanto desfiguraban tus mejillas; las flores de una eterna primavera matizan nuestros campos y

embalsaman nuestros horizontes; levántate, pues; date prisa, amiga mía, paloma mía, esposa mía, y sube á gozar del amor de un Padre, de la ternura de un Hijo, del cariño de un Esposo. Ecos tan suaves no podian ménos de causar á María la muerte; exhala su espíritu, y como perfume de suavísimo olor consumido en el fuego y reducido á vapores, va su alma penetrando la bóveda estrellada hasta lo más alto de los cielos. Hé aquí cómo esta criatura, superior en gracia á todos los ángeles, paga á la naturaleza humana el tributo de todos los hombres; hé aquí cómo la que nunca conoció el pecado, sufre la pena que éste merece. Sin embargo, ¿crees tú, ¡oh muerte! que María ha entrado en tu tenebroso imperio? ¿Piensas tú que podrá estar bajo tu dominio la que entró en la gran carrera de la vida llena de trofeos que contra tí consiguiere hollando la cabeza del envidioso Lucifer, que te introdujo en el mundo? No te gloríes, no; María no es una víctima de tu formidable guadaña; tu furiosa saña no puede saciarse en la que se te ha entregado en depósito; pronto el frío mármol ha de ser visitado por una alma llena de gloria; pronto aquel cuerpo incorrupto saldrá triunfante é inmortal; y así como María ha imitado á su Hijo en los trabajos y en la muerte corporal, así se le ha de semejar en la resurreccion, saliendo de entre las sombras de la muerte, y cantando con Oseas: «¿Dónde está ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está tu aguijon?» *Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus?* (Ose., cap. xiii, vers. 14.)

Y al tomar esta nueva vida, ¡qué juventud tan nueva y florida embellece aquel cuerpo! ¡Qué resplandores de gloria y hermosura lo adornan! Y ¿por qué no tendré yo en este momento los conceptos de todos los espíritus soberanos, el númen de todos los poetas y las lenguas de todos los sabios, para pintar ó delinear lo que ningun mortal ha visto? ¿No es este el momento de llamar á las

hijas de Sion para que contemplen á su Reina y queden extasiadas? La aurora más brillante y pura, los campos matizados de flores y esmaltados entre miles de adiamantadas gotas de rocío, y cubiertos de bandadas de ave-cillas doradas cuyos ecos hienden los suaves rumores de la mañana, reciben una animacion que nunca tuvieron cuando esta excelsa criatura deja este mundo y empieza á subir sobre las alas de los ángeles hácia los espacios etéreos; las más altas y gigantescas prominencias dan saltos de alegría cuando ha pasado de sus cumbres esta Reina; los astros en su tránsito despiden nuevos brillos, rindiendo así sus homenajes de adoracion á la Madre de su Criador; los más encumbrados cielos se conmueven, y la naturaleza toda salta con mayor ligereza que el tierno corderito al verse junto á su madre en un verde y delicioso prado. ¿Os hablaré del ornato exterior de aquel cuerpo virginal? ¿Podré describiros la refulgencia del azulado manto, el resplandor de su corona, cuando el sol, las estrellas y la luna son sus adornos? ¡Ah! No; admirado de tanta hermosura, sólo me atreveré á exclamar con San Bernardo: «¡Oh cabeza digna de ser coronada de estrellas! Cabeza que, siendo más esplendente que los astros, les da nuevo brillo y resplandor, en vez de recibirlo de ellos.»

Entonces apareció María adornada con toda la hermosura con que la pinta el Espíritu divino en el libro de los *Cánticos*; sus ojos, más abiertos y puros que los de las palomas, y más cristalinos que las piscinas de Hesebon, *oculi tui columbarum*; sus labios, más rubicundos que el carmin, semejantes á una banda de púrpura, *sicut vitta coccinea labia tua*; su acento, dulce y melodioso, *eloquium tuum dulce*; sus dientes, más blancos que los rebaños al salir de los lavaderos, *dentes sui sicut grex ovium, que ascenderunt de lavacro*; sus mejillas, más rosadas que las cortezas de las granadas; su talle, derecho como la pal-

ma; su cabeza, majestuosa como las colinas del Libano; su cuello, terso y blanco como una torre de marfil, como la torre de David, rodeada de almenas y baluartes, de donde miles de escudos penden para armar á los guerreros; sus cabellos, como la púrpura real ondeada y enlazada con cordones de oro. ¿Os hablaré aún de la imponente y majestuosa recepcion de María Santísima en el cielo, del trono que su Hijo la preparó á su diestra? ¡Mortales que habeis visto las ovaciones de los héroes del mundo; vosotros que habeis sido testigos de la magnificencia con que los Monarcas del mundo se presentan por primera vez á sus vasallos; todo cuanto ha pasado por vuestra vista es una ligera sombra en comparacion de la pompa con que María fué recibida en el cielo. Allí el Hijo de Dios se levantó de su trono y salió á recibir á su Madre; todo un Dios prestó homenaje á una criatura, haciéndola sentar en el sólio de la Trinidad, como dice el Doctor Pedro Damiano, *surrexit rex in ocursum regine*; allí todos los ángeles, por sus órdenes y jerarquías, fueron postrándose uno por uno á las plantas de su Reina; allí los veinticuatro ancianos, descubriendo sus venerables cabezas, arrojaron sus cetros y coronas, y los pusieron á sus piés, como otros tantos trofeos debidos á sus victoriosos pasos; allí... pero ¿quién podrá enumerar tantas grandezas? Basta decir, con el mismo Santo Doctor, que, salva la majestad del Hijo, la Asuncion de María fué más grandiosa é imponente que la Ascension de Cristo su Hijo; y, en efecto, Jesus entró en el cielo que se hallaba sin moradores, y María lo encontró poblado; Jesus entró capitaneando una muchedumbre innumerable de cautivos rescatados, y precedido de sus ángeles, y María entró acompañada de su Hijo, que salió á recibirla, precedida de muchos justos, y acompañada y festejada de todo el ejército angélico, cuyas legiones la condujeron en sus alas desde el sepulcro.

Toda esta gloria y hermosura es grande y admirable, de tal modo, que apenas podemos comprenderla; sin embargo, tiene alguna analogía con nuestros sentidos, pues es la gloria de un cuerpo, gloria que pudiéramos ver si Dios quisiese manifestárnosla, despues de habernos dispuesto á percibirla con su omnipotente mano; gloria que algun dia esperamos ver con estos mismos ojos que ahora se deleitan en contemplar las bellezas del Criador, simbolizadas en las criaturas. Esto no obstante, María entró en el cielo adornada de otras bellezas que no están en contacto con lo que vemos ni palpamos; con las glorias de su alma, en cuya consideracion se pierde nuestro entendimiento, por hallarse éste ligado á los sentidos para sus operaciones. Todo cuanto queramos imaginar no es más que un caos. Comprendemos por la fé y la razon que este cuerpo ha de adquirir un nuevo ser, que los lauros y coronas han de ceñir esta frente, que los mártires embrazarán sus palmas, que las vírgenes serán hermoeadas con blancas azucenas, y que, como dice el venerable Beda, hay en el cielo insignias para coronar á los soldados de Jesus. Mas en cuanto á la gloria y hermosura del alma glorificada, toda imágen es inexacta, toda idea es débil, y nos vemos precisados á confesar, con San Pablo, que ni los ojos vieron, ni los oidos oyeron, ni el corazon del hombre puede rastrear lo que Dios tiene preparado para los que le aman. ¡Las glorias del alma! ¡Ver á Dios! ¡Gozarlo! ¡Comprenderlo! ¡Ay! Miétras estuvo ligada al cuerpo mortal, mil veces deseó ver á su Dios, y otras tantas se encontró vendada por el denso velo de la carne; la pesadez de los sentidos, el ruidoso espectáculo del mundo y los objetos exteriores, impedían los rápidos vuelos con que queria elevarse hasta el cielo; pero, desprendida ya del cuerpo, todo obstáculo desaparece; y, revestida con la luz de la gloria, ve á Dios como es en sí, lo contempla y lo goza, y se trasforma toda en Él, asemejándosele

en todo. *Similes ei erimus quoniam videvimus eum sicuti est.*

Si esta es la gloria que Dios prepara á cada una de las almas; si Dios se manifiesta á las almas y las transforma en sí mismo, dejándose comprender de ellas, segun sus méritos, ¿qué gloria tendria preparada para el alma de su propia Madre, para la Reina de todos los Santos, cuya pureza sólo es inferior al que es puro y santo por esencia? Fijemos aquí nuestra atencion, amados míos: las glorias del alma de María han de estar en proporcion con sus méritos. ¡Qué océano de maravillas se me descubre! Al glorificar Dios á los Santos, corona sus propios dones, como dice San Agustín; mas al glorificar á María, no son ya los méritos de un hombre, sino los de un Dios, los que van á ser coronados; porque Dios y María han tenido en el mundo un mismo destino y una misma suerte; Dios bajó del cielo á tomar cuerpo humano; María se lo dió: Dios pasó treinta y tres años entre los hombres; María lo alimentó y conservó: Dios se vió entre mil peligros en su infancia; María lo salvó: Dios se vió crucificado y baldonado; María lo acompañó: es decir, que no podemos hablar de los méritos infinitos del Redentor sin hablar de los de su Madre; es decir, que las glorias de Dios son las glorias de María. ¡Oh gran Dios! Dignaos purificar mis labios para exprimir tanta grandeza; no permitais que sacrifiquemos á los viles objetos del mundo los bienes para que nos habeis criado! Porque Jesus se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, Dios lo ensalzó, dándole un nombre sobre todo nombre, ante quien se postre todo sér en los cielos, y en la tierra, y en los abismos; luego porque María se humilló más que todas las criaturas, creyéndose la última de todas, al mismo tiempo que era elevada á la dignidad de ser Madre de Dios, Éste la ensalzó de tal manera, que los ángeles, los hombres y los espíritus se inclinan en su presencia; luego habiendo

sufrido en su alma cuantos tormentos padecia en el cuerpo su Hijo Jesus, Dios habia de premiar sus méritos de un modo proporcionado á su valor; Jesus se halla sentado á la diestra del Padre; es decir, igual y consubstancial al padre; es la fuerza y virtud de su brazo, es el principio de todas las cosas, el resplandor de la luz eterna, la imágen de su gloria y la figura de su sustancia; Él rige y gobierna al mundo, y con sola una mirada quebranta las cervices de sus enemigos, dando leyes al universo y arreglando con su voluntad soberana cuanto los mortales atribuyen á las combinaciones ó al acaso; desde allí se rie de sus contrarios, y cambia los obstáculos en medios eficaces, haciendo que la mentira sirva de triunfo á la verdad, las pasiones y crímenes al de la virtud, los excesos y la impiedad al arraigo de la Religion; mas Jesus no está solo; á su lado se encuentra su Madre, quien, así como fuera la compañera de sus destinos en la tierra, lo es tambien de sus glorias en el cielo; allí está tambien rigiendo el mundo como Reina, mandando á los ángeles, confundiendo á los demonios y pulverizando á sus enemigos; allí está toda rodeada de gloria y majestad, y como perdida en los resplandores que circuyen por todas partes el sόlio de la Divinidad; allí está, no envuelta en las ignominias del Hijo, como se encontrára una vez en el Gόlgota, sino participando de toda su gloria, majestad y poder. Sí, la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, como dice el devoto Arnoldo: *Gloriam enim matre non tam communem judico quam eundem.*

¡Ah! Si quisiese Dios hacernos gustar por un momento una sola gota de aquellas aguas que, como raudal y cristalino río, inundan la ciudad de Dios; si acortándose el inmenso espacio que nos separa de nuestros hermanos pudiéramos contemplar lo que ya vemos con la fé; si nos fuera concedido oír aquellas palabras secretas que no es lícito hablar al hombre, entónces quizás comprendería-

mos algo de lo que pasó en el alma de María en el momento que Aquélla penetró en el cielo; entónces, alboreándonos aquella luz de que María fué bañada, empezáramos á saber cuánta fué su gloria. Entre tanto, por cualquier lado que la miremos, es para nosotros un sol al mediodía, que el débil ojo mortal no puede mirar con fijeza sin verse oprimido de un inmenso peso de luz; si haciendo uso de nuestra razon queremos calcular su gloria como recompensa de su inocencia, encontraremos que, comparados con María, todos los ángeles y justos pesan á su lado tanto como un grano de arena comparado con un elevado monte; si la contemplamos como corona de la gracia de la redencion, veremos que la gracia dada á María por los méritos de su Hijo fué tan copiosa, que, repartida ella sola entre todos los hombres y correspondida por ellos, hubiera bastado para hacer otros tantos Santos; si como premio de su amor para con Dios, apénas sabremos otra cosa que repetir con el Sabio: «Que nadie puede medir la altura del cielo.» *Altitudinem caeli, quis dimensus est?* ¡Ah! Decir que el hombre mortal puede concebir algo del amor de María para con Dios, sería decir que podemos tocar los cielos con la mano; decir que él sólo sobrepuja el amor de todos los Santos juntos, es querer tirar las líneas de un inmenso cuadro; decir que todos los serafines á su lado son tibios, aún no nos manifiesta la intension de su amor: el amor de María no es mensurable. Luego la gloria con que entró su alma en el cielo es tambien inmensurable é incomprensible; porque si la queremos medir con la gracia que recibió, á los demás, dice San Jerónimo, se la dió la gracia por partes, pero á María vino toda la plenitud de la gracia de Cristo. Si la medimos con sus méritos, es necesario acudir á los méritos de su Hijo Dios; y ¿quién no sabe que, segun todos los teólogos y Padres, Jesucristo merecia infinitamente en todas las acciones de su vida, de suerte que una sola palabra, un

solo pensamiento, un solo paso, tenía un valor infinito, valor dado á estas acciones por la persona divina? Pensadlo, pues, con atencion, amados míos; despues del Verbo eterno, unido á la naturaleza humana, no encontrareis otra persona más digna que María; no es tan digna como su Hijo, pero se asemeja á Él, y se le acerca cuanto es permitido á una pura criatura acercarse á la Divinidad.

Si tanta es tu inocencia; oh Vírgen augusta! que sobrepuja la inocencia de todos los hijos de Adán, dado caso que éste no la hubiere perdido; si tan grande fué la gracia que te dió tu Hijo; si tan intenso fué tu amor para con Dios; si tan relevantes é inapelables son tus méritos, ¿cuál sería la gloria que os cupo al entrar en la pátria de los escogidos! ¡Oh, amados míos! Yo comprendo muy bien cuál fué esta gloria, mas apénas puedo resolver á decirla; vedlo claramente; María habia sido en la tierra el paraiso de Dios, dice el Damasceno; habia contenido en su seno al que no cabe en los cielos ni en la tierra. ¿Pensais acaso que su gloria podia ser como la de los otros Santos? Es necesario, dice admirablemente el Angel de las Escuelas, que todos los bienaventurados entren en la gloria de Dios; pero es imposible que toda la alegría de Dios éntre en ellos; porque bien puede entrar en nuestro corazon el placer que sentimos por las cosas que son inferiores á nosotros; pero siendo Dios un bien infinito, infinitamente mayor que el corazon humano, la alegría que causa su actual posesion no cabe en un ámbito tan corto; cuando poseemos este bien infinito, nosotros entramos en él, así como la esponja entra y es contenida en la vasta extension del Océano; pero Él no puede entrar en nuestros corazones, porque Él es inmenso y nuestras almas son limitadas. Mas no sucede así en María: acostumbrada esta Madre admirable á encerrar en su pecho toda la Divinidad, al penetrar por las puertas del cielo,

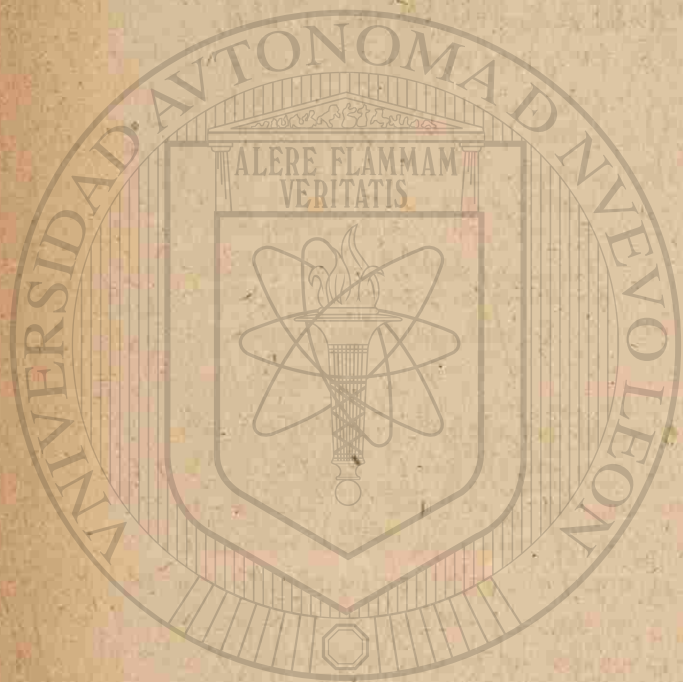
se renuevan en Ella todos los privilegios de su divina maternidad; y como si su gloria fuese la misma de Dios, que consiste en estar toda en su propia esencia, gloria llamada comprensiva por los teólogos, María encierra en su propia persona toda la inmensidad de la Divinidad. ¡Qué maravilla es ésta, amados oyentes! Dije que comprendía cuál fuese esta gloria, y ciertamente yo ignoraba lo que decía; lo ignoran los Santos; lo han calculado y no lo han podido descifrar los más sublimes ingenios del Cristianismo; los ángeles mismos lo ignoran, porque la gloria de María es tan incomprensible como su dignidad; sólo Dios puede comprender cómo María fué su Madre, y sólo Él es capaz de manifestar su gloria; pues, como piensa el gran Agustín, la misma María no conoce todos los tesoros de riqueza que posee, y de los cuales Dios se despojó para enriquecerla.

A la vista de un sér tan divino, y al penetrar en aquella ciudad, cuya antorcha es el Cordero, este brillante lucero de la gracia; al absorber en sí mismo el Sol de justicia á esta primogénita de la redención, tan hermosa y esplendente en el cuerpo, tan rica y adornada en el alma, no es extraño que todos exclamasen: ¿Quién es ésta? *Quæ est ista?* Moradores del cielo, nosotros vivimos extasiados en la contemplación de las infinitas bellezas de nuestro Dios. ¿Quién es ésta, cuya hermosura nos encanta hoy? ¿Quién es ésta, que todos deseábamos ver y tener á nuestro lado? ¿Quién es ésta, que ha pasado por la jerarquía de los confesores, por el coro de las vírgenes, por el ejército de los mártires, por el Senado de los Apóstoles, por la turba de los patriarcas, y por los coros de los ángeles y serafines, y recibiendo adoraciones de todos, ha subido á sentarse al lado del mismo Dios? *Quæ est ista?* ¡Qué! ¿Puede la estéril naturaleza producir tanta hermosura? ¿Puede Adán tener hijas tan puras, que, tomadas de su carne pecadora, se sienten con Dios en su mismo Trono?

Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens innixa super dilectum Filium?

¡Oh Virgen augusta! Si despues de haberos contemplado tan llena de gloria, aún nos queda fuerza para articular, nuestra lengua sólo podrá decir con la esposa de los Cantares: *Trahe me post te, in odorem curremus unguentorum tuorum.* Llevadnos tras de Tí, correremos tras el suave aroma de tus perfumes. ¡Ah! En el tempestuoso siglo en que vivimos, en que la impiedad forma su gloria en destruir las reglas de la moralidad, enviad Vos una gota de rocío celestial sobre las almas que os aman, para que, embriagados del amor divino, sigan tus pasos por la paciencia y humildad, para que sean semejantes á Tí en su triunfo las que quisieron parecerse á Tí en las virtudes: *Trahe me*, etc. La Iglesia os lo pide; os lo piden todas las almas que desean el triunfo de la fé, pues en medio de la indiferencia del siglo actual, entregado todo á los excesos de una desenfrenada libertad filosófica, no nos queda otra arma que tu devoción para pelear contra los impíos.

Sí, amados míos: si quereis ser salvos, si pretendéis triunfar de un siglo incrédulo por sistema, si anhelaís por entrar algun día en el templo de la gloria, considerad sin cesar las grandezas de María y sus virtudes; llamadla á cada paso, que esta Reina compasiva tiene toda su gloria en socorrer á los desvalidos. Y vosotras, almas escogidas, esposas de Jesús, mirad siempre á vuestra Reina, que os precede con la cándida bandera de la pureza; este es el día en que la virginidad fué coronada; seguid con paso firme y generoso á vuestra conductora, y estad persuadidas que la que os ha hecho compañeras suyas en el santo amor hácia Jesús en la tierra, os hará partícipes de sus glorias, de sus triunfos y coronas en el cielo. Amen.



SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA ASUNCION DE LA VIRGEN AL CIELO.

Et usque ad antiquum dierum pervenit... et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum.

Y llegó hasta el anciano de días... y dióle la potestad, y la honra, y el reino.

(DAN., cap. vii, versículos 13, 14.)

I. Una de las visiones más admirables que tuvo el profeta Daniel fué aquella en que vió que un individuo de la naturaleza humana llegó hasta el Trono del antiguo de días, y fué ofrecido y presentado á ÉL, dándole Este en el acto la potestad, la honra y el reino, y disponiendo que todos los pueblos, y naciones, y lenguas lo adorasen y sirviesen; y declarando que su reino sería eterno, y su potestad imperecedera. Al ver esto, dice el mismo Profeta, me llené de asombro, quedé consternado, y me conturbaron las visiones de mi mente. (Dan., cap. vii, 15.)

Bien sabeis, mis amados oyentes, lo que significaba esta vision; era la manifestacion del gran misterio escondido en los años de la eternidad, misterio que habia de descubrirse en los tiempos definidos por Dios mismo; el Hijo de Dios, engendrado eternamente por el Padre, Dios de Dios y Luz de Luz; el Hijo de Dios, que es de la misma esencia, de la misma sustancia, de la misma naturaleza que su Padre espiritual, inmortal é invisible en ésta, habia de tomar la nuestra uniéndola á la suya, siendo

hombre sin dejar de ser Dios, y elevándola á tan inefable sublimidad, que, sobrepujando á cuantas alturas hay en los cielos, á los ángeles, á las dominaciones, á los querubines y serafines, la habia de colocar en el solio mismo de su Divinidad, para que, como dice San Leon (Serm. I de *Ascension. Dom.*), se uniese en el Trono á la gloria del Padre, puesto que estaba unida á su naturaleza en la persona del Hijo.

Hé ahí la sublime vision de Daniel, la cual empezó á cumplirse en el momento de la Encarnacion, continuó verificándose en el día admirable de su Resurreccion y Ascension de Jesucristo á los cielos, y se completará cuando llegue el día en que entregue el reino á su Padre, despues de haber destruido la muerte y despojado á todo principado y potestad y virtud. (I Cor., cap. xv, 24.) Cuando este Hijo de Dios se hizo hombre, recibió de su Padre la uncion del sacerdocio eterno, para que fuese nuestro mediador y redentor; cuando resucitó de entre los muertos, recibió la uncion santa de la alegría, para que reinase en Sion su monte santo; cuando subió á los cielos, tomó posesion de su Trono, y cuando presente al Padre la innumerable muchedumbre de escogidos, será confirmado su reino, siendo éste eterno é inmutable, no sólo en el rey, sino en todos aquellos sobre quienes reinará por los siglos de los siglos.

II. Veo, amados oyentes, que estais asombrados de oir la relacion de tanta grandeza; un hombre semejante á nosotros sentado en el Trono de Dios, mandando como Dios, teniendo el mundo en su mano como Dios, y reinando como Dios, es en realidad lo más sublime que puede verse, lo más inefable que pueda contemplarse. Pero hay que considerar dos cosas: la dignacion de Dios, y sus consecuencias. La dignacion de Dios en haber querido hacerse nuestro hermano, será el asombro de los querubines por toda la eternidad; las consecuencias de esta

dignacion ya no causan tanto asombro; porque, una vez unida la naturaleza del Verbo del Padre á la humana en unidad de persona divina, se concibe con facilidad que, siendo esta union de una perennidad eterna, é indivisible, é inseparable, habia de estar siempre la naturaleza humana allí donde estuviesen la naturaleza y persona divina: se concibe además que, habiendo bajado el Hijo de Dios de los cielos para volver despues á su Trono, á la diestra del Padre, habia de subir tambien á sentarse en su mismo Trono aquel cuerpo que tomó para ofrecerse en sacrificio, pues no podia separarse jamás de Él. La dignacion asombra, por tanto; las consecuencias no; porque el enviar el Padre al Hijo es lo más inefable de su misericordia; pero el coronarlo de gloria y honor, el sentarlo en su Trono como Dios y como hombre, el hacer que toda rodilla se doble delante de Él, es un acto de justicia: el misterio es incomprensible, pero la conexion de unas cosas con otras es bien clara.

Pero, ¿sabeis lo que, ora por la dignacion, ora por sus resultados, tiene embargados á los ángeles y llena de asombro á los moradores del cielo? Lo que hoy está celebrando la Iglesia, dando gracias á Dios por sus bondades y entonando cánticos de admiracion, de alegría, al mismo Dios y á la nobilísima criatura en quien hizo Él cosas verdaderamente grandes. Eso es lo que asombra; una mujer, una pura criatura, que, sin ser Dios ni poderlo ser, tiene el privilegio de acercarse al Trono de Dios, el de sentarse junto á Él y el de recibir honor, potestad y reino; el de ser presentada al antiguo de dias, y ser coronada por Él emperatriz de los ángeles y Reina de cielos y tierra; esto embarga á los ángeles mismos, y los tendrá en éxtasis por toda la eternidad. *Et usque ad antiquum dierum pervenit... et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum.*

Hé ahí un acontecimiento tan admirable como inefa-

ble. La Asuncion de María á los cielos en cuerpo y alma es la consecuencia natural de su divina maternidad; y la demostracion de este acontecimiento es la condenacion de ese materialismo impío que tiene al mundo en convulsion y plagado de males y de aberraciones. Porque una vez demostrada la resurreccion de una pura criatura, como la fé nos enseña que nos ha de acontecer á todos los hombres en el último dia, queda demostrado con la experiencia que ha de llegar ese dia, en el cual nuestras almas han de dar vida nueva á nuestros cuerpos, resucitando éstos, sin exceptuar ninguno, para ir unos al cielo y otros al infierno.

La Virgen es por su dignidad más noble que los ángeles, y no está sujeta á la ley que comprende á todos los hombres por el pecado de origen: el que la eligió para que fuese su Madre la resucitó, llegando para Ella al tercer dia de su tránsito feliz, aquel momento en que fué presentada ante el antiguo de dias, y fué coronada por Él como no lo ha sido ni puede ser nadie, despues del Hijo de Dios; y éste es el momento que intento describir para gloria de Dios y de su Madre y para nuestro consuelo. La coronacion de María es la consecuencia de su dignidad. Pero ántes de hacerlo, saludemos á esta Reina triunfante y gloriosa, diciéndola con el ángel:

AVE MARÍA.

III. Dos cosas hay, dice San Bernardo, que son inefables, y son el Trono que Dios tuvo en la tierra en el seno de una Virgen, y el que ese mismo Dios preparó en el cielo á esta Virgen: lo uno y lo otro es admirable, y lo uno y lo otro exceden la comprension del hombre. (Serm. 2.º *De Assumpt.*) Y en efecto: el acto mayor de la Omnipotencia de Dios ha sido el de la Encarnacion de su Hijo; porque en él se hizo la union de la sublimidad infinita con la

bajeza infinita; el Eterno se hizo temporal, el inmortal se hizo mortal en la naturaleza humana, el inmenso se circunscribió á un punto determinado, y el que no cabe en los cielos y la tierra se estrechó hasta encerrarse en el claustro virginal; y, por fin, el que da á todo sér la vida, la respiracion, el alimento y todas las cosas, descendió al extremo de recibir de una mujer la vida, el alimento, sus consuelos, sus cariños, sus ósculos, y cuanto recibe un hijo de su madre.

Ni es esto todo: porque al bajar de los cielos el Hijo de Dios, no se separa de la gloria de su Padre, y sin embargo, toda esta gloria se traslada con Él al seno de esa vírgen, convirtiéndose su vientre virginal en cielo donde habita el Altísimo y en trono desde donde rige y gobierna el mundo. ¡Oh milagro! ¡Oh portento! ¡Oh prodigio que no comprenden los mismos serafines! Allí está por nueve meses el sólio de la augusta Trinidad; porque si bien es sólo la persona del Hijo la que ha tomado nuestra naturaleza humana, no puede estar allí el Hijo sin que esté con Él el Padre, ni puede separarse de ellos el Espíritu Santo. Allí, por consiguiente, está la sabiduría de Dios, la omnipotencia de Dios, la magnificencia, la majestad y la gloria de Dios; allí se han trasladado los querubines y los tronos, y allí resuenan los acentos de los serafines, que dicen sin cesar: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria.* (Isai., cap. vi, 3.)

Todo esto aconteció tan pronto como el Hijo de Dios se hizo hombre en las entrañas de la Virgen María. Desde aquel momento la Virgen se presenta como la imágen perfecta de la Beatísima Trinidad entre los objetos visibles; porque en un solo acto, cual es el de ser Madre del Hijo de Dios, acto que es indivisible, intrasferible é incommunicable á ninguna otra criatura, adquiere tres terminaciones realmente distintas, cuales son el ser Hija

predilecta del Padre, Madre amantísima del Hijo, y Esposa dulcísima del Espíritu Santo. ¿Qué ángel puede llegar á tan inefable semejanza con Dios, uno en esencia y trino en personas? Y esta dignidad de la Virgen no puede contemplarse sin llenarse uno de asombro, y sin poder ménos de confesar que es tan altísima é inefable la excelencia y dignidad de esa Señora, que obliga á quien la contempla á imitar á los mismos serafines, cubriéndose el rostro y postrándose con acatamiento profundo delante de esta Virgen, no pudiendo articular más que una frase, la que la dijo con reverencia y humildad el arcángel Gabriel: *Dios te salve, llena de gracia; bendita tú eres entre todas las mujeres.* (Luc., cap. 1, 28.)

Admirable é incomprensible es todo esto, mis amados oyentes; pero no lo es ménos lo que sucede cuando llega el momento de la retribucion, el momento en que este Dios-Hijo va á devolver á su Madre favor por favor, gracia por gracia, y trono por trono. Veamos lo que habia hecho la Madre, para entender cuál tenía que ser el retorno del Hijo. El amor que María tenía á Dios, amor tan inefable como la dignidad á que fué elevada, hizo que accediese á lo que Dios la pedia, y era que lo admitiese en su seno, y María consintió. (Luc., cap. 1, 38.) ¡Ah! parece imposible que tengamos que decir que esta virgen concedió á Dios la gracia de que pudiese convertir su seno en trono de su gloria; y sin embargo es así, pues ántes de hacerse Hijo suyo, la pidió su consentimiento. El Hijo, por tanto, la habia de devolver favor por favor, gracia por gracia, trono por trono.

El momento de esta recompensa llegó, y no puedo describirlo sin decir ántes, con San Pedro Damiano, lo que aconteció en él. «Más resplandeciente que el sol, dice este santo Padre, fué aquel día en el cual la Virgen María fué ensalzada al Trono del Padre celestial, y se vió colocada en el mismo Solio de la Beatísima Trinidad, te-

niendo en asombrosa expectativa á los ángeles, cuando éstos vieron que esta Virgen, vestida de traje de oro, rodeada de mil variedades, y adornada de todas las virtudes, se sentaba á la derecha del Señor.» (S. Pet. Damian., serm. *De Assumpt.*) Esto es en compendio lo que aconteció en el día más grande que ha habido en el mundo despues de aquél en que el Hijo de Dios subió á los cielos para abrir sus puertas y entrar en ellos acompañado de muchos millones de almas rescatadas del poder de Satanás, y tomar posesion de su reino eterno, sentándose á la diestra de su Padre. María se sentó junto al Trono de la Beatísima Trinidad, á la mano derecha de su amado Hijo: con esto está dicho todo.

IV. Sin embargo, no basta decir que la Madre de Dios, que habia engendrado al Rey del cielo, fué á colocarse en el reclinatorio de oro de la Majestad infinita, descansando en los brazos de su Hijo: no basta decir, con el citado santo Padre, lo más sublime y notable de esta entrada de la Virgen en la gloria, y es que hay entre la Virgen y los Santos la diferencia de sentarse éstos en los Tronos que Dios les ha preparado, y Aquélla en el que Ella misma labró y preparó para sí; pues su verdadero Trono es el Hijo que ella engendró. (S. Ped. Dam., serm. *De Assumpt.*) Es necesario internarse en la contemplacion de las obras de Dios, y ver lo que ha precedido á ese momento de triunfo y de gloria: y, en verdad, despues que se examina con las luces de la fé lo que ocurrió miéntras la Virgen vivió en la tierra, al llegar á la consideracion de su entrada en los cielos, el entendimiento entra en una especie de atonía dulcísima, la lengua se paraliza, y las potencias del alma descansan en un éxtasis que produce la vista en espíritu de tantas y tan inefables maravillas.

Dice el mismo santo Doctor que aquel día fué un día de dignidad y de poder, cual no habia habido otro para una pura criatura. (Serm. *De Assumpt.*) ¿Qué poder es

este que se manifiesta como no se habia manifestado hasta entónces para otro que no fuese el Hijo de Dios? El poder del mismo Hijo de Dios, poder que Él ostenta con magnificencia y gloria para honrar á su Madre. Y ¿qué dignidad es esa que no habian visto los moradores del cielo? La misma dignidad del Hijo de Dios como Rey inmortal de los siglos y Emperador de los cielos y la tierra, que Él mismo traslada á su Madre coronándola por Reina del mundo y Señora de todo lo criado.

Y esto es lo que os he dicho que me asombra; no me asombra ver al Hijo sentado á la diestra del Padre, porque es Dios; pero no puede ménos de asombrarme al contemplar á una pura criatura sentada en el trono de Dios, porque esa criatura ni es Dios ni puede serlo. También vosotros os asombráis, mis amados oyentes; pero debo deciros, para que vuestra fé sea siempre tan pura como la luz del cielo, que el Hijo de Dios se sienta en el Trono de su Padre por derecho de naturaleza, y la Madre en el de su Hijo por gracia; lo que, sin embargo, no impide que esta elevacion sea inefable. Pertenécele á Aquél esta dignidad incommunicable, porque es *el resplandor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia*. (Hebr., cap. 1, 3.) Pero pertenece también á la Virgen por derecho de transmision hereditaria, por derecho de mancomunidad de bienes, por derecho de adquisicion de los mismos bienes, y, por fin, por derecho de asimilacion perfecta con su Hijo en los medios por donde el Hijo y la Madre han llegado á la cumbre de la gloria. Esa dignidad es una gracia; pero es una gracia coronada por el Hijo, por haberse hecho digna de ella su Madre; una gracia por la cual ha suspirado, que ha pedido á su Padre, que ha esperado, y que se le ha concedido, despues de haberla suplicado con oracion y con lágrimas en los dias de su mortalidad, siendo oido por su humilde reverencia y por su infinita dignidad. (Hebr., cap. v, 7.)

Es tan grande el cúmulo de grandezas que resultan para María con sólo ser Madre de Dios, que basta considerarlas con sólo la razon ilustrada por la fé para entender que su exaltacion al Trono de su Hijo es la consecuencia natural é inmediata de las relaciones que median entre los dos por la maternidad divina. Preséntase, lo primero de todo, el derecho de transmision hereditaria, pues, segun las prescripciones de la ley natural, así como el hijo hereda de su madre, también la madre hereda al hijo. ¿Quién, no ya de los hombres, sino de los ángeles, no queda atónito al oír esto? Si el Hijo de Dios hubiese podido morir como mueren los demás hombres para levantarse en el último dia del mundo, su Madre era la heredera natural de todos sus bienes, y con más razon de los bienes que habia ganado en la naturaleza que su Madre le habia dado. Murió para resucitar al tercero dia; pero durante esos tres dias, ¿no podemos decir que María fué su heredera? ¿No fué Ella la depositaria de los despojos que su Hijo quitó á Satanás con su muerte? ¿No estuvieron encerradas en su corazon todas las gracias que su Hijo habia merecido para Ella misma y para todos los escogidos? Ahí está, pues, el derecho de transmision hereditaria: nosotros todos, dice el Apóstol, somos verdaderamente *hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos de Cristo*. (Rom., cap. viii, 17.) ¿Cuánto más lo ha de ser su Madre? Nosotros lo somos porque el Padre nos ha adoptado en su Hijo natural. ¿Cuánto más lo será la que es Madre de este mismo Hijo, la que ha trabajado á la par con Él para ganar la reconciliacion del mundo con el cielo, y la libertad de la gloria que tenemos de hijos de Dios? (Rom., cap. viii, 21.)

La Virgen María tiene un derecho especial, singular y único á las glorias y los triunfos de su Hijo, ora porque le ha ayudado á ganarlos, ora porque es la heredera de sus bienes, ora porque hay entre la Madre y el Hijo

la asimilacion más perfecta en el modo de llegar al punto más culminante de su carrera mortal, que es el de su triunfo y su gloria.

V. Demanda este último punto un exámen especial y una atencion profunda. Hay tal asimilacion en la vida, en la muerte y en la glorificacion del Hijo de Dios y la de su Madre, que, aparte la distancia infinita que media del Hijo á la Madre por ser Dios, en todo lo demás no se diferencian en nada. Contemplad, amados oyentes, lo que es la naturaleza humana de Jesucristo: es *Éste santo, inocente, sin mancilla y segregado de los pecadores.* (Hebr., cap. vii, 26.) Siendo así, siendo la muerte un castigo que Dios ha impuesto al hombre por el pecado, ¿debía morir Jesus? No debía morir; pero murió, porque era un mandato que su Padre le habia impuesto al tomar nuestra naturaleza; era esto lo que Él mismo habia ofrecido á su Padre cuando le decia que, puesto que no se aplacaba su ira con los holocaustos, puesto que le habia preparado una forma de siervo, venia dispuesto á hacer en todo su voluntad. (Hebr., cap. x, 7.) Murió el Santo por esencia; pero fué porque, segun la sublime idea del Apóstol, *el que no habia conocido el pecado, fué hecho pecado por su mismo Padre,*, cargando sobre Él toda la responsabilidad de los pecadores, *para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.* (II Cor., cap. v, 21.)

Además, el solo hecho de haberse encarnado el Hijo de Dios en el seno de la Virgen es de un valor tan grande, que basta para reconciliar el cielo con la tierra, y salvar á todos los hombres; suficientes son tambien las gotas de sangre que, á los ocho dias de nacido, le hace derramar el cuchillo de la ley. Y, sin embargo, el Hijo de Dios quiere pasar una vida, cuyo tejido es la pobreza, las privaciones, las persecuciones y los trabajos, y quiere que los verdugos y los sayones le hagan derramar hasta la última gota de su sangre á fuerza de azotes, de espinas,

de clavos y de lanza cruel, consumando en treinta y cuatro años el sacrificio que empezó en Nazareth y concluyó en el Gólgota.

Por fin, este Rey inmortal de los siglos, en cuyas manos sabia Él muy bien que su Padre tenía puestas todas las cosas (Jo., cap. xiii, 1), en quien habitaba toda la plenitud de la Divinidad (Colos., cap. i, 19), y quien sabia tambien que nadie podia despojarle de lo que su Padre le habia dado (Jo., cap. x, 29), y que por su propio querer entregaba su vida á la muerte, y la volveria á tomar por su propia virtud, cumpliendo con el precepto de su Padre (Jo., cap. x, 18.): este Señor de la vida y de la muerte quiso, por una dispensacion inefable de su infinita humildad, vivir por espacio de treinta y cuatro años ejercitando la virtud de la esperanza, esperando un gran acontecimiento y pidiendo á su Padre su cumplimiento con gemidos, con clamor fuerte, con lágrimas.

Y ¿sabeis qué era lo que esperaba Jesus y lo que suplicaba con toda humildad? Su resurreccion, y con ella la de todos los hombres, pues con ella inutilizaba el aguijon de la muerte; su resurreccion gloriosa, y como consecuencia de ella, la de todos los escogidos, pero muy en especial la de su Madre. Considérese por un momento lo que pasaba en el corazon de Jesus: sabia cierta é infaliblemente que habia de resucitar. Y ¿no lo habia de saber, cuando estaba contestando siempre á su Padre y á su esposa la Iglesia que le instaban á ello? Decíanle Aquél y ésta: *Levántate tú, que eres mi gloria, mi salterio, mi citara:* y él contestaba: *Me levantaré de madrugada.* (Ps. vi, 9.) Sin embargo, véase qué oracion tan tierna, tan afectuosa y tan conmovedora dirige á su Padre: *Tú, le dice, no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea la corrupcion.* (Ps. xv, 10.) *No se avergüencen por mí los que te esperan, Señor, Señor de los poderios. No queden corridos por causa mia los que te bus-*

can, Dios de Israel: pues por tu causa he sufrido afrenta, cubrió la vergüenza mi rostro. (Ps. LXVIII, 7-8.)

VI. Hé aquí, en compendio, lo que sufrió el Hijo de Dios, sin estar obligado á ello, para llegar al momento de su triunfo y su glorificación. Y otro tanto respectivamente aconteció á su Santísima Madre: predestinada desde la eternidad á ser Madre de Dios, no empezó á existir sin que viniese al mundo con el carácter que nadie ha tenido de ser Hija del Padre, Madre del Hijo y esposa del Espíritu Santo. Como consecuencia inmediata de esta predestinación, no podía empezar á existir sino siendo santa, inocente, inmaculada, triunfadora de Satanás, y exenta de todos los males que éste había introducido en el mundo por el pecado. Con sólo haber concebido y engendrado al Hijo de Dios, contrajo más méritos que todos los Santos, y fue más santa que todos los ángeles. Habiendo sido Ella misma concebida en gracia, estaba exenta de morir, y, como dice San Isidoro de Tesalónica, á no haber determinado el Señor que viviese en la tierra para ser la Madre de su Hijo, esta criatura admirable hubiera sido trasladada al cielo al poco de haber salido de la nada.

Sin embargo, esta Reina de los cielos atraviesa este valle de lágrimas tan desconocida y tan sin gloria como su Hijo. La Hija del Padre no discrepa de las demás mujeres en ninguna de las exterioridades que pudieran ensalzarla entre los hombres, pues vive en la pobreza, entre privaciones y persecuciones. La Madre del Hijo comparte con él la oscuridad, las humillaciones y los menosprecios. La Esposa del Espíritu Santo, sobre quien ha derramado Éste toda la plenitud de las gracias, se presenta ante los ojos del mundo como si fuera una de las que necesitan purificarse: la que es más incorruptible que los cielos y más pura que los serafines, ofrece la tórtola por el pecado, como si fuera pecadora; y la que, al empezar á existir, estrelló la cabeza de la serpiente anti-

gua, y entró en el mundo cantando un himno de victoria sobre el aguijón de la muerte, estuvo esperando por espacio de seis décadas el día de su triunfo completo, y para alcanzarlo dobló su cuello más blanco que la nieve á la dura parca, y cerró sus ojos á esta luz, como si fuese una víctima de las que pagan tributo á las aras de la muerte en castigo del pecado.

Este es también el compendio de los trances amargos por donde tuvo que pasar la Virgen para llegar al día de su triunfo. Con razón dicen los Santos Padres que María es el trasunto fiel de Jesús, y Jesús el espejo más perfecto de su Madre. Jesús no se parece á nadie sino á María; María no se parece á nadie sino á Jesús. Ved, amados oyentes, cómo ruega el Hijo al Padre que le conceda la gloria de la resurrección; ved también cómo ruega la Madre al Hijo que la otorgue la gracia de verlo, de abrazarlo, de vivir con él en el cielo. Al subir á éste su Hijo, la había dejado en la tierra para que fuese la Maestra de los Apóstoles y el consuelo de toda la Iglesia. María cumple su cometido con toda perfección; María es la alegría y el gozo de los fieles; pero su alma vive en la más amarga soledad, porque no ve á su amado. Lo busca en Belén, lo busca en el templo, en el cenáculo, en Getsemaní, en el pretorio, en el Calvario, en Betania, y en todas partes halla las huellas, mas no á su querido Hijo. La espada del dolor es cada día más aguda; aquellos ojos virginales están fijos en los cielos, y apenas pueden sus castísimos labios decir más que estas palabras: *Hijas de Jerusalem, os ruego que si veis á mi amado, le digais que estoy enferma de amor.* (Cant., cap. v, 8.) Así pasa la Virgen los últimos años de su vida, hasta que por fin vino el parainfo del cielo anunciándola que se acercaba el día de su triunfo y entregándola de parte de su Hijo una palma, con la cual en la mano, reclinada en el lecho humilde, se durmió dulcemente para resucitar triunfante y gloriosa tres días después.

VII. Hemos llegado á un punto, en el cual estoy por decir que sería mejor callar que hablar, y entregarse al llanto dulce y consolador de un alma extática. Voy á describir la escena más admirable que ha habido en el mundo, y temo que no podré concluir la descripción, porque mi corazón se ve oprimido por una alegría excesiva, y casi se me anuda la lengua. Iba á dar en el gran reloj de los tiempos una hora que tenía que poner en movimiento los cielos y la tierra: se acercaba el momento por el cual todo un Hijo de Dios había suspirado, el momento de hacer patente á los ángeles y á los hombres lo que era aquella Virgen que había pasado sin gloria por la tierra, el de presentarla á su Padre y al Espíritu Santo, y el de coronar su inocencia, su maternidad, sus virtudes. En tan solemne ocasión, ¿qué es lo que va á hacer este Hijo?

Séanos permitido comparar, aunque sea lo terreno con lo celestial, para poder deducir de tan inmensa realidad siquiera una sombra, y para ver de una luz infinita á lo ménos un destello. Hay que decir una cosa tan admirable y asombrosa, que hasta se presenta con visos de increíble; cuando se dice que Dios ha puesto límites á su omnipotencia, para no hacer sino mucho tiempo despues lo que su amor infinito hacía una criatura parece que exigía que se hiciera mucho tiempo ántes, está dicho todo, y no se puede decir más, para ponderar lo que este Dios riquísimo en amor y en poder hará cuando llegue el momento de obrar. Y este es el caso, mis amados oyentes: el amor de Jesús á su Madre y el de la Madre á su Hijo eran como dos volcanes contiguos cuyas llamaradas salen á la vez de un doble cráter; y ¿no veis lo que acontece con dos llamaradas, que casi hacen una por estar una cerca de la otra? Ellas se tocan, se lamen, se besan, se entrelazan, pero al fin se separan, porque cada una tiene su base aparte. Eran esos dos amores semejantes á dos rios caudalosos que corren en línea paralela atrave-

sando larguísimos terrenos, sin poder unirse hasta que, llegando á las arenas del Océano, se juntan sus aguas y se mezclan, entrando con majestuoso andar en un inmenso piélagó. Pues bien: esos dos volcanes iban á unirse en un mismo cráter; esos dos rios que con sus aguas habían fecundado la tierra, iban á unirse para entrar con ímpetu á alegrar la ciudad de Dios. ¿Qué va á hacer, por tanto, este Hijo omnipotente? ¿Qué va á hacer ese Hijo, que no ha podido honrar todavía á su Madre, como Él lo quería y como Ella merece? ¿Qué va á hacer! Una ostentación pública de su amor y de su poder, para dar á su Madre la potestad, el honor y el imperio que la pertenece.

¿Qué espectáculo tan nuevo, tan portentoso, tan sublime, tan arrobador! Se ha dado la última pincelada en el cuadro de la asimilación de la Madre con el Hijo; aquella ha estado tres días encerrada en el sepulcro, así como lo había estado éste: al cumplirse este tiempo, ábrense los cielos, y puesto todo su ejército en movimiento, van bajando escuadrones y escuadrones, formando dos hileras, que llegan desde las puertas de zafiro de la Sion celestial, hasta el humilde sepulcro donde duerme el cuerpo inanimado de María. El cielo, la tierra, los espacios, resuenan con los ecos de unas melodías que no se habían oído jamás, y en medio de este estruendo suavísimo, sobresale una voz, que dice entre acentos de amor: *Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, mi hermosa, mi inmaculada, y ven* (Cant., cap. II, 10). *Paloma mía, enséñame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y hermosa tu cara* (Ibid., 14). *Ven del Líbano, esposa mía; ven del Líbano, ven, y serás coronada* (Ibid., cap. IV, 8). Esta voz era la del Hijo de Dios que llamaba á su Madre.

Imposible es referir lo que acaeció entónces. ¿Quién puede describir aquella belleza que se levantó del sepul-

cro, cuyo rostro resplandeció como el sol? ¿Quién delineará la blancura de su vestido, sus adornos, sus aromas, cuando la orlan rosas, claveles, alelíes, y lo recaman perlas, esmeraldas y rubíes? ¿Quién puede contar lo que pasó en el cielo tan pronto como llegó la Virgen á la presencia del antiguo de dias, y éste la dió la potestad, el honor y el imperio? ¿*Qué se ha de decir de la Asuncion de la Virgen*, exclama San Agustín, *cuando no nos dice nada acerca de ella la Escritura sagrada?* (*Div. Aug. Lib. de Assumpt.*). Sin embargo, yo no me desanimo, pues oigo al mismo Santo doctor que me dice que, aún en medio de este silencio de las sagradas páginas, no ha de permanecer inactivo nuestro entendimiento, pues *hemos de buscar con la razon lo que está de acuerdo con la verdad.* (*August., ibid.*)

Ved, amados oyentes, lo que entónces sucedió: entró la Virgen en los cielos apoyada sobre su Hijo, y llegando hasta el Trono de la augusta Trinidad, habló el Hijo y honró á su Madre delante de su Padre y de su Esposo, y la dió á conocer á los ángeles y bienaventurados. Ahí teneis, dijo al Padre, á vuestra amada Hija; ahí teneis la criatura más humilde; ahí teneis lo más santo que hay despues de mí, que soy santo por esencia. Ahí teneis vuestra Esposa, la que es vuestra paloma, vuestra escogida, la criatura más pura, la más inocente: esta es mi Madre, la que me dió la sangre con que he redimido al mundo, la que me alimentó á su pecho, la que me salvó de peligros, la que ayudó hasta en mi último suspiro á consumir la obra de la redencion. Entónces el Padre estrechó á María en su seno, diciéndola: Recibe, hija mia, la corona de tu humildad. El Espíritu Santo la dió ósculos de amor, diciéndola: Recibe, Esposa tierna, la corona de tu virginidad. Y el Hijo, levantándola y colocándola en un trono á su derecha: Recibid, la dijo, Madre mia, el cetro y la corona debidos á vuestra maternidad. *Usque ad anti-*

quum dierum pervenit, et dedit illi potestatem et honorem et regnum.

Lo que aconteció en el mismo instante no puede articularse por lenguas humanas. Porque una vez que la Virgen fué coronada por el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y que su mismo Hijo la dió á conocer á los moradores del empíreo como Reina del mundo, resonó el cielo con un doble cántico, cuya mitad se oyó entónces por primera vez, y se está repitiendo todavía, alabando á Dios y bendiciendo á su Madre. *Santo, Santo, Santo*, dijeron los ángeles, *Señor, Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria*; y al momento contestaron todos los hombres alabando á Dios y á su Madre, y diciendo á Ésta: *Santa, Santa, Santa, que á Dios has engendrado y lo has dado á luz siendo virgen, y Virgen has quedado.* (Hymn. S. Bonaventur. *T. Matrem Dei laudam.*, 7.) Y en este cantar perseveran, porque en el cielo nadie alaba á Dios sin alabar á su Madre.

VIII. Y ni tampoco en la tierra: tampoco alaba dignamente á Dios en la tierra quien no alaba á su Madre. Porque, mis amados oyentes, hasta ahora habeis oido lo que encanta, lo que extasía; ahora oireis lo que consuela, lo que anima, lo que fortifica el alma en las tribulaciones. Habeis visto á la Virgen llegando al Trono de Dios para ser coronada, y no la habeis contemplado separándose de sus hijos que le quedaban en la tierra. Miradla, pues, de nuevo levantándose del sepulcro, sentándose sobre los tronos junto á su Hijo, y empezando á subir por los espacios. Vedla: apénas se ha levantado de la tierra, echa una mirada tierna, amorosa y compasiva á los hombres, y extendiendo su mano, los bendice con tanto cariño y con tanta dulzura, que, viéndolo los ángeles, casi sentian serlo, y tuvieran envidia á los hombres, si no los amáran como á conciudadanos, y si no supieran que aquella que es su Reina es la Madre de todos los hombres.

Vedla, pues, repito, cómo sube y cómo se sienta en su trono: bendice á la tierra, para que no dé espinas y abrojos para sus hijos; bendice á las nubes, para que den lluvias á su tiempo, y no fulminen rayos en la herencia de sus amados, y por do quier que pasa va bendiciendo todo, para bien de estos. ¡Oh Madre tierna y dulcísima! Está inundada de un torrente de delicias celestiales; ha recibido abrazos, ósculos cariñosos y coronas de su Padre, de su Hijo, de su Esposo; está oyendo las aclamaciones de los moradores del cielo; va á sentarse en un trono bañado con los mismos resplandores que salen del Solio de la augusta Trinidad, donde va á recibir pleito-homenaje de todos los príncipes del cielo; y sin embargo, ¿sabeis cuál es el pensamiento más íntimo de esta Señora? Sus hijos; sus hijos, que quedan en la tierra: y más sábia que Bethsabé, más compasiva que Esther, no se sienta en el trono de su gloria sin pedir al Rey de los siglos que, si habia hallado gracia en sus ojos, y si le agradaba, la concediese la vida y la felicidad de su pueblo, por quien intercedia. (*Esth.*, cap. vii, 3.)

IX. Por esto, amados oyentes, la Iglesia católica alaba siempre al Señor y suplica á su Madre que no cese en su oracion por ella. Ella sabe cuánto honra Dios á su Madre y cuán tierna y cariñosa es Ésta para con nosotros, y cree que Dios no la niega nada de lo que le pide para gloria suya y salvacion de las almas. Ella comprende aquella admirable economía que Dios observa en la distribucion de sus gracias, haciendo, como dice San Bernardino Senense (*Serm. De Nat. Virg.*), que nos vengan del Padre por el Hijo y del Hijo por la Madre. Tambien cree con San Bernardo (*in De Presat. ad Virg.*) que el Padre nada niega al Hijo ni el Hijo se lo negará á la Madre, ni Ésta se lo negará al pecador. Por lo que, sabiendo todo esto la Iglesia católica, alaba sin cesar al Señor que la ha dado una Madre tan amorosa, y suplica á

Ésta sin intermision que la ampare contra los enemigos.

¿Creereis, por tanto, mis amados oyentes, que podrá ser religiosa esa secta absurda llamada protestantismo, que niega todo culto y veneracion á la Virgen María? Estamos viviendo en tiempos malos, en tiempos en que la necedad y el absurdo intentan decorarse con una toga de legalidad. En teoría, la libertad llamada de cultos es el mayor absurdo que puede profesar el linaje humano; porque la Religion no es invencion humana, sino una manifestacion clara y manifiesta de la voluntad divina. Por consiguiente, no pudiendo haber más religion que la revelada, y no pudiendo haber sino una que lo sea, en teoría no puede existir la llamada libertad de cultos, porque entónces se niega indirectamente la existencia de Dios, y directamente el hombre se quiere hacer Dios, y se pone en rebelion contra Dios.

Digo en teoría, pues bien puede suceder en la práctica que los príncipes se vean obligados á permitir y tolerar la llamada libertad de cultos, para cortar otros males sociales ya existentes, cua les son las guerras intestinas con pretexto de religion; porque en este modo de proceder en esos casos extremos é irremediables, siguen los Soberanos las reglas de la economía de Dios en el gobierno del mundo, quien, siendo el autor de todo bien, permite que existan males en el órden moral, por tal de conservar un gran bien, y es el de la libertad natural del hombre; pues no siendo libre para escoger el bien, no sería ya hombre, sino autómata.

Estamos en tiempos de esta rebelion, y en fuerza de ella se han introducido entre nosotros hombres perversos, que riéndonos traer la más absurda de las herejías, la negacion pura y neta de toda verdad, que es el protestantismo. Mis amados oyentes, si alguno de esos predicantes se acercase á vosotros y os hablase mal de la Virgen María, haced lo que dice el Apóstol San Juan, que es no tomar con

ellos ni un bocado, ni contestarles el saludo, y si os viérais precisados á responderles, decidles con santa libertad que nadie puede tener á Dios por Padre, si no quiere reconocer á María por Madre. Ésta ha de ser vuestra respuesta, y ésta tambien la pauta de vuestras acciones. Pero yo espero que no entrarán en esta ciudad los predicantes de esa secta de perdicion, porque hay en ella una grandeza religiosa que pocas ciudades poseen de ese modo. Creemos todos que, como aparece por las Sagradas Letras, Dios ha destinado á cada reino, á cada provincia, y quizá á cada ciudad, un ángel que vele sobre ella y la guarde: pero vuestra caridad apénas la necesita, porque donde el Rey hace la guardia, no hay necesidad que la hagan sus ministros. Aquí teneis manifiesto y presente dia y noche á nuestro Rey, al Rey del cielo y la tierra, al Señor fuerte en las batallas: aquí está Jesucristo en esta santa iglesia catedral como en una fortaleza, desde cuyo torreón interior observa por dónde viene el enemigo, y lo rechaza ántes que se acerque.

Él es vuestro defensor, y guardando Él la ciudad, los enemigos no os asaltarán. Amadlo, pues, y observad sus mandamientos: amad á su Madre Santísima, y reconocamos en Ella á nuestra Madre, á quien amemos, veneremos é imitemos en la tierra, para que Ella nos lleve con la gracia de su Hijo y su proteccion al cielo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

Veni de Libano, coronaberis...

(CANT. CANTICOR.)

Cual ciego temerario que sin guía ni conductor quisiere divagar por precipicios y breñas, se ha estrellado la ignorancia humana siempre que ha pretendido bogar por sí sola en el insondable abismo de las maravillas del Omnipotente. Si queremos examinar la causa de tan lamentables derrotas en el espíritu humano, hallaremos que ingenios muy sublimes cayeron en los errores más groseros por haber querido analizar los misterios separadamente, como si fuesen una materia física; y siendo esto tan imposible al hombre como el poner á un mismo tiempo un pié sobre las colinas de los Andes y otro sobre los picos de los Alpes, necesariamente han descendido desde la culminosa elevacion de la ciencia hasta la horrenda sima del error, envolviéndose en ruinas irremediables. Si cuando se quiere examinar una sola estrella del firmamento, por finos que sean los instrumentos, no es posible ni aminorar ó apagar las continuas vibraciones con que deslumbra, ni aumentar su magnitud, que siendo incalculable no aparece á nuestra vista sino como un pequeño carbunco; es preciso que el más tenaz obser-

ellos ni un bocado, ni contestarles el saludo, y si os viérais precisados á responderles, decidles con santa libertad que nadie puede tener á Dios por Padre, si no quiere reconocer á María por Madre. Ésta ha de ser vuestra respuesta, y ésta tambien la pauta de vuestras acciones. Pero yo espero que no entrarán en esta ciudad los predicantes de esa secta de perdicion, porque hay en ella una grandeza religiosa que pocas ciudades poseen de ese modo. Creemos todos que, como aparece por las Sagradas Letras, Dios ha destinado á cada reino, á cada provincia, y quizá á cada ciudad, un ángel que vele sobre ella y la guarde: pero vuestra caridad apénas la necesita, porque donde el Rey hace la guardia, no hay necesidad que la hagan sus ministros. Aquí teneis manifiesto y presente dia y noche á nuestro Rey, al Rey del cielo y la tierra, al Señor fuerte en las batallas: aquí está Jesucristo en esta santa iglesia catedral como en una fortaleza, desde cuyo torreón interior observa por dónde viene el enemigo, y lo rechaza ántes que se acerque.

Él es vuestro defensor, y guardando Él la ciudad, los enemigos no os asaltarán. Amadlo, pues, y observad sus mandamientos: amad á su Madre Santísima, y reconocamos en Ella á nuestra Madre, á quien amemos, veneremos é imitemos en la tierra, para que Ella nos lleve con la gracia de su Hijo y su proteccion al cielo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

Veni de Libano, coronaberis...

(CANT. CANTICOR.)

Cual ciego temerario que sin guía ni conductor quisiere divagar por precipicios y breñas, se ha estrellado la ignorancia humana siempre que ha pretendido bogar por sí sola en el insondable abismo de las maravillas del Omnipotente. Si queremos examinar la causa de tan lamentables derrotas en el espíritu humano, hallaremos que ingenios muy sublimes cayeron en los errores más groseros por haber querido analizar los misterios separadamente, como si fuesen una materia física; y siendo esto tan imposible al hombre como el poner á un mismo tiempo un pié sobre las colinas de los Andes y otro sobre los picos de los Alpes, necesariamente han descendido desde la culminosa elevacion de la ciencia hasta la horrenda sima del error, envolviéndose en ruinas irremediables. Si cuando se quiere examinar una sola estrella del firmamento, por finos que sean los instrumentos, no es posible ni aminorar ó apagar las continuas vibraciones con que deslumbra, ni aumentar su magnitud, que siendo incalculable no aparece á nuestra vista sino como un pequeño carbunco; es preciso que el más tenaz obser-

vador deje el instrumento que considere en general esa admirable bóveda celeste; y entónces, persuadido que el espacio inmenso del cielo no cabe en la corta esfera de los sentidos del hombre, se humilla bajo el gran peso de su ignorancia, se postra, y adora al Rey inmortal que habita en tan asombrosa morada.

Si esos espíritus investigadores se hubiesen trazado á sí mismos este camino, no habrían manchado tan á menudo con sus errores la historia del ingenio humano. Si con ojos puros y alma candorosa hubiesen fijado su vista en el admirable conjunto de los dogmas de la Religion, al paso que su infinita grandeza le hubiera hecho confesar su nada, habrían quedado enamorados de su hermosura, y postrados ante la incalculable majestad del Altísimo, hubieran exclamado con el humilde Pablo: «¡Oh elevacion de las riquezas de Dios! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios! ¡Cuán inapeables tus caminos!» La Madre de Dios ha sido siempre un océano de maravillas, un cielo matizado de grandezas, en cuyo análisis, intentado por la débil razon humana, se han confundido los genios atrevidos, y en cuya consideracion han quedado extasiados los talentos verdaderamente grandes y sólidamente católicos. ¡María! ¡Ah! Es una mujer, es una criatura inferior por naturaleza á los ángeles; pero es tan sublime en gracias y virtudes, y se halla tan adornada de misterios desde el momento en que empieza á existir hasta el día que es coronada, que los hombres más agigantados en sabiduría no han podido comprender en toda su extension la menor de sus prerogativas. Para hablar de este gran fenómeno de la gracia divina, es necesario anonadarse hasta el polvo, tener un corazon puro, atenerse á la Escritura, á la tradicion y á lo que han escrito sobre ella los Doctores de la Iglesia; es preciso no sujetar separadamente sus grandezas á un exámen minucioso, porque éstas forman una cadena más entretejida que ese

número infinito de astros que ruedan sobre nuestra cabeza; de lo contrario, la razon se estrella como un bajel llevado á alta mar por olas embravecidas, despues de haber perdido su brújula y su timon.

¡Ah! Si con actitud humilde y frente nada altiva hubiesen mirado á María los Helvidios, los Nestorios y Luterros; si la hubiesen considerado desde el momento de sus respuestas al ángel hasta aquel en que se encontró traspasada de dolor en el Calvario, como enseña la fé; si la hubiesen contemplado toda ocupada en cimentar la Iglesia de su Hijo desde que Éste subió á los cielos hasta que Ella espiró, como nos lo demuestra la tradicion; si la hubiesen seguido con su vista en el momento en que, resucitada por virtud de su Hijo, subió triunfante por esos cielos hasta llegar al trono de gloria que merecía, como nos lo atestiguan los Santos Padres; si hubiesen querido contemplarla en el momento en que las tres Personas divinas colocaron sobre su régia frente la triple corona debida á su humildad, virginidad y maternidad divina, como enseña la creencia universal, nunca hubieran profanado con sus blasfemias el cielo animado de Dios. Antes como creyentes humildes habrían adorado con sinceridad al Dios que se humanára en su sagrado vientre, y como niño inocente se habrían abrazado á las plantas de esta Madre tierna, pidiéndola socorro.

Esposas del Cordero, al dirigiros mi voz por primera vez, os he manifestado los escollos del error, sólo porque yeais el triunfo de la verdad; María es un océano de maravillas sólo con ser Madre de Dios; si en todos los pasos de su vida descuella por do quiera esta dignidad, aparece luminosa y radiante como el sol en el día de su triunfo y coronacion; así es que voy á manifestaros esta coronacion como el complemento de sus grandezas. Nada oireis de mí que no sepais ya; pues vuestra fé pura, vuestras almas inocentes os dan gran acceso al conoci-

miento de las obras divinas; por tanto, implorad los auxilios del cielo en union del último de los siervos de María, saludándola con el ángel.

AVE MARÍA.

PUNTO ÚNICO.

No hay certeza mayor que la que da la fé al entendimiento humano. Toda ciencia natural, con sus adelantos, sus descubrimientos y sus sistemas, estriba en los sentidos y en la razon, los cuales están sujetos á tantas vicisitudes, que los ingenios más sublimes se encuentran á menudo enredados en inextricables laberintos y reducidos á tantas perplejidades, que se ven mil veces precisados á suspender sus tareas literarias ó á abandonar sus empresas. ¿Quién no advierte esta gran incertidumbre en los sistemas humanos? Cada hombre emite sus ideas, y apenas hay dos que sean del mismo parecer; cada filósofo piensa segun sus cálculos y su escuela, y cree que sus dogmas científicos son los más acertados; un siglo sigue una marcha, otro adopta la contraria; el nuestro cuenta por bárbaros á los que le han precedido, y otro vendrá que lo juzgue á él y lo denomine más bárbaro que los anteriores, por haberse lisonjeado de tener muchos conocimientos, y haber sido más incrédulo, más sanguinario y más ruinoso que los demás. Sí, los sistemas humanos están sujetos á dudas y perplejidades, á contradicciones é incertidumbres. No sucede así en los sistemas de la fé; el entendimiento que se halla revestido de este hábito sobrenatural, está más cierto de las verdades reveladas que de su existencia propia; el hombre creyente sabe que puede engañarse en cuanto ve y

palpa, pero está infaliblemente cierto de que no puede ser falso nada de cuanto le es revelado por Dios. Seis mil años son testigos de la debilidad de nuestra razon; sesenta siglos nos demuestran tambien la infalibilidad de la ciencia de la fé. Las mismas creencias tiene Adán, que Henoch y Noé; Abraham profesa los mismos dogmas que Moisés, que Samuel, que David, que Isaías y los otros profetas, y en nada discrepan de lo que enseña Pedro y sus condiscípulos, y cree el último de los fieles. Recordad la tierra, y vereis que el católico del Oriente tiene las mismas creencias que el del Occidente; ninguna division hallareis entre el que vive bajo los hielos del polo y el que habita bajo los fuegos del ecuador; la causa de esta unanimidad en los creyentes no la hallareis sino en la infalibilidad de Dios y de la Iglesia. De aquí es fácil deducir que no tiene verdadera vitalidad el entendimiento que no asiente á las verdades reveladas; que quien rechaza los dogmas divinos, tiene que sumergirse en el abismo del error, y que el hombre no existe sino para creer. Si no cree en la verdad, ha de creer en la mentira; si no cree en los dogmas revelados, ha de creer en las invenciones de los poetas, en fábulas, en cuentos y hasta en sueños. El paganismo en los tiempos antiguos, el protestantismo en los siglos pasados y la filosofia incrédula de nuestra edad, son testigos irrefragables de mi última asercion.

Esto supuesto, ¿qué enseña la fé sobre la existencia humana? Enseña que el hombre no existe sino para pasar más tarde á un mundo invisible, en el cual reciba una corona eterna, fruto de los méritos de Dios y de los suyos propios; enseña que es tanta la dignidad del hombre, que miéntras el ángel es un ministro de Dios, Él es un Hijo adoptivo; le enseña que no ha sido elevado á tan culminosa excelencia sino por la mediacion del Hijo natural de Dios, quien, esencialmente igual á su Padre por

tener la misma naturaleza en cuanto Dios, tomara la naturaleza humana, y, unido á ella, comunicó á ésta de un modo admirable las propiedades esenciales de su persona, y se apropió asimismo las propiedades de la naturaleza humana; le enseña que, así como este Dios se hizo nuestro modelo en la vida y en la muerte, así también era nuestro tipo en la resurrección; que no salió Éste triunfante del sepulcro sino para certificarnos que otro tanto nos acaecerá á nosotros algún día, con sólo la diferencia de haber resucitado Él por su propia virtud y deber nosotros resucitar con la virtud de Dios; le enseña, por fin, que la predestinación á la gloria, inherente á la perseverancia final, es el complemento de la predestinación á la gracia, mediante la cual llega el hombre al paraíso, donde Dios lo ha de premiar conforme á los esfuerzos que haya hecho, prevenido por la gracia, para corresponder á sus altos destinos. Y estas grandezas le han sido prometidas al hombre de tal modo, dice San Pablo, que Dios las confirmó con juramento, para que tuviésemos esta firme esperanza, que fuese el áncora firme y segura de nuestra alma, con la cual penetrásemos hasta lo más interior de los cielos, á donde primero penetrara nuestro precursor Jesús.

Necesario era desarrollar este bellissimo ideal de la existencia y fin del hombre para verlo ejecutado en la criatura más noble que saliera de las manos de Dios. Sí, la coronación de María en el día de su Asunción es la prueba irrefragable de que Dios consuma las obras de la gracia, poniendo en la frente del justo el lauro de la gloria; ella nos demuestra la verdad de la promesa de la Escritura, que nos dice que el que se humille será ensalzado. ¿Quién podrá contemplarla con los ojos de la fé sin comprender que María es Madre de Dios? ¿Quién puede escuchar los acentos de admiración en los ángeles, los himnos de melodía en los justos al subir María á su tro-

no, sin advertir que esta criatura es más que todos los hombres y superior á los serafines? ¿Quién verá que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo adornan sus sagradas sienes, sin considerar que es coronada una humildad semejante á la de Dios y que en nada se parece á la de los otros justos, que es coronada una pureza divina, que es premiada una dignidad inconcebible? Sí, ciertamente; la humildad con que mereció María en cierto modo ser Madre de Dios, la eleva á un trono de gloria que sólo es inferior al de Dios; vedla coronada como hija por el Padre: la resignación con que asintió á dar su sangre al Verbo eterno, á tenerlo nueve meses en su vientre, á alimentarlo treinta y tres años, y á partir con él los dolores, las afrentas, los tormentos y la muerte, es premiada dándole un poder absoluto sobre todas las criaturas, sentándose en el cielo junto al Verbo increado; vedla coronada como Madre por el Hijo: aquella pureza que María prefiriera á la mayor excelencia y dignidad que pudieran imaginar los hombres, á ser Madre de Dios, es laureada por el Espíritu Santo, haciéndola Reina de toda la naturaleza angélica; vedla coronada como Esposa.

En efecto, amados míos; al ver lo que dice y hace María en su vida mortal, ¿podía creer alguno que encerrase bajo unas apariencias tan humildes una dignidad tan culminosa? En la misma embajada celestial que tuviera lugar en el retiro de su aposento, María no contesta á las palabras del ángel sino en medio de la turbación que causan á su espíritu las razones eminentes que el serafín la dirigiera de orden de Dios; para ser Madre del Verbo eterno no pronuncia más que palabras de humildad y abyección; la Reina de los ángeles, la Madre del Altísimo, no se da otro título que el de esclava; al poco sale este personaje divino al público, y como si fuese una sirviente de orden inferior, pasa tres meses en obsequiar con sus cuidados á su prima Isabel. Seguid sus

pasos, y la vereis en Belen más despreciada que la zagala misérrima, á quien no falta uná choza entre los enebros del desierto para abrigarse de los rigores de los elementos; en el templo, nivelada con las otras mujeres obligadas á presentarse al santuario para purificarse de su pecado. ¡Ah! Entre tantos dias de aplausos como hubo para su Hijo, no la vereis ni cuando miles de almas lo seguian y querian proclamarlo Rey, ni cuando entre aclamaciones y voces de júbilo entró en Jerusalem despues de haber resucitado á Lázaro; mas está junto á Jesus cuando Éste es condenado y proscrito, cuando puede decir con el Profeta que los oprobios que vomitan contra Dios sus enemigos recaen sobre su corazon. En vano hubieran preguntado á esta admirable criatura si era madre de Dios; que la que prefirió sufrir mil amarguras en su alma ántes que manifestar su sagrada gravidez á su esposo en los dias de la ignorancia de éste, hubiera tambien preferido sumirse en la nada ántes que publicar en pró de sí misma la elevacion en que se hallaba. Pero en el dia de su coronacion, Dios publica por sus propios labios las grandezas que María ha ocultado en el seno de su corazon; Dios manda que la naturaleza insensible y la racional la tributen los honores que merece, haciendo que todo se ponga en movimiento desde que María sale del sepulcro hasta que llega á su trono.

La veo salir del frio mármol, y al mismo tiempo en las vértices del Líbano ostentan su tierno verdor los gigantes cedros; en los caminos de Sion, olvidándose de su tristeza, elevan hasta las nubes sus crestas los cipreses; en Cades, la palma ántes agobiada por el peso de las nieves, se eleva hácia la esfera, gloriándose con sus dorados frutos; frondosa enseña la rosa de Jericó los primores que ocultaba en su rubicundo seno, y los árboles todos de las selvas derraman por todas partes el cinamomo, el bálsamo y la mirra. Sube por los aires reclinada en su

Hijo amado, y las lluvias, los vientos, el granizo y los rayos se le postran; penetra en la region del fuego, y las llamas, perdiendo su voracidad, lamen sus sagradas plantas como si estuviesen empapadas del rocío de la aurora; va hendiendo los espacios, y el sol y la luna la adornan; las estrellas de primer orden la coronan, matizando las otras su azulado manto; llega á las puertas del cielo, y se corren sus cerrojos de oro, entrando en su recinto entre miles de sinfonías angélicas, entre miles de aclamaciones y de aplausos. ¡Ah! ¿Quién podrá pensar cómo la humilde María penetra hoy en los cielos? Oid á los ángeles, quienes al ver las delicias, los éxtasis y dulzuras de su Reina, no supieron qué pensar ni qué decir, y sólo se expresaron entre admiraciones, repitiendo: «¿Quién es Ésta? ¿Quién es Ésta?» ¿Por qué os admirais, oh espíritus soberanos? Esa que ha subido desde el sepulcro hasta el Trono de gloria de la Divinidad, es la humilde Madre de Dios. ¿No oís las dulces voces del Padre, quien la dice que Él eleva á los humildes para que se sienten con los príncipes y posean el trono de gloria? ¿No oís que la dice: «Ven, Esposa del Líbano, y serás coronada?» Sabed, pues, que toda esa gloria con que deja el mundo, todo ese triunfo con que sube al cielo y ese trono que ocupa, es la corona de su humildad. Se humilló más que todos, diré con San Bernardo, y cuanto era mayor en dignidad y virtud, se creyó tanto más indigna; y justamente fué enaltecida á un asiento divino la que se creyó la última de los hombres. Coronada está la humildad de María por el Padre. Ved coronada su maternidad por el Hijo.

Antes de hablar de la gloria á que fué elevada María por su Hijo Dios en premio de su maternidad divina, me es preciso repetir las admirables palabras que pronunciára San Bernardo en una solemnidad semejante á la que celebramos hoy. «Si es un placer para mi corazon,

dice este Doctor, hablar de las glorias de María, es al mismo tiempo un objeto de terror. Porque si pretendo elogiar su virginidad, se me presentan otras muchas vírgenes que la han imitado. Si ensalzo su humildad, veo á otros muchos que, á ejemplo de su Hijo, son mansos y humildes de corazón. Si encomio su caridad, son infinitos los varones y mujeres misericordiosos. Pero entre tantas excelencias que son comunes á todos los justos, hallo una en la cual no tuvo María semejante ántes de Ella, ni puede tenerla despues, y esta es que tuvo la alegría de ser Madre y la gloria de ser al propio tiempo Vírgen.» Pero ¿qué Madre? ¿qué Vírgen? Vírgen tan pura, que no es posible parangonarla con la pureza de todos los ángeles; Madre tan privilegiada, que, con sólo serlo, es superior á cuantos serafines hay en el cielo, y sólo inferior á Dios, por ser criatura; Madre tan admirable, que es un compendio de la omnipotencia divina; pues, no obstante ser Dios omnipotente, no puede renovar este prodigio; puede criar millones de mundos más hermosos que el actual; puede sacar de la nada miles de jerarquías angélicas aún más asombrosas que las que existen: pero, para secundar el prodigio de ser Hijo de María, tiene su omnipotencia una valla omnipotente que se lo impide; el Verbo, que con un acto purísimo, eterno é indivisible, es engendrado por el Padre, una sola vez ha podido ser engendrado por María; y no pudiera ser reiterado este asombroso acto de la Omnipotencia de Dios, sin destruir la mitad de su esencia. ¿Concebís, pues, que la corona que su Hijo Dios le da, se parezca á la de los otros Santos? La que no es tanto como Dios, por ser criatura; la que nada tiene de comun con los ángeles, porque ninguno de ellos puede ser lo que Ella es, ¿podía tener una recompensa semejante á la de los ángeles y justos? ¡Ah! No; la corona que Dios coloca en la frente de los Santos es corona que se da á vasallos; la que da á su Madre, es corona dada á

Reina y Señora. Todos los demás son súbditos de este divino Salomon; pero sólo esta celestial Betsabé tiene el privilegio de sentarse en el mismo trono de su Hijo y compartir su autoridad; lo diré en una palabra: el Verbo eterno corona la maternidad divina de María, dándole un poder absoluto en los cielos y en la tierra sobre los ángeles, los hombres y los demonios.

Si queremos rastrear algo de este poder, nos hemos de servir á la vez de las luces de la razon y de la fé; nos asombramos cuando sabemos por la ciencia astronómica que la menor de las estrellas, que se nos muestra como una chispa de diamante electrizado, es un globo de una magnitud incalculable; nos admiramos más aún cuando sabemos que el inmenso espacio que ocupa cualquiera de esas estrellas en los espacios flúidos, es un punto imperceptible comparado con la latitud de los cielos; así habla la razon, y lo demuestra infaliblemente. Pues bien; la fé nos dice que los cielos y la tierra, comparados con la inmensidad divina, son ménos que un grano de arena puesto en balanza con toda la máquina del mundo. Sí, la filosofía enseña ciertamente, y el hombre lo concibe, que pueden amontonarse tantos granos de arena, que ocupen todas las distancias que hay entre la tierra, los cielos y los astros; pero por muchos que sean los mundos que amontenemos unos sobre otros, nunca ocuparán la inmensidad de Dios, porque un círculo limitable nunca puede abarcar á otro sin límites. Raciocinad, pues, amados míos, del mismo modo sobre el poder de los Santos puesto al lado del de Dios; es cierto que cualquiera de éstos tiene un poder grande, por «haber entrado, como dice San Bernardo, en las potencias del Señor.» Todos los poderes de la tierra son nada si los comparamos con el poder de uno solo de los escogidos. ¿Cuál será, pues, el poder de tantos miles de Santos reunidos? ¿Cuál su imperio? ¿Cuál su dominacion? Sin embargo, nada es al quererlo nivelar

con el poder de Dios; porque lo finito no es comparable con lo infinito. Sacad, pues, la consecuencia de estas verdades infalibles, segun la razon y la fé. Dios no quiso coronar la maternidad de María sino dándola un poder general sobre todos los Patriarcas, sobre todos los Profetas, sobre todos los Apóstoles, sobre todos los mártires, sobre todos los confesores, sobre todas las vírgenes, y, en fin, sobre todos los Santos; pues la Iglesia, infalible en sus dogmas y en sus oraciones, la invoca cada dia como á Reina de todos los Santos. El poder de éstos reunido es inmensurable; mas ¿podrá igualar al poder de María? No, porque jamás iguala el poder de los vasallos al poder del Príncipe; no, porque el poder de María es el poder de Dios, como dice el docto abad Guarrico.

Oid lo que dice este sabio: «Al entrar María en el cielo, su Hijo Dios se emplea en servirla, dirigiéndola estas palabras: «Ninguno me sirvió más que Tú ¡oh Madre! en mis »humillaciones, y Yo no serviré á nadie con tanta abundancia en mi gloria; Tú me diste todo aquello con que »soy hombre; Yo te doy en recompensa todo aquéllo por lo »cual soy Dios.» *Communicasti mihi quod homo sum; communicabo tibi quod Deus sum.* No es esto decir que Jesus hiciese de María una Divinidad, sino que, mediante aquella luz que los teólogos llaman luz de la gloria, imprimió en el alma de su Madre toda la gloria de su divina naturaleza, y la dió todo su imperio. Mas, ¿qué imperio? Los príncipes de la tierra no pueden reinar sino sobre otros que sean sus inferiores; pero en el cielo, Dios quiere que todos sean reyes y señores. ¡Ah! ¡ Cuánta sería la gloria de un hombre, si pudiese reinar pacíficamente sobre todos los demás, al mismo tiempo que éstos eran emperadores y príncipes! No es posible realizar este ideal, más propio de un mundo ficticio que del que habitamos; pero esta realidad la vemos en el cielo: allí todos son reyes, como nos enseña el extático de Patmos, y sobre estos reyes

reina el Rey inmortal de los siglos. Al llegar aquí mi espíritu se desploma, mis potencias se anonadan y mi lengua se paraliza; María reina tambien sobre estos reyes y príncipes, porque su Hijo quiere que tenga Ella por privilegio todo lo que Él posee por naturaleza. *Communicasti mihi quod homo sum; communicabo tibi quod Deus sum.*

¿Será extraño que María reine victoriosa sobre los espíritus infernales? ¿Será extraño que ejerza su imperio en los príncipes de la tierra, en las naciones, en los reinos y provincias? No; porque la razon dicta que lo ménos siempre está incluido en lo más, y más es reinar sobre un Santo solo, que sobre todos los emperadores y reyes y dinastías y próceres que ha habido ni habrá hasta el fin de los siglos, porque todos ellos no han tenido sino una partecita del poder divino, y María tiene toda la plenitud. Coronada está su maternidad divina por el Hijo. Ved coronada su virginidad por el Espíritu Santo.

Su virginidad, ¡ah! es este un piélago de maravillas tan insondable, que el espíritu angélico con toda su penetracion no tiene fuerza para registrar su fondo. ¿Cómo fué María Virgen en la tierra? ¿De qué modo amó la virginidad? Luégo que hayamos comprendido estos dos misterios, podremos calcular cuál fué la corona que pusiera en su frente su divino Esposo para premiarla. No hay sér alguno animado que no tenga su esencia propia; es esencial al hombre animal el sér corruptible; es esencial al espíritu el sér corruptible; revestido el hombre de carne, no puede en la tierra ser casto por esencia; ántes al contrario, para poseer esta gran virtud necesita hacer grandes esfuerzos; destituido el ángel del cuerpo, es esencialmente casto, y no podría un espíritu completo rebajarse hasta la impureza sin degenerar de su esencia; pero ¿qué prodigio es este que yo advierto en la virginidad de María? La esencia de la carne es sér animal; la esencia de

María parece que no es otra que ser vírgen. Vedla hablando con el ángel; la dice éste que va á ser madre, y apénas ha herido sus oídos este razonamiento, queda atónita y confusa, como si se intentase la destruccion de su compuesto.—¿Cómo ha de suceder esto, le responde, pues yo no conozco á varon alguno? Es decir, como explican San Agustin, San Anselmo, San Bernardo y el Niseno, ¿cómo es posible que yo sea madre, si tengo prometido á Dios no conocer jamás á hombre alguno? ¡Ah! Si despues de haber hablado estos Doctores me es permitido comentar las respuestas de María al ángel, me atreviera á decir que quiso contestar al embajador celestial, que apreciaba más ser Vírgen que ser Madre de aquel Hijo grande que se le prometia con el título de Hijo del Altísimo. Sí, yo leo los pensamientos de María: ¡qué sublimes son! ¡qué seráficos! Ángel de Dios, dice á Gabriel; es tanto el amor que tengo á la pureza, que no puedo existir sin ser vírgen; querer que yo sea madre es pretender destruirme; yo prefiero ser reducida á la nada ántes que dejar de imitar á los espíritus puros ó incorruptibles por naturaleza. ¿No es esta castidad, amados míos, la que atrajo sobre María las miradas de Dios? ¿No fué esta hermosura de alma la que sacó de sí al Verbo increado y lo extasió contemplando á María, como afirma el divino Areopagita? ¿No fué entónces cuando el Espíritu Santo celebró con Ella su eterno desposorio? Sí, ciertamente; superó María en pureza á cuantos ángeles hay en el cielo, y por ello el Padre le dió su fecundidad, el Hijo su poder, el Espíritu Santo su amor, y al coronarla en el cielo, quiso su Esposo divino que fuese ensalzada sobre los coros de los ángeles la que quiso ser esencialmente Vírgen, como ellos son. ¡Oh elevacion prodigiosa! ¡Oh dignidad incomprendible! Ser Reina de los Santos, ser Emperatriz de los cielos y la tierra, mandar con imperio á los demonios, disponer de todos los reinos del mundo, eran cosas que podíamos

comprender; pero mandar sobre todos los ángeles es un enaltecimiento cuya grandeza toca á los límites de lo infinito; pero justamente la merece María, por haber preferido ser vírgen á ser Madre de Dios.

¿Qué cosa es un ángel, amados míos? Es un sér espiritual, intelectual, incorpóreo é inmortal: su sabiduría es tan grande, que todos los sabios juntos de la tierra no saben nada al lado de uno de aquellos espíritus bienaventurados; su poder es tan formidable, que en un momento destruyó uno solo á todos los primogénitos de Egipto, y en un instante exterminára otro ciento ochenta mil soldados asirios del ejército de Senaquerib. No os diré que todos los ángeles son príncipes en la casa de Dios, ni os hablaré de su bienaventuranza, ni de sus perfecciones naturales y sobrenaturales; pero sí os manifestaré que, segun los Padres y teólogos, cada ángel tiene su trono en el cielo: no es este un trono material como los que vemos en el mundo, pues siendo el ángel incorpóreo por esencia, ni puede estar en pié ni sentarse; pero es un trono que consiste en la mayor ó menor aproximacion á la Divinidad, en la mayor ó menor perfeccion, excelencia y sabiduría. Cuando os he dicho que un ángel es sapientísimo y poderosísimo, no os he hablado sino de aquellos ángeles que Dios ha deputado á cada hombre, á cada reino y á cada especie; ángeles tomados, segun los Santos Padres, de la última jerarquía. ¡Ah! ¡Qué piélago de maravillas se me descubre al saber que María es coronada por Reina de todos los espíritus bienaventurados! Todos los matemáticos del mundo juntos no tienen capacidad para calcular el número de los ángeles. Daniel, en su éxtasis, no los cuenta sino por millones. El ángel que guarda á un hombre no es custodio de otro: las perfecciones de cada uno de ellos difieren de las de los otros, segun el Angélico maestro; pero de tal modo, que el último de los ángeles es perfectísimo, el penúltimo es más,

y gradualmente va aumentándose esta perfeccion, existiendo un orden admirable; pero de tal modo, que el ángel milésimo es mayor en perfecciones que los que le siguen, así como el número mil es mayor que las novecientas noventa y nueve unidades que le preceden. Si estas son las excelencias de los ángeles de la última jerarquía, ¿cuáles serán las perfecciones de la segunda? ¿cuáles las de la primera? ¿Qué virtud y excelencia tendrán aquellos querubines que rodean el Trono de Dios! ¿Qué encumbrados son los que, más próximos á la Divinidad, son ilustrados por ella y reciben sus órdenes! ¡Ah! Si no fueran tan humildes aquellos espíritus, ¿qué fuera del mundo? Unos cuantos se miraron á sí mismos con atención y se creyeron dioses, y, arrojados de sus asientos, declararon guerra al Altísimo, y han esclavizado al género humano. ¡Cuánta, pues, será la fuerza, la virtud, la sabiduría de los ángeles fieles! ¡Ay! al pensar esto pierdo la esperanza de poder comprender el minimum de la gloria de María! Todo el ejército angélico la obedece; todos son sus ministros y criados; el más elevado serafín se cuenta por dichoso de sostener sobre sí las plantas de María. Es tanta la supremacía que esta criatura tiene sobre ellos, que piensan algunos teólogos que fueron ilustrados muchas veces por ella sobre los misterios de la Encarnacion del Verbo. Cómo sea María Reina de los ángeles, no lo pueden entender los más agigantados ingenios; sin embargo, esto es un dogma de la Iglesia: llena de entusiasmo y alegría lo canta en el día de la Asuncion: *Exaltata est Sancta Dei genitrix; super choros angelorum*. Así lo han cantado los Damianos, los Anselmos y Bernardos; así lo cantáran los Buenaventuras y Aquinos; así lo cantan todos los fieles del mundo, y para mí es un dogma de fé lo que canta en su sagrada liturgia la Iglesia universal. Coronada está, pues, María por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo.

¿Quién no advierte en esta coronacion el complemento de la gran dignidad de María? No podemos ciertamente pensar ni en el remedio que prometió Dios á Adán pecador, ni en nuestra adopcion divina habida en Jesucristo, ni en los asombrosos esfuerzos del Dios humano, sin ver en todos ellos á María como al personaje más illustre, como al sér necesario en todas estas obras, como la causa eficiente de la encarnacion en union del Espíritu Santo. ¿Cómo dejarían de ser coronadas aquellas grandes excelencias que adornaban á María? Aquella humildad con que agradó á los ojos del Padre; aquella virginidad con que extasió al Hijo; aquella resignacion con que aceptó la dignidad más sublime, como si fuera ella indigna de ser esclava de Dios, lo que le mereció ser Esposa del Espíritu Santo, ¿podían quedarse sin una corona en aquel mundo invisible, donde el divino Asuero hace ostentacion de sus riquezas y liberalidad? Vuelvo, pues, á mi primera proposicion, repitiendo que si los herejes hubiesen mirado á esta Virgen excelsa con ojos puros, no podrian ménos de confesar que es Madre de Dios; entónces hubieran confesado con el sabio y devoto Gerson, que para coronar á María era necesaria una jerarquía que mediase entre Dios y las criaturas; sí, María se halla fuera de la primera jerarquía, porque en ella no pueden estar sino las tres divinas personas; pero tambien está fuera de la jerarquía de los ángeles y Santos, porque todos juntos no pueden llegar á donde ha subido la Madre de Dios.

Ahí teneis, amados míos, convertida en Reina del mundo la que se apellidó esclava del Señor; no subió á tanta elevacion, sino por la humildad; no fué elegida para ser Madre, sino porque quiso ser esencialmente virgen; no dió su mano de Esposa al Espíritu Santo, sino por haberse sometido en todo á la voluntad divina. ¡Hasta cuándo, pues, desmentiremos con nuestras obras el títu-

lo que tenemos de hijos de María! ¡Hasta cuándo seremos como la llama, que, ansiosa de subir, se reduce á humo! ¡Hasta cuándo imitaremos á los vapores terrestres, que, subiendo á lo alto, ó caen con precipitacion en la tierra como caudalosos torrentes, ó compactados en las nubes, se convierten en granizo y en rayos! ¡Desgraciados orgullosos! ¡Desgraciados impúdicos! ¡Desgraciados incrédulos! Vosotros no podeis aspirar á ser coronados con María, porque no quereis imitar su humildad, su pureza y su sumision.

¡Oh Madre augusta, Emperatriz de los cielos y Reina de todos los ángeles! Yo me avergüenzo de ser tu hijo adoptivo, ni puedo comprender cómo una Madre tan excelsa tiene hijos tan viles é ingratos. ¡Ah! Desde el trono de gloria en que reinas, derrama una mirada benigna sobre el último de tus siervos, que desea amarte é imitar tus virtudes; consueta á la Iglesia afligida, que respondiendo á los ecos de la córte celestial, entona hoy himnos á tu triunfo; enviad vuestros consuelos tambien á estas Esposas de tu Hijo, para que en este valle de lágrimas se anime más y más su corazon en el amor de las virtudes, que son su ornamento en esta vida y sus riquezas en la otra. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

NECESIDAD DE HONRAR Á MARÍA SANTÍSIMA

PARA ADORAR Á DIOS.

Qui non est mecum, contra me est.

El que no está conmigo, contra mí está.

La Encarnacion del Verbo divino es el consorcio de Dios con la humanidad, consorcio que entraña la elevacion del hombre á un trato íntimo con una naturaleza de que se encontraba divorciado. Su resultado inmediato es la union real de la naturaleza divina á la humana, y la conjuncion moral de todo entendimiento racional á la misma razon eterna, para vivir con la vida de la gracia y estar unida á aquélla por un vínculo santo, procurando alcanzar el último resultado de esta union, que es la gloria de Dios y la felicidad del hombre. No cooperar al lleno de la voluntad soberana en la realizacion de este designio de misericordia, es desparramar las riquezas del cielo; no unirse á un Dios que descende al hombre lleno de amor y de ternura, concurriendo á sus pensamientos y cumpliendo en todo su voluntad, es constituirse enemigo suyo. *Qui non est mecum, contra me est.*

No há lugar en esta nocion de la razon humana con la divina la más mínima separacion, ni es posible la division de partes sin pretender la destruccion del todo, exi-

transeans. (Psal. cxi, 10.) Los desventurados mortales yacian heridos por los salteadores de los caminos, y revivieron por los cuidados del piadoso Samaritano; pero este mismo Samaritano defiende á su Madre para que no sucumba: *Singulariter*, etc.; fueron presa de las garras de la bestia infernal cuantos pasaron de la nada á la existencia. Jesus con su sangre despojó al fuerte armado, pero despedazó los dientes de la bestia para que no hiciesen la más mínima lesion á María: *Singulariter sum ego*, etc. Y qué: ¿no tenía Jesus la fuerza suficiente para consumir esta hazaña? En una empresa tan gloriosa para Él, ¿creemos que tuvo ménos cuidado de su Madre divina, que el que tuviera el fuerte Sanson de su propia madre terrena? Bajaba este jóven robusto de su país á otro extraño para desposarse con una jóven, amada de él apasionadamente desde el punto que la viera por primera vez; tras de él caminaba su madre, compañera de su viaje, cuando, al entrar en los límites de los filisteos, empieza á temblar el bosque con los espantosos rugidos de un leon, que, encarnizado y avezado con la sangre humana, se preparaba á manchar sus garras en dos víctimas. Nada temeroso por su propia vida, sólo piensa Sanson en proteger á su madre; jamás usó de sus fuerzas con más heroismo y gallardía; y adelantándose, mientras el mónstruo posesionado del camino abria sus horrendas fauces para tragarlo, se arroja intrépido sobre él, y tomándolo por las mandíbulas, forcejea con él, lo vence y lo despedaza, no de otro modo que si fuera un corderillo recién nacido. Siendo, pues, Sanson una de las figuras de Jesucristo, segun todos los Padres y Doctores, figuras de que está lleno el Viejo Testamento, y en las cuales Dios fué delineando la vida de su Hijo, ¿por qué no diremos nosotros que, así como la primera hazaña del fuerte Sanson fué librar á su madre de las uñas del fiero leon, lo fué tambien en Jesus el preservar á la suya?

Así es, amados mios; la primera empresa y la más gloriosa del Redentor fué ésta; conducido en alas de su amor hácia los hombres, bajaba desde el alto cielo para desposarse con la naturaleza humana, que amaba con amor infinito desde que la crió; por su bondad inefable quiso unirse para siempre con ella con lazos eternos é indisolubles, y al mismo tiempo que habia decretado su bajada del cielo, decretó tambien la existencia de su Madre, de la cual no quiso jamás separarse, aunque podia por sí solo obrar la redencion y reconciliacion humana. Deseoso de nueva presa, y de presa tan escogida, sale de su cueva el rugiente mónstruo, y se levanta el raptor violento de las gentes para apoderarse de la vírgen destinada á ser Madre de Dios. Lo diremos para gloria del Hijo y de la Madre: ésta, como hija de padres débiles, no tuviera alientos para resistir sola á las impetuosas garras del dragon infernal; pero le salió al encuentro su Hijo, y mientras iba á pasar su Madre, cuando Dios la iba á sacar de la nada para que empezase á existir, destrozando á la espantosa y horrenda bestia, la arrojó al abismo de donde saliera para que su Madre no tuviera ni áun el disgusto de ver su cadáver ensangrentado y destrozado. ¡Oh redencion bellissima, singular y especialmente cara á los ojos de María! Yo no creo que jamás su alma fuese inundada de mayores gozos que cuando pensaba que su pureza original era el fruto suave de la Cruz de su Hijo, y de la sangre que derramara en el Calvario.

Pero ¿qué hago yo, amados mios, en demostraros que María, en el primer instante de su concepcion inmaculada, fué singularmente amada sobre todos los hombres, cuando excedió en aquel punto mismo á todos los ángeles, por sublimes y encantadores que sean? Porque, dejando á un lado todos los dones con que sucesivamente la enriqueció Dios; dones que mi lengua no puede enumerar, sólo con presentaros el cuadro de lo que fué en el

momento que empezó á existir, los espíritus angélicos quedan muy atrás. La preservó de la culpa y del fómite de la concupiscencia; la concedió un dominio soberano sobre todos sus apetitos, y una inclinacion vivísima al bien obrar; encendió en Ella la luz de la razon y un conocimiento claro y despejado de todos sus actos; la adornó de gracia santificante y de todas las virtudes que la acompañan; ¿y no es esto una prueba la más convincente de que Dios amó á María en su concepcion, más que á los dos primeros hombres y más que á todos los ángeles? ¿Cuánto no se esmeraría en adornar á esta mujer, en cuyo obsequio habia presentado, por espacio de cuatro mil años, las figuras más expresivas en las Raqueles y Judithes, en las Déboras y Esteres, con otras que no nombro, por ser conocidas aún de las personas más vulgares? Desengañémonos, hermanos míos: es propio de la debilidad humana poner en gran expectativa las cosas pequeñas para que aparezcan grandes; pero Dios no obra así; Dios no hace grandes preparativos, sino para cosas que han de ser muy grandes; empleó cuarenta siglos en preparar los hombres á recibir al Mesías, porque haría cosas estupendas y superiores á la fuerza humana; empleó el mismo tiempo en representar su persona y sus virtudes, ya en los Patriarcas, ya en los Profetas, ya en los Reyes, ya en los sacerdotes santos, ya, por fin, en todos los primeros héroes del mundo antiguo, porque el Mesías sería aquel á quien, como dice el Apóstol amado, Dios no daría la gracia con peso y medida; á la par de este Mesías era figurada y prometida su Madre; el Hijo sería enemigo del demonio, y la Madre estrellaría su cabeza; así es que, prometida por tanto tiempo, expresada en tantos tipos, representada en tantas figuras, al ser criada su alma, al entrar á santificar el cuerpo que sería santuario de la divinidad, su naturaleza es aquella de la cual dice con razon San Ambrosio que fué hecha sin peso, sin nú-

mero y sin medida. Ved, pues, si en aquel momento fué superior á los ángeles; pues habiendo Dios dado á éstos la gracia por partes, á María la dió con toda la plenitud. ¿Y cómo no? ¡Qué hermosa, qué acabada no sería esta fábrica, este palacio animado del Rey del cielo, cuando la maternidad divina era como el regulador de todas sus perfecciones? ¿Cuántas no serian las gracias que saldrian de un Dios infinitamente rico de todos los dones, y el cual, por mucho que dé, siempre queda inexhausto? Sí, en aquel feliz primer instante fueron superiores á las de todos los hombres, lo fueron á las de todos los ángeles; fueron gracias extraordinarias, gracias casi infinitas, casi incomprensibles.

Y esta verdad nos la demuestran á cada paso las divinas Escrituras, sin que quede lugar á duda alguna; porque María es aquel monte cuyas raíces, según Isaiás (II, 2), empiezan en las vértices de las más gigantescas montañas; María es aquella ciudad cuyos cimientos están afirmados en los collados externos, según David. (Psalm. LXXXVI), y esta mística Sion es tan agradable á los ojos de la Divinidad, que, según se expresa el mismo Profeta-Rey, ama Dios su entrada más que lo interior de los tabernáculos de Jacob: *Diligit Dominus portas Sion, super omnia tabernacula Jacob*. Ya no me admiran los elogios que de esta Virgen hacen los Padres de la Iglesia: no me extraña oír decir á un San Pedro Damiano que cuando esta obra salió por primera vez de las manos del Supremo Artífice, no era inferior sino al que la crió (*Serm. de Annunt.*); á Bernardo y otros, que á todos los demás Santos la gracia les cayó gota á gota, pero á María vino toda de un golpe, como una lluvia instantánea ó como un caudaloso río que, saliendo de madre, inunda los campos, sin que parte alguna de los valles quede desocupada de las aguas; gracia singular, porque el alma de María fué amada de Dios desde el primer instante de

su concepcion con un amor de hijo, amor el más grande que puede imaginarse, porque el amor hácia una madre no tiene semejante ni en su intension ni en sus límites; gracia singular, porque las que se dan á los Santos son gracias dadas á hijos adoptivos, pero la que se dió á María fué como aquélla que, siendo Madre, se sentaria un dia junto al trono de su Hijo para estar como perdida entre los resplandores de su divinidad. ¡Oh Dios inmortal! ¡Cuántas y cuán abundantes no serian las gracias de que estuvieron llenos tantos Patriarcas santísimos que existieron ántes que María! ¡Cuán ricos y cargados hemos visto á otros que vivieron despues de Ella! ¡Un Discípulo amado del Salvador! ¡Un Pedro, columna y fundamento de la Iglesia! ¡Un Bautista precursor! ¡Un Francisco de Asís! ¡Un Javier! ¡Tantos portentos que asombran á los mismos incrédulos! ¡Tanto ejército de mártires! ¡Tanto número de vírgenes! Y, con todo, María es superior á todos y á cada uno; y desde su primer instante tenía Ella más santidad que todos los Santos juntos en su consumacion.

Desde entónces fué enriquecida, no sólo de la gracia santificante, sino de todas las demás, tanto teológicas como morales; todos los dones del Espíritu Santo se aposentaron en su alma; todos los hábitos que ordinariamente no se dan, sino que se adquieren con la repetición de los actos, le fueron infundidos; y en vista de esto, no nos admiremos que su concepcion sea comparada en la Escritura á la aurora: *Quasi aurora consurgens*. No sólo es María en su Concepcion como la aurora por ser Madre de Jesus, que es el sol de justicia, sino por haber tenido ella sola todas las virtudes de los Santos de uno y otro Testamento. Oídme aún por unos momentos. Todos sabemos que la aurora participa de dos límites: de los de la noche que pasa, y de los del dia que llega, recogiendo de uno y otro cuanto tienen de más precioso: de la noche, los sue-

ños más apacibles, los céfiros más suaves, los rocíos más fecundos; del dia, la parte más florida, los más vivos y deliciosos colores, el período más templado; al ser concebida María, pasaba la noche de la Ley escrita y empezaba á alborear el dia de la ley de gracia, recogiendo en sí cuanto habia habido de más precioso en la antigua, y cuanto habria de sobrehumano en la nueva: *Quasi aurora consurgens*; la esperanza de los Patriarcas y el celo de los Apóstoles; la fé de los Profetas y la ciencia de los Doctores; el valor de los capitanes y la constancia de los mártires; y, por fin, uniendo en sí dos cosas, que parecian opuestas, tuvo de un modo nuevo y milagroso la fecundidad de las mujeres israelitas y la pureza virginal de las doncellas cristianas.

Nadie lo dude, pues, amados míos: por mucha que sea la elevacion de María, por ser Madre de Dios; por grande y extraordinario que sea el amor que Dios la tuvo, no hubiera sido amor de hijo el dejarla caer en la culpa original. ¿Cómo hubiera tenido la gloria de destruir el pecado y vencer al demonio, naciendo de una madre que hubiera sido pecadora por un momento? ¿Cómo hubiera despedazado al dragon infernal, permitiendo que su Madre cayese en sus garras horrendas? Desterrado éste á los abismos, encadenado entre los fuegos eternos, le hubiera siempre quedado la gloria de que en su misma derrota habia tenido la habilidad de no quedar vencido, pues habia ensangrentado sus dientes en la Madre de Dios; y esta criatura, destinada á hollar y pulverizar la cabeza de la serpiente, ¿qué desconsolada no se vería al contemplar que la misma serpiente que tiene á sus plantas la habia dominado por algunos momentos, la habia vencido y encadenado? Siempre vencedora, ¿hubiera permitido su Hijo que alguna vez fuese vencida? Siempre hermosa como la luna, ¿habria empañado su tersa y blanca luz con las nubes del pecado? Siempre escogida como el sol,

¿habrían cubierto sus resplandores los vapores de la culpa? Siempre terrible como el ejército bien ordenado, ¿hubiera sucumbido á los tiros infernales? ¡Oh! No. Desde su primer momento María venció al demonio, porque en él la demostró su Hijo-Dios todo su amor y cariño: desde toda la eternidad Ella era la única paloma, la única perfecta y la única escogida, y nada de esto hubiera sido si no hubiese aparecido sin mancha desde el primer instante. ¡Oh instante feliz! ¡Instante privilegiado! ¡Instante tan amado de María! ¡Qué emociones tan dulces no siente mi corazón al recordarte! ¡Instante en que María, no sólo fué distinguida de todos los demás hombres, preservándola el cielo de que no cayese, sino también fué elevada sobre todos los ángeles por los hermosos atavíos de gracia y virtud con que la adornó Aquel que sería su Hijo, Aquel que un día estrecharía en sus brazos, y á cuyas plantas vendrían los mismos serafines á adorarle á Él y á adorar á su Madre!

Cantemos, pues, al Señor himnos suaves y jocundos, por el amor que demostró á su Madre al criarla más pura que los ángeles; los fundamentos de esta santa Sion no fueron echados sino entre las fiestas y regocijos de los habitantes de la tierra. *Fundatur exultatione univèrsa terra, mons Sion, civitas regis magni*: María es este monte Santo, María es esta ciudad donde viviría el gran Rey; los cielos y la tierra estaban demasiado manchados; la idolatría había llenado de horror todo el mundo conocido; había ofrecido sus inciensos, no sólo á las estatuas del demonio, sino á la milicia del cielo, al sol, á la luna, á los astros; todo estaba manchado, y de todas partes había pretendido la malicia humana arrojar á su Dios, hasta que se echaron los fundamentos de esta ciudad, á donde no pudo penetrar ni el pecado ni su sombra. *Civitas regis magni*: lugar santo de la habitación y morada del Eterno, elegido y santificado por Él, para que sus miradas y su

corazón residiesen en su centro para siempre. *Civitas regis magni*. Elevemos, pues, nuestro regocijo hasta lo más alto de los cielos, de donde María nos ve y nos oye, y donde se alegra con nosotros, con tal que nuestros corazones estén puros y nuestras almas libres de pecado.

¡Oh Virgen Inmaculada! Desde ese trono de gloria donde residís al lado de vuestro amado Hijo, y desde donde contempláis la alegría de vuestros hijos en este día glorioso, volved una tierna mirada sobre los que estamos bajo tu amparo; extended vuestra mano benéfica sobre estos vuestros hijos, que tienen tanta gloria en saber que su Madre puede sacarlos del pecado y conducirlos al cielo. Y así como nosotros tenemos el mayor empeño en solemnizar aquel instante en que vuestra alma inmaculada fué infundida en el velo más hermoso que jamás tuvo la gracia divina, así Vos ¡oh Madre nuestra! interesaos en protegernos en aquel instante en que nuestras almas han de abandonar su habitación terrestre, de la cual por vuestra intercesión salgan para ir al otro mundo tan puras y santas como Vos estuvisteis cuando entrásteis en éste. Así sea, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

lo que tenemos de hijos de María! ¡Hasta cuándo seremos como la llama, que, ansiosa de subir, se reduce á humo! ¡Hasta cuándo imitaremos á los vapores terrestres, que, subiendo á lo alto, ó caen con precipitacion en la tierra como caudalosos torrentes, ó compactados en las nubes, se convierten en granizo y en rayos! ¡Desgraciados orgullosos! ¡Desgraciados impúdicos! ¡Desgraciados incrédulos! Vosotros no podeis aspirar á ser coronados con María, porque no quereis imitar su humildad, su pureza y su sumision.

¡Oh Madre augusta, Emperatriz de los cielos y Reina de todos los ángeles! Yo me avergüenzo de ser tu hijo adoptivo, ni puedo comprender cómo una Madre tan excelsa tiene hijos tan viles é ingratos. ¡Ah! Desde el trono de gloria en que reinas, derrama una mirada benigna sobre el último de tus siervos, que desea amarte é imitar tus virtudes; consueta á la Iglesia afligida, que respondiendo á los ecos de la córte celestial, entona hoy himnos á tu triunfo; enviad vuestros consuelos tambien á estas Esposas de tu Hijo, para que en este valle de lágrimas se anime más y más su corazon en el amor de las virtudes, que son su ornamento en esta vida y sus riquezas en la otra. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

NECESIDAD DE HONRAR Á MARÍA SANTÍSIMA

PARA ADORAR Á DIOS.

Qui non est mecum, contra me est.

El que no está conmigo, contra mí está.

La Encarnacion del Verbo divino es el consorcio de Dios con la humanidad, consorcio que entraña la elevacion del hombre á un trato íntimo con una naturaleza de que se encontraba divorciado. Su resultado inmediato es la union real de la naturaleza divina á la humana, y la conjuncion moral de todo entendimiento racional á la misma razon eterna, para vivir con la vida de la gracia y estar unida á aquélla por un vínculo santo, procurando alcanzar el último resultado de esta union, que es la gloria de Dios y la felicidad del hombre. No cooperar al lleno de la voluntad soberana en la realizacion de este designio de misericordia, es desparramar las riquezas del cielo; no unirse á un Dios que descende al hombre lleno de amor y de ternura, concurriendo á sus pensamientos y cumpliendo en todo su voluntad, es constituirse enemigo suyo. *Qui non est mecum, contra me est.*

No há lugar en esta nocion de la razon humana con la divina la más mínima separacion, ni es posible la division de partes sin pretender la destruccion del todo, exi-

giendo Dios la reciprocidad omnímota, pues así como Él se da enteramente al hombre, quiere que éste se una todo á Él, consagrándole en las aras del amor su razon con todas sus potencias, su corazon con todos sus deseos, y su cuerpo con todos sus sentidos. Para estar unido con Dios es preciso que el hombre crea en todas sus palabras, observe todos sus preceptos, obedezca á todos sus mandatos, y, sometiendo su voluntad á la divina, no tenga la osadía de querer sembrar la division en el que por naturaleza es indivisible; y si no se une á Dios de esta manera, romperá la cadena de oro que liga al cielo con la tierra, y de amigo que debiera ser, se convertirá en enemigo de la Divinidad. *Qui non est mecum, contra me est.*

Y es tan admirable la armonía que liga entre sí á todas las obras de Dios, están tan eslabonados todos los misterios de su amor para con el hombre, que, ó es preciso acatarlos todos, ó si se duda de uno solo, se destruye toda la belleza de su conjunto celestial, incurriendo la razon humana en un horrendo anatema, pues de discípula se erige en maestra y reformadora de lo que ni comprende ni puede comprender. No hay, pues, disyuntiva en esta union; ó es preciso ser todo de Dios, creyendo con firmeza en la infalibilidad de su palabra y confesando toda verdad, que proceda de sus lábios, ó si se quiere entresacar una sola flor del precioso ramillete de las creencias que Él nos propone, somos unos sacrilegos, que profanamos la verdad eterna é inmutable, y levantamos un muro de hierro que constituye un campo enemigo suyo: *Qui non est mecum, contra me est.*

Con esta sencilla enunciaci3n de lo que lleva consigo el consorcio admirable que Jesucristo entabla por la encarnacion entre la naturaleza divina y la humana, se descubre cuál es el crimen de la herejía, cuando ha querido romper la cadena de los misterios de la fé. Ha pre-

tendido dividir la unidad de Dios; ha querido manchar con las toscas brochas de su razon el bellissimo pincel que delineó el cuadro de sus divinas maravillas; se ha enloquecido con arrebatada furia contra verdades que no comprendia, haciendo de las realidades abstracciones, y negando al Hijo de Dios la divinidad, y al Espiritu Santo los atributos de su esencia; ha dirigido tambien su torba mirada hácia el Dios humanado, y lo ha querido poner en divorcio con su Madre, haciéndolo á Él justo y á su Madre pecadora; á Él puro y á su Madre manchada; dando á Él honor y á ella deshonra, y pretendiendo doblar su rodilla ante el Hijo, mirando con desden y menosprecio á la Madre. ¿Será posible que sea amigo de Dios quien divide su esencia, quien no reconoce la Divinidad en sus personas, quien adore al Hijo y no venere á la Madre? No, porque hiere el corazon divino, rompe su unidad, desgarrá el tejido de sus glorias, y ultraja su santidad. *Qui non est, etc.*

Católicos: al tomar en mis lábios las palabras con que Jesucristo anatematizaba á unos sabios que veian sus obras, que eran divinas á todas luces, sin querer confesar la divinidad del que las hacía, no puedo ménos de pronunciar un anatema de execraci3n contra la orgullosa razon de los herejes, que pretenden estar unidos con Jesucristo cuando se han divorciado de lo que Él ama más, de lo que es el objeto de todas sus complacencias, de su Madre María. La predestinacion de la humanidad del Verbo Divino y la de su Madre son tan correlativas, que no puede cumplirse la primera sin que primero sea María criada sin mancilla, sin que sea Virgen incorrupta en los tres períodos que preceden, acompañan y siguen á la maternidad; sus destinos temporales están tan unidos, que formando Dios y María dos individuos de la naturaleza humana, y siendo su Hijo la persona divina que toma nuestra carne y Ella una pura criatura, no tienen

sino un solo pensamiento, una sola idea, una sola intención; la de dar gloria al nombre de Dios y redimir al mundo. Sin embargo, después de haber alcanzado el Hijo y la Madre victoria sobre el demonio, el pecado y la muerte; después de haber entrado ambos en el reino eterno, la ciencia ampulosa de la herejía ha pretendido separar en el cielo las almas que siempre estuvieron unidas en la tierra, dando todo honor al Hijo y ninguno á la Madre, haciendo de Ella una mujer sin méritos que premiar, sin valimiento en la corte del cielo, sin intervención en los destinos de la Religión en este mundo, sin imperio ni mando sobre los espíritus malos, sin amor ni compasión para con los hombres.

Fuera bien estéril, por cierto, la maternidad de María, si las cosas subsistiesen en el estado en que las forja la razón delirante del incrédulo; fecunda infinitamente por haber engendrado á todo un Dios, sólo hubiera sido un ser autómatá, que maniobraba sin conocimiento de sus operaciones y de sus resultados, y sin merecer la más insignificante recompensa. ¡Oh qué horribles son las consecuencias del error! ¡En qué abismo de tinieblas sumen al entendimiento que lo abriga!

Jesucristo, por su vida y muerte, ha merecido la redención del mundo y la exaltación de su nombre; ante este nombre se humilla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos; á Él se ofrece un sacrificio perpetuo de alabanza y bendición; Él es adorado como Dios, como Redentor, Salvador y Reparador del mundo. ¿Podrá ser adorado el Hijo sin ser venerada la Madre? ¿Podrá confesarse la divinidad del Hijo sin creer en las excelencias de la Madre? Hé aquí lo que pretendiera la ciencia carnal, gloriándose vanamente de estar unida moralmente á Dios, á quien deshonra en su impiedad. No está con Jesucristo quien no honra á María. *Qui non est mecum*, etc. Voy, pues, á tratar esta materia tan vital para la Religión y

para sus hijos, demostrando que es enemigo de Dios quien no cree en las excelencias de María, pues le niega la mayor gloria que tiene la Divinidad, que consiste en haber tenido en el tiempo una Madre. Confesemos ántes públicamente nuestra dulce creencia, dirigiendo á la que es Madre de Dios y nuestra, la humilde plegaria con que la invocamos, diciéndola con el ángel: *Dios te salve, llena de gracia*, etc.

La dignidad de Madre de Dios no es ménos incomprendible por su esencia, cuanto por lo que de ella resulta á quien la posee. La unión natural que liga á la Madre con el Hijo, pone á ésta en relación inmediata con cuanto es pertenencia de Aquél por naturaleza. Así en la humanidad las alianzas más sagradas de familia están basadas en la procedencia de unos seres de otros, entrando á la parte de estas relaciones indisolubles el padre, la hija y el esposo, dando el primero por el derecho innato á la paternidad cuanto tiene á dos seres que, perteneciéndole por naturaleza uno, y otro por amor, van á constituir moralmente un solo individuo, *erunt duo in carne una*, pero ligados ambos al progenitor, cuyo nombre llevarán, cuya sangre circulará en el nuevo vástago que engendren, y de cuyas riquezas serán herederos.

Padre, hijo y esposo, son las tres voces eléctricas que llevan el fuego del amor á cuantos corazones hay en la tierra, porque en ellas se explican los derechos de los hombres á participar de los mismos bienes, á heredar la misma nobleza y á formar una misma familia. Las consecuencias de estas alianzas son indeclinables, por estar radicadas en la esencia de la misma naturaleza; podrá existir una desigualdad social entre el hijo del príncipe y la esposa que elija para sí; quizás el pañal burdo y la

choza desmantelada habrán recogido los primeros vagidos de la que va á reclinarse en tálamo coronado; mas desde que el heredero del trono llame cabe sí á la virgen del campo y la reciba por esposa, el manto de púrpura embellece sus hombros, la diadema ennoblece sus sienes, el cetro esmalta sus manos, y la nueva dignidad da la suprema grandeza á su antigua pequeñez, un mismo lecho les da reposo, un mismo trono dará asiento á la madre y al hijo destinado á reinar; la hija del zagal es hija del rey, la humilde campesina hereda la sangre real, y adquiere su nobleza, dignidad y prerogativas.

Esta union de relacion recíproca y de intereses mútuos; esta solidaridad que estrecha en un solo punto de amor comun al padre, al hijo y al esposo en el seno de la humanidad, ¿podrá existir entre Dios y la naturaleza humana? Eterno Él, temporal ésta; Él necesario, contingente ésta; Rey Él inmortal é invisible, rico en su inmensidad, poderoso en su omnipotencia, ¿podremos nosotros llamarnos sus hijos, cuando sabemos que somos criaturas suyas, transitorias, mortales, indigentes, ignorantes, toscas y defectibles? ¡Oh dignacion del Sér infinito! Preciso es decir que sí; Dios es nuestro Padre. *Pater noster, qui es in caelis.* (Mathæi., cap. vi, 9.) Su Hijo es nuestro hermano. *Qui enim sanctificat et qui sanctificantur ex uno omnes.* (Hebreor., cap. ii, 11.) Su espíritu divino es el esposo de nuestras almas. *Et sponsabo te mihi in Sempiternum.* (Oseas, cap. ii, 19.) Desde que el Verbo Divino bajó al mundo, nos dió facultad y poder para hacernos hijos de Dios. *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (Joann., cap. i, 12.) Él nos santifica en su sangre, y no se avergüenza de llamarnos hermanos suyos, procedentes todos de una misma raíz, que es su Padre divino. *Non confunditur fratres eos vocare dicens narrabo nomen tuum fratribus meis.* (Hebreor., cap. ii, 11 y 12.) Somos hijos de Dios, y heredamos su gloria; somos hermanos de su Hijo, y

heredamos sus promesas; somos esposos de su espíritu, y nos da su mismo amor, nos adorna con sus dones, y nos une á Él en vínculo de amor eterno. *In charitate perpetua dilexi te; ideo attraxi te.* (Jerem., cap. xxxi, 3.) ¡Oh dignacion del Sér infinito!

Todo esto se cumple en nosotros mediante la gracia divina; pero nuestras relaciones con Dios no pasan de ahí; se nos comunica su naturaleza de una manera admirable en el orden de la caridad: *Divinae consortes natura.* (II Petri, cap. i, 4.) El Padre, irritado por nuestra culpa, se aplaca con los méritos de su Hijo humanado, y nos predestina en Él á una gloria que nos corona, y á una gracia que, borrando nuestros pecados, nos santifica y fortalece para no caer de nuevo en su indignacion; y hé aquí la alianza eterna entre Dios y el mundo, concluida por Jesucristo para todas las generaciones, por la oblacion de su vida consumada una vez en la plenitud de los tiempos. *Una enim oblacione consummavit in æternum sanctificatos.* (Hebreor., cap. x, 14.) Somos hijos de Dios por la gracia, lo somos por la adopcion que nos mereció su propio Hijo; mas esto quiere decir que ántes fuéramos hijos de ira, como dice el divino Pablo, hijos de pena, hijos del infierno, al cual indeclinablemente nos precipitáramos por la culpa, y ahora somos hijos de misericordia, hijos de amor, amados en el propio Hijo. *Eramus natura filii iræ.* (Ephesior., cap. ii, 3.)

Perfectísima como es esta filiacion del hombre en el Hijo de Dios, no entraña necesaria é inevitablemente la participacion plena de cuanto Dios nos promete, por depender esta plenitud de adquisicion, no sólo de la misericordia divina, sino tambien de la cooperacion humana. Dios, que nos llama á todos en las entrañas de su amor, no corona sino al que corresponde á su vocacion y persevera hasta el fin; el hombre no podrá esperar racionalmente ser para siempre hijo de Dios y entrar

en la posesion de su reino, si despues de haber sido iluminado por su gracia la desprecia; si despues de haber sido vestido con la estola de la inocencia la mancha con nuevos crímenes y no hace penitencia por ellos. Una gracia que nos excita y obra en nosotros sin nosotros; una gracia que obra con nuestra cooperacion; una gracia que nos santifica y nos hace gratos á Dios, sus hijos y herederos de su reino, debiendo nosotros estar penetrados de un temor santo para no perderla por el pecado: hé aquí el gran sistema del amor divino, y la manifestacion de la misericordia del Padre que nos llama, del Hijo que nos ayuda y redime, y del Espíritu Santo que nos santifica, convirtiéndonos en habitacion suya, infundiéndonos la caridad. *Charitas Dei diffusa in cordibus... per inhabitatem spiritum*, etc. (Romanos, cap. v, 5.)

María tambien pertenece á esta filiacion, como que es un individuo de la naturaleza humana; pero es en Ella más excelente, por haber ostentado Dios con Ella la fuerza de su brazo áun ántes de haberse consumado en Ella el gran misterio de la Encarnacion. María es prevenida con la misma redencion que nos libra á nosotros del pecado; María no existe sin ser pura y santa, y desde su primer momento de vida, el Padre Eterno la consagra por Hija suya, diciendo á su alma, mejor que Asuero á Ester, que la ley de la culpa era para todos menos para Ella: *Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.* (Ester, cap. xv, 13.) El Hijo la antecede con una redencion copiosa, que la exima ni áun de ver las ensangrentadas zarpas de la bestia devoradora; mucho mejor que Sanson preservó á la suya de que oyese el rugido del leon que saliera al camino, cuando madre é hijo bajaban á efectuar el desposorio con la filisteo (*Judicum*, cap. xiv, 5.); el Espíritu Santo la cubre toda entera con el argentino candor de sus alas, y la llama su Esposa, su paloma, su única querida, porque su amiga

es como la azucena entre las espinas. (*Canticor.*, cap. ii, 2.) María no necesita para su santificacion de aquella gracia que nos previene á nosotros, pecadores, porque habita en ella como en su sagrario el Espíritu Santo desde que existe, y la confirma en su gracia, y la da el don de la impecabilidad; María, en una palabra, obtiene la mejor parte, que jamás se le quitará.

Dios, es verdad, engalana á María con estas dotes que la decoran, en virtud de la eleccion que ha hecho de Ella desde la eternidad para que sea Madre suya en el tiempo. Pero entendamos que estas relaciones de gracia que hay entre Dios y María, comunes á todas las almas justas, aunque singulares, únicas y extraordinarias en Ella, no son las que exclusivamente forman los vínculos de union entre el Criador y esta nobilísima criatura. Todos los hombres están predestinados en Jesucristo á ser partícipes de la Divinidad por la gracia de la redencion, librándonos á todos de la culpa, y preservando á su Madre de no caer en ella; pero María entra en la comunicacion íntima é inmediata, no sólo de la gracia, sino de la misma naturaleza divina, y se forman entre Dios y Ella las mismas relaciones naturales, é intrasferibles, é indivisibles, que vemos entre el Padre, la Hija y el Esposo, habiendo tan sólo la diferencia infinita entre éstas y aquella, por ser las primeras entre seres defectibles y limitados, y la segunda entre el mismo Dios y una criatura en quien se digna depositar todo su amor y munificencia.

Entre tanto, estos efectos tienen respectivamente su debido cumplimiento desde que el Verbo divino se hace hombre en las entrañas de María; porque realmente es Hija del Eterno Padre, Madre del Eterno Hijo, y Esposa del Espíritu Santo. Por sólo el acto de la generacion del Verbo eterno en el seno de María, al cual concurren las tres personas divinas, se hace donacion á esta criatura de

cuanto cada una de ellas tiene, como Dios y como persona, que sea compatible con la naturaleza de María, que, sin dejar de ser criatura, empieza á poseer como cosa propia lo que esencialmente pertenece á su Hijo. La sabiduría de Dios, el poder del Padre, la virtud del Hijo, el amor inefable del Espíritu Santo, la providencia con que gobierna al mundo, la justicia con que pesa el valor de las acciones humanas, el amor con que santifica á los hombres, atributos naturales de Dios, eternos, infinitos é inmensurables, vienen á constituir la dote que enriquece en la debida proporcion á la que entre todas las mujeres es Hija del Padre, porque engendra á su Hijo, á la que entre todas las madres sola concibe, engendra, y da á luz y alimenta á Dios; á la que sola con un prodigio nuevo é irreiterable entra en los fueros de la maternidad sin cooperacion de otra criatura, y por la exclusiva é inmediata operacion del Espíritu Santo.

El conocimiento de estas verdades demanda una meditacion profunda; mejor dicho, exige una pureza de corazon que eleve el alma á la region donde no impere el sentido, sino el deseo de amar á Dios. ¡Ay! ¡Quisiera yo ser tan puro como los ángeles, para comprenderlas y explicarlas! ¡Plugiuese al cielo que todos los que han de oír ó registrar esta doctrina no sembrasen en sí las obras de la carne, para que allegasen el fruto del espíritu. Quanto he dicho pertenece al patrimonio y á los intereses de Dios; porque en toda alianza de familia, además de las riquezas, que deben entrar como parte secundaria, hay el interés de la union del hijo y de la esposa con el lazo de amor, para estar vinculados al padre que los une, y á los nuevos hijos que aumenten su descendencia. Se preguntará quizás cuáles sean los intereses del Padre celestial, que es felicísimo en la generacion eterna de su Hijo; cuál podrá ser el patrimonio de este único Hijo, que posee esencialmente cuánto tiene su Padre: la respuesta está

impresa en todas las obras de Dios, y nosotros la llevamos grabada dentro de nuestros corazones. Interesa á Dios la gloria de su nombre, gloria que no puede trasferir á nadie. *Et gloriam meam alteri non dabo.* (Isaiæ, capítulo XLII, 8.) Y esta gloria, no sólo está cifrada en engendrar en los resplandores eternos á su Unigénito, sino tambien en que todas las criaturas cumplan sus mandatos y lleguen al objeto para que han salido de sus manos.

El Eterno Padre enriquece á su Hijo con cuantos atributos son propios de su esencia; pero además le ha dado un patrimonio en la creacion de los seres visibles é invisibles, y tambien pertenece á su gloria que este patrimonio se conserve íntegro, y sea gobernado por el Hijo como propiedad suya. Este patrimonio somos nosotros, y, por una sucesion de dominio, no hay un solo hombre que no toque al Trono de Dios. Vosotros sois de Cristo, decia el divino Pablo, y Cristo es de Dios. *Vos autem estis Christi, Christus autem Dei.* (I ad Corinth., cap. III, 23.) ¿Quién dudará de esto? Eternamente está hablando el Padre con su Hijo, y le dice estas palabras: «Tú eres mi Hijo; yo te engendro hoy; pídemme, y te daré las gentes por herencia, y tu posesion serán los confines de la tierra; dispondrás de ellas, y las regirás y las desmenuzarás como un vaso de arcilla.» (Psalm. II, 8 y 9.) No creemos que la gloria de Dios se aminoraria porque el ángel malo se rebelara contra Dios y el hombre quisiera vivir en este mundo, sin ley; dióles Dios el libre albedrío, del cual abusaron; pero si no dan gloria á su bienhechor en este mundo, algun dia vendrá en que brillará su justicia, quedando esta tan gloriosa como su misericordia. *Universa propter semetipsum operatus est Dominus impium quoque ad diem malum.* (Proverbior., cap. XVI, 4.)

Pues bien; inficionado este patrimonio por la culpa, el Padre manda al Hijo para que lo restaure y redima, y al Espíritu Santo para que lo santifique; pero no puede

Aquél descender del cielo sin que tenga una Madre, ni ésta puede engendrarlo si primero no lo concibe por obra del mismo Espíritu que ha de santificar á los hombres. Es claro que el Hijo va á adquirir una herencia que se perderia sin su redencion; más esta herencia es tambien la herencia de la Madre. Las riquezas que adquiriera el Hijo de Dios por derecho de sucesion, han de ser todas de su Madre; porque hecho hombre, y naciendo de una mujer, cuanto haga en su vida mortal lo debe como Hijo á la Madre que le ha dado esta vida. Y en efecto; pocos momentos ántes de espirar este Hijo, lo declara en presencia de su Padre y de toda la humanidad. Ha conquistado un mundo, ha hecho hermanos suyos á todos los hombres, los ha convertido de hijos de odio y de venganza, en hijos de amor y de gloria, y de todos hace donacion á su Madre. *Mulier ecce filius tuus; ecce mater tua.* (Joann., cap. XIX, 26.)

Bien palpable y evidente es esta union de mútua gloria y de interés común que liga á María con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, union de familia, union inefable, en la cual la criatura es sublimada á un punto que ni ella misma puede comprender. La gloria del Padre consiste en que todos conozcan su nombre y lo santifiquen. ¿No la procurará María con todas sus fuerzas? La gloria del Hijo estriba en vencer al enemigo que tenia cautivo al hombre y en cumplir el mandato que ha recibido de su Padre, de rescatar al mundo. ¿No ha de ayudarle su Madre en empresa en que va el honor del Hijo? La gloria del Espíritu Santo es la santificacion de los hombres por medio de su gracia, para que, dejando las obras de la carne y la corrupcion de la concupiscencia, sean todos templo y habitacion suya. ¿No ha de trabajar María en union de su Esposo para que lleguen á su colmo los deseos eternos con que anhela por la salvacion de las almas, y porque cada una sea una esposa suya? ¡Ah! Preguntemos á la

hija que se reclina amorosamente en el seno del que la dió el sér natural, cuál es el pensamiento más íntimo de su alma; interroguemos á la madre que amamanta á su hijo único cuáles son sus miras ulteriores; examinemos las ideas que abriga en su pecho la esposa fiel: aquélla nos dirá que honra á su progenitor, y dará la vida porque todos le rindan el mismo honor; que en sus venas circula la misma sangre que en las de aquél; que respira con su aliento, que vive con su vida, y que ni la muerte ni el sepulcro pondrán límite á su amor, ni cortarán la dulce cadena que une á dos corazones. Ésta responderá que su hijo es su tesoro inestimable, su esperanza y su gloria; que quisiera verlo robusto y hermoso; que desearia verlo ceñir una corona; que toda su vida la emplearia en engrandecer á su hijo, y que en él vive su corazón. Y esotra mostrará con los efectos, que ella y su esposo no son sino una misma alma, una sola aspiracion, un solo pensamiento, cifrado todo en amarse, en educar sus hijos, en perpetuar su nombre y en trabajar de consuno en aumentar su patrimonio.

Estos resultados da la relacion natural de hija, de madre y de esposa entre séres sujetos á mutabilidad, y á pesar de esta defectibilidad, son tan estupendos algunas veces, que causan los mayores rasgos de heroismo que embellecen la historia de la humanidad. Raciocinemos, pues: Dios por su naturaleza es inmutable; María, más pura en su Concepcion que los serafines, elevada á la gracia de la impecabilidad, constituida Madre del mismo Hijo de Dios, fecundada por virtud del Espíritu Santo, ¿con qué amor no estará unida al Padre de su Hijo? ¿Con qué cariño no mirará á éste? ¿Con qué fidelidad no cuidará de los intereses de su Esposo? María es el único sér creado que vive unido á Dios con vínculos naturales de maternidad, de filiacion y de desposorio; es llamada cabe sí por Dios, como dice San Ildefonso; es tomada

por Madre, es consagrada para Hija, es destinada para Esposa. *Advocata a Deo, assumpta a Deo, adhærem Deo; proxima Deo, conjuncta Deo.* (S. Ildephonsus: lib. *De virginitas B. M. V.*) La consecuencia de estas relaciones se desprende naturalmente; lo que vemos que pasa entre los individuos de una santa familia; nos conduce á rastrear lo que acaece entre María y las tres Personas divinas, que la subliman á la inconcebible dignidad de ser su Hija, su Madre y su Esposa, no siendo esto en María una simple denominacion, sino una atribucion real, que resulta de que el Padre le da á su propio Hijo para que lo conciba y engendre; de que el mismo Hijo de Dios es Hijo de María, y de que el Espíritu Santo forma de la sangre de María el cuerpo al que se unirá con el alma sacada de la nada toda la Divinidad.

¡Ah! Yo me humillo con profundo acatamiento ante la infinita grandeza de Dios, confesando que la razon humana no comprende estos misterios; pero no puedo ménos de adorar al Señor y bendecirlo por sus obras. Si las comprendiésemos, ya no serian misterios; si comprendiésemos todo lo que entraña en María la maternidad divina, así como el modo inefable con que entra esta criatura á ser parte activa en la obra más grande que ha dado á luz la omnipotencia del Criador, no seríamos ya lo que somos; porque sólo Dios se comprende á sí mismo; sólo la divinidad puede explicar perfectamente sus operaciones, y al hombre miserable no le pertenece escudriñarlas temerariamente, sino creerlas y adorar en ellas al Eterno.

Pero registremos escrupulosamente la vida de María, y se nos aparecerá un horizonte luminoso, en que veremos cómo Ella toma una parte activa en todas las obras de la Divinidad. Cumple á la gloria del Padre celestial que su Hijo lleve á cabo las promesas que ha hecho á Adán, á Abraham y á David; para consumir este portento, el Rey de los siglos manda una embajada solemne

á la Virgen de Nazareth, en la cual se le manifiestan con toda lucidez las prerogativas que han de estar anejas al Hijo de Dios que descienda del cielo; su nombre es la expresion de su oficio; ha de ser grande, é hijo del Altísimo. Éste le dará el trono de David, su padre, y su sólo y reino no tendrán fin... Habia este mismo Dios prometido que, como signo de su amor (*Isai.*, cap. vii, 14) hácia los hombres, y cuando llegase el momento de desarrollar toda su gloria y poder, una Virgen, quedando virgen, concebiria y pariria un hijo, cuyo nombre sería *Emmanuel*, «Dios con nosotros.» El nuncio soberano despues, al explicar á María estos arcanos, la declara que Ella es la escogida por Dios para ser la Madre de este personaje; que es el Padre quien lo envia, y el Espíritu Santo quien la cubrirá con su virtud; y no bien ha concluido el parainfo de manifestar cuanto atañe á la gloria de Dios, María toma parte activa en el cumplimiento de esta gloria, pronunciando aquel sí que tenía suspensos á los habitantes del cielo, y que, apénas salido de los purísimos labios, enamoró al Espíritu Santo, produjo un éxtasis en los serafines, y dió una nueva armonía al eterno trisagio con cuyos ecos retiemblan los polos del mundo y retumba sin cesar el pavimento estrellado de la celestial Jerusalem. *Fiat mihi secundum verbum tuum.* Cumple á la gloria del Padre que su Hijo muera en una cruz para salvar al mundo y arrojar de él al príncipe de las tinieblas, y María no quiere que su Hijo muera sólo, pues Ella lo acompaña en sus tormentos, Ella lo consuela, y, si lo necesitára, Ella lo animaria; pues así, venciendo al Rey de las tinieblas, ha de ganar, mejor que Eleazar, un nombre sobre todo nombre. *Dedit se ut liberaret populum suum, et acquireret sibi nomen aeternum* (*I Machabeos*, cap. vi, 44.); así ha de glorificar á su Padre, así ha de manifestar á los hombres su gloria. *Fiat mihi secundum verbum tuum.*

No toma María menor parte en las grandezas de su Hijo y en los intereses de su Esposo divino. Viene Aquél á santificar á los hombres, y no hace aún más que unos momentos que lo tiene en su seno, cuando deja su retiro con premura, atraviesa montañas, y pasa á casa de Isabel á alegrarla con su presencia, á repartirla el don de la profecía, al mismo tiempo que el Hijo que tenía en sus entrañas santificaba al que Aquélla tenía en las suyas, consagrándolo para que fuese su precursor y el testigo fiel de la verdad. Cumple á su gloria repartir gracias y favores á los afligidos, y tan pronto como se deja ver entre los hombres como maestro, María le insinúa que ha llegado el momento de ejercer su mision de bondad y munificencia. «¡ Cosa singular! dice San Juan Crisóstomo, que el primer milagro que hace Jesucristo es para honrar á su Madre, que se lo ha suplicado; ve Ésta, en efecto, que los esposos de Caná de Galilea no tienen vino para los convidados, y al momento se lo manifiesta al Dador de todo bien. ¿De dónde podrá Jesus remediar esta necesidad? No posee un óbolo, ni un palmo de terreno; no tiene prédios ni riqueza; pero María sabe que su Hijo es el que sacó el mundo de la nada, el que hizo que brotasen aceite los riscos, el que convirtió las aguas amargas en suaves y dulcísimas, el que ostentó su gloria y poder en el maná del desierto, y quiere que ahora empiece á mostrar á los hombres que viene á darles todos los bienes. Habla la Madre al Hijo pidiendo favor; habla á los interesados, inculcándoles la confianza, la fé y la obediencia á cuanto su Hijo les mande. *Quodcumque dixerit vobis facite.* (Joann., cap. II, 5.) Y esto basta para que el agua se vuelva vino, asombrándose cuantos son testigos del prodigio, y reconociendo en el personaje sentado á la mesa al enviado celestial, al Hijo de Dios, que venía á vindicar su gloria. *Et manifestavit gloriam suam.* (Ibid., capítulo II, 11.)

Hé aquí una Hija únicamente ocupada en la gloria de su Padre, y una Madre que se afana cuidadosamente en que su Hijo sea ensalzado. ¿Con cuánto anhelo debia buscar tambien la de su Esposo, supuesto que existe mancomunidad de intereses? ¡Ah, católicos! Lo que hizo María con los Apóstoles despues que su Hijo subió á los cielos, no está escrito; pero la tradicion nos lo enseña. María fué la maestra de todos; Ella los consolaba en las persecuciones; Ella les mostraba el camino en las dificultades; Ella les exhortaba en la empresa de la propagacion del Evangelio; Ella les hace la descripcion de los acontecimientos que han tenido lugar desde el momento de la embajada del ángel hasta el día en que su Hijo subió triunfante á los cielos; por Ella saben los misterios más ocultos, las acciones más íntimas de la vida del Salvador. «Instruida, dice San Bernardo (*Homil.* 4.^a, *super Misus est*), ya por el ángel, ya por Jesucristo, en los misterios divinos, retenia mejor que nadie el orden y el tiempo de las cosas evangélicas, para manifestarlas despues á los escritores y predicadores de la verdad.» No importa que el Espíritu Santo descienda sobre los Apóstoles el día de Pentecostés; porque, dice San Anselmo, aunque fueran enseñados en toda verdad, María entendia la profundidad de los misterios mucho más eminentemente, y sabía con más claridad cuanto el mismo Espíritu Santo, su divino Esposo, la habia inspirado. (*Lib. De Excellenti Virgin.*, cap. VII.)

¿Quién, dice Eusebio Emiseno, dudará de los Evangelios? ¿Quién se atreverá á contradecirles, cuando la Madre los ha dictado, despues de haber meditado largamente todos los hechos del Hijo? (*Serm.* 2 *De Nativitat. Domini.*) ¿Quién, diré yo con el abad Ruperto, comprendió y ejecutó mejor los designios de su Esposo celestial? Hay tiempo de callar, dice Salomon, y tiempo de hablar; mientras convino que el Hijo del hombre apareciese me-

nor que los ángeles, fué el tiempo en que María, como vergel cerrado, guardó silencio, porque conducía á la obra de la redencion guardar secreto el sacramento de piedad del Rey eterno. Pero tan luégo como fué coronado de gloria resucitando y subiendo á los cielos, vino el tiempo de hablar, manifestando estos secretos á los Apóstoles, que hasta entónces no podían soportar un volúmen de tanta grandeza. (*Rupertus Abbas in caput 2, Matthei.*)

Agreguemos á esta cooperacion de María á llevar á cabo la redencion de los hombres, que es la obra más gloriosa de la Divinidad, lo que entraña el haber encerrado en su seno nueve meses al Verbo divino. Por esta accion, María no sólo queda santificada de una manera especial, por estar en contacto íntimo con Ella toda la Divinidad, sino que se convierte en templo vivo, en relicario sagrado, donde moran las tres Personas divinas: donde está el Hijo están también el Padre y el Espíritu Santo; pues así como es indivisible la naturaleza, son inseparables las Personas, estando el Hijo en el Padre, y el Espíritu Santo en el Hijo y en el Padre.

De tan sublimes antecedentes necesariamente hemos de trasladarnos á un horizonte en cuya exploracion hemos de caminar con la antorcha de la fé en nuestras manos. Subamos de la tierra al cielo; las humillaciones de Dios humanado son el precedente del nombre eterno que adquiere y el imperio que conquista sobre el príncipe de las tinieblas que ha destronado, y sobre cuantos se afilien en su negro estandarte; y además, sobre todos los pueblos y naciones del mundo, sean éstos rebeldes á su ley, ó sean hijos de la Iglesia que funda y establece con su sangre, pues Él es la cabeza y el fundamento, fuera del cual no puede haber otro, como dice el divino Pablo: *Fundamentum enim aliud nemo potest ponere propter id quod positum est quod est Christus Jesus.* (I ad Co-

rint., cap. III, 11.) Jesucristo, desde el momento en que resucita hollando la muerte, vive eternamente, y no vive sino para reinar; reina sobre los ángeles, porque son sus ministros; reina sobre el infierno, porque es su trofeo; reina sobre los hombres, porque son sus rescatados; reina sobre los entendimientos, porque los ilustra con su doctrina; reina sobre los corazones, porque los mueve con su gracia; reina sobre los hombres malos, porque elude sus maquinaciones perversas; y reina sobre la sociedad santa de su Iglesia, porque la dirige con su sabiduría, la sostiene con su fuerza, y la alimenta con su amor; y reina, por fin, sobre toda criatura racional, porque la ha de premiar ó castigar como Juez.

Y ¡qué! ¿Acaso Jesucristo reina solo en los cielos? ¿No hay otros que son también príncipes y reyes en la patria celestial? ¿No había dicho Dios (I Reg., cap. II, 30) que el que le diese gloria á Él sería glorificado, así como serían despreciables los que lo desprecien? ¿Los Santos que viven con Cristo no dan gracias incesantes á Dios porque los ha hecho reyes y sacerdotes, y reinarán sobre la tierra? (*Apocalip.*, cap. V, 10.) Y, en efecto, dice San Anselmo (S. Anselm., Epist. II ad Hugon.), «el amor sembrará tanta armonía entre Dios y los Santos, que éstos no querrán sino lo que quiera Dios; y aunque se amen todos recíprocamente, amarán mucho más á Dios. Por lo que no sucederá á nadie sino lo que Él quiera, y lo que quiera de sí mismo lo querrá de todas las cosas, y aún del mismo Dios; y resultará de aquí que todos serán reyes completos, porque lo que quiera uno lo querrán todos, y acaecerá; y Dios y los Santos serán como un solo Rey y como un solo hombre.»

Siendo, pues, esta gloria comun á todos los escogidos; siendo la caridad y amor que tuvieron á Dios en la tierra la medida del premio en los cielos, ¡qué imperio no tendrán los confesores! ¡Qué participacion en él será la de

las vírgenes! ¡Cuál la de los mártires! ¡Cuál la de los Apóstoles! ¡Qué corona no ceñirá á los Patriarcas y Profetas! ¡Qué cetro de honor y de imperio no tendrá...! ¡Ah! Señores: la gradacion se ha concluido, porque falta hablar de una criatura, que es más que todos los Santos, y excede en dignidad y virtud á todos los ángeles. Parecía natural que despues de recorrer las jerarquías de los escogidos, pasásemos á los espíritus soberanos, como que ellos son por su naturaleza las lámparas que arden ante el Trono de Dios (*Apocalip.*, cap. iv, 5), la carroza donde camina el Omnipotente (*Ezequiel*, 1), y el escabel donde sus piés descansan. Pero al apreciar la proximidad de las criaturas al Criador; al examinar la unión íntima que cada una tiene con Él; al valorar la gloria que á cada cual cabe en el cielo, es preciso interrumpir, no sólo el órden de la gracia, sino el de la naturaleza; porque María, aunque en el sér natural es hija del hombre, y por consiguiente menor que los espíritus soberanos, adquiere una perfeccion tan nueva y sublime por haber concebido y engendrado á Dios, que los más encumbrados querubines, á su lado son una sombra; los serafines, un hielo; las potestades, flaquezas; los tronos, debilidad, y los ángeles, todos siervos. Sí; María en el cielo es lo que no pueden ser los ángeles, y lo que no puede ser ninguna criatura; es lo mismo que fué en la tierra: Hija de Dios, Madre de Dios, Esposa de Dios.

Sus destinos en la tierra fueron uniformes con los del Hijo de Dios: padecer con Él, trabajar con Él para la salvacion del hombre; una vez rotos los lazos que la unian á la tierra, María empezó á vivir para reinar, recibiendo con reciprocidad todo lo que Ella habia hecho por Dios. El Padre está interesado en que su Hija adquiriera todo el honor que á Él corresponde; el Hijo no puede ménos de dar participacion á la Madre de cuanto Él ha ganado con su intervencion; El Espiritu Santo comparte con su Espos-

sa los resultados de la Encarnacion, como que si Él ha formado en el seno de María el cuerpo del Hijo de Dios, Ésta ha cooperado directa y eficazmente á prestarle la materia de que es formado, lo ha engendrado, lo ha alimentado, y lo ha conservado por espacio de treinta años. Es la Hija del Rey de los siglos, es la Madre del Señor de cuanto existe, es la Esposa del dador de todo bien. ¿Qué viene, pues, á ser María por estos títulos? Reina de los cielos, Señora del mundo, dispensadora de todas las riquezas de Dios. ¿Qué es María, repito? Lo diré con San Buenaventura y Santo Tomás: es el límite de la Omnipotencia de Dios. «Pudiera Dios, dice el primero (*S. Buenaventur.*, *Speculum B. M. V.*, cap. viii), hacer un mundo más grande, un cielo más ámplio; pero no puede hacer una madre más grande que la Madre de Sí mismo.» Se pregunta á sí mismo el segundo si Dios puede hacer cosas mejores que las que existen, y responde que sí, exceptuando tres cosas: la humanidad de Cristo, por estar unida á la Divinidad; la bienaventuranza criada, porque es la fruicion de Dios, y la Virgen María, por ser Madre de Dios; y tiene todo esto, por razon del bien infinito, una dignidad infinita, y no puede haber otra cosa mejor, así como nada puede haberse que sea mejor que Dios. (*S. Thom.*, in 1.^o p., quæst. 25, art. 8. Respon. ad 4.)

¿Quién no advierte la delicada armonía que guardan entre sí los misterios en la Religion? ¿Quién no comprende que tan pronto como el hombre rompa una sola cuerda de este conjunto divino, introduce la confusion y el caos? Y, en efecto, esos sistemas humanos con que han querido los herejes formar una religion á su modo, dando á la Madre de Dios unas prerogativas transitorias y sin consecuencia para el otro mundo, sin que Ella tome parte en las obras de su Hijo, sin que intervenga en la dispensacion de sus tesoros, y sin que se haya hecho acreedora por los eminentes servicios que ha prestado á la huma-

nidad, á que ésta la honre, llamándola en sus aflicciones Madre, y en los azares de la vida Señora, y en la muerte protectora, ¿qué otra cosa intentan sino hacer de Dios un Dios con ménos perfecciones naturales que las que tienen sus criaturas racionales?

Las relaciones que unen á María con la naturaleza divina no son medidas por el tiempo, que todo lo devora, sino para la eternidad, que no tiene fin. Predestinada por Dios á ser su Madre, durarán los efectos de esta eleccion tanto como dure Dios, y será honrada por el Padre como Hija, por el Hijo como Madre y por el Espíritu Santo como Esposa. Lo que haríamos nosotros con aquellos seres á quienes nos vinculan lazadas indisolubles que la naturaleza anuda, dándoles honor, gloria y riquezas hasta donde pudiéramos llegar, eso mismo hace Dios con la criatura á quien quiso unirse con alianza de familia, pues así lo exige la razon eterna, así conviene á su honor divino, y para realizarlo le sobra la fuerza; pues sin perjudicar á sus derechos divinos, puede hacer que la que es su Madre sea cuanto hay que ser despues de Dios.

Es este el lugar donde debo hablar de las donaciones mútuas que se hacen Dios y María, refiriendo las palabras de San Bernardo: «A los serafines y á los Santos, dice, el fuego divino los toca por encima; á María la viste, la envuelve y la cubre encerrándola toda dentro de sí mismo. En tí descansa ¡oh Virgen! y Tú en Él; Tú vistes á este Sol de justicia y Él te viste á Tí: lo vistes con la sustancia de la carne, y Él te viste con la gloria de su majestad; vistes al Sol como nube, y este Sol te viste á Tí. (Serm. super *Signum magnum*.) No puede jamás nublarse este Sol de justicia, pues tampoco puede oscurecerse la Madre á quien cubre; no puede haber sombra, ni cambio, ni mutacion en las glorias que le son innatas, pues tampoco puede haber en María sombra ni

mutacion, porque para siempre es la Madre, la Hija y la Esposa de Dios.

Así están tan íntimamente unidas las excelencias de Dios con las de María, que quien pretenda quitar una sola de las de la Madre, tira el lodo de la ignominia al Hijo. De ahí el que no puede concebirse la existencia de María sin admitir su inmunidad de la culpa, como que ella era la que venía á estréllar el mónstruo del pecado, á cuyo dominio no podia estar sujeta ni por un instante; de ahí es tambien que, consagrada por el Espíritu Santo, no puede concebirse su carrera mortal sin admitir su virginidad ántes del parto, porque Él era su esposo: su virginidad en el parto, porque quien salia de su tálamo era el Hijo de Dios; y su virginidad despues del parto, porque la que una vez fué templo de Dios, no podia profanarse; la que no aceptaba la maternidad divina si no conservaba su virginidad, no podia ser madre de ningun hombre habiéndolo sido de Dios. De ahí es tambien que, ó es preciso arrancar temerariamente estas excelencias á María, ó, una vez admitidas como verdades dogmáticas, es preciso confesar que la Madre en el cielo participa respectivamente del mismo honor que su Hijo.

Vanamente, pues, se gloriará de honrar á Dios quien no conceda á María cuanto le corresponde por su dignidad: Hija de un Padre que no engendra á su Eterno Hijo sino entre los resplandores de los Santos, y á quien corresponde todo honor y toda gloria; Madre de un Dios á quien toda criatura debe adorar y todo hombre agradecer los beneficios de la Encarnacion y Redencion; esposa de un Dios que santifica las almas, asiste á su Iglesia, fortifica á los fieles y confunde el error; María es Santísima en su Concepcion, Santísima en su parto, Santísima en su vida, Santísima en el tiempo y Santísima en la eternidad; María es la Madre de la Iglesia, Madre de la gracia, Madre de la piedad; María es la fortaleza invencible,

la torre de marfil, la ciudad inexpugnable y el ejército bien ordenado. Me preguntareis cuál es la razón intrínseca de tanta grandeza; yo os diré que es porque Dios la elevó á una alianza de familia, resultando de ella que, excepto los atributos esenciales á la Divinidad, incommunicables á toda criatura, María participa de Dios más que todos los ángeles y Santos juntos ó separados, pudiendo, además, decir que la misma sabiduría de Dios, su omnipotencia, su justicia, su misericordia y su gracia, todo es suyo, porque Dios, al encarnarse en su seno, se entregó á su Madre todo entero.

No hay, por tanto, posibilidad, ni aún siquiera hipotética ó de abstracción, para separar á Dios de María, como no es posible hacer que en el orden físico la que ha sido madre deje de tener un hijo, cuya vida, talentos y fuerzas la pertenecen. Me asiste, pues, el derecho de decir á cuantos impugnen las excelencias de María, que son hijos de perdición, enemigos de Dios, anticristos, y ministros de Satanás: *Qui non est mecum, contra me est.* Así vemos hoy día dos grandes hechos, contrarios entre sí, pero que son el resultado de doctrinas contradictorias, que se impugnan mutuamente, si por tanto nos es permitido honrar la mentira con el nombre de doctrina. Vemos á una gran parte de la humanidad que ha desterrado de su liturgia el nombre augusto de la Madre de Dios, mientras la otra entona este sagrado nombre con entusiasmo; vemos que entre los primeros existe una especie de aversión á la pureza y santidad, á las prerogativas y excelencias de María, mientras entre los segundos se trabaja sin cesar en explorar más y más el celestial horizonte de esta criatura, excitando á todos los creyentes, con más ahínco que jamás, á que la invoquen como á Madre, y reconozcan en Ella á la triunfadora del demonio y de cuantas potestades adversas se levanten contra la fé. Cuál sea la causa de esta diferencia de conducta en los hombres, es tan clara

como la luz; aquellos no han conservado intacto el tejido de oro de las excelencias de María, negándola unos su inmundidad, otros su maternidad divina, y otros su virginidad perpétua; éstos vienen profesando hace diez y nueve siglos las mismas creencias recibidas de la revelación, de los Profetas, de los Evangelistas, del mismo Jesucristo, de la tradición, y, por fin, de la Iglesia, que es la columna y firmamento de la verdad, como dice San Pablo: *Ecclesia Dei vivi (quæ est), columna et firmamentum veritatis.* (I ad Timot., cap. III, 15.) Es, por consiguiente, también más claro que la luz, que quien no confiesa todas y cada una de las excelencias de María, niega la santidad, el poder y la misericordia de Dios: *Qui non est mecum, contra me est.*

¡Ah! ¡Plegue á Dios que no cese jamás mi lengua de ensalzar las glorias de María! ¡Quiera el cielo asistirme siempre con su gracia, para no separarme ni un solo instante de la verdad que nos enseña la fé sobre la Madre de Dios, pues es éste el mayor consuelo que me asiste en mis tribulaciones! Y no ocultaré una verdad consignada por los escritos de los Santos: si alguna vez ha necesitado el mundo invocar á María, es ahora que se van preparando tan abiertamente los caminos de un anticristianismo cual no han visto las pasadas edades; y el signo más característico de esto es la manera dulce é insinuante con que la Iglesia por todas partes predica la devoción á María, el fervor y las lágrimas con que invoca su protección, y el empeño extraordinario que se advierte en toda la cristiandad en aumentar el culto á la Madre de Dios; porque la verdadera Iglesia, engendrada en las entrañas de María, como dice San Ambrosio, sabe que en las últimas tribulaciones del mundo Ella la ha de defender por medio de los santos ángeles y con las fervientes palabras de los ministros sagrados. (Cornelio á Lapid.: *Comment. in Apocalip.*, cap. XII, 1.)

Católicos: vosotros solos teneis la dicha de profesar la verdad pura, porque vivís unidos á la Congregacion que, fundada por Jesucristo y propagada por los Apóstoles, conserva los dogmas tan puros como existen en su fuente, que es Dios. Vuestra mayor gloria está fundada en esta fé; vuestro mayor consuelo es pensar que sois hijos de una Madre á quien, por lo mismo que sois pecadores, teneis más derecho de llamarla con este nombre, pues por redimirnos bajó Dios del cielo á sus entrañas y se hizo hermano nuestro. Pero si quereis dirigiros á María con toda confianza; si con los ojos arrasados de lágrimas de gozo y el corazon envuelto entre torrentes de consuelo quereis pronunciar tan augusto nombre, amadla; amad á su Hijo; observad los preceptos de su Evangelio; huid de esos hombres cuyas palabras son dardos envenenados que dan muerte al entendimiento y aridecen todo el verdor del corazon. Hablo de los herejes modernos, que, revistiendo sus falsas doctrinas con el ropaje de la ilustracion aparente, siembran por do quier pasan la duda, la opinion, la incertidumbre, en materias tan ciertas é infalibles como son los dogmas del Catolicismo. Se acercan dias amargos para el Cristianismo y la sociedad; se aproximan los dias de tribulacion en que nuestra fé será probada como el oro en el fuego. Si queremos salir con victoria de las tentaciones de este mundo, es necesario que á una conducta cristiana unamos una fé intrépida, una confianza omnimoda, un amor grande hácia nuestro Dios, y que amemos con ternura á la Madre que en esta vida nos alimenta con la leche de la doctrina que nos ha dado su Hijo, y en la otra nos espera para darnos con su mano la corona de la gloria, que os deseo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

QUE MARÍA NO ES MADRE DE DIOS,

SINO PARA SERLO NUESTRA.

Quæ est petitio tua? Dona mihi populum meum pro quo obsecro.

¿Qué petición es la tuya? Dadme mi pueblo, por el cual os ruego.

(ESTHER., cap. VII, vers. 3.)

Una tierra sembrada de bellezas, un cielo matizado de estrellas, un tiempo sin mutabilidad ruinosa, una eternidad de delicias inmortales, un presente halagüeño y un porvenir inefable, hé aquí el patrimonio que se habia formado en el alcázar del Rey de los siglos, sirviendo de credencial el amor infinito, y de garante la palabra del mismo Dios, para enriquecer á la criatura visible más privilegiada que saliera de la nada. Era el hombre.

Preciso es confesarlo; en la creacion de este rey de la naturaleza visible, no parece sino que entraron en competencia los atributos de la Divinidad; la Omnipotencia se complacia en adornarlo con dones naturales, que forman de su compuesto un compendio abreviado de cuanto encierra en sí todo el ámbito del mundo; todos los elementos, todos los flúidos, la materia con sus ramificaciones, el espíritu con sus sublimes propiedades, sentidos finos y exquisitos, percepciones delicadas y exactas, comprension espiritual, vida animal, vitalidad intelec-

Católicos: vosotros solos teneis la dicha de profesar la verdad pura, porque vivís unidos á la Congregacion que, fundada por Jesucristo y propagada por los Apóstoles, conserva los dogmas tan puros como existen en su fuente, que es Dios. Vuestra mayor gloria está fundada en esta fé; vuestro mayor consuelo es pensar que sois hijos de una Madre á quien, por lo mismo que sois pecadores, teneis más derecho de llamarla con este nombre, pues por redimirnos bajó Dios del cielo á sus entrañas y se hizo hermano nuestro. Pero si quereis dirigiros á María con toda confianza; si con los ojos arrasados de lágrimas de gozo y el corazon envuelto entre torrentes de consuelo quereis pronunciar tan augusto nombre, amadla; amad á su Hijo; observad los preceptos de su Evangelio; huid de esos hombres cuyas palabras son dardos envenenados que dan muerte al entendimiento y aridecen todo el verdor del corazon. Hablo de los herejes modernos, que, revistiéndo sus falsas doctrinas con el ropaje de la ilustracion aparente, siembran por do quier pasan la duda, la opinion, la incertidumbre, en materias tan ciertas é infalibles como son los dogmas del Catolicismo. Se acercan dias amargos para el Cristianismo y la sociedad; se aproximan los dias de tribulacion en que nuestra fé será probada como el oro en el fuego. Si queremos salir con victoria de las tentaciones de este mundo, es necesario que á una conducta cristiana unamos una fé intrépida, una confianza omnímota, un amor grande hácia nuestro Dios, y que amemos con ternura á la Madre que en esta vida nos alimenta con la leche de la doctrina que nos ha dado su Hijo, y en la otra nos espera para darnos con su mano la corona de la gloria, que os deseo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

QUE MARÍA NO ES MADRE DE DIOS,

SINO PARA SERLO NUESTRA.

Quæ est petitio tua? Dona mihi populum meum pro quo obsecro.

¿Qué petición es la tuya? Dadme mi pueblo, por el cual os ruego.

(ESTHER., cap. VII, vers. 3.)

Una tierra sembrada de bellezas, un cielo matizado de estrellas, un tiempo sin mutabilidad ruinosa, una eternidad de delicias inmortales, un presente halagüeño y un porvenir inefable, hé aquí el patrimonio que se habia formado en el alcázar del Rey de los siglos, sirviendo de credencial el amor infinito, y de garante la palabra del mismo Dios, para enriquecer á la criatura visible más privilegiada que saliera de la nada. Era el hombre.

Preciso es confesarlo; en la creacion de este rey de la naturaleza visible, no parece sino que entraron en competencia los atributos de la Divinidad; la Omnipotencia se complacia en adornarlo con dones naturales, que forman de su compuesto un compendio abreviado de cuanto encierra en sí todo el ámbito del mundo; todos los elementos, todos los flúidos, la materia con sus ramificaciones, el espíritu con sus sublimes propiedades, sentidos finos y exquisitos, percepciones delicadas y exactas, comprension espiritual, vida animal, vitalidad intelec-

tual, forman el tejido de este compuesto en el orden físico, al paso que en el inmaterial brilla la espiritualidad, resplandece la sabiduría, domina el raciocinio, manda el albedrío y lo decora todo el amor. La misericordia se deleitó en dar á este nobilísimo compuesto prerogativas que no le eran debidas, y que excedían el orden natural; una gracia que lo santificaba y hacía amigo del Criador, su hijo querido, el heredero de su gloria, el compañero de su felicidad eterna, acompañándola al propio tiempo de aquella justicia original que sostenía la armonía de todo el compuesto, reprimía los avances de la concupiscencia, daba al entendimiento la ciencia, á la voluntad el amor é inclinación al bien, y preservaba al cuerpo de la defección inherente á su complexión, para que no se presentase al hombre á infundirle terror la inexorable parca.

Con esta magnificencia se manifestaron la omnipotencia y misericordia divinas en la creación del hombre. Pero estos atributos no son los únicos en la naturaleza infinita; la justicia también debía de entrar en la constitución de las criaturas racionales, como la balanza donde se juzgará el peso del amor y los quilates de la Omnipotencia; y si estos atributos se mostraran infinitos en la creación del hombre, Aquél tenía que descubrir al favorecido que Dios es infinitamente sabio, constituyendo su ciencia con igualdad omnimoda la omnipotencia, la misericordia y la justicia: crió, pues, Dios al hombre con su poder, lo adornó de dones sobrenaturales con su amor, y le prometió premio ó castigo, según su justicia. Todo era infalible; todo indeclinable, porque tan infinito es Dios en su naturaleza como en sus obras.

Sin embargo, habiendo el hombre desoído los clamores de su conciencia y despreciado las exigencias de la justicia infinita, de hijo de Dios se hizo hijo de Lucifer, hijo de ira, hijo de venganza, hijo de pena eterna. Tenía un padre, un amigo, un bienhechor, y todo lo perdía con

su prevaricación. Mas ¿quién es capaz de echar la sonda en el inmenso piélago de los atributos divinos? Sin desni-velarse ni descomponerse la armonía que estos tienen entre sí, hé aquí que Dios dirige al hombre criminal y proscrito sus acentos de Padre compasivo, y en lugar de un amor paternal, que ha conculcado el hombre rebelde y que ha querido perder, Dios lo confirma en su primer amor, añadiendo el afecto de un hermano, la mediación de un hijo, la ternura de una madre. ¡Cuánto amor! ¡Cuánta grandeza hay en las ideas y acciones de la esencia divina!

El paraíso es el primer teatro del crimen, y no bien éste se ha consumado, cuando se deja ver la aurora de la gracia disipando las tinieblas de la culpa, y el Hijo de Dios redimiendo al mundo y llamando á los hombres sus hermanos engendrados en las entrañas de la misericordia infinita, y en el corazón de una mujer, que, siendo Hija del pecador, es destinada á ser Madre de Dios. ¿Quién es esta Mujer tan grande que ha de contener en su seno á todo un Sér inmenso? ¿Quién es esa Mujer tan cariñosa, en cuyo corazón ha de haber bastante ternura para corresponder á la que su Hijo Dios la ha de profesar, dando á cada uno de los hombres una parte tan copiosa de este amor, que no tenga ninguno suficiente caudal para corresponderlo con equivalencia?

Aún está el mundo arrollado en los pañales de su infancia cuando tiene ya una Madre que reemplace dignamente y con ventaja á la primera, que es el tronco y raíz de toda la humanidad que por su culpa se ha viciado. María, prevista en los consejos divinos, y predestinada á concebir en sus entrañas al Hijo de Dios, aparece en el paraíso como la intercesora y medianera que une sus ruegos á los del Hijo de Dios, que en el momento de la defección del hombre interpone su valimiento para con su Padre, para que Adán no perezca para siempre. Toda

la humanidad es la herencia del Hijo, porque el Padre se la ha dado en patrimonio, y de toda ella ha de ser Madre María; es su herencia, es su pueblo; y tanto interés tiene en su salud el Hijo que lo ha de redimir, como la Madre que lo ha de engendrar en las entrañas del amor.

Se descubre aquí, católicos, un bello conjunto de verdades respecto á los atributos divinos; pero descuella entre todas una, y es que Dios, al tratarse del hombre, parece que se olvida de su justicia, y sólo tiene presente su misericordia; porque, no sólo le perdona la culpa, sino que le proporciona una Madre que ruegue sin cesar al cielo para que mitigue sus iras. El fundamento, por tanto, de nuestra devoción á María es divino. La relación natural que une en un mismo punto el corazón del progenitor y del engendrado, que identifica los intereses y hace comunes las penas y las alegrías, constituye ese gran centro de unidad en que yo veo reunidos los corazones de todos los hombres atraídos al corazón de María, y por éste al del Hijo, y por el del Hijo al del Padre celestial. La gran distancia que hay entre nosotros y la Divinidad, la necesidad que tenemos de acercarnos á Ella, engendran en nosotros ese deseo que nos persigue sin tregua de elevarnos hasta la belleza infinita, para participar de su dicha increada; pero Dios es justo, y nosotros pecadores; Dios es infinitamente rico, y nosotros somos pobres, necesitando sin cesar de su gracia. Tememos, y con razón, porque no somos dignos de su amor; pero para salvar la distancia inmensa que hay entre Dios y la criatura, para disipar nuestros celos y levantar nuestra pusilanimidad, Dios nos muestra á María, quien, siendo Madre de Dios, lo es de los hombres, y ruega por su pueblo, dirigiendo simultáneamente sus acentos al cielo para pedir gracia, y al mundo para ofrecerle amor y misericordia. *Dona mihi populum meum, pro quo obsecro.*

María no es Madre de Dios sino para serlo de los hombres. Voy á tratar esta materia, que tanto nos interesa, para que por vuestro propio bien comprendais que, si no teneis una tierna devoción á María, no podreis conseguir la herencia que como Madre os reserva. Protesto ¡oh Reina mía! que quisiera amaros como os aman los serafines, y ser tan puro como ellos en mis pensamientos. Te pido, pues, que, purificado mi corazón con la gracia de tu Hijo, lo cubras con tu manto, para que, protegido por Tí, sean mis palabras otros tantos dardos que abrasen á mis oyentes en el fuego del amor divino; esta gracia te pido, saludándote al efecto con el ángel.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

La concordia entre las ideas del espíritu y los sentimientos del corazón, era el resultado natural del estado perfecto en que fué criado el hombre. En esta bella armonía no deseaba nada la parte sensible sin que existiese una conformidad absoluta con la racional, porque la concupiscencia no se había rebelado contra el espíritu, ni éste podía confundir las nociones naturales de las cosas; porque no tuviese todavía imperio el error, por no haber aún ignorancia en el compuesto humano. Todo era paz y amistad entre esta especie de dos hombres que luego levantaron la enseña del combate y predominio, y se declararon guerra continua, poniéndose en planta á consecuencia del pecado la ley de la carne, invadiendo el fuero y ocupando el terreno de la ley del espíritu. Se trabó, pues, la lucha, lucha que aún dura en cada uno de los individuos de la especie humana, y de la cual resulta el triunfo de la concupiscencia si se deja el hombre arrastrar de sus

deseos corrompidos, ó la victoria de la razon superior si sigue ésta las ilustradoras influencias de la gracia celestial para reprimir los impulsos brutales de la carne y del sentido.

Lo que el divino Pablo decia de sí mismo en sus cartas inspiradas, no es más que un trasunto de lo que pasa por cada uno de nosotros. «Veo en mi carne, dice, una ley repugnante á las ideas de mi espíritu, y que demuestra sin cesar sus conatos para imponerle las cadenas del dominio; son dos hombres que dentro de mí mismo se disputan la supremacia; hago lo bueno, queriéndome arrastrar á su ejecucion lo malo; no lo quiere mi razon, y, con todo, pretende obligarme á ello la concupiscencia. De lo que se desprende necesariamente que el sentimiento es un agente vigoroso que, recibiendo el principio de su actividad de los sentidos, puede contribuir en nosotros á la realizacion de bienes morales de inmensa valía, así como nos ocasiona males de una trascendencia incalculable.

Al hablar del sentimiento, nos concretamos á la parte más noble de nuestra alma, que, rebotando siempre en deseos y aspiraciones, se levanta á la contemplacion de las bellezas infinitas, en vista de las hermosuras que matizan los cielos y pueblan la tierra, ó se llena de santo gozo cuando con amor puro se dirige á sus semejantes, ora congratulándose con ellos en sus bienes, ora tomando parte en sus aflicciones y males, aquí afecionando con ternura y santidad al padre, al hermano y al esposo, y allí estrechando en su seno al amigo. ¡Qué! ¿Hubiera Dios dado al hombre la sensibilidad más que para lo que es bueno? Si en la defeccion del primer hombre la concupiscencia, cual infernal arpía, arrojó su aliento inficionador sobre la razon, si ésta quedó turbada y oscurecida; si los deseos que, como el suave vapor del incienso, debian subir al cielo se condensaron y agarraron fuertemente á la tierra,

no por eso desapareció la esencia de su complexion natural, ni se borró el tipo de su noble origen, ni se trastornó totalmente su objeto y fin. Venian de Dios, y tenian que ser perfectos; se encaminaban á Él, y debian ser rectos; tenian por fin la felicidad del hombre, y serian conductos á ello. Eran estos deseos obra de Dios, y elevaban al hombre al amor de la belleza infinita por lo que ella es, y al de los demás hombres por lo que cada uno representa; pero se corrompieron con el desarreglo de la concupiscencia, y la hermosura infinita no fué amada porque se veia con dificultad, arrojándose el hombre con ansia al amor de lo puramente sensible y material que se le presenta por todas partes.

Elevar, pues, el sentimiento bastardeado en la concupiscencia hasta colocarlo en el punto de su creacion, dirigirlo hácia las bellezas infinitas, y proporcionarle una satisfaccion completa, era lo que Dios intentaba cuando prometió á la humanidad decaída la existencia de una mujer en quien el cielo y la tierra tuviesen una Reina, y Dios y los hombres una Madre. Y es preciso conocerlo y confesarlo, alabando los designios de la sabiduría divina; Dios, al decretar la Encarnacion de su Hijo, agotó los recursos de su omnipotencia, dando un paso en el cual Él mismo se puso un límite, del que no puede pasar. Se dió á sí mismo una Madre, mediante cuya operacion el Eterno se hizo temporal, el infinito limitado, el inmortal mortal, el impassible pasible, y Dios se hizo hombre.

Una agregacion de tantas denominaciones como sobrevienen á la naturaleza divina, unida á la humana, demuestra visiblemente que empezaba en ella una comunicacion íntima de Dios con los hombres, y no podia efectuarse ésta sino con un fin, que era el de levantar los deseos del hombre hasta el mismo Dios. Por eso Dios toma nuestra carne, se reviste de las nobles pasiones de

nuestra alma y de todos los sentimientos generosos de nuestro corazón, habla nuestro propio lenguaje, y trata amistosamente con ellos. Es decir, que purificando los sentimientos del corazón, é inspirándole amor y ternura, se forma entre Dios y la humanidad un vínculo de oro, que sin violencia ni coacción liga al cielo con la tierra, y hace de Dios y los hombres una gran familia, en la que los intereses son mútuos, las relaciones naturales y el cariño recíproco.

Y esto no se puede realizar sino con la maternidad divina de María: fórmanse primero entre Dios y Ella las relaciones anejas á la maternidad y la filiación, y luego el mismo Dios traslada en santo legado á todos los hombres sus propios derechos naturales, que los unen al corazón de su madre, aceptando ésta en el orden moral respecto de la gran familia de Adán, lo que debia hacer en el natural tocante á uno de sus individuos, que era el mismo Dios. Desde que María es Madre de Dios, es casi necesario que lo sea de todos los hombres en la generación espiritual; porque quien ha concebido en su seno al Inmenso é Infinito, tiene hácia su Hijo un sentimiento de amor de una intensidad infinita; por más que este afecto se derrame en toda la humanidad, hay afecto para cada uno de sus individuos, por recibir su calor del fuego mismo de la Divinidad; y no lo debemos extrañar, pues así como el dolor que padeció María en la muerte de su Hijo fué tan intenso, que si se repartiese entre todas las criaturas morirían todas, no pudiendo soportar su enorme peso, así el amor que María tiene á su Hijo es de tal dimensión, que, repartido entre todos los hombres, es bastante para que sus corazones se abrasen en el amor de lo bello é infinito.

Cuán admirable y magnífica sea la sabiduría divina en la realización de este plan sublime; cuán ciertos y ventajosos sean los resultados para los hombres, se des-

cubre desde que se examina cuál es entre todos los sentimientos del corazón humano, aquél que en el orden natural lo hace más noble á la par que lo distingue de todo sér viviente. Es este sentimiento el amor hácia la que nos ha dado el sér, y son tantos los motivos que tenemos para amarla, que la razón no califica sino de mónstruo al que mire con aversión á la autora de sus días. Pero entre tanto, la razón humana es en los días de la infancia una preciosa flor que, encerrada en su capullo, no puede desarrollar su color ni sus aromas, y no es por medio de ella, sino por el del sentimiento, por donde se forma y radica con nosotros el cariño que la profesamos; mas tan luego como aquella celestial planta ha recibido toda su extensión, la razón confirma lo que el corazón ha sentido; cuando somos niños, amamos á nuestras madres porque nos han aplicado á su seno, porque hemos sido alimentados de su propia sustancia, porque hemos visto siempre la risa en sus labios, porque nuestras pupilas han tropezado siempre con otras que nos miran en la cuna y en los brazos, en el hogar doméstico y en las plazas; cuando discurremos, la razón nada tiene que hacer más que ratificar lo que encuentra ya formado; amamos porque sabemos que la gratitud es el dogma de la naturaleza racional, pero ningún esfuerzo tenemos que hacer, pues ántes de saber discurrir, sabemos amar, y en efecto amamos. Y en fuerza de este amor producido por el sentimiento y confirmado por la razón, se forman entre el hijo y la madre esos vínculos que no rompe ni la mala suerte, ni la ausencia temporal, ni la muerte misma. ¡Qué digo! Precisamente el amor es más intenso entre la madre y el hijo, cuanto mayores son las penas que han acibarado su existencia. Cuando la fortuna enseña su risueño rostro; cuando las comodidades abundan; cuando pañales de cendal y cuna de oro reciben al recién nacido; cuando no es del seno materno, sino del extraño, de donde

le viene el primer alimento; cuando entre regalos y placeres ve la madre medrar á su hijo, ¿qué quereis que os diga? Parece natural que lo que no ha costado mucho, no puede apreciarse mucho: por otra parte, las muchas comodidades y riquezas son el pábulo del egoismo, y donde hay egoismo es difícil que exista el amor puro.

Mas si á los trabajos de la gravidez van unidos los de la adversidad: si el hijo querido se ha visto entre peligros; si en la misma cuna ha sido visitado por las asechanzas de la muerte, y ha salido salvo de todo, entónces es cuando el amor de la madre nace de nuevo en el corazon, y se robustece, como acaece al roble agitado por el vendaval, que se encuentra más lozano y vigoroso despues del movimiento del huracan, como si conociera que en el ensayo de su resistencia se habían aumentado sus fibras vegetales... ¡Ah! El amor de madre es un arcano de la naturaleza. ¡Qué puro es! ¡Qué entero! ¡Qué elocuente! Lo examino en la esposa del rabadan que amamanta á su hijo junto á la sombría haya del bosque, y no puedo ménos de bendecir al Sér divino por las riquezas que da al corazon humano. ¡Qué ideas tan precisas, qué conceptos tan sublimes, aunque expresados en lenguaje tosco! Para la madre, el hijo es una perla preciosa, es la azucena del valle, la violeta del ribazo, el sol del mediodía, es su pensamiento íntimo, su gloria y hermosura.

Pues bien: este amor noble é interesado en las ricas matronas, sencillo y elocuente en la zagala, cariñoso y activo en todas, y heróico y sublime en aquellas madres que apénas han sellado las mejillas del hijo sin regarlas con lágrimas de dolor; este amor, tan vario en sus fases y concéntrico en su objeto, vive en el corazon de María, dirigiéndose todo á su Hijo, que es tambien el Hijo de Dios. Lo contempla Rey de los siglos, heredero del Eterno Padre, trasunto de su substancia, y esplendor de su gloria, y lo ama mejor que las princesas que ven la

blanca sien de su niño como el asiento de una corona que dará al hijo grandeza y majestad, y á la madre consideraciones y alabanzas. Lo mira como la víctima sagrada que ha de reconciliar al mundo con Dios, y su amor va mezclado de cariño, de tristeza, de compasion y de lástima. Lo ve atribulado en su cuna, perseguido por tiranos, fugitivo entre soledades y desiertos, sin tener otro reclinatorio que sus brazos, ni más cuna que la dura tierra, y este niño nace mil veces para su corazon, siendo siempre el dolor y las penas el agente poderoso que mueve su corazon; lo ve, por fin, morir entre horrendos dolores y en afrentoso suplicio, y su amor crece, siendo cada vez más tierno, más compasivo y más heróico.

¡Ah! Si para libertar al Hijo del cuchillo de un Rey envidioso y sañudo hubiera sido necesario que María presentára al verdugo su cerviz; si las espinas y azotes que hirieron á Jesus y taladraron su cabeza hubieran podido trasladarse á María sin tocar al Hijo; si la cruz hubiera presentado sus brazos á la Madre, perdonando al Hijo, ¡con qué gozo hubiera sufrido María las afrentas, las persecuciones y la muerte! ¡Con cuánta presteza hubiera dicho á los verdugos que destruyeran su vida por salvar la del que la daba á su corazon! Hasta qué punto llega este amor de María hácia su Hijo, no es dable comprenderlo, porque tropezamos al momento con la inmensidad de Dios; pero cómo se ha formado entre Dios y María esta relacion de amor, por qué medios se comunica á María, es un asunto que, bien examinado, produce en nosotros, no sólo la admiracion, sino la ternura extática. Dios ama á María, no sólo con su razon eterna, sino con el sentimiento del corazon, que tanto ennoblece al que lo tiene.

Confieso ingénuamente que estoy como anonadado al contemplar tanta dignacion de Dios, y arredrado al tra-

tar esta materia; pero la maternidad divina, examinada con humildad, da al entendimiento una luz pura y vivificadora, que eleva al hombre á una region donde no se respira otro ambiente que el de los querubines. Es cierto que Dios nos ama á todos con un amor eterno é infinito, porque somos la hechura de sus manos y la imágen de su naturaleza; nos ama como nuestro Padre celestial, y nos saca de la nada para predestinarnos á su conocimiento y á su gracia. Este amor es tan grande en Dios, que Él mismo se gloria de él, diciéndonos que bien podrá olvidarse la madre de su hijo, pero nunca se olvidará Él de nosotros. Ninguna criatura sale de sus manos sin ser objeto de este amor benéfico de la razon eterna, y entre todas las racionales, María es la más aventajada, pues Dios la ve en su divina esencia y la ama como á Hija, como á Madre y como á Esposa.

Pero Dios, que tenía decretada la Encarnacion de su Hijo, habia tambien determinado pasar por todas las fases de la vida humana, empezando á existir en el seno de su Madre, trasladándose á sus brazos, suspendiéndose á su seno, llorando con el frio y el hambre, y creciendo poco á poco, hasta llegar á ser varon perfecto. Y en todo esto no es ménos admirable la tramitacion gradual y paulatina por donde el niño Dios va pasando de la niñez á la puericia, de la puericia á la juventud, y de ésta á la mocedad y edad viril, como el modo que adopta para ir insinuándose en el corazon de su Madre, empezando á amarla como hombre, así como nosotros amamos á las nuestras, sintiendo los favores que recibia de ella, y desarrollándose este amor á medida que los cariños de aquélla se aumentaban. ¿Quién no se eleva hasta el cielo al contemplar tanta humillacion de Dios? Todo es eterno en Jesus, todo es inmenso é infinito, porque es Dios; sin embargo, la sabiduría eterna que hay en Él va desarrollándose por grados, como dice San Ambrosio; parece

que crece y se aumenta á medida que adelanta en edad. *Jesus autem proficiebat sapientia, et etate, et gratia apud Deum et hominem.* El amor que tiene á María es eterno é infinito; pero desde que se hace su hijo, este mismo amor va desarrollándose con suavidad inefable, porque debe á María su existencia temporal, su lactancia, sus cuidados.

En efecto: apénas Jesus abre sus ojos á la luz comun, lo primero que ve es el rostro risueño y amable de su Madre, que le expresa su ternura con ósculos abrasados de amor y de lágrimas de gozo. Si las rígidas brumas invernales le hacen exhalar sollozos, el rostro de la Madre lo abriga, sus lábios lo acarician, sus manos lo cubren, su voz lo consuela, y sus cuidados lo alivian. Así va Jesus percibiendo los efectos de la ternura maternal, segun se prolonga su existencia al lado de María. Si se pierde, María anda desolada tres dias y tres noches hasta que, encontrándole, le da sus quejas amorosas; si los malos lo persiguen, María toma parte en sus adversidades; si, llegado el momento de entregarse á la muerte, María no puede librarlo de ella, va á lo ménos á acompañarlo en su agonía, y á presentarle su corazon, para enseñárselo todo candente en amor, y mitigar la pena que le causan tantas injurias como vomitan contra Él los corazones que le odian.

Contemplad el inmenso volúmen que dos afectos tan dignamente correspondidos debieron tener en el período de treinta y cuatro años. Es verdaderamente incomprendible cómo una mujer, pura criatura, tenga en su corazon tanto amor, que pueda adecuarse á un sér infinito á quien ama como á hijo suyo: no lo es ménos cómo un Dios, cuyo amor á las criaturas no reconoce principio ni progreso por ser perfectísimo, empiece á existir en este mismo Dios, que toma carne humana y tiene un corazon donde latén todos los movimientos de las nobles pasiones

de que ha adornado á la naturaleza racional. María ama al Sér infinito por sus perfecciones, y une á este amor, puramente espiritual, el amor sensible de la maternidad, porque concibe á este Dios, lo engendra y lo educa: Dios ama á María por ser criatura suya; y la ama, porque ve por experiencia propia, cuando es niño, toda su ternura; cuando mancebo, sus desvelos; cuando jóven, su solicitud, y cuando varon paciente, sus penas y dolores. Todo esto, repito, es incomprensible, y nos vemos precisados á exclamar con San Agustín: «¡Oh milagros! ¡Oh prodigios! ¡Oh misterios! ¡Oh union nueva é inaudita! Dios, que siempre fué y es Criador, se hace criatura; el inmenso se limita, el rico se hace pobre, el invisible se deja ver, el impalpable se palpa, y el incomprensible se comprende.» (Sermon 9.º *De Nativitat.*)

Entre tanto, por medio de estas operaciones naturales de los afectos del Hijo y de la Madre, realzados con la presencia de la Divinidad, Dios elevaba los sentimientos del corazón humano á tan alto grado de perfeccion, que no fuera conocido, ni áun de los mismos serafines. Pero ¿quién no entona un himno de gratitud al cielo al ver lo que pasa entre el Hijo y la Madre en el último momento de la vida de Aquél? Cuando el cielo enlutado no despidió un rayo de luz sobre la escena del Gólgota; cuando el tropel de enemigos de Jesus empieza á sentir cierto temor en sus corazones por el homicidio que han perpetrado, cuyas circunstancias empiezan ya á calificarse de deicidio sacrilego; cuando no hay apénas en el mundo más que dos afectos nobles y dignos, el de la Madre que tiembla de pena, y el del Hijo que espira entre tomentos: hé aquí que este mismo Hijo, sin renunciar al cariño de su Madre, le da un destino nuevo, mandándola que en adelante todo hombre sea tenido por hijo suyo, y todo viviente racional pueda llamarla su Madre. *Mulier, ecce filius tuus: ecce Mater tua.*

Un nuevo órden de cosas empieza desde este momento en el mundo; los corazones humanos reciben un impulso sagrado, elevándolos Dios hasta sí mismo por lo que en ellos es lo más noble y lo más puro, que es el afecto maternal. Los hombres deberán amar á María como á su propia madre, y por ella escalarán los espacios para llegar á amar á Dios como á su hermano. Por su parte, María no podrá ménos de amar á los hombres, porque su maternidad divina empieza á ser tan fecunda, que despues de haber engendrado á Dios, va á engendrar tambien en un órden espiritual y sobrenatural á todos los hombres. ¿Qué amor ha de ser éste que María ha de profesar á los mortales? El mismo que tiene, á su Hijo, maternal, purísimo, desinteresado y heróico. ¿Qué encontrarán los hombres en esta nueva Madre? Cuanto halló Jesus, y aún más todavía, porque Jesus no necesitó de María más que la naturaleza humana para morir en ella; pero los hombres tenemos necesidad de la gracia divina, que es el mismo Jesus, y ésta nos ha de venir por María.

De este modo se resuelve el gran problema de la maternidad divina; Dios no habia de ostentar la fuerza de su poder para reducir la pujanza de su brazo al corto período de treinta y cuatro años. En todo este tiempo ha llamado á María con el dulce nombre de Madre; ha recibido de Ella el cariño y los cuidados, el amparo y proteccion de que necesitaba en la humillacion á que se sometiera; pero así como no podia cesar la maternidad de María porque su Hijo es Dios, tampoco podian suspenderse ni por un instante los oficios de esta maternidad. Eran innecesarios para su Hijo natural, que estaba á punto de consumir la gran obra de reconciliacion; pero se harian indispensables para sus hermanos, que asumía y conquistaba para su gloria, dejándolos por algun tiempo en este valle de lágrimas, que no podrian atravesar sin la compañía amorosa de una Madre. Dios, por lo tanto, cede

á los hombres lo que es suyo, el corazón de su Madre, su afecto y su ternura, sus cuidados y solicitud. ¡Donación inmensa! ¡Patrimonio inestimable!

Y advirtamos que no es esto un simple consejo que Dios nos da, de cuya observancia depende nuestra perfección relativa; es un decreto irrevocable, que liga la salvación de cada uno de los hombres á la mediación del afecto maternal de María, y á la fé con que la invocamos. Nuestra predestinación, nuestra redención están fundadas, no como quiera en Dios, sino en el Dios humanado, en Jesús, que es el Hijo de Dios; pero este Hijo debió de humillarse á tomar carne humana, á nacer de una Virgen que se prestase libremente á darle su sangre, para que la derramase por nosotros. La obra de la Encarnación no es tan sólo el que el Hijo de Dios se haga hombre, sino que continúa en sus resultados materiales hasta que este Dios espira en el Gólgota, resucita glorioso, fecunda su Iglesia y sube triunfante á los cielos. Mas la obra más grande aún y los resultados formales de esta Encarnación, comprenden un círculo inmenso; todo hombre es santificado con esta redención, y traspasando los límites del tiempo, la eternidad presentará el bello y sublime cuadro de los rescatados de la muerte, que sin cesar entonarán el cántico de acción de gracias al Cordero de Dios, que los redimió con su sangre y los hizo reyes y sacerdotes para siempre. (*Apocalip.*)

Dios, como dice San Pablo, nos ha predestinado en su Hijo ántes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha; en Él, continúa el mismo, tenemos la redención por medio de su sangre. *In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus.* (*Ephes.*, capítulo 1, v. 7.) Era, pues, necesario que el edificio siguiese la naturaleza del cimiento, y que por los mismos medios que las cosas tuvieran principio, llegasen á su fin. El principio de la Encarnación es la voluntad de Dios

que quiere anonadarse; pero este principio no se realizaría si María no dijese al ángel embajador que estaba dispuesta á cumplir en todo la voluntad divina; la sangre que nos merece la redención es de Dios, pero originariamente es de María, pues de ella se ha tomado; la víctima que espira en un madero es dueña de dar su vida y de tomarla, y se ofrece por su propia voluntad; pero este cuerpo y esta vida son dados por María, y Ella lo ha engendrado, Ella lo ha nutrido, Ella lo ha cuidado. De manera que María tiene una parte activa en los resultados materiales de la Encarnación del Hijo de Dios, y como verdaderamente interesada asiste á todas las escenas de su vida y de su muerte; era, por lo mismo, conveniente que tuviera también participación activa en los resultados formales de la vida y muerte de su Hijo, que eran la glorificación del hombre divino y la salvación de los hombres.

Podía Dios mandar que se la invocase y se la reconociese como Reina y Señora del mundo; pero como Él es todo amor, quiso tocar las fibras del corazón humano en lo más delicado y armonioso que tiene, en el amor maternal. Así manda á su Madre que lo sea de los hombres, y á éstos que se porten hácia Ella como hijos. *Ecce filius tuus; ecce mater tua.* ¿Qué consecuencia se desprende de este decreto divino? Que así como en el orden natural nadie puede nacer, ni robustecerse, ni ser varón perfecto sin la concomitancia de la madre, así en la regeneración espiritual ninguno puede salvarse ni blanquearse con la estola de la inocencia si no lo engendra, y lo nutre y lo cuida la Madre de Dios, porque es constituida por Él Madre de todos los hombres. Jesús muere, quedando sus discípulos dispersos unos, consternados otros, y desanimados todos; pero en su lugar queda su Madre, para que lo sea de los Apóstoles. Y en efecto: Ella recoge á los dispersos, consuela á los afligidos, for-

talece á los débiles, instruyéndolos, dirigiéndolos y animándolos. Pedro llora inconsolable por haber negado á su Maestro, y apenas se atrevé á levantar sus ojos agobiados por la pusilanimidad. María lo llama como Madre, lo exhorta á la confianza del perdon. Titubean los Apóstoles en la fé de la resurreccion, y María los instruye en las Escrituras y los confirma en la verdad. Perseguidos por la sinagoga, presentados al Concilio, encarcelados y azotados, María los fortifica, los consuela, los dirige, para que se extienda la fé entre los gentiles y se conviertan los judíos: su ejemplo, que habian visto al lado de la Cruz, y sus palabras, siempre de vida y de salud, son la escuela del apostolado y de la Iglesia naciente.

Habia Dios previsto las necesidades de la Iglesia, y sabía que en nadie sino en su Madre encontraría el remedio: por eso al espirar no la llama Madre, sino Mujer, como si la dijera: hasta que Tú has venido al mundo, no ha habido en él una Mujer fuerte; sed, pues, ¡oh Madrel sed desde hoy esa Mujer fuerte y generosa que en mi lugar constituya la base, la columna y la piedra de mi Iglesia, para que la ciñas con tu fortaleza, y con tu constancia, oracion y consejo eluda las tentativas del enemigo, supere las asechanzas del mundo, y embote sus ataques; y que estos oficios maternales no sean del momento, sino que se perpetúen hasta la consumacion de los siglos. Contemplad, pues, si la Iglesia y los fieles tienen sobrada razon para invocar á María, llamándola Consoladora de los afligidos, refugio de los cristianos, salud de los enfermos, Torre de David, arca de la alianza, estrella de la mañana, puerta del cielo y Madre admirable.

Así vincula Dios los sentimientos humanos en un solo objeto; Dios, que nos ama con amor indefinible, nos demuestra su ternura por medio de su Hijo, descendiendo Éste hasta nuestros corazones por su Madre; y los hombres, atraídos por el afecto de tan amable criatura, se ele-

van por su amor al del Hijo, que en sus entrañas se hace nuestro hermano, y al del Padre que lo envia. Así se abre aquella edad de oro, en cuya época se levantarían en todo el mundo los nuevos hombres, que no vivirían sino para amarse recíprocamente y dar su vida por sus hermanos y por defender la verdad. Así se ven también satisfechos los deseos que exprimíó á su eterno Padre Jesucristo; pocos momentos ántes de entregarse á sus enemigos, le suplica que los que crean en Él sean una misma cosa, como es el Padre y el Hijo: *Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me et ego in te.* Dios y la humanidad no componen más que una gran familia, siendo adoptados todos los hombres en el Hijo natural y propio de este gran Padre, y en el cariño y solicitud de María, que al ser elevada á la dignidad de engendrar al Verbo divino en sus entrañas, es constituida Madre de cuantos crean en Él y sean lavados con su sangre. *Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me et ego in te.*

Séame permitido decir cuánta es la ternura de María hácia los hombres, ya que no puedo enumerar los beneficios que esta Madre ha dispensado á cada una de las generaciones. «Pase en silencio tu misericordia, dice San Bernardo (Serm. 4.º *De Assumption.*), si alguno hay que habiéndote invocado en sus necesidades no ha sentido tu proteccion y amparo. Pero ¿quién podrá investigar ¡oh bendita Madre! la longitud y latitud, y sublimidad y profundidad de tu misericordia? Porque la longitud se extiende hasta el último día del mundo; la latitud llena la redondez de la tierra y coge el ámbito de la tierra; la sublimidad toca hasta la Jerusalem celestial, cuya reclamacion se halla en Tí; y la profundidad penetra hasta el abismo, cuyos cavernosos senos quedaron vacíos, pues llegó la redencion á los que estaban sentados en tinieblas de muerte. Tú has llenado el cielo, Tú has despojado el infierno, Tú has renovado á la Sion

celestial.» Hasta aquí San Bernardo, que compendia en otra parte todo lo que María puede hacer por los hombres, con estas palabras: «De tus labios ¡oh Virgen! depende el consuelo de los miserables, la redencion de los cautivos, la redencion de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.» (Homilía 4.^a *Super Missus est.*)

Comprendamos, pues, esta verdad de interés tan trascendental: la armonía de las ideas del espíritu con los sentimientos del corazón humano se deja ver en la maternidad divina de María, en cuya alma deposita Dios todo su amor, de quien recibe una correspondencia perfecta, para que refleje todo directamente á cada uno de los hombres: de este modo se forman entre María y la masa entera de la humanidad esas relaciones que nacen del corazón agradecido á los favores recibidos: María no puede ménos de amarnos, porque es nuestra Madre; nosotros no podemos ménos de invocarla, porque en su seno hallamos cuanto necesitamos. Para esto Dios la ha revestido de un poder que podemos denominar inmenso é infinito, porque se extiende á toda criatura angélica, humana, sensible, material, celestial, terrena é infernal, mandando á unas como Señora, á otras como Reina, á otras como vencedora, y acariciando á una sola como Madre.

No os admireis cuando os hablemos del poder casi omnipotente de María; ántes que lo hayais oído de nuestros labios, lo han publicado los santos Doctores. «A María, dice San Bernardo, como al medio, como al arca de Dios, como á la causa de las cosas, como al centro de los siglos, miran los que viven en el cielo, los que habitan en el abismo, los que nos precedieron, los que vivimos, los que nos siguen y sus hijos, y los hijos que nacerán de ellos. Los que habitan en el cielo, para saciarse; los que en el abismo, para salir de él; los que precedieron, para ser fieles como los Profetas, y los que nos seguirán,

para ser glorificados. Por eso ¡oh Reina del cielo! te llaman bienaventurada todas las generaciones; en Tí ¡oh Señora del mundo! ¡oh Madre de Dios! hallan los ángeles la alegría, los justos gracia, y los pecadores misericordia. Justamente se dirigen á Tí los ojos de todas las criaturas, porque en Tí, por Tí y de Tí, la mano benigna del Omnipotente ha criado de nuevo cuanto habia salido de sus manos.» (Serm. 2.^o, *In die Pentecost.*)

Católicos, tenemos una deuda inmensa que satisfacer hácia el amor de María; por mucho que la amemos, nunca será ni tanto como Ella merece, ni tanto como debemos hacerlo. Entre tanto, esforcémonos por cumplir con exactitud los mandamientos de su Hijo, pues la prueba del amor son las obras. Un sentimiento de amistad no se aprecia entre los hombres por muchas protestaciones que se den de palabra, si llegando la ocasión no media algun signo exterior que lo acredite y confirme; la sociedad racional no acepta aquel afecto ensimismado y egoísta que se converge siempre dentro del círculo de sí mismo, y llama amigo falso al que reduce su amistad á frases elegantes y rodeos floridos, que pasan, como el sonido del bronce, sin dar resultado de ninguna especie. Obras, no palabras, exigimos de los hombres; amor, no de palabras y de retórica, sino de obra y de verdad, prescribe el Discípulo amado. ¿Y no es este el amor que debemos á María? Ella se sacrificó toda entera por el bien de sus hijos; pasó una vida pobre, humilde y silenciosa, sin fausto, sin lujo, sin regalos, modesta, recatada y pura, para corresponder al amor infinito de su Hijo, que por redimirnos se humilló hasta la muerte. ¿Amamos nosotros así? ¡Ah! Es demasiado pública la superfluidad en el vestido, demasiado conocido el dilapidador lujo, que de un solo golpe destruye las familias y los capitales, y la modestia y recato, que debían de ser el ornamento del pueblo cristiano. Nos contentamos con prácticas exteriores, con asistir á algu-

nos ejercicios religiosos en honor de María; pero llevamos al templo toda la vanidad del siglo, las modas destructoras de nuestra antigua compostura, y algunas veces hasta el desacato y el impudor. No hay armonía entre nuestras creencias y nuestras obras, y por consiguiente, no podemos gloriarnos de corresponder como hijos al amor de tan santa Madre.

Por eso, amados míos, la impiedad se muestra tan audaz en ir poniendo una zapa al edificio del Catolicismo; hemos introducido entre nosotros el lujo del paganismo, nos hemos afeminado, nos hemos enervado entre los mullidos almohadones de una sensualidad asiática, y sin que nos cueste mucho esfuerzo, hemos pasado insensiblemente del sensualismo á la indiferencia, de ésta al abandono de las santas tradiciones, y de aquí irá precipitándose poco á poco la sociedad en el vertiginoso seno de la incredulidad. Para evitar tamaña desventura, volvamos nuestras miradas á nuestra Madre, imitemos sus virtudes; y en el retroceso al antiguo modo de vivir, que fuera austero, severo y cristiano, entreveremos el triunfo de la verdad, la derrota de la mentira, y se nos presentará en lontananza aquella feliz mansion desde donde María manda con imperio á los espíritus malos para que no nos dañen, envía sus ángeles para que nos favorezcan, y dice á su Hijo, más eficazmente que Esther á Asuero, que la conceda la gracia para su pueblo, objeto de su amor, en el tiempo y en la eternidad, que os deseo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE EL

CONOCIMIENTO DE DIOS POR MEDIO DE MARÍA.

*Dominus ascendet super nubem levem
et ingredetur Ægyptum. Et cognoscetur
Dominus in Ægypto.*

El Señor subirá sobre una nube lijera,
y entrará en Egipto. Y conocido será el
Señor en Egipto.

(Isai., cap. xix, vers. 1 et 21.)

Hay un nombre que no puede articularse sin que sea como una armonía de dorada arpa, que, hendiendo súbitamente el espacio silencioso, produce en quien la oye de improviso una especie de éxtasis que eleva el alma á la region de lo bello y sublime de la creacion. Este nombre es María; María, la depurada emanacion de la Omnipotencia de Dios, el resúmen y compendio de todas las bellezas morales, el lienzo donde pinceló la sabiduría eterna todos los rasgos que hermosean el compuesto de la materia y del espíritu, y en cuyo conjunto resplandece un mundo entero, más perfecto que el mundo de las inteligencias angélicas; María, el centro de donde parten todas las obras divinas, como del disco solar salen todas las madejas de su luz; María, el gran quicial sobre que se mueve y gira la máquina de la regeneracion del hombre; María, ¡ah! la ligera nube que sirve de carroza al Rey inmortal de los siglos, para salir como la aurora entre rosadas nubes, alegrar al mundo, animar la naturaleza, y darse á conocer á los mortales.

nos ejercicios religiosos en honor de María; pero llevamos al templo toda la vanidad del siglo, las modas destructoras de nuestra antigua compostura, y algunas veces hasta el desacato y el impudor. No hay armonía entre nuestras creencias y nuestras obras, y por consiguiente, no podemos gloriarnos de corresponder como hijos al amor de tan santa Madre.

Por eso, amados míos, la impiedad se muestra tan audaz en ir poniendo una zapa al edificio del Catolicismo; hemos introducido entre nosotros el lujo del paganismo, nos hemos afeminado, nos hemos enervado entre los mullidos almohadones de una sensualidad asiática, y sin que nos cueste mucho esfuerzo, hemos pasado insensiblemente del sensualismo á la indiferencia, de ésta al abandono de las santas tradiciones, y de aquí irá precipitándose poco á poco la sociedad en el vertiginoso seno de la incredulidad. Para evitar tamaña desventura, volvamos nuestras miradas á nuestra Madre, imitemos sus virtudes; y en el retroceso al antiguo modo de vivir, que fuera austero, severo y cristiano, entreveremos el triunfo de la verdad, la derrota de la mentira, y se nos presentará en lontananza aquella feliz mansion desde donde María manda con imperio á los espíritus malos para que no nos dañen, envía sus ángeles para que nos favorezcan, y dice á su Hijo, más eficazmente que Esther á Asuero, que la conceda la gracia para su pueblo, objeto de su amor, en el tiempo y en la eternidad, que os deseo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE EL

CONOCIMIENTO DE DIOS POR MEDIO DE MARÍA.

*Dominus ascendet super nubem levem
et ingredetur Ægyptum. Et cognoscetur
Dominus in Ægypto.*

El Señor subirá sobre una nube lijera,
y entrará en Egipto. Y conocido será el
Señor en Egipto.

(Isai., cap. xix, vers. 1 et 21.)

Hay un nombre que no puede articularse sin que sea como una armonía de dorada arpa, que, hendiendo súbitamente el espacio silencioso, produce en quien la oye de improviso una especie de éxtasis que eleva el alma á la region de lo bello y sublime de la creacion. Este nombre es María; María, la depurada emanacion de la Omnipotencia de Dios, el resúmen y compendio de todas las bellezas morales, el lienzo donde pinceló la sabiduría eterna todos los rasgos que hermosean el compuesto de la materia y del espíritu, y en cuyo conjunto resplandece un mundo entero, más perfecto que el mundo de las inteligencias angélicas; María, el centro de donde parten todas las obras divinas, como del disco solar salen todas las madejas de su luz; María, el gran quicial sobre que se mueve y gira la máquina de la regeneracion del hombre; María, ¡ah! la ligera nube que sirve de carroza al Rey inmortal de los siglos, para salir como la aurora entre rosadas nubes, alegrar al mundo, animar la naturaleza, y darse á conocer á los mortales.

Cuando el corazon, aridecido por el ardoroso vendaval de la culpa, se siente marchito y lánguido, sin atreverse á despedir siquiera un ¡ay! consolador que le haga entrever en lontananza la justicia y santidad, pronuncia este nombre, y es una esencia aromática que fortalece, un rocío vivificante que regenera, y una luz que con sus fulgores suaves y continuados disipa las tinieblas. Cuando el alma pura y amante de la verdad infinita lanza una aspiracion que como saeta despedida va subiendo por los espacios azulados hasta tocar al corazon divino, primero se empapa en el suave bálsamo de este nombre, y llega al cielo tan sin mancilla como los espíritus. ¡Oh qué grande es este nombre! ¡Cuánta su influencia en los corazones!

El mundo era, por decirlo así, un niño fajado entre los pañales de su existencia, y ya resuena el eco de este nombre, pronunciado por el Supremo Hacedor, que lo presenta como la esperanza para unas criaturas y el terror para otras. Es para éstas un nombre misterioso, cuya total extension no pueden medir, porque es este un secreto de la sabiduría increada; pero si el nombre permanece encubierto, su oficio queda declarado. Es la serpiente de la serpiente antigua, la madre de una santa semilla que ha de triunfar de ese mónstruo, cuya cabeza estrellará Ella con su esforzado calcañar. Ella y su descendencia no tendrán sino un pensamiento y una sola aspiracion, que será la derrota de la mentira y el triunfo de la verdad, para que el Dios despreciado por el pecado sea conocido y amado de cuantos seres racionales haya en la tierra.

Esta Mujer es mirada con respeto aún por los sectarios de la sensualidad islamita, es reputada por grande hasta por los que la han querido negar sus celestiales prerogativas, es venerada aún por los que en asuntos de interés religioso se muestran indiferentes, es preconizada

por los sabios más aventajados del linaje humano, es querida tiernamente por las almas inocentes, y es honrada con culto especial por la Iglesia; fué celebrada en tiempos remotos con sublimes poesías; la vieron entre mil preciosas semejanzas los Profetas, y ni les bastaban las rosas y clavellinas de los valles para representar su fragancia, ni para describir su belleza eran suficientes las palmeras del desierto, los cedros del Líbano, los jardines de Engaddi, las fuentes de oro brotando aguas cristalinas, ni las torres de marfil, ni las ciudades de pórfito compuestas de esmeralda. Nada de esto llenaba los sentimientos é ideas sublimes que tenian sobre Ella, y se remontaban hasta los cielos para delinear su hermosura en la argentada luna, y describir su preciosidad en los resplandores del sol, y comparar su fortaleza con los aguerridos escuadrones de la milicia más ordenada, que es la celestial.

En vista de tanta riqueza de figuras como desplegó siempre la ciencia inspirada, al formar nada más que el boceto de Aquella á quien, en los dias de la revelacion manifiesta de Dios á los hombres, viera San Juan vestida del sol, coronada de estrellas y ejerciendo dominio sobre todo sér sublunar, ¿no surge naturalmente en nuestro espíritu un pensamiento sublime sobre el destino que la Providencia reservaba á María? ¡Ah! Lo habia dicho con bastante expresion el profeta Isaías, anunciando que Dios subiria á una ligera nube, y entraria en Egipto, y que entónces el Señor sería conocido por los egipcios: María era esta nube diáfana y ligera, en la cual pondria su asiento Dios, para que los egipcios, al observar la nube, descubriesen en ella al Dios que no conocieran.

Bien claro aparece, pues, el oficio de María entre los hombres: ser Ella el medio para conocer á Dios, tanto en su naturaleza como en sus personas: hé aquí por qué la desean los Patriarcas, la celebran los vates, suspiran por

Ella las naciones, y áun la acatan como una cosa celestial hasta los pueblos que no la conocen perfectamente. Hirieron á la humanidad despues de la culpa primitiva, fué la ignorancia; lo que en épocas más tardías aconteciera en la region del Nilo, no es más que un trasunto del estado de toda la humanidad despues de la prevaricacion de su primer padre; se envolvió el hombre en un denso manto de tinieblas, que no le dejaron ver la verdad revelada, y desconociendo al Dios que le está manifestando su existencia en cuantos objetos pueblan los cielos y la tierra, inventaron falsas divinidades, á quienes rendian el culto debido al Númen celestial.

Pero Dios, que en su amor habia elevado al hombre en su creacion, adornando su alma de sus dones para que lo conociese y lo amase, determinó, al verlo degradado de su primitiva dignidad, proporcionarle el medio, de que tenía que resultar la disipacion de las tinieblas y la diffusion de una luz tan copiosa, que con sus suavísimos resplandores iluminase á cuantos la viesan. Subirá, pues, Dios sobre una ligera nube, y como un triunfador que al recorrer las provincias dominadas se anuncia ántes con la clemencia y las donaciones, y depone todo el brillo y aparato exterior para no causar espanto á los débiles y ganarse el corazon de todos, se pasearia por todos los pueblos del mundo, diciéndoles que su mision era de paz y de amor.

Esta nube trasparente y ligera que sirve de carroza al Dios que nos visita, es María, en quien no podemos ménos de reconocer el medio por donde sube la humanidad al conocimiento de Dios; no es una nube tenebrosa que, llevada con fragor en alas de los huracanes, despide fuego y arroja rayos y pedriscos que aterrorizan, ni un conjunto de nubarrones que como burda manta oculta la vista del astro meridiano, sino una nubecilla que, dilatándose con el ligero soplo de los céfiros, derrama sobre la natu-

raleza un rocío fecundador, ó aglomerándose con pausa entre mil colores de nácar y arrebol, da al viajero una luz apacible y consoladora, cubriéndolo para que las centellantes ráfagas del sol no hieran sus pupilas. Ved, señores, lo que es María, y vamos á examinar su altísima mision, para que no despreciemos un medio tan adecuado y tan dulce como Dios nos presenta para que le conozcamos. Saludémosla ántes con el ángel:

AVE MARÍA.

Quando dos naturalezas distan entre sí por grados infinitos, no es posible que la limitada se aproxime á la infinita, si ésta no proporciona á aquélla los medios conducentes á la union. Sin estos auxilios, todos los esfuerzos serán inútiles para la naturaleza inferior, que jamás puede salvar un espacio inmenso. En esta situacion se encuentra el ángel respecto á Dios, pues, á pesar de su espiritualidad, si Dios no se le manifestára y auxiliára la debilidad inherente á la criatura, nunca tendria suficiencia para conocer con perfeccion la naturaleza divina y sus atributos, que, siendo eternos é infinitos, no pueden entrar en la esfera de una comprension que reconoce límites. Aun así elevada la naturaleza angélica á la contemplacion intuitiva de la esencia de Dios, ¿creemos acaso que los ángeles la comprenden? La comprenden, en verdad, pero no en la inmensa latitud de su esencia, sino segun la capacidad de que ellos son susceptibles; es grande ésta, es incalculable; pero dista infinitamente de la naturaleza divina; sólo Dios se comprende á sí mismo y se ve tal como Él es; porque su vista es como su forma, simplicísima, infinita, eterna.

La dificultad de ver á Dios y de conocerlo crece de una manera prodigiosa tan pronto como nos trasladamos de la naturaleza puramente espiritual á la humana, com-

puesta de sustancia material y de alma racional. Dios, en verdad, se nos presenta por todas partes, pero no vemos sino sus huellas; entre las turbas de los astros se oye un eco celestial que publica su gloria, y la sucesion de los dias está demostrando la permanencia y estabilidad de un Sér infinito que los dirige; entre las variadas flores se descubre su belleza; y hasta los gusanos que se embozan en sus capullos, y los insectos alados que con tanta delicadeza y simetría labran su blanca morada, depositando en ella el meloso néctar, dicen á nuestra alma que existe una Sabiduría eterna que enseña á todo viviente lo que Ella no ha aprendido de nadie. El bramido de los aquilones y el furor del vendaval, el suave aliento de las brisas y el murmurio de los riachuelos, los saltos del cordero y los arrullos de las aves, el rugido de las fieras y el melodioso cantar de los ruiñesores, todo nos está diciendo que hay un Dios. Pero por más que lo busquemos, no lo vemos como Él es en ninguna parte; pues, como afirma Isaías, es un Dios verdaderamente escondido (xlv), y segun Job: ¿Quién dará alcance á sus huellas? ¿Quién encontrará perfectamente al Todopoderoso? (Job, cap. xi, 7.)

Y ¿en qué consiste esto? En que nuestra alma, á pesar de ser espiritual, como obra en sus percepciones por medio de los sentidos, quisiera hacer sensibles aún á los séres que no están compuestos de partes divisibles: sabemos que hay ángeles que son espíritus inmateriales, y no podemos someterlos á nuestra comprension sino dándoles el contorno de un cuerpo juvenil lleno de belleza, con alas para volar, para demostrar su agilidad y su hermosura; sabemos la existencia de mil verdades metafísicas y especulativas, y comprendemos cuantos teoremas se nos presentan en las ciencias exactas, y nos vemos obligados á explicarlos por medio de guarismos materiales perceptibles á nuestra vista, y si ésta falta, á nuestro

tacto: con todo, la razon nos convence de que el ángel no tiene cuerpo, ni las verdades matemáticas son materiales. Discurrimos, por tanto, y nos afanamos en formarnos una idea de lo que es Dios; lo contemplamos más hermoso que los cielos, más refulgente que la luz, y despues de ahilar nuestro espíritu, nos vemos precisados á decir con San Agustin: «¡Dios no es lo que nos imaginamos, pues no cabe en nuestra inteligencia su esencia, ni puede nuestro espíritu medirlo.»

Nuestra alma, limitada como los espíritus angélicos por una parte, y por otra nuestros sentidos, que no tienen capacidad más que para conocer lo grosero de la materia, necesitan el auxilio sobrenatural para aquélla, y una trasformacion y renovacion para éstos. Así, cuando tengamos la dicha de ver á Dios cara á cara, ha de preceder á este nuevo estado de cosas un cambio esencial en nuestro cuerpo. «Es ahora corruptible, y entónces, dice el divino Pablo, será incorruptible; es innoble, y se levantará en gloria; se siembra en debilidad, y resucitará en virtud; desfallece el cuerpo animal, y aparecerá entónces espiritual (I Corint., cap. xv, 42, 43, 44), porque es necesario que esto que es corruptible se revista de la incorruptibilidad, y lo que es mortal adquiera la inmortalidad.» (Vers. 53.) Esta nueva naturaleza, esta regeneracion, como la llama el mismo Apóstol, por la cual suspira toda criatura, y mucho más nosotros que tenemos las primicias del espíritu (Rom., cap. viii, 23), es tan indispensable para nuestra alma, que sin ella no pudiera contemplar al espíritu increado.

Pero entre tanto llega aquel momento feliz, y mientras el hombre no puede ver á Dios sino en enigmas, y como por un prisma de mil transparencias, cuya fulgurante luz deslumbra sus débiles pupilas, ¿habria Dios elegido tan incompleta la obra más exquisita de sus manos, que no se diera á conocer al hombre, no sólo en

su naturaleza y atributos infinitos, sino en sus propiedades? ¡Ah! ¿Quién no alaba y bendice al Dios amoroso que esconde también bajo de un velo fabricado por Él mismo todos los resplandores de su esencia, para que el hombre la contemple aún agobiado como está en esta vida por la pesadez de los sentidos? Hay una distancia infinita entre Dios y nuestra alma, y se arrostra; hay un impedimento insuperable entre los sentidos corporales y el espíritu increado, y Dios prepara un medio de poner en contacto lo que aquellos no pudieran palpar. Este medio tan eficaz para conocer á Dios, es una criatura, es María.

Abstraigámonos por unos momentos del conocimiento que tenemos de la naturaleza divina, y examinado el estado de la humanidad sin tener en su seno á esta Hija que la ha ennoblecido, ó desaparece de ella la noticia de Dios, ó no se le conoce tal como es. La humanidad idólatra, la humanidad profesando el dogma de la unidad divina instruida por la razón natural y por la voz de un legislador inspirado, hé aquí el estado del mundo antiguo. Recorrerla en su primera fase es entrar en un horrendo laberinto de errores á que se precipitó el linaje humano olvidado de los preceptos que la razón eterna prescribe al hombre, y adoctrinado por sabios toscos y groseros que enseñaron á doblar la rodilla ante un pedazo de piedra pulimentada, bajo cuya figura, hija del capricho, pretendían representar el espíritu increado. Es lastimoso el cuadro de unas criaturas sin Criador, de un mundo ordenado sin ordenador, de seres conservados en su instinto y naturaleza sin providencia, pues el acaso lo había producido todo. Más triste es aún la idea de que el bien y el mal tuviesen dos principios, ambos eternos y con iguales fueros de divinidad; y es horrible el pensar que la ciencia humana viese la sustancia divina materializada en cuanto se objeta á los sentidos, haciendo á Dios

azul en los cielos, trasparente en los aires, cristalino en las aguas, diáfano en los vidrios, duro en las piedras, inmundo en las orduas, cruel en el asesino, sanguinario en el tigre, y perverso en el malvado. Tal era la idea verdaderamente horrible que se tuviera de Dios en las escuelas de la razón humana divorciada del sagrado consorcio de la Divinidad. No sólo no se reconocía su existencia, sino que, no pudiendo negarla, se le quitaba la espiritualidad, dándole la extensión, lo alto y lo profundo que constituye la esencia de la materia: bien pudo decirlo San Agustín, aludiendo á esta situación.

Pero fijemos nuestros pasos en un terreno más halagüeño: la razón humana, libre de los negros nubarrones del error, estudia la armonía de la creación en la brizna de yerba y en el cedro del desierto, y recorriendo la gran escala que media entre la chispa que sale de la colisión de dos piedras hasta esos globos de fuego que con majestuosa marcha recorren la bóveda del cielo y matizan la techumbre del mundo, no puede ménos de decir que hay Dios; ¿pero quién es este Dios? ¿Dónde habita? ¿Es un Sér aislado, que se place en habitar en las alturas? ¿Es un Sér abstraído y ensimismado, que no cuida de las criaturas, que ven sus pasos por todas partes, y aún sienten dentro de sí mismas una especie de soplo celestial, que no se parece á nada de lo visible, y representa en sus operaciones lo que no tiene ni puede dar la materia? ¿Vive acaso solo, sin haber engendrado algún hijo que sea el objeto de su ternura paternal, y que se le asimile en todo? Si tiene este hijo, ¿hay entre ellos algún vínculo que los estreche más íntimamente y los haga tan felices en su existencia como inseparables en sus operaciones? Nada de esto puede conocer la razón natural por sí misma, y ni aún puede ocurrírsele, por más que pretenda el racionalismo que se le ocurrió á uno de los hombres más aventajados en los estudios filosóficos.

Sin embargo, recorramos someramente las nociones de un pueblo privilegiado por su comunicacion con la naturaleza divina, á quien adoraba ofreciéndola sacrificios, y advertiremos que si conocia á Dios en su unidad, no pudo dar un solo paso más en un asunto tan interesante para el hombre. Acostumbrado á oír sus acentos entre el fuego y las detonaciones del Sinaí, á ver su poder desarrollado con horribles plagas en Egipto y con azotes en el desierto, y á sentir la presencia de su gloria entre nubes caliginosas, la idea que tenía de Dios era verdaderamente sublime, pero al mismo tiempo aterradora. ¿Quién se atreviera á hablarle cara á cara? ¿Quién osaba levantar hácia Él sus ojos sin morir de repente? Era, por tanto, un Dios escondido para el descendiente de Abraham, como lo era para el hijo de la ley natural. Vieran unos los vestigios de la Divinidad que desconocieron; oyeran otros la voz de este mismo Dios; pero no tenían valor para dirigir una mirada á su rostro, temerosos unas veces al ver los efectos de su justicia, deslumbrados otras por la refulgencia de la luz que despedía.

En el seno de esta nacion hay algunos hombres inspirados que conocen á Dios y reciben sus órdenes; oigamos á uno por todos. «¡Cuánta gloria rodea al trono de Dios! ¡Qué majestad y grandeza! ¡Qué fuerza la de su brazo! ¡Qué pavor el del mortal cuando los querubines de Isaías no se atreven á levantar sus ojos! «Señor, dice Abacuc, he oído tu voz, y temblé.» Saldrá Dios rodeado de esplendores, con gran pujanza de virtud en sus manos; delante de Él marchará la muerte, y el diablo caminará delante de sus piés. Echó una mirada, y disolvió las gentes, y se desmenuzaron los collados del mundo.

Tan pronto como vieron su marcha, se inclinaron los montes eternos. Armará su arco, cortará las fuentes, lloverán los volcanes, se secarán los rios; el abismo dió gri-

tos de terror, y las alturas levantaron al cielo sus manos. El sol y la luna estuvieron quietos en su tienda, y al fulgor de tus saetas marcharán tras tu relumbrante lanza. En tu bramido hollarás las naciones, y en tu furor las cubrirás de espanto y estupor. ¡Dios mio! Pues qué, ¿tus iras...?» Pero basta, Profeta santo; es demasiado el terror que tus palabras nos causan, y apenas osaremos levantar una mirada furtiva al Señor de tanta fortaleza. ¡Qué! ¿En algunos de tus éxtasis no has visto á una Mujer predestinada en los consejos de Dios á ser la aurora de la gracia, el iris de la paz y el medio con que se acerquen la grandeza infinita y la pequeñez del hombre? Esta Mujer vendrá al mundo, y la humanidad verá á Dios en sus brazos y hablará con Él, y lo conocerá, y lo tratará como á su hermano.

En efecto; tan pronto como María aparece en el mundo se descubre el velo que encubre la Divinidad, y es elevado el hombre, no sólo al conocimiento, sino al trato íntimo y familiar con Dios. El espíritu humano, que no puede comprender más que la existencia de la naturaleza divina con sus infinitas perfecciones, da un vuelo inmenso, que llega hasta el mismo santuario de Dios, y examina estas mismas perfecciones, y reconoce que no es un sér aislado sin relaciones, sino un Padre amoroso que engendra un Hijo tan eterno, tan omnipotente como Él mismo, y que de este Padre y de este Hijo, como de un mismo principio, procede el Espíritu Santo, quien ni es posterior en el tiempo ni inferior en la virtud. Y supuesto que nuestra alma no tiene toda su perfeccion, sino obra en sus percepciones por medio de los sentidos corporales, no sólo adquiere ella esta certeza infalible, sino que la trasmite también á los mismos sentidos, que ven á este Dios, que lo palpan, que oyen su voz, porque el Verbo eterno, el Hijo de Dios, se hace hombre, y vive con los hombres, y conversa con ellos, y les mani-

fiesta su gloria, como Unigénito del Padre, redundante en gracia y lleno de verdad.

El fundamento de nuestra fé es la existencia de Dios uno en esencia y trino en personas, que siendo realmente distintas, y procediendo el Hijo del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, no tienen sino una misma esencia y naturaleza, con los mismos atributos. Por más agigantada que quiera mostrarse nuestra inteligencia, no puede comprender cómo una naturaleza deje de multiplicarse, multiplicándose las personas; era necesaria la revelación del mismo Dios para conocer esta verdad, cuya existencia, si no repugna á la razon, se le esconde siempre bajo el velo impenetrable del misterio. Conocerla, equivale á saber todos los secretos de la Divinidad, todos los resortes de su sabiduría, y toda la economía de su providencia. La creacion del mundo, la formacion del hombre, su caída, su levantamiento, todo es un misterio oculto á la ciencia humana; pero no bien se deja ver María, todos leen en Ella, como en un gran libro, quién es Dios, qué personas tiene, cómo se llaman, qué objeto tiene en sus obras, y qué vale á su vista y presencia el hombre, pues todo lo enseña María con mostrarnos á su Hijo. Todo esto aprende la humanidad con la maternidad de María.

En realidad, es sorprendente cómo Dios se vale de una pura criatura, para manifestarse por medio de Ella y hacerse conocer de todos; pero brilla en esta obra la sabiduría eterna, que escoge los medios en proporcion con la debilidad de las criaturas que quiere santificar y elevar hasta sí. La manifestacion de Dios á los hombres en la Encarnacion de su Hijo es el hecho más portentoso, más allá del cual no puede ir la omnipotencia. Se descubre en Él la persona del Padre que impone al Hijo el precepto de venir al mundo, para que, tomando carne humana, haga en esta naturaleza lo que no puede hacer

en la divina, que es el oficio de mediador entre la Divinidad ofendida con justicia, y la humanidad criminal que no tiene fuerza para satisfacerla. Se revela este mismo Hijo, que, indivisible con su Padre en la naturaleza, desciende personalmente á las entrañas de una Virgen, y sin dejar de ser Dios de Dios, luz de luz, resplandor de la gloria increada y figura de la sustancia del Padre, se reviste de nuestra naturaleza, tomando un cuerpo como el nuestro, y sometiéndose á todas las miserias inherentes á su esencia de criatura débil y perecedera, que empiecen por el vagido infantil de la cuna, y concluyan con el suspiro triste de la muerte. Se nos manifiesta tambien el Espíritu Santo, cuya virtud divina, cubriendo con la blancura de sus alas el candoroso corazon de una Mujer, forma en ella aquel cuerpo que ha de ser animado con la presencia real y personal del mismo Dios de quien Él procede; para que ninguna criatura sino María tenga participacion en esta gran obra, concurriendo á Ella sólo el Padre, que envia; sólo la persona del Hijo, que se humana; sólo el Espíritu Santo, que organiza el sagrado cuerpo del Verbo divino.

Todas estas sublimes grandezas se desprenden del misterio de la Encarnacion; pero si quitamos á María, si la apartamos de esta empresa divina, el mundo de las inteligencias quedará tan tenebroso como quedaria el mundo material si de repente subiese el astro del dia al espacio de la superficie donde giran las estrellas. María es el astro luminoso que esclarece nuestros espíritus, y al aparecer entre nosotros como Madre de Dios, nos conduce infaliblemente al más exacto conocimiento del Hijo, y por medio de éste al del Padre y el Espíritu Santo; porque con cada una de estas tres divinas Personas la unen relaciones que, siendo realmente distintas como ellas mismas, se identifican y singularizan por el objeto, que no es más que uno: el de mostrarse Dios á los hom-

bres en su unidad esencial y trinidad de personas. Misión tan extraordinaria apenas parece que pueda caber en una criatura, pues para decir al mundo lo que es Dios en su naturaleza, sólo se concibe que pueda hacerlo el mismo Dios, que se comprende perfectísimamente á sí mismo; pero desde que este Dios se hace Hijo de María, como Madre conoce su naturaleza, sabe sus propiedades y tiene el cargo de enseñárselas á todos los hombres, porque el fruto de su vientre no solamente es Hijo de Dios, sino hijo también del hombre.

Así es, católicos; unidas en Jesucristo las naturalezas divina y humana en una sola persona divina, no puede conocerse al hombre sin conocer también al Dios, pues es una misma personalidad. María concibe y engendra á este Dios, y son tan extensas las relaciones naturales que adquiere con la Divinidad, que al ser elevada á concebir al Hijo, necesariamente se une con intimidad al Padre. No puede concebirse que el Hijo venga á ser mediador sin que suponga la existencia de una persona divina que lo envíe en virtud del derecho de paternidad que tiene sobre Él; ménos puede entenderse que este Hijo pueda satisfacer á la justicia divina, si no es Dios igual y consubstancial al Padre, porque es preciso que para borrar una ofensa infinita, el mérito de la satisfacción reciba un valor infinito. De aquí es que el Hijo necesariamente ha de ser de la misma naturaleza y esencia que el padre, uno como Él, indivisible en sus atributos, porque no pudiendo darse dos seres infinitos, atendido que uno excluye la existencia del otro, en la misión del Hijo que cumple la voluntad del Padre y se humilla en la naturaleza que toma, se ve claramente la unidad de esencia con la personalidad del Padre que engendra y la del Hijo que es engendrado.

¡Cuánta luz derrama esta sola verdad en las inteligencias humanas! Aquel Dios que con su palabra crió al

principio los cielos y la tierra, se ve que no es el ser indiferente que, según decían unos filósofos antiguos, se pasea entre los polos de los cielos sin cuidarse de las cosas sublunares, ni ocuparse en el estado de los hombres. (Job., cap. xxii, 14.) Es un espíritu purísimo, que llena con su inmensidad los cielos y la tierra, dando movimiento á los astros, vegetación á las plantas, animación al hombre que vive y se mueve y respira en él; es un Ser infinito, que contiene dentro de sí á los demás seres, sin confundirse con ellos, dándoles á todos, no su propia sustancia, como pensaba la ciencia errónea, sino lo que conviene á cada cual en razón de criatura. Es un Padre que determina dar á su hijo un patrimonio, sacando de la nada ejércitos de espíritus que le sirvan día y noche, cumpliendo sus voluntades, y lo alaben y bendigan por sus perfecciones infinitas, y además forma los pueblos y naciones para que sean su herencia. Es también un Padre amoroso para con los hombres, que se compadece de sus miserias, y viéndolos condenados á una proscripción eterna, los adopta por hijos en su propio Hijo, haciéndoles herederos de su gloria, predestinándolos en este objeto de sus complacencias á los goces celestiales. Es un Criador á quien asiste de justicia el derecho de exigir de toda criatura racional el culto y la adoración como homenaje debido á su santidad y como efecto de gratitud; es un Juez recto que no puede ménos de examinar las acciones de los seres á quienes gratuitamente ha donado la gracia que no podían merecer, y la opción de elegir lo bueno ó lo malo, para dar á cada uno su merecido en una vida que dure tanto como el que la dió, pues con la misma generosidad los hiciera espirituales é inmortales. ¿Dónde está, pues, el paganismo con sus dioses multiplicados hasta lo infinito? ¿Dónde las doctrinas erróneas del hombre, que convertía la gloria del Dios incorruptible en imágenes de sierpes y cuadrúpedos y reptiles? ¿Dónde

el vano filosofismo que atribuyera al acaso la existencia de la materia organizada? Es un edificio de arcilla, fundado sobre la movediza arena de la ciencia humana guiada por su propia razon, edificio que se pulveriza con sólo decir que María engendra en sus entrañas al Hijo de Dios, que es tambien Dios. Si el hijo de Abraham, conecedor de la unidad divina, se llenaba de espanto sólo con oír pronunciar el nombre de Jehová, comprende que hay un amor infinito en este mismo Dios, como que tiene entrañas de Padre; amando al Hijo que engendra eternamente, necesariamente ama á los hombres, pues quiere que su propio Hijo tome su naturaleza y sea individuo de la gran familia.

Aquellas maldiciones que se fulmináran en las montañas de Garizin; aquellas flagelaciones con que los visitáran en las épocas de sus apostasías; aquellas voces terroríficas con que les hablára por medio de Moisés y los Profetas, no manifiestan al ser áspero y duro que se complace en dominar por el espanto, ni al tirano que tiene su gloria en el avasallamiento de los inferiores, sino al padre compasivo que amenaza á sus hijos con males menores, para contenerlos en los límites de sus deberes, á fin de que no caigan en otros de consecuencias más terribles y trascendentales. El amor que tiene al Hijo de María es infinito, el que tiene á la Madre es infinito, el que tiene á los hermanos de su Hijo es infinito, y se lo tiene á éstos precisamente, para excluir con el amor infinito el que Dios tiene necesariamente á la culpa y al que la quiera cometer, sabiendo lo injuriosa que es á la naturaleza y santidad infinita. Hé aquí un sublime conjunto de verdades que por su naturaleza van á objetarse al espíritu; pero necesitaba el hombre que los sentidos tomasen parte en su conocimiento, para confirmar con la experiencia lo que la fé y el raciocinio enseñaba y percibia. Era el Hijo de Dios quien tomara á su cargo

propagar entre los hombres la doctrina pura y exacta sobre la naturaleza de la Divinidad; pero para oír la voz de este Maestro es preciso dirigirse primero á María, porque Ella es quien le da vida temporal; Ella la que lo concibe y da á luz, y Ella le da aquella lengua y labios divinos con que se han de transmitir á los hombres las verdades augustas que los salvan. De manera que el Dios invisible en su naturaleza, se hace visible en la que le da María, manifestándonos su origen y procedencia, el objeto de su venida al mundo, lo que le une con su Padre y lo separa de Él, lo que le hace igual y lo constituye inferior. Él, dice, es el principio de todas las cosas, por quien se ha hecho cuanto hay en los cielos y en la tierra; Él publica que su Padre y Él son una misma cosa; que su Padre lo ha enviado, y que está siempre con Él, no hablando sino porque lo ha mandado su Padre, y lo que le ha prescrito su Padre. Dice que va á morir por su propia voluntad; que es dueño de morir y vivir, pero que en lo primitivo cumple el mandato que ha recibido; afirma que resucitará triunfante y glorioso; que subirá á sentarse á la diestra de su Padre, y que de allá enviará el Espíritu Santo, el mismo que será tambien enviado por el Padre en su nombre.

Este Maestro divino está enseñando á los hombres por espacio de treinta y tres años, ora con ejemplos sublimes, ora con palabras celestiales; pero todas estas acciones y palabras son una donacion que le ha venido de su Madre, que le diera la naturaleza humana, así como su sabiduría infinita es otra donacion que le hace el Padre en su generacion infinita. ¡Ah! Es tan admirable esta armonía y union que hay entre el Hijo de María, que nada puede hacer como hombre sin que lo haga como Dios, ni puede manifestarse el hombre sin que se descubra al Dios, siendo tan recíproca la accion, que al hablar Dios articula el hombre, y al morir el hombre espira

Dios. Para realizar esta comunicacion portentosa han concurrido respectivamente del mismo modo el Padre celestial y la Madre terrena, dando aquél al Hijo cuanto es en su esencia divina, y Ésta participándole cuanto Ella es en la naturaleza humana; hay, sin embargo, una diferencia entre el Padre eterno y María en la generacion, y es que el Padre sólo puede engendrarlo esencialmente Dios, mas no hombre, y María lo engendra esencialmente Hombre-Dios, porque á la humanidad, que es concebida en sus entrañas, se une hipostáticamente en el primer momento de la generacion Aquél que eternamente es engendrado por su eterno Padre, Dios de Dios.

¡Incomparable dignidad de María! ¡Incomprensible misterio de su maternidad divina! Pero debemos comprender que precisamente en esta generacion simultánea es donde Dios constituye el modo de comunicarse á todos y á cada uno de los hombres, siendo la Madre el medio para elevarse lo finito á lo infinito, la criatura al Criador, el hombre á Dios. Hasta entónces no habia dejado oírse en la tierra la voz dulce y amorosa del Padre; si en épocas remotas se dirigiera á Abraham prometiéndole bendiciones en su linaje; si más tarde habla familiarmente con Moisés, dándole imperio sobre Faraon para castigarlo, y sobre los descendientes de Jacob para gobernarlos; si entre fulgurantes rayos publica sus leyes y preceptos desde las alturas del Sinaí y del Horeb, no es propiamente la voz divina la que hace retemblar los montes, la que instruye ó anuncia el porvenir, sino la voz angélica, cuyo ministerio es el intermediario entre la naturaleza infinita y los hombres, para recibir órdenes de Aquélla y comunicarlas á éstos; y si algunas veces los consuelan, muchas más son las que les causan miedo y espanto; de tal manera, que en el desierto el pueblo de Israel se encuentra tan estremecido despues de haber percibido los primeros ecos de aquella voz, que suplica á

Moisés que no sea á la muchedumbre, sino á Él, á quien Dios hable, pues nadie tiene valor para escuchar sus terribles acentos.

Pero desde que María engendra al Hijo de Dios, ya no es la lengua de los ángeles la que anuncia al mundo las voluntades divinas, sino la misma voz del Padre celestial. Se encuentra su Hijo en medio de los hombres, y ora se vean agobiadas las riberas del Jordan por innumerables penitentes que acuden á ser lavados en sus aguas, ora no haya más testigos que tres discípulos en las vertientes del Tabor, ora hormiguen en las turbas en los peristilos del templo de Jerusalem, la voz del Padre hiende suave y melodiosa los aires para dirigirse al Hijo y á la concurrencia que lo rodea y admira. Aquí asegura que lo ensalza y lo ensalzará; allí que es su Hijo bien amado en quien tiene sus complacencias, y en otra parte manda á los hombres que oigan su doctrina, pues para enseñarnos ha tomado su semejanza. Este Hijo de Dios es el Hijo de María. No es ménos visible el Espíritu divino en la gran obra de la Encarnacion: fuera Él quien santificara las almas, quien inspirara los Profetas, quien recorriera las aguas, segun la sublime frase de Moisés; pero á pesar de su influencia directa en la creacion del mundo, en la coordinacion de las especies y en la justificacion del hombre, era un Dios verdaderamente escondido para nuestras inteligencias; mas desde que María contrajo con Él las relaciones de Esposa, esta augusta Persona divina se manifiesta al mundo con todo su amor y difundiendo por todas partes sus dones. No basta que Él haya formado en el seno de María aquel cuerpo divinizado por la persona del Hijo, de lo que María puede dar testimonio, pues no ha aceptado la dignidad de Madre hasta que no ha sido certificada de que sólo el Espíritu Santo tendria parte en la generacion temporal de su Hijo; desde que el Hijo de María se muestra en público, se sim-

bolizan á la vez el Padre celestial hablando con Él y con los hombres, y el Espíritu Santo cerniéndose como cándida paloma sobre el primero para que lo vea la muchedumbre, y posándose más tarde sobre los segundos en figura de lenguas de fuego, y llenando su morada con un suavísimo viento celestial, emblema de sus divinas inspiraciones. ¿Puede darse mayor manifestacion de Dios á los hombres? ¡El espíritu humano elevado al conocimiento de las tres Personas divinas! ¡Los sentidos dando testimonio de cuanto la revelacion enseña al alma, oyendo la voz del Padre, palpando las acciones del Hijo, sintiendo las influencias del Espíritu Santo, y percibiendo la presencia de Dios, pudiendo decir con Job: «He oido hablar de Tí, pero ahora te veo con mis propios ojos!» *Auditu auris audivi te! Unus oculus meus videt te!* (Job, cap. XLII, 5.) ¡Oh misterio de amor! ¡Oh dignacion infinita!

Realmente es inmensa la deuda que la humanidad tiene con Dios; pero no es menor la que tiene con María; porque si bien el modo en Dios es infinito, y en María limitado, el objeto es el mismo. Dios se nos manifiesta por la Encarnacion en su esencia y en sus personas enseñándonos los atributos de aquella y las propiedades de éstas; pero es por medio de María. El Hijo eterno es el vínculo que mutuamente une al Padre con Él; mas este mismo lazo une á María con la Divinidad; la une con el Padre, cuyo Hijo empieza á ser Hijo de María; la une con el Hijo, á quien da el sér temporal; la une con el Espíritu Santo, que forma el sagrado cuerpo en las entrañas de María. Así como donde se vean los rubicundos fulgores del alba risueña se anuncia la inmediata presencia del sol, así tambien en cualquier parte que se presente María se sabe ciertamente que allí está Dios; para conocerlo, no hay más que acercarse á María. El Hijo nos guia al conocimiento del Padre; pero no es posible conocer al Hijo

sino por medio de la Madre. Siendo imposible la vision intuitiva de Dios, mientras nuestra alma esté ligada á órganos groseros como son los sentidos, y queriendo Dios que lo conozcamos en esta vida, reemplaza en cierta manera la gloria del cielo en la tierra, proporcionando una especie de vision clara y purísima por medio de los mismos sentidos, siendo María el espejo donde veamos reflejar directamente los resplandores de la Divinidad.

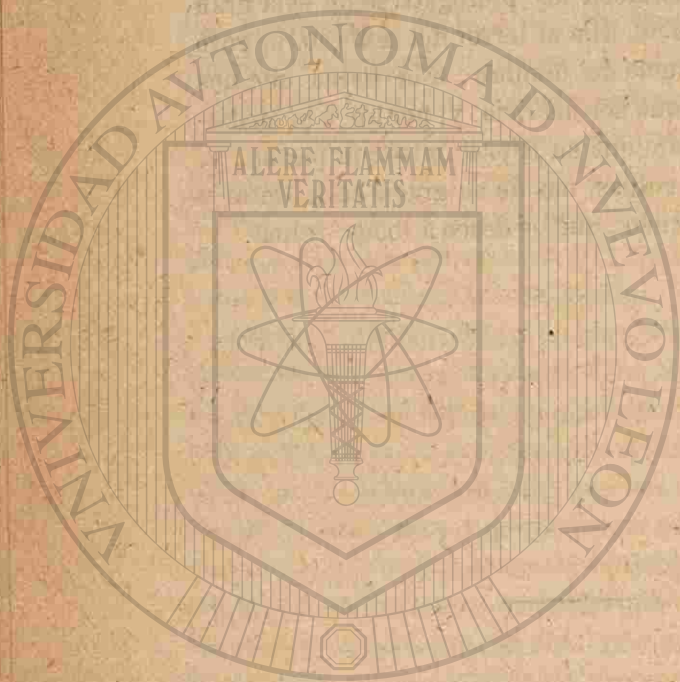
Bien persuadido estaba de esta verdad San Cirilo de Alejandría cuando, levantándose en medio de los Padres de Éfeso, pronunció aquel sublime discurso, cuyas palabras no puedo omitir: «Veo alegre, dice, este Senado de Santos, que se hallan reunidos obedeciendo al llamamiento de la Madre de Dios. ¡Bendita sea la Santa Trinidad, y désela gloria y alabanza! ¡Sea tambien gloria y honor á Tí, oh Santa Madre de Dios! Por Tí es santificada y adorada la misma Trinidad, y todas las criaturas, despues de conocer y despreciar la vanidad de la idolatría, han adorado la Cruz y recibido el bautismo.» (*Homil. cont. Nestor.*) ¡Qué doctrina tan sublime, pero al mismo tiempo tan ilustradora, sobre la Beatísima Trinidad! ¿Qué inteligencia humana, por limitada que sea, dejará de entender que las personas divinas no son puras abstracciones de la razon, sino tres personas realmente distintas, cuando ve y sabe que la segunda es el Hijo, cumple un hecho positivo y sensible, como es el de tomar carne en el seno de María, vivir con los hombres y morir en un madero? ¿Quién al creer que muere el Hijo sin que mueran ni padezcan el Padre ni el Espíritu Santo, no comprende que, siendo Dios quien espira en la Cruz, hay en la Divinidad una naturaleza indivisible é ingenerable, con las mismas operaciones esencialmente únicas é inseparables, pero propias unas de una persona y otras de otras? Cuando el que espira en el Gólgota invoca á su Padre y habla á su Madre; cuando promete el envío del Espíritu Santo,

¿habrá razon que no comprenda la unidad de esencia y la trinidad de personas?

Sí, católicos; el Cristianismo entero es un hecho sublime encerrado todo en la maternidad de María; María lo descubre, María lo hace ostensible, María lo desarrolla, mostrando á su Hijo como al Rey de los siglos, al consumidor y autor de nuestra fé, al Hijo de Dios, á su propio Hijo, y por fin á nuestro hermano. María nos enseña tambien las operaciones del Padre, que la da á su Hijo para que se entregue al mundo; y, por fin, nos muestra al Espíritu Santo, que, despues de haberla cubierto á Ella con su sombra y virtud, nos santifica á todos y nos robustece con su gracia.

¿Tenía razon San Bernardo para afirmar que María es el complemento de la Santísima Trinidad? ¡Ah, católicos! No la completa en Ella misma, porque es un Dios infinito; pero la completa en sus obras exteriores, á las que concurre, y en el conocimiento que nos suministra de su unidad de naturaleza y distincion de personas. Si queremos, pues, elevarnos hasta Dios y tener nociones exactas de sus perfecciones, no pongamos ante nuestros ojos los prismas seductores de una ciencia depravada que se ha decorado con el nombre de filosofía para sorprender á los incautos. En el estudio del Cristianismo, tal como nos lo propone la Iglesia católica, tenemos el punto céntrico de donde proviene toda luz que ilustra, sin deslumbrar ni turbar nuestras pupilas; este centro es María, en cuyo seno descansa el Sol de justicia, derramándose en su derredor copiosas madejas de fulgores divinos que nos llevan al Padre celestial. Yo no cesaré, en cuantos discursos tenga el gusto de hacer sobre la Religion, de inculcaros la gran importancia del conocimiento y amor de María, como que estoy persuadido, por la enseñanza de la gloria y la no interrumpida doctrina de los Santos, que María es la estrella que nos alumbrá en las tinieblas de

la ignorancia, el faro que nos muestra el puerto de salvacion, la tabla que nos saca del naufragio de la culpa, y la maestra que nos ilustra sola la naturaleza de Dios y nos enseña incesantemente sus misericordias. Estudiemos, pues, con humildad las prerogativas de esta gran Señora, y veremos en Ella al terror del infierno, al gozo del ángel, al consuelo del hombre, á la Reina que nos corona, á la Madre que nos acaricia, y, por fin, á la Mediadora del mundo, para que su Hijo lo mire con piedad, y, perdonándonos las culpas, nos dé su gracia en la tierra y su compañía en el cielo, que os deseo á todos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL

CORAZON DE MARÍA.

Et mater ejus conservabat omnia verba hac in corde suo.

Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

(Luc., cap. II, vers. 51.)

Siempre que me cabe la dicha de hablar de la Madre de Dios, siento en mi corazón un movimiento de alegría, que, como bálsamo aromático, produce en mí la admiración, la sorpresa y el consuelo. Antes de articular una sola voz, echo una mirada al conjunto de bellezas que son como la atmósfera de ese astro, oriundo más del cielo que de la tierra, y entra mi alma en una especie de quietud extática, producida por lo demasiado bello y sublime del objeto que se me representa. Si mi débil pupila, robustecida por la influencia de la revelación, persevera contemplando tanta grandeza, comprendo desde luego que la magnitud de sus excelencias es tan extensa, que no la abarca ni la vista del ángel ni el sentido del hombre, por más que aquél contemple, por más que éste describa. María es una región inexplorable, por ceñirla en derredor una zona de luz deslumbradora, y tener dentro de sí el inmenso foco del candor eterno. Pero esta admiración que es siempre nueva, esta sorpresa con que descubro en María alguna partecita de sus bellezas inefables, va acompañada del consuelo que me inspira la fé, enseñán-

dome á amarla, para estudiar en la escuela del amor lo que no pueden demostrarme las reglas del raciocinio. La fé me dice que ame con toda mi alma al Dios incomprendible, y apénas puedo aspirar á cumplir un solo acto de caridad, sin encontrar que no es digno de aceptacion mi amor al Sér infinito, si no amo tambien á la que tiene con Él la indivisible participacion de relaciones naturales. Amo á Dios, á quien no comprendo porque es infinito, y tambien debo amar á María, cuyas excelencias no puedo comprender porque son las excelencias de una dignidad que por su objeto es tambien infinita.

Y este amor, que tiene la virtud de hacer de lenguas tardías lenguas elocuentes, arde en mi corazon; sólo con nombrar á María, siento que las fibras más delicadas de mi espíritu resuenan con tanta armonía como las tirantes cuerdas del arpa melodiosa; sólo con recordar su dignidad, mi alma se eleva á las regiones celestiales, y émulo de los querubines de lo que es inefable, persuadido como estoy de que nunca podrá bastar á explicar sus grandezas, ni el acento del ángel, ni la lengua del hombre.

Pero, católicos, me veo en el caso de deciros que hoy me hallo perplejo ante el gran asunto que me habeis encargado, sin atreverme á echar en él una simple mirada. El Corazon de María es el gran santuario á donde no ha entrado ni puede penetrar más que el Sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedech; al hombre puro se le concede registrar sólo el átrio del templo de Dios, pero no puede arriesgarse á levantar el recamado, porque lo cubre todo la gloria del Espíritu divino, que habita tras este cortinaje de santidad fabricado por Él mismo. Aun tratando de escudriñar las acciones humanas, no vemos más que la corteza exterior, siendo el corazon del exclusivo dominio de la Divinidad, que lo examina y lee sus secretos, aunque estén escondidos en los más oscuros senos. ¿Cómo, pues, nos atreveremos á dirigir una mi-

rada observadora al corazon, que es el asiento de la Majestad infinita; al corazon, que no tiene más que un afecto, deuda sagrada hácia una ternura afectuosa, infinita, con que lo ha vinculado á sí el Espíritu Santo?

¡El Corazon de María! ¡Sus sensaciones! ¡Sus movimientos! ¡Sus aspiraciones! ¡Su amor! ¡Su correspondencia! ¡Sus designios! ¿Quién los conoce? ¿Quién los comprende? Nosotros podemos hablar de su humildad, que la ensalza sobre los ángeles; de su castidad, que la hace superior á los serafines; de su virginidad, que la encumbra sobre todas las madres; de su inmunidad, que la distingue de todo el linaje humano; de su dignidad, que la une á los destinos temporales de Dios en la tierra y á su Trono de gloria en el cielo; de su sabiduría y de su fé, que la hacen Reina de los Patriarcas y Profetas; de su valor, en que excede á los Apóstoles; de su constancia y heroismo, con que aventaja á los mártires, porque hemos visto á esta Vírgen en todas las fases de la vida humana, y ha sido sin cesar un cielo siempre sereno, una luna siempre argentina y sin menguante, una fortaleza de marfil siempre armada, una azucena siempre odorante y blanca entre espinas, una esbelta palma en el desierto, una rosa siempre aromática en el valle. Mas ¿quién ha visto su corazon? Sólo el Padre, que sabe cuánto es el amor de una Hija; sólo el Verbo divino, que ha visto en sus cariños lo que es una madre; sólo el Espíritu Santo, que la ha tomado por Esposa; sólo Dios, que ha explorado su voluntad por medio de una embajada.

En medio del asombro que embarga todas las potencias de mi alma, sólo descubro un camino para poder llegar á rastrear siquiera lo que es el corazon de María. Nos dice el Evangelio conservaba en su Corazon cuanto habia pasado con Ella: *Et Mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.*

Es el Corazon de María donde Dios guarda sus secre-

tos; y yo no me admiro tanto de que Dios se los entregue, cuanto de que María tenga capacidad para contenerlos; es la sabiduría de Dios, la omnipotencia de Dios, la providencia de Dios, la misericordia de Dios, lo que María conserva encerrado en su corazón; todo es eterno, todo inmenso, todo infinito, y no puedo ménos de preguntar á mi corazón si comprende cómo la criatura abarca al Criador, cómo lo limitado abraza lo infinito, y me veo precisado á humillarme, confesando que María es un objeto inefable para mi lengua, pero amable para mi corazón.

Entre tanto, ya que no me es dado examinar lo interior de este santuario de las ideas divinas; ya que no alcanzo á comprender cómo las grandezas infinitas caben en un objeto limitado, me atreveré á explorar la causa de esta confianza omnimoda que Dios tiene en el Corazón de María, para que, en vista de esto, amemos al Hijo y á la Madre, ya que Uno y Otra, por diferentes motivos, son incomprensibles. El Corazón de María es el único que es digno de merecer á Dios la confianza que inspira el amor natural; este asunto ocupará vuestra atención religiosa.

¡Corazón amabilísimo de María! ¡Dadme una partecita de vuestras aspiraciones, y seré sabio; un destello de vuestras luces, y discurriré con acierto; un poco de vuestros afectos, y seré elocuente! ¡Dadnos á todos deseos sinceros de amar la verdad, y atraídos por el aroma de vuestras virtudes, encontraremos en vuestro seno amoroso la salud y la vida! Hémos, pues, aquí postrados á vuestras plantas, saludándoos con el Ángel.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

No ha salido de las manos de Dios un sér animado que no tenga una propension natural á procurarse los medios de conservarse á sí mismo, de reproducirse y perpetuar su especie, multiplicándola numéricamente, resultando de ahí una atracción necesaria sobre los individuos de una misma naturaleza, que están vinculados por las relaciones de maternidad y filiación. Aparte la fiereza ó la mansedumbre, la astucia ó el candor, igualmente han dividido esta propiedad la humilde corderita, el rapante condor y la tórtola inocente. Es esto lo que llamamos el amor natural; no importa que en estos séres no tenga más duración que la marcada por el tiempo necesario á la generación y lactancia; no importa que no sea la razón, sino el ciego instinto, quien lo engendre; la materia animal, no el espíritu, quien lo guíe; siempre es cierto que en todo corazón donde haya gérmen de vitalidad, existe también el foco del amor, aunque por su naturaleza y propiedades no sea sino un amor puramente material.

Pero donde plugo á Dios encerrar un verdadero venero de amor, fué en el corazón humano, de cuyo seno saldría con toda la ternura de la sensibilidad y con todas las galas de la espiritualidad; afectuoso, sensible y compasivo, no podría ménos de amar á cuantos llevasen en su frente el mismo emblema de dignidad natural que lo distingue á Él y lo eleva sobre toda la naturaleza visible; espiritual, racional y discursivo, era consiguiente que, no encontrando entre la materia la simpatía atractiva de los séres que se asimilan, se elevase á las regiones de la pureza, al espacio azulado, entre cuyas estrellas oye resonar el eco de mil voces que cantan la glo-

ria de un Dios, cuyas huellas están marcadas en la tierra y en los mares. Lo hallaría, porque este Dios le previene en sus caminos, le precede en sus deseos, le acompaña en sus aspiraciones, y lo confirma en sus obras; y después de encontrarlo, diría con el alma enamorada: «He dado con el que ama mi corazón; lo tengo asido, y no lo abandonaré.» (*Cant.*, cap. iii, 4.)

¡Noble corazón humano! ¡Cuántos tesoros ha encerrado en tí la Providencia! No hablaré de tantos amores como salen de este foco, contrarios entre sí muchas veces, sublimes y bajos, nobles y viles, celestiales y terrenos, espiritualizadores y materializadores, recibiendo su calificación del objeto á que tienden y de los efectos que causan; pero sí debo decir que el amor hácia la materia es la inversión de las facultades intelectuales, que de dominadoras se convierten en siervas, así como el amor á lo celestial es la expansión natural del instinto racional, conforme con los designios del Criador y con la inclinación innata que tenemos á buscar nuestra dicha en el objeto beatificador. Debo también añadir que sólo el amor á Dios es el que armoniza con la nobleza del hombre, santificando en este amor el que en el círculo de lo recto y de lo justo tengamos á las criaturas, por estar subordinado al del Criador.

Entre tanto, católicos, ¿cómo amamos á Dios? ¿Por qué lo amamos? ¿Para qué lo amamos? Amamos á Dios con aprecio, porque es la santidad infinita, la justicia y la hermosura inefable; y cuando lo amamos de este modo no pensamos en las penas del precito, porque donde hay amor puro é interno hácia Dios, no sólo por sus bellezas increadas, sino también porque en este amor nos ha prometido Él mismo que hemos de encontrar una felicidad sin fin, amamos á Dios, y mezclamos nuestro amor con un temor reverencial, pues podemos perder su amor por el pecado, y con él el derecho á la patria celestial. Todos

estos amores son dignos del hombre, y agradan á Dios; el primero es heróico, el segundo es santo, y el tercero nos conduce á la adquisición de la gloria: amamos á Dios con amor de amistad; lo amamos por nuestro propio bien; lo amamos con reverencia, huyendo del pecado, porque ofende la santidad infinita y nos hace desgraciados. Pero ¿podremos amar á Dios con aquel amor que, suponiendo en un objeto dignidad y acreencia, tiene por motivo el bien de ese mismo objeto amado? ¿Podremos amar á Dios para procurarle algún bien? Examinémoslo.

En el corazón humano hay un amor necesario, y es necesario, no porque no sea libre, sino porque es natural, y no puede ménos de existir, sin que la voluntad sea precedida por el discurso, por ser el resultado de las causas naturales que obran en virtud de las leyes que las rigen; este amor es el de la madre para con el hijo. Lo ama en sus entrañas, y aunque salga de ellas como del primer lecho donde haya reposado, se traslada á otro que es más sensible, á su corazón, á sus cuidados, dice el Angélico maestro (1.^a 2.^a, quæst. 10, art. 12), en donde vive siempre y respira el hijo. No hay sino dos amores de esta especie, infinito uno, y es el que Dios nos tiene, como nuestro Padre y Criador; limitado otro, y es el de la madre para con su hijo: aquél procede de una voluntad también infinita é infinitamente libre en sus obras; éste también proviene de un corazón libre en sus aspiraciones, pero arrastrado por la naturaleza y el instinto á amar al que es una parte de su propio compuesto. Este amor es el que se llama de amistad en grado más que heróico, porque, no sólo aprecia en su justo valor al objeto amado, sino que todas sus aspiraciones no tienden sino á procurar el bien posible al que se ama. Ninguno puede mejor explicar esta verdad que aquellas madres en cuyo corazón laten los movimientos de un alma pura.

I. He recorrido el florido campo del amor en todas

sus fases, para poder rastrear lo que es el Corazon de María; despues de meditar mucho en cuanto encierra, me he encontrado en un horizonte de luz que me ha sorprendido por sus bellezas, que apénas puedo mirar. No os asombreis de lo que voy á deciros: María ama á Dios por el bien de este mismo Dios. Angeles y hombres, y cuantos pudieran amar á Dios, cuando más, podrán, en la intensidad de su afecto al Ser divino, amarlo con una amistad que raye en lo seráfico, á Dios por Dios, y ni se moverán ni respirarán sino para procurar en todo la gloria de Dios. Mas esta gloria no es un bien que granjee la criatura al Criador, que es feliz en sí mismo. Pero María no piensa así ni obra en las aspiraciones de su corazon como los demás. Ama á Dios como al Sér perfectísimo, bondadosísimo y santísimo; lo ama sin pensar en que Él es el centro de toda felicidad; lo ama por darle algo que Él necesite y no lo tenga; lo ama por proporcionarle algun beneficio. Amor inexplicable, amor que es más que de hombre y más que de ángel; amor que coloca á María en una categoría média entre Dios, que es infinito, y todos los demás séres espirituales y racionales.

Confieso ingénuamente que apénas comprendo lo que estoy diciendo; pero no lo extraño, porque en María no comprendo perfectamente más que una cosa, y es que es criatura; lo demás de esta nobilísima Señora es del dominio de la inteligencia infinita, que quiso dar un testimonio solemne de su omnipotencia en la creacion de María, destinándola á que fuese su propia Madre. Pero aunque mis facultades intelectuales no alcancen á comprender tanta sublimidad, me esforzaré en explicarla con la fé de la Iglesia y la luz que arrojan las sagradas páginas.

Los afectos del Corazon de María no tienen más que un período, aunque su vida comprenda dos: uno miéntras fué Virgen; otro desde que, sin dejarlo de ser, em-

pezó á ser Madre; y en uno y otro aparece este corazon abrasado en aquel amor que no tiene otro fin que el bien del objeto amado. Recorramos la vida de María.

¿Veis esa niña de tres años que, llevada por sus padres al templo santo, sube su escalinata con alegría, entra en el santuario con presteza y se encierra en la soledad con un gozo extático? ¿La veis crecer en la casa de Dios, siendo el asombro del sacerdocio que estaciona en el lugar de la oracion, por su modestia, por su pureza, por su meditacion continua, por su parsimonia en la comida, por sus vigiliass y por el esmero con que asiste á todos los actos religiosos, cantando dia y noche, y adorando sin interrupcion al Dios de Sabaoth? Concebida sin mancha de pecado, ha sido confirmada en gracia, sin que haya cometido, sin que deba cometer en su vida un solo pecado leve; desde que ha podido empezar á aprender, ha recibido lecciones del mismo Espíritu Santo, que habita en su corazon y lo penetra todo, cubriendo su candor con el candor de sus divinas alas, y revelándole los secretos más augustos de la Sabiduría infinita, sin reservarla más que uno solo, que tenía decretado manifestarle en un momento marcado por sus inapelables decretos, momento el más solemne y soberano de la vida de esta niña, que si causaba admiracion á los hombres que no ven sino la exterioridad de las acciones, era el asombro de los ángeles que la asistian sin cesar, y se preguntaban con una especie de sorpresa extática: ¿Quién es esta flor aromática que ha brotado en el árido campo y en el hórrido desierto de la humanidad pecadora?

¿Qué entendimiento puede calcular cuánta y cuán extensa es la ciencia de María? Consagrada ya Reina de los Patriarcas y Profetas, tiene en sí misma reunida la fé de los primeros y los vaticinios de los segundos. Hija de David, recorre en su mente todos sus cánticos con más ligereza que aquél las cuerdas de su arpa, comprendiendo

el órden y la armonía que encierran las profecías. Here-dera de las promesas, no se le esconden ni las que Dios hiciera á Abraham, ni las que viera Jacob, ni las que anunciára Moisés. Desde las palabras divinas que salieron de los labios de Dios en el Paraiso, hasta las que pronunciaron Aggeo y Malaquías sobre la gloria del templo segundo, que sería mayor que la del primero porque la consagraria con su presencia el Señor del mundo, el ángel del Testamento; desde que Daniel fijó los años que habian de trascurrir desde la solucion de la cautividad de Babilonia hasta la venida del Ungido, todo lo sabe María, y medita en las maravillas del Señor, sin apartar su pensamiento de este admirable tejido que anunciaba la aparicion de Dios entre los hombres para conversar con ellos y redimirlos, y contenia en una tosca urdimbre el oro y las preciosidades de la vida y muerte del Mesías, Hijo de Dios.

Entre tanto, conservando tanto volúmen de sabiduría en su pecho como en un santuario impenetrable, no comunicando estos Sacramentos del Rey celestial quizás ni á los ángeles, que viven á su lado, María no tiene más que un solo deseo. No me acuseis de temerario si me atrevo á leer los secretos del Corazon de María. Es su corazon de la naturaleza del nuestro; retrete misterioso donde se abrigan nuestras ideas más íntimas; por más que empleemos toda la astucia de un hipócrita para que no se escape ninguno de los secretos que le confiamos, llega un momento en que se abren las puertas, y la idea se manifiesta por la palabra: es nuestro corazon como las granadas, que dentro de una cáscara áspera y tosca esconden el rubicundo y sabroso fruto, que sólo espera una oportunidad del calor y la estacion para que, rompiéndose la corteza, se vea su estructura interior. Jesucristo, que conocia tan profundamente el corazon humano, lo dijo más de una vez: *Ex abundantia cordis os loquitur*. Lo que

abunda en el corazon nos sale por los labios. (Math., capítulo XII, 34.)

Esta ocasion se ha de presentar á María, y sus palabras, llenas de tanta prudencia y candor como de justicia y fortaleza, nos dirán cuáles han sido los sentimientos de su corazon. Antes de oirlas de sus propios labios, yo las veo todas en lo más íntimo de su pecho; y no sé de qué admirarme más, si de la ciencia de su entendimiento, ó del amor de su voluntad y los deseos de su corazon. Los Profetas habian ido dando poco á poco el boceto del gran personaje que debia descender del cielo en la plenitud de los tiempos; pero no todos vieron todo el conjunto del sublime cuadro de las acciones del Dios humanado; unos le contemplan al nacer, otros al predicar, otros al morir, otros al abrir las puertas eternas, y otros al subir triunfante al Trono de gloria; éstos lo vieran festejado de ángeles, adorado por Reyes y pastores; esos escarnecido por hombres inhumanos, rodeado de verdugos leoninos, y crucificado entre facinerosos. María lo contempla con intuicion perfecta y ordenada desde que se desprende de los cielos para descender al tálamo de una Virgen, hasta que vuelve con los despojos del infierno á la diestra de su Padre. Y en medio de tanta certeza, ¿qué ideas abriga su corazon?

Sabe que se está acercando la plenitud de los decretos divinos, y no deja de pedir al cielo que despida el rocío que ha de fecundar los corazones humanos con las influencias de su gracia; le consta que ha de nacer de una madre vírgen, y que baja á traer al mundo la pauta de la pureza, y quiere ser Ella la primera azucena de este tallo, para tener la dicha de ser la sierva de la bienaventurada mujer que ha de dar á luz este Niño celestial.

No se la ocurre jamás pensar en que pudiera caberla á Ella esta honra, porque en su humildad no se cree merecedora de un cargo tan culminante. ¡Tan cierto es, amados

mios, que las dignidades que bajan del Rey de los siglos se confieren al que no piensa en ellas ni las busca! ; Tan cierto es que Dios se complace en ensalzar á los humildes, pues la primera dignidad despues del sacerdocio eterno, segun el órden de Melquisedech, se ha dado á la que no se creia digna de ser sino esclava de la que estaba destinada á ser la madre de este mismo pontífice!

María recorre los pasos por donde ha de marchar este augusto personaje, hasta entrar con su propia sangre en el santuario, para consumir la redencion eterna, y desea acompañarle en todos para ayudarle en sus trabajos. Lo ve con Abacuc en un pobre portal; recién nacido, sin más compañía que la de dos animales estúpidos, y desea su corazon darle Ella sola con sus cariños todo lo que le han negado sus conciudadanos. Lo ve perseguido en su misma cuna por un Rey feroz y precisado á esconderse en el desierto, y quiere su corazon ser el santuario donde se oculte; lo ve tiritando de frio por el rigor inlemente de los elementos, y desea abrigarlo en su seno; lo ve tambien perseguido por muchos enemigos ansiosos de su sangre, desamparado de sus discípulos y abandonado aún de su Padre celestial, y anhela por darle Ella sola lo que todos le han escaseado: en una palabra; sabe que este Dios se ha de ver pobre, necesitado, perseguido y afligido, y suspira por proporcionarle todo el bien que pueda.

¿Qué amor es éste, amados mios? ¿Ha podido nacer en el corazon de los hombres? ¿Ha podido producirse en la voluntad de los ángeles? ; Amar la criatura al Criador, no sólo por sus perfecciones infinitas, sino por darle algo que le falte! ; Ah! Esta especie de inversion era el precedente de la Encarnacion del Verbo Divino en el seno de una mujer, para pedirla lo que Él no puede tener por su naturaleza esencialmente simplicísima, espiritual é incorpórea. Y si es incomprendible cómo Dios se ha unido

por la generacion temporal en el seno de una Vírgen á la mortalidad de nuestra naturaleza, no lo es ménos cómo una hija de Adan ha podido ser elevada á concebir y engendrar en sus entrañas al que eternamente es engendrado por el Padre eterno, Dios de Dios, y luz de luz. Si no lo comprendo, no se me esconde entre tanto que María abrigue en su corazon estos deseos, porque Ella misma los declara cuando se ve en el caso de responder á las interpelaciones de un embajador que la habla de órden del mismo Dios.

En efecto; estos deseos del corazon de María iban tomando una proporcion de aumento tan completo, que refluendo, como dice San Bernardo, de la plenitud de su alma, habian llenado todos sus sentidos, habitando en Ella la gracia de una manera casi corporal. *Ut de plenitudine mentis fecundaretur et caro.* (Serm. 52 *De Diversi.*) Cuando más absorta se halla en la contemplacion de la aparicion ya inminente del Hijo de Dios, hé aquí que el ángel Gabriel se la presenta, tan refulgente en su aspecto como pacífico en sus palabras y sublime en su discurso. La llama llena de gracia, habitacion del Señor, bendita entre todas las mujeres; y con la prudencia y candor propios de una vírgen, medita en silencio lo que significará una salutacion tan distinguida y que tanto la privilegiaba. Todas las flores de la pureza se pintan en aquellas mejillas tan blancas como las de la paloma, y los tintes purpúreos manifiestan la turbacion de aquella alma, que oyó sus propias alabanzas por primera vez, pues los hombres no se han atrevido jamás á hablar á la que miraban como un sér angelical, ni ha resonado en el santuario de su corazon otro eco que el de la humildad más profunda, con la cual se cree muy dichosa si consigue siquiera ser la sierva del Rey inmortal que debe dejarse ver.

Continuando el Arcángel su razonamiento, la dice que

no tema, anunciándola que concebirá y dará á luz un hijo, que será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y se sentará en el trono de su padre David: apénas han herido estas palabras los oídos de María, cuando empiezan á abrirse las puertas de su corazón, que hasta entonces han permanecido cerradas; los deseos que sólo eran conocidos de la Divinidad, no son ya un secreto para los ángeles; María pronuncia unas palabras que asombran á los cielos: «¿Cómo ha de suceder esto, ángel del Señor, si ni yo conozco varón, ni lo he de conocer?»

Para comprender el precio inestimable de este razonamiento, es preciso saber quién es esta vírgen, en qué época vive, y en qué nación habita. Hija de cien Reyes, tiene derecho á la herencia prometida al trono primitivo de estos Monarcas á quien Dios jurara que de su semilla habia de nacer el Libertador de Israel; cuando se ha cumplido la profecía de Balaam, que viera las naves y huestes de Italia que habian de dominar la tierra en que aparecia la estrella de Jacob (Núm., cap. xxiv, 24); cuando estaban cumpliéndose las setenta semanas de Daniel; cuando hasta los samaritanos sabian que el Mesías estaba á punto de nacer (Joan., cap. iv, 25.); cuando las almas más justas de la Judea ofrecen al Señor oraciones y votos para que las libre de la esterilidad, en un pueblo donde la virginidad venía á ser como un vicio, la privación de herederos un castigo, porque no habia familia que no se lisonjeára con la idea de poder quizás contar en su prosapia al gran conquistador; en medio de este pueblo, en época tan notable para las hijas de Abraham; cuando toda imaginación femenil bulle con perspectivas de grandeza posible, María es la única que no ha pensado en nada de esto, y, lejos de ello, quiere ser vírgen en su alma, vírgen integérrima en su cuerpo, vírgen en todas sus aspiraciones; quiere estar ligada á David por la sangre, pero no apetece poseer las glorias

que se le han prometido; quiere conocer á su Hijo, que ha de ser llamado Hijo de Dios; pero es sólo para servirle de sierva, para oír su dulce voz, y emplearse en su servicio.

Más rosado aparece su rostro cuando se la anuncia que va á ser Madre, que cuando ha oído decir al ángel que es la bendita entre todas las mujeres. Es una especie de asalto hecho á esta fortaleza, donde tenian su morada los deseos más angelicales que ha abrigado corazón de mujer. Para abrir su corazón completamente al nuncio celestial, es preciso que éste la instruya en cuanto concierne á la maternidad que se la declara; el Hijo de Dios que se humanará en su seno; el Espíritu divino que será el artífice; la virtud del Altísimo que la cubrirá; su virginidad que quedará más pura que la luz del sol; su corazón que será siempre de Dios: hé aquí cuanto se revela á María; y entonces, sólo entonces, es cuando, con tanta prudencia como humildad, abre sus sagrados labios para decir al ángel que se conforma con los designios del cielo, y que se cumpla en todo la voluntad soberana.

Fiat mihi secundum, etc.

Nada encanta tanto mi alma como el contemplar la sinceridad con que María descubre su corazón al nuncio celestial; como la humilde violeta escondida entre la tierra, alfombrada con mil plantas inodoras, abre su capullo en los días de primavera, embalsamando el ambiente, de modo que nadie pase por sus cercanías sin sentir sus aromas, así se desarrolla el suave olor del candoroso y humilde Corazón de María. Sometida á los decretos del cielo, conforme con la elección que se ha hecho de Ella, contesta que Ella está pronta á continuar siendo lo que era desde el primer instante de su existencia; la esclava del Señor. *Ecce ancilla Domini.* ¡Ángel del Altísimo! Bien sabe el Señor que mi corazón le pertenece con todos sus afectos y aspiraciones; yo me creía muy dichosa en poder

emplearme en obsequio del Niño celestial que debía venir al mundo para salvarlo; pero ya que se digna escogermme para que sea yo su Madre, aunque no me considero digna de tanta dicha, me conformo, pues que soy su sierva. *Ecce ancilla Domini.* Yo empezaré desde ahora á dar á este Niño precioso cuanto tengo y cuanto soy; yo me contaré por feliz en alimentarlo, en acariciarlo, en proveerle de cuanto una Madre debe dar á su Hijo, y en hacer cuanto una esclava está obligada á hacer por su Señor. *Ecce ancilla,* etc. Yo, que soy una pobre criatura suya que nada vale; yo sé que Él es feliz en sí mismo, y que nada puede recibir de nosotros que no sea un don suyo; pero es tanto el amor que le tengo, que quisiera aumentar con Él, si posible fuera, su infinita felicidad; decid, pues, al Señor ¡oh ángel soberano! que mi alma y corazón son todos suyos; yo le daré el sér que apetece en mi seno; yo le amamentaré á mis pechos; yo lo acompañaré en su peregrinacion; yo daré por Él mi vida. *Ecce ancilla Domini.*

II. Hé aquí, católicos, el primer período de la vida de María, en el cual arde su corazón en un amor que no conocian ni el Ángel ni el hombre; desde que concibe en sus entrañas virginales al Hijo de Dios, empieza este amor á ser inefable, y hasta tiene ciertos tintes de infinito, porque tiende á asimilarse al amor increado que el eterno Padre tiene á su Verbo. Sí; Dios engendra á su Hijo, dándole cuanto Él posee esencialmente, su sabiduría, su omnipotencia, su inmensidad, su infinitad; le comunica por la generacion eterna cuanto es, cuanto tiene, produciéndolo esplendor en su gloria, figura en su sustancia, candor de la eterna luz; Dios se lo da todo, ménos las propiedades inherentes á la paternidad, por no ser comunicables, y María respectivamente hace otro tanto con este Hijo de Dios.

En efecto; María es hija de Abraham y de David, y

hace que el Hijo de Dios sea tambien hijo del mayor Patriarca y del gran Rey; María da á Dios cuanto Ella tiene, su sangre para que sea concebido, su seno para que sea engendrado, y hace que el Hijo de Dios sea hijo de Adán; María consiente en ser la Madre del Mesías, y en su seno purísimo se realiza el primer acto de la Omnipotencia en que concurren la naturaleza divina y la humana, la persona del Verbo y la cooperacion de María. Allí es donde por primera vez Dios es hombre, mortal, pasible; y el hombre es Dios inmortal, impasible, infinito, comunicándose mutuamente las naturalezas divina y humana, sin confundirse, sin mezclarse; y todo esto se hace porque la persona del Hijo de Dios sustenta ambas naturalezas, y porque María da á esta persona divina cuanto necesita para ser verdadero Hijo del hombre. ¡Misterio sublime! ¡Dignidad inefable la de la maternidad divina de María!

Entre tanto, ¿quién no ve que, como dice David, Dios oye los deseos de los pobres, y escucha la preparacion de sus corazones? *Desiderium pauperum exaudivit Dominus preparationem cordis eorum audivit auris tua.* ¿Cuánto mejor que Jacob pudo exclamar María que no habian quedado defraudadas sus aspiraciones? Hasta el momento en que se la anuncia que va á ser Madre de Dios, lo amaba con un amor que sólo de Ella era conocido. Era una especie de semilla que habia sembrado en su pecho castísimo el Espíritu Santo, que la predestinára para Esposa suya. Cuando llegó la ocasion oportuna, este gérmen que habia estado alimentándose en el corazón de la Virgen, pulula, se desarrolla y crece de un modo incomprensible en el alma de la Madre.

¡Ay, qué placer siente mi corazón al pensar en lo que sucede entre Dios y María desde que Aquél nace y Ésta lo mira como cosa propia suya! María no respira para sí, sino para Dios; ni existe ni se alimenta para sí, sino para

Dios; ni se mueve ni trabaja sino para el bien de Dios; Dios tiene frio, y María lo faja y lo envuelve en pañales; Dios tiene hambre, y María le da su sagrado pecho; Dios llora, y María lo acalla, arimándolo á su seno, besando sus mejillas, y diciéndole con amor: «No llores, Hijo mio; no llores, luz de mis ojos; no llores, vida de mi corazon.» Dios es perseguido por un tirano, y María lo esconde, María lo salva, María lo protege entre las palmeras del desierto, entre las soledades del Egipto y entre los peligros de los caminos desiertos.

Por mucha extension que demos á este amor, nunca podremos llegar á sus límites; no sólo es el amor de la gracia, sino el de la naturaleza; no sólo es el amor libre que procede de un corazon que se consagra todo al Sér infinito, sino el amor necesario en el corazon de la Madre para con su Hijo. No solamente es moralmente imposible que María deje de amar á Dios, sino que hay una imposibilidad física y natural para que esto pueda suceder. Considerad la gran distancia que hay entre el amor de los hijos y el de las madres, y lo comprendereis. Nosotros amamos á nuestras madres con ternura filial en los dias de nuestra inocencia; despues empezamos á encantarnos en otros objetos, y aún no saliendo de la línea de la justicia, partimos nuestro amor entre distintos séres; muchos hay tambien que se olvidan de la que les dió el sér, y no han faltado monstruos que las han injuriado. Pero una madre no se olvida jamás de su hijo, ni su corazon se resfria, ni deja jamás de procurarle todo el bien posible; la cuna y la tumba del hijo no son aún el límite suficiente para el afecto de su corazon, pues su cariño traspasa las regiones del tiempo y franquea la eternidad. Este es el amor de madre.

Y esta es la naturaleza del amor que anima el Corazon de María: es imposible que Dios se olvide de María, porque es su Madre; tambien lo es que María se olvide de

Dios, porque es su Hijo: es imposible que Dios deje de amar á María, porque le ha dado el sér humano; tambien lo es que María deje de amar á Dios, porque es cosa propia suya: es imposible que Dios deje de honrar á María, porque es infinitamente justo, y no puede dejar de pagarla lo que Ella ha hecho por su gloria; tambien lo es que María deje de proporcionar á Dios todo el bien posible, porque es Madre que lo ha engendrado en sus entrañas. Es, pues, el amor de María sobrenatural, porque proviene de una gracia sólo inferior á la de su Hijo, y es natural, porque se nutre en un corazon de Madre; es un amor libre, porque proviene de una alma espiritual, y es necesario, porque la naturaleza ha impuesto al corazon de la madre la ley de amar á su hijo con una intensidad omnímota y con una extension suma.

Yo no puedo continuar, amados míos, porque despues de haber hablado de tanta grandeza del amor de María, mi corazon sólo apetece el silencio y las lágrimas de gozo; pensad vosotros todo lo demás que encierra el Corazon de María, y comprendereis por qué cuando han caído sobre Jesus todas las iras de un pueblo insensato, y cuando va marchando al lugar del suplicio, María le sale al encuentro, y lo acompaña hasta la muerte; ya que no pueda librar al Hijo de los tormentos que Él mismo apetece por nuestra redencion, María irá á presentarle su corazon, para compartir con Dios las angustias de su pasion y las agonías de su muerte.

Sin embargo, ántes de concluir debo de resolver el problema pendiente de saber por qué Dios deposita en el Corazon de María todos sus secretos. Así como os he dicho que el amor de madre es una cosa necesaria, así os digo que hay una diferencia incalculable entre el amor de la madre y el del hijo; éste se resfria, aquél no; pero nunca desconfia de su madre. Podrá el Hijo tener la imprudencia de una Dina, la temeridad de un Ruben, la

insubordinacion de un Absalon, el atolondramiento de un pródigo; mas jamás sospecha que una madre se convierta en una Dalila. Si ha habido Atalías en el mundo, es porque la perversidad moral suele ser fecunda en partos monstruosos. La madre es siempre una Sara que se rie con sólo pensar que tendrá un hijo, una Rebeca que no sueña sino en darle bendiciones, una Bethsabé que le adquiere coronas, una Ana que llora su muerte con lágrimas inconsolables. Bien saben esto los hijos, aunque sean ingratos al cariño maternal, y á nadie entregan sus secretos con más confianza que á su madre. Y ¿por qué? Porque el amor en la madre es una ley de la naturaleza, de la que no puede eximirse quien lo sea.

Está, pues, resuelta la cuestion; María tiene hácia Dios este amor; lo tiene en su infancia, porque habita en Ella el Espíritu Santo; lo tiene en su juventud, porque reposa en su seno toda la Beatísima Trinidad; lo tiene toda su vida, pues concibe á Dios, engendra á Dios, da á luz á Dios, viste á Dios, alimenta á Dios, cuida á Dios, protege á Dios y ama á Dios como Madre. Así Dios la hace depositaria de cuanto es y de cuanto tiene; Dios da á María su Hijo, la entrega su tesoro, y con Él su amor infinito, su misericordia sin fin, sus misterios inefables. Si redime al mundo, ésta redencion sale del Corazon de María; si perdona al pecador, este perdon sale del Corazon de María; si salva á la humanidad, si protege á su Iglesia, si doma los imperios rebeldes, si sujeta á los enemigos de su gloria, si confunde á los Apóstoles del error, si sostiene en el mundo el imperio de la verdad, todas estas fuerzas, todos estos triunfos, todas estas glorias, salen del Corazon de María. *Et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.*

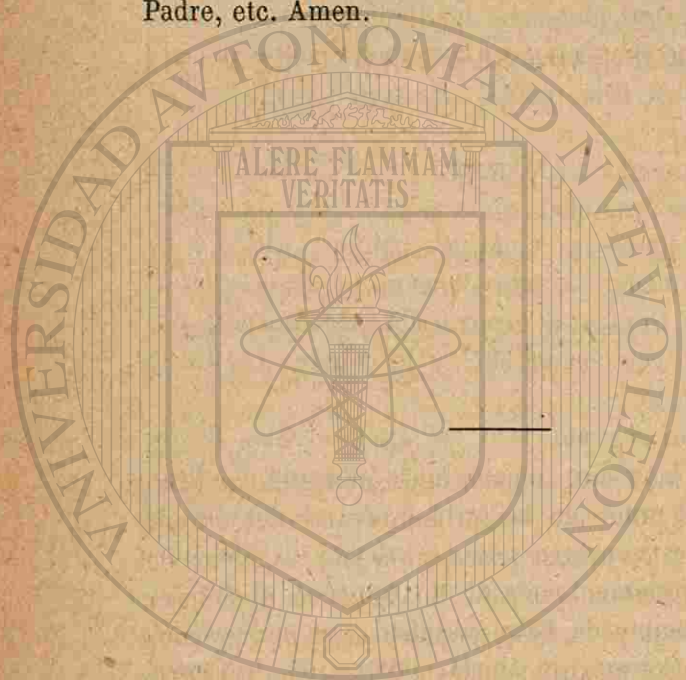
María es la Madre de Dios, y por una consecuencia necesaria, porque es natural, es la confidente de este mismo Dios. Así, cuando la corrosiva ciencia moderna

pretende aminorar la autoridad de Pedro; cuando la filosofía egoista y material intenta absorberse las ideas espirituales y puras, anonadar la piedad y ahogar al Catolicismo, no parece sino que Dios está diciendo á la humanidad que ame á María, que obsequie á su Madre, que acuda á su Corazon, pues sabe infaliblemente que siempre fué pura, y que el enemigo comun no ha tenido imperio sobre Ella ni una sola mórula. *Et mater qui conservabat, etc.*

Amemos, pues, á este Corazon, y en él hallaremos fé, ternura, pureza, castidad, amor santo, fervor, constancia, fortaleza, heroismo, victorias, triunfos, gloria é inmortalidad: amemos á este Corazon, y tendremos la ciencia de los Santos, el espíritu del Cristianismo, y la confraternidad con Jesucristo, y la coherencia de su eterno principado.

¡Oh Corazon sagrado, foco del amor divino, centro de los cariños del Padre, objeto de las ternuras del Hijo, depositario del amor del Espíritu Santo, manantial de todas las gracias, santuario de los misterios de Dios, arca de todas sus riquezas, fuente de la virginidad, luz de toda sabiduría, principio de toda santidad, complemento de toda virtud! ¡Corazon de María, premio de todo amor puro, recompensa de las almas inocentes, corona de los Apóstoles, gloria de las Vírgenes, fortaleza de la Iglesia, consuelo de los afligidos, alivio de los menesterosos, refugio de los pobres, piélago de las maravillas del Omnipotente! Dignaos concedernos la gracia de que os amemos, pues el amor de Madre que nos teneis no permitirá que el enemigo prevalezca contra nosotros. ¡Ah Corazon celestial! Una sola centella de tu fuego te pedimos, una gracia te suplicamos, y es que esta palabra tan dulce y encantadora, esta voz que significa océano de grandezas, emblema de triunfo y símbolo de victoria, el nombre santo que Dios te dió, *María*, sea el último eco que hiera

nuestros oídos en este mundo, la última palabra que salga de nuestros labios, para que al poner nuestro pié en el horizonte de la eternidad, oigamos los himnos de alabanza y bendición con que te festejan los justos y los ángeles en la gloria, que deseo á todos, en el nombre del Padre, etc. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PARA GENTE DEVOTA

SOBRE

LOS MOTIVOS PARA SER DEVOTO DE MARÍA.

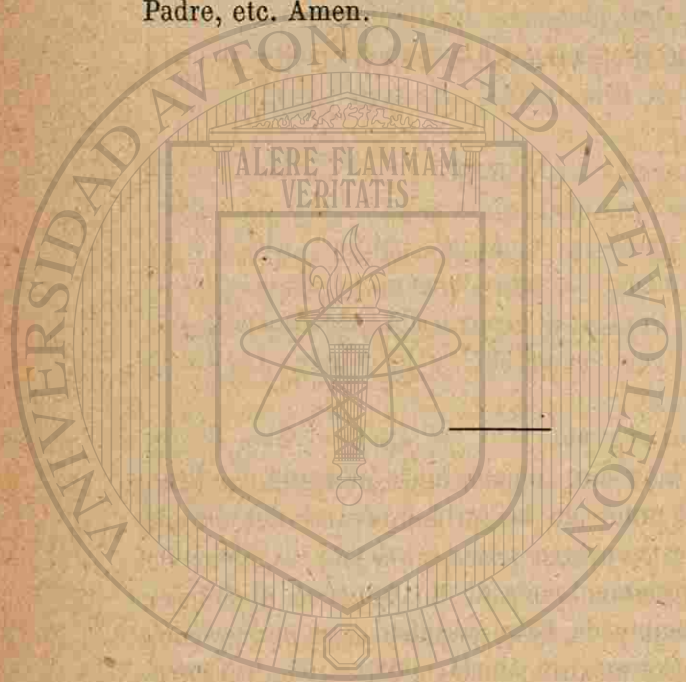
Quæ est petitio tua? dona... mihi... populum meum pro quo obsecro.

¿Cuál es tu petición? Dame mi pueblo, por el cual te ruego.

(ESTHER, cap. vii, vers. 3.)

¡Oh cuán feliz era, amados míos, el destino que Dios reservaba al hombre en los primeros días del mundo! Antes que nuestro primer padre saliese de las manos del Señor, no parece sino que este Dios benéfico quiso hacer ostentación de su poder desplegando toda su omnipotencia y fabricando este magnífico palacio del mundo, para aposentar en él al Dueño de la naturaleza terrestre. Preciso es decirlo: esa admirable bóveda del cielo, matizada de estrellas, que cubre al mortal en la vida, debía ser su habitación en la muerte; la tierra de donde salió, reconociendo la nobleza de su Dueño, no debiera producir sino frutos sazonados para sustentar al hombre; y las criaturas todas rendirían homenaje á este Sér noble y privilegiado entre todas las obras del Señor, y que lleva en su alma el carácter de la Divinidad, hecho á su imagen y semejanza. El alma exenta de esas pasiones que tanto la envilecen y degradan; el cuerpo sin sentir los movimientos de la sensualidad, serían tan felices, que

nuestros oídos en este mundo, la última palabra que salga de nuestros labios, para que al poner nuestro pié en el horizonte de la eternidad, oigamos los himnos de alabanza y bendición con que te festejan los justos y los ángeles en la gloria, que deseo á todos, en el nombre del Padre, etc. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PARA GENTE DEVOTA

SOBRE

LOS MOTIVOS PARA SER DEVOTO DE MARÍA.

Quæ est petitio tua? dona... mihi... populum meum pro quo obsecro.

¿Cuál es tu petición? Dame mi pueblo, por el cual te ruego.

(ESTHER, cap. vii, vers. 3.)

¡Oh cuán feliz era, amados míos, el destino que Dios reservaba al hombre en los primeros días del mundo! Antes que nuestro primer padre saliese de las manos del Señor, no parece sino que este Dios benéfico quiso hacer ostentación de su poder desplegando toda su omnipotencia y fabricando este magnífico palacio del mundo, para aposentar en él al Dueño de la naturaleza terrestre. Preciso es decirlo: esa admirable bóveda del cielo, matizada de estrellas, que cubre al mortal en la vida, debía ser su habitación en la muerte; la tierra de donde salió, reconociendo la nobleza de su Dueño, no debiera producir sino frutos sazonados para sustentar al hombre; y las criaturas todas rendirían homenaje á este Sér noble y privilegiado entre todas las obras del Señor, y que lleva en su alma el carácter de la Divinidad, hecho á su imagen y semejanza. El alma exenta de esas pasiones que tanto la envilecen y degradan; el cuerpo sin sentir los movimientos de la sensualidad, serían tan felices, que

jamás sentirían en sí aquella guerra y oposicion con que hoy se quieren atraer mutuamente, para seguir el uno los movimientos de la sensualidad, y la otra las inclinaciones de una naturaleza corrompida. Hé aquí el estado del hombre en su inocencia, y en él están cifrados los poderosos motivos que tenía para amar á su Dios y estar agradecido á su bienhechor.

¶ Pero el hombre, léjos de cumplir con estos dos preceptos que le imponía la naturaleza, desconoció á su Padre, y cayendo de aquel estado feliz, fué condenado por su desobediencia á un enorme peso de males, arrastrando en su desgracia á una innumerable descendencia. ¡Hombre orgulloso! ¿Crees que saldrás con tu propia fuerza de ese abismo donde te has precipitado por tu voluntad? ¿Piensas acaso abrir sin el auxilio divino esas puertas del firmamento, cuyos cerrojos has echado tú mismo por tu soberbia? No, hermanos míos; y si el Verbo no hubiese encarnado en las entrañas de María, jamás el hombre hubiera tomado nueva posesion de los bienes que una vez perdió por su voluntad. Así, no sólo debía su obediencia á Dios, por ser hechura suya; no sólo debía amarle y estarle reconocido por haberle sacado de la nada y haberle adornado con tan admirables dotes del cielo, sino que por su propio bien y provecho debía humillarse ante el acatamiento divino, y pedirle le perdonase sus delitos é infidelidades.

Hé aquí los motivos que tenemos para amar á nuestro Dios; en cuanto somos la hechura de sus manos, debemos serle agradecidos, y en cuanto somos sus hijos redimidos con la sangre del Cordero y necesitamos su gracia para ser felices, nos vemos obligados á amarle por nuestro propio interés; y estos motivos son los que nos obligan también á amar y venerar á María Santísima. Siendo Ella la Madre del Redentor del género humano, por una consecuencia natural debía ser el canal por donde se

nos dispensasen todos los tesoros de gracia y gloria. ¡Oh qué motivos tan poderosos, amados oyentes, para cifrar nuestro amor en María! Esto hizo decir á San Bernardo que todas las criaturas reciben de la plenitud de esta soberana y excelsa criatura, que á todos abre el seno de la misericordia, para que todos participen de él segun sus necesidades; el cautivo la redencion, el enfermo la salud, el triste la consolacion, el pecador el perdon, y el justo la gracia. ¿Y qué otro motivo os ha obligado á vosotros, amados cofrades de María, á elegirla por vuestra Patrona y Abogada? ¿Podíais acaso encontrar una protectora más poderosa que María, á quien el mismo Dios dice las palabras que en otro tiempo dirigió Salomon á su madre: *Pete, mater, neque enim fas est ut avertam faciem tuam;* pedid, madre, pues no me es permitido negarte nada (3.º, cap. II, 20); una madre más compasiva y que más se acuerde de sus hijos, que engendró entre los acerbos dolores del Calvario; una madre más sensible á nuestro amor? *Ego diligentes me diligo.* No, amados míos, no; y yo os felicito al ver vuestro celo para honrar á esta Madre compasiva de los pecadores, que ante el Trono de su Hijo ruega sin cesar por la salvacion de su pueblo, y muy en particular por sus devotos. *Dona mihi populum meum, pro quo obsecro.*

Para animaros á continuar con nuevo fervor en la obra empezada, os expondré en este día, consagrado por vuestra piedad á María, los motivos que nos obligan á venerar á esta Señora y tenerla una devocion singular. Motivos de agradecimiento, pues la ingratitud es uno de los crímenes más ofensivos áun á los hombres más lejanos de la civilizacion y de la fé; motivos de propio interés, pues, en sentir de los Padres y Doctores de la Iglesia, despues de los méritos de Jesucristo por los cuales se nos perdonan las culpas y las penas eternas, todo lo demás nos viene de María. En una palabra: debemos ser devotos de

María por motivo de amor y agradecimiento: primera parte. Por motivo de nuestra propia felicidad: segunda parte.

Dulcísima Madre de los pecadores, que llevaste en tu seno al que es la fuente de toda gracia; dispensad en este día vuestra protección á este pueblo que se halla postrado ante vuestras aras; dadme á mí un corazón recto y puro de toda mancha para que os alabe según la grandeza de vuestra dignidad, que os anunció el ángel cuando dijo

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

El pretender penetrar los misterios de la fé sería una impiedad, y la razón humana, tan débil en sí misma, no podrá jamás, sin la ayuda del cielo, llegar á comprender los misterios en que se fundan la grandeza de María, como los derechos que tiene á nuestro amor y agradecimiento. Pero conocidos ya estos misterios, y penetrado el espíritu de los principios y elementos de la fé, digo que la razón ilustrada del cristiano comprenderá toda la solidez en que están estribados los motivos que tenemos de amar y venerar á María. Debemos, pues, amar á María: no os expondré, amados míos, todos los títulos por los cuales entre todas las criaturas María es la que más acreedora es á nuestro amor, y sólo os diré dos que deben en cierto modo obligarnos á amarla, siendo nuestra gran bienhechora y nuestra más tierna Madre. Y para hablaros de los beneficios que ha dispensado esta Reina al linaje humano, ¿no pudiera decir que son inmensos? ¿Qué digo inmensos? Preciso es confesar que son en

cierto modo infinitos: almas cristianas que os hallais penetradas de las luces de la fé, oidme: ¿á quién somos deudores de todos los bienes de la gracia, sino á este divino Redentor que, viendo la familia humana condenada y proscrita sin remedio, tomó un cuerpo y lo presentó á su Padre en holocausto? Ya los sacrificios de la Antigua Ley iban causando un desagrado, digámoslo así, al Dios irritado; la sangre de los becerros que tantas veces había bañado el pavimento del santuario, no era suficiente para apagar el fuego de la ira del Eterno, y entonces el Hijo se presenta al Padre, y le dijo lo que con tanta elegancia explica San Pablo en su Carta á los hebreos (cap. x, 6): *Holocaustomata pro peccato non tibi placuerunt*: Los sacrificios por los pecados no os han agradado; pero Vos me habeis formado un cuerpo unido á la divinidad, que será una víctima digna de Vuestra Majestad suprema. Y entonces dije: *Ecce venio*: Héme aquí, Padre, dispuesto á morir y consumir con mi sacrificio á todos los que han de ser santificados. Y al tomar Jesucristo este cuerpo y decidirse á morir por nuestro amor; al ofrecerse por nosotros á la justicia de un Dios irritado, nos volvió la vida, la esperanza y la salvación.

Y ¿quién es, después de Dios, el que nos ha dado este Redentor? Bien lo sabeis, amados míos; y ¿cómo dejará María de concedernos todas las demás cosas, habiéndonos dado al que es origen de todas ellas? *Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit?* En el momento que María concibió y dió á luz al Redentor, engendró la gracia, dió á luz la misericordia, y derramó un torrente de bendiciones sobre la masa de los mortales. Sí, amados míos; todo nos viene de María, pues todo nos viene de Jesús. Esta sangre preciosa derramada una vez en el Calvario por la expiación de nuestros pecados, y que bebemos todos los días en ese precioso cáliz del Nuevo Testamento como una prenda de nuestra inmortalidad; esta sangre de la

nueva y eterna alianza, ha tenido su origen en las entrañas y en el corazón de María. Esa carne adorable, despedazada con tanta crueldad en la Cruz y hecha nuestro alimento en el augusto Sacramento, como el germen de nuestra resurrección futura, es una parte de la carne y de las entrañas de María. La unión inefable de la Divinidad con nuestra naturaleza, por la cual todo un Dios bajó hasta el hombre y el hombre se elevó hasta Dios, se formó en el castísimo seno de María, que fué el santuario donde se hizo la reconciliación del cielo con la tierra. Digámoslo, pues, en alta voz, para gloria de nuestra augusta Madre: el beneficio que debemos á María es el beneficio de Dios, el gran misterio de la redención del hombre, á la cual contribuyó María, no como un instrumento ciego, sino con una cooperación libre y espontánea. Todos fuimos redimidos en el punto en que esta virgen gloriosa, dando su consentimiento á Dios, profirió estas humildes y eficaces palabras, que esperaban los ángeles y los hombres: *Fiat mihi secundum verbum tuum*; palabra que estrelló la cabeza de la antigua serpiente, palabra que llenó las sillas vacías del Paraíso, y elevó al hombre á la dignidad primitiva, de donde había caído por su orgullo. ¿Pueden darse beneficios más grandes? Esto han creído en todos tiempos los Padres de la Iglesia, y esto hizo decir á San Ireneo «que Eva había perdido al linaje humano y María lo había salvado.» *Quemadmodum astrictum est mortí genus humanum propter virginem, salvaretur per virginem.* (Cont. *Hær.*, cap. I, v, vi, 19.) Y á Tertuliano, «que hemos sido sacados del abismo por el mismo sexo que nos había precipitado en él.» ¿Y qué otra cosa anunció el Espíritu divino cuando, en el principio de los tiempos, la anunció á la tierra con las señales de la victoria que había de alcanzar sobre el demonio?

Hé aquí, amados míos, una parte de los beneficios que María ha dispensado á los hombres, y que no podrán des-

conocer sin ser unos ingratos, hijos indignos de tal Madre. ¿Cómo, pues, podemos dejar de amar á esta Madre, cuando su amor hácia nosotros ha sido tan grande, que no perdonó á su propio Hijo, y lo entregó á la muerte por nuestro amor? Y si las criaturas incapaces de razón tienen una inclinación natural hácia sus bienhechores, ¿cuántos títulos nos obligan á amar á nuestra única y tan poderosa Protectora? Madre de los hombres; ¿y serán éstos tan desnaturalizados, que, amando con tanta ternura á las que les han dado un sér mortal y caduco, y que no los han dado á luz sino para sufrir una cadena de males y aflicciones continuos, no amen á una Madre que los engendró en otro sér mucho más noble, más feliz y más duradero? *Madre de los hombres*; fijemos un poco nuestra atención en estas palabras, pues ellas solas encierran el compendio de cuanto María ha cooperado á nuestra eterna salvación, y de cuanto puede dispensarnos en esta vida mortal. Nuestro divino Redentor, no sólo quiso morir por nuestro amor, sino que, abrasado con el celo de nuestra eterna salvación, quiso quedarse hasta la consumación de los siglos en medio de sus fieles para fortalecerlos en sus debilidades y animarlos á subir por el áspero camino de la Cruz: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* Y ¿cómo era posible que al morir por nuestra redención, que al ausentarse de los más caros objetos de su amor, dejase á los hombres sin una Madre? ¡Oh, hermanos míos! Aquí mi espíritu se abisma y se pierde, al considerar este misterio de misericordia de Dios para con los hombres. En todo dispuso el Eterno que María cooperase á nuestra redención. El momento había de llegar en que María se ausentase de la tierra, y fuese á recibir la corona de gloria preparada por toda la Beatísima Trinidad. ¡Mortales afligidos, no lloreis, no, ni creais que habéis perdido á vuestra Madre; Ella estará con vosotros hasta la consumación de los siglos! María al pié de la Cruz ha oído el mandato

de su Hijo, por el cual no deberá faltar jamás de entre los hombres; pues á todos los hombres dijo: *Ecce Mater tua*. No lo dudeis, pues, amados míos; así como Jesucristo, por un misterio incomprensible, existirá real y verdaderamente con los hombres hasta la consumacion de los siglos, así María, como Madre de los mortales, les asistirá y les acompañará con su proteccion hasta tanto que el mundo vuelva á la nada; pues mientras haya hombres en el mundo, habrá quien tenga derecho á su proteccion; habrá miseria, habrá afliccion, y, como dice Ricardo de San Víctor (*in Cantig.*, cap. iv, 5), allí se encontrará tambien la misericordia de María. *Ubi cumque fuerit miseria tua currit et succurrit misericordia*.

¡Qué palabra tan consolante para nuestro corazon! *Ubi cumque*, etc. ¡Pobres de la tierra que gemís bajo el enorme peso de la miseria y desnudez; no temais, pues allí bajará esta Madre piadosa! ¡Almas atribuladas que bebeis en el cáliz de la amargura, que os veis acosadas por la tribulacion, que creéis ser sumergidas en las tempestuosas olas del mundo; levantad vuestros ojos hácia esta piadosa Madre, pues todos teneis derecho á su proteccion, y Ella correrá presurosa á vuestras voces, si llamais con un corazon puro y penetrado de los sentimientos de la fe! *Ubi cumque*, etc. Y vosotros, hombres del mundo, los que vivís bajo techos de oro y empuñais el cetro; vosotros los que, llenos de orgullo y fausto, no oís las miserias que afligen al pobre y al huérfano, ¡qué! ¿pensais que no teneis necesidad de la proteccion de esta Madre de los mortales? Entrad en el seno de vuestro pecho, examinad los disturbios de vuestra alma, los sinsabores de vuestras conciencias, y vereis que estais circundados de miserias mayores que la del último desvalido; pero María es tambien vuestra Madre, y vendrá á vuestro socorro si la invocais. *Ubi cumque*, etc. Y nosotros, amados míos, ¿podremos desconocer á esta Madre que un Dios

moribundo nos dió en prenda de su amor; esta divina Madre que el cielo se gloria de tener por Reina; esta Madre tan tierna que no se contenta de adoptarnos por hijos, sino que en el Calvario, y circuida por los más crueles dolores, nos engendró con un modo inefable en las entrañas de la caridad y en la sangre y muerte de su Hijo? ¡Ah, cristianos! Nuestra salvacion depende de nuestra verdadera devocion á María, y el que no quiera tenerla por Madre, no puede ser hermano de Jesucristo, y por consiguiente, ni hijo de Dios y heredero de su reino, pues María es, con más propiedad que Eva, la Madre de todos los vivientes. *Mater cunctorum viventium*. (*Genes.*, cap. iii, 20.)

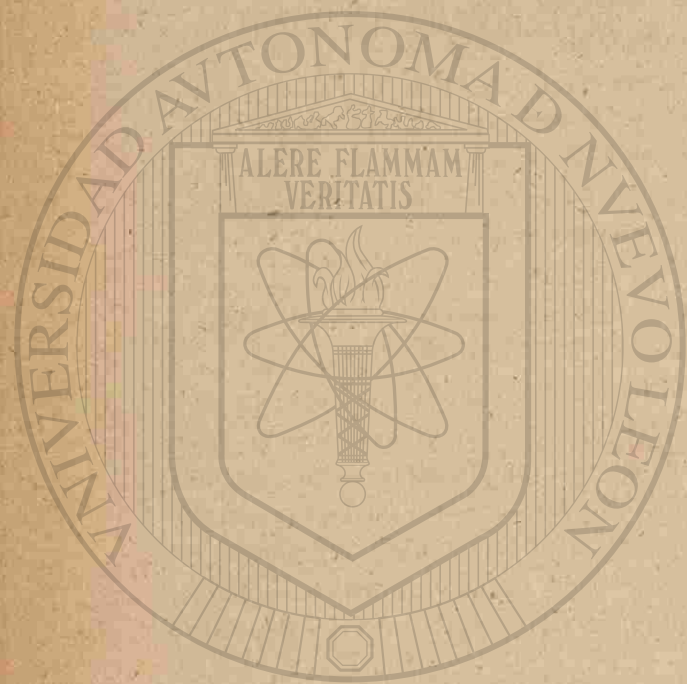
Y si os hablase de la grandeza de esta Madre; si debiese resumir su excelencia y dignidad, ¿cuántas razones poderosas pudiera alegaros para convenceros del amor que debe todo hombre á María? Es evidente que cuanto más noble y más sublime es la persona á quien se ama, tanto más eficaz debe ser el amor y tanto más digno de su perfeccion. Y en verdad, amados míos, ¿qué contraste tan maravilloso no hay entre tal Madre y tales hijos? Aquélla adornada de todas las prerogativas de la naturaleza y de la gracia, y éstos desnudos de todas las cualidades que pudieran relevarlos, y sólo revestidos de los defectos que los degradan aún á sus propios ojos; Aquélla, solícita sólo por el bien de sus hijos, sólo anhela por su felicidad, y éstos, abandonados á sus deseos é inclinaciones perversas, sólo suspiran por las bajezas del mundo, mirando con indiferencia la solicitud y los cuidados de tan benigna Madre. ¡Oh, y qué motivo tan eficaz para ser devoto de María! ¡Oh, y cuándo imitareis á los hijos del mundo en lo que conduzca á vuestra felicidad! ¿No los veis cómo ostentan la grandeza de sus prosapias? ¿Cómo procuran imitar á sus mayores, que se distinguen con hechos ilustres, ó merecieron por sus hazañas la glo-

ria vana de un mundo caduco y perecedero? Y nosotros, cuya genealogía es la genealogía del Eterno desde que María lo concibió en su seno; nosotros, que tenemos por madre Aquélla que, segun San Anselmo, no conoce otro superior que Dios y que excede á los ángeles en pureza, á los Apóstoles y mártires en valor, á los Patriarcas y Profetas en fé, y á todos los electos en santidad; nosotros, digo, ¿no procuraremos ser dignos hijos de tal Madre? Todo cuanto hay de grande, todo cuanto hay de excelente, de sublime, de soberano y de celestial, todo se halla reunido en María, pues Ella sola, dice San Bernardo, poseyó en sumo grado cuanto los demás Santos tuvieron dividido y repartido. *Quidquid singulí habuerunt tu sola possedisti.*

Penetrados, pues, de estas verdades, seríamos los más inconsecuentes y ultrajaríamos á María si, confesando ser nuestra Madre, no la profesáramos el amor y respeto que le son debidos, si conservásemos una odiosa indiferencia ó no la tributáramos el culto que la piedad filial de los cristianos la ha consagrado. ¡Oh, mil veces dichosos los que saben amar á esta Madre de misericordia! ¡Cuán grande es el consuelo que experimentan al invocarla y bendecirla! ¡Qué bellezas tan admirables descubren en la contemplacion de sus virtudes! Pero, sobre todo, ¡qué frutos tan abundantes recogen de su proteccion! ¡Qué bienes tan copiosos de aquel manantial inagotable! De modo que si el amor y el reconocimiento no nos obligasen á ser devotos de María, aún habria otros motivos que nos compelerian á amarla y venerarla, y estos serian nuestro propio interés, objeto de la

SEGUNDA PARTE.

El hombre pertenece á dos ciudades: á la ciudad celestial, de donde deben ser un dia ciudadanos y moradores, y la ciudad terrenal, en donde la Providencia los colocó para que les sirviese de lugar de combates y de victorias. Así el mortal tiene dos géneros de interés: el uno del tiempo, y el otro de la eternidad; necesario es decirlo, amados míos, para nuestra confusion: apénas los hombres piensan en los intereses de la verdadera patria, que es el cielo, como si el alma acabase con el cuerpo y no debiese durar tanto como Dios, ó feliz ó desdichada por la eternidad. Hablemos de los intereses del cielo, devotos cofrades, pues ellos son los más importantes, y para que os encendais más y más en la devocion á María, oid lo que dice San Bernardo: «Dios encerró, dice este Padre, el precio de nuestra redencion en el seno de esta Virgen; de tal modo, que todo cuanto tenemos de fé, de gracia y de esperanza, todo viene de María.» Santo Tomás de Villanueva (Serm. 3.º, *De N. V. M.*) dice que Ella es la única esperanza y la única Patrona de los mortales. *Nescimus aliud refugium nisi te.* Otros Padres nos la representan como la dispensadora de los tesoros de Jesucristo y como medianera necesaria cerca del divino Juez. ¿Qué podrá añadirse de más bello y de más sublime que la expresion con que la nombra San Epifanio, quien la llama «propiciatorio universal del mundo,» *commune mundi propitiatorium?* Y en efecto, pues, como dice un gran sabio de estos últimos tiempos, «es constante tradicion de los Padres antiguos y de la Iglesia, que por un decreto inmutable de la Sabiduría eterna, María contribuirá por toda la eternidad á todas las operaciones de la



SERMON PANEGÍRICO

PARA

EL DIA DE LA NATIVIDAD DE LA VÍRGEN.

*Et misericordia ejus a progenie in progenies
timentibus eum.*

(Luc., cap. 1, vers. 50.)

Y su misericordia de generacion en genera-
cion sobre los que le temen.

Cuando acababa de cumplirse la esperanza de cuarenta siglos, y era ya un hecho lo que para cien generaciones habia sido una promesa, la Virgen que encerraba en su seno á Aquel en quien fueron bendecidas todas las naciones de la tierra, pronunció un cántico tan sublime, que encierra en pocas frases la historia del mundo de las inteligencias, la inmovilidad é inmutabilidad de los decretos divinos, las vicisitudes de los espíritus criados, sus contiendas, sus aspiraciones y su suerte en el tiempo y en la eternidad. Esta Virgen habló á la manera de los Reyes y de los sabios, que encierran grandes conceptos en pocas palabras, y hablando poco dicen mucho, mostrando así que era Reina del mundo y tenía íntima union con la sabiduría increada.

Es tan dulce para mi corazon la memoria de esta Virgen, y el repasar lo que dijo, lo que hizo, y si pudiera ser lo que pensó, que no puedo ménos de referir cuánto significa cada una de las pulsaciones que esta cantora de las glorias de Dios da en la lira que el Espí-

ritu Santo pone en sus delicadas manos. Empiezan las primeras armonías protestando la divina poetisa que no recorrerán sus manos las cuerdas del arpa sino para glorificar al Señor y alegrarse en Dios, que es su Salvador.

En seguida publica la inefable bondad de este Dios, que se ha dignado complacerse en su pequeñez; y lanzando una mirada escudriñadora á cuantas generaciones ha de haber en el mundo, las vé á todas, una por una, y como si fuera más que hombre ó que ángel, determina lo que pensarán sobre Ella, lo que dirán de Ella, y recita el elogio que le ha de dar el peregrino del destierro y el morador de la patria. Confiesa la Virgen que todo esto ha de suceder, porque ha hecho en Ella cosas grandes Aquel que es Todopoderoso, cuyo nombre es santo, cuya misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que lo temen, compendiando así en dos palabras las grandes misericordias de Dios sobre los hombres, las cuales dice empezaron á verse en la infancia del mundo, se iban á manifestar muy pronto con nueva gloria, para descubrirse en todos sus resplandores en el día de la eternidad.

Aquí podemos decir que termina la primera parte del cántico de la Virgen refiriendo las misericordias de Dios para con Ella y para con los hombres. ¿Y quién puede seguir los vuelos más que humanos que da al instante el espíritu de la Virgen? Lo que sigue es como una epopeya misteriosa de los hechos de Dios: allí en dos rasgos se ven descritos combates, batallas, usurpaciones, invasiones injustas y entronizamientos iníquos; allí aparecen soberbios enaltecidos y llenos de humillacion, poderosos por efecto de sus violencias, ricos con lo que han cogido á los demás, gentes reducidas por el despotismo al hambre y á la miseria, y, por fin, humildes deprimidos por los que constituyen el derecho en la fuerza. Todo esto ha visto la Virgen en un instante; sangrientas lides de prín-

cipes en el cielo; asechanzas ominosas de espíritus inquietos y perversos en la tierra; tiranía ejercida por Lucifer en el género humano; miseria espiritual en toda la descendencia de Adán por efecto de los fraudes de un enemigo astuto, y altanería de éste por creerse dueño del mundo. «Pero esto concluyó, dice la cantora celestial: la edad de oro empieza: Dios se ha levantado á combatir, y ha hecho alarde de su poder; desbaratadas están las miras del corazón de los soberbios, derribado el sόlio de los poderosos, han quedado sin nada los ricos, y los humildes se sientan ya en trono de gloria, y colmados están de bienes los hambrientos. Y todo esto ha sucedido, concluye la Virgen, porque Dios, acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo, cumpliendo la promesa hecha á su amigo Abraham y á su descendencia, cuyos efectos durarán por los siglos de los siglos.»

Hé aquí, compendiado, lo que la Virgen María dijo en su canto. Pero dos cosas debo hacerlos notar, una de las cuales descuella entre las frases de la cantora, como si fuera el tema obligado de todos sus acentos, y es que la Virgen atribuye á sólo la misericordia de Dios cuanto ha hecho en Ella, cuanto hizo á Israel, cuanto prometió á Abraham, y cuanto cumplirá por toda la eternidad. «Nada merecíamos nosotros, dice María; nada podíamos exigir de Dios: es su misericordia la que nos crió y adornó con su gracia; es su misericordia la que nos libra de la tiranía de Satanás y nos redime; y por efecto de esta misericordia, hizo su gran promesa en el paraíso, la reiteró á Abraham, la confirmó en Israel, y la cumplirá por los siglos de los siglos.» Y no me quiero detener aquí á referir cuanto abarca en esta sola frase el espíritu gigantesco de la Virgen, porque deseo manifestaros que hay otra cosa encerrada en el cántico, de la cual Ella nada dice con claridad, no obstante que se desprende de cada una de sus palabras. Pero lo que no dice la Virgen con toda cla-

ridad, porque es humilde hasta un extremo inconcebible, lo debemos publicar nosotros y anunciarlo al mundo entero con voces que lleguen de confin á confin. ¿Y sabeis, amados hermanos, cuál es esa gran verdad que se desprende del cántico de la Virgen? Un gran secreto del corazón de Dios, lo que forma las delicias de la augusta Trinidad, lo que era el ánsia misteriosa del linaje humano, lo que hace risueña á la misma justicia divina, lo que da envidia á los ángeles, lo que es el bálsamo del alma pecadora, lo que hace bienaventurado en este mundo al desterrado, lo que produce en nosotros, no alegría, ni gozo, ni contento, ni placer, sino arrobamiento, deliquio celestial, éxtasis; lo diré de una vez: es que esa misma Virgen, que atribuye todas las obras de Dios á su misericordia, es la que la ha de administrar á los hombres, por ser Ella la Madre de esa misma misericordia y la tesorera que la guarda y la reparte á los mortales.

Puesta está ya de manifiesto la verdad más consoladora que puede presentarse á nuestros corazones, pues somos todos hijos de esa misma Virgen. Y es esto mismo lo que voy á explanar en este día, en que celebramos con la Iglesia católica su nacimiento. Vengan aquí los que vacilan, los que dudan, los que temen, los que están atollados en el mismo lozadal de los vicios, y oigan un suave rumor que va á llevar á sus almas la fé, la esperanza, el vigor y la resolucion. Vengan esos hombres que tienen un corazón recto, que aman las bellezas celestiales, y suspiran por ellas, pues van á verse bañados de tanta dicha con sólo oír este dulce eco que baja del cielo, que han de creerse ya moradores de la patria de los bienaventurados. Vengan todos, y oigan lo que tal día como hoy cantaron sin duda los ángeles. Ha nacido una niña que ha de ser la dispensadora de la misericordia divina; el linaje humano, huérfano y desamparado, tiene ya una Madre que lo es de misericordia. Venid todos, mis

amados hermanos, y apresuraos á saludarla, llamándola con el ángel bendita entre todas las mujeres.

AVE MARÍA.

El plan concebido en la mente divina para salvar al hombre es tan redundante en amor, que no es posible estudiarlo sin que el alma quede envuelta en la red verdaderamente inmensa de caridad que Dios arrojó sobre la tierra al realizarlo. Pero el resorte que parece estaba destinado á mover el gran peso del amor divino, á manifestarlo, á derramarlo, á darlo á conocer á los hombres, es lo que hay más arrobador del espíritu y más encantador del corazón en este plan admirable de la redencion. Este resorte es aquella Mujer á quien Dios mismo mandó llamar bendita entre todas las mujeres. (Luc., capítulo 1, 26.)

El plan divino en esta obra de la caridad infinita no se limita á redimir al hombre, sino que se extiende á la unificación del cielo y la tierra. Dios queria fundar el reino del amor, en el cual no hubiese sino paz, caridad, amistad, felicidad, unidad, por fin, pero unidad tan perfecta, que los hombres fuesen todos una misma cosa en el vínculo del amor, así como el mismo Padre eterno es una cosa en su naturaleza con el Hijo y el Espíritu Santo, no obstante que son tres personas realmente distintas (Joan., cap. xvii, 21). Dios, que es padre de los hombres y los ama con indecible caridad, y veía que estos no lo conocían, ó lo conocían mal, y que estaban alejados de Él, queria hacer de Él y de los hombres una familia en la cual campease un amor puro, tierno, cariñoso, feliz, desinteresado, que atrajese á todos los hombres á su corazón, para que éstos lo llamasen con toda la efusion de su alma Padre, así como Él los llamaba á todos sin distincion hijos. Á esto está reducido el plan divino, como nos lo descubre

el mismo Jesucristo; porque Él bajó del cielo para deramar en la tierra llamas de amor, pero de tal amor, que enseñase á los hombres á llamarse hermanos, hijos todos de un mismo Padre, que está en los cielos, y acercarse á éste con más confianza que la que tiene el niño tierno para pedir pan al que le dió el sér y la vida.

Para conseguir este objeto; para remover cualquier obstáculo que encontrasen los hombres en el camino que los llevaria á Dios; para hacer este mismo camino, no sólo suave, sino florido, ameno y deleitable; para que hubiese posibilidad de ver á ese mismo Dios cerca de sí mismo, y conocerlo, y tratarlo, y convencerse del mucho amor que nos tiene, y de que, léjos de ser un sér terrible y severo, es un padre benigno y un amigo cariñoso del hombre; para poder, por fin, fundar un reino de justicia y de paz, y constituir de Dios y de los hombres una gran familia, donde no hubiese más que un padre y muchos hijos, se deja ver en el plan divino de la redención del hombre la Virgen María. Es esto precisamente lo que más halaga nuestro corazón, y en lo que nuestra alma encuentra la perfección infinita de aquello que la ha encantado y enamorado desde que nuestros ojos se abrieron á la luz y nuestros sentidos empezaron á palpar la perfección inefable de la maternidad. Porque ¿quién lo ignora? Cuando cada uno de nosotros hemos llegado á la edad en que nuestra razón nos enseña que debemos amar á nuestros padres, hemos visto que los amábamos ya, y que, sin saber cómo, se había formado entre ellos y nosotros un lazo de ternura que nos estrechaba. Mas ¿cómo se había formado este lazo de oro? En esos encantos indefinibles de la maternidad natural veíamos, cuando la tierna madre nos aplicaba á su pecho, que había en sus labios una sonrisa que es sólo para el hijo, y por la cual éste conoce á su madre; veíamos que sus dos pupilas destellaban rayos de amor; palpábamos aquellos ósculos

caldeados en su corazón, que era todo amor; palpábamos también que del seno de la madre nos veíamos trasladados á los brazos de un padre, quien, á pesar de ser por naturaleza más severo y ménos suave que la madre, nos acariciaba, nos arrullaba y nos besaba, y todo esto iba causando en nuestros corazones impresiones de amor. Pero estas impresiones son tan elocuentes, que enseñan al niño á dar á la madre una preferencia relativa sobre el padre, pues le son más gratos los brazos de aquélla que los de éste, y si llega á ver en él alguna mirada de severidad, se apresura á esconder su rostro ruborizado entre los labios y el seno de la madre. Sublime y elocuente modo de obrar, por el cual la naturaleza enseña al hombre que por medio de la madre conoce á su padre, y que en el corazón de aquélla hay siempre un volcán de amor hácia su hijo.

No hay duda de que los mayores encantos del corazón del hombre se encuentran en esa unión íntima, tierna y desinteresada del padre, de la madre y del hijo: se amaban mucho aquéllos en la esperanza de ver el fruto de su amor; pero se aman después mucho más, siendo su hijo el pábulo que mantiene el fuego del cariño y el lazo que los estrecha en un mismo objeto, que es la felicidad del hijo. Y ¡cosa singular! al decretar el Señor la reparación del linaje humano, determinó que el hombre se elevase á Dios, á su conocimiento, á su amor y á su posesión, conduciéndole como á un hijo de familia por medio de los cariños de una maternidad infinitamente más perfecta, más tierna y más generosa que aquella cuyos encantos ha experimentado cada uno. Lo primero que vemos en nuestra regeneración espiritual es nuestra madre, á quien debemos el sér de la gracia, la leche que nos ha alimentado, sus cuidados, sus cariños, su solicitud maternal. De ahí la diferencia tan notable de los hombres de los tiempos antiguos á los de los modernos;

de ahí el cambio radical de los corazones; de ahí la elevación de las almas á Dios; de ahí, por fin, el trato íntimo de los hombres con su Criador, y el conocimiento vasto y profundo que hoy día tenemos de su naturaleza y sus atributos.

Esto lo comprendemos instantáneamente con sólo poner en contraste hombres con hombres y tiempos con tiempos. Obsérvese lo que es, lo que piensa y lo que dice y hace aquel gran pueblo que se gloriaba de tener cabe sí á Dios, y de estar familiarizado con sus prodigios. ¡Qué ideas tiene sobre la naturaleza divina! ¡Qué terror le causa la presencia de Dios! Manifiéstase Éste con gloria y majestad en los promontorios del Horeb, derramando llamas por todas sus crestas y derrumbes, truenos, detonaciones, relámpagos, ruido de clarines, vibraciones continuas de ecos celestiales, es el aparato con que la grandeza de Dios se manifiesta. ¿Quién guarda serenidad de ánimo en medio de tanto remolino de fuego como recorre la sierra de Sinaí? ¿Qué corazón no se estremece al sentir los ecos prolongados de mil trompetas que anuncian la presencia de Dios, y dicen claramente á las turbas que hombre ó bestia que tocara la raíz del monte sería apedreado? El terror fué tanto, que todos unánimes pidieron á voces que no les hablase Dios, sino Moisés. Y ni este mismo Moisés, tan acostumbrado á tratar con Dios, pudo contenerse; porque era tan terrible y espantoso lo que se veía, que al fin pronunció estas palabras: «Despavorido estoy y temblando.» (Heb., capítulo XII, 21.)

Y estas mismas ideas van trasmitiéndose de padres á hijos, pues todos creen que no es posible ver la majestad de Dios sin morir al instante, ni acercarse á hablarle, por no haber oído jamás su voz sino entre nubes, tinieblas, estruendos y torbellinos. Esto era en tiempos antiguos; pero un momento llegó en el cual todo esto

desaparecía, como desaparecen las tinieblas al aparecer en el horizonte la luz. Vamos á ver otros hombres y otros tiempos, otro trato con la majestad divina, y no hemos de poder persuadirnos de que estemos hablando con Dios, sino es porque una Virgen nos ha de decir que es Él mismo, y que lo podemos tomar en nuestros brazos, y aplicarlo á nuestros labios, y besarlo, porque es Hijo suyo, y nuestro hermano, y Ella nos lo da para eso.

Vuélvase, en efecto, la vista á la escena de Belén, primera de la ley de gracia, y se comprende que Dios se ha despojado de aquel aparato terrible y majestuoso con que se dejaba ver de los hombres, y que éstos empiezan á tener un conocimiento más perfecto de lo que es Dios, y entran en trato familiar con Él, como con un amigo y como con un hermano. En vez de roncas bocinas, cuyos ecos hacen retremblar el monte santo, son armonías angélicas que llenan los oídos de dulzura y saturan el alma de gozo celestial; en vez de voces de amenaza, cantares de gloria al cielo y de paz á los hombres; en vez de rayos y fuegos, claridad suave, pero tan esplendorosa, que ella misma dice que viene de Dios; en vez de órdenes amenazadoras del ángel publicando pena de muerte al que se acerque al paraje donde está la majestad divina, invitaciones cariñosas de los mismos ángeles para que se vaya á buscar á Dios mismo. Pero ¿qué más? en vez de un Dios terrible que se anuncia con truenos y relámpagos, y es llevado en carrozas de remolinos de fuego, un Dios niño, un Dios tierno, un Dios que llora, que está fajado en pañales, que descansa en un poco de heno, que se deja tocar y abrazar y llenar de caricias.

¿Quién no se espanta? ¿Quién no se anonada? Mejor dicho: ¿quién no se eleva y se extasía? ¿Quién no derrama lágrimas de gozo al ver una cosa tan nueva, tan inaudita y tan distinta de lo que el género humano ha visto en cuatro mil años? No es ya un Abraham ó un

Moisés quienes oyen de la boca del mismo Dios que son sus amigos y sus confidentes, postrándose los dos en tierra al oír tan de cerca la voz divina; son unos hombres plebeyos quienes se acercan á un niño recién nacido, quedando arrobados al ver majestad que no infunde temor, resplandores que no ofuscan, ecos que consuelan, y al contemplar cuánta honra le ha cabido á un establo, cuánta dicha han tenido unas pajas, y cuánta gloria ha sobrevenido á un pesebre.

Mas no es esto todavía lo que embarga con más fuerza los sentidos del cuerpo y eleva el alma: Dios se ha hecho hombre, se ha hecho hermano nuestro; es un niño, tiene una madre. Y lo que produce en los primeros hombres que van á reconocer al Dios recién nacido un asombro indescriptible y un gozo todo celestial, es el ver que esa misma madre les dice que se acerquen á su niño, que no teman, que pueden tocarlo y besarlo, porque ha nacido para ellos. Viérase entónces lo que no pudieran imaginarse ni aun los ángeles mismos: unos zagales sencillos, sin letras, toscos y rudos, se pusieron á ver á Dios cara á cara, formando corona alrededor de su cuna, quienes, cayéndoles de sus ojos hilos de lágrimas, no sabían decirle sino que lo quieren, que lo aman, que lo adoran, y están tan extáticos mirando, ora al niño, ora á la madre, que apenas saben ya si están viviendo en la tierra ó si ha llegado para ellos la posesion del bien sumo en el cielo.

Ya veis qué tierno y encantador es el primer paso que han dado los hombres para acercarse á Dios. ¿Quién se niega á tomar en sus brazos un niño más hermoso que las estrellas? ¿Quién no sella sus mejillas con ósculos de amor al verlo extender sus brazos y asomar en sus lábios una sonrisa celestial? ¿Quién se niega á la invitacion de una madre que le cede á uno tal hijo para que le abrace y se embriague en la contemplacion de su belleza? Nadie se

resiste á encantos tan poderosos, porque nuestro corazon se va naturalmente tras lo que lo hace bienaventurado: así vemos que no hay diferencia entre el pobre pastor y el gran potentado, y el venerable sacerdote y la noble profetisa. Todos vienen á buscar á este niño, y á todos se lo da su madre, haciendo con sólo esto que se crean ya bienaventurados. ¿Qué les vale á los magos del Oriente toda su ciencia, cuando han llegado á besar la mano de aquel niño que su madre les da para que lo adoren? ¿En qué cifra todo su sér y toda su dicha el anciano Simeon, despues de haber puesto la Vírgen su niño en los brazos del hombre justo? ¿A qué se reducen todas las palabras de la venerable Ana, despues que ha conseguido ver al hijo de la Vírgen? ¡Ah! Por mucho que quieran decir los sabios, por sublimes que sean los acentos del justo, y por extensas que sean las alabanzas de la viuda, todos dicen lo mismo que los zagales, que aman, que quieren, que adoran á ese niño, y que es bendita entre todas las mujeres esa Vírgen tan dulce y tan amable que les ha dado ese tesoro.

Admirable es, á la verdad, y encantadora esta economía del Señor para salvar al hombre. Preséntase su Hijo en el mundo para atraer á sí á los hombres, revestido de su misma forma, sin rayos de divinidad, y sin ningun distintivo de grandeza. ¿Quién dirá á los hombres que ese niño es Dios? Su Madre: ese Dios está oscurecido bajo el velo tosco de la naturaleza humana; pero su Madre es el sol que derrama rayos sobre los entendimientos y los ilumina, pues por eso, como dice el Doctor Angélico, es asemejada al sol y á la luna (*Opúscul.* 8). Si al salir Jesucristo al mundo no viene con Él su Madre, el mundo se hubiera quedado tan en tinieblas como ántes. Si quitais de este mundo material al sol, dice San Bernardo, ¿dónde estará el día? Pues si quitais del cuadro de la reparacion del hombre á María, no queda sino oscuridad, tinie-

gracia para la salvacion del hombre.» (Bossuet.: *P. de N. B. V. M.*, 3, p.) Y este es el parecer de los sabios de la antigüedad como de los del día; parecer, no de unos panegiristas entusiastas y exaltados, sino de los más sabios doctores, como de los más Santos. Ella es la coooperadora perpétua de nuestra salvacion, y sin su intercesion se frustran en nosotros todos los esfuerzos de la gracia. «Veneremos, pues, á María, dice San Bernardo (1.º *De Nativit.*), con todos nuestros afectos, con todos nuestros votos y con todas nuestras fuerzas, porque esta es la voluntad de Dios, que quiso que todo nos viniese por María.» *Quia sic est voluntas ejus qui totum nos habere voluit per Mariam.*

Almas justas y fervorosas, invocad á María, para que os sostenga en el camino áspero y escabroso de la santidad, y caminando de virtud en virtud, podais llegar á la cima de la montaña santa donde Dios corona sus escogidos. Almas tibias é imperfectas, que arrastrais tan lentas y tardías el suave yugo del Señor, invocad á María para que excite en vuestro pecho un fuego divino, ántes que este Dios, irritado por vuestra indiferencia, os arroje de su boca, y os volvais á los placeres del crimen y perezcais. Y vosotros, pecadores, que os hallais atollados en el lodazal de vuestros desórdenes, y al pensar en vuestro estado infeliz os horrorizais y desesperais de poder salir, que no creéis en la posibilidad de romper vuestras pasadas é inveteradas cadenas, invocad á María: con su socorro, todo será posible; las tinieblas se disiparán, el vicio perderá su fuerza seductora, la virtud os hará conocer los atractivos dulces y poderosos de la gracia, y entónces hallareis en la contricion y en la vida cristiana la paz y el sosiego que el mundo y las pasiones no pudieron daros, á pesar de sus gigantescos esfuerzos. Y tú, incrédulo, cuya pérdida parece inevitable, pues has declarado guerra abierta al cielo; si hay en tí algun resto de

compasion, invoca á María ántes que llegue aquel momento fatal que ha de resolver ese problema que tanto agita tu espíritu sobre la existencia de una eternidad; no temas llegar á sus virginales piés, y decirla en tu amarga perplejidad: ¡Oh Vírgen! si es verdad que tanto podeis con Dios, y que todas tus peticiones son oidas; si es verdad que no hay salvacion sino en la Religion católica, y que la incredulidad es un error deplorable que conduce á la ruina eterna, obtenedme un rayo de esta luz divina que se ha extinguido en mi pecho; una luz que me enseñe el camino de la verdad; con esta señal conoceré que me habeis oido, caminaré alumbrado con los rayos de esta luz, y dejando mis extravíos, me acordaré para siempre que Vos me habeis dispensado este beneficio. ¡Oh impío! Haz la prueba; y por débil y tibia que sea tu oracion, yo te respondo y te garantizo que no será inútil, con tal que sea sincera; y acaso serás del número de los incrédulos cuyo corazon, tocado por una gracia victoriosa, y sacados como por milagro del caos de las tinieblas y el error, han pasado á la region de la verdad y de la luz.

De este modo nos asiste esta Madre piadosa en las necesidades de nuestras almas: de esta manera mira por nuestros intereses eternos; pero áun hace más, pues siendo Madre de los desgraciados hijos de Adán, envueltos en una nube de males, mira tambien por los intereses temporales de sus devotos. Y aquí, amados cofrades, espero vuestra benigna atencion; ya habeis comprendido que María es la que trasmite como un acueducto celestial las aguas de la divina gracia; que su proteccion no cesa con vuestra existencia temporal; más allá del sepulcro aún se sienten los efectos de su cuidado maternal hácia los hijos que adoptó en la Cruz. Pero su amor, imitando al del Padre celestial, se extiende á todas nuestras necesidades para subvenir las, á todos los males para dulcificarlos, á

los azotes del cielo para apartarlos, y aún á nuestras empresas legítimas y á nuestros asuntos temporales, para que salgamos de ellos con felicidad. Leed la historia del mundo, examinad los hechos de las naciones y de los hombres que se han puesto bajo su tutela, y os admirareis al ver los azotes del cielo detenidos, los ardores del fuego apagados, las familias consoladas, las fortalezas enemigas tomadas, los ejércitos vencidos, las naciones adversas subyugadas, los hombres rebeldes sojuzgados, la paz y la prosperidad establecidas, como en su lugar propio, en el centro de los pueblos devotos de María. Recorred las monarquías y las naciones católicas; examinad esa multitud de templos consagrados á su nombre en las ciudades y las aldeas, en el fondo de los valles y en la cima de los montes, en las riberas del mar y en las llanuras de la tierra; preguntad el motivo por qué se han construido, y vereis que cada uno es un monumento erigido para darla gracias por algun favor singular. Contad las fiestas instituidas en honor suyo por el Catolicismo, las congregaciones erigidas bajo su patronato inmediato, las cofradías cuya bandera es la bandera de María, y yo os responderé que todas son el monumento vivo y perenne, ó de la cristiandad afligida y librada como por milagro de las irrupciones de los bárbaros, ó de la opresion de los musulmanes, ó de los cismas, de las herejías y de las guerras civiles que la asolaban, ó de otros males extremos que la amenazaban y estaban para acabar con ella.

Yo pudiera hablaros de las últimas Congregaciones instituidas para obtener la proteccion de María; pues ahora más que nunca, que el espíritu de impiedad y de irreligion va dominando á los pueblos, introducido y propagado por los espíritus fuertes de esta época de soberbia y de presuncion, la Iglesia, como los varones celosos, procuraron poner bajo la tutela de María á los

pocos hijos que van quedando del inmenso rebaño que en otro tiempo componia el cuerpo de la Iglesia. Pudiera, repito, hablaros de la archicofradía del Corazon de María, que, fundada últimamente en Roma, ha sido ya extendida por casi todas las naciones de la Europa; pudiera traer á vuestra memoria la admirable cofradía de la Providencia, que los celosos Padres mis hermanos han plantado entre vosotros, y bajo cuya proteccion se hallan ya una gran parte de los habitantes de esta ciudad. Y ¿no habeis visto ya sus efectos? ¿No veis cuántas almas han dejado ya la senda del vicio y vuelto los ojos á la verdad? ¿No habeis visto cuántos jóvenes ilusos y extraviados por los sofismas de esos impíos y enemigos del Catolicismo que viven mezclados entre los verdaderos cristianos, han conocido sus errores y han entrado en el seno de la Religion, enjugando así las lágrimas de una madre afligida, y consolando á un padre que sólo temia bajar al sepulcro dejando á su hijo envuelto entre las tinieblas de la incredulidad? Todo esto pudiera contaros largamente; pero, ¡qué más prueba de mi aserto que vosotros mismos, vosotros los que habeis contribuido á estos cultos de María, que estais agregados á la cofradía del Cármen! ¿No es verdad que, prescindiendo de la grandeza y dignidad de María, que es motivo más que suficiente para tributarla todo honor y toda gloria, habeis querido asociaros á los hijos del Carmelo, porque están, por decirlo así, asegurados de la salvacion eterna, que es el más precioso interés que pueda ocupar el pensamiento de una criatura destinada á ser inmortal? ¿No habeis oido hablar á vuestros mayores de los prodigios que ha obrado para librar á sus devotos, de las lágrimas que ha enjugado, de los muertos que ha resucitado? ¡Oh, amados míos! Sí, lo habeis oido, y esto os ha excitado á venir á poner os bajo su proteccion.

Hé aquí descifrados los motivos que nos obligan á

ser devotos de María, adornada por el Eterno con tantos dones y privilegios. El hombre cuyo anhelo es amar lo más perfecto y lo más hermoso, ¿cómo no amará á esta Reina que reúne en sí todo cuanto hay de grande, de hermoso, de sublime y de celestial despues de Dios? Deputada por su Hijo santísimo para ser Madre de los mortales, habiéndolos Ella misma engendrado en el Calvario en la sangre de su Hijo, ¿cómo no la amaremos, cómo no la agradeceremos su sollicitud y su ternura hácia nosotros? Y si estos motivos no son suficientes, muévannos á piedad nuestro propio interés, nuestra felicidad eterna, y acaso nuestros intereses temporales; todo depende de María, pues Ella es, segun San Antonino (p. h. 1. 1. y cap. xx), la Madre de todos los bienes, y el mundo puede decir que todo le ha venido por medio de María.

Acudamos, pues, amados míos, con confianza al trono de la gracia de Dios. ¿Quién ha invocado á María, dice Inocencio III (Serm. 3. *De Asumpt.*), y no ha sido oído de Ella? ¿Quién rogó jamás el omnipotente auxilio de María, y fué abandonado? Postrémonos, pues, á sus piés, y digámosla con la Iglesia las dulces y grandiosas palabras con que la saludó el Angel: «Dios te salve, María, etc.»

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA FIESTA DE LA

VÍRGEN CON EL TÍTULO DE LA DIVINA PASTORA

SOBRE LA

FILIACION DIVINA DEL HOMBRE EN EL VERBO ETERNO Y EN SU MADRE MARÍA.

Invisibilia enim ipsius per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.

Las cosas invisibles de Dios se ven por las visibles, si son comprendidas.

(ROMANOS, cap. 1, vers. 20.)

Hay, entre la gran serie de objetos que constituyen el mundo material, una sustancia invulnerable, siempre viva, siempre permanente, siempre inaccesible á los conatos con que se la quiera destruir ó se intente ocultarla. Entre los seres puramente materiales incapaces de sensibilidad y privados de razon, ella sola es la única que parece estar dotada de una especie de genio, cuya tendencia es vivificarlo todo, animar lo inanimado, realzar la hermosura é imprimir conocimiento á todas las cosas. Es el consuelo del que vive en lóbrega mazmorra, la esperanza del náufrago, la alegría del viandante, causa risa á las flores, da el tono al diapason de las avecillas de los valles, platea las aguas, dora los prados y sus mieses, y baña en torrentes de alegría á los hijos de Dios. Este genio vivificador es la luz.

Lo que es la luz respecto de los cuerpos materiales, es Dios respecto de los espíritus; y así como aquélla da

ser devotos de María, adornada por el Eterno con tantos dones y privilegios. El hombre cuyo anhelo es amar lo más perfecto y lo más hermoso, ¿cómo no amará á esta Reina que reúne en sí todo cuanto hay de grande, de hermoso, de sublime y de celestial despues de Dios? Deputada por su Hijo santísimo para ser Madre de los mortales, habiéndolos Ella misma engendrado en el Calvario en la sangre de su Hijo, ¿cómo no la amaremos, cómo no la agradeceremos su sollicitud y su ternura hácia nosotros? Y si estos motivos no son suficientes, muévannos á piedad nuestro propio interés, nuestra felicidad eterna, y acaso nuestros intereses temporales; todo depende de María, pues Ella es, segun San Antonino (p. h. 1. 1. y cap. xx), la Madre de todos los bienes, y el mundo puede decir que todo le ha venido por medio de María.

Acudamos, pues, amados míos, con confianza al trono de la gracia de Dios. ¿Quién ha invocado á María, dice Inocencio III (Serm. 3. *De Asumpt.*), y no ha sido oído de Ella? ¿Quién rogó jamás el omnipotente auxilio de María, y fué abandonado? Postrémonos, pues, á sus piés, y digámosla con la Iglesia las dulces y grandiosas palabras con que la saludó el Angel: «Dios te salve, María, etc.»

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA FIESTA DE LA

VÍRGEN CON EL TÍTULO DE LA DIVINA PASTORA

SOBRE LA

FIELICACION DIVINA DEL HOMBRE EN EL VERBO ETERNO Y EN SU MADRE MARÍA.

Invisibilia enim ipsius per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.

Las cosas invisibles de Dios se ven por las visibles, si son comprendidas.

(ROMANOS, cap. 1, vers. 20.)

Hay, entre la gran serie de objetos que constituyen el mundo material, una sustancia invulnerable, siempre viva, siempre permanente, siempre inaccesible á los conatos con que se la quiera destruir ó se intente ocultarla. Entre los seres puramente materiales incapaces de sensibilidad y privados de razon, ella sola es la única que parece estar dotada de una especie de genio, cuya tendencia es vivificarlo todo, animar lo inanimado, realzar la hermosura é imprimir conocimiento á todas las cosas. Es el consuelo del que vive en lóbrega mazmorra, la esperanza del náufrago, la alegría del viandante, causa risa á las flores, da el tono al diapason de las avecillas de los valles, platea las aguas, dora los prados y sus mieses, y baña en torrentes de alegría á los hijos de Dios. Este genio vivificador es la luz.

Lo que es la luz respecto de los cuerpos materiales, es Dios respecto de los espíritus; y así como aquélla da

vida y animacion al mundo material, y así como jamás se la puede ocultar, por muchos velos de que se la pretenda rodear ó encubrir, así el Sér espiritual por esencia es la vida de las almas racionales, brillando la luz increada en las tinieblas, y no pudiéndose esconder á quien tenga potencias racionales, así como la luz material no puede ocultarse á quien tenga potencia visiva; razon por la que, entre las innumerables apelaciones con que los autores sagrados han denominado al Sér divino, ninguna se le ha dado todavía, tomándola de una cosa puramente material, para hacer de ella una especie de atributo esencial á la Divinidad, sino es ésta. Con tan magnífico exordio empieza el Evangelio del Discípulo amado, y con la misma naturaleza de lenguaje hablan los demás Apóstoles. «Dios, dicen, es luz, y jamás habrá en Él tinieblas.» *Quia Deus lux est; et tenebræ in eo non sunt ullæ.*

Sin embargo, es preciso convenir en que la humanidad unas veces ha querido hacerse desentendida para no ver esta luz; otras ha pretendido arrojar sobre ella un tupido crespon, y tambien alguna vez, á semejanza de los salvajes que despiden hácia el cielo puñados de arena maldiciendo al sol, ha levantado su mano contra el Omnipotente, cubriendo sus ojos para no ver la luz que le ilumina: conato vano, cuyo resultado fuera la confusion de la humanidad altiva y al mismo tiempo la ocasion de que el Sol increado, extendiendo con más gloria y majestad las fulgurantes madejas de su eterna luz, se haya derramado hasta los más remotos confines del mundo, para que nadie se esconda de sus resplandores.

En este combate, yo no sé de lo que hemos de admirarnos más, si de la constante tenacidad del hombre en querer arrojar sobre el Sol divino todo el océano de su malicia para apagar el fuego benéfico que lo ilumina y da animacion, movimiento y hermosura, ó de la incansable bondad de la luz infinita en desarrollarse y acercarse más

y más al hombre, para que éste la conozca, la ame, la desee y la busque; seguramente no podemos ménos de sorprendernos al ver que nuestra fuerza sea tan gigantesca, pues se atreve á resistir á Dios, á mirarle con desden, y áun á rechazarlo con indignacion, pues todo esto nos demuestra nuestra espiritualidad y la grandeza de nuestros destinos, que sacrificamos á nuestra altanería. Pero yo me confundo y anonado cuando considero que la luz inmensa se reduce á un punto, que el Sol eterno se eclipsa y se queda sin resplandores, á fin de que el hombre se acerque á Él, lo palpe y lo examine, para que, ya que no ha querido reconocer las huellas de su luz, invisible en su naturaleza, visible en sus obras, la encuentre y la adore, reconociendo en ella la vida de su espíritu, el autor de su existencia, el principio de su bien, el germen de su inmortalidad, y la amorosa Providencia que le lleva por la mano al destino glorificador de todo su compuesto.

Y si admirable es la dignacion, más admirable es el modo con que Dios descubre al hombre su suavísima luz; porque nosotros, en nuestro orgullo, no sabemos manobrar sino levantando dos fortalezas contra una, y contra mil soldados diez mil, siendo la fuerza la suprema razon de los mortales. Pero Dios no obra de este modo para insinuarse en la razon del hombre, oponiendo al orgullo la humildad, al insulto la paciencia, y á la ingratitud los favores. La majestad se cubre con el harapo, la grandeza con las humillaciones, la luz inaccesible se encierra en el tosco barro, y con este proceder verdaderamente asombroso, los grandes castillos del orgullo humano se rinden, y confiesan con humildad que Dios es la luz de sus entendimientos: tal es la fuerza de las demostraciones divinas, que nos descubren las grandezas de su Sér invisible por las obras que se ha dignado realizar entre los hombres: *Invisibilia ipsius*, etc.

¿Cuándo ha tenido esta gran bondad el Sér divino?

Cuando se hizo hombre por nosotros, cuando murió en la Cruz; hasta entónces, los cielos cantaban la gloria de Dios, los astros la predicaban, la tierra, los elementos y toda criatura enseñaban al hombre que Dios tenía una providencia especial del mundo; pero desde que Dios tiene Madre, desde que espira, desde que este inmenso foco de luz se tapa con la triste manta de nuestra mortalidad, las ráfagas de su luz se dilatan, tocan á los corazones, los esclarecen, los inflaman y alimentan, y nadie hay que no conozca la existencia de la eterna luz por los excesos de amor que ha hecho por el hombre. *Invisibilia enim ipsius*, etc.

Hemos llegado ya á descubrir un misterio del amor divino, y con él el objeto de vuestra asistencia en este día al templo del Señor. Una luz infinita que se presenta al hombre, sin quererla éste mirar, se oculta entre las ignominias de la Pasión, y enseña al mísero mortal que su condicion no es tan desgraciada, porque vela sobre él una Providencia que lo rige y gobierna; y por una gradacion divina, aprendemos todos á caminar hasta el trono de luz inaccesible en que habita el Sér divino. Esta gradacion es María; María nos conduce á Jesus, que es el Verbo Hijo de Dios, y el Hijo nos conduce al Padre, que es la eterna luz; descubriéndonos de un golpe de vista, por lo que pasa en el Calvario, lo que es invisible en su naturaleza, la luz increada que nos ilumina y vivifica. ¿Qué viene á ser María desde entónces? La expresion sensible de la Providencia que vela por la salvacion de cada hombre.

Sí; Tú eres ¡oh Madre de Dios! la depositaria de los secretos del amor divino: lo creemos, y esperamos que algun dia hemos de saber de tus propios labios que debemos nuestra felicidad á tu providencia maternal. En esta fé y esperanza nos asiste el derecho de pedirte en este momento la gracia de tu Hijo, la iluminacion de su ros-

tro, para poder hablar con acierto de los misterios del amor increado. Aquí nos tienes, pues, arrodillados, saludándote dichosa entre todas las mujeres.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

La existencia de la humanidad, con sus alternativas y modificaciones, sería un caos impenetrable, si no hubiera un libro divino que nos enseñase su origen, su nobleza, su degradacion y su caída. Esta es la única llave que abre las puertas de los arcanos, y nos hace comprender que tras la pérdida de la gracia original se siguió la ruina total del hombre, que pospuso la adopcion divina á un vil y ligero placer. Dios era un Padre amoroso, el hombre un hijo predilecto, y por culpa de éste, el Sér infinito se armó de todas sus iras, quedando el segundo en estado de rebeldía, estado que apenas duró un instante, por haberse presentado un pacificador que medió entre el Dios airado y el hombre que se sublevó con alevosía. La ignorancia de unos tiempos, el saber de otros, la barbarie de los antiguos siglos, la civilizacion de los actuales, la grosera supersticion unida á una filosofía refinada en unas épocas; la desdeñosa incredulidad al lado de una ilustracion debida á la Religion en otras, serian un misterio incomprensible, si no nos enseñara la Revelacion que el hombre dió en su origen una fatal caída.

En efecto; cayó el hombre, y se precipitó como el gran coloso que arrastra en su vuelco cuantos objetos están en contacto con él. Pero su caída no entrañaba el trastorno absoluto de las leyes que constituyen la complexion del mundo material, ni mucho ménos las que

forman el compuesto del moral. Como que estas leyes son independientes de la criatura, no tiene ésta imperio alguno en su permanencia, así como no tuvo influencia activa en su existencia, por ser estas leyes coeternas á la mente divina. El mismo sol que alumbró los arbolados del Paraíso, los mismos astros que alegraron la primera noche, los mismos céfiros que refrigeraron los ardores del fuego celestial de los primeros dias del mundo, son los que nos iluminan, los que nos regocijan y atemperan, despues de seis mil años. El mismo movimiento periódico, la misma majestad de revoluciones planetarias, todo marcha al impulso del imperio de una ley eterna.

Y ¿podia suceder lo contrario en cuanto á las leyes del mundo moral? Eran éstas, que el bien ejerciese su imperio en la tierra, como que su excelencia natural no podia ménos de atraer y cautivar suavemente á todo espíritu, siendo como es el bien la realizacion de la verdad, á cuya consecucion va el alma por instinto. Eran además, que el espíritu, no reconociendo trabas en sus obras, ni viéndose sujeto á violencia ó coaccion, ni intrínseca ni adventicia, viviria sometido al imperio de esta ley; pero de tal manera, que su obediencia, siendo libre, sería meritoria, fundada en la gracia de Dios, en la naturaleza del bien, que de suyo es amable, y en la hidalguía de la voluntad, que lo abrazaria con gusto y placer. De estos principios salia y se radicaba la adopción y filiación divina del hombre, predestinado desde la eternidad á ser hijo de Dios y heredero del cielo. Por consiguiente, tampoco podia la apostasía del hombre destruir las leyes del orden moral, pues son hoy las mismas que entónces: la gracia de Dios, el albedrío, el poder innato á la verdad, para deleitar, atraer y cautivar sin violencia ó coaccion.

La invariabilidad de este orden es conocida á todo hombre; á pesar de estar éste dotado de razon, apenas con gran esfuerzo es dueño de los elementos que ciega-

mente obedecen á una ley superior al hombre, y cuando estos desencadenan sus furias, nada hay que les resista. Ménos mutable es aún el orden moral, y esta inmutabilidad está impresa en cuanto se objeta á nuestra razon, porque el Sér infinito ha marcado las huellas de su naturaleza, tanto en la flor que matiza los campos como en el gigantesco roble que corona los montes; ni es ménos sensible su mano en el agua cristalina que serpea entre los sauces del valle que en las altivas olas del mar cuyas espumas humedecen las nubes. ¿Cómo ha de haber movimiento en la materia inerte de sí misma sin un primer motor? ¿Cómo ha de reinar el orden invariable en este movimiento, sin una inteligencia suprema, increada, infinita, que tenga las aguas en la palma de su mano y arrolle los cielos como un pergamino? ¿Cómo ha de existir esta inteligencia divina sin haber publicado las leyes que constituyen la armonía de los espíritus, imprimiendo en el bien la fuerza moral para que impere, estigmatizando el mal con el sello de su innata fealdad, para que la hermosura del espíritu extasie al espíritu, la fealdad retraiga á los hombres de estar en contacto con el segundo, teniendo el mérito de abrazar el uno y repudiar el otro? Sí; Dios publicó estas leyes, y las imprimió en el corazón de cada uno de los hombres: sin esto, no fuera justo cuando condena al malvado.

Pero confesemos nuestra debilidad: á pesar de que nuestra razon y conciencia nos conducen hasta el Sér divino, una deleitándose en el bien y deseando poseer el infinito, y no encontrando saciedad en nada de lo visible porque no hay suficiencia limitada que pueda llenar el horizonte inmenso de nuestro corazón, y otra inspirándonos terrores cuando obramos mal, y echándonos en cara nuestra depravación, que nos lleva á una ruina inevitable; no pudiéramos dejarnos cautivar meritoriamente de los atractivos del bien, sin que una gracia es-

pecial nos previniese y nos acompañara. Por eso, católicos, Dios decretó salvar al hombre por la gracia de su Hijo. En su eterna filiación emite la nuestra; y si aquél no se hubiese dignado hacerse visible en nuestra naturaleza, siendo nosotros hijos de ira, como dice el divino Pablo, nos hubiéramos olvidado de nuestra sublime dignidad, de nuestra adopción y de nuestros futuros destinos. Predestinados en Jesucristo y por Jesucristo á ser compañeros de su gloria, lo hemos sido también á la gracia para conseguirla, siendo para Dios una misma cosa el que santifica y los que son santificados, razón por qué, como afirma el mismo Apóstol, no se avergüenza el Hijo de Dios de llamarnos hermanos suyos.

En efecto: para llevar á cabo la santificación del hombre, y convencer á toda la humanidad de que es la hija adoptiva de Dios, se realizó en un tiempo dado la Encarnación del Verbo, que era el gran secreto de la eternidad. ¡La Encarnación de Dios! ¡Ah! En este misterio que la humanidad no ha estudiado lo bastante todavía para agradecerse, se manifiestan de un modo sensible las ideas divinas. Así como nuestra palabra material es propiamente la encarnación de nuestra idea espiritual, que se hace sensible y se materializa en cierta manera para que, quedando ella intacta en su naturaleza y sin salir del santuario de nuestra alma, llegue á los oídos del que nos escucha, se inocular en su espíritu y ejerza un imperio pacífico sobre él, así también la Encarnación del Verbo divino es la sensibilización de las ideas de Dios, la transmisión de ellas á nuestro espíritu por medio de la voz y de la palabra de Aquél que, hablando en la hermosura de los cielos, en el orden de los tiempos y en toda la naturaleza, ni era creído ni escuchado, pero que viene á expresarse con nuestro mismo acento, y á decirnos en nuestro propio lenguaje lo que Dios su Padre piensa y pensaba sobre nosotros desde toda la eternidad.

No nos ocupemos de las acciones del Hombre-Dios. Sentemos por principio que tiene una Madre que le ha dado el ser humano, y sin detenernos á pensar que este Dios es un Niño, un mancebo, un joven, que forma una escuela y que se levanta contra Él la razón humana, abusando de su propio albedrío en desechar un bien que es la delicia de los ángeles, fijemos nuestro pensamiento en las palabras de este Hijo del Altísimo, entregado de su propia voluntad á sus enemigos, convertido en manso cordero; si le preguntan, responde; si le insultan, sufre; si le denuestan, calla; si le azotan, si le coronan de espinas, si le clavan á ignominioso madero, Él, siempre humilde y paciente, no despliega sus labios, para quejarse en silencio del que lo hiere injustamente. (Ep. *S. Petri*, cap. v.)

¿Sabeis cuándo habla este pacificador del mundo? Cuando el sacrificio está á punto de consumarse, y cuando, clavado ya en la Cruz, ni los hombres pueden retroceder de la obra de iniquidad que han perpetrado, ni Él puede dejar de abrir su boca, porque sus palabras estaban escritas en la mente de su Padre, y debía pronunciarlas su Hijo en el momento soberano de su muerte, como el hijo del príncipe promulga y publica lo que el Rey ha sancionado en el interior de su alcázar en bien del pueblo. Escuchad, señores, estas palabras, que no son otra cosa que la manifestación de las ideas divinas, según el orden que tienen en la mente de Dios.

La gracia original se disipó á impulso del huracán del pecado; y habiendo debido desaparecer con la pérdida de aquella la filiación divina del hombre, para que ésta subsistiese fué necesario que la gracia de pura bondad del Criador fuese sustituida por la de remisión de la culpa obtenida por la mediación del Verbo: para saber lo que ocurre en el Paraíso terrenal, no hay más que presenciar lo que pasa en el nuevo Paraíso, en el Gólgota.

Allí están el nuevo Adan y la nueva Eva ; allí tambien veo yo un sér que representa en su verdadero tipo al viejo Adan, con sus remordimientos, su confesion, sus penas, su humillacion y su arrepentimiento, á lo que se sigue la misericordia, la gracia y la promesa del nuevo Paraiso. Jesucristo habla alternativamente con su Padre y con los hombres, consolando á éstos y rogando á Aquél.

Quando se dirige por primera vez al Padre Eterno pidiéndole perdon para sus enemigos, ¿quién no ve que este personaje es el mismo que en la primera caida del hombre se interpuso entre Él y el Dios airado, diciéndole en el Paraiso lo que ahora repite en la Cruz? «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen.» *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.* ¿Creeis acaso que los judíos que crucifican al Ungido de Dios son los únicos enemigos que tiene? Lo son todos los hombres, como dice el divino Pablo: «Desde Adan hasta el último de sus vástagos, no hay uno que no haya vilipendiado la Majestad infinita.» *Cum inimici essemus, reconciliati sumus per sanguinem ejus.* Elevémonos en las alas de la fé á la primera escena del mundo en el órden moral, á la primera infraccion de la ley eterna del imperio del bien, y oiremos al Verbo eterno que dice á su Padre: «Padre mio, Adan se ha obcecado en la concupiscencia; Adan no sabe, porque no ha pensado en la balanza de la justicia, todo lo que pierde; no ha pensado en la pena á que se condena, ni en tu gloria y gracia que pierde; perdónale ¡oh Padre mio! porque no sabe lo que ha hecho.» *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*

Podria acaso dudarse de la eficacia de esta plegaria; podria creerse que Adan continúa en su contumacia, y que es todavía enemigo de Dios. Pues bien; junto á Jesucristo hay un malvado, verdadero trasunto del hombre criminal, que conculca la ley eterna, pero que se arrepiente y pide perdon, que confiesa su culpa y halla mi-

sericordia, verdadero retrato del antiguo Adan, condenado á morir por su maldad; el primer cuidado del Dios moribundo es dirigirle una palabra de amor, en que le asegura la remision y la gloria eterna. Podria tambien dudarse del valor intrínseco de nuestras almas; podria suponerse que, siendo Dios impasible, nada podian influir en Él los tormentos. ¡Ah! ¿Quién podrá caer en tal estado de demencia, que no conozca su valor infinito? Sí, infinito, porque tanto vale un objeto, cuanto es el precio que se da por su adquisicion, y por cierto que la conclusion es bien matemática; Dios ha dado su vida por mi alma; la vida de Dios es de un valor infinito; luego el valor de mi alma es tambien infinito estimativamente. Por esto, católicos, Jesucristo habla en la Cruz por tercera vez, y explica el horror de sus tormentos, quejándose á su Padre de que lo ha abandonado. ¡Palabras sublimes! Ellas nos dicen lo que nosotros valemos, y nos explican lo que Dios padece por alcanzarnos la gracia de la remision y la filiacion divina con que nos ha adoptado.

Todo esto ocurrió en el Calvario, y no es más que la representacion sensible de lo que ocurrió en el Paraiso entre el Padre airado, el hombre apóstata y el Verbo mediador.

Pero, católicos, Jesucristo no muere sólo: á su lado hay una heroina, que con paso generoso y firme le ha seguido por el camino de los ludibrios, y se estaciona junto al patíbulo en el paraje de la ejecucion. Lo que pasa entre estos dos séres, las palabras que el Dios paciente dirige á su Madre y á un discípulo que está con ellos, son el desarrollo de todas las ideas divinas en órden á nuestra predestinacion eterna. La Providencia divina, que rige y gobierna cuanto ha salido de su mano, nos descubre la complacencia con que cuida de nosotros como un padre de sus hijos. Y su vigilancia sobre cada uno de los hombres es tan especial, que, comparada con la que

ejerce en los demás objetos del mundo visible, ésta aparece como amortiguada; lo que nos enseña admirablemente el divino Pablo cuando para ponderar el amor cuidadoso de Dios hácia el hombre, exclama entusiasmado: «¿Tiene Dios acaso cuidado de los ganados?» *Numquid de bobus cura est Deo?* Escuchad, católicos: esta materia es vital para nuestras almas.

Hay en el hombre una afección espiritual y característica, que lo distingue muy particularmente del ángel, con quien tiene asimilación por ser espiritual, y es la cognación con Dios. Así como en el orden carnal no hay un solo hombre que no tenga agnación con Adán, así en el orden moral no existe tampoco uno solo que no tenga cognación con Dios; y esto imprime en el hombre un carácter eterno é indeleble que lo separa y singulariza entre todos los seres. Este gran distintivo del hombre proviene de haber querido Dios tomar nuestra naturaleza, teniendo un Hijo entre los hijos de Adán, que fuese el Hijo natural y propio suyo, para adoptar con filiación eterna á todos los hermanos de este Hijo. ¿Por qué es esto, señores? Porque plugo á Dios, como dice el divino Pablo, tomar para sí la semilla de Abraham: *Nunquam Angelos apprehendit sed semen Abrahae apprehendit*. Así, en la gran división que mediara para siempre entre los precitos y condenados, este carácter jamás se borrará; el cielo es el alcázar de los hijos de Dios, y el infierno es la cárcel de los espíritus rebeldes y de los hombres que, cria dos con el carácter de hijos, no quisieron vivir como tales, sino como enemigos de su Padre.

Pero Dios no conduce las cosas á su fin sino por los medios adecuados que ordena en su sabiduría infinita. La ascensión del hombre á la filiación divina es el resultado de la Encarnación de su Hijo eterno, encarnación que no podía realizarse sino por el concurso de una mujer; resultando de ahí que, debiendo esta mujer engen-

drar un Hijo Dios, todos los que fuesen sus hermanos habian de ser también engendrados espiritualmente por la que fuese Madre de este Príncipe celestial; es decir, que todos los hombres estaban predestinados en Jesucristo, y para alcanzar esta gracia tenían que ser engendrados simultáneamente en las entrañas de la misericordia de Dios, y en el corazón amoroso de la que fuera su Madre. Estos son los medios que establece la ciencia divina.

¿En qué campo tan ameno hemos entrado? ¿Qué horizonte tan sin límites hemos descubierto? María es esta Madre. María ha engendrado este Hijo. María es Madre de un Hombre que es Dios. Pero, ¿cómo es Madre? ¿Qué clase de Hombre es ese Hijo de María? Hé aquí el gran misterio de nuestra adopción divina, cuya inteligencia demanda un estudio profundo de los secretos del cielo. Debo hablar, aunque someramente, de lo que entraña la maternidad natural, para descubrirnos el sacramento augusto de la divina maternidad de María.

Una madre, no es tan sólo la que concibe un cuerpo, porque si en su concepción no se le infundiese el alma, ni podría ser engendrado, ni saldría tampoco á luz; tampoco lo es si existiese el alma sin infundirse en el cuerpo, porque el alma es un espíritu criado inmediatamente por Dios, no siendo la Madre la causa eficiente, sino la ocasión; la maternidad esencial consiste en que la madre concibe, engendra y da á luz un cuerpo que se ha formado en sus entrañas, al que Dios ha infundido un alma criada de la nada, sin materia preexistente, siendo los generantes tan sólo una causa ocasional. Esto es lo que empieza á constituir la maternidad natural; un cuerpo sin alma no es más que materia; un alma sin cuerpo es un ente incompleto, porque así como la perfección del ángel estriba en no estar ligado á la materia, la del alma consiste en dar animación y movimiento al cuerpo, razón por qué un sabio ha dicho que la resurrección de los

cuerpos es, no sólo necesaria, sino hasta natural, en el sentido de ser violenta la separacion, porque el alma y el cuerpo son dos amigos que se hallan separados contra su voluntad, y tienen una tendencia innata á unirse de nuevo.

Pero aún no he dicho todo lo que constituye una verdadera maternidad natural; de la union del alma y el cuerpo resulta una especie de entidad que no es el alma ni el cuerpo, y sin embargo los constituye á ambos en una categoría singular, y es la personalidad. Esto es, católicos, lo que forma el complemento de la maternidad natural; toda madre humana concibe, engendra y da á luz una persona, siendo esta personalidad la que hace al cuerpo y al alma subsistentes, y volviéndose ella incommunicable á otra persona indivisible é inseparable; esto es lo que nos hace realmente distintos; esto es lo que nos constituye verdaderos hombres en el orden natural. Mientras en la concepcion no se unan el cuerpo que engendran los progenitores y el alma que infunde el Criador, no resulta la personalidad en el orden de la naturaleza; y si al verificarse esta union viene á dar subsistencia al cuerpo y al alma una personalidad superior á la personalidad humana, la naturaleza inferior no tendrá su propia personalidad, sino la superior y más perfecta, y entónces la madre en cuyo seno se realiza esta union verdaderamente portentosa, no sólo lo será del cuerpo que ella concibe y engendra, sino tambien de la persona que toma para darles subsistencia al cuerpo engendrado y al alma creada.

Si habeis comprendido, como lo creo, cuanto encierra esta doctrina que acabais de oír, ya no temo conducir os hasta lo más íntimo de las grandezas de la Madre de Dios y nuestra. ¿Veis esa mujer que está en pié junto á la Cruz de Jesus? Pues sabed que es la Madre del Verbo del Padre; en su seno se ha formado, de una manera admirable, un

cuerpo humano, al cual se ha unido un alma perfectísima; y en el mismo instante, la personalidad divina, increada, infinita, incommunicable, se ha unido tambien á este cuerpo y alma, y ha resultado una naturaleza unida á otra, sin mezclarse ni confundirse, sin personalidad propia por parte de la inferior, pero subsistiendo una y otra por la personalidad divina; como inmediata consecuencia, María es Madre del cuerpo de Jesus, porque lo concibe; Madre de su alma, porque Dios la une instantáneamente al cuerpo de su Hijo, y Madre muy especialmente de Dios, porque la segunda persona de la augusta Trinidad da subsistencia al cuerpo y alma de Jesus. María concibe á Dios, engendra á Dios y alumbra un Dios.

Pues bien, señores; este Dios ha consumado la carrera de su peregrinacion en la tierra, y va á morir. Ha pedido á su Padre el perdon de toda la humanidad; ha dado una prueba de esta remision aplicándola al primero que muere á su lado; ha declarado á la faz del mundo el valor infinito de sus trabajos, computándolo por lo que le cuesta el rescate del mundo; pues se ve abandonado de su Padre, á quien se queja amorosamente de este desamparo. Está ya aplacada la ira del cielo; una sola frase resta á Jesus, la cual dicha, todo estará concluido y entregará su espíritu. Era á su Madre á quien tenía que dirigirla, hablándola por última vez con un amor que no era para Ella, sino para el mundo; con un cariño que entrañase una reciprocidad inmensa, universal, no ya por parte de la Madre que lo amaba, sino por la de los hombres que quedaban perdonados, santificados y redimidos, y tocaban ya á los límites de la adopcion divina, que naufragara entre el diluvio del pecado, y aparece risueña, fuerte y vigorosa, despues que el diluvio de la sangre de un Dios inunda y fertiliza la tierra. Oigamos estas palabras: «¡Mujer! dice Jesus volviendo su santo rostro hácia su Madre, y señalándola un discípulo que se encontraba allí: Mujer, ese

es tu hijo.» *Mulier, ecce filius tuus*. Y dirigiéndose á este hombre afortunado: «Esa es, le dice tambien, Esa es tu Madre.» *Ecce Mater tua*. ¡Palabras sublimes, que son el complemento de las obras del amor divino, y ponen el sello á cuanto el Hijo de Dios tenía que hacer entre los hombres! No renuncia Jesucristo los derechos que tiene como hijo en el corazon de su Madre; pero advertidamente, y con singular providencia, dice San Ambrosio, al hablarla por última vez, la da el tratamiento que convenia á la Madre de todos los vivientes por la fé, para agregar á su persona á todos los hombres en una fraternidad eterna.

Lo que entraña esta última palabra de Jesus, los inmensos resultados que emanan de ella, no es asunto que puedan tratarle los hombres, porque apenas hay en ellos suficiencia para comprenderlo. El vínculo de amor que une á Jesus con María, es un lazo indisoluble que jamás podrá separarlos. Jesus debe á María una vida que importa el rescate del mundo y la pacificacion del cielo con la tierra; María debe á Jesus la dignidad mayor que existe despues de la Divinidad. El Verbo, esplendor de la gloria del Padre y copia natural de su substancia, se une á María con el mismo nudo que lo ata á su Padre; María se acerca al Hijo de Dios con la misma intensidad con que se unen la luz y el rayo, la planta y la flor, y el corazon de la madre con el hijo. La filiacion es eterna, inmensa é infinita: luego el amor que los vincula es tambien eterno, inmenso é infinito. Pero este amor se extiende por parte de Jesus á todos los hombres, sin excluir á uno solo, y necesariamente tambien el amor de la Madre abarca todos los descendientes de Adan, porque todos son los hermanos de su Hijo. No se excluye ni al traidor Judas, ni al discípulo cobarde, ni al sayon inhumano, ni al soldado cruel. Con tal que se acuerden que tienen una Madre celestial y vuelvan á Ella su mirada de

arrepentimiento, Jesus los recibe, Jesus los consuela, Jesus los lava con su sangre, Jesus les pone el sello de su cariño, Jesus los admite en su convite, Jesus los lleva al Paraiso, porque son sus hermanos, hijos todos de un mismo Padre celestial, y engendrados en el corazon de su propia Madre. Ved cuánto importa la filiacion divina del hombre.

¿Quién no se admira al contemplar el modo con que Dios abre los tesoros de su misericordia? ¿Quién no se pasma al considerar que ni un solo momento ha pasado por la humanidad en que no haya podido ésta decir con toda verdad: «Padre nuestro que estás en los cielos?» El Gólgota con sus hondonadas entrecortadas, con riscos áridos y puntiagudos; el Gólgota, que no tiene otros matices que las osamentas horribles de los ajusticiados; el Gólgota, de donde por la noche no salen sino espantosas sombras para el viajero, y donde por el dia no posan su pié sino las águilas rapantes, ¿qué otra cosa es más que un trasunto fiel del paraíso perdido, donde sólo vegetara la hedionda planta silvestre del muladar hacinado, y en cuyo ámbito no habitara más que la pavorosa sombra del crimen y la fiera asoladora de la culpa? Pues bien: de esta tétrica mansion á que el hombre ha descendido por su culpa, asciende por sus grados hasta tocar á la cima de la justificacion, llevándolo Dios de la mano. ¿Y cómo, señores? Conduciéndolo el Hijo de Dios hasta el paraje en que espira, hasta presentarlo á su propia Madre, diciendo á Ésta: «Mujer, hé ahí á tu Hijo;» y á Éste: «Mira aquí á tu Madre.» *Mulier, ecce filius tuus; ecce mater tua*. La Providencia divina se muestra en este proceder llevando todas las cosas á su fin por los medios conducentes á Él. Despues de haberse uno precipitado á un abismo, para salir de él tiene que ir ascendiendo paso á paso; Adan, hijo de Dios adoptivo, tiene la temeridad de colocarse en un declive que lo lleva á la sima de la muerte

eterna; y para levantarse, primero se le perdona, *Pater ignosce illis*, y despues se le declara nuevamente hijo, redimido con la sangre del Verbo, pero adoptado en la que habia de estrellar la cabeza del enemigo: *Mulier, ecce filius tuus*.

Os preguntaré ahora yo, señores: ¿Sabeis quién es ese personaje que está clavado en una cruz, que perdona el crimen y manda á su Madre que lo sea tambien de todos los hombres? ¿Podreis acaso conocerlo, cuando Él mismo ha dicho que tiene un Padre á quien nadie conoce sino el Hijo, así como tampoco conoce nadie al Hijo sino el Padre, ó aquel á quien se digne revelarlo? En efecto: difícil nos sería comprender quién es ese Hijo, si nuestros sentidos no tuvieran un testimonio fiel que se lo enseñase; invisible en su naturaleza, se hizo visible en la nuestra, y viendo al Hijo, vemos al Padre. Pero ¿por qué medio? Por el de la maternidad divina de María; por ella conocemos á Jesus, y sabemos que el inmortal é impasible, se hizo mortal y pasible por amor del hombre.

El único testigo que puede decirnos el origen de Jesus, es María; porque Ella es la depositaria del augusto misterio de su virginidad; Ella la única que sabe con evidencia de ciencia que Jesus no es Hijo del hombre, sino de Dios, que su persona es la del mismo Dios; así, si para conocer al Padre es preciso conocer al Hijo, para conocer al Hijo no hay más que dirigirse á la Madre.

Nuestros sentidos nos conducen á María, y Ella nos lleva al Hijo, y por el Hijo subimos hasta el Padre, en quien vemos el amor que nos tiene, al cual sacrificó lo más acepto á sus ojos.

Es, por lo tanto, María la copia-fiel del amor infinito que se desvela sin cesar por el bienestar de los hombres. Dios la objeta á nuestros sentidos, para que por medio de esta luz lleguemos á contemplar la luz increada que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. El mis-

mo amor que tiene hácia Jesus, refluye directamente sobre nosotros, y para comprender hasta qué punto llega, sólo basta saber lo que, á impulso de aquél, hace María con Jesus. Ella nos engendra, Ella nos alimenta, Ella nos acompaña hasta el último trance; si nos perdemos, llora y se atribula, hasta que volvemos á su amoroso lado; si nos persiguen los hombres, si nos combaten las adversidades, María se nos acerca para derramar sobre nuestras almas el bálsamo del consuelo é inspirarnos fortaleza. Y esto, ¿qué otra cosa es más que la expresion sensible del amor que nos tiene aquel Padre celestial que manda al sol que salga cada dia, que busca á la oveja descarriada y la conduce al aprisco, que se fatiga y suda por los pecadores, y manda á sus ángeles que se regocijen en el cielo cuando el hijo rebelde vuelve al seno de su progenitor?

Todo esto es invisible, como que las obras de Dios son análogas á su naturaleza espiritual; necesitamos del telescopio de la fé para poder percibir las ideas de la Providencia sobre nuestra salvacion; pero cuando fijamos nuestros sentidos en María; cuando la vemos al lado de su Hijo que espira; cuando oimos las tiernas é interesantes palabras que éste la dirige, no podemos ménos de decir con los samaritanos: «Creemos, no sólo por lo que nos han dicho, sino por lo que hemos visto con nuestros propios ojos.» (*Joann.*) Sí, católicos; la grandeza de Dios se manifiesta al contemplar las maravillas de la creacion, la hermosura incorruptible de los cielos, el orden simétrico de los tiempos, y el movimiento regular y periódico de los astros; pero el Dios amoroso, el Dios que nos cria de la nada y nos adopta por hijos suyos, perdonándonos las culpas y recibiéndonos en su amistad, se ve sensiblemente en María, á quien Dios ha dado un corazon que es el suyo, un amor que es el suyo, y unas entrañas que son las de su misericordia, con que nos visitó bajando del cielo.

Quien vea á María, ve á Jesus, ve á su Padre, con toda su ternura para con los hombres: *Invisibilia enim ipsius per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur.*

Hay una ley que manda que la Madre sea la heredera del Hijo, como que la razon exige que por derecho devolutivo recaiga la parte en la que ha dado el todo. Si María tiene un amor inmenso en su intensidad, no hay que extrañarlo, pues lo ha heredado de su Hijo. Y si este mismo amor del Hijo es la herencia y el patrimonio que le corresponde, porque su Padre lo engendra eternamente y le da el dominio sobre todos los hombres, y si este Hijo, al amarnos con un amor tan infinito, no hace más que copiar en su corazon las ideas y sentimientos del corazon de su Padre, ¿qué conclusion deduciremos de estos antecedentes? Que María, el Verbo divino y el eterno Padre, tienen hácia nosotros el mismo amor, la misma providencia, la misma solicitud. No vemos al Padre, porque es espiritual é invisible; tampoco pudiéramos ver al Hijo, porque tiene la misma esencia y las mismas propiedades; pero vemos á la Madre, y en Ella al Hijo de Dios, y en Él al mismo Dios, resultando de ahí que María es la expresion sensible del amor divino que día y noche vela por nuestro bien.

El mundo no conoce estas maravillas de nuestra intimidad con Dios, ni quiere tomarse la pena de estudiarlas: carnal y sensual, no ve más luz que la material, que realza las bellezas de la creacion, contentándose con explotarlas en provecho de sí mismo, como los cuadrúpedos, que no suspiran más que por los alicientes de los sentidos; si algo se llega á saber de los misterios de la naturaleza, es para refinar el sensualismo, y entrar en lo más recóndito, en lo más exquisito de la corrupcion.

Su filosofía está ceñida ó reducida á ceñirse la frente de rosas ántes que se marchiten, á comer con anhelo,

y beber con alegría, para estar hartos el dia de hoy, supuesto que se ha de morir mañana. Pero no lo extrañeis; todo está sujeto á una ley: si el mundo abusa de las riquezas, si el hombre abusa de sus sentidos, si abusa de sus facultades intelectuales, señal es que nada de esto le fué dado para abusar, y sí para servirse de ello en los límites de lo justo; señal es tambien de que hay una ley de libertad natural, cuya accion no pudiera probarse sin la existencia de objetos que son como la piedra de toque de esta misma libertad. Abusa el malo de esta libertad, y encuentra su ruina; usa bien el justo de esta libertad, y como la gracia previene al malo, y previene y acompaña al bueno, éste halla en el uso de su libertad su gloria y corona.

Pero nosotros no somos filósofos segun el mundo; nuestra ciencia, basada en la filosofa del espíritu, nos muestra aquella luz increada que nos ilumina y guia en el tenebroso caos del mundo. Ella nos conduce á la region sublime de la espiritualidad, y nos dice que somos hijos de Dios, herederos de su gloria, engendrados en el amor eterno del Verbo, redimidos por su sangre, santificados por su gracia, y adoptados por hermanos suyos en el corazon de su Madre. Y esta idea nos fortifica en las debilidades de esta vida, nos consuela en las aflicciones, y enjuga nuestras lágrimas; y como bajel amarrado á fuerte argolla en puerto seguro, no tememos ni el fiero vendaval del desierto, ni el horrible huracan de los mares; porque esta fé nos dice que un corto número de penas en esta vida nos granjea un peso inmensurable de gloria en el reino celestial, en que seremos príncipes con nuestra Reina, herederos con nuestra Señora y dichosos con nuestra Madre. ¡Cuánto más grandes, cuánto más sublimes, cuánto más beatificadoras son estas verdaderas creencias, que no esas vanas teorías del hombre sensual, que abre una misma tumba para su cuerpo que siente y para su alma

que discurre y raciocina! Con esta fé de que María es mi Madre, que cuida de sus hijos desde la cuna hasta el sepulcro, porque Dios se lo ha mandado, y porque los sentimientos de su corazón se lo exigen, yo subiré al leño en que he de surcar las salobres aguas, y no tendré mi confianza ni en la acerada proa, ni en el soberbio mástil, ni en el tiempo bonancible, y sí en María; porque ella lleva á sus hijos por la mano, sobre todo cuando ni el amor del ocio, ni el deseo de los goces mundanos, ni la ambición de dignidades, ni el ánsia de las glorias humanas, sino el instinto de su corazón animado por el cielo, los conduce á lejanas playas.

¡Ah! venid, amigos míos, venid todos; vengan mis hermanos, pues todos lo son en Jesús y María; arrodillémonos todos ante el Trono donde está sentado el que con su sangre nos redimió y adoptó por hermanos suyos. Si por nuestras culpas viésemos su rostro airado, digámosle con sus discípulos: *Ecce Mater tua, et fratres tui stant te alloqui.* «Tu madre, Señor, y tus hermanos, desean hablar contigo; Ella, que nunca te ha ofendido, viene á interceder por nosotros; nosotros, que somos pecadores, te pedimos la gracia del perdón.» *Ecce Mater tua et fratres tui.* Habla, pues, por nosotros, ¡oh María! Tú que eres Madre, Tú que eres Reina, Tú que eres Señora. Muéstranos tu dulce rostro, extiende hasta nosotros la vara que nos protege, manda á nuestros enemigos que se retiren, para que, pasando una vida pacífica en toda castidad y perfecta humildad, logremos en toda su plenitud el fruto de tu amor en la gloria. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE MARÍA SANTÍSIMA

BAJO LA ADVOCACION DEL AMOR HERMOSO.

Ego Mater pulchræ dilectionis.
Soy yo la Madre del Amor Hermoso.

(Ecclesi., cap. xxiv, vers. 24.)

Pocos siglos ha habido en que se haya hablado de amor con tanta profusion como en este llamado siglo de la razón. Apenas ve la luz pública un escrito en cuyas páginas no se encuentren algunos pensamientos consagrados á esta especie de númen; pocas conversaciones hay que no sean sostenidas ó condimentadas por él, y aún muchos hombres de ideas abstractas parece que han adoptado esta palabra como el medio de producirse con suceso; por do quiera se lee y se oye encomiado el amor á la gloria mundana, para electrizar el espíritu juvenil y animarlo á emprender hazañas; se habla en todas partes del amor á la patria, para que los pueblos sean celosos de su honor y lo sostengan con bizarría. Amor al orden, amor á la paz, amor al bien público, son hoy día unas como voces de reaccion, las cuales, como templado bronce, resuenan en las tribunas, en el foro, en la prensa literaria y en el mundo todo. Es, sin duda, el actual un siglo enamorado, pues todos se precian de ser amantes de la justicia, amantes de la moral, amantes de las leyes é instituciones, amantes de la filantropía, y de tal modo se ha propagado esta pala-

que discurre y raciocina! Con esta fé de que María es mi Madre, que cuida de sus hijos desde la cuna hasta el sepulcro, porque Dios se lo ha mandado, y porque los sentimientos de su corazón se lo exigen, yo subiré al leño en que he de surcar las salobres aguas, y no tendré mi confianza ni en la acerada proa, ni en el soberbio mástil, ni en el tiempo bonancible, y sí en María; porque ella lleva á sus hijos por la mano, sobre todo cuando ni el amor del ocio, ni el deseo de los goces mundanos, ni la ambición de dignidades, ni el ánsia de las glorias humanas, sino el instinto de su corazón animado por el cielo, los conduce á lejanas playas.

¡Ah! venid, amigos míos, venid todos; vengan mis hermanos, pues todos lo son en Jesús y María; arrodillémonos todos ante el Trono donde está sentado el que con su sangre nos redimió y adoptó por hermanos suyos. Si por nuestras culpas viésemos su rostro airado, digámosle con sus discípulos: *Ecce Mater tua, et fratres tui stant te alloqui.* «Tu madre, Señor, y tus hermanos, desean hablar contigo; Ella, que nunca te ha ofendido, viene á interceder por nosotros; nosotros, que somos pecadores, te pedimos la gracia del perdón.» *Ecce Mater tua et fratres tui.* Habla, pues, por nosotros, ¡oh María! Tú que eres Madre, Tú que eres Reina, Tú que eres Señora. Muéstranos tu dulce rostro, extiende hasta nosotros la vara que nos protege, manda á nuestros enemigos que se retiren, para que, pasando una vida pacífica en toda castidad y perfecta humildad, logremos en toda su plenitud el fruto de tu amor en la gloria. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE MARÍA SANTÍSIMA

BAJO LA ADVOCACION DEL AMOR HERMOSO.

Ego Mater pulchræ dilectionis.
Soy yo la Madre del Amor Hermoso.

(Ecclesi., cap. xxiv, vers. 24.)

Pocos siglos ha habido en que se haya hablado de amor con tanta profusion como en este llamado siglo de la razón. Apenas ve la luz pública un escrito en cuyas páginas no se encuentren algunos pensamientos consagrados á esta especie de númen; pocas conversaciones hay que no sean sostenidas ó condimentadas por él, y aún muchos hombres de ideas abstractas parece que han adoptado esta palabra como el medio de producirse con suceso; por do quiera se lee y se oye encomiado el amor á la gloria mundana, para electrizar el espíritu juvenil y animarlo á emprender hazañas; se habla en todas partes del amor á la patria, para que los pueblos sean celosos de su honor y lo sostengan con bizarría. Amor al orden, amor á la paz, amor al bien público, son hoy día unas como voces de reaccion, las cuales, como templado bronce, resuenan en las tribunas, en el foro, en la prensa literaria y en el mundo todo. Es, sin duda, el actual un siglo enamorado, pues todos se precian de ser amantes de la justicia, amantes de la moral, amantes de las leyes é instituciones, amantes de la filantropía, y de tal modo se ha propagado esta pala-

bra *amor* en las producciones de nuestra época, que, á no haber examinado con detencion y madurez lo que significan tantos vanos sonidos, diríamos que los hombres, elevados ya sobre la materia y espiritualizados en sus operaciones, imitar pretenden á los ángeles. Mas ¡pluguiese á Dios que fuese así! ¡Pluguiese al cielo que los hombres, semejantes á la inocente paloma de Noé, no encontrasen donde poner su pié en la tierra, por no empañar la candidez de sus pensamientos y acciones! ¡Pluguiese al cielo que, en medio de tanto amor como hoy día se inspira á los hombres, no hubiese tantos que, como algunas aves de rapiña, fijasen sus sentidos é ideas sobre la fétida carne, para cebarse en ella como en ámbar delicioso! Porque ¡ah! á fuer de este amor que tanto se panegiriza, se ha arraigado profundamente otro, cuyos hálitos pestilentes han envenenado la masa de la humanidad, la ha envejecido y degradado: es el *amor profano*.

¡Sean, pues, dados honor y prez al sacerdocio católico, que, con inspiracion divina sin duda, ha puesto un antivieno á este tósigo devorador! ¡Gloria y prez á la Religion, que opone el amor divino al amor carnal, el amor celestial al amor terreno, para contrastar la hermosura de aquéllos con la fealdad de éstos, y sacar de sus errores á un siglo preciado de racional, demostrándole que la razon exige que ame lo que sólo es digno de ser amado! ¡Prez y gloria á la piedad que ha renovado con tanta pompa el tierno epíteto con que invocára la Iglesia á María, apellidándola Madre del Amor Hermoso! ¡Gloria y prez imortales á esta Reina amabilísima, cuya devocion sostiene á los hombres en el candor de la inocencia, ó los saca con mano caritativa de entre los cenagosos amores de la tierra! Sí, preciso es que yo tribute á la Religion, á María, á mis cohermanos este homenaje de gratitud, homenaje que la parte más sana de la humanidad les consagra justamente, pues á la Religion, á María

y al sacerdocio, es acreedora la humanidad de cuanto la ha ennoblecido y ensalzado. Y ¿por qué? Porque todas las grandezas y glorias tienen su origen en el Amor Hermoso, amor que la Religion inspira, amor que María alimenta, amor que el sacerdocio católico sostiene con su ejemplo y sus palabras.

Este amor ha de ser hoy mi asunto, y os protesto, amados míos, que quisiera ántes de empezar á tratarlo, que no respiráseis sino fuego de amor divino; y si, como lo creo, sentís todas las emociones que siento yo en mi corazon al nombrar á María, Madre del Amor Hermoso; si no seguís las máximas de aquellos impíos cuya malicia encuentra pábulo á su sensualidad, áun en las palabras que por su naturaleza son palabras de vida, tengo sobrado fundamento para creer que no habré concluido mi discurso sin que cada uno haya conocido con evidencia las infinitas ventajas que el amor hermoso del cielo tiene sobre los feos amores de la tierra, y podré lisonjearme de haber cooperado á prender en vuestras almas una centella de aquel amor divino que Jesucristo difundió en el mundo. Para proceder con orden, sentaré mi proposicion, afirmando, como una verdad irrefragable, que «el amor hermoso sensibilizado en María es el principio de la union de Dios con los hombres y de los hombres con Dios.» *Ego mater, etc.*

¡Oh espíritu divino, que con tanta dignidad nos diste á conocer tu amor para con las almas en la tierna y grandiosa alegoría del esposo y de la esposa de los Cantares; envíame un destello de luz increada para que mis palabras sean el tipo de un corazon enamorado de tus bellezas infinitas, y con su fuerza propague en cuantos las oigan el deseo del amor hermoso! Esta gracia te pedimos todos, saludando humildes á tu Esposa y nuestra Madre.

AVE MARÍA.

Vivir sin amar, no sería vivir como hombre, ni aún como bruto, pues á éstos no falta su amor material, que los lleva necesaria é instintivamente á su aumento y conservacion; sería vivir como planta, á quien sólo cupo una alma vegetativa é incapaz de sensaciones: es, pues, el amor el alimento del alma racional, y no puede ésta existir sin fijarlo en alguna cosa; y le es éste tan indispensable, que sin él no sería noble ni generoso, ni podría adquirir nuevas perfecciones; es, por consiguiente, el amor, segun San Agustin, la pasion más relevante del hombre, porque trae su origen del amor increado que recíprocamente se profesan las dos primeras personas, de las cuales procede el Espíritu Santo, que con razon se denomina «fuego, amor, caridad.» Sea, pues, libre el alma para amar lo bueno ó lo malo, es necesario que ame: sea libre para amar á Dios ó á las criaturas, la carne ó el espíritu, es necesario que ame, porque no le es dado vivir sin amar. ¡Oh amor esencial y noble de los espíritus! ¡Qué grandezas has engendrado cuando, como fuego alimentado con puros combustibles, te has elevado hácia el cielo! ¡Qué estragos has causado cuando, como llama salida de muladares inflamados, te has derramado en la superficie terrestre como en tu centro! ¡Ah! En todo cuanto existe, sea increado, sea criatura, yo no encuentro otro móvil de operaciones que el amor; cuanto ha pasado hasta hoy, y sucederá hasta el fin del mundo, no tiene otro principio que el amor; porque si San Agustin atribuye al Espíritu Santo aquella simpatía con que se une la forma á la materia, los elementos á los mixtos, las almas á los cuerpos, ¿con cuánta más razon atribuiremos al amor todas las obras del espíritu humano, inclinado naturalmente á lo más hermoso y más perfecto? ¿Con cuánta más razon atribuiremos al amor las obras de la Divinidad, sea que las consideremos en su esencia divina, sea que nos traslademos á los efectos que vemos y palpamos?

Sí, la eternidad entera carece de lengua para explicar aquella generacion eterna del Verbo que el Padre engendra contemplando la hermosura de su esencia y enamorado de ella; esta misma eternidad no basta para declararnos aquellos lazos que unen indivisiblemente al Padre y al Hijo, y de cuyo eterno y mútuo amor procede el Espíritu Santo: esto hacen por toda la eternidad la contemplacion y el amor; y este mismo amor, deseando propagarse exteriormente y manifestar su gloria y hermosura, criara en un momento millones de millones de ángeles y serafines, y en otro millares de millares de astros, y en otro la tierra, los cielos, los mares, las plantas, los animales, el hombre. Ved, amados míos, si el amor es noble, si es necesario, si es hermoso.

Así es; pero hablemos con franqueza: cuanto son grandes las obras del amor hermoso, tanto son pequeñas y viles las obras del amor profano. ¡Ah! Yo elevo mi vista al firmamento, y encuentro que le falta la tercera parte de sus estrellas; examino la causa, y veo que el amor profano ha ocasionado este trastorno; un ángel que como lucero de la aurora brillaba en la córte divina, se amara á sí mismo más que á su Hacedor, y envolviera en su propia ruina á la tercera parte de los espíritus angélicos; me traslado al Paraiso terrenal, en cuyas amenas florestas y deliciosas moradas viven dos ángeles en carne, miéntras el amor que los une es amor hermoso, y veo este mismo Paraiso desierto, y su entrada custodiada por un serafin con espada en mano, para impedir la entrada á sus dos primeros habitantes, que de él fueran confinados por haberse amado á sí mismos con amor desarreglado; yo recorro el mundo terrestre, y arruinado lo veo por un cataclismo que el feo amor de la carne indujera sobre sus moradores; yo registro la historia, y no encuentro monarquías desmenuzadas, imperios arruinados, naciones asoladas, provincias destruidas, ciudades pulveriza-

das, que no deban estos desastres al amor sórdido, al amor brutal, al amor ambicioso, al feo amor, nutrido por pasiones desarregladas; yo investigo los fastos del espíritu humano, y hallo que sus errores idolátricos, con el estupefando aparato criminal que los acompaña, no tuvieran otro principio que el amor mal entendido que se profesáran los padres á los hijos, los hijos á los padres; asesinatos, robos, saqueos, incendios, usurpaciones, apostasías, violencias, raptos, usuras; por fin, todo crimen, toda maldad, tienen su origen en este amor impuro y profano que abrasó el corazón de los hombres y consumió con sus llamas el hermoso amor celestial que Dios prendiera en sus almas.

Y aquí, amados míos, hemos llegado al gran punto de vista donde nos hemos de detener para examinar lo que María ha hecho, desarrollando de un modo sensible el amor hermoso en que su corazón ardiera. Para llegar á comprenderlo, es preciso que, como el viajero situado en una grande y gigantesca prominencia, no respiremos el aire craso de las hondonadas, sino el puro y suave de las cumbres; es preciso que nos alimentemos con el sutilísimo éter del amor divino, pues sin esto nada entenderíamos.

El pecado del primer hombre fuera un desprecio formal de Dios; consumado que fué, hubo una excision y ruptura manifiesta entre Dios y los hombres; el amor hermoso se retirara al santuario de la Divinidad, de donde emanara como de purísima fuente; se verificó en los hombres lo que, en expresión del sublime Agustín, se cumpliera anteriormente en los ángeles. «Dos amores, dice este Padre, fueron el cimiento de dos ciudades, terrena una, celestial otra; el amor de sí mismo, con menosprecio de la Divinidad, formara el reino terrenal; el amor de Dios, con menosprecio de sí mismo, edificara el reino espiritual y divino.» Y no hubo más diferencia en estas

dos rupturas, sino que los ángeles rebeldes fueron irrevocablemente excluidos del amor divino, quedando á los hombres el consuelo de que un día vendría en que con lazos íntimos se unirían aquellos dos extremos que distaban nada ménos que con grados infinitos. Desde aquel momento fatal, ¡oh desgraciada descendencia humana! tú fuiste el triste retrato de un hijo del príncipe nacido en cuna de oro, educado con modales de grandeza y majestad, y que, llegado á una edad vigorosa, prefiriera los degradantes amores de una despreciable meretriz, á los nobles enlaces á que su sangre le llamara; como joven arrastrado locamente por la fuerza brutal de las pasiones, fuiste cayendo de abismo en abismo, de desgracia en desgracia, hasta que, enervada por tus vicios obscenos, destruida por tus excesos, postrada te viste en duro lecho, sin tener médico que cicatrizase tus heridas ni te restituyese el perdido vigor; cuarenta siglos consumáran sus órbitas, sin que tuvieran el honor de contar en su gran longevidad un sólo pueblo, entre tantos como la tierra sostenía, que con amor puro ofreciese á Dios su corazón; pues uno que el cielo formara, levantándolo del polvo y consolidándolo á fuerza de prodigios, fuera tan grosero, que más servía á Dios por los cuantiosos bienes que le diera, que no por las infinitas perfecciones y bellezas del eterno Sér. Tal era el estado de la humanidad llamada por Dios á ser su esposa predilecta por el amor hermoso, y eliminada de tanta dicha por haberse entregado á las locuras del amor brutal, del amor sórdido. *Duo amores fecerunt sibi duas civitate.* No faltaron, es verdad, en el seno de este pueblo santificado almas justas que anhelaban por el amor puro; no faltara un Abraham y un Moisés, muchos Patriarcas, muchos Profetas, y, por fin, un David, quien, á nombre de todos, melodiosos himnos compusiera, en los cuales mil veces convidaba á los hombres á amar á su Dios; mil veces con cánticos de

fuego divino ensalzara la sabiduría, la omnipotencia, la justicia y bondad del Eterno, y llamara al sol, á la luna, á los astros, á los mares, á la tierra, á los hombres, á los príncipes y á los ángeles mismos, para que, unidos á los acentos de su lira, cantasen á Dios cánticos nuevos; su amor hácia Dios era tan puro y tan intenso, que su corazón se deshacía cuando contemplaba que en los cielos y en la tierra no había otro objeto digno de ser amado.

Pero no eran estos justos los que inaugurarían la gran era del amor hermoso; el santuario divino donde este amor residía, no podía abrirse hasta que María hablase; esta amable criatura era la primera que entre los mortales poseía un corazón grande, inmenso, y sólo capaz de recibir en Él al amor infinito, y darle una nueva vida, concebirlo, engendrarlo, y darlo á luz, para que todo pueblo, toda nación, todo hombre, recibiese un nuevo calor, é inflamado con él, conmutase el amor de la tierra por el amor del cielo, el amor de las criaturas por el amor del Criador, el amor profano por el amor hermoso; no nos detengamos en considerar á esta Virgen en los primeros años de sus castos amores con el Espíritu Santo. ¡Ah! ¿Qué prodigios de amor no nos enarrarían los muros del templo de Jerusalem si pudiesen exprimir los suspiros que María exhalaba suplicando al cielo que se abriese, y despidiese al justo, que como suave rocío fecundaría la humanidad, yerma por los abrasadores fuegos del amor profano? Los serafines se admiraron cuando vieron que María los excedía en amar; atónitos quedaron cuando uno de ellos fuera mandado en solemne embajada para que se postrase ante esta criatura, y la saludase como á Madre de Dios y Reina del cielo. Aquí os pido, señores, vuestra atención; aquí necesito vuestras luces, ¡oh Espíritu divino! porque mi entendimiento se abisma, mi lengua se paraliza, al tener que hablar del momento decisivo

en que el mundo se salvaba ó se proscribía para siempre: ¡la embajada de Gabriel! ¡las respuestas de María! ¡sus temores! ¡sus sobresaltos! ¡su humildad! ¡su pureza! ¡su consentimiento á las ofertas de un Dios! ¡Ay! Mil doctores han hablado de estas grandezas, y aún no han hecho más que empezar á balbucear; ¿cómo emprenderé yo internarme en este abismo de maravillas? Pero voy á seguir sus huellas, y así sólo podré continuar. Oídme; oíd lo que pudo el amor hermoso.

Había ya María echado los fundamentos de este amor, fundamentos que debían sostener el inmenso edificio de la redención; una castidad la más pura, una humildad la más profunda; en los cielos y en la tierra, no encuentra María otro objeto que sea digno de su amor que á Dios; en sí misma no considera sino su nada, su fragilidad de criatura; se cree la más abyecta y despreciable de cuanto existía en la tierra; teniéndose á sí misma por tan vil, ¿cómo podía amarse á sí misma? Estando tan persuadida de las perfecciones y bellezas del Criador y de lo corruptible de las criaturas, ¿cómo era posible que amase lo terreno? ¿Cómo podía dejar de amar lo celestial? ¡Ah! Si todos pensásemos como María pensaba, todos viviríamos abrasados del amor hermoso de la Divinidad; nuestra nada nos sería un objeto despreciable; las criaturas serían un objeto digno de nuestra admiración por ser hechura de Dios, mas no fijaríamos en ellas nuestro amor, porque el espíritu humano naturalmente ama lo más digno y lo más perfecto.

Estando María animada de estos principios, era justo, dice San Bernardo, que fuese elevada á ser la primera de todos la que se creía inferior á todos; era justo que siendo más pura que los ángeles, concibiese en su seno al Rey del cielo.

En efecto, amados míos; ¿hasta qué extremo no llega el amor puro de María? Hasta el extremo de renunciar

á ser Madre de Dios, si para esto es necesario padecer el más ligero detrimento en su virginal pureza. Se le presenta el ángel, y la comunica las órdenes del cielo: «Dios te salve, la dice; Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.» Al oír palabras tan sublimes y relevantes, María se turba, porque su humildad la hacía creer que no era digna de tan admirable y nueva salutación. «No temas, María, la dice el ángel; tú has hallado gracia ante Dios; concebirás en tu seno y darás á luz un Hijo, y lo llamarás Jesús; Éste ha de ser grande, y será llamado el Hijo del Altísimo, y Dios le dará el trono de David su padre; y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin.» ¡Cuántas grandezas! ¡Qué dignidad! ¡Qué honor! ¡El esperado de todos los pueblos y naciones! ¡La semilla prometida á Abraham, en la cual serian bendecidos todos los pueblos de la tierra! ¡El sucesor de David, de Salomon, de Ezequías y Josías! ¡El Hijo del Altísimo, cuyo Trono sería encumbrado sobre los astros, y duraría como los dias de la eternidad! Todas estas glorias van á ser comunes al Hijo y á la Madre; Ella es la escogida entre tantas descendientes de David para que se realicen por su medio las grandes promesas que Dios tenía hechas á este Rey. ¡Ah! ¿Quién no responde ciegamente á un llamamiento tan noble? ¡Ser Madre del Rey del mundo, del Emperador de los siglos! ¡Ver postrados á sus plantas cuarenta siglos con sus oráculos; miles de generaciones con sus esperanzas; pueblos innumerables con sus suspiros y deseos! La perspectiva es grandiosa, las glorias de tal Madre han de ser inenarrables; los ángeles han de ser sus ministros; el cielo será su trono, y, sin embargo, María lo piensa, lo medita, y, dirigiéndose al ángel, le interrumpe: «¿Cómo ha de ser esto, pues yo no conozco á hombre alguno?» Es decir: yo, que he consagrado á Dios mi corazón y mi cuerpo desde mi infancia; yo,

que prefiero la gloria de ser vírgen á cuantas glorias pueda haber en el mundo; yo, que en los cielos y en la tierra no tengo otro objeto de amor que á mi Dios, ¿cómo he de ser madre, si he prometido ser vírgen para siempre? Ved, amados míos, el inconcebible grado á donde llega el amor hermoso de María: renuncia á ser Madre del Mesías, del Hijo del Altísimo, del Rey de los ángeles, si para ello ha de dejar de ser vírgen; escuchad ahora lo que hace este amor puro de María, los efectos que causa, las grandezas que engendra.

El Ángel del Señor da fin á su misión, manifestando á María que los hombres no intervendrían en una obra exclusivamente propia del Espíritu Santo. Todo es puro y virginal en esta generación; un Padre vírgen envía á su Hijo vírgen; un Ángel vírgen anuncia la maravilla que el dedo del Espíritu Santo obraría en el casto seno; el tálamo sagrado será más puro é incorrupto que los cielos; María ha de ser Madre y Vírgen; Dios ha de ser su Hijo natural, no adoptivo; la carne, el amor profano se encuentran relegados de estos prodigios tanto como dista Dios de la criatura; nada tienes que temer, ¡oh amor hermoso! vas á ser trasladado del santuario de la Divinidad al casto corazón de María; tampoco debéis temer vos, ¡oh ilustre doncella hija de David! Responded, os diré con San Agustín y San Bernardo; hablad: el cielo, la tierra, los ángeles, los hombres, todos están pendientes de tus labios; Adán y cien millares de millones de hijos están postrados á tus plantas anegados en lágrimas, cargados de crímenes, envueltos en miserias; el Padre Eterno te pide tu consentimiento para que su Hijo salga como gigante ceñido de espada dispuesto á marchar; el Hijo no espera sino oír tu acento para dar principio á la gloriosa restauración del mundo; el Espíritu Santo está suspenso, deseando celebrar contigo un esponsalicio eterno. ¡Ah! ¿Qué os detiene? Nada, amados míos; tan pronto como está

asegurada esta vírgen de que su amor purísimo hácia el Amor increado queda más puro, más terso, más esplendoroso que el refulgente astro del dia, despliega sus labios, y arrodillada ante el trono del Eterno, levantando su corazon, sus ojos y sus manos al cielo: «Aquí está, dice, la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.» Abrid, amados míos, los ojos de vuestro entendimiento; avivad vuestra fé. Hasta este momento el amor hermoso estaba como encerrado en el empíreo; lo conocian algunas almas privilegiadas, y el resto de la humanidad no sabia amar sino la carne, los placeres, el oro; pero apénas Marí ha dicho *hágase*, el Angel ha dado el vuelo más rápido que diera jamás un serafin: desde Nazaret vuela al cielo, da cuenta de su mision, el *fiat* de María es celebrado por toda la córte celestial con himnos, con cuyos acentos no resonáran jamás los ángulos de la celeste Sion; se abren sus puertas de esmeralda; ejércitos innumerables empiezan á marchar precediendo al Rey del cielo, que en pós de todos baja hasta la pobre morada de María; llega, y pasmaos, ¡oh cielos!; admiraos, ¡oh ángeles!; el Hijo del Eterno, el engendrado por el Padre entre los resplandores de todos los Santos, es engendrado por María. Tanto ha podido la humildad de María! ; Tanto ha podido su ánimo y propósito irrevocable de amar á Dios con un amor más puro que el de los serafines! *Humilitate placuit, virginitate concepit.*

Ahora ¡oh ángeles! sabed que si ántes amábais á los hombres porque tienen un espíritu semejante á vosotros, los habeis de amar desde este punto porque vuestro Rey inmortal se les parece en todo; y vosotros ¡oh hijos de Adán! vosotros, que no amábais sino la materia, lo que veáis y lo que palpábais, sabed que el amor increado se ha hecho palpable y sensible para que vosotros lo ameis como á hermano, ya que no le amárais como á Dios y bienhechor. Esperad nueve meses, y vereis á este amor

hermoso trasladado del seno de María al pesebre, del pesebre á sus brazos, y allí lo han de ver los sencillos pastores y han de quedar enamorados; lo han de adorar los sabios, y han de quedar atónitos; lo han de contemplar los justos, y quedarán extasiados. Esperad un poco más, y vereis á este amor propagarse por todas partes, y miles de almas han de estar dias y noches suspensas al ver la hermosura infinita de Dios representada en su amable rostro, la sabiduría eterna delineada en sus palabras, el poder omnímodo en los milagros, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, el amor, sensibilizados en cuanto hace y dice Jesus.

Hé aquí lo que ha podido el amor puro de María; y, en efecto, amados míos; Dios que se une á la naturaleza humana, con la cual estaba divorciado; el hombre que se une á la naturaleza divina, de quien se hallaba separado, son dos prodigios estupendos, en los cuales se ven trastornadas casi todas las leyes de la naturaleza; pero son prodigios obrados al impulso del amor hermoso de María.

No bien ha dicho María *hágase*, todas las leyes de la naturaleza son trastornadas, y la gracia, cuyo imperio empieza, obra los más estupendos milagros: una vírgen es madre, un Dios es hombre, un hombre es Dios; desde aquella hora Dios es hombre, es mortal, es pasible; desde aquel instante el hombre es Dios, es inmenso, es eterno, es infinito; Dios, que es todo, se anonada; el hombre, que es nada, se diviniza; Dios y el hombre, que distan grados infinitos, se unen de tal modo, que jamás pueden separarse. Todo esto se cumple en el seno de María; cuán vasto, cuán inmenso sea este santuario donde se contiene toda la inmensidad de la naturaleza divina, no es concebible; si lo preguntais á los ángeles, lo ignoran; si lo preguntais á Dios, tampoco os lo dirá, porque siendo Dios eterno, infinito é inmenso por naturaleza, no puede conocer limites que lo circunscriban. ¡Oh qué prodigio!

¿Conque todas las maravillas de la creacion , todas las grandezas del mundo, todos los espacios de los cielos son un punto insignificante que cabe en el último seno del corazon de María? Sí. ¿Conque el que sacó los cielos y la tierra de la nada, el que crió en un instante millones de espíritus, tuvo que pedir á María unas gotas de sangre para formar un cuerpo en que vivir? Sí. ¿Conque María contiene dentro de sí al que no cabè ni en éste ni en cien mil mundos mayores que criase? Sí. Todo esto es verdad, amados míos; y en ello se ven las leyes mudadas, Dios unido al hombre, el hombre unido á Dios, lo corruptible á lo inmortal, lo limitado á lo infinito, la pequeñez á la inmensidad.

Pero, ¿de qué modo? ¿Acaso la naturaleza divina absorbió á la humana ó la humana á la divina, ó bien resultó de esta union una tercera naturaleza, como pretendiera el hereje Eutiques? ¿Acaso se unieron estas dos naturalezas con una union moral y accidental, ó instrumental ó afectuosa, como se une el esposo con su esposa, como deliraba Nestorio? No, amados míos; cuando decimos que Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios, no entendemos que Dios se mudase en hombre, porque Dios es inmutable, y si pudiese cambiarse en otra cosa que no sea Dios, sería destruido; cuando decimos que el hombre se hizo Dios, tampoco entendemos que el hombre se cambiase en otro sér, porque entónces el hombre no sería hombre, sino monstruo. Cuando decimos que Dios es hombre y el hombre Dios, no entendemos que de esta union resultase una tercera naturaleza, porque entónces ni sería hombre ni sería Dios; así como dos esencias espirituosas mezcladas por un empírico no son ni una ni otra, sino una tercera; así como mezclados lo blanco y lo negro, ni son blanco ni negro, sino un tercer color. Pero ¿cómo se hizo esto? Pongamos en Jesucristo una sola persona, la persona del Verbo, y entónces comprenderemos,

cómo Dios es hombre, y cómo el hombre es Dios; entónces diremos que, unidas ambas naturalezas sin confusion ni mezcla, la persona es Dios, por tener la naturaleza divina, y ésta misma persona es hombre, por tener la naturaleza humana. ¿Quién, al llegar aquí, no se ve precisado á exclamar con San Pablo: «¡Oh altura de las riquezas de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios! ¡Cuán inapeables sus caminos!» ¡Quién puede pensar en el *hágase* de María, sin quedar atónito, confuso y abrasado en el amor hermoso de la Divinidad! ¡Quién considerará estos prodigios con atencion, sin que exclame: ¡Oh bondad divina, que eres lo que yo soy por naturaleza! ¿Cómo no soy yo por el amor lo que tú eres? ¿Cómo vivo para mí? ¿Cómo no te amo con más ardor que los serafines?

Pero volvamos á considerar cuánto hace María con aquel *fiat*. En nuestros labios no sería aquel *hágase* más que un deseo ó un consentimiento; pero en los de María fué una palabra de mando, y Dios quiso, como afirman los Padres, que tuviese tanta fuerza y virtud, cuanta tuviera el *fiat* del Criador al sacar el mundo de la nada; y aún parece que tuvo más, pues á su impulso se dieran á luz efectos más maravillosos que los de la creacion. Porque en aquel *fiat*, Dios sacára las criaturas del seno de la nada y las diera sér; mas en éste, Dios sacára una obra de su propio seno, y recibiera de María un nuevo sér: en aquél, Dios no añadiera nada á sus perfecciones infinitas; en éste María se ha dado á sí misma una dignidad incomprensible, un imperio sobre el mismo Dios, pues siendo su Madre, tenía sobre Él los derechos más sagrados de mando y supremacía. Si queremos pasar adelante en esta obra, nos vemos obligados á retroceder, porque los misterios se suceden con tanta rapidez, las maravillas se ven tan multiplicadas, que el entendimiento más encumbrado se aniquila. ¡Oh *fiat* admirable! ¡Oh *fiat* incomprensible! ¡Oh *fiat* omnipotente el de María! ¿Se pronunció jamás

otro como él? ¿No es este el punto de decir que el amor hermoso de María hizo que Dios saliese en cierto modo de sí mismo? ¿Que quedase extasiado al contemplar la belleza de María? ¿No podemos afirmar que María, con su amor, ganó el corazón de Dios, y que las palabras que responde á su mensajero lo han trasportado y encantado? ¿No podemos decir que este amor obligó á Dios á dar un salto inmenso, saliendo del seno del Padre y viniendo al de María, para unirse á Ella y con Ella á nosotros para divinizarlos? Cese ya vuestro silencio, amados míos, y salgan de vuestros corazones aquellas palabras del meliflúo Bernardo. *O amoris vim! Quid violentius? Sic de Deo triumphat amor!* ¡Oh fuerza del amor! Nada hay más violento, pues así triunfa del mismo Dios. Hablad, y con melodiosos cantos exprimid vuestra gratitud á la Madre del Amor Hermoso; porque en su seno divino Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios; por Ella nosotros, que no éramos sino puros hombres, nos hemos hecho hermanos del mismo Dios.

Maravillas tan inauditas, obradas en el instante en que María dijo *hágase*, me obligan á afirmar que entonces se cumplió la formación y ornato del mundo moral en los cielos y en la tierra: *Igitur completi sunt cæli et terra, et omnis ornatus eorum.* Sí, faltaba algo á los cielos, cuyos asientos se hallaban vacíos desde la defección de los ángeles; mas con aquel *fiat* se abrió el camino para que se llenasen, siendo admitidos los hombres en el paraíso, de que se hallaban excluidos: *Perfecti sunt.* Faltaba mucho á los hombres, pues embrutecidos en el amor sensual, no comprendían la nobleza de su sér, ni la grandeza del amor divino, ni los premios á que estaban destinados; mas con el *fiat* de María les bajó la luz que les ilustraría, el fuego que les abrasaría, la mano que abriría las puertas del cielo: *igitur perfecti sunt.* Faltaba algo á los ángeles, que tenían el desconsuelo de ver que las almas custodiadas por

ellos no eran compañeras de sus goces celestiales: *Perfecti sunt.* Faltaba algo en cierto modo al mismo Dios, pues su corazón amabilísimo no se veía correspondido por los hombres; pero con el *fiat* de María, Dios y el hombre se unieron con los vínculos más estrechos de amistad, se acabaron las iras del Dios justo, se dieron ósculo de amor la justicia y la paz; y ¿quién no lo ve? la era del amor divino empieza en María, y durará por toda la eternidad; desde que María ha enseñado á los hombres á preferir el amor puro á cuanto puede haber de grande en el mundo, todos empezaron á amar; Dios había mostrado á los hombres un amor infinito, y los hombres se lo disputaron en cierto modo, queriéndoselo pagar con otro amor que, aunque finito en su extensión, tiene algo de infinito en su intención. Nada fué dejar por amor á Dios las prosperidades, conculcar los honores, despreciar las riquezas, abandonar á sus padres, á sus deudos, á sus amigos y á todo cuanto existe en la tierra; la vida, sí, la vida misma fué sacrificada en las aras del amor divino por un número infinito de mártires y de vírgenes, que hubieran muerto mil veces por amor de Dios; niños que apenas supieran hablar, tuvieron ánimo para abocarse con los tiranos, y decirles que estaban dispuestos á presentar su cerviz á la cuchilla por amor de Dios; innumerables doncellas desecháran la mano de Emperadores y Reyes, de presidentes y cónsules por amor á Dios; penitentes sin número hicieron de los desiertos su morada, de las raíces su comida, de los cilicios su placer, por reparar una pequeña ofensa que hicieran al amor divino. ¡Oh amor santo! Desde que María te ha concebido en su seno, yo te veo por todas partes dando nueva vida á los mortales, y produciendo obras admirables; yo te contemplo animando á un Pablo, para que, sin temor á las cadenas ni á los elementos, ni á los peligros, ni á la espada, ni á la muerte, lleve por do quier el nombre de Jesús; yo te veo infla-

mando el espíritu de los Javieres y de los Paules, de las Teresas de Jesus y de las Pazzis, y unos convierten cincuenta Reyes, otros bautizan millones de salvajes; éstas exclaman que no quieren vivir sin padecer, aquéllas que no quieren morir por padecer más; tú abrasaste los corazones de los Monarcas, y los vasallos fueran felices; tú inflamaste el ánimo de los pueblos, y sus Reyes eran padres amorosos; tú entraste en el corazón de magistrados, y la justicia floreció en la tierra; tú animaste al guerrero, y era león en la pelea y cordero en la paz; tú invadiste la tierra, y la tierra se convirtió en paraíso; tú dirigiste las plumas de los sábios, y cada hombre era un filósofo, cada aldea tenía su cátedra; tú atacaste con vigor á los tiranos, y los tiranos cayeron, cesó su política violenta, y fué reemplazada por la política suave y benigna del Evangelio; tú, por fin, bajaste del cielo á la tierra, te mostraste cariñoso y benigno, y el hombre te dió cabida en su corazón, y entónces la sabiduría de Dios se hizo sabiduría del hombre, la omnipotencia de Dios se hizo comun al hombre, Dios y el hombre se hicieron amigos y compañeros, y vínculos eternos los unian con más perfeccion que la que une el resplandor á la luz y el calor al fuego.

Caiste, pues; caiste ¡oh pérfido amor profano! Caiste: María es quien ha estrellado bajo de sus plantas tu erguida y ominosa cerviz; su humildad la ha hecho anonadarse hasta el polvo, reputándose por el objeto más vil y abyecto del mundo, y ésto atrajo sobre Ella las miradas del Altísimo; su pureza la encumbró sobre los ángeles, pues fuera lo que ellos no podian ser, por haber querido excederles en el amor puro de la Divinidad; y movido el Eterno por esta humildad sin igual en las criaturas, enternecido por este amor, bajó á su seno castísimo, apareció entre los hombres, los santificó, los instruyó, los enseñó á amar, rompió el decreto de exterminio que exis-

tiera contra nosotros, y reconcilió á los hijos de Dios, volviéndolos á la amistad de su Padre. Desde ahora tus saetas no han de herir, tus venenos han de cesar de hacer estragos; María los ha deshecho y pulverizado: desde ahora el espíritu divino, que es todo amor, ha de bajar al corazón del hombre y ha de hacer de él un santuario, al cual no tendrás entrada: desde ahora el amor hermoso de la Divinidad ha de tener al hombre como asediado por todas partes, lo ha de inflamar, lo ha de divinizar.

¿No es éste, amados míos, el lugar donde debo decir, con San Agustín, *Da amantem, et scit quid dicam*, dadme una persona que ame, y sabrá lo que digo? ¿No es aquí donde debo levantar mi voz contra este siglo que no tiene más amor que el amor al dinero, el amor á la sensualidad? ¿No puedo decir sin temor que el amor hermoso ha empezado á preparar su viaje para volverse al cielo, de donde bajára, por no encontrar en la tierra corazones amantes de la Divinidad? ¡Ay! ¿No puedo yo aplicar á mi siglo lo que escribía San Ambrosio á una jóven que, enredada en amores profanos, perdiera su mayor joya? «¡Desgraciada de tí, le dice, que por un amor lujurioso perdiste en un momento todos los bienes que te enriquecian y adornaban! De vírgen del Señor, te has convertido en corrupcion de Satanás; de templo de Dios, en lupanar de inmundicia; de santuario del Espíritu Santo, en tugurio del demonio; tú, que resplandecias como el oro, eres ahora vil como el fango de las playas; tú, que eras como una estrella, ahora eres como un negro carbon que exhala por todas partes humo y fetidez.» ¡Ah! La sociedad de nuestro siglo no tiene encanto ni atractivo si no brilla el oro, si no sobresale la esplendidez, si no se insinúa la sensualidad; los hombres no valen nada si no son hombres de grandes empresas, de grandes talentos, de cuantiosos caudales; el bello sexo es despreciado si no es accesible á los chistes punzantes, á las saetas amorosas

y á las miradas lúbricas; los pueblos son fanáticos si conservan aquella ilustracion antigua que hacía á los hombres sesudos, cuerdos, maduros, prudentes, honrados, religiosos, fieles á su Dios, fieles á sus juramentos y fieles á su príncipe; el amor del oro y de la carne, siendo los dos polos donde estriba la felicidad de este siglo, para nada se cuenta con el amor divino; retirado éste en alguna morada silenciosa, entre algunas pocas almas justas, eliminado de la sociedad, no faltan Herodes tiranos que lo persigan, Caifases sacrílegos que lo calumnien, fariseos hinchados que lo escarnifiquen, pueblos ébrios de amor mundanal que pidan su desaparicion. ¡Oh siglo diez y nueve! Tú no has sabido escoger, tú has heredado de tus venerables antecesores grandes luces de ciencia y virtud, grandes elementos de prosperidad y de paz; mas no has querido heredar las virtudes de los siglos pasados, y sí sus vicios, sí los principios de destruccion, sí las máximas irreligiosas, sí la inmoralidad, sí el amor del oro y de los placeres que condujeron sucesivamente á su ruina á cuantos imperios hubo en las edades anteriores. Viven, pues, los hombres equivocados; viven en el error.

¡Oh cuánto se complace mi alma, amados míos, en pensar que vosotros no perteneceis á este número! Sí, vosotros sois todos hijos de María; y teniendo un corazón tan noble, no podeis ménos de amarla. ¡Ah! Dirigidla una mirada, abrid vuestra alma generosa, oid su dulce voz, corresponded á sus tiernas miradas; Ella nos llama; «Venid á Mí, nos dice; yo estoy afirmada en la Santa Sion, y reposé en la ciudad santificada, y en Jerusalem está mi potestad; yo me arraigué en un pueblo honrado, y en la porcion de mi Dios, que es su herencia, y en la plenitud de los Santos es mi mansion. He sido ensalzada más que el cedro del Líbano, y como el ciprés de Sion. He sido enaltecida como la palma en Cades, y como la

rosa en las campiñas de Jericó. Me he elevado como oliva vistosa en los campos, y como plátano situado en las playas junto á las aguas. Dí fragancia como el cinamomo, y el bálsamo, y el estoraque, y el gálbano, y el onique; he extendido mis ramas como el terebinto, y como vid frondosa y lozana eché frutos de suavísimo olor, y mis flores son de honor y riqueza; soy la Madre del Amor Hermoso, y del temor santo, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí reside toda la gracia, en mí toda esperanza de vida y de virtud; venid, pues, á mí todos los que me deseais, y sed colmados de los frutos de mi amor, porque mi espíritu es más dulce que la miel, y yo amo á los que me aman.» ¡Oh qué palabras tan encantadoras! ¡Quién no queda preso en los lazos de este amor! ¡Quién ama las cosas del tiempo cuando tan nobles y puros son los amores de la eternidad! Sea, pues, amados míos, sea María el objeto de nuestro tierno amor en la tierra, y Ella hará que el amor divino nos una para siempre con su Hijo en el cielo, que á todos deseo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO

SOBRE

LA VIGILANCIA DE LA PROVIDENCIA PARA PROTEGER LA RELIGION.

Ne dicas coram angelo: Non est Providentia.

No digas delante del ángel: «No hay Providencia.»

(Eccles., cap. v, vers. 5.)

¡Invisible arador, que habitas como en un palacio en la obra mas bella de la creacion visible! Tú que insensiblemente corroes este cuerpo humano, tan altivo y orgulloso; tú que vives con su savia como brizna parásita pegada á las hendeduras del cedro secular, y esperas el momento de la inanimacion de este coloso para saciarte en él y destruir sus bellas formas; tú que bajas al sepulcro humano y lo habitas junto con el hombre en cuyos poros has nacido y te has conservado, ¿habrá para tí alguna ley de la Providencia? Aquel Sér omnipotente que habita en alcázar tachonado de estrellas y en trono de querubines, entre nubes de incienso que le ofrecen mil y mil ángeles en pebetes de oro, y entre las melodías de serafines sin número, ¿se dignará acaso dirigir una sola mirada al más vil, al más despreciable, al más imperceptible de los séres? ¡Ah, sí! El leon atronador de los desiertos con sus rugidos, el cetáceo que con su inmensa mole llena las profundas lobregueces del Océano, el condor que con sus horrendas garras lleva á la cima

de los altos Andes al becerro cual ligera pluma, no son ménos dignos de la proteccion de la Providencia que la sencilla liebre, el pececillo del arroyuelo, el ruiseñor de los valles, y el más pequeño reptil. Dios los crió á todos, Dios les dió sus instintos, Dios los conserva. *Ne dicas coram angelo: Non est Providentia.*

Así es, católicos: Dios, cuya inmensidad ocupa los cielos y la tierra, cuida con su Providencia á todos los seres que existen en el espacio, sin que se escapen de su vista conservadora, no sólo el ángel, el hombre y el bruto, sino hasta las plantas, los elementos y cuanto existe en ellos. Y si con pródiga mano cuida Dios de sus criaturas, ¿cuánto mayor será su Providencia para conservar lo que es suyo ó lo que está en inmediata relacion con la naturaleza divina? ¿Con qué cuidado tan singular no velará por su Religion y adoracion en la tierra, para que ésta se conserve en el seno de los pueblos que la han recibido, ó se traslade á otros que la acepten cuando algunas naciones la menosprecian?

En nada resplandece esta providencia universal tanto como en la conservacion de su fé en la tierra; porque en la conservacion del mundo material Dios no tiene obstáculo alguno: el mar está contenido en sus diques, la tierra gira sobre sus polos, el cielo y sus astros siguen la marcha que Dios les prefijara, las especies de los animales obedecen sus instintos, y toda la naturaleza, ó descansa ó se mueve con la imperiosa ley de la necesidad. Pero no sucede otro tanto con el sostenimiento de la Religion, pues como ésta impera al entendimiento y voluntad humanos, como sujeta á aquél al imperio de la Revelacion, y ésta ve condenadas sus demasías por la ley divina, Dios se ve obligado á emplear muchas veces medios extraordinarios para conservarla en la tierra, por oponerse á ella sin cesar la mentira, el error y las voluntades perversas.

No es necesario, señores, referir la historia de la Sinagoga ó del imperio romano, erigidos en perseguidores de la fé, para comprobacion de esta verdad; un hecho, al parecer insignificante si se considera aislado, pero grande y extraordinario por sus circunstancias, lo demuestra hasta la última evidencia, y es la traslacion de la Santa Casa de Loreto. Ya que lo he nombrado como el objeto principal de esta solemnidad y de mi discurso, voy á manifestaros cuanto mi débil vista puede descubrir en él. No mencionaré de él lo grande y portentoso, y sólo notaré lo que tiene de Providencia; se descubre, pues, en esta Traslacion la singular providencia de Dios con que vela por su Religion y cuanto la pertenece. Ved, amados míos, mi asunto, para cuya explanacion debo invocar en union vuestra las luces del Espíritu Divino, que visitó esta Santa Casa y moró en ella, previa aquella solemne embajada en que de orden suya un arcángel dirigió á María las palabras con que todos la saludamos.

AVE MARÍA.

Parece á primera vista una paradoja el pensar que Dios encuentra valladares en sus caminos, y que haya quien se oponga á sus planes y se empeñe en destruirlos, porque las primeras nociones que la razon humana tiene de la Divinidad, son que Dios es Omnipotente, y que su voluntad es irresistible. Además, las primeras pinceladas con que la historia divina nos pinta las acciones del Criador, realzan tan altamente el poder del Sér Supremo, que apenas puede originarse ni una leve sombra de duda de su Omnipotencia. El mundo actual era un inmenso vacío: dijo Dios una palabra, y aparecieron los cielos y la tierra; estaba ésta envuelta en un horrible caos, habló Dios, y se bañó de luz; no habia en su superficie sino

riscos y arenales, habla Dios, y se ve matizada de verdes praderas, amenizada de gigantescos árboles, bañada por el Océano, surcada por mil ríos, habitada por un prodigioso número de animales, y, en fin, dominada y señoreada por el hombre. ¡Qué acción creadora tan instantánea en sus efectos, tan extensa en sus resultados! ¡Qué fuerza tan inmensa! El cielo con sus innumerables astros, los elementos, la naturaleza animal, las especies, los instintos, cuanto se mueve, cuanto respira, no tiene otro origen que la nada, ni otra causa eficiente que un *hágase* del Criador.

Pero, señores, internémonos en la serie de todas las cosas, y examinemos las tendencias del Rey de la creación, y hemos de ver en Él cosas estupendas. ¿No veis con qué prontitud el mar que cubría la superficie de la tierra se ha recogido en su seno y reconocido sus límites en las arenas que Dios le ha demarcado? Pues bien; era el tercer día del mundo: cuatro días después descansaba ya Dios de todas sus obras; modulábanle los astros cánticos de gloria, alegrábanse todas las criaturas, y cuando en la más completa armonía todo el orbe obedecía á su Criador, se dejó oír una voz altiva que interrumpió estos acordes con un grito de rebelión. ¿Quién era, amados míos, este rebelde? El más querido de los seres, el más favorecido del cielo, el hijo predilecto de Dios, el hombre. ¿Qué complaciente fué el hombre con Dios al verse tan hermoso, al hallar junto á sí una compañera, al oír el susurro de los ríos del paraíso, al herir sus oídos los trinos de las aves, al ver á sus plantas al león fiero, al elefante colosal, al ver, por fin, que él era el Rey de este mundo visible? Pero apenas le dice Dios: «Adórame, pues te he criado; yo no quiero de tí sino tu corazón; obedéceme, come de todas las frutas de la tierra, porque son tuyas, excepto del árbol de la ciencia del bien y del mal;» apenas, repito, habla Dios, el hombre se le-

vanta contra Él, y le declara la guerra con una oposición terrible y maliciosa.

Ya veis, señores, que cuando por primera vez habló Dios al hombre, quedó bien desairado por éste; no fué más feliz el resultado ulterior de sus órdenes. Cuando con mano poderosa saca de Egipto á seiscientos mil israelitas, lo reconocen y adoran; cuando divide los mares, cuando los salva de los peligros, cuando les dá carnes y alimentos, y apenas les prescribe mandatos, toda aquella muchedumbre, excepto cuatro ó seis hombres, es rebelde y obstinada. Seguramente si Dios tuviese otra regla niveladora de sus acciones que la misericordia y la justicia, yo no sé lo que hubiera sido del hombre, porque él por su parte no ha merecido sino castigos. Demos un paso más.

Contaba el mundo cuatro mil años, época grande en la historia humana, en que se realizaba la promesa del Paraíso; la humanidad espera la aparición del gran personaje que, oriundo del cielo, tenía que visitar la tierra; está tan persuadida de esto, que la nación entera de cuya estirpe y en cuyo suelo ha de nacer, al oír que un Profeta la recorre, le envía una embajada solemne, diciéndole: «¿Tú quién eres? ¿Eres Cristo, el esperado del mundo?» «Yo no soy el ungido, responde el Bautista; ni soy Elías, ni Jeremías, ni Profeta alguno; soy el que prepara los caminos del Rey del cielo; ya nació, lo teneis en medio de vosotros. ¡Oh qué grande es, qué sublime! Yo no merezco ni aún desatar el cordón de sus sandalias; Él os bautizará en Espíritu Santo.» En efecto: aparece este príncipe celestial; es Dios, que se hizo hombre para descubrirnos su gloria y habitar entre nosotros. No mirareis en él ni aquel entusiasmo ni aquellos preliminares que acompañaban á los Profetas cuando querían hacer algun portento ó anunciar algun gran evento; tan natural como nos es á nosotros el respirar, era á Jesús hacer milagros

y describir el porvenir; era su sér, era su carácter, eran sus modales, lo que se descubria en cuanto Jesus obraba; y así como al hijo del Rey le es como natural el ser afable y comedido, como que estos son los modales de los palacios, así le era á Jesus el obrar prodigios, como que los modales del Príncipe celestial eran nada ménos que la omnipotencia, la infinidad, la omnisciencia; en fin, los atributos todos de Dios.

Sabe, pues, el pueblo de los Profetas que ya vive entre ellos este Príncipe, pues se lo han avisado por la profecía; lo vé con sus propios ojos, lo palpa en la multiplicacion de los panes, en la resurreccion de los muertos y en los demás portentos. Cuando es el momento de los favores, lo bendicen y lo aclaman por su Cristo y Mesías; y apenas les manda observar la ley, no ser avaros, no oprimir á la viuda, no chupar la sangre del pobre, la sangre les hierve, y atrevidos y obstinados, «Tú no eres, le dicen, el enviado de Dios; tú eres un blasfemo, tú un enemigo de Dios, tú un endemoniado, que tienes pacto con Lucifer.» ¡Cuán perverso es el hombre, señores! ¡Cómo se opone á las obras de Dios y le presenta obstáculos!

Pues bien; Dios regula sus obras segun su misericordia y su justicia, y para armonizar sus obras con las nuestras, no queriendo que seamos esclavos ni del bien ni del mal, sino que libremente obremos el uno ó el otro, para que tengamos mérito de justicia al cielo si observamos su ley, ayudados y prevenidos de la gracia, tiene que echar mano de su providencia para, sin necesitar ó encadenar las voluntades humanas, conservar en la tierra su Religion y su fé, á que nos oponemos sin cesar.

Vedlo; la Santa Casa de Loreto es nada ménos que el pobre hogar donde el Verbo se hizo hombre, y donde vivió treinta años. Que Dios hiciese el portento de elevarla en alas de ángeles y llevarla por los aires al través de mares y desiertos, hé aquí el prodigio; mas ¿por qué hizo

Dios esta manifestacion de su poder? Hé aquí lo providencial, en que se describe la oposicion que tienen las cosas de Dios entre los hombres por una parte, y lo poco que valen nuestras fuerzas por otra.

Son tantas las circunstancias que tuvo la época en que Dios hizo esta obra maravillosa, que no caben en los límites de un discurso, y de ellas sólo referiré las principales. Era el año de 1294, época triste y memorable por los infortunios del Cristianismo; no haria aún dos siglos que un santo ermitaño de la Siria, conmovido por las profanaciones de los Santos Lugares y compadecido de las vejaciones que sufrían los hijos de la Cruz dispersos entre los islamitas, penetrara en el centro de las naciones católicas, y á su voz quedaron éstas conmovidas; fué como una especie de santo furor aquella empresa de las cruzadas; los Emperadores, los Reyes, los Obispos, los nobles de todos los pueblos, tenían en más llevar en sus vestidos la cruz roja que las insignias de su dignidad; á tan heroico ejemplo no hay que extrañar que se siguiese una cruzada general, compuesta de hombres de todas las naciones. Su objeto es uno; el de salvar de la dominacion sacrilega los lugares santificados por las huellas del Salvador. ¿Quién ha visto jamás soldados más contritos ni hombres más fervorosos? Toda la Palestina y la Siria caen bajo su fuerza; el pabellon de la Cruz se pasea glorioso por la tierra de promision, junto con las banderas de Francia, Inglaterra, Alemania y otras naciones; seiscientos mil infantes y cien mil caballos del ejército cristiano toman por fuerza la ciudad imperial de los sultanes, y conquistan á Jerusalem con todas sus comarcas, eligiendo Reyes que con su cetro conserven este nuevo dominio, como un patrimonio de Dios.

¡Cuántas hazañas gloriosas, amados míos! Un imperio pagano destruido, y fundado otro cristiano sobre sus ruinas; el sepulcro del Salvador rescatado; mil y mil

cristianos libres de las cadenas; tomadas cuarenta y una ciudades, y más de doscientas villas y aldeas, y dominado medio Oriente. ¿Creeis, sin embargo, que estas glorias de la Religion fueron duraderas? ¡Qué dolor! Dos millones de cruzados muertos en los viajes y peleas; tomada Antioquía por Benedosdar, matando diez y siete mil cristianos y vendiendo como esclavos á cien mil; entregado el templo y palacio de Jerusalem por un Emperador cristiano á un sultan; tomada ésta enteramente al fin, junto con Tiro, Sidon, Beirut y San Juan de Acre; el mejor Rey de Francia hecho una vez prisionero, y al fin muerto en las playas agarenas; borrado por fin el nombre y dominacion cristianos en la Siria. Tanta catástrofe, tanta desgracia, ¿quién creéis que la causó? La humildad y caridad cristianas habian engendrado héroes, y dado á la Religion Santos y victorias, y la disension de los príncipes, y la torpe ambicion, la cruel discordia, convirtieron todas estas alegrías en llanto y duelo. Y hé aquí el sepulcro conculcado de nuevo por la raza agarena, la cuna del Salvador profanada, y su hogar de Nazaret expuesto á la sacrilega contaminacion de los hijos de la Egira.

Palpable y clara está la malicia humana y su obstinacion á los designios de la Providencia. Quería Dios que el lugar santo fuese patrimonio, no del impío, sino del fiel; no bien un califa impide al hijo de la Cruz la entrada en la iglesia de Santa Elena, cuando suscita el fervor de un cristiano, enardece el corazon de los guerreros, se insinúa en el corazon de los potentados, y no se da un solo paso que no lleve el sello de la victoria. A tamañas ventajas para la Religion y la humanidad, ésta opone toda su fuerza, destruyendo las pasiones en un día lo que habia formado la Religion en muchos años, á fuerza de sudores y sacrificios tan piadosos como heróicos.

Sin embargo, amados míos, ¿podia esto anular los designios de la Providencia? Dios habia anunciado por

Isaías que su tumba sería siempre gloriosa; habia dicho tambien por el mismo Profeta que habia de glorificar la casa y habitacion de Su Majestad: celoso de su honor, habia afirmado por el mismo que jamás cedería á otro la gloria que era suya. Por muchos esfuerzos que hiciere la malicia humana, jamás podria desvirtuar estas palabras de Dios. ¿Cuál era, pues, la casa de la majestad de Dios, sino el humilde predio de Nazaret? Allí fué la reconciliacion de Dios con el mundo; allí se negoció con la humanidad su rescate y engrandecimiento; allí mil vagidos infantiles, innumerables aspiraciones divinas, incomparables ejercicios de mansedumbre, humildad y pobreza, que por casi treinta años practicára el Verbo encarnado, habian hecho de esta casa una cosa divina; divino era el suelo en que ponía sus plantas, divino el terrazo, divinas las paredes, divinos los pobres utensilios; Dios, por tanto, no habia de permitir que en tan santa habitacion resonasen otros ecos que los del culto cristiano, ni entrasen en su reino sino hombres puros. Así, señores, en el mismo año que se retiran vencidos los últimos soldados de la Cruz de estos Santos Lugares, Dios manda á sus ángeles que trasladen esta casa santificada al suelo dichoso que la posee. Poco importa el milagro; pero vale infinito para nuestra instruccion lo que encierra de grande y providencial el hecho.

Retirábanse al propio tiempo de la Siria los guerreros que en esta santa casa habian hecho homenaje de su yelmo y espada; ellos mismos, al verla en Loreto, no podian ménos de reconocerla, de adorar aquel lugar santo, y postrados en él, llorar sus extravíos, confesando que Dios edificaba lo que ellos habian destruido; que su orgullo y ambicion no les habian permitido conservar lo que les diera la humildad cristiana, y Dios proveia á las necesidades de su Religion, sin tener que atenerse á los esfuerzos de los creyentes, y dejándolos en plena libertad de obrar.

Hé aquí, señores, cómo no es una paradoja creer que Dios tiene que vencer con mano fuerte y suave los altos muros que el hombre levanta contra su augusta Religión. Para conservar ésta en la humanidad, la Providencia tiene sus desvelos; ella respeta el libre albedrío del hombre; ella le da sus auxilios para que obre bien, á fin de que la corona del cielo, no sólo sea gratuita de parte de Dios, sino merecida de justicia por parte del hombre, así como su condenacion es obra de sus propias iniquidades; pero tocante al sagrado depósito de la fé entre los hijos de Adán, tocante á lo que es herencia y patrimonio de la naturaleza divina, la humanidad en masa no tiene albedrío; Dios ha dicho que hasta la consumacion de los siglos ha de haber verdaderos adoradores suyos, y que los ha de asistir; y aunque todo el infierno y la humanidad se conjuren contra esta palabra, todos se estrellarán, sin conseguir más que su propia ruina y desesperacion.

Y ¿quién es el hombre para vencer á Dios? ¡Vil reptil de la tierra! Podrá corroer la brizna de yerba y el débil arbusto; pero jamás hincará sus viperinos dientes en el árbol secular, por más que quiera zapar sus cimientos; su impotencia física desvanecerá sus esfuerzos rabiosos. La Providencia vela como centinela para guardar sus derechos; si el vil gusano merece sus cuidados, con mucha más razon el hombre y con más derechos la Religión, porque el hombre es cosa extraña á la Divinidad; mas la Religión es el mismo Dios manifestado á las criaturas para que le sirvan y lo adoren.

Volvamos, pues, la vista al objeto de esta solemnidad sagrada; es María, la Madre de Dios, la que en el sagrado recinto de su casa de Nazareth recibió en solemne embajada al paraninfo del cielo, la que practicó allá en el más heroico grado todas las virtudes que la hicieron digna de ser Madre del Hijo de Dios; justo es que en tan solemne circunstancia como ésta traiga yo á vuestra memoria

lo que hizo Ella por nosotros, para que correspondamos dignamente al amor de tan excelsa Madre. Vedla, amados míos, en esa misma casa, retirada en su pobre retrete; son las doce de la noche, y puestas sus rodillas en tierra, sus manos compuestas modestamente en su seno, se halla en meditacion profunda de las promesas que Dios hiciera á sus padres Abraham y David; Ella sabe que el mundo no adora al Dios verdadero, que debe aparecer el justo; que una hija de Abraham le ha de dar á luz; y cuando ruega al cielo que despida este celestial rocío, el ángel entra rodeado de luces soberanas. La habla; se turba al oír que la llama Madre, cuando ha prometido á Dios su virginidad; oye las respuestas del ángel, y da por su parte el *ultimatum* de todos los decretos de la Providencia, consintiendo en ser la Madre del Mesías, del que venía á enseñar los caminos del cielo. *Fiat mihi secundum verbum tuum*; hágase en mí segun tu palabra.

¡Virgen amorosa de Dios! ¡Niña sábia y prudentísima! ¿Habeis pensado bien lo que habeis respondido al ángel? ¿Sabeis que estas palabras, no sólo son para vuestra gloria, sino para vuestras lágrimas y aflicciones, para vuestro dolor y tormento? ¿No habeis leído en los Profetas que ese Hijo de Dios ha de ser perseguido por sus conciudadanos, vendido por un amigo, azotado, escarnecido y crucificado? ¿No sabeis que su Madre ha de ser la que más sufra y padezca en las adversidades y trabajos del Hijo? ¿Lo habeis meditado bien? Sí, amados míos; María lo sabe, porque posee todas las escrituras; pero Ella es la esclava del Señor; Ella no se acuerda de la alta dignidad, que á su parecer no merece; Ella sólo se acuerda de ofrecer á Dios su cuerpo, su alma y corazón, para que disponga, segun su agrado; ha de ser un corazón traspasado con cuchilla cruel; ha de ser un alma abrevada con el cáliz de la amargura; pero no importa: *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Este momento, al pa-

recer tan halagüeño para la Madre del Verbo, fué el instante en que hizo el sacrificio de su vida, llevando su virtud á un grado á que no tocan los mismos serafines. Cuánto incremento tomasen estas virtudes en tantos años como pasó en la pobre casa de Nazareth, no cabe en la comprension humana.

Por esto, amados mios, Dios toma á su cargo el cuidado de esta casa; la piedra, la arena, la materia, no podian llamar la atencion del cielo de un modo tan maravilloso y especial; los misterios allí cumplidos, los altos sacramentos allí manifestados, el rescate del hombre allí efectuado, la Encarnacion del Verbo allí verificada, las virtudes del Hijo y de la Madre que habian santificado la materia: hé aquí lo que Dios mira con su Providencia; y para que el bárbaro no manche con su planta lo que el mal cristiano perdiera por su culpa, Dios echa mano de su sumo poder, y la conserva.

Sagrada María, que tienes en tus manos el poder de todo un Dios: interpon tu mediacion con tu Hijo para que se radique más y más tu devocion en el ilustre personaje que se gloria de llevar el título de tu propia habitacion, y hoy te consagra estos cultos. Mira con piedad á tu más querido patrimonio, á los hijos de la Iberia, que á todas partes han llevado, con las glorias de sus armas, la devocion á su adorada María, para que se conserve en su patria aquella Religion que tú misma les llevaste, con cuyas máximas bien cumplidas adquiere el hombre la paz en la tierra y la gloria en el cielo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO,

SOBRE LOS MILAGROS.

Linguae in signum sunt, non fidelibus sed infidelibus; prophetiae autem non infidelibus, sed fidelibus.

Las lenguas son para señal, no á los fieles, sino á los infieles; mas las profecias, no á los infieles, sino á los fieles.

(I. AD CORINTHIOS, cap. xiv, vers. 22.)

La verdad no ha necesitado jamás del raciocinio humano para conservar su naturaleza é integridad; hija del entendimiento divino, no está expuesta á la continua movilidad de las cosas, que son medidas por la sucesion de los tiempos, ni puede ser alterada por la influencia destructora de los séres criados; antes al contrario, ella preside á todo sér, lo rige y lo gobierna; y con fuerza y sinceridad lleva todas las cosas al fin para que han sido hechas. Esto no necesita ser demostrado, porque toda verdad es infalible, todo lo infalible viene de Dios, y lo que emana de Dios no necesita del cálculo humano para permanecer.

Esta verdad tan pura y celestial por su origen, tan inalterable é infalible por su naturaleza, ¿entraña necesariamente la conviccion y el asenso de aquellos séres, que por su naturaleza pueden ponerse con ella en contacto y relacion? Hé aquí una pregunta llena de arcanos misteriosos; el hombre y el Angel son las dos criaturas á quienes la misma Verdad hizo el inestimable favor de comunicarse; y, sin embargo, no todos los que pueden mirar esta luz son iluminados por sus resplandores; no todos adquieren íntimas convicciones. No atribuyamos

recer tan halagüeño para la Madre del Verbo, fué el instante en que hizo el sacrificio de su vida, llevando su virtud á un grado á que no tocan los mismos serafines. Cuánto incremento tomasen estas virtudes en tantos años como pasó en la pobre casa de Nazareth, no cabe en la comprension humana.

Por esto, amados mios, Dios toma á su cargo el cuidado de esta casa; la piedra, la arena, la materia, no podian llamar la atencion del cielo de un modo tan maravilloso y especial; los misterios allí cumplidos, los altos sacramentos allí manifestados, el rescate del hombre allí efectuado, la Encarnacion del Verbo allí verificada, las virtudes del Hijo y de la Madre que habian santificado la materia: hé aquí lo que Dios mira con su Providencia; y para que el bárbaro no manche con su planta lo que el mal cristiano perdiera por su culpa, Dios echa mano de su sumo poder, y la conserva.

Sagrada María, que tienes en tus manos el poder de todo un Dios: interpon tu mediacion con tu Hijo para que se radique más y más tu devocion en el ilustre personaje que se gloria de llevar el título de tu propia habitacion, y hoy te consagra estos cultos. Mira con piedad á tu más querido patrimonio, á los hijos de la Iberia, que á todas partes han llevado, con las glorias de sus armas, la devocion á su adorada María, para que se conserve en su patria aquella Religion que tú misma les llevaste, con cuyas máximas bien cumplidas adquiere el hombre la paz en la tierra y la gloria en el cielo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO,

SOBRE LOS MILAGROS.

Linguae in signum sunt, non fidelibus sed infidelibus; prophetiae autem non infidelibus, sed fidelibus.

Las lenguas son para señal, no á los fieles, sino á los infieles; mas las profecias, no á los infieles, sino á los fieles.

(I. AD CORINTHIOS, cap. xiv, vers. 22.)

La verdad no ha necesitado jamás del raciocinio humano para conservar su naturaleza é integridad; hija del entendimiento divino, no está expuesta á la continúa movilidad de las cosas, que son medidas por la sucesion de los tiempos, ni puede ser alterada por la influencia destructora de los séres criados; antes al contrario, ella preside á todo sér, lo rige y lo gobierna; y con fuerza y sinceridad lleva todas las cosas al fin para que han sido hechas. Esto no necesita ser demostrado, porque toda verdad es infalible, todo lo infalible viene de Dios, y lo que emana de Dios no necesita del cálculo humano para permanecer.

Esta verdad tan pura y celestial por su origen, tan inalterable é infalible por su naturaleza, ¿entraña necesariamente la conviccion y el asenso de aquellos séres, que por su naturaleza pueden ponerse con ella en contacto y relacion? Hé aquí una pregunta llena de arcanos misteriosos; el hombre y el Angel son las dos criaturas á quienes la misma Verdad hizo el inestimable favor de comunicarse; y, sin embargo, no todos los que pueden mirar esta luz son iluminados por sus resplandores; no todos adquieren íntimas convicciones. No atribuyamos

esta falta á la misma verdad, sino á los que no han querido recibirla, pues no es culpa del astro del mediodía el no alumbrar al que tiene la tema de andar con los ojos vendados: no es culpa de la verdad el no convencer al que se obstina en resistir á sus inspiraciones.

¡ Ah! Si aquel corto y venturoso momento de la inocencia hubiese durado; si el primer hombre hubiese permanecido fiel á su Dios, sus hijos habrían heredado de su padre aquella justicia original que lo hacía recto en todas sus ideas. Entónces la verdad se habria objetado al entendimiento humano, y, como en blanda y virginal cera, hubiera impreso su celestial luz, y hubiera causado la más íntima conviccion. Pero la degradacion del hombre causó las densas tinieblas que han envuelto el entendimiento en un caos de mil errores, que, como tupido paño, han impedido la llegada de la luz hasta la pupila del alma. Desde entónces la verdad debió emplear todos los medios de su infinito saber para convencer al hombre é ilustrarlo.

Fueron estos medios los portentos y la profecía; medios que no eran necesarios si el hombre no hubiese abandonado los caminos que le trazó la Providencia al sacarlo de la nada y darle la justicia original y la gracia santificante, con las cuales el entendimiento humano tenía la más completa intuicion de la verdad.

El lugar de la apostasia de Adan fué tambien el primer teatro donde Dios ostentó su poder y sabiduría para dar al hombre criminal la conviccion que la verdad hubiera debido inspirarle por sí misma, sin necesidad de prodigios ni de profecías. Anatematizó el error con su padre y autor; publicó de nuevo la verdad de un modo ostensible, y por primera vez aquella mano que tantos portentos obrára en la formacion del mundo, tuvo que operar uno nuevo para convencer al incrédulo; aquella voz que produjo tantas bellezas, debió llevar sus ecos al oido del hombre, para sorprender su atencion, haciéndole

entrever el porvenir, pronunciando la primera profecía, que habia de ser la confirmacion de la verdad, conculcada tan gratuitamente por el primer espíritu humano que tuvo la dicha de contemplarla y poseerla y la desgracia de menospreciarla.

Son, por consiguiente, los milagros y las profecías los dos grandes resortes que de un modo sensible ponen al hombre en contacto con la verdad; ellos no la producen ni pueden causarla, ántes son su consecuencia y efecto; mas la confirman y establecen de tal manera, que adquiere el entendimiento una conviccion profunda, de cuya fuerza no le es posible evadirse sin caer en el más irracional escepticismo.

No intento hablar en este dia de las profecías; voy á llamar vuestra atencion sobre un asunto que en verdad no necesita de demostracion respecto de vosotros, pero que es del más alto interés para el siglo en que vivimos. Los milagros han sido dados como un signo de verdad contra los incrédulos, como dice el divino Pablo, cuando los creyentes sólo necesitan de la profecía para tener una confirmacion de la verdad. Pero hoy no debo hablar sino de aquéllos; porque vosotros habeis venido al templo atraidos á él por un gran prodigio, y me habeis hecho á mí el honor de llamarme á panegirizarlo; este milagro es una confirmacion de aquella profecía que Dios publicó en el Eden, en presencia del que en ella encontraría su ruina y delante de los que por su realizacion serian ensalzados y glorificados. Cuando Dios anunció á Satán que suscitaria enemistad entre él y una mujer, entre su semilla y la de ella, dió á la humanidad el signo de su reaccion y engrandecimiento por la Encarnacion del Verbo. Efectuada ésta en la plenitud de los tiempos, las profecías estaban confirmadas, y empezaba la era de los prodigios, para que el incrédulo no pudiese alegar excusa en su infidelidad. Y uno de estos portentos es la conser-

vacion de la humilde morada de María, en cuyo sagrado recinto Dios se humanó para descubrir su gloria y vivir entre nosotros.

Voy, pues, á demostrar, ayudado de la gracia divina, que los milagros son un monumento irrefragable de la verdadera Religion, suministrándome las más convincentes pruebas el prodigio estupendo y perenne de la conservacion del pobre hogar en que el Hijo de Dios vivió con su Madre María. Saludemos ántes á esta Reina amabilísima, repitiendo las palabras con que el ángel la habló en su propia casa. *Dios te salve llena de gracia*, etc.

Es el hombre de tal naturaleza, que con la mayor facilidad echa en olvido las cosas más importantes, y se acostumbra á las más difíciles, habituándose hasta con las más portentosas, sin advertir siquiera ni la causa de las maravillas, ni el objeto á que tienden. En cada momento que vivimos, y en cada paso que damos, somos frios testigos de las cosas más portentosas, y no las advertimos: se levanta el hombre de su lecho al despuntar la alborada, y no considera ni aquellas operaciones misteriosas de su alma encerrada mientras dura el reposo en su cuerpo sin movimiento, ni repara en el modo admirable cómo se ha iluminado un mundo que dejó cubierto de negro manto. Dirige sus pasos por todas partes, y no se mueve sino entre cosas maravillosas; el aire que respira es un tejido prodigioso de átomos; el viento un fluido incoloro, cuya naturaleza y origen no se comprenden; alza su vista al cielo, y no encuentra más que prodigios; la baja á la tierra, y toda está matizada de prodigios; de una semilla diminuta, y sin más auxilio que la humedad y el calor, germina un tallo, y se hace arbusto, y crece hasta ser árbol gigantesco, multiplicándose un imperceptible grano

en muchos miles, y siendo el cimiento primero de un tronco que resiste al fiero aquilon, de unas ramas en que anidan las águilas, de hojas, de flores, de frutos que alimentan á las avecillas y proporcionan al hombre sombra contra los ardores del sol, y guarida contra las tempestades; la flor que se alza sobre el débil tallo presenta la más admirable variedad de sustancias, de colores, de tejidos, de moléculas y de otras mil preciosidades que se han formado de la sávia de la tierra; la vemos, sin embargo, la tomamos en la mano, la olemos, y nos quedamos tan insensibles como ántes de haber visto aquel conjunto maravilloso que la naturaleza ha colocado en un círculo imperceptible; y hasta bajo nuestras plantas tenemos un campo matizado de flores de mil colores y especies distintas, y no sólo no examinamos la belleza de la brizna de yerba, sino que la conculcamos, sin que siquiera nos venga una idea de orgullo santo y bien fundado, apreciándonos en lo que somos y valemos, porque un hombre que en un momento registra ese cielo sembrado de estrellas, y esta tierra atestada de bellezas, no puede ménos de decirse á sí mismo: Dios me hizo semejante á Él; soy el príncipe de toda la naturaleza animal y visible, y para mi morada fabricó el Criador el vasto alcázar del mundo, alcázar alfombrado con bellezas y tesoros y cubierto con bóvedas esmaltadas en diamantes de fuego.

Estando, pues, asediados de obras portentosas, y viviendo entre prodigios, ¿en qué consiste que, no sólo no los advertimos, sino que aún no queremos tomarnos el trabajo de examinarlos? No sois vosotros por cierto amigos de vulgaridades, ni yo tampoco quiero buscar el cimiento de la verdad en el vulgo; pero es preciso confesar que el vulgo tiene algunos axiomas que encierran pensamientos muy profundos: se dice vulgarmente que el hombre es un animal de costumbre, y es una verdad; nos habituamos á todo, y á fuerza de ver siempre una

misma cosa, ésta cae en el más completo olvido. Hé aquí por qué no advertimos lo prodigioso y extraordinario que encierra el más insignificante objeto visible; nos reclinamos en el lecho rodeados de portentos; nos levantamos de él entre portentos; nuestra misma vida con todas sus operaciones en que están en relacion la animalidad y la racionalidad, la materia y el espíritu, es el mayor portento de la creacion, y habituados á estas maravillas desde nuestro primer vagido infantil, no las echamos de ver sino en algun momento de contemplacion filosófica, contemplacion de que apénas son favorecidos aquellos entendimientos que se glorían de sabios y perspicaces.

El sublime doctor San Agustin habia meditado detenidamente esta verdad, y en pocas palabras refiere el origen, la naturaleza y el objeto de las obras milagrosas, y se explica así, tratando de la multiplicacion de los panes por la palabra de Jesucristo: «Los milagros que hizo el Salvador son obras divinas que enseñan al hombre á conocer al Dios invisible en las operaciones visibles. Porque siendo la Divinidad una sustancia invisible á los sentidos, y habiéndose envilecido á los ojos humanos los milagros con que rige y sustenta á toda criatura, por ser estos demasiado asíduos, de tal manera que nadie se digna contemplar las maravillas de la Omnipotencia, que resplandecen en cualquier grano de semilla; por tanto, Dios se reservó ciertas cosas realizables oportunamente fuera del orden y curso ordinario de la naturaleza, para que fuese llamada la atencion de los hombres, viendo operaciones extraordinarias, que no tienen respecto de las otras más que el ser raras y singulares. Porque, á la verdad, mayor milagro es el gobierno de todo el mundo, que el alimentar á cinco mil hombres con cinco panes; y con todo, nadie se admira de aquello porque es comun, y todos se espantan de esto por no serlo.»

Bien comprendéis ya cuál es la causa eficiente, y cuál

el fin de los milagros en el orden moral; así como echamos en olvido las obras maravillosas de la Providencia en la conservacion del mundo material, miramos con indiferencia el origen de la verdad y sus tendencias, y hasta hay hombres que con sus cavilaciones quieren destruirla, y Dios, para manifestar esta verdad, para establecerla y confirmarla, para confundir al hombre olvidadizo por apatía, y al incrédulo por obstinacion y perversidad, echa mano de los prodigios, bien acelerando, bien retardando las obras naturales, ora suspendiendo las leyes universales, ora invirtiéndolas para instruccion de los unos y para confusion y castigo de los otros.

Así es que siempre que la verdad se ha manifestado por primera vez, ha salido á luz escoltada de un numeroso ejército de portentos. Mirad al pueblo de Abraham; se multiplica en Egipto con prodigios, sale de sus límites con prodigios, atraviesa el mar y el desierto con prodigios, en medio de los mayores prodigios vive cuarenta años en la soledad, se interna en el seno de naciones enemigas, toma sus ciudades, esclaviza á sus Reyes, y entra en la tierra prometida. Establecido en ella, se corrompen las costumbres, se echa en olvido la ley, se apodera de ellos la idolatría, y la verdad se defiende de la mentira con el escudo de los prodigios; se ven milagros en la época de Jeroboan, se ven en la de Acaz, en la de Ezequías y Manasés; la Caldea es testigo de muchos portentos; la Persia y la Siria cuentan portentos, y, por fin, despues de la cautividad de Babilonia; por un portento se salva Jerusalem de las armas de Alejandro; por otro son vencidos Sirias, Nicanor y cuantos generales griegos intentan destruir á la nacion escogida, que sostuvo su religion, su culto, sus dominios contra cuantos quisieron destruirla, favoreciéndola Dios con signos y milagros: *Stetit contra reges horrendos in portentis et signis.*

Bien inútil es referir cuanto ocurrió en aquella época

en que apareció el Verbo divino, enseñando á los hombres con sus propios labios. Se admiraban los discípulos al ser testigos de tantos portentos; muertos resucitados, leprosos limpiados, tullidos y paralíticos sanados de repente, tempestades apaciguadas, panes multiplicados, elementos transubstanciados, eran el espectáculo cotidiano de los Apóstoles. Y ¿qué les dijo el Salvador? Una vez les manda que vayan á predicar, y les dice que «curen á los enfermos, resuciten á los muertos, sanen á los leprosos, y arrojen á los demonios de los cuerpos.» En otra les asegura «que quien crea en Él hará las mismas maravillas que Él, y aún otras más estupendas.» En otra les afirma con juramento, «que si tienen la fé de Dios, y en caso necesario dijeren á un alto monte, levántate y precipítate en el mar, y no dudaren en su corazón de que será cumplido cuanto Él mande, así sucederá como lo desea.» Y, en efecto, los Apóstoles y discípulos tienen tanto imperio sobre la naturaleza, que marcan casi todos sus pasos con un milagro; los sudarios de Pablo son enviados á los enfermos, y basta su tacto para verse libres de las más inveteradas é incurables dolencias; Pedro hace tantos milagros, que se ponen los tullidos y calenturientos en la parte opuesta al sol, para que á lo ménos les toque la sombra del Apóstol de Jesus y queden sanos. Los mártires hacen tantos milagros, que todos los adivinos, agoreros y magos del paganismo tienen que confesar por fuerza, con los adivinos de Faraon, que el dedo de Dios está obrando en aquellos hombres. Aquí se pasean entre llamas con la misma serenidad que si estuvieran en un ameno vergel, gozando la frescura de los céfiros; allí los tigres y leones deponen su fiereza, azuzada con el hambre, y en vez de devorar á las víctimas, se postran á sus plantas y las lamen con cariño. En una parte alzan su voz imperativa, y repentinamente el cielo fulmina rayos, la tierra abre sus fauces, los templos de los ídolos

se arruinan, los peñascos se abren, los pedernales brotan agua, y la naturaleza tiembla; en otra... ¡ah! ¿quién es capaz de enumerar los prodigios de la era heroica del Cristianismo? Entónces hacian milagros los Pontífices, los hacian los sacerdotes, los hacian los ancianos, los hacian las vírgenes, y hasta los niños tomaban en su mano delicada la vara del poder divino, y la manejaban con tanta destreza como lo hiciera Moisés en presencia de los egipcios.

Y es preciso confesar que los milagros eran necesarios en aquella época, bajo dos conceptos; la verdad se habia manifestado tan esplendorosa como el astro del dia, y los hombres no querian verla; así, no siguiendo éstos las inspiraciones amorosas de la Sabiduría eterna, que se nos comunicó por medio del Verbo Divino, Dios echó mano de su omnipotencia, obrando prodigios en favor de los creyentes, adoptando este medio extraordinario, á fin de confundir la vana y altiva ciencia humana; además, era indispensable fortificar la fé de los hombres convertidos, presentándoles los resultados de sus creencias y el cumplimiento de las profecías del Salvador, quien al despedirse de sus discípulos, les dijo estas palabras: «Estas señales seguirán á los que crean en mí; lanzarán los demonios en mi nombre, hablarán nuevas lenguas, quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa venenosa, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y se curarán.» Y este era un medio ordinario; porque, como observa sábiamente San Gregorio, para que creciese el número de los fieles y se consolidasen éstos en la fé, necesitaban la instruccion de la palabra y la de los milagros, los cuales cesarian de ser cotidianos tan pronto como la Religion echase hondas raíces en el corazón de los hombres; no de otro modo que el instruido agricultor planta el arbusto, le riega y lo abona hasta que se arraiga en la tierra.

Seguramente que no hay un solo dogma del Cristianismo que no haya sido atacado por la orgullosa razon del hereje; pero tampoco faltaron jamás las acciones milagrosas en confirmacion de la verdad. Al paso que de la pluma del Doctor cristiano salian raudales de dialéctica divina, el cielo enviaba el rocío fecundo de su gracia, ostentando la omnipotencia que acompaña á la verdad, que la defiende de las embestidas del error. Prueba de ello, aunque negativa, es aquella emulacion maligna que tenian siempre los sectarios del error para poder obrar portentos, y con ellos engañar al vulgo; prueba de ello aquellas intentonas que inventáran más de una vez de fingir la resurreccion de un muerto que simulaba, ó de dar la vista á un ciego fingido, como lo han hecho los hombres perversos en diferentes épocas; querian cimentar el error en las mismas bases de la verdad, y esto es imposible, como los encantadores de la córte de Faraon podian remedar los prodigios del enviado de Dios, mas al fin, como observa Tertuliano, la verdad de Moisés devorará siempre la mentira de los magos.

Ahora bien, señores: pensad cuál será el dogma más atacado por la barbarie del paganismo y por la perversidad de la razon; ¿será acaso el de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el de su resurreccion, el de su ascension, el de la virginidad de su Madre ó el de la infalibilidad de su Iglesia? Seguramente no; ha habido herejías parciales, cuya tendencia á primera vista no parecia destruir el cimiento de la Religion, dejando, al parecer, intacta la persona del Verbo y su encarnacion en el seno virginal de María; hubo quien le negó algunos atributos esenciales, hasta convertirlo en criatura; así procedia Arrio; del mismo modo otros fanáticos argumentaban á su modo y sacaban consecuencias sofísticas contra unos ú otros dogmas, que decian no ser fundamentales, modificando á su arbitrio las creencias; entre tanto,

el dogma más atacado era el de la Encarnacion del Verbo divino, porque éste es el cimiento de todos los demás, y tan directo es el ataque de Arrio y de Nestorio contra este dogma, como el de Pelagio y Priscilo, como el de Gilberto y de otros que se ensañaron contra otros dogmas; porque, como nos dice el Apóstol Santiago, el que niega uno, los niega todos, y para destruir el último de los artículos que enseña el Catolicismo, es indispensable arrancar el edificio de las creencias y sacarlo de sus cimientos; y ¿cuál es este cimiento, señores? La Encarnacion del Verbo divino. Si algun dogma puede ser puesto en duda, se destruye la infalibilidad del que lo promulgó, y no siendo infalible, ya no es Dios; y entónces tendria Arrio razon para decir que el Verbo humanado es una criatura. Permaneciendo, pues, en pié el fundamento de nuestras creencias, que es la Encarnacion del Verbo divino, ¿qué importan las declamaciones de la herejía? ¿Qué los sofismas de la incredulidad? ¿Qué las argucias insulsas del racionalismo? ¿Qué los ataques de la barbarie? Nada por cierto; Dios aparece siempre infalible; si remontamos al origen del mundo, oimos la voz divina que promete al hombre pecador la venida del Mesías; si recorremos las edades patriarcales y proféticas, vemos confirmadas sus palabras; si nos trasladamos á los tiempos de la plenitud, resuenan en nuestros oidos los mismos ecos de la Sabiduría increada, el mismo Dios habla en Eden que en Mambri, que en el Thabor y que en el Olivete; sus palabras promisorias en el paraiso tienen por objeto la Encarnacion que se ha de efectuar; sus documentos y preceptos en la Palestina están cimentados en su mision ya cumplida, y si el creyente halla motivos de credibilidad en esta serie de promesas que emanan de un Dios infalible, el incrédulo los palpará en la omnipotencia que desarrolla un Dios poderoso.

Y ¡qué! Dios, que ha manifestado su sábia providen-

cia en conservar inalterable su Testamento en medio de mil y mil trastornos ocurridos desde que Moisés rubricó sus primeras páginas; Dios, que ha cuidado de que el símbolo de los Apóstoles no padezca la inversion de una tilde, no habiéndolo aquéllos dejado estampado ni en pergamino, ni en bronce, ni acero; Dios, que tomó á su cargo ensalzar á su Unigénito, dándole un nombre sobre todo nombre; Dios, que habia anunciado por un gran Profeta que hasta su mismo sepulcro sería glorioso; Dios, que tiene extendida su mano hace seis mil años, obrando prodigios en confirmacion de los dogmas que sostiene la humanidad, ¿no habia de haber fijado su próspera vista en uno que es el fundamento de todos? La Encarnacion del Verbo divino, ¿no habia de ser confirmada con prodigios de toda especie, en que resplandeciese la sabiduría, la omnipotencia y todos los demás atributos de la Divinidad?

¡Ah! Yo no puedo casi decirlo sin sobrecogerme de un santo pavor; no sólo ensalzó el Padre á su Hijo bien amado, elevando su naturaleza humana al mismo solio de gloria que ocupa su persona divina, sino que quiso honrar cuanto con ella tuviese contacto y relacion: gloriosa habia de ser su tumba, gloriosa su cuna, glorioso el lugar de su muerte, y más gloriosa que todo su humilde morada; y para perpetuar esta gloria, Dios dejaria correr los acontecimientos mundanos, desencadenarse las pasiones, alterarse los pueblos, destruirse mutuamente las naciones, usurparse los imperios unos hombres á otros, para que al través de tanto trastorno brillase, como el sol en su zenit, el prodigioso imperio que la Divinidad ejerce sobre cuanto ha sido santificado con las huellas de su hijo, para que jamás lo reholla el pié del hombre profano, ni lo destruya el elemento furibundo; y esta conservacion tendria que ser el monumento perenne que confirma la fé del creyente y confunde la altivez del incrédulo. Voy á referir los hechos.

Allá en la Palestina habia una insignificante ciudad, tan pobre en edificios como infecunda en hombres grandes, pues no creian los hebreos que pudiese salir de ella nada bueno. Esta ciudad era la morada de un hombre justo, quien se uniera en santo enlace con una jóven, oriunda de su misma familia, y ambos poseian en ella una dismantelada habitacion, fabricada por sus antepasados, descendientes todos del rey David. Era pobre, mas bien podia tener sobre el dintel de su puerta un escudo con setenta coronas, mil banderas tomadas al enemigo, y mil lauros de otras tantas victorias; aquí habitaba la Virgen profetizada por Isaías; aquí fué donde descendió un principe celestial con una embajada del Rey de los siglos; aquí pronunció María aquel: *Hágase en mí segun tu palabra*, cuyos ecos alegraron á los ángeles, consolaron á los justos y aterraron á los demonios; aquí el Verbo humanado vivió cerca de treinta años, ocupándose en todos los oficios de humildad en compañía de su Madre. ¡Ah! Ni un solo palmo ha dejado de ser santificado con las pisadas de Jesus y María; aquellos pobres muros han sido tocados mil y mil veces con sus sagradas manos, han sido testigos de sus lágrimas, de su humildad, de su modestia, de su pobreza, de su resignacion y de sus amarguras; aquella pobre techumbre está como divinizada, pues han pasado por ella todas las aspiraciones amorosas que Jesus y su Madre han dirigido al cielo, y hasta la brizna de yerba de la modesta terraza está recibiendo una savia que más tiene de naturaleza celestial que terrena.

Sucedia todo esto hace mil ochocientos cincuenta y nueve años. ¡Qué época aquella, amados míos! Entónces tambien existia la hermosa Jerusalem, realzada con suntuosos palacios de mármol, con alcázares soberbios y con un templo maravilloso; tambien se viera entónces la gran Alejandria con su inmensa biblioteca, con sus baños, con

sus edificios gigantescos; tambien se alzaba entónces hasta las nubes la ciudad de los siete collados, en que Augusto habia exterminado el ladrillo de barro por reemplazarlo con mármoles y jaspes; entónces Atenas y Corinto, entónces Palmira y Damasco, en que hombres ilustres habian eternizado su memoria, fabricando templos de alabastro, palacios formidables que desafiaban á los elementos por su solidez, y á las mismas nubes por su elevacion: no conteis á Nazareth entre tan suntuosas ciudades, pues respecto de ellas es una aldea, habitacion de hombres rústicos; tampoco pongais la casa de María en parangon con las de sus conciudadanos, porque no consta sino de cuatro paredes, débiles y bajas, que apénas pueden servir más que para formar una choza campestre.

Hoy dia nada de esto existe: ruinas que sirven de guarida á los bandoleros, torreones caidos donde se anida el cárabo para aterrar al viajero nocturno con sus ayes y graznidos; arbustos nacidos entre los escombros hacinados; arenales donde el viento ejerce tanto dominio como sobre las aguas del Océano: hé aquí en qué han parado los palacios de Palmira y los alcázares de Alejandría; si Roma tiene aún en pié las ruinas de su Circo y su Capitolio, dé gracias al Cristianismo, cuya mano no ha destruido jamás las artes ni los monumentos, ántes ha puesto un estribo á éstos cuando amenazaban ruina, y ha ennoblecido aquéllas, limpiándolos del herrumbre de la supersticion. Por lo demás, señores, apénas hay ya unos débiles restos del antiguo esplendor y munificencia colosal de Grecia, ni de la monstruosa riqueza de Roma, ni de la ilustre Cartago. ¡Ah! ¡Ominoso alfanje del islamita, bárbara lanza del hijo del aquilon, implacable tea del árabe abrasador! ¡Cruels! Vosotros no respetásteis aquellas almenas y muros de mármol en que descansaban estátuas colosales que inmortalizaban el genio de los hombres; no supísteis tener vuestra hacha en el aire; vuestra hacha,

pesarosa de embotar sus filos en las cinceladas puertas de bronce; no temísteis escalar los suntuosos alcázares de los Reyes; no respetásteis ni pintura, ni escultura, ni solidez, ni arquitectura; igualmente cayó bajo vuestro hercúleo brazo el templo de Éfeso, como el areópago de Atenas. ¡Fieros huracanes! Tambien vosotros os enfurecísteis contra las obras del hombre; la torre altiva cayó con vuestras embestidas, como se arruina la tienda de césped del zagal. ¡Ah! ¿No me direis por qué detuvísteis vuestras furias cuando llegásteis á la humilde habitacion de María? ¿No me direis quién embotó vuestra pica, quién contuvo vuestros furores, quién vuestras ráfagas violentas? Porque yo me espanto al ver que todo se ha destruido ménos lo débil; todo ha perecido ménos lo que nada valia; se arruinó el palacio de Herodes, la régia morada de mil Emperadores; se han arruinado los muros de Sion, y sólo ha quedado en pié el pobre hogar de la insignificante morada de Nazareth. ¿Qué misterio es este?

Se echa de ver aquí, señores, una mano fuerte é invisible, que cuida de conservar las glorias que son suyas contra el torrente de los acontecimientos mundanos, y salvarlas de la ruina universal; miéntras el Cristianismo dominó en la Palestina, se conservaba la casa de María en la humilde ciudad de Nazareth; era aquélla un santuario á donde nadie osaba penetrar sin temor y reverencia. ¿Hubiera permitido Dios que el hombre contaminado se hubiese sentado en su propio trono; profanado su alcázar y manchado su habitacion? No seguramente; las huestes orgullosas de los emires no tienen orden del cielo para destruir á Nazareth hasta que no se haya salvado la casa de María; tan pronto como los ángeles la hayan arrancado de los cimientos, llevándose su hogar, sus utensilios, su techo y hasta su mismo suelo, ni el acero podrá destruir, ni el aquilon derrumbar. Hé aquí el misterio; por eso se ve hoy en la afortunada Loreto la casa de María; Dios, que

contiene las iras de los hombres más fieros; Dios, que su voz apacigua los más desencadenados vientos; Dios, que sostiene en su dedo la inmensa máquina del mundo, puso una valla al hombre destructor; no le permitió al fuego que se cebase en su morada, y la alzó por los aires como ligera pluma, y la colocó en el centro del Catolicismo, para que pudiesen aún los hombres entrar en ella, y decir extasiados con santo gozo: «Hemos adorado en el mismo lugar donde han estado las huellas de Dios.» *Adoravimus in loco, ubi steterunt pedes ejus.*

Este es un hecho innegable: de tantas grandezas como habia en el Oriente, nada se salvó de la mano del bárbaro más que la casa de María, situada en Nazareth; los elementos y el tiempo, que todo lo trastornan, sólo han dejado ileso esta pobre morada. ¿Y puede esto suceder sin un milagro? No hago esta pregunta al católico; me dirijo al incrédulo, que sólo sabe atacar con la risa y el sarcasmo las maravillas que acompañan á la verdad. Cuando una débil morada resiste á la fuerza aniquiladora de diez y nueve siglos, algo ha pasado en ella que arrebatara la atención de la Providencia; y esto es tanto más notable, cuanto más visibles son los medios de destrucción que han convertido en polvo los más arraigados edificios, y debieran haber aniquilado aquella; sí, en el oscuro ámbito de aquella casa se ha debido realizar la obra más portentosa, y así es. La Sabiduría eterna dejó oír sus ecos, que confirmaban en todo su complemento la profecía del paraíso, y fué en esta habitación donde se dijo á María que concebiría un hijo que sería grande, é Hijo del Altísimo, sucesor de David y Rey inmortal de los siglos. ¡Santuario divino, donde el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros! ¡Trono de gloria, á donde bajó el Eterno acompañando á su Unigénito! ¡Sagrario celestial que sirvió de alcázar de amor al Espíritu Santo! Dos palabras dijo aquí María; una para abogar en favor de su virgini-

dad, y otra para consentir en ser Madre de Dios, y bastaron éstas para que su casa fuese el patrimonio de la Divinidad, pues desde entónces era el Dios-Hombre el legítimo y único heredero que debió poseerla, como Hijo de María.

¡Ah! Si algun temerario quiere poner en duda el fundamento de nuestras creencias, no quiero aducirle otra prueba de la Encarnacion del Verbo Divino que la conservación de la casa en que Él vivió con su Madre; yo lo llevaré por la mano hasta el humilde dintel; entrad, le diré, y Él me suplicará que no le obligue á poner su pié en aquel recinto. Y ¿sabeis por qué? Porque un santo terror se apodera de toda alma que entra en el Santuario de Loreto; el justo se sobrecoge, y el pecador tiembla, y uno y otro se persuaden de que se hallan cerca de la habitación de Dios. Pero puesto al frente de aquella Santa Casa, cuyos muros se sostienen en el aire, preciso será que me responda, y me diga por qué sucede este prodigio, por qué esta conservación perenne, cuando han sido derruidos los monumentos de Babilonia y los alcázares de Roma; y al ver su enmudecimiento, yo le enseñaré las maravillas del Omnipotente. Sí; templo de Salomon, tú fuiste arruinado sin quedar en tí piedra sobre piedra, porque fuiste profanado por tus sacerdotes y levitas; ciudades orgullosas, ya no sois sino un monton de ruinas, porque blasfemásteis el nombre del Señor, y os elevábais hasta las nubes en vuestro loco orgullo; palacios de los príncipes, habeis sido arrasados, porque dentro de vuestros muros tapizados de brocado, se formaban los planes de la política bárbara y sanguinaria, y abusábais del poder, y pasábais la vida en abominables excesos los dignatarios del mundo; y cuando el bárbaro os atacó, cuando el enemigo os escaló, no habia dentro de vosotros ninguna virtud que pudiese contener sus furores; mas en esta Santa Casa, no sólo no fué jamás profanado el nom-

bre divino, sino que el mismo Dios habitó en ella, la santificó y la eligió para su habitacion, y al acercarse á ella el salvaje con su cimitarra, lo aterraba la virtud de Dios, lo eliminaba de sus cercanías el ángel que estaciona en su puerta con flamígera espada para custodiarla como el paraiso de las delicias de todo un Dios; por esto existe la casa de Loreto; por esto los ángeles la trasladaron por los aires al afortunado país que la posee y conserva como el monumento perenne que atestigua la verdad de la Encarnacion del Hijo de Dios contra la infidelidad del incrédulo, y confirma en su fé al creyente sumiso y humilde. *Linguae in signum sunt, non fidelibus, etc.*

Hé aquí, amados míos, confirmada la verdad de las profecías con los milagros; ni la ciencia humana con todos sus resortes, ni la filosofía con toda su maquinaria, pueden invertir ni por un segundo las leyes universales con que se rige toda la naturaleza; si á fuerza de instrumentos llega el aeronauta á subir por los aires, es porque consigue romper la columna de aire con otro cuerpo más pesado y el adminículo del fuego, que teniendo mayor fuerza impulsiva, sube á su centro, que es la esfera; si el químico llega á paralizar las acciones vitales de un cuerpo animado, es porque los líquidos ó efluvios de otro cuerpo extraño impiden la actividad de los humores; pero todo esto está sujeto á leyes físicas cuyos efectos nos embelesan y cuyas causas se nos esconden; mas ningun hombre hará que una hoja del árbol, al desprenderse de sus ramas, quede suspendida en el aire; ninguno despedirá una saeta que pase de las nubes; una y otra bajarán á su centro por una ley imperiosa; sólo el creyente hará prodigios contra las leyes físicas; sólo un Josué parará el sol; sólo un Pedro matará á Ananías con sólo su mirar; sólo un Gregorio de Neocesárea mandará á un monte que se arranque de su lugar y se traslade al

mar; sólo un Apóstol de Jesus resucitará los muertos, porque sólo éstos profesan la verdad, y sólo en su favor Dios mudará las leyes, ó las suspenderá, ó las modificará. ¡Ah! ¿Cuánto costaría á Dios llevarse la casa de María, de Nazareth á Dalmacia, y de aquí á Loreto, franqueando en un momento miles de leguas? Mandarlo. ¿Cuánto le costaría el hacer que nosotros volásemos ahora mismo por las nubes, estando cada cual en la misma posicion que ocupa? No tiene más que retirar la gran columna de viento que gravita sobre este templo, quitar las leyes de gravedad, y dar á las piedras y maderas la levedad de una pluma, y veríais cómo la columna de viento subterráneo nos impelia verticalmente hasta las nubes; no tiene más que mandar, y así como el sol y las estrellas y la tierra se sostienen en el espacio flúido, este templo se sostendría tambien, si necesario fuese, para confirmar la verdad revelada contra las cavilaciones del infiel y las sofisterías del incrédulo. *Linguae in signum sunt, etc.*

Se rien los hombres ilusos de los milagros de las edades pasadas, y quisieran verlos para creer en la verdad. Tambien el incestuoso Herodes tenía esta pretension, precisamente en la época de los milagros; tambien pedian milagros los judíos para creer en Jesus, y era precisamente cuando acababa Jesus de hacer el milagro de lanzar un demonio y dar habla á un mudo. ¿Quereis milagros, hombres incrédulos? ¿Quereis ver con vuestros propios ojos los portentos para creer en la verdad? Pues yo os diré con Jesucristo que á la generacion incrédula no se dará otro milagro que el de Jonás; este milagro no es otro que el de la confirmacion de las profecías: *Generatio prava signum querit et non dabitur ei nisi signum Jone*. No querian los judíos obstinados creer en su Mesías, que mandaba á los elementos con imperio absoluto y resucitaba los muertos, y Jesus les dice que no les daría á ellos otro milagro que el de su propia Resurreccion, anun-

ciada por todos los Profetas, y representada á lo vivo en Jonás: *Signum Jonæ*. Y estos milagros aún subsisten hoy día; diez y nueve siglos há que se realizó la Encarnacion del Verbo en la casa de María, y esta casa existe contra el torrente de devastacion que ha mudado en cada década la faz de la tierra: primer milagro. Jesus envió á sus Apóstoles á toda la tierra, sin prestigio, ni riquezas, ni apoyo, y se levantó contra ellos la ciencia, el poder, los ejércitos y las masas, y esto no obstante, los Apóstoles plantearon en todo el mundo la fé de Jesucristo: segundo milagro. Tres siglos enteros empleó Roma en seducir, en castigar, en atormentar y degollar cristianos, y cuando creia ceñir su frente con el laurel de la victoria, se encontró vencida, y el Cristianismo quedó triunfante: tercer milagro. Los herejes empezaron á atacar la Encarnacion y los demás artículos en Simon y en Cerinto, contemporáneos de Jesucristo; siguió Arrio, continuó Nestorio, prosiguieron los maniqueos, los albigenses y los pelagianos; vino Lutero, se levantó Calvino, y piden consumir sus secuaces la obra de destruccion, quedando tan intacto y puro el dogma como el sol al aparecer en Oriente: cuarto milagro. Alzóse despues el deismo, el panteismo, la incredulidad, empleando para atacar á la Religion el sarcasmo, la risa, el desprecio, el pillaje, el asesinato y cuantos medios ha podido sugerir la filosofia impía, y la Religion canta siempre la victoria del Gólgota: quinto milagro. Los cristianos se han apartado de los caminos de la verdad, practican lo que les agrada, miran la moral con indiferencia, obedecen á la Iglesia en lo que no les es oneroso, porque esta Madre ha abandonado sus rayos, y con todo, nadie puede concluir con ella, ni el tirano, ni el hereje, ni el incrédulo, ni el indiferente, ni el apático, ni el incendiario, ni el sacrílego: sexto milagro. Esa misma incredulidad de nuestros dias es el más patente milagro, porque el incrédulo niega la existencia de los ángeles

cuando se habla de sus excelencias, y la concede al examinar algun hecho contra el órden de la naturaleza; se espanta cuando examina la vida, la moral, la doctrina de Jesus, y confiesa que es Dios, y al oír que es juez severo que castiga y premia, niega que lo sea: milagro de contradiccion y de perversidad. Pudiera yo referiros otros milagros que vemos y palpamos; mas no quiero salir del asunto.

Si entre los que me oyen hay alguno que necesite de otros milagros para creer, yo le rogaré que pida á Dios el milagro de su conversion, porque más milagrosa es la conversion de un incrédulo que la resurreccion de un muerto; le suplicaré que se agregue al piadoso número de almas que hoy se han reunido en este templo, al fervoroso é ilustre católico que cifra todos sus títulos y glorias en honrar á María en la advocacion de Loreto, para que, acercándose al santuario donde moró la divina Madre, obtenga la gracia de creer en su Hijo y de amarlo, y con esto quedará satisfecho mi frio cielo, y vuestra fervorosa piedad agregará un timbre más al lustre de vuestra casa.

¡Oh Dios de portentos! No permitais que por un solo instante surja en nuestras almas la duda ó la incredulidad; dad siempre á nuestras almas aquella luz divina que ilumina á todo hombre, para que con sus esplendentes rayos veamos siempre el camino de salud que nos habeis trazado con vuestra mano sábia y poderosa, y cuyos límites tocan en el cielo, que deseo á todos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Cum vidisset ergo Jesus Matrem, et discipulum stantem... dicit matri suæ: Mulier ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce mater tuæ.

Y como vió Jesus á su Madre y al discípulo que estaban allí... dijo á su Madre: «Mujer, hé ahí á tu Hijo;» y despues dijo al discípulo: «Hé ahí tu Madre.»

(JOANNIS, cap. xix, vers. 26.)

En el gran período de tiempo que ha trascurrido desde la creacion del mundo hasta hoy, ha habido dos dias de memoria imperecedera, por haberse efectuado en ellos dos revoluciones del espíritu humano, en sentido diverso cada una, y con efectos contrarios. Fuera el primero, dia de rebelion, de apostasía, de juicio, de anatema, de proscripcion y de llanto; fuera el segundo, dia de humillacion, de reconciliacion, de indulgencia, de reintegracion y de alegría; en aquél blandió una mano atrevida el estandarte sanguinario, declarando guerra al cielo; en éste fuera abatida la negra bandera y alzado el signo de paz entre Dios y los hombres. Son estos dias, aquel en que Adan pecó, y aquel en que Jesus moria en el Calvario.

Hé aquí, amados míos, dos nombres ilustres; hé aquí los dos campeones de la revolucion que ha afectado al espíritu humano en estas dos grandes épocas. ¿Cuál fué la revolucion de Adan y cuáles sus consecuencias? Querria Dios que él y todos sus hijos fuesen felices, sin cono-

cer ni la ignorancia y pravedad en el alma, ni el dolor y la muerte en el cuerpo; queria que con toda la extension de que es capaz el espíritu del hombre, fuese feliz en la tierra amando á su Dios y observando sus mandatos; pero Adan pretendió vivir sin ley, oyó una sugestion maligna cuya proposicion encontró eco en su corazon, desobedeció al cielo, renunció á sus derechos, despreció su dicha, y con la más cruel felonía volvió la espalda al Padre celestial, hizo pacto comun con un enemigo de Dios y suyo, sin otro resultado que el haber sido depuesto de sus honores, desposeido de su bienaventuranza, y, lo que es peor, el haber sumido á todos sus descendientes en el caos del error y la ignorancia, en la miseria y en la orfandad. Esta es la revolucion primera del espíritu humano, planteada por Adan en el dia de su apostasía.

Más de cuatro mil años hubieran pasado cuando sobrevino el dia tan deseado en que Jesus con su muerte causaba otra revolucion, cuyos efectos eran derrocar el imperio del demonio, abolir el reato de la culpa, abrir las puertas del cielo y cerrar las del abismo, cerrar las llagas de la estirpe humana, reintegrarla en sus derechos, y proclamar la paz á la faz del mundo, otorgando al hombre redimido un pacto de amor. En la primera se inauguró la era de la abyeccion y de la esclavitud; en la segunda quedó abolida la servidumbre y empezó la adopcion: en una palabra, el desgraciado Adan introdujo en el mundo todos los males y cerró las puertas del cielo, precipitando al espíritu humano en el pecado, en la ignorancia y en las pasiones desarregladas; y Jesucristo destruyó los efectos de esta revolucion por otra que Él operó en sentido opuesto, sacando al espíritu humano del caos del error, abriéndole el Paraiso, arrancando al demonio su cetro de hierro, y quitando á las pasiones la fuerza arrastradora por medio de la gracia.

Estaba para llegar á su término esta dichosa revolu-

cion en que campeaba la justicia y la caridad, confundiendo el orgullo y la envidia de Lucifer, cuando el atleta divino empezó á legar á la humanidad su herencia, sus derechos y sus prerogativas. Eran éstas una amnistía general que pide á su Padre para sus enemigos, y la promesa de entrar en el Paraiso: amnistía y promesa que ratifica en las dos primeras palabras que profiere en la Cruz. Pero ¿pensais que concluía aquí la amorosa dignacion del Dios que elevaba y ennoblecía al espíritu humano con su muerte? ¡Ah, no! Con la primera revolucion se precipitara el género humano en la orfandad; su madre, en lugar de conservar toda la belleza del hijo y de abrigarlo en su seno, se convirtió en madre sin entrañas ni corazon, abandonó á sus hijos y contribuyó á su ruina y á su desamparo; mas el segundo campeón no queria dar el último paso en la reformacion del hombre sin proveer al mundo de una Madre; así, despues del perdon universal, despues de la promesa de dar el Paraiso, Jesus se vuelve á su Madre, y señalándola el discípulo amado: «Mujer, la dice; hé ahí tu hijo.» Y vuelto al discípulo: «Hé ahí, le dice tambien; hé ahí tu Madre.» Como si dijera: Eva fué la madre desnaturalizada que condenó á sus hijos á la orfandad; pero tú ¡oh Mujer! tú serás desde hoy su Madre; el linaje humano se ha encontrado hasta hoy afligido y desamparado; mas desde ahora no será así, que María es su Madre: *Mulier ecce filius tuus; ecce mater tua.*

Bien veis, amados míos, que Jesucristo no pone el sello á la obra de la redencion, sino proveyendo al hombre de cuanto necesitaba para sobrellevar los trabajos de esta vida y para poder llegar al cielo. Así, para inflamar vuestros corazones en el amor á María, voy á exponer á vuestra consideracion la siguiente verdad: «El género humano, desamparado por la rebelion de su primera madre, adquiere por la muerte de Jesus otra Madre verda-

deramente tierna y cariñosa, que lo conduzca á su felicidad.» Hé aquí nuestro asunto. Imploremos la gracia; acudamos al trono de piedad arrojándonos á las plantas de esa Madre que sólo desea que nos acerquemos, para derramar sobre nosotros copiosas bendiciones y abundantes gracias. Saludémosla llenos de júbilo y de amor, aclamándola con el Angel llena de gracia, y bendita entre todas las mujeres.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS AVE MARÍA.

Si el amor ha de tener por fundamento y origen los favores, Adan y Eva no tienen derecho á ser amados de sus hijos, porque, no sólo no han dispensado al género humano un solo beneficio en orden á su felicidad, sino que lo despojaron de los que debia obtener por derecho hereditario. Es verdad que les debemos la vida como á causas segundas, pues de ellos, como de una raíz, ha salido el gran árbol de la humanidad; mas ¿qué clase de vida debemos á estos primeros séres racionales? Una vida de miserias y de llanto; una vida que no es más que un tejido de dolor. La vida cual la hemos recibido de Adan y Eva despues de su caída, es una muerte paliada. Para señalar con el dedo la clase de vida de que somos deudores á estos dos patriarcas, no fijeis la vista en el hombre civilizado del siglo XIX; pues su dicha, si alguna tiene en este mundo, la ha labrado mediante la ilustracion que el Evangelio ha difundido en la tierra: tomad el prototipo en donde realmente existe, en los salvajes que no han saludado el horizonte de la luz que irradió al mundo cuando se cantó en Belen «Gloria á Dios en las alturas;» id en seguida á las sociedades que viven sin conocer la ley del amor, sino la de la fuerza brutal; preguntad despues á los mismos hombres que han llegado al apogeo de la ilustracion, cuál es la especie de vida que han recibido

de sus mayores, y os dirán que es una vida de penas que se resuelve en un sueño eterno. En una palabra: es esta una vida de abyeccion, que casi no tiene más que la animalidad en ejercicio para muchos; es una vida de ignominia, que va sobrecargada de un yugo férreo é irracional para otros; es una vida de zozobras y de sinsabores para todos. Despues que Adan y Eva pecaron, no pudieron legarnos otro patrimonio que éste; y si quisiésemos amarlos por lo que han hecho para sus hijos, no sabríamos definir qué clase de amor podríamos profesarles. Haciendo buen uso de nuestro raciocinio, les tendríamos aquel amor compasivo que engendra en nuestro corazon la vista de un desgraciado; y sólo podrá tener nuestra alma alguna afeccion hácia ellos despues que hemos oido cantar á la Iglesia y decir que la culpa primera ha sido causa de la venida de un Salvador divino. *O felix culpa, quæ talem meruit habere Redemptorem!*

¡Ah! ¡Cuánto hicieran aquellos dos nombres para perder á sus hijos! ¡De cuántos males no han sido causa, el uno por su malicia, la otra por su volubilidad! Cuando fijamos la vista en esos séres infelices que entre los pueblos civilizados viven arrastrando pesadas cadenas de hierro, teniendo junto á sí un implacable vigilante con mano armada; cuando llevamos nuestra atencion á esos homicidios alevosos, á esos crímenes horrendos á cuya consecuencia tiene que teñirse en sangre la espada de la justicia, sin poder borrar la infamia del asesino, ni amorrar la trágica suerte, ni la viudez, ni la orfandad, ni la miseria y pobreza en que unos y otros han caido; cuando da uno una ojeada á esos depósitos de la miseria del hombre, á esos hospitales en que la naturaleza expía sus extravíos, ó en cuyos lechos yacen mil lázaros ulcerados de piés á cabeza; cuando vemos resonar los golpes del látigo sobre la espalda humana, no puede uno ménos de exclamar: ¡Desgraciado hombre, tú sólo, entre todos

los séres animados, eres víctima de crueles enfermedades; tú sólo arrastras la cadena ignominiosa, llevando sobre tí lo que sólo debiera servir para contrarrestar á la fuerza de los elementos y para domeñar las fieras! Pasamos á examinar al hombre en otro aspecto, en lo moral, y hay para temblar: aquí unos viven sumidos en la más afrentosa estupidez, sin saber por qué levantan los ojos al cielo, sin conocer la nobleza de su origen, sin saber ofrecer ni un solo perfume á la Divinidad, ni aspirar un solo acento del lenguaje del amor divino; allí otros se han degradado de tal manera, que han erigido aras á las piedras insensibles, á fieras carniceras, ó á númenes fantásticos, que exigen con cruel capricho el sacrificio del niño recién nacido ó el de la esposa que ha caído en orfandad: en una parte campea el error pretendiendo tener á sus plantas los homenajes de toda la humanidad; en otra aparece esplendente y gloriosa la verdad, sin que por eso vivan los hombres con arreglo á sus máximas; y entre tanto, la raza humana va atravesando este destierro sin poseer un verdadero bienestar moral ni una felicidad estable; y, lo que peor es, cuando debia descansar al tocar con el sepulcro, se encuentra con el horizonte sin límites de la eternidad, que, en vez de presentarse risueño y glorioso, se le descubre cual tenebroso caos de ignominia, de oprobio y de dolor.

Hé aquí, señores, en dos pinceladas pintado el estado de la vida animal y racional, y el bienestar físico y moral, tal cual lo debemos á Adan y Eva; si prescindimos por un momento de lo que la Religion nos enseña y prescribe, estos dos séres han de ser el objeto de todo nuestro odio y de los anatemas de toda la humanidad; gime el huérfano bajo el peso de la miseria; vive el salvaje en un estado de abyeccion y estupidez; se desespera el ratero y el perturbador en la lóbrega cárcel; se entregan unos al vértigo del error; viven otros sin querer seguir

los destellos de la luz; se precipitan en las mazmorras eternas los hijos de la herencia y de las promesas divinas, y no podemos ménos de decir que Adan y Eva tienen originariamente la culpa, que ellos son la causa de tantos males: para amar á estos séres es preciso volver la vista á otros dos objetos, á Jesus y María; á éstos que recuperaron para la descendencia proscrita todos los derechos de nobleza, de gracia y gloria que Adan perdiera, y sus hijos con él. Porque, preciso es decirlo en honor de la Divinidad, la proscripcion del mundo no duró ni un solo instante; Dios, que habia previsto la culpa, proveyera el remedio muy de antemano; en el mismo campo de batalla donde Adan y Eva son vencidos y derrotados, en donde yacen tirados por tierra sin privilegios y grandeza, se presenta Dios para recogerlos; el enemigo, en vez de retirarse con rico botin, no lleva más que un anuncio de su ruina, que le obliga á huir precipitado.

Sin embargo, señores, ¿cómo quedó la humanidad en la derrota de sus primeros padres? ¿Habeis visto alguna vez cómo el furibundo aquilon embate al cedro de mil años, que alza su copa imponente sobre la cúspide de altos montes? ¿Habeis oido el horrendo fracaso con que se arrancan de entre duros peñascos aquellas raíces profundas y prolongadas, precipitándose en seguida el desme-dido tronco hasta llegar á oscuras hondonadas? ¿Lo habeis contemplado allá, inmóvil, y sin que al nacer el sol, ni al subir al mediodía, ni al declinar al ocaso lo visiten sus rayos, á no ser que un agente extraño lo saque hasta la llanura? Pues no de otro modo se precipitó el linaje humano, cayendo en la horrenda sima del pecado, donde no podia visitarlo la luz de la gracia, si una mano divina no hubiese querido plantar nuevamente este árbol y darle nueva sávia y nuevo verdor. Quedamos entónces huérfanos y desamparados; teníamos un padre, mas este padre nos vendió por un placer momentáneo, y pensando muy

poco en sus hijos, fijó locamenté sus miradas en su propia excelencia, y con espantoso orgullo quiso asemejarse á Dios en todo. Teníamos una madre, mas esta madre se convirtió en azote de sus hijos, asintiendo á las sugerencias del enemigo comun, que tendian á nuestra destruccion: teníamos en la tierra un rico patrimonio en el árbol de la vida, una deliciosa morada en el Eden; teníamos además un régio alcázar en la mansion de la gloria, y de un solo golpe es cerrado el cielo; queda entredicho el paraíso, desaparece de la vista humana el árbol conservador de la vida, y la descendencia humana queda sin padre, sin madre, sin patrimonio, sin felicidad en la tierra, y, lo que peor es todavía, sin derecho para entrar en el cielo. ¿Lo diré otra vez? Nos quedáramos huérfanos y desamparados para siempre, si Dios no hubiese proveído á nuestra desdicha el más eficaz remedio.

En efecto, amados míos: subamos hasta la cuna de la humanidad; lleguémonos al teatro de la triste escena en que nuestros primeros padres oían temblando la voz de Dios bajo la majestuosa sombra del Eden; esta voz es un trueno aterrador que no lleva al corazón de aquellos vivientes otro eco que el del espanto; destierro, trabajos, dolencias, muerte, son la retribucion de su loca temeridad; mas al través de estas palabras amenazadoras se deja apercibir una prediccion misteriosa, efecto espontáneo de la bondad del Criador, quien asegura á la humanidad que una hija de Eva saldria á luz en los tiempos venideros á cumplir en el mundo una mision, la mision de piedad y de amor; abrir su seno al Verbo eterno para que tomase de Ella la naturaleza humana, poniendo desde entónces una enemistad eterna entre esta semilla y la del pecado; salir al encuentro á la serpiente antigua, y alzar sobre su erguida cabeza un pié ligero y esforzado para estrellarla, eran los primeros pasos de esta noble criatura: *era María.*

Mas no estaba circunscrita su mision á sola la dignidad de engendrar al Dios que debia humanarse al llegar la plenitud de los tiempos, ni á fracasar la cabeza orgullosa de Lucifer; aquella en que más brillaria sería la adopcion que haria esta Mujer, recogiendo á la humanidad como al niño desamparado, enjugando sus lágrimas, abriéndola sus maternales brazos, estrechándola en su seno, alimentándola con su propia sustancia, y, por fin, salvándola del destierro y de la muerte, por medio de la cooperacion á la Redencion que su Hijo hacía.

Al retirarse Adán mustio y cabizbajo de la presencia de Dios, y despidiéndose de la dulce mansion del Paraíso, no le quedaba otro consuelo que el fijar su vista en el Redentor futuro y en la Vírgen que lo habia de engendrar. Sus hijos recibieron de Él esta doctrina y esta creencia; y animados con esta fé, atravesaron las edades antediluvianas, esperando el momento dichoso de ver á aquella Mujer, que, mejor que Eva, se llamaria Madre de todos los vivientes. En una palabra, amados míos: cuando el mundo estaba en su infancia, sin tener quien lo conservase y salvase de mil males que debian caer sobre él, se dejó entrever en lontananza la Madre de Dios, como Madre de los desamparados, como refugio de los desdichados que cayeran en la orfandad por culpa de sus primeros padres.

Esta es, señores, la mision amorosa de María; éste el título tierno y consolador que resonó entre las amenas flores del paraíso; ésta la única creencia que conservó el linaje humano en medio de los innumerables errores á que se entregó despues de la culpa. El diluvio destruye la humanidad, no salvándose más que ocho almas que recibieran este dogma de los mismos hijos de Adán: de estas ocho almas sale nuevamente su descendencia, y crece desmedidamente ocupando toda la tierra; el Oriente, el Occidente, el aquilon y el austro se ven inundados por naciones que han salido de Sennar despues de la confu-

sion de las lenguas; cada una inventa sus fábulas, sus cosmogonías, sus teogonías, su culto, su idolatría, por fin, y su supersticion; quién adora al sol, á la luna, y á toda la milicia del cielo, para servirnos del lenguaje sagrado, quién se postra ante las estatuas de piedra que figuran nada ménos que el tipo de hombres tiranos, ébrios, voluptuosos y sanguinarios; unos queman el incienso de la adoracion ante el carnívoro cocodrilo, ó se entregan como víctima á sus horrendas fauces, ó se sumergen en las aguas, ó se precipitan en hornos voraces; otros descuartizan sus propios hijos en honor de un númen infernal; en fin, amados míos; el espíritu humano, á medida que iba progresando en duracion, iba retrocediendo en el conocimiento de la verdad; el imperio babilonio no es más afortunado que Nínive y Egipto; Roma no es más dichosa que el imperio de Alejandro; aparecen en su seno grandes filósofos y sabios profundos, mas el error, cual humor gangrenoso, se apodera de toda la masa de la humanidad; la mentira, el error, la fábula, es el alimento de todos los espíritus entregados á las aberraciones del politeísmo.

Mas entre tantas erronías hay una verdad confusamente apercibida por los pueblos; las mismas invenciones fabulosas del paganismo tienen afinidad con esta creencia, y hasta han sido amoldadas en las ideas puras que legaron los Patriarcas y corrompieron unos hijos sin moral y disciplina. Esta verdad, que resiste á la accion corrosiva de los tiempos, es la que espera la venida de una Doncella que ha de dar á luz un Niño que salvará al mundo. Y esto no era para los pueblos antiguos un hecho cumplido ya, como se podría pensar al encontrar en los fastos religiosos de muchos de ellos los más característicos signos de semejanza entre la mitología pagana y lo que nos refieren los historiadores sagrados sobre el nacimiento, las desgracias, los prodigios y la muerte de este Sal-

vador que esperaban los hombres; pues aún tenemos entre nuestras manos los monumentos que atestiguan la esperanza que reinaba en casi todas las naciones sobre la próxima aparicion de esta Mujer y de su Hijo. Ahí están los Druidas de las Galias, que poco ántes de la venida de Jesucristo alzan un altar y colocan en él una estatua de una vírgen con su niño en los brazos, teniendo en su pedestal esta inscripcion: «A la vírgen que ha de alumbrar.» *Virgini pariturae*. Ahí están los hijos de Rómulo, esos idólatras por antonomasia, que formáran legiones de dioses, adoptando los errores de toda la tierra y doblando su ominosa cerviz á las supersticiones de todo pueblo que conquistaban, como dice San Leon; ahí está, repito, esa nacion que guardaba tan escrupulosamente los libros de la Sibila de Cumas, contemporánea de Héctor y de Aquiles, en cuyos oráculos se leian estas palabras: «La Vírgen, el divino Niño, la adoracion de los pastores, la serpiente estrellada y confundida, y la edad de oro que volvia al mundo;» ahí están, por fin, todos los pueblos que esperaban generalmente al Mesías y á su Madre para cambiar su suerte: la creencia era universal, y en consecuencia no podia ser errónea; porque no es posible que un error sea general en la tierra. En conclusion, señores; todos los mortales se creian privados de un gran bien, y esperaban poseerlo; todos confesaban implícitamente su orfandad, su desamparo, y creian que algun dia tendrian un Salvador y una Protectora que los ampararia como Madre compasiva. Entre los idólatras era esta idea una especie de fábula, era el último y pálido destello de la luz de la revelacion que los Patriarcas legaron á sus descendientes. Entre los hebreos era la revelacion misma, pues, como depositarios de las promesas, conservaban las profecías, no sólo como una gloria nacional, sino como un legado de la Divinidad, que en diferentes épocas les habia manifestado, ora en tipos y figuras, ora en alego-

blas densísimas y sombra de muerte (*Serm. 2 de Annuntiatione*). María se presenta como Madre de Dios, y Ella sola es la que puede decir al mundo que ese hijo que tiene en sus brazos no tiene más Padre que á Dios, que es el prometido en el paraíso á Adán pecador, el descrito en la ley y en los Profetas, el que viene á sentarse en el trono de la justicia y de la paz, y á redimir al mundo. Ella también puede decir al mundo que aquel hijo es verdadero hombre; porque si bien no ha tenido parte hombre alguno en su generación, sino que lo ha engendrado por obra del Espíritu Santo, Ella, sin embargo, lo ha concebido en su seno, lo ha dado á luz, lo ha amantado, lo ha fajado, lo ha cuidado, lo ha lavado, lo ha alimentado, lo ha mandado, y él la ha obedecido, y la ha servido, como sirven los demás hijos á sus padres.

Pero la Virgen no puede dejarse ver como Madre de Dios humanado, sin aparecer al mismo tiempo como Madre de los hombres. La maternidad natural que tiene la Virgen respecto del Hijo de Dios, á quien concibe y engendra en su castísimo seno, no puede separarse de la espiritualidad con que engendra á todos los creyentes al sér de la gracia. Ella concibió á su Hijo de un modo sobrenatural, y, léjos de padecer dolores y angustias en su parto, lo dió á luz en medio de los más suaves deliquios y de delicias inefables; porque era aquella Virgen anunciada en el paraíso por la misma boca de Dios, y descrita despues, con rasgos los más gráficos, por Isaías (cap. vii, 14), Jeremías (cap. xxxi, 22), y Ezequiel (cap. xlvi, 2); pero no la sucedió lo mismo cuando nos engendraba á nosotros al sér de la gracia de Dios, porque era también la hermosa Raquel, que nos ha dado á luz entre los dolores más acerbos de su corazón. ¡Ah! ¿Qué son para la Virgen María todos los creyentes? Otros tantos hijos de su dolor, otros tantos Benjamines, de quienes con un afecto indescriptible, María es dos veces Madre: Madre del

Rey, como dice San Buenaventura, y Madre del desterrado; Madre del juez, y Madre del reo; Madre de Dios, y Madre del hombre. Pero, y ¿para qué tiene María estas dos maternidades? se pregunta á sí mismo este santo doctor. Para mediar entre estos dos hijos, y no permitir que haya discordias entre ellos (S. Buenav., *in Deprecatio ad Virg.*)

Con este carácter redundante en ternura se presenta la Virgen ante la gran familia humana para que los hombres puedan llegar á Dios, lo conozcan y lo posean. No hay otro medio de acercarse al santuario de la naturaleza divina: todo el que desee alcanzar la gracia del Espíritu Santo, busque la flor divina en la vara del mismo Espíritu. Por la vara se va á la flor, y por la flor al Espíritu que reposa en ella. Esta vara es María, dice el mencionado Santo; por María vamos á Cristo, y por Cristo encontramos la gracia del Espíritu Santo (*in Specul.*, capítulo vi). Pero hay que tener presente que este carácter de la Virgen es el hábito más permanente de su naturaleza, y hácia el cual convergen sus afectos, sus deseos, sus acciones, su vida entera en el tiempo y en la eternidad, lo que no sucede en las relaciones que tiene su Hijo con cada uno de los hombres.

¿No veis ese niño encantador que extasía á los pastores, que se entrega en los brazos de Simeon, que da su mano á los Magos, y que se deja besar de todos, no desechando ni al publicano que lo convida á comer, ni á la pecadora que se arroja á sus plantas, ni al mismo traidor que le da ósculo de paz para entregarlo á sus enemigos? Ese Jesús amabilísimo es aquel Cordero que no balaría aún cuando lo llevasen al matadero, ni retiraría sus mejillas cuando lo hiriesen los malvados, ni apartaría su rostro al escupir en él los que le argüirían llamándolo impostor. Era el hermano de todos los hombres, y había de padecer como ellos; era el maestro del linaje humano,

y habia de dar lecciones de palabra y de ejemplo; era el bienhechor de toda la descendencia de Adán, y no era un valladar para su liberalidad la ingratitud de los favorecidos; era la sabiduría del Padre, y no le habian de descomponer en lo más mínimo nuestras ignorancias.

Pero no hay que echar en olvido que ese niño embelesador, ese jóven que lleva en pos de sí á los pueblos, arrastrados por la belleza de su rostro, por la dulzura de sus palabras y por los bienes que reparte sin medida ni tasa, y ese hombre perfecto, que se deja prender, azotar y crucificar, como si no tuviera fuerza para resistir, es tambien el leon victorioso de Judá, el triunfador de Israel, que no disimulará cuando haga el escrutinio del mundo; el que tiene el biello en su mano para aventar el trigo y separarlo de la paja; el que ha de regir á las naciones con vara de hierro; el que ha de desenvainar la espada de su justa indignacion sobre reyes y pueblos; el que, por fin, lleva en su frente mil diademas, y es Rey de los reyes y Señor de los señores. Hay una diferencia muy grande entre Jesus niño, Jesus maestro, Jesus bienhechor, Jesus acogedor de los pecadores y Jesus víctima, y entre Jesus represor de los malos y juez de los inícuos. Allí se deja besar del pastor, del sabio, del anciano, y alarga su pié para que lo bese tambien la pecadora convertida; pero aquí, ¡ay! basta un ademan de ira para arrojar del templo á cuantos hay en él; basta una palabra para confundir á los hipócritas; basta que diga *Yo soy*, para que caigan tendidas por tierra chusmas y cohortes.

Es Jesus no sólo nuestro hermano, sino nuestro Padre que nos ha engendrado, y tiene que ser con nosotros un padre que usa de severidad para corregir al hijo á quien ama, y áun muchas veces un padre justo é inexorable que se ve precisado á arrojar para siempre de su casa al hijo protervo que lo ha despreciado y ultrajado. Pero en esta

generacion espiritual, la madre es María, María, en quien nunca hallaremos sino entrañas de madre, amor de madre, cariño de madre y oficios de madre. En el reino de Dios están repartidas las prerogativas de la dignidad real: «Dios, dice un santo escritor, nos dió á su Hijo para que fuese Padre y Rey de justicia; pero para moderar y sostener los rigores de esta misma justicia, nos dió una Madre de piedad y Reina de misericordia, sucediendo muchas veces que la Madre de la piedad salve á quien debiera condenar el Rey de justicia.» (*Ricard. á S. Laurent.*, lib. III *De Laud. Virg.*) «La Madre de Dios, afirma Santo Tomás, obtuvo para sí la mitad del reino de Dios, á fin de que sea Ella Reina de misericordia miétras que su Hijo es Rey de justicia.» (*Prefat. in Epist. canon.*)

Y, en efecto, mis amados hermanos: ¿qué es María para cada uno de nosotros? ¿Qué ideas tenemos acerca de Ella? ¿Qué impresiones hallamos en nuestro corazón? «¡Oh Señora! flice San Bernardo: cuando te miro, yo no veo en Tí sino misericordia, porque has sido hecha Madre de Dios por nosotros: Tú engendraste la misericordia, y á Tí se te ha dado el oficio de repartirla; estás circunvalada de la misericordia; por todas partes te veo cuidando de los desgraciados, y no parece sino que tu único pensamiento es tener piedad de los miserables.» (*In Salve Reg.*) En realidad, cuando uno se pone á contemplar las grandezas de la Virgen, por poco que se interne en ese océano de maravillas, se queda extático al ver tanta belleza: hay en Ella una belleza de humildad que enamora á Dios y lo saca fuera de sí; hay una belleza de pureza tan admirable, que atrae á su desposorio al Espíritu Santo: todo esto eleva nuestras pupilas al cielo, y las tiene inmóviles, extáticas, arrobadas, absortas y sin atreverse á dirirlas á otra parte. Pero al contemplar la belleza de su maternidad espiritual, entónces advierte uno dentro de sí un movimiento de gozo indefinible; el corazón da un

salto de alegría, el alma se siente bañada de un río de delicias, la sonrisa viene irremediabilmente á nuestros labios, porque reconocemos al instante á nuestra Madre, que nos ha engendrado, que nos ha dado la leche de la doctrina, que nos ha acariciado y nos ha hecho conocer á su Hijo, que es á la vez nuestro Hermano y nuestro Padre, y no podemos ménos de exclamar con San Buenaventura: «¡Bendito sea nuestro hermano Jesus, por quien María es nuestra Madre! ¡Bendita sea nuestra Madre María, por quien Jesus es nuestro Hermano! (*In Speculum*, cap. VIII.)

¿Y sabeis, mis amados hermanos, por qué se regocija tanto nuestra alma al fijar nuestra vista en la Madre de la misericordia? Porque, como afirma San Bernardo, al contemplar las primeras bellezas, damos el pláceme á la Virgen; mas al examinar la de la maternidad espiritual, nos lo damos á nosotros. «Pone en silencio, dice el Santo, ¡oh Virgen bienaventurada! tus misericordias aquel que, invocándote en sus necesidades, no ha sentido tu proteccion. Nosotros, siervos tuyos en las demás virtudes, nos congratulamos contigo; pero en ésta nos damos á nosotros mismos el parabien, porque alabamos la virginidad y nos extasía tu humildad; mas la misericordia tiene un sabor mucho más dulce para los miserables. Abrazamos con más amor la misericordia, la recordamos más veces, la invocamos más á menudo, porque ésta es la que obtuvo la reparacion del mundo y alcanzó la salud para todos.» (*Homil. IV sup. Missus est.*)

Estas son las ideas que tenemos sobre la Virgen, y las impresiones que Ella misma ha formado con su ternura en nuestros corazones. Y no se diga que esto es un bello ideal que nos formamos, sino la realidad de las cosas que hemos visto y palpado. ¡Qué suave, qué benigna, qué amable, qué tierna y compasiva se deja ver esta Virgen en los dias de su conversacion entre los mortales!

Madre de los hombres se deja ver en Nazaret, al aceptar la maternidad divina; madre se muestra en las montañas de la Judea con Isabel y su hijo; madre aparece en Belén y en el templo; madre se comprende que es en Caná de Galilea, y para que más impreso quedase en nuestros corazones que á esta Virgen debemos lo que somos en el sér espiritual, no quiso espirar su Hijo sin decirle á Ella que era madre de un discípulo en quien estaban representados los creyentes, y al discípulo que la recibiese y tuviese como madre: *Mulier ecce filius tuus: ecce mater tua.* (Joan., cap. XIX, 26, 27.)

No es esto, vuelvo á decir, un bello ideal, como pretenden atribuir á las imaginaciones de los sábios católicos esos hombres separados del centro de la verdad y unidad de la Iglesia. María ha dejado impresas estas huellas en la tierra cuando vivió entre los hombres, y no se borrarán jamás. «Todo lo que atañe á esta Virgen, dice San Bernardo, está lleno de piedad y de gracia, de mansedumbre y misericordia. Ella se hizo todo para todos, y por su abundantísima caridad se cautivó el amor y la gratitud de sabios é ignorantes. Ella abre sin cesar su seno de misericordia, para que todos reciban de su plenitud. Nada hay en Ella austero ó terrible: yo convidó á todos á que vuelvan una por una las páginas del Evangelio, y si alguno encuentra la más insignificante dureza, la más ligera imprecacion, ó el signo más ténue de indignacion en esta Virgen, téngala en lo adelante por sospechosa, y no se atreva á llegarse á Ella con confianza. Pero si al contrario, y como es en realidad, hallare que toda Ella redunda en piedad y gracia, y que rebosa en mansedumbre y misericordia, dé gracias al que le concedió, por su benignísima misericordia, una mediadora tan tierna y amorosa.» (*Super Lign. mag. Sermon.*) Esto es María.

A un pueblo católico, que tiene por alimento de su

espíritu y por encanto de su corazón la devoción de la Virgen, no hay que presentarle demostraciones teóricas de lo que es la piedad y misericordia de esta Señora. Como sería tiempo perdido el demostrar á un hombre rodeado de tesoros que es rico, y como sería una injuria el denostarle echándole en cara su pobreza, así sería el ocuparse en decir al pueblo católico que el Evangelio no encierra en sus páginas los tesoros de misericordia que se atribuyen al Corazón de María. ¿Cómo os atreveis á decirnos eso, contestaría este pueblo, cuando somos depositarios de tantas riquezas del cariño y del amor que nos tiene la Virgen, que casi tocan á lo inmenso é infinito? ¡Pues qué! ¿No es Ella la que nos honró con visitar nuestro suelo cuando vivía todavía en carne mortal, y enjugó las lágrimas de Santiago y sus discípulos, asegurándonos que este suelo sería el país privilegiado, donde la fé de su Hijo duraría para siempre? ¿No es Ella la que arrojó en el siglo v á los priscilianistas, en el vii á los Elvidios, de este suelo, que todavía conserva la virginidad de la fé? ¿No es Ella la que precedía en los pendones guerreros á los que salieron de Covadonga conducidos por el piadoso Pelayo para combatir al agareno, y la que acompañó á los Alfonsos en las Navas, á los Fernandos en Sevilla, y á la excelsa heroína de Granada, hasta que concluyeron con los hijos del Islam, y los arrojaron más allá de los mares? ¿No es Ella la que en aquellos tiempos heroicos estuvo dejándose ver por espacio de siete siglos, ora en las crestas de los montes, ora en las ciudades populosas, ora sobre un espino, ora sobre un zarzal, sin que haya habido valle ni otero, río ni torrente donde nuestros padres no la hayan levantado un templo para acudir á él á pedir su protección y á encontrar consuelo en sus aflicciones? ¿Por qué, pues, venís á decirnos que no somos ricos con el tesoro de misericordia de la Virgen, y felices con las riquezas de su amor?

Hemos visto tantos prodigios, seguirá diciendo este pueblo, que no bastará toda la elocuencia de los hombres, ni aún bastaría la de los ángeles, si alguno intentase decir otra cosa, para persuadirnos que no: debemos cuanto somos á la Madre de misericordia. Nuestros padres nos han dicho, y la historia lo confirma, que en nuestra patria no ha tomado pié ninguna herejía, ni ha prosperado ningun hereje; si alguno ha venido de fuera, ha tenido que huir; si alguno nació entre nosotros, tuvo que ir á regiones extrañas á enseñar sus errores; nuestra nación es, entre todas las del orbe, la única que puede llamarse la Virgen de Sion, pues no tiene más lema que *un Dios, una fé, un bautismo*; y estamos ciertos, infaliblemente ciertos, de que debemos esta gracia á la piedad y misericordia de la Virgen María. Ella estuvo con nuestros padres en Otumba, en Lepanto, en Pavía, en San Quintín, en Gerona, en Zaragoza, en Madrid, en Arapiles, en Vitoria, en Bailen y en todas partes, hasta que hicimos ver al mundo entero que el hombre á quien él tenía por un Hércules, á cuyos piés se amontonaron coronas de Reyes vencidos, sufría derrotas y descalabros, y podía caer prisionero, y quedar desnudo de poder, de riquezas, de gloria y de diademas.

Esta es nuestra creencia, estas son nuestras convicciones. ¿Por qué, por tanto, venís á decirnos que no hay necesidad de acudir á la Virgen para alcanzar misericordia? Hombres sin corazón, pues lo teneis seco como huesa de tumba vetusta; hombres de teorías puramente naturales, que no veis que las instituciones humanas que no reciben el impulso de la Religión católica, no sirven sino para destruir el principio de autoridad y el derecho natural; hombres sensuales, que no quereis que en el Evangelio esté el germen de la civilización, la vida grande y lozana de los pueblos, porque no encontrais en él la sanción de vuestras rapiñas, la aprobación de vuestra vida

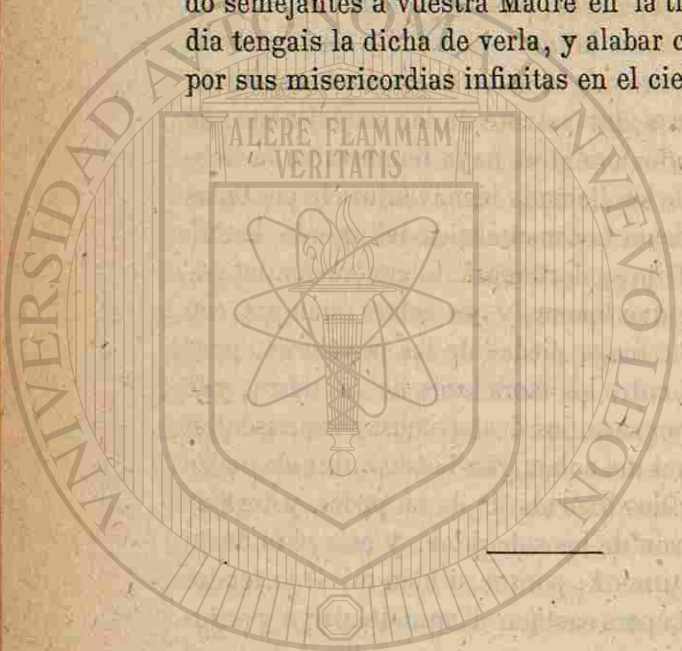
licenciosa, ni la de esas instituciones paganas con que pretendéis sustituir las que introdujo en el mundo el Evangelio, y arraigó en él la Iglesia por medio de sus maestros; ¿por qué venís á engañarnos, diciéndonos que seremos felices con esa filosofía donde no entra Jesucristo, y con esas teorías sociales en que no se halla María? ¿Acaso ignorais nuestra historia? Por haber dado la mano á filosofastros y malos políticos, hemos perdido reinos é imperios que Dios nos diera; por haber admitido teorías que nos han venido de pueblos que nos odian, nos hemos quedado sin grandes sabios y sin grandes hombres, sin riquezas, sin prestigio en el mundo, y nos vemos hechos la befa de los impíos y malévolos. ¡Ay! Todo esto hemos perdido por haber arrullado la mentira; pero no perdamos el tesoro más rico que tenemos. Piérdanse los continentes; piérdanse las armadas; piérdanse las minas auríferas; piérdanse las montañas de diamantes y esmeraldas; perdamos aunque sea la vida; pero el honor, no: el honor de ser siempre católicos, y católicos que aman á María, que esperan en Ella y la invocan como á su más tierna Madre, no; eso no.

Ese lenguaje es grande, amados míos, es católico, es español; porque ser español y ser devoto de la Virgen es como un sinónimo en el idioma de la piedad. Yo confirmo vuestras palabras, y las aplaudo, y las bendigo; porque cuanto pensais y cuanto creéis sobre la misericordia de la Virgen, está en el Evangelio. Cuando habló esa Reina excelsa, habló como Madre de Dios y como Reina del cielo: bien sabeis cómo hablan los Reyes de la tierra, poco y mesurado; pero sin que una sola de sus palabras caiga al suelo, porque todas deben cumplirse; ni una sola frase expresa la extension de los favores que han de dispensar, porque han de ser mucho más grandes que lo que las mismas palabras dicen. Y así, y no de otro modo, habló la Virgen cuando anunció al mundo sus favores.

Dios, dice, puso sus ojos en la bajeza de su esclava, escogiéndome para Madre suya, y desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. No habrá una que no sea salvada por mi Hijo; no habrá una que no sea objeto de mi ternura y de mi solicitud. Yo seré Madre tierna de todos los hombres, pues soy Madre del Hijo de Dios, que se ha hecho hermano de todos para salvarlos; yo los alimentaré con la leche de su doctrina, los libraré de los peligros, los salvaré de las iras divinas, no cesando mis cuidados mientras haya hombres en la tierra, y por eso he de ser llamada bienaventurada por todas las generaciones hasta la consumacion del mundo. La misericordia de mi Hijo se derramará de generacion en generacion sobre los que temen, y yo estaré siempre con Él, y le rogaré que tenga piedad de los pecadores, pues los habrá siempre entre los moradores de la tierra, y le suplicaré que no perezcan los desterrados, porque son todos mis hijos, y así me aclamarán bienaventurada todas las generaciones. Dios hizo alarde de su poder, y deshizo las miras del corazon de los soberbios, y esta obra de su Omnipotencia continuará; porque si bien mi Hijo tendrá que sacar la espada para castigar al mundo altivo y orgulloso, yo contendré su mano para que no hiera hasta el exterminio, llamándome por eso bienaventurada todas las generaciones. Él arrojará de su solio á los enemigos de mi pueblo, y despojará á los ricos de sus bienes, ensalzando á los humildes, y colmando de riquezas á los hambrientos; y yo estaré con Él repartiendo dones y gracias á los menesterosos, y por eso tambien me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Esto dijo María, y esto cantamos todos.

Tomad parte, amados hermanos, en este himno de todas las generaciones cristianas, y confesad siempre que María es Madre de misericordia. No dejéis de meditar cada día sus virtudes; porque el conocer á María es el ca-

mino de la inmortalidad, y el contar sus virtudes el de la salvacion. No dejéis de servirla, porque el servicio á esta Reina equivale á reinar, y el ser su esclavo es ser rey (*D. Anselmus, lib. De Exalt. Virg., cap. XIX*); pero sobre todo, conociendo esas virtudes, haced por imitarlas, siendo semejantes á vuestra Madre en la tierra, para que un día tengais la dicha de verla, y alabar con Ella á su Hijo por sus misericordias infinitas en el cielo. Así sea.



SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE LA PRESENTACION DE MARÍA SANTÍSIMA

EN EL TEMPLO.

En dilectus meus loquitur mihi; surge, prospera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.

MI AMADO ME DICE: levántate, date prisa, amigamía, paloma mía, hermosa mía, y ven.

(CANT. CANT.)

¡Qué dulce es el amor del espíritu divino para con las almas! ¡Qué suaves son sus voces! ¡Cómo expresen la nobleza de los sentimientos! ¡Cómo encantan á quien les da entrada en su corazón! ¡Con qué figuras tan patéticas se presenta para admirar, convencer y cautivar! Tan pronto es un amigo que llama á la puerta manifestando que las tinieblas de la noche le han sobrecogido, que el rocío ha empapado su hermosa cabellera, que tiene necesidad de descanso; tan pronto deja oír su voz sonora y armoniosa, para excitar en el alma el deseo de ver su rostro amable, hasta obligar á su amada á dejar el lecho, á salir entre los pavores nocturnos, á recorrer plazas y calles, á seguir á su amado que huye como el cervato de las selvas delante del cazador, pero de tal modo, que enciende más y más en el corazón el deseo de encontrarlo; aquí es un padre tierno que no tiene otro deseo que el abrazar á su hijo; allí es un compañero que se brinda á asistirnos en cada instante, á conducirnos á hermosos vergeles, donde nos deleite la aroma de las azucenas, y sean nuestro pasto

rías y en tropos, ora en representaciones personales, ya la Madre vírgen, ya el nombre de su Niño, ya la virginidad perpetua de Aquélla; aquí la mansedumbre, la humildad y paciencia del Redentor; allí la fuerza, el poder, la gloria de su Madre; en fin, todo cuanto sucedería desde que el ángel saludó á María en Nazareth hasta que su Hijo la hizo Madre de los hombres en la Cruz, pues todas las profecías y símbolos del Testamento Antiguo tenían por objeto á Jesucristo y á su Madre como Redentor y Corredentora, y á los hijos desgraciados de Adán como seres que entraban nuevamente en el goce de los derechos perdidos, en la adopción de hijo de Dios y de María.

La realización de esta gran idea que ocupaba la atención de todos los espíritus, debía hacerse en la cima del Gólgota, quedando consignada para siempre en el testamento del Dios moribundo. Bien digno es de notarse, amados míos, cuánto ocurre en este momento soberano. Dios está para morir, y no quiere espirar sin haber ántes dejado á los hombres todas las riquezas de que es dueño; no posee bienes terrenos, pues desde que apareció entre los mortales hizo profesión de la más rígida pobreza, no queriendo nacer en casa de su Madre, sino en un establo, y llegando á su último trance sin tener donde reclinar su cabeza. La redención del hombre no quedaba consumada sino con el legado de amor que Dios dejaba al mundo, y era éste el perdón para buenos y malos, para amigos y enemigos; era éste el elevar al hombre al rango que no pensáran poseer ni los mismos serafines; tener derecho á todos los cuidados que María había dispensado á su Hijo durante la vida de Éste sobre la tierra; poder decir con toda la efusión del corazón, hablando con María, «tú eres mi Madre, yo soy tu Hijo,» es la sublime posición que adquiere el género humano desde el momento que el moribundo Jesús dirige á su Madre y al discípulo las últi-

mas palabras que pronunció en pró de los mortales desde el madero de la Cruz.

¡Ah! ¿Quién podrá mirar con ojos enjutos esta escena de amor y de benevolencia? ¿Quién contempla la transición que hicimos entónces de la orfandad á la adopción, del desamparo á la protección, sin sentir dar latidos de júbilo y de agradecimiento á su corazón? Éramos hijos de lágrimas, y nos hicimos hijos de gozo; éramos esclavos de la culpa, y se nos dió la libertad de la gracia; estábamos tirados por el suelo como cosa vil y despreciable, como un objeto perdido y degradado, y una mano compasiva nos levantó y nos recogió en su amoroso seno. Lo diré con el sublime Agustín: «La madre de nuestro linaje atrajo las penas al mundo, y la Madre de Jesús dió la salud y la dicha á los hombres. Eva es la autora del pecado, María lo es del mérito; Eva nos dió la muerte, María nos dió la vida; aquélla nos transmitió la perfidia, Ésta nos legó la fé; aquélla nos hirió, y Ésta nos curó las heridas.» No es posible decir más en tan cortas sentencias; la grandeza de este beneficio es infinita, y al contemplarla el Doctor citado, se arroba, se extasia, y como fuera de sí, mirando á la autora de tanto bien y á sus favorecidos, dice estas palabras: «Tome en sus manos María la arpa divina, y formen sus dedos celestiales mil sonidos melodiosos, entonando himnos al Señor; rodéenla los coros alegres y festivos, y alternando con Élla las dulces y sonoras estrofas, canten con la divina poetisa: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu »se alegra en Dios mi Salvador...; porque hizo en mí cosas grandes y maravillosas el Omnipotente.»

Hé aquí, amados míos, la segunda revolución del espíritu humano operada por Jesús y María, revolución infinitamente más benéfica y gloriosa, cuanto la primera fuera dañosa y vil; desde el momento en que Jesús dirige á su Madre sus miradas por la última vez, y la hace Ma-

dre de los hombres, se preparan las vías más anchurosas de reconciliación y de paz entre Dios y el hombre; porque en aquella hora empiezan estos dos seres á ser hermanos, hijos de una misma madre; y aunque el pecado intente elevar un muro de división entre el Hijo natural y el adoptivo, la enemistad no podrá ser de duración, porque la Madre no permitirá que reine la discordia entre sus hijos, y por su intercesión se derramará la gracia y misericordia sobre los pecadores.

Hasta entonces no poseían los creyentes más que figuras, y en aquella hora empezaban las realidades; era desde aquella hora María la verdadera arca que salvaba al mundo del naufragio del pecado; era la arca de la alianza para los hijos de las promesas; era la verdadera Rebeca que recabaría para sus hijos mil bendiciones del Padre celestial; era el verdadero trono de Salomón, donde reinaría la misericordia y clemencia del Rey de los siglos; era la hermosa Raquel, que conduciría á las almas como á ovejas de su rebaño á los pastos celestiales, y las defendería con su cayado de las uñas del lobo infernal; era la prudente Abigail que, arrodillada ante el Dios airado, detendría su brazo armado y lo inclinaría á piedad por el mundo pecador; era la valerosa Judith en quien Dios cumpliera la misericordia prometida al pueblo escogido, destruyendo al opresor inicuo; era la preciosa y heroica Esther, que intrépida se lanzaría á los pies del divino Asuero, pidiendo por su vida y por la de su pueblo; era... ¡Ah! era la Madre de todos los hombres; y quien dice madre, dice protección, amparo, refugio, consuelo, auxilio, amor, piedad, cariño y cuanto pueda apeteer nuestro corazón.

El más grandioso y sublime cuadro se presenta á mi vista cuando fijo mi atención en aquellas razones que dirige Jesús á su Madre al despedirse de Ella poco antes de morir. No es éste ni el próximo triunfo sobre la muerte

y el infierno; ni es tampoco la gran revolución que ha hecho toda la naturaleza al ser testigo de la pasión de su Criador: este espectáculo es el que me presenta el viejo mundo al ir á concluirse para que empiece el nuevo; como las olas del mar se retiran replegándose sobre sí mismas y cediendo su lugar á otras que les suceden, así se esconde la antigua era de la orfandad y del desamparo ante la nueva de protección y de consuelo que tiene principio en las palabras de Jesús y en el otorgamiento de María. Profecías, símbolos, oráculos, figuras, emblemas, tipos, todo se va alejando después de haber oído esta voz del Dios moribundo; Patriarcas, Profetas, Reyes piadosos, justos y sacerdotes presentan sus trofeos y los depositan al pie del Hijo y de la Madre, saludando á los innumerables hermanos que tienen en la época que empieza, y despidiéndose para siempre de la que finaliza.

Veo en espíritu á los dos primeros padres de la humanidad venir y llegar al monte fúnebre; y arrodillados ante la Madre de Dios y de los hombres, decirle: «Bendito el Señor..., porque hoy ha engrandecido tu nombre de tal manera, que tu memoria y alabanza no se apartarán de la boca de los hombres, por amor de los cuales no perdonaste á los trabajos, antes acudiste á reparar su ruina delante de nuestro Dios.» Veo en seguida aparecer al venerable Abraham, y decir: «Ahora sí que mis hijos serán tan innumerables como las arenas del mar; ahora sí que poseerán las ciudades fuertes de sus enemigos; ahora sí que serán bendecidas en mí todas las naciones.» Veo también venir al inocente Isaac, al humilde Jacob, saludando á los hijos de bendición que tuvieran presentes en los días antiguos, cuando en el lecho de muerte vieran este día augusto que tanta alegría causó á sus corazones. Allí también Moisés y Aarón arrojaban á los pies de Jesús y de María la arca de la alianza, el efophel racional, la tiara de oro, los ritos y ceremonias dados

á un pueblo duro y de corazón de piedra, legislación y ritos que no podían permanecer en la nueva era de amor que empezaba en la adopción que de nosotros hiciera María. Allí, por fin, David con su lira profética, allí todos los demás justos que anunciaron la venida del Señor y la edad de oro del mundo, vendrían en espíritu á saludar á la ciudad gloriosa de Dios, al tabernáculo del Altísimo, á la Madre de los pecadores.

Cumplióse, amados míos, cuanto decretara el Eterno respecto á la regeneración de los hombres hasta la muerte de Jesús, como se explica el divino Pablo: «Éramos párvulos que servíamos bajo los rudimentos del mundo; mas llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo hecho de mujer; hecho sujeto á la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos.» Esta adopción, no sólo nos hace hijos de Dios y coherederos de Jesucristo, sino que nos pone inmediatamente bajo el amparo y la tutela de María. Si esta amable criatura, por una hipótesis quimérica, no tuviese un corazón caritativo para con los hombres, debiera revestirse de todas las afecciones del amor maternal, porque su Hijo al morir la impone este precepto, y manda al hombre que mire en María la más compasiva Madre. *Mulier, ecce filius tuus... Ecce mater tua.*

¿Conque desde este momento cesarán de correr las lágrimas de los hijos de Eva? ¿Conque ya no habrá quien sufra las privaciones ajenas á la orfandad? Así es, amados míos; María se nos muestra como Madre dulcísima, teniendo sus brazos abiertos para dar en ellos y en su seno calor y vida al mísero mortal que la invoque en sus aflicciones; el desamparo será para los que no quieran alzar sus manos á la Madre piadosa que los llama, pues María, por su parte, es tan inclinada á la conmiseración, que no sólo acude á los ruegos de los que la invocan, sino que previene sus deseos, y socorre con la gracia y piedad aún antes de ser llamada. Pero entendamos bien el objeto

primario de María, para no equivocarnos en nuestras peticiones.

La rehabilitación que el hombre iba á lograr con esta adopción no era de tal naturaleza que volviese al estado de la justicia original; la naturaleza quedaba en pie con todas sus dolencias, con los dolores, con las miserias y la muerte; los montes y collados brotarían por todas partes ríos de leche y de miel, como se explicaba Isaías al contemplar la edad de oro que venía al mundo con el Cristianismo; mas el hombre no por eso dejaría de padecer hambre y desnudez; no por eso cesaría de regar la tierra con el sudor de su rostro para arrancar de su faz un poco de pan; la elevación y ascensión humana á otro estado dichoso era de un orden sobrenatural; las lágrimas que enjugara María, la orfandad de que saldríamos siendo Ella nuestra Madre, eran las que derramaba el espíritu humano cuando yacía, cual mísero cautivo, bajo el duro dominio del pecado y de la ignorancia; era la soledad á que fueron reducidas nuestras almas con la privación de la gracia santificante, que fué la inmediata consecuencia de la rebelión de Adán y de su caída. Así el tierno y patético título de *Madre de los Desamparados* con que hoy la celebramos, nos recuerda dos grandes acontecimientos: el infausto de nuestra caída y degradación por la apostasía de Adán, y el venturoso de nuestra regeneración, de nuestra adopción en Jesús y en María.

Sin embargo, amados míos, diré una verdad para consuelo de los mortales: aunque por medio de la Redención no devolvió Dios al hombre la justicia original, aminoró los trabajos de esta vida por medio de la gracia que nos da para que nos resignemos y los sobrellevemos con la esperanza del galardón eterno. Y no sólo los aminoró, sino que puso en planta un medio eficaz para eliminarlos algunas veces del mundo, dando á éste una Madre que se interesa principalmente en la eterna felicidad de sus

hijos, y secundariamente en su bienestar temporal. ¡Ah! Es también María la Reina clemente que alcanza para sus hijos mil favores y gracias; es la que al pobre cautivo extiende una mano libertadora, redimiéndolo de las cadenas y de la muerte; es la próspera Madre que saca á las almas incautas de los insidiosos lazos que las tienden hombres malévolos é inícuos; Ella, cuando es invocada, asiste al náufrago desgraciado, sacándolo de entre los vorágines del mar irritado y sirviéndole de tabla de salvación en las tempestuosas corrientes de los ríos; Ella... pero ¿habrá lengua humana que pueda narrar los innumerables favores que los pueblos han recibido por la mediación de María? Aquí se apaciguan las tempestades; allí caen abundantes lluvias: en una parte cesa la peste y la mortandad; en otra concluye la guerra y se extinguen los odios: hoy vuelve al corazón de una madre la alegría; mañana consueta al huérfano que llora. ¡Ah! No hay día, ni hora, ni instante que no esté consagrado con un favor dispensado por María, por la Madre de los Desamparados.

No quiero aducir en este momento otro testimonio que el que me suministra la heroica patria del Cid, la dichosa ciudad de Valencia, que, entre todas las poblaciones del antiguo continente, tiene la dicha de poseer dentro de sus muros la imagen de María con el tierno y consolatorio título de *Madre de los Desamparados*. ¡Ah señores! Preciso es decir que es muy querido de María aquel pueblo que mereció ser escogido para obtener como único propietario el sentimental y cariñoso título con que toda la humanidad conoce á María. Si todos los pueblos á quienes ha fulgurado la fé tienen acción para llamar á María Madre suya, Valencia entre todos puede gloriarse en tan provechosa advocación, que no en vano le regalara el cielo por ministerio de los ángeles. ¿Quién llega á respirar la embalsamada atmósfera de aquel Eden de la

Iberia, sin que llegue á percibir el suave aroma del nombre de su protectora? ¿Quién escucha las modulaciones de las avejillas que habitan bajo aquel cielo encantador, sin que le parezca oír entre los trinos de los melodiosos arpegios el nombre de *Madre de los Desamparados*? ¿Quién ha oído jamás el nombre de Valencia, sin recordar al mismo tiempo que allí es el alcázar de la Madre de los hombres, que allí está sentada en trono, cual Reina que protege á sus súbditos, cual maestra que los enseña, cual Madre que los acaricia, cual abogada que los defiende, cual bienhechora que los ayuda, dándoles paz, consuelo, abundancia y prosperidad?

Bendigamos al cielo, amados míos; alabemos la infinita bondad, que quiso darnos en el orden de la gracia una Madre que pudiese proveer á nuestra orfandad y desamparo, herencia legítima que nos legó nuestra madre según la naturaleza. Adoremos aquel Dios clemente que al morir en la Cruz, desamparado de su Padre, de sus amigos y discípulos, no quiso que tuviésemos que beber nosotros el cáliz amargo de la orfandad que Él bebía; ántes nos legó en su testamento todo el amor de María, para que fuese una prenda de la protección que Ella nos debía y de los auxilios que tenemos derecho á pedirla. Regocíjese la humanidad al contemplar que, á pesar del infierno, y contra toda la furia de Lucifer, tiene una Madre que lo proteja; alégrese de la caída que dió en la primera revolución por el orgullo de su primera madre, pues tan faustos fueron los resultados que obtuvo en la grandeza, poder y amor de la segunda, que Dios la dió desde el trono ignominioso en que vence al demonio y ennoblece al hombre. *Mulier, ecce filius tuus... ecce Mater tua.*

¡Ah señores! No descenderé de la sagrada cátedra sin invitaros á ser reconocidos á la Reina del cielo, que tan cariñosa y liberal se muestra para con vosotros. Sois cier-

tamente vosotros, hijos de la reina de las Antillas, sois los hijos predilectos de María, entre los que habitan las islas lejanas. No estaba satisfecho el amor que esta Madre os tiene con que la veneráseis en las advocaciones de la Caridad, de Covadonga, de Loreto, de la Luz, de Guadalupe, de Montserrat, y de otras muchas que tiene en cien y cien altares que la ha erigido la piedad de vuestros mayores y la vuestra en esta opulenta pero católica Tiro; María ha querido daros una prueba de su especial amor, presentándose á vosotros en su imágen y título de *Madre de los Desamparados*. Ahí la teneis, devotos hijos de la Habana; no es ya Valencia la única que puede gloriarse en su tierna Madre; no es ella la sola que obtiene el beneficio de su proteccion, pues vosotros sois tambien hijos de María, vosotros tambien impetrais sus favores.

Coronad, pues, este amor de María corriendo presurosos á formar en torno de tan dulce Madre un coro melodioso que exhale acentos de gratitud, alabando á su Hijo por tanta dignacion. Sea vuestro primer deber el asociaros á los que tienen su gloria en ser hijos de la Madre de los Desamparados, y estad seguros que María, en cambio de una devocion que se le debe de justicia, os amparará en esta triste vida, y os conducirá á la mansion de la paz en la gloria, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Et ego primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terræ.

Y yo lo estableceré por primogénito y elevado sobre los Reyes de la tierra.

(PSALMUS LXXXVIII, vers. 28.)

¿Conque aquel Sér cuya inmensidad no cabe entre los límites del austro y del polo, tiene tambien un lugar donde reside con especialidad, como si no existiese otro punto en el mundo? ¿Conque aquella Pupila fulgurante que con más ligereza que el rayo solar recorre el espacio inmensurable, se dirige benigna á un solo paraje, y lo observa con singular atencion, como si á los otros mirase con indiferencia? ¡Pueblos de la tierra! ¿Conque no todos sois igualmente observados, no todos igualmente protegidos, no todos igualmente conservados y defendidos por aquella mano pródiga que sostiene al mundo en su índice? ¡Naciones! ¿Conque no á todas ha puesto el Altísimo bronceados muros donde ni pueda abrir brecha el ariete enemigo, ni escalar el guerrero ligero como el águila, ni penetrar la ominosa hueste? ¡Monarquías! ¿Conque no á todas fué concedido el cimentarse en alta y sólida montaña, ni llevar su glorioso pabellon de siglo en siglo, triunfando siempre del enemigo, conservando intacto el

tamente vosotros, hijos de la reina de las Antillas, sois los hijos predilectos de María, entre los que habitan las islas lejanas. No estaba satisfecho el amor que esta Madre os tiene con que la veneráseis en las advocaciones de la Caridad, de Covadonga, de Loreto, de la Luz, de Guadalupe, de Montserrat, y de otras muchas que tiene en cien y cien altares que la ha erigido la piedad de vuestros mayores y la vuestra en esta opulenta pero católica Tiro; María ha querido daros una prueba de su especial amor, presentándose á vosotros en su imágen y título de *Madre de los Desamparados*. Ahí la teneis, devotos hijos de la Habana; no es ya Valencia la única que puede gloriarse en su tierna Madre; no es ella la sola que obtiene el beneficio de su proteccion, pues vosotros sois tambien hijos de María, vosotros tambien impetrais sus favores.

Coronad, pues, este amor de María corriendo presurosos á formar en torno de tan dulce Madre un coro melodioso que exhale acentos de gratitud, alabando á su Hijo por tanta dignacion. Sea vuestro primer deber el asociaros á los que tienen su gloria en ser hijos de la Madre de los Desamparados, y estad seguros que María, en cambio de una devocion que se le debe de justicia, os amparará en esta triste vida, y os conducirá á la mansion de la paz en la gloria, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Et ego primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terræ.

Y yo lo estableceré por primogénito y elevado sobre los Reyes de la tierra.

(PSALMUS LXXXVIII, vers. 28.)

¿Conque aquel Sér cuya inmensidad no cabe entre los límites del austro y del polo, tiene tambien un lugar donde reside con especialidad, como si no existiese otro punto en el mundo? ¿Conque aquella Pupila fulgurante que con más ligereza que el rayo solar recorre el espacio inmensurable, se dirige benigna á un solo paraje, y lo observa con singular atencion, como si á los otros mirase con indiferencia? ¡Pueblos de la tierra! ¿Conque no todos sois igualmente observados, no todos igualmente protegidos, no todos igualmente conservados y defendidos por aquella mano pródiga que sostiene al mundo en su índice? ¡Naciones! ¿Conque no á todas ha puesto el Altísimo bronceados muros donde ni pueda abrir brecha el ariete enemigo, ni escalar el guerrero ligero como el águila, ni penetrar la ominosa hueste? ¡Monarquías! ¿Conque no á todas fué concedido el cimentarse en alta y sólida montaña, ni llevar su glorioso pabellon de siglo en siglo, triunfando siempre del enemigo, conservando intacto el

régio tallo, haciéndose respetar de amigos y de adversarios? No; Dios, que no es aceptador de personas, lo es de los pueblos, y se complace en las gentes que cumplen la justicia; Dios, que por su inmensidad llena todo lo criado, manifiesta especialmente su gloria y su poder en el seno de naciones predilectas; Dios, que con perpetua é interminable mirada registra todos los sucesos del mundo, tiene una atencion singular en ciertos pueblos, y les pone en rededor altos valladares que los defiendan, y les deputa númenes tutelares que los protejan y los guarezcan de las incursiones del enemigo. De tantas familias como habitan la Mesopotamia, sólo escoge una para engrandecerla, y es la de Abraham; de tantos pabellones como hay en Israel, sólo elige el Leon de Judá, para que quede siempre victorioso y sea estable su imperio. Pocas son estas naciones venturosas, pero no deja de haber algunas, cuya marcha parece estar palpablemente decretada por el cielo, pues se ven rasgos de tanto amor y bondad, que resalta en todas las épocas la particular predileccion divina. No se ofenda vuestra delicadeza, naciones modernas; no te irrites, Albion industriosa, que por nueve siglos fuiste un seminario de Santos; ni tú, Germania ilustre, que encierras cien y cien pueblos que un dia no tenian sino un Dios, una fé y un bautismo; ni tú, Galia guerrera, que distes más héroes á la Religion que á la patria cuando ignoraste los elementos de la filosofía carnal; ni vosotros, pueblos afanosos, que no teneis otro hito de operaciones que la adquisicion del oro, la propagacion de vuestras obras fabriles y la extension de vuestro territorio. Habeis buscado glorias y riquezas mundanas; glorias y riquezas os ha dado Dios. Pero ¿sois la nacion predilecta, el pueblo primogénito, la familia elevada más que todos los Reyes de la tierra? No, que en medio de vosotros campea la herejía, y Dios no se complace en el error; no, que habeis alzado altar contra altar, sacerdocio contra sacerdo-

cio, un poder humano contra un poder divino, y Dios no se gloria en ser Dios de disension, sino de paz. Yo diré, sin temor ni pasion, cuál es el pueblo á quien Dios mira con singular cariño, el pueblo que Él protege con mano poderosa, el pueblo que Él ama con exceso, y que Él ha elevado más que á todos los de la tierra: es la España.

¿La España? ¡Ah! ¿En pró de esta nacion dichosa habrá Dios desplegado otra Omnipotencia que la que crió en seis dias los cielos y la tierra? ¿Ó aquella sangre divina que empapó las piedras del Gólgota, corrió más abundantemente por salvar á los hijos de la Iberia? No, católicos; estos beneficios fueron iguales para todos los pueblos, y todos han disfrutado de ellos; pero Dios hizo por la España lo que quizá no ha hecho por otra nacion; Dios la dió un Ángel tutelar que no tiene semejante, un Númen poderoso á quien sobran el amor, el poder y las riquezas. ¿Diré quién es este Ángel de defensa, quién es este Custodio de tan alto poderío? Bien lo sabeis; es María. ¡María! ¡Ah! Todos los hombres son hijos suyos, engendrados en las entrañas de su amor, y entre los dolores del Calvario; todas las naciones son pueblo suyo, ovejas de su pasto; pero la España es el pueblo de María; el hijo de la Iberia es el hijo de María. Todos han recibido de esta Madre piadosa la leche de la doctrina que los salva y los civiliza; todos la deben su rescate y sus venturas; mas el pueblo español es aquel á quien María adoptó como á su hijo primogénito, y á quien prometió engrandecer más que á todos los Reyes de la tierra. *Ego primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terræ.*

Ese título tan interesante como tierno con que hoy la veneramos, es el monumento perenne de esta verdad; la Madre de los Desamparados no ha de ser contemplada tan sólo con relacion á los bienes de la Redencion, sino tambien á los temporales. Voy, pues, á presentaros el cuadro más grande que pueda delinear la mano humana, la his-

toria de diez y nueve siglos, la historia del amor de María hácia sus hijos predilectos. ¿Qué ha hecho María por la España? Ved mi asunto y mi pregunta, cuya solucion será el tejido de este discurso.

Virgen augusta: llegue hasta mí tu mirada compasiva. ¡Ah! Si no me acoges hoy en tu benigno seno; si no das tu calor á mis palabras; si no sostienes mi debilidad, estoy más cierto que voy á sucumbir bajo el gran peso que me abrumba. Espero de tu amorosa bondad que, movida por las oraciones de este devoto pueblo, des una elocuencia sobrehumana para elogiarte, al más indigno de tus hijos, que te ama y te saluda con el Angel.

AVE MARÍA.

La fé en Jesucristo es el único instrumento de civilizaci6n, de paz y dicha para los pueblos y naciones. Ella engendra los vínculos sociales que hacen de las masas numerosas un cuerpo compacto, capaz de resistir á todas las irrupciones de los bárbaros; ella, separando la escoria de la sustancia, purifica las ciencias, eleva los entendimientos, ennoblece las artes, inspira á los Monarcas amor y justicia, y á los súbditos sumision honrosa; ella da valor al hombre de la plebe, heroismo al de las armas, ardimiento en los combates, intrepidez en los peligros y abundancia en la paz; ella, por fin, forma con sus dogmas y moral, como en una escuela divina, los entendimientos, y los ilustra con solidez, haciendo que en el seno de las naciones que la reciben y la conservan, se vea ese conjunto admirable de virtud y de saber, de piedad y de valor, de amor y de justicia, dando con equidad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. El pueblo que abra su corazon á esta fé, será muy en breve un pueblo grande; el pueblo que la conserve con celo, será un pueblo sabio y feliz; el pueblo que la defienda á todo

trance, será siempre un pueblo her6ico. Vamos á demostrarlo.

¿Qué ha hecho María por la España? Ella la dió la fé de Jesucristo, Ella la ha conservado. A primera vista, señores, este beneficio parece uno, y sin embargo es múltiplo, así como son dos los beneficios de la creacion del mundo y el de su conservacion, porque en el primero brilla la omnipotencia y en el segundo la providencia de Dios: nada era para el mundo material salir del caos, si Dios no lo hubiese conservado: en el primer momento hubiera existido, y en el segundo habria desaparecido; y lo mismo sucediera, dice el sublime Agustin, á las sustancias espirituales, no obstante que carecen de partes y composicion física.

De qué medios se haya valido la Providencia para llevar la luz del Evangelio á la nacion predilecta, está claro en el Evangelio. «Id, dijo Jesucristo á sus discípulos; predicad mi Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado, será salvo.» Contemplad, señores, el sublime cuadro de la mision apostólica como la caravana de muchos viajeros que, en medio de oscura noche, se separan unos de otros, tomando rumbo diferente, sin llevar otra luz que una débil linterna oculta en su propio seno; así salen de la Palestina los Apóstoles, siguiendo el derrotero del mundo envuelto en caos tenebroso, llevando en el fondo de su corazon la chispa eléctrica que les sirve á ellos de guia y á los otros ha de iluminar é inflamar. ¿Quién será el que, flanqueando las altas cumbres de Pirene, ó surcando las salobres aguas del Tirreno, vaya á imponer el yugo de la fé al indomable pueblo que habita en las márgenes del Bétis, en las del dorado Tajo y del Ebro?

El cartaginés ha perdido sólo en los muros de Sagunto ciento setenta mil de sus combatientes; Roma ha visto desaparecer tres generales con sus ejércitos en Numan-

cia; el cántabro, despues de haber combatido como un leon con el coloso del mundo, ha dejado las llanuras, y se ha retirado á montañas donde no suba el corcel ni penetren las lanzas de la orgullosa señora de las naciones. ¿Se atreverá á predicar á este pueblo indomable un discípulo de la Cruz? ¿Le oirán cuando les diga que condenen al fuego su adorado Hércules, con los demás dioses nacionales y extranjeros, importados allá por el fenicio, por el cartaginés, por el druida, por cuantos pueblos amigos ha tenido? Sí, y ¡gloria y prez sean al hijo del Trueno, que sin temor á los elementos, ni á las fieras, ni á la tiranía, penetró por las incultas selvas de la Iberia, y llegó al seno de sus populosas ciudades, predicando el Evangelio de Jesucristo.

¡Gloria y prez al glorioso Patron de España! Pero confesemos paladinamente una verdad. ¿Veis ese pueblo que entre todos los demás se distingue por la nobleza de sus sentimientos, la adhesion á sus antiguas tradiciones, la tenacidad de sus ideas, la firmeza de sus palabras, la inviolabilidad de sus juramentos y la constancia en las adversidades? Pues estas grandes cualidades no son en él hijas de la moderna civilizacion; los iberos y cántabros nos legaron ya estas propiedades hace diez y nueve siglos; más tiempo hace que un gran capitán que con su espada se abrió camino al través de las Galias, y dominó el antiguo Albion y la Germania, al paso que en sus *Comentarios* se adquiria un nombre imperecedero, escribia que los hijos de la Iberia eran entre todos los pueblos los más valientes, pero los más supersticiosos y más adictos á sus dogmas y ritos. Así es que el Apóstol Santiago, despues de haber sufrido trabajos indecibles en su peregrinacion por la España, apenas pudo convertir en ella ocho hombres á la fé de Jesucristo. ¡Tan hondas eran las raíces de la idolatría! ¡Tanta era la fanática oposicion á la luz del cielo! Ved, señores, al pobre discípulo de Je-

sus, cómo sentado junto á las riberas del Ebro, apenas tiene una insignificante escuela; allí, como en otro tiempo su Maestro entre los olivares, alza sus manos al cielo pidiéndole consuelo en tamaña desventura. «¿Es posible, diria á sus discípulos, es posible que en esas ciudades populosas, fundadas por los Césares de Roma, haya un pueblo tan enemigo de su propia dicha? ¿Es posible que no crean vuestros compatriotas y mis hermanos en aquel Dios que ha muerto por su amor? ¿Es posible que yo he de dejar este suelo predilecto regado con mis sudores, sin que se haya plantado en él la Cruz, sin que mi Maestro sea adorado, y sin que queden discípulos de la verdad?»

Así oraba con sus recién convertidos el Apóstol de la Iberia. ¡Ah católicos! No hay lenguas para explicar dignamente lo que entónces pasaba; era llegado el momento venturoso para nuestra querida pátria, en que la hermosa planta de María la iba á santificar. Cuando Santiago dirigia al cielo su oracion por la España idólatra, se aprestaban los serafines para tomar en sus alas á su Reina, y en trono de esplendorosas nubes trasportarla á la nacion que era su hija primogénita. Repentinamente fulgura en las márgenes del Ebro una inmensa ráfaga de luces celestiales, en cuyo centro aparece con rostro amable la Madre de Dios; una mirada apacible de este noble personaje infunde en los discípulos una extática alegría, y de aquellos labios de carmin salen estas palabras: «No te turbes, hijo querido, que tantas veces fuiste compañero de los trabajos de mi Jesus; esta tierra es tierra de bendicion; sus moradores han de abrazar la fé de tu Maestro, y la Religion echará tan hondas raíces, que se perpetúe hasta la consumacion de los siglos; aquí mismo alzarás un templo, y yo estaré en él como en mi propia casa, para que los iberos sepan que ellos son mis hijos, y yo soy su Madre.» Dijo, y con ligero vuelo los ángeles se

alejaron con su Reina, y entre mil acentos de música celestial colocaron la sagrada imágen de María sobre el pilar de alabastro.

¿Qué es de la España desde entónces? ¿Qué es de su fé y de sus creencias? ¿Qué hacen sus hijos? Al poco se extienden por toda ella los discípulos de la Cruz, y consagran con su sangre las ciudades de la Bética, destruyendo la idolatría, é inoculando en todos los corazones la fé del Crucificado. ¡Ah! ¿Quién recorrerá las páginas de la historia de aquellos tiempos sin llenarse de asombro? Desde los confines de la Lusitania hasta los de la España Tarraconense; desde las aguas del Guadalquivir hasta las remotas cumbres del Pirineo, no hay ciudad que no sea regada con la sangre de los mártires; hoy confiesan gloriosamente el nombre de Cristo los Indalecios, Segundos y Cesifontes; mañana son sacrificados los Facundos y Primitivos; aquí las Engracias, las Leocadias, las Justas y Rufinas; allí las Eulalias, las Liberatas y Quiterias; en una parte niños inocentes; en otras ancianos venerables; en otras ciudades enteras sucumben al furor del tirano, sellando su fé con su sangre; de modo que el pueblo heróico cuyo brazo hizo temblar á Roma, que rechazó sus generales, deshizo sus huestes y prefirió abrasarse vivo entre llamas voraces ántes que humillar su altiva cerviz al orgullo patricio, ahora camina gustoso á los anfiteatros y á las hogueras, por no sufrir que el Dios del Calvario sea ultrajado por los abominables ritos y dogmas de la idolatría.

¡Ah! Yo no sé que haya un pueblo de tantas glorias religiosas en tiempos tan lejanos; cuando de Córdoba salía el gran Osio para presidir el primer Concilio general que ha tenido la Cristiandad; cuando los Severos, los Braulios, los Eladios ocupaban las Cátedras episcopales; cuando los Fulgencios, los Leandros é Isidoros, como astros luminosos, instruian toda la Iglesia; cuando los

Ildefonsos combatian las herejías; cuando el Episcopado en varios Concilios nacionales repudiaba las erróneas doctrinas de Priscilo; cuando al poco se ven sentados en un mismo recinto el Rey, los próceres, los Obispos, los condes y los generales, estableciendo por ley fundamental de la monarquía la fé católica, prohibiendo los derechos de ciudadano á quien no la profesase, jurando solemnemente defenderla con sus bienes y su vida; cuando todo esto sucedia, estaba nuestro amado suelo en la edad de oro de su fé, y eran estos tiempos nada ménos que el cuarto, quinto y sexto siglo del Cristianismo. Hoy dia nos gloriamos, y con justicia, de haber dado á luz en tiempos modernos á esos grandes hombres, que bogaron por mil mares hasta llegar al nacimiento del sol, y doblaron los cabos más peligrosos de los mares, y se expusieron á peligros y azares nunca vistos por descubrir nuevos mundos; nos gloriamos de los Cortés y Magallanes, como pudiera gloriarse Grecia de sus Ulises y Arquímedes, y Troya de sus Eneas. ¡Glorias vanas! ¡Glorias de armas y de conquistas, que no se obtienen sin sangre ajena! Entónces se gloriaba la Iberia de dar á luz á los Valeros, á los Vicentes y Lorenzos, cuyo heroísmo hizo tan famosas á Valencia y Roma, como lo fuera Jerusalem por el protomártir del Cristianismo; gloriábase entónces mi patria de ser la madre de los grandes doctores, de no ver su fé manchada con la herejía, de no dar la mano á Manes, ni á Donato, ni á Pelagio, ni á ninguno de tantos fanáticos como infestaban ya en aquellos tiempos la patria de los Clodoveos y la del gran Obispo de Hipona.

Una trasformacion tan súbita, un arraigo tan instantáneo de la verdadera Religion; una abundancia tan copiosa de mártires, de vírgenes, de doctores, de santos Obispos; un entusiasmo tan general por la verdad; unos hechos tan felices, que más parecen pertenecer á los tiempos de la dorada poesía que á la época de la historia,

nos conducen necesariamente á una reflexion singular. ¿Cómo es posible que la patria de Viriato, de incrédula, en un momento se hizo creyente; de fanática, religiosa; de altiva, sumisa; de idólatra en extremo, cristiana sin ejemplar? ¿Cómo en dos siglos se abolió la supersticion, se plantó la fé y se abjuró el paganismo, cuando en los principios no queria oír la voz de uno de los primeros Apóstoles? ¿Cómo...? Pero preciso es convenir en que el altivo hijo de la Iberia necesitó de toda la eficacia de la gracia celestial derramada en su suelo por la piadosa María. Desde que con su presencia consagró á este país afortunado, se cumplió en él lo que anunció el Señor por el profeta Oseas; en el lugar que se decia «tú no eres pueblo de Dios,» se dirá en lo sucesivo «vosotros todos sois hijos del Dios vivo.» (Oseas, cap. i, 10.)

Hé aquí, señores, la España creyente: cuando Arrio, en el siglo iv, intenta romper la unidad de la fé, ya el suelo de los Eugenio é Ildefonsos ha celebrado sus concilios en Elvira, en que han suscrito todos los Obispos, y en nombre suyo todos los hijos de la Iberia; no hay idolatría, no hay supersticion, no hay errores; todos los templos paganos han sido destruidos; se han levantado Iglesias en todas partes; tienen santuarios los mártires, los tienen los Apóstoles, los tienen las vírgenes, los tiene sobre todo la Reina de los ángeles. ¿Perseverará la España en su fé? ¿Será tan constante en conservar sus creencias, como fuera tenaz en no dejar su antigua idolatría? ¿Mostrará tanto heroísmo en defender su Religion, como lo ha desplegado en rechazar al cartaginés y al romano, que quisieran imponerla un yugo férreo de dominacion extranjera? Ved, señores, lo que debe la España á María tambien; Ella la dió la fé, y Ella se la ha conservado.

Las revoluciones de los pueblos son un misterio; vemos sus terribles resultados, queremos examinar sus causas, intentamos adivinar sus tendencias, y al fin nos

quedamos en una completa oscuridad, teniendo que convenir en una verdad, á saber, que todas las revoluciones deben su origen á la ambicion, á la codicia, al fanatismo y al error; y son estos vicios tan tiranos, que no respetan ni principios, ni moral, ni derechos, ni ninguno de los grandes elementos sociales, pues todo cae en presencia de las revoluciones, como si un vendaval furioso se desatase: todo desaparece, con tal que los invasores puedan conseguir su fin. Ahí está la historia; leedla, y quedareis sorprendidos al ver por los hechos que esta y no otra es la filosofía de todos los grandes trastornos que han causado á la humanidad los fanáticos y ambiciosos de todas las épocas.

¿Quién hubiera dicho á la España del siglo v que era él el pueblo que habia de combatir sin cesar con las más espantosas revoluciones? ¿Quién la hubiera podido anunciar que, hallándose al cabo del antiguo mundo, habia de ser el teatro donde se decidirian con las armas los mayores problemas, en que iba nada ménos que la Religion y la libertad de todos los pueblos de la tierra? Vedla cómo se mece entre las dulzuras de la paz bajo el suave gobierno de los Recesvintos, Recaredos y Wambas; vedla cómo en todas las sillas episcopales tiene Prelados santos, cómo sus desiertos están poblados de santos cenobitas, cómo junto á las ciudades populosas se oye el sonido campanil de las vírgenes que son llamadas á cantar las divinas alabanzas; vedla... pero ¡ah, querida patria mia! Tú no sabes que un hijo de Agar se está robusteciendo para enviar á tu recinto huestes ominosas que aniquilen tus riquezas, asolen tus templos, y desmoronen tus ciudades, y lleven cautivos tus hijos, y exijan un infame tributo de tus vírgenes; tú no sabes que las naciones vecinas, envidiando tu dicha, han de echar mano de la falsa política para introducir en tu seno el gérmen de la discordia y aprovecharse de tus riquezas y sudores; tú ignoras que la herejía

te ha de acechar de léjos, prometiéndote una paz imaginaria, con tal que le entregues tu Catolicismo y jures vivir bajo banderas ominosas; tú ignoras que despues de pasados trece siglos, un hombre atrevido ha de querer imponerte su yugo, privándote de tu libertad, de tus riquezas y glorias, y cubriéndote de ignominias. Esta es tu suerte futura, este tu porvenir. ¡Qué! ¿Tú tiemblas? ¿Tú pierdes las esperanzas? ¡Ah! Mira á quien te ha dado la Religion que te ha engrandecido, y aún serás más grande en el infortunio que en la prosperidad; mira á María, y has de llenar de espanto á las naciones, de terror á tus émulos, y cubrirás de luto á las tribus de Agar, y serás señora de medio mundo.

En efecto, señores; épocas tuvo la España en que el Oriente quiso aniquilarla con su barbarie, y el Occidente pretendió subyugarla con refinada malicia, valiéndose del engaño, de la falsa política, y hasta de los rayos de la guerra, poniéndola en inminente peligro de perder su fé y nacionalidad. ¿Se ha conseguido aún esta diabólica empresa? El pueblo que recibió de la mano de María la Religion revelada, ¿se parece en este siglo de incredulidad á los demás pueblos del mundo? ¿Ha podido la delirante herejía establecer una sola cátedra en el país que tiene más gloria en ser católico que en descender de los héroes que estrellaron contra sus pechos las fuerzas de los Emperadores romanos, y novísimamente las formidables masas de muchos pueblos reunidos bajo el pendon del águila rapaz, y sumisas á la voz de un hombre, que para ceñirse una corona quiso usurpar ciento? Dios, por sus altos juicios, permitió en años pasados que la discordia dividiese los corazones de los hijos de Recaredo, y que al través de los disturbios políticos se inoculasen en los espíritus las ideas de la filosofía que ha pretendido relegar á los fastos de la historia todas las grandes instituciones de la Iglesia. ¿Ha podido esta maestra del error

sentar su banco de enseñanza entre nosotros? Como el tigre que, escondido entre las aguas que serpentean la campiña dando vigor á sauces silvestres, acecha el momento favorable para saltar al próximo valle y devorar al rebaño que por unos momentos se halla sin pastor, así el protestantismo estuviera aguardando la coyuntura para saltar de sus brumosas regiones y establecerse en la familia más noble del Catolicismo, en la masa más pura que ha labrado la Religion, en la nacion que ha sido la sostenedora de la Cátedra de Pedro. ¿Lo ha conseguido? Vosotros lo sabeis tan bien como yo. Pero quizá no habreis pensado en la causa de nuestra dicha. ¿Quién ha salvado la fé de nuestra patria? ¿Quién la libró de la cimitarra de Mahoma con su sensualidad? ¿Quién de la infeccion de las herejías? ¿Quién la salvó de las manos del coloso que quiso esclavizarla? ¿Quién la ilustró para que no diese entrada al protestantismo con sus mil y mil errores, á la filosofía con sus mil y mil embrollos, á la incredulidad con sus mil y mil utopias, que tanto tienen de irrealizables como de desastrosas? Digámoslo sin temor de ser tachados de demasiado crédulos: fué María.

Al oír este nombre augusto, señores, no surja en vuestros espíritus la idea de la que es Emperatriz de los cielos, Reina de todas las legiones angélicas, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como escuadron bien ordenado; no penseis que estoy hablando de la criatura á quien, como afirma el Damasceno, ha sido dado por su Hijo todo poder en los cielos y en la tierra; porque si María tiene estos títulos, al afirmar que Ella ha salvado la fé de España, yo no pretendo darla otro que el de la Madre de los Desamparados, pues así lo es en realidad. Sí, los infortunios de este pueblo han sido grandes; pero el colmo de ellos ha sido el haberse visto siempre abandonado de todos; miéntras la atacaban enemigos extraños la dejaban sus amigos mundanos, y no le han faltado pue-

blos enteros que, al verla sumergida en el llanto y hecha víctima de bárbaros invasores, se reían de léjos, y tomaban la cítara en su mano, más festivos en nuestro incendio que Neron en el de Roma. La invasion de los sarracenos nos lo dice bien claramente; los hechos de la edad moderna nos lo muestran con una irresistible conviccion.

Ningun acontecimiento ha habido más terrible que aquel en que mi patria perdió, orilla del Guadalete, la primera batalla con los hijos de Agar, dejando entre las aguas teñidas en sangre á su Rey, á sus soldados y banderas. Aquel dia abrió una época de siete siglos. ¡Tristes siglos! En todos ellos el padre no bajaba al sepulcro sin haber peleado con el islamita, ni cerraba su testamento sin dejar al hijo un legado sagrado: el de morir por su Dios y por su patria. Cada dia hay una refriega, cada semana un encuentro, cada mes un combate, cada año una gran batalla; y, ¿por qué tanta sangre? ¿Por qué tanta víctima cristiana? Porque hubo un año funesto, en que como por sorpresa cayó toda la España en poder de los bárbaros: Sevilla, Granada, Jaen, Córdoba, Valencia, Toledo, Zaragoza, todas las ciudades, todas las villas, todas las Cátedras episcopales, todas las iglesias, todos los monasterios fueron ocupados por las huestes africanas, que, como nubes de langostas, entraron talando el campo del Señor: más ligeros que las águilas vuelan estos foragidos por toda la tierra, devastan las Galias, destrozan la Italia, hasta que al fin, rechazados por un ilustre campeón, retroceden á la Iberia, y se establecen en ella cual si fuera su propio suelo. ¡Cuánto sacerdote martirizado! ¡Cuántos niños y vírgenes sacrificados! ¡Cuántos templos incendiados! ¡Cuántos...! Pero dejemos este cuadro. ¿Quién viene á salvar al pueblo tomado por asalto? Nadie. ¿No habrá quedado algun guerrero que salga al campo? ¿No habrá quien enarbole un estandarte? ¿No habrá quien proclame la soberanía de Dios, el amparo de María y la cato-

licidad de España y el exterminio del Alcoran? Esperad.

Allá en las remotas cumbres donde no ha osado llegar el árabe, existe un templo subterráneo, en cuyas lóbregas bóvedas se han refugiado los cristianos fugitivos; entre ellos hay un hijo de Reyes; él recuerda que sus padres han cimentado la Religion en su patria; que han erigido los templos á las Leocadias, á los Isidoros y á los Cecilios; todos están profanados; el enemigo los ha convertido en mezquitas, como en otro tiempo hicieron los griegos en Jerusalem; no importa: nuevo Matathías de la Iberia, él se postra ante las aras, llora la destruccion de la Religion, jura defenderla, jura sellarla con su sangre, toma en sus manos la cruz y la espada, tremola en los aires un blanco estandarte, y saliendo del templo, alza al cielo su izquierda, enseñando el signo de la Redencion; blande el templado acero por los aires, y miéntras el abanderado despliega el blanco cendal de María, él, con más valor que Constantino en las llanuras de Roma, exclama en las rocas de Covadonga: «Con esta señal se vence al enemigo. *Hoc signo vincitur inimicus.* ¡Viva Jesus, viva María, viva España!» Así exclamó el inmortal Pelayo.

¿Habeis visto, señores, un ejército numeroso acampado en vasta llanura y descansando sin temor ni zozobra? ¿Habeis visto cómo inesperadamente sale de la alta tienda del general la señal de alarma, por aproximarse el enemigo? ¿Habeis visto cómo al momento cada uno deja el reposo, cómo todos se apresuran, cómo corren á las armas y se forman los escuadrones, se despliegan las guerrillas, y atacan, y arrollan, y vencen, y aniquilan al osado agresor? Pues bien: á la voz de ¡Viva María y España! ésta se levantó como un solo hombre, y combatió por siete siglos con el bárbaro hijo de Ismael, no dando tregua hasta que vió á los últimos restos de los Numidas más allá de los mares. Y la España combatió sola, miéntras la Francia, Alemania,

Venecia é Inglaterra se trasladaban á Jerusalem para conquistar el suelo santificado por el Verbo divino; nadie ayudaba á los héroes que Pelayo llamó á combatir; una sola vez se pusieron en marcha cuarenta mil extranjeros para destruir el poder del rey de Córdoba, y ántes de llegar al lugar del combate volvieron á sus hogares. Dios queria que esta gloria de vencer al moro fuese exclusiva de la nacion predilecta de su Madre; esta gloria era para los Alfonsos y Rodrigos, para los Sanchos y Ramiros, para los Fernandos é Isabeles; solos pelean en Clavijo, solos en las Navas, solos en el Salado, solos en Jaen, solos en Sevilla, y solos en Granada; sus únicos compañeros son sus vasallos, sus hijos y sus sacerdotes, y con solos ellos, ora destruyen doscientos mil moros, ora trescientos mil; aquí conquistan ciudades, allí toman provincias enteras, hasta que con júbilo universal consiguen que en los cuatro ángulos del suelo católico se entone al Señor un himno de victoria en los mismos templos que eran hacía siete siglos el lugar de la oracion y sacrificio, y por muchos años se vieron profanados con los execrables ritos de Mahoma.

Venció la España, y venció enarbolando siempre delante de los escuadrones la blanca bandera de María; este estandarte ondeó en las Navas y en Clavijo; este lábaro se veia tambien izado en Lepanto; esta bandera iba siempre al lado de los castillos y leones, y una y otra hacian de cada español un soldado, de cada soldado un héroe. Quizás, católicos, se hubiera podido dudar de esta verdad; la incredulidad que en todas épocas ha turbado más ó menos la fé y candor de los pueblos, hubiera podido presentar alguna objecion al pueblo creyente, diciéndole que únicamente debia su Religion y nacionalidad á su heróico brazo, halagándolo para cautivarlo, ¿no es verdad? ¿No es verdad que el demonio, cuando no puede convertirnos con sus argucias tenebrosas, se viste de luz

para cautivarnos de cualquier modo? ¿No es verdad que la impiedad en los últimos tiempos, como hija legítima del padre de la mentira, ha adoptado el lenguaje de la seduccion, para descatolizar con los rodeos de la vana elocuencia al pueblo que no pudo vencer con las armas? Pues para que tuviese siempre ante sus ojos un argumento con que rebatir toda sugestion maligna; para que supiese que debia la conservacion de su fé á María, Dios dió á la España lo que no dió á ningun pueblo de la tierra. A medida que el moro huye de las ibéricas lanzas; á medida que el trueno de la guerra extiende sus crujidos por los horizontes, se ve á lo léjos el iris de la paz. Este iris es María: todos han abandonado á la España; pero María es Madre de los Desamparados; y para que en ningun tiempo se dude de que Ella ha salvado á la España de la morisma, Ella aparece en Covadonga, en Castilla, en Valencia, en Cataluña, en todas partes; aquí es una advocacion, allí otra; el Sagrario, la Antigua, Nieva, Valvanera, Toloño, la Estrella, los Remedios, Begoña, Puig, Montserrat, los Desamparados, ¡ah! ¿Qué estoy haciendo? Dime, adorada patria mia, ¿tienes tú acaso un solo monte cuyas cumbres no sostengan un santuario de María? ¿Hay un solo valle, un solo rio, junto á cuyos sauces no campee un templo con sus lápidas é inscripciones, en que con bronceados caracteres se conserve la memoria de las victorias concedidas á tus armas por María? En sus recintos, ¿no se ven aún suspendidas las cadenas del cautivo, los arneses del guerrero, los trofeos de las victorias? ¿No se suspenden aún en las altas cúpulas de Búrgos y Toledo los sagrados estandartes que vencieron en las Navas y en Lepanto? Pues si alguno duda aún, vaya á registrar estos monumentos, y allí encontrará escrito en vetustos pergaminos cuanto la España debe á María.

Igual resultado han tenido en tiempos modernos las

tentativas de los enemigos de nuestra dicha; ejércitos de mil naciones conflagradas han pasado fraudulentamente las ásperas montañas que la dividen de sus rivales, se han visto ocupadas sus plazas fuertes, tomadas insidiosamente sus fortalezas, apresados sus mejores generales, encadenados sus Reyes, desterrados los santos pastores, y nada han podido conseguir los autores de tamaños males: si en otros pueblos la usurpacion y tiranía consiguieron lauros y triunfos, en la España se estrelló todo su poderío y se eclipsó toda su gloria; y, no lo dudeis, mientras nosotros conservemos intacto el depósito de la fé que nos entregó el cielo por medio de María, podremos cantar con el profeta Rey: «Los enemigos confían en sus caballos y carrozas; pero nosotros esperamos en el nombre del Señor.» *Hii in curribus et hii in equies, nos autem in nomine Domini.* Todos los pueblos tienen cierto carácter peculiar que los distingue, y una especie de instinto que los lleva, como sin reflexion, á conseguir sus fines; el carácter de la nacion primogénita de María es la constancia en sus antiguas tradiciones; su instinto social es ser religioso, su gloria ser devoto de María. Así es que nunca ha permitido en su seno las herejías; apénas ha pululado esta zizaña, cuando ha sido condenada á la execracion y el anatema; apénas se ha dejado insinuar el espíritu de reforma, cuando un grito de horror lo ha hecho retroceder; apénas quiso enseñorearse de su trono la moderna filosofía, cuando toda la nacion se levantó como un solo hombre, y pulverizó las más numerosas masas de guerreros, como un rayo pulveriza las cúpulas que encuentra al caer de las nubes de donde saliera.

Gracias, pues, gracias mil te da la España, Madre tierna de los Desamparados; Tú te dignaste mirarnos con ojos compasivos y escogernos entre mil para hacernos la gracia de ser tus hijos primogénitos; allí bajaste en Toledo á regalar al santo Obispo, que contra los herejes de-

fendió tu virginidad perpétua; allí bajaste tambien á Barcelona para enseñar á Nolasco el modo de libertar al cristiano cautivo; allí te dejaste ver del zagal inocente que pastoreaba sus ovejas en Aránzazu; allí, por manos de ángeles, fué esculpida tu imágen en Valencia; allí escogiste el lugar de tu habitacion; allí los Reyes, los Obispos, los nobles con santa emulacion quisieron sobrepujarse unos á otros en erigirte templos y consagrarte festividades, porque sabian que ellos y sus hijos y vasallos eran el pueblo predilecto de María. Gloriense en hora buena otras naciones en sus muchas naves, en sus inmensas producciones fabriles, en sus adelantos científicos, en las luces de su moderna ilustracion; gloriense en sus conquistas y adelantos mundanos, que España tiene su mayor gloria en ser el pueblo que María ama con amor más tierno. *Ego primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terre.*

¡Oh Virgen augusta! No apartes jamás de nosotros tus miradas compasivas; no somos hoy tus hijos dignos herederos de la piedad de nuestros padres, es verdad; no existe entre nosotros aquella sencilla buena fé que hizo de nuestros mayores un retrato de los antiguos Patriarcas; no somos aquellos católicos fervientes que temian cerrar su testamento sin dejar alguna parte de sus tesoros consagrada á María, ni aquellos que unian á la devocion exterior el culto interior, la oracion continua, la frecuencia de Sacramentos, la escrupulosa observancia de los ayunos, la santificacion de las fiestas; no somos los legítimos hijos de aquellos que acataban el sacerdocio, que respetaban al monje, que miraban con santa veneracion á la vírgen consagrada á tu Hijo. ¡Ah! La impiedad nos ha iniciado algun tanto en sus dogmas pestilentes; pero oye, Madre piadosa: aún centellea nuestra vista cuando es ultrajado el nombre de tu Hijo; aún nos estremecemos cuando el incrédulo y mal-

vado blasfema de tu Dulce Nombre; aún hierva nuestra sangre cuando se quiere atentar á nuestra Religión adorada; aún somos hijos tuyos; aunque apáticos, indolentes y poco fervorosos, en las adversidades nos acordamos de que eres nuestra Madre. No nos abandones, pues, en los momentos de tribulacion; te lo pedimos por tus dolores al pié de la Cruz, en donde nos adoptaste por hijos. Desde el trono de gloria donde vives, bendice al pueblo que te ama; una sola mirada de tus tiernos ojos será bastante para aterrar á sus enemigos y darle victoria completa sobre los que le quieren destruir; bendice tambien á este pueblo, que tambien es tuyo, porque circula en sus venas la sangre de aquellos héroes que defendieron por siete siglos la fé de tu Hijo, y arde en su corazon el amor más puro hácia la Madre de los Desamparados; bendice su gobierno, para que reine en él la justicia y la paz; bendice sus campos, para que germinen con abundancia; bendice á las familias, para que estrechadas más y más con vínculos de santa union, sean todas un modelo de virtud y de ventura; bendícenos á todos, para que no reine en nuestras almas la culpa. Con esta confianza atravesaremos seguros por este desierto del mundo, y llegaremos á nuestra patria celestial para ver tu hermoso rostro y adorar aquella mano que nos sostiene, aquella mano que nos salva, aquella mano que nos lleva al cielo, que deseo á todos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

MARÍA SANTÍSIMA CON EL TÍTULO DE MONTE CARMELO.

Et erit signum foederis inter me et inter vos.

Y será señal de alianza entre mí y entre vosotros.

(GENES., cap. ix, vers. 13.)

Apénas la mano del Omnipotente habia formado el mundo invisible é inmaterial creando una prodigiosa y bellísima porcion de séres intelectuales, racionales y dotados de albedrío; apénas el cielo empezaba á tener moradores, cuando se formáran dos grandes partidos el de la verdad y el de la mentira; partidos que por muchos siglos se disputarian denodados el imperio del mundo. Está claro que dos cosas tan opuestas no podian vivir juntas en la mansion de la Divinidad, y desde entónces, como pensó divinamente el sublime Agustin, empezaron á echarse los cimientos de las dos ciudades, la de Dios y la del demonio, siendo ésta enemiga de aquélla. De poca consecuencia fuera esto para nosotros los hombres, si Lucifer, al tomar en su diestra el estandarte de la mentira para acaudillar á los enemigos de Dios, no hubiese bajado á la tierra lleno de ira para saciarla en los que eran criados para gozar de los derechos que él perdiera; pero ¡ah!

vado blasfema de tu Dulce Nombre; aún hierva nuestra sangre cuando se quiere atentar á nuestra Religión adorada; aún somos hijos tuyos; aunque apáticos, indolentes y poco fervorosos, en las adversidades nos acordamos de que eres nuestra Madre. No nos abandones, pues, en los momentos de tribulación; te lo pedimos por tus dolores al pié de la Cruz, en donde nos adoptaste por hijos. Desde el trono de gloria donde vives, bendice al pueblo que te ama; una sola mirada de tus tiernos ojos será bastante para aterrar á sus enemigos y darle victoria completa sobre los que le quieren destruir; bendice también á este pueblo, que también es tuyo, porque circula en sus venas la sangre de aquellos héroes que defendieron por siete siglos la fé de tu Hijo, y arde en su corazón el amor más puro hácia la Madre de los Desamparados; bendice su gobierno, para que reine en él la justicia y la paz; bendice sus campos, para que germinen con abundancia; bendice á las familias, para que estrechadas más y más con vínculos de santa unión, sean todas un modelo de virtud y de ventura; bendícenos á todos, para que no reine en nuestras almas la culpa. Con esta confianza atravesaremos seguros por este desierto del mundo, y llegaremos á nuestra patria celestial para ver tu hermoso rostro y adorar aquella mano que nos sostiene, aquella mano que nos salva, aquella mano que nos lleva al cielo, que deseo á todos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

MARÍA SANTÍSIMA CON EL TÍTULO DE MONTE CARMELO.

Et erit signum foederis inter me et inter vos.

Y será señal de alianza entre mí y entre vosotros.

(GENES., cap. ix, vers. 13.)

Apénas la mano del Omnipotente habia formado el mundo invisible é inmaterial creando una prodigiosa y bellísima porción de seres intelectuales, racionales y dotados de albedrío; apénas el cielo empezaba á tener moradores, cuando se formáran dos grandes partidos el de la verdad y el de la mentira; partidos que por muchos siglos se disputarian denodados el imperio del mundo. Está claro que dos cosas tan opuestas no podían vivir juntas en la mansion de la Divinidad, y desde entónces, como pensó divinamente el sublime Agustin, empezaron á echarse los cimientos de las dos ciudades, la de Dios y la del demonio, siendo ésta enemiga de aquélla. De poca consecuencia fuera esto para nosotros los hombres, si Lucifer, al tomar en su diestra el estandarte de la mentira para acaudillar á los enemigos de Dios, no hubiese bajado á la tierra lleno de ira para saciarla en los que eran criados para gozar de los derechos que él perdiera; pero ¡ah!

¡qué mágica es por desgracia la fuerza de la maldad! Lo que sucediera al principio en el reino de los espíritus, aconteció en la tierra al poco de haber criado Dios los dos primeros seres racionales del mundo material; el pervicaz corazón del ángel caído no quedó satisfecho hasta que no vió alistado en su ominosa bandera al primer hombre, haciendo que éste declarase guerra al cielo. La tierra, pues, esta mansion de delicias que Dios sembrara de mil hermosuras y tesoros para el hombre, se convirtió en teatro de guerra; enarboláronse dos banderas cuyos lemas eran verdad, mentira: Dios, Lucifer.

¿Quién de estos dos bandos sería el victorioso? ¿quién el vencido? Claro está que la victoria era para Dios, y el vencimiento para el demonio y cuantos le imitasen. Sí, la mentira podrá dar sus embates espantosos, pero al fin cae á los piés de la verdad, como las olas del mar embravecidas por los vientos se humillan á la alta roca, que, teniendo fijo su asiento en mar proceloso, inmóvil ve estrellarse contra ella á su lado las violentas olas impelidas por el aquilon. Derrotado el padre de la mentira en su primer encuentro, no le quedó otro partido que la proscripción y pena eterna como patrimonio suyo y de sus partidarios. Cayó el ángel sin esperanza de levantarse jamás. Cayó también el hombre; pero ¡oh bondad divina! Los momentos que mediaron entre la trasgresion de Adán y la promesa de un Redentor que lo salvase, fueron sin duda muy crueles; mas Dios no permitió fueran de gran duracion: la naturaleza humana, representada entónces por dos individuos apóstatas, rebeldes, proscritos, se vió envuelta en el más horrendo caos, sin ver una luz que la guiase, ni una mano que la favoreciera; la desesperacion y pena eternas fueran en aquellos tristes instantes todo el patrimonio de Adán y sus hijos, si Dios no hubiese sido misericordioso. Al poco se deja oír una voz compasiva, que no sabe reprender sino

mezclando la dulzura con el rigor; la humanidad sale con la ayuda del cielo del abismo do se arrojára; Dios jura y promete que llegaria un dia de ruina para la mentira y de triunfo para la verdad; la cabeza de la serpiente ha de ser estrellada por la semilla santa que nacerá en tiempos lejanos de una mujer; la aparicion del Verbo eterno entre los hombres será el signo indeleble de una paz y alianza nueva y eterna entre Dios y los hijos de Adán. Hé aquí cuanto sucedió en los primeros dias del mundo. Desde entónces las generaciones una por una fueron transmitiéndose esta esperanza como la única áncora que los salvára en el proceloso mar de la presente vida; la mujer que en su seno engendraría al Hijo del cielo, era la criatura más grande que vieran jamás los siglos; y Ella y su Niño eran mirados como el signo de alianza y de paz para los desgraciados mortales, que algun dia osáran declarar la guerra al cielo.

Esta esperanza uniera en uno los pensamientos de mil generaciones; ella enlazaba lo presente con lo pasado y lo advenidero; ella elevaba los espíritus de los Patriarcas, y era la nodriza de los Profetas; ella engrandecia á los pueblos y les daba vigor, para atravesar por tiempos peligrosos, esperando la edad de oro, la época de la regeneracion. Testigo de esto es la presente solemnidad, cuyos magníficos preludios encontramos en un gran Profeta del pueblo de Dios cerca de mil años ántes que apareciese el Deseado de las naciones. La fiesta que hoy celebramos de María Santísima, bajo el histórico nombre del Carmelo, es una fiesta de recuerdos magníficos y de glorias singulares; fiesta que nos trae á la memoria acciones heroicas y consumadas en la más remota antigüedad por hombres que en sus raptos mentales vieran á María como el signo que Dios pusiera desde el principio para certificar á los hijos de Adán que, no obstante la proscripción á que estaban destinados por la rebelion

de este padre desventurado, podian ser hijos de Dios y entrar en alianza con Él. *Et erit signum fœderis inter me, etc.*

Este mismo pensamiento va á ocupar mi espíritu y vuestra piadosa atencion en este breve rato, despues de invocar los auxilios divinos.

Virgen augusta, entre tantas glorias como os rodean desde que en la mente divina fuiste predestinada á ser Madre del Pacificador del mundo y fuente de toda gracia, quépaos la insignificante de guiar hoy mi lengua imperita, para que con dignidad y grandeza pueda elogiarnos, demostrando á cuantos me oyen que Vos sois la señal del pacto de amor que existe entre Dios y los hombres. Esta gracia os pedimos todos, saludándoos con el ángel.

AVE MARÍA.

Toda la dicha del hombre despues del pecado tenía que pender de un hecho portentoso, en que quedaria victoriosa la verdad y vencida la mentira; el teatro de esta heroica hazaña sería el Gólgota; los atletas serian el Verbo encarnado y el ángel rebelde, á quien Dios emplazára con estas palabras para un dia de combate entre Él y el que había enredado al hombre en sus disimulados lazos. «Yo, le dice, pondré enemistad entre tí y una mujer, entre tu semilla y la suya; Ella estrellará tu cabeza, y tí pondrás asechanzas á sus calcañares.» Encierran en sí tanta grandeza estas palabras, que no han bastado aún seis mil años para dilucidar cuanto hay en ellas comprendido. En pocas razones, Dios hizo una admirable descripcion de los magníficos resultados que tendria la Encarnacion de su Hijo, explicando tambien la singular jerarquía á que era sublimada la mujer que entre tantas hijas de Adan tuviera la dicha de engendrar, dar á luz y amaman-

tar al Rey de la gloria. Estos resultados serian la emancipacion del hombre de la esclavitud del pecado, la pos-tracion eterna de su enemigo, la apertura de las puertas del cielo hasta entónces cerradas, la entrada en él de cuantos creyesen y esperasen en este Redentor, y, por fin, el cambio total que tendria la sociedad racional, mejorándose aún en este mundo la suerte del hombre por medio de las leyes suaves del Cristianismo, con las cuales se hicieran más llevaderos los sudores, las fatigas y los dolores á que hombre y mujer fueran condenados en este mundo en castigo de su trasgresion. Hé aquí las esperanzas de la humanidad.

La perspectiva era grande, el porvenir brillante y halagüeño; el dia en que se consumase este hecho, era el gran centro de cuantos dias habria desde el principio del mundo hasta su consumacion. El hombre, miéntras viviese en la tierra esperando al Redentor, era un ilustre personaje proscrito de su príncipe, aferrado en lóbregos calabozos, de donde esperaba salir por la bondad y amor del mismo que lo habia condenado. Contemplad, pues, por un momento cuán grande, cuán suspirado y deseado no sería el dia en que las cadenas serian rotas, el rescate ejecutado y la muerte abolida. Entre cuantas horas ha habido no se cuenta una tan digna de la atencion de la humanidad como aquella en que se abririan los cielos y dejarian caer al Justo; aquella en que una mujer daria entrada en su seno al Dios de los siglos; aquella en que este Dios moriria por salvar al hombre. Consumada esta redencion, diez y nueve siglos no han bastado aún para elogiarla dignamente. Toda la tierra resuena cada dia con los ecos de mil cánticos entonados en honor de aquel dia memorable en que el hombre fué redimido; todo pasa en este mundo: los siglos, sucediéndose con rapidez, condenan al olvido los hechos más notables; los hombres más célebres, teniendo la misma suerte que sus cenizas, yacen olvidados,

como si no hubiesen existido; sólo este hecho portentoso se conserva con los caracteres de una escena que acaba de representarse: no importa que las generaciones sean distintas, que los hombres corrompan cuanto tocan con su pestilente mano, que el error levante su ominosa cabeza, que el infierno brome y que la impía filosofía derisione y denigre los hechos, que éste va pasando intacto é incorrupto al través de las revoluciones del mundo, no fatigándose los pueblos en alabar y bendecir el momento augusto en que se pudo decir: «Cumpliósese el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo.»

Entre tantos grandes eventos como ha habido, sólo éste ha llamado la atención universal; sólo él puede gloriarse de haber impreso el sello de la unanimidad en las ideas de mil y mil pueblos, que han pasado en el enorme espacio de cincuenta y nueve siglos. Cuanto ha habido de glorioso en las naciones, cuantos ingenios sublimes han ilustrado el mundo, otro tanto se ha hecho á vista de este gran acontecimiento. En un hecho de tanta importancia, que tenía en suspensión los cielos y la tierra, á los ángeles y los hombres; en un hecho en que iba nada ménos que la vindicacion de la gloria de Dios, la reformation del hombre, la ruina de Satanás; en un hecho que no podía llevarse á cabo sino tomando Dios la naturaleza humana en las entrañas de una vírgen, ¿podía acaso esta mujer pasar desapercibida? ¿Podían los pueblos pensar en su Redentor futuro, sin que al mismo tiempo fijasen sus ideas en la Madre? No; entre los creyentes que precedieron á la época de la redencion y nosotros, no hay otra diferencia, en cuanto á creencias, sino que ellos creían y esperaban en un Redentor futuro, y nosotros creemos que vino y obró la redencion: ellos, en general, no vieron más que símbolos, ni oyeron más que parábolas; y nosotros hemos visto la realidad de aquellas figuras, y oído clara y distintamente la voz del Verbo

hecho hombre. ¿Podemos acaso nosotros pensar en Jesus sin que con la mayor espontaneidad volvamos la vista á su Madre? No, señores; y de aquí deduciremos legítimamente, con los Padres y Doctores, que los Patriarcas, los Profetas y muchas almas justas del Antiguo Testamento tuvieran un conocimiento perfecto del misterio de la augusta Trinidad y del de la Encarnacion con todas las circunstancias que le acompañaron, misterios que ellos proponian al mundo entre enigmas y tropos, porque el mundo no se hallaba en disposicion de comprender otra cosa. Aquellas almas privilegiadas eran inmediatamente enseñadas por el Espíritu Santo para que diesen al pueblo las instrucciones análogas á la época y posicion é ilustracion que tenía; pero en todas ellas no encontramos nada que no tenga directa ó indirectamente relacion con el Redentor futuro y su Madre, que fueran mirados siempre como señal de alianza entre Dios y el hombre criminal y proscrito.

Recorred las cinco épocas del mundo ántes de la Encarnacion; en todas ellas vereis representada la Madre de Dios, ya en signos, ya en acciones, ora describiendo su parto, ora sus dolores en el Gólgota; siendo cosa muy notable que, á medida que el mundo va llegando á los tiempos de la Redencion, las figuras son más claras, las palabras más explícitas; de tal manera, que algunos de los Profetas que existieron en los últimos quinientos años de la monarquía hebrea, más parecen escritores contemporáneos de María que Profetas de su Hijo. La primera época del mundo apenas nos presenta más que tinieblas y caos. Si exceptuamos el razonamiento de Dios con la serpiente en el Paraiso, nada podremos decir con certeza, sino que la corrupcion de la carne habia hebetado de tal modo los espíritus, que la idea del futuro Redentor se habia eliminado de la tierra, refugiándose en el corazon de ocho almas justas. Pero entre tanta abominacion, Dios

no quiso que faltase una figura de la Madre que más tarde lo recibiera en sus entrañas. Mirad el horrendo estrépito con que soplan los aquilones; observad las terribles detonaciones de las nubes; contemplad la furia con que despiden sus aguas las cataratas del cielo; ya los montes más elevados están al nivel con las aguas, que por espacio de cuarenta días y cuarenta noches han caído del cielo; un solo viviente no ha quedado. ¿Creeis que no existe entre tanto estrago un signo de alianza entre Dios y el hombre? Sí lo hay; mirad esa arca que va flotando entre las espumantes olas del diluvio; ella encierra en su seno las últimas reliquias de la humanidad; de esas ocho almas ha de salir la población y civilización de la tierra; pero observad al mismo tiempo que esa arca es la figura expresa de María. ¡Ah! María conserva al mundo siempre que Dios quiere destruirlo por los pecados de sus habitantes; sí, esa arca es figura de María, no sólo por ser la que salva las almas, sino también por otras circunstancias: Dios cierra esta arca por defuera para que no entren en su seno las aguas del diluvio, demostrando que así cerraría con su mano omnipotente todas las puertas por donde pudiese entrar el pecado en el alma de su Madre, impidiendo que cayese en la culpa, redimiéndola de un modo singular y privilegiado; pues á nosotros nos salva sacándonos de entre las aguas de la culpa en que nos ahogamos, mientras no permite que estas aguas entren en su Madre. Hé aquí la primera edad.

Apénas podremos dar un paso en la segunda sin quedar sorprendidos al ver el bellissimo símbolo de nuestra abogada en el iris celestial; apénas, al ofrecer Noé el holocausto de alabanza á Dios, Éste se muestra propicio á todas las generaciones del porvenir, promete que no habrá en lo sucesivo otro cataclismo de agua; y en prueba de su amor, manda que despues de las lluvias se presente el arco celestial á la vista de todos, como una señal de paz

y alianza entre Él y los hombres. Inútil es detenerse en probar lo que tienen demostrado hasta la evidencia los Agustinos, los Bernardos, los Ildefonsos y Anselmos. María es ese arco celestial que aparece siempre que el cielo se halla airado contra nosotros; sin su poderosa mediación, quizás nosotros hubiéramos perecido despues que tuvimos la desgracia de ofender á su Hijo: la desesperación y desconfianza no tienen entrada en el corazón del pecador, pues por muchas y enormes que sean sus culpas, puede elevar sus miradas al cielo, seguro de que encontrará en él á esta Madre que interponga su mediación. Pero no singularicemos la materia que tratamos; nos encontramos en la tercera época del mundo, época en que Dios empieza á preparar á lo lejos los medios de venir al mundo; María va á verse delineada en cuantas palabras habla Dios con Abraham, Isaac y Jacob, y en todos los acontecimientos.

No basta que con juramento prometa Dios al padre de los creyentes que en su semilla han de ser bendecidas todas las gentes, que su linaje ha de ir en línea recta hasta David, y desde éste hasta Cristo, por medio de María; no basta que con la más sorprendente visión y fé de los Patriarcas, ora se represente el sacrificio de su Hijo en la cima del Moria, ora vea Jacob aquella escala que tiene su cimiento en la tierra y su cima en el cielo; no basta que en mil acciones portentosas vean los tres grandes campeones del pueblo santo al Cristo y á su Madre, pues Dios quiere dar al mundo en aquella época un tipo de María en cuantas mujeres heroicas florecen; Sara con su hermosura, Rebeca con su prudencia, Lia con su fecundidad, Raquel con sus gracias, todas anuncian que en los últimos tiempos aparecerá la que las vencerá en prudencia, en virtud, en pureza, en hermosura, con tantas ventajas cuantas tiene el sol sobre los planetas.

Al recorrer la cuarta edad del mundo, es preciso con-

fesar que lengua humana no es capaz de delinear las magníficas figuras con que es representada María. La inauguración de esta gran época empieza por la zarza de Horeb, verdadero símbolo de esta criatura, inflamada toda en amor divino desde el momento de su Concepción; de esta criatura que apareció en el desierto del mundo abrasado todo con los ardores del pecado, sin que la más mínima lesión pudiera tocarla á Ella. Fué esta época, señores, el período en que Dios ostentó su poder; el cielo y la tierra parecía que habían concebido y engendrado por largo tiempo una muchedumbre de milagros, que entonces debían dar á luz para asombro de los mortales. Si vamos á Egipto, vemos trastornados los cielos y la tierra al simple movimiento de una vara que es la figura de María; si al mar Rojo, encontramos un ejército innumerable lleno de despojos y laureles, otro sumergido entre las aguas á la simple insinuación de Moisés armado de la vara, al propio tiempo que la misma hermana del legislador le sale al encuentro con otras vírgenes del pueblo santo, entonando brillantes cánticos de alegría en honor del Redentor de Israel. Si entramos en el desierto, veremos la figura de María en cuanto Dios ordena á Moisés respecto del Tabernáculo; Ella el arca santa que conserva el maná llovido del cielo y la vara de Aaron; Ella el *Sancta Sanctorum* donde no es lícito que éntre ningun profano; Ella está cifrada en el racional, en la tiara, en el efod, y en cuantos adornos sacerdotales hay en el culto de Moisés. Trasladémonos al campamento de Israel, y no sólo la encontrareis en todas las victorias precediendo á los escuadrones en hombros sacerdotales, siendo siempre el paladion del pueblo escogido, sino que oireis sus alabanzas dichas por los mismos enemigos del Señor. El adivino Balam es llamado por el príncipe de los madianitas para que maldiga al pueblo hebreo ántes de entrar en combate con él; llega el falso profeta, sube á un alto monte, echa

una ojeada á las vastas llanuras de Moab; contempla aquel magnífico cuadro de las doce tribus ordenadas por escuadrones, en cuyo centro flamean las banderas con sus emblemas, los examina, no encuentra entre ellos sino motivos de bendición y de gloria; el león de Judá ostenta entre todos los estandartes su noble bizarría, y al verlo el adivino, su espíritu se eleva, y franqueando rápidamente más de quince siglos, ve á esta ilustre criatura que cual estrella ha de anunciar á los mortales la serenidad y la paz, diciendo en tono afirmativo y profético: «Nacerá una estrella de la estirpe de Jacob.» ¡Ah! Desde Menfis hasta el mar Rojo, desde el Sinaí hasta el Jordan, desde que Josué empieza á gobernar á Israel hasta que Débora consigue triunfos esclarecidos sobre los enemigos de Dios, María se ve delineada en todas las heroínas, en todos los portentos y en todas las ceremonias sagradas que se ejecutan en el Tabernáculo.

Hemos llegado á la quinta gran época del mundo: en ella cesan, por decirlo así, los símbolos materiales, y empieza el reinado de la profecía; Salomón ejecuta en un círculo grande cuantas obras habia en el Tabernáculo; el templo santo de Jerusalem reemplaza al antiguo Tabernáculo de Moisés; pero ántes ha celebrado su padre David en cien y cien cánticos divinos todas las grandezas de la creación, todos los atributos de la Divinidad; ha lanzado su vista profética en el porvenir de los tiempos, y al son de su lira ha cantado la Encarnación, el Nacimiento, la Pasión, la resurrección, la gloria y los tiempos del Ungido, no dando un solo acorde en su arpa que no resuene con el nombre augusto del Mesías y su Madre. Desde que el Profeta Rey ha hablado, las bóvedas del templo resuenan sin cesar, de tal modo, que las piedras pueden conocer al Redentor futuro á fuerza de oír resonar los cantos de la profecía. La gran era de los Profetas se abre; apenas habrá un reinado ni un lustro que no

vea un enviado del Señor; sucesivamente vendrán los Isaías, los Jeremías, los Danieles y Ezequieles, los Micheas, los Joeles, los Malaquías y Zacarías, que, no sólo predicen los caracteres del Mesías, sus ignominias y sus excelencias, sino que señalan el siglo y el año de su venida, refiriendo también las nobles prerogativas de su Madre, de tal modo y tan expresamente, que no parece sino que veían los acontecimientos, no faltando sino nombrar á la Madre de Dios para conocerla. Sí, añadid á la gran profecía de Isaías el nombre de María, y direis que este Profeta es un evangelista del Nuevo Testamento. Poned el nombre de María en el cap. XLIV de Ezequiel, y direis que escribía cuando la virginidad de la Madre de Dios era atacada por los Helvidios y otros hombres fanáticos de la era del Cristianismo.

Hé aquí, señores, un hecho que no puede negar ni oscurecer la impiedad delirante: despues del pecado de Adán se oye la promesa divina de la redención futura, y Dios va preparando paulatinamente al mundo para el tiempo de la reparación, conservando en el género humano esta esperanza por mil medios de su sabiduría infinita: primero habla á los Patriarcas; luego vienen los símbolos y figuras; despues hablan los Profetas, inculcando todos la idea del Cristo y de su Madre, y la época de su aparición como aquella en que por medio de ellos se daría paz á la tierra, dicha al mundo y gloria á Dios.

Raciocinemos, pues, despues de haber registrado con rapidez cuanto ocurriera en todas las edades. Al poco de haber empezado la época precursora del Cristo, cuando la mayor parte del pueblo escogido habia abandonado la ley de su Dios, se levanta Elías, aquel que por su celo y persecuciones fué el más acabado tipo del Redentor del mundo. Él y los sacerdotes falsos fueran la personificación de Cristo y de Lucifer, de la verdad y de la mentira. No es mi ánimo referir aquel triunfo brillante que Elías

obtuviera en las vértices del Carmelo sobre la idolatría y abominaciones de Acab y Jezabel; pero sí debo deciros que aquella victoria fué el simulacro de la victoria de Jesús sobre el infierno; así como lo que sucedió inmediatamente despues de este triunfo fué una figura la más expresiva de los cultos que hoy tributamos á María. Gemía la tierra y sus moradores, porque el cielo, volviéndose de bronce, no habia dejado caer ni una gota de rocío hacía tres años y tres meses; para aplacar la ira divina sube Elías al Carmelo, y despues de repetidas instancias al cielo, ve que de la mar se levanta una nubecilla no mayor que la huella de un hombre, y tanta es la celestidad con que se extiende y condensa en el horizonte, tanta la abundancia de aguas que se prepara, que apenas queda tiempo al Rey Acab para uncir su carroza y regresar á Samaria.

¡Ah! ¿Quién no ve aquí del modo más palpable descrita la virginidad, la fecundidad de María? ¿Quién no admira aquella nubecita que se eleva de las aguas purísimas del Océano y se extiende cubriendo la tierra, fecundando con sus influencias las almas yermas por los ardores de la culpa? Elías comprendió muy bien lo que sería la Madre del Redentor, y quizás temeroso de que faltasen verdaderos adoradores del Señor, fundó los colegios de profetas en las cimas del Carmelo, para que se perpetuase en ellos la fé hasta el momento de la aparición del Mesías, si por desgracia lo restante del pueblo judaico imitaba las impiedades de Jeroboán. Betel, Jericó, Samaria, Marfa, Gálgala y otros puntos, se ven poblados de hombres santos que viven en la soledad, entonando siempre himnos y cánticos al Señor. Esta sociedad profética continúa en todas las restantes centurias del judaismo, conservándose en ella la piedad que aprendieron los hijos de los grandes caudillos de perfección Elías y Eliseo, y dirigiendo al cielo sus oraciones para que

llegase el venturoso día de la aparición del Redentor, cuyo tipo fuera Elías, y la era de paz que traería á la tierra la dichosa Mujer figurada en la nubecilla del Carmelo.

Y en efecto, señores; la victoria de Elías sobre la cima del Carmelo y su morada en él con los discípulos que le imitan, es un hecho de la mayor importancia en la antigüedad; porque aun prescindiendo de su espíritu de profecía, y considerándolo sólo como un hombre sabio y timorato nada más, debía tener una idea de lo que sería aquella Mujer, que en tiempos futuros daría á luz al nuevo Legislador que Moisés había anunciado; y como todos los demás justos de su época, debía ver en su mente á esta gran heroína adornada con todas las luces de la maternidad divina. ¿Cuánta, pues, no sería la ilustración de su espíritu, después de haber tenido tan íntimo trato con Dios? ¿Cuán clara y distintamente no vería toda la grandeza de esta criatura, cuyo símbolo le describió el cielo en la nubecilla que ascendiera del mar y cubrió la tierra? Fue entonces sin duda el fausto momento en que se echaron los cimientos de la devoción á María; el Profeta no podría ménos de bendecir en aquel instante al futuro Redentor y á su augusta Madre, á quienes alabó por la victoria que acababa de reportar sobre el infierno.

Creo, pues, haber dicho una verdad histórica cuando he afirmado que la festividad de María con el título del Cármen es el centro de mil grandezas, pues nos recuerda cuanto hicieron las generaciones antiguas y las modernas; es sin duda esta la fiesta de los verdaderos adoradores del Señor, que une en uno los deseos de todos los justos del Testamento antiguo y los amorosos afectos hácia María de los del nuevo.

La Iglesia católica, señores, no hizo, en efecto, más que desarrollar los deseos que abrigaron en su corazón los Patriarcas y Profetas, dando una forma purísima al culto

de la Divinidad; pero de tal modo, que en todas sus oraciones, después de pedir gracia por los méritos de Jesucristo, pone por intercesora á María; y después de alabar y bendecir las misericordias del Señor, alaba y enaltece en seguida las piedades de María; cuando la han perseguido los tiranos, se ha refugiado en el seno maternal de María; cuando los herejes la han querido despedazar con sus cismas y errores, ha encontrado el centro de unidad en María; cuando los hombres del mundo la han querido sojuzgar, María la ha conservado en toda la independencia que tiene de las potestades del siglo; sí, esta Reina augusta confunde con una mirada á los enemigos de la fé, y con su poderosa mano ampara á cuantos la invocan. Si tenemos algun temor de acudir á su Hijo porque, no obstante ser hombre, tiene toda la majestad de Dios, ahí se presenta María, en la que no hallaremos, como afirma el suavísimo Bernardo, sino amor y dulzura, pero amor y dulzura de Madre, que se halla siempre dispuesta á reconciliarnos con su Hijo.

Erit signum federis, etc.

Debo concluir precisamente ahora, cuando debiera empezar; no he hecho más que poner los cimientos que sostienen el edificio tan firme como majestuoso del culto católico hácia María. María desde el principio del mundo fué esperada por los Patriarcas como Madre del Redentor, y Dios la presentó á los pueblos en emblemas y símbolos llenos de gloria y majestad, para que la esperasen como un portento del cielo. La vieron claramente los Profetas, suspiraban por ella los justos, y en espíritu se prosternaban ante la que todas las generaciones llamarían dichosa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

EL CUMPLIMIENTO DE LA PROFECÍA DE MARÍA SANTÍSIMA

« BEATAM ME DICENT OMNES GENERATIONES »

PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

(Luc., cap. 1, vers. 48.)

Allá, cerca de las risueñas colinas del Carmelo y del Saron, y entre los deliciosos derrames del Líbano, habia una ciudad levítica en que habitaba un descendiente de Aaron con su esposa, que era oriunda de la misma familia por línea paterna, y de la de David por parte de su madre. Uno y otro eran justos delante de Dios, andando por los mandatos divinos, y no dando á nadie la más leve ocasion de escándalo ni ofensa. Despues de muchos años pasados en este género de vida, viéranse sus venerables cabezas cubiertas de toda la blancura de una edad patriarcal, sin haber tenido el consuelo de tener un hijo á quien legar las muchas bendiciones que el cielo les concediera con larga mano. Abraham y Sara hubieran tenido en sus descendientes pocos modelos tan acabados como estos dos justos; y no parece sino que Dios quiso en recompensa de su fé asemejarlos hasta en los beneficios temporales. Un dia en que se hallaba el hijo de Leví ofreciendo el incienso al Señor, se le apareció un ángel,

y le dijo, de parte de Dios, que, á pesar de ser él y su esposa dos ancianos, tendrían un hijo; y, en efecto, al poco tuviera su consorte todos los síntomas de maternidad. La azucena de los valles que pulula lozana entre las escarchas eternas de un alto monte, no causa tanta admiración al naturalista investigador cuanta fué la de la venerable anciana al considerarse madre en una edad que no tiene otra analogía que la fría losa del sepulcro. Avergonzada de este evento, vivía en retiro, sin atreverse á mostrar á sus conciudadanos, hasta que en el sexto mes de su gravidez no pudo ocultarse por más tiempo, por haber llegado á su casa una visita tan feliz como inesperada. *Era la visita de la joven María*, que iba á congratularse con su prima Isabel por el beneficio que Dios la dispensára.

Desde que hay mundo no se ha hecho una visita semejante, ni se han encontrado juntos semejantes personajes, ni se han oído cosas tan estupendas. Se presenta una anciana con la gloria de la maternidad, y la sale al encuentro una niña, que es madre también, pero con el privilegio de ser vírgen; aquélla trae en su seno á un Profeta; ésta lleva en sus entrañas á un Dios: apenas aquélla ha oído la voz de María, siente en su vientre los saltos que da su hijo, y exclama en alta voz: «Bendita Tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien, que venga á visitarme la Madre de mi Señor?» Y María, sonrosado su rostro al oír sus alabanzas, contesta al saludo diciendo: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está traspasado de gozo en Dios mi Salvador, porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su sierva; por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.» *Ecce enim ex hoc, etc.*

¡Ah! ¡Cuántos prodigios en un solo momento! Al paso que las madres se saludan, se saludan también los hijos que llevan en su seno; allí Juan, señalando al Cordero de

Dios, exprime su gozo con saltos de placer; allí el Verbo Encarnado extiende sobre el Bautista el poder de su Divinidad, y lo purifica del pecado, santificándolo ya desde el vientre de su madre; allí las dos madres, llenas del Espíritu Santo, alzan el velo del porvenir de los tiempos, y con más ligereza que recorreremos las páginas de la historia, leen ellas los acontecimientos futuros, asegurando Isabel á María que todo cuanto Dios la ha prometido se ha de cumplir, y María á Isabel que no ha de haber una sola generación que no la preconice bienaventurada. *Ecce, etc.*

De cuantos portentos ocurren en aquella entrevista, ninguno llama mi atención en este momento como la profecía de María. María es tan humilde á sus propios ojos, que no sabe darse otro nombre que el de esclava del Señor, sin pensar ni por un solo instante en la dignidad que la eleva sobre todo lo criado. Y ¡cosa singular! al mismo tiempo pronuncia una sentencia que la enaltece sobre cuantos serafines hay en el cielo; Ella misma se humilla, Ella misma se ensalza, Ella misma hace su elogio; en un momento ha contado una por una cuantas generaciones ha de haber hasta el fin del mundo; ha visto sus pensamientos, ha examinado sus acciones y palabras, y ha asegurado que todas la llamarán bienaventurada; desde que Ella habla, se la cantará un himno de bendición; Isabel ha entonado su primera estrofa; el último hombre que haya en la tierra cantará la última entre las ruinas del mundo. *Ecce enim ex hoc beatam, etc.*

Esta profecía de María sobre sus glorias futuras y su engrandecimiento personal, salida de la misma boca que tanta humildad respira, parece una paradoja á los ojos de la razón, si no miramos al origen de estas palabras. María habla por inspiración divina. María es una profetisa que anuncia sus propias excelencias, que se han de cumplir sin que falte un ápice; si quereis probar y de-

mostrar que la Religion que bendice á María y la da culto es la única, la pura, la Hija legítima del cielo, no teneis más que tomar en vuestra mano la historia del mundo, y vereis el más exacto cumplimiento de esta profecía en el Catolicismo. Si María no fuera Madre de Dios, no tuviera una vista tan perspicaz y tan sublime. Voy, pues, á demostraros el cumplimiento de la profecía de María hasta el fin del mundo, á pesar de la inestabilidad humana y de la envidia luciferina. *Beatam me dicent*, etc.

Venid ántes, y arrodillémonos ante nuestra Madre; tomemos parte en sus gozos y dichas, y modulémosla un himno de amor para llenar, por lo que á nosotros pertenece, una partecita del vaticinio de sus grandezas, saludándola reverentes con el ángel, diciendo:

AVE MARÍA.

Al publicar María la profecía de sus futuras glorias ha pronunciado una sentencia infalible, por ser inspirada por el espíritu Divino; no siendo esta profecía un efecto directo de la sublime inspiracion del cielo, hubiera sido temeridad al decir que todas las generaciones la alabarian y bendecirian. ¿Sabeis cuánto encierra en sí esta palabra de la Madre de Dios? A los pocos meses despues de haber hablado María, va á inaugurarse una nueva era para el mundo, era de ilustracion y de saber, era de guerras y de combates, era de reveses y de contradicciones. ¿Habrá recorrido María el gran espacio que mediára desde el nacimiento del Niño que lleva en su seno, hasta la consumacion de los siglos? ¿Su vista habrá sido tan perspicaz, que haya divagado hasta el último confín de la tierra, para poder afirmar que ni una sola generacion ha de dejar de bendecirla y alabarla?

La profecía de María es un desafío que se presenta

á cuanto hay en la tierra que pueda contradecirla y levantarse contra Ella. Antes de saber quiénes son los adversarios á quienes se dirige la heroína de la gracia, es preciso conocer cuál es el principio de su dicha, cuál la razon por que la han de llamar bienaventurada todas las generaciones. Este no es otro que el haber sido escogida para ser Madre de Dios; Ella debia mostrar al mundo en sus brazos al Niño que venía á suscitar contra sí una guerra cruel; Ella, la Madre del que habia de morir en un patíbulo como un infame; Ella, la Madre del que habia de fundar una Iglesia, que por toda herencia no tendria más que la persecucion y los tormentos. ¡Qué! ¿La Madre de Jesus ha de ser proclamada siempre bienaventurada? Cuando su Hijo espire anatematizado; cuando sus discípulos mueran crucificados, asados, degollados; cuando el imperio romano ponga en movimiento sus legiones; cuando se desencadenen las hordas bárbaras; cuando abran sus bocas infernales los herejes; cuando rompan la túnica inconsútil de la Iglesia los cismáticos; cuando la mutilen los reformadores; cuando la derisionen los filósofos; cuando los hijos de esta misma Iglesia sean apáticos, tibios, indiferentes, sin celo, sin piedad, sin fervor, ¿aún habrá lenguas que entonen á María himnos de alabanza y bendicion?

Hé aquí, amados míos, un yuelo bien rápido que da el espíritu de esta niña de quince años al contestar con su cántico divino á su prima Isabel, que la ha saludado Madre de Dios; entrega María el depósito de sus glorias á todas las generaciones; es decir, afirma que una por una han de predicar sus alabanzas, lo que es lo mismo que decir que el edificio de su engrandecimiento no estará sujeto en nada á cálculos ni á medios humanos, sino á los divinos. Diez y nueve siglos há que fué anunciada esta profecía, y su cumplimiento es cada dia más notable; contrario á todas las ideas humanas en su naci-

miento, en sus progresos y en su duracion, lo vieran unas épocas radiante como una estrella que se ve en su naciente; otras lo vieran subir con gloria y acrecentamiento; otras lo contemplan esplendente y lleno como el sol en su mediodía. Sí; el culto que hoy rinden los mortales á María es tan grande como en los dias de la pureza de la fé y de la edad de oro del Cristianismo. Ha llegado hasta nosotros el glorioso nombre de María, irradioso como el sol, majestuoso como el nombre de una cosa casi divina; hemos conocido, por la enseñanza tradicional de nuestros padres y por la fé de la Iglesia, que María es la Madre del Verbo divino, la bienhechora de la humanidad, y al oír tan dulce nombre nos hemos arrojado, hemos alzado nuestras manos al cielo, hemos entonado un himno, himno de amor, himno de gratitud, himno de alabanza, y al cantarlo hacemos parte sin saberlo ni pensarlo de un gran concierto que de todos los ángulos de la tierra eleva la misma voz de bendicion y alabanza hácia María. Estamos en el siglo xix, en que se ha apurado ya el último medio de destruccion del Cristo, Hijo de María, y sin embargo, dulces cánticos de gloria son entonados á Jesus y á su Madre, sea por el neófito del Asia, sea por el hijo de los Andes, ora en las tierras africanas, ora en las islas de la Australia, sin que ninguna fuerza humana haya podido cerrar aún los labios de los creyentes.

Mas ¿cómo ha llegado hasta nosotros el conocimiento de María? Al través de mil y mil contradicciones que ha suscitado contra Ella el infierno, y en medio de mil y mil ruinas en que se ha envuelto la especie humana por su propia malicia y volubilidad. Preguntad á las generaciones pasadas lo que ocurriera en las épocas en que vivieran, y vereis con asombro que, contra todo el furor del infierno, y á despecho de los malvados, ha sido María aclamada por la más dichosa y bienaventurada. Yo exa-

mino la sociedad cristiana naciente junto á su rival la sinagoga, y la contemplo reducida á un corto número de discípulos; la persecucion, cual huracan desencadenado, los arranca de su reposo y los desparrama en la tierra, y todas las contradicciones del judío obstinado no tienen otro resultado que el propagar el conocimiento de las grandezas de María. Ya no es sólo el Carmelo el que cuenta un número de cristianos, discípulos del Profeta Elías, consagrados á honrar á María, pues los iberos la elevan un templo en la ciudad de César Augusto, en el cual se alaba al Dios que se humanára en las entrañas de María. Al poco tiempo de las primeras persecuciones, extendo mi vista sobre la tierra, y veo predicadas las glorias de María, no sólo en Roma, sino en Atenas, en Corinto, en Éfeso, en Alejandría, en la Armenia, en la India, y hasta en la misma China, á donde es probable que penetró el Apóstol Santo Tomás predicando el Evangelio á los idólatras. En todas estas regiones no vereis, por espacio de tres siglos, más que potros, cadalsos y espadas para los confesores de Jesus; pero ni uno solo de estos testigos derrama su sangre sin bendecir mil veces á María y pedirle su proteccion.

Así es que, pasada la furiosa tribulacion que el paganismo suscitó contra la fé en todos los límites del imperio, por todas partes vereis templos erigidos á Dios en honor de María; en lugar de las antiguas abominaciones, se empieza á venerar el pudor, la castidad, en otras tantas imágenes de María que alza la piedad cristiana para reemplazar los abominables altares de la prostitucion en que se ofreciera incienso al impudor. Cuando el imperio romano, no pudiendo subsistir, se le ve caer bajo la lanza del aquilon, se diria, en presencia de tanto horror y tanta sangre, que la Religion iba tambien á sufrir la suerte de las ciudades que por tantos años obedecieran á Roma; pero no es así: el pueblo bárbaro y feroz que ha

descendido á las llanuras europeas de los altos montes de la Germania, da su mano pacífica á los que habian escapado del exterminio, y de vencedores y vencidos se compone un pueblo nuevo, que no tiene en adelante otra enseña que el alabar á María, el bendecirla, el consagrarla nuevamente altares y templos, y el arrojarle en sus brazos amorosos, para que, como Madre de Dios, aplaque las iras de Éste.

Hé aquí, amados míos, un hecho bien pasmoso; desde que con la destrucción del imperio idólatra se formaron las diferentes naciones que hoy día cubren el suelo europeo, empezó la humanidad á respirar y á ser feliz; apenas han cesado las persecuciones y desaparecido los peligros, los hombres no parece tienen otra idea que la de bendecir y alabar á María. Por espacio de muchos siglos se vieran ocupados muchos centenares de miles de hombres en erigir templos y altares á la Reina de los ángeles. Los Emperadores cristianos y los patricios romanos cifraron toda su gloria en rodear á la Reina del cielo de todas las glorias de la tierra. En sus templos el jaspe sostenia las majestuosas bóvedas esmaltadas de oro, el mármol formaba el pavimento, el pórfido, los diamantes y perlas brillaban en las aras. Estoy hablando del tiempo del hijo de Constantino Cloro y de su madre Santa Elena; quiero que de aquel tiempo en que se edificaba la iglesia de Nazaret y las basílicas de Roma y de Bizancio, y se alzaban por toda la tierra campestres altares á María para desterrar la idolatría, nos traslademos á otros separados de ellos por mil años. ¡Ah! ¡qué espectáculo presenta toda la tierra! Desde las márgenes del Neva hasta las columnas de Hércules, desde las más retiradas riberas del Albion hasta las risueñas llanuras del Helesponto, no encontrareis una sola ciudad en donde no resuene el ruido confuso de miles y miles de martillos, manejados casi todos por piadosos operarios que se han consagrado á labrar piedras, á pulir

estátuas para los templos que se elevan á María; todo su salario es un pedazo de pan; su habitacion son los alrededores del templo que fabrican, que parece están custodiando, hasta ver colocadas las agudas flechas que sobre torres atrevidas tienen traza de querer subir á las nubes. Si vamos examinando una por una esas grandiosas basílicas que construian los hombres del siglo xiv, apenas hay una que no esté dedicada á María; aquí hay una imagen de la Reina del cielo que fuera esculpida por los ángeles, como la del Pilar de Zaragoza y del Montserrat; allí hay otra que ha descubierto un pastorcillo, admirado de ver que sus ovejas se arrodillaban junto á un paraje cubierto de violetas; tan pronto se encuentra una que tiene tanta edad como el Cristianismo; tan pronto se ve otra que ha estado enterrada muchos años por las persecuciones, y que ha aparecido nuevamente á un santo monje ó á un zagal inocente.

Entrad en el sagrado recinto, y ni un solo ángulo del templo carece de interés; allí el arte se muestra glorioso y ufano; el pincel ha adquirido su nombre inmortal, el mármol se ha revestido de animación, y ¿cómo? presentando en una parte la vírgen modesta y prudente que recibe la salutación angélica; en otra á la vírgen caritativa que visita á su prima Isabel; aquí el nacimiento de su Niño; allí la Adoración de los Reyes; en otra parte contemplareis los dolores del Calvario, los gozos de su alma al ver el triunfo de su Hijo, la gloria con que Éste sube al cielo, y la de Ella cuando es coronada. No pára aquí vuestra admiración: por todas partes encontráis hombres que, con los ojos fijos en la imagen de María, con las manos cruzadas en el pecho y sus mejillas bañadas en lágrimas, ora de gozo, ora de tristeza, bendicen á Dios por los beneficios que han recibido de Él por la mediación de María, ó le piden el consuelo en las desgracias. Ni aquí se pára vuestra atención; registráis los muros del templo,

y no encontráis en ellos sino nombres ilustres, emperadores, príncipes, reinas, condestables, generales, héroes: todos han recibido beneficios singulares de María, y han venido de largas tierras á postrarse en su templo, á dejar en él riquísimas lámparas de plata y oro macizas, á adornar la imágen de María con los más preciosos aderezos de diamantes y rubíes, ó bien á consignar sumas inmensas para construir un templo que dure hasta la consumacion de los siglos. ¡Ay! Nosotros no tenemos el placer de ver todas estas grandezas, porque los reformadores del siglo xvi encontraron que era idolatría el ofrecer dones á María, y despojaron los templos y los altares, y otros herejes más modernos pretendieron que era preciso adorar á Dios con sencillez, y acabaron la obra que empezáran sus padres infernales, trasladando á sus mesas, como impíos Baltasares, los vasos y adornos consagrados á Dios y á María. ¡Ah! ¡Cómo cambian los hombres...!

Pero dejemos la negra página en que están consignados los atentados de la sacrílega avaricia, y notemos este acontecimiento tan plausible para la gloria de María. Desde que Ella habló sobre sus glorias hasta la época en que toda la tierra unánimemente confesaba la fé de su Hijo, ha sufrido la humanidad los más terribles golpes; han desaparecido imperios colosales, han caído en la nada naciones poderosas, han hecho irrupciones espantosas los bárbaros sobre los civilizados, han caído en desuso las leyes más sábias, confusamente se han atacado y vencido romanos, francos, celtas, sajones, eslavos, godos, iberos y africanos; las ruinas de los pueblos encerraban bajo su terrible peso cuanto formaba las esperanzas de la humanidad; en la terrible lucha que sufrió la ciencia contra la barbarie, apenas se viera una ráfaga de luz; como caen los viejos torreones atacados por gruesa artillería, como se reducen á polvo las ciudades bombardeadas por guerreros sin piedad, así perecían

las instituciones humanas al acometerlas el suevo del aquilon, ó el hijo del islamismo; pero al través de tanta ruina se veía pasar intacta la gloria de María con el Cristianismo civilizador, en medio de la horrenda tempestad. María es la estrella; su grandeza la trasmiten los Apóstoles á los discípulos, los discípulos á los mártires, los mártires á todas las ciudades, á todos los pueblós del imperio romano. Séase que breme la Sinagoga, séase que se enfurezca el trono de los Césares, nunca falta quien bendiga y alabe á María; desde que el publicano de Cafarnaum ha dicho al mundo que María es la Madre de Jesus, todos los pueblos la han adoptado por Madre, todas las generaciones la han aclamado dichosa. Los sabios más consumados la han dedicado sus tratados, los más fogosos y sublimes poetas sus odas, y los más esclarecidos artistas sus trabajos. Excusadme que los nombre; si alguno puede contar los hombres eminentes que han tomado la pluma desde San Ignacio de Antioquía hasta el Doctor San Bernardo para escribir las glorias de María en prosa; si alguno puede contar los vates que desde Sedulio y Ambrosio y Prudencio han compuesto himnos, hasta los que áun hoy dia dedican poemas á María; si alguno puede decirme cuántos son los hombres que desde San Lúcas hasta hoy han dedicado su pincel á delinear el busto de la Madre de Dios en todos los pasos de su vida, hable y refiera; hable, y yo le diré que quien cuenta estas grandezas no es hombre, sino ángel, porque la lengua y la memoria humana son demasiado tardías y pesadas para acordarse de tantas grandezas y enumerarlas.

Hé aquí cómo se ha cumplido la profecía de María, no obstante los grandes trastornos que el mundo ha sufrido. ¿Puede entenderse esto sin que se advierta la mano divina, que sostiene el edificio de grandeza que Ella misma ha edificado? No, ciertamente. Pues bien; todavía se ve más palpable la profecía de María cuando la mira-

mos bajo otro aspecto; el peligro de las instituciones es ménos grande cuando aquéllas son atacadas directamente por las pasiones brutales y ciegas, que cuando la refinada malicia las conduce á un estado lamentable; en el primer caso, el arma es la espada y el áriete, porque el enemigo se sirve de todo medio para destruir; y más fácil es resistir y vencer al adversario que se presenta noblemente en campo descubierto, que no al insidioso que sólo se sirve de la estrategia y la emboscada. La Religion ha sido atacada de todos modos; mas los enemigos han venido unos de frente, otros por los lados, y otros, más alévosos aún, por la espalda; aquéllos eran los gentiles, que decian al cristiano: «Ó creer en mis dioses, ó morir en mis tormentos.» Éstos los herejes, que sin querer destruir la Religion, la pretendian subyugar á sus ideas privadas, quitando de ella los dogmas que más les repugnaban. Estotros son los racionalistas, que, armados de puñal y de veneno, armas innobles y traidoras, quisieran arrojarle alevosamente sobre la Religion y darla muerte, para poder decir á los mortales en seguida: «Mirad cuánta es la fuerza de la razon; ya no hay Religion sobre la tierra, la hemos destruido y aniquilado.»

Tambien las glorias de María han sido atacadas de este modo; la habeis visto, sin embargo, salir con victoria de los embates de la barbarie, y lo mismo la vereis triunfar de la herejía insidiosa y del racionalismo aleve y perverso. ¡Cosa singular! No parece sino que los herejes se prestaron á hacer en el teatro de la Religion el papel del contraste, para que aquella saliese más gloriosa y esplendente; por más que la viesan invulnerable, nunca dejaron de arrojarla saetas; por más que la viesan rodeada de luz, nunca se cansaron de presentarse junto á Ella con mil vértigos de tinieblas y de error. Esto se ve en las prerogativas de María atacadas por los herejes. Os pido amigablemente nueva atencion.

Toda la excelencia de esta criatura está cifrada en ser Madre de Dios, y al mismo tiempo Vírgen incorrupta. Si quitais á María estas dos prerogativas, bien podeis borrar las palabras de su Cántico, pues por más santa que sea, podrá ser conocida de algunos cuantos hombres, mas no será bendecida por todas las generaciones. Ved, pues, que allá en Occidente se levantan unos hombres que afirman que María no es vírgen incorrupta; ved cómo más tarde otro hereje, resucitando errores antiguos, pretende que María no es Madre de Dios; aquéllos eran Cerinto y Carpócrates, y éste Nestorio; al oír á aquellos hombres, nada pretendian contra el Cristianismo, y sólo deseaban abolir un punto que les parecia erróneo. ¡Ah! ¡Cuántos daños han causado á la Iglesia estos espíritus depravados! ¡Cuántas han sido las almas que han desertado por este medio del camino de la verdad! Pero demos gloria á Dios: al mismo tiempo otras muchas han sido confirmadas más y más en las creencias, y los dogmas han brillado como el refulgente meteoro que en noche serena aparece en el horizonte y recorre el cielo.

¿Ha habido mayor dia de gloria para María que aquel en que el discípulo amado, despues de haber explicado la generacion eterna del Verbo, su consubstancialidad con el Padre, su sabiduría y su poder, concluye diciendo que este mismo Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros? Por más que en lo sucesivo blasfeme Apolinar, Elvidio y los demás enemigos de María, ¿podrán algo contra el monumento de verdad que la ha erigido el discípulo amado en sola la primera página del Evangelio? ¿Qué emperador ó general victorioso podrá gloriarse de haber obtenido unos dias de triunfo más gloriosos que aquellos en que Constantinopla y Éfeso se vieron asediados por muchos millares de almas que vinieron de toda el Asia, y áun del Occidente, al saber que un hereje atrevido tuviera la osadía de decir que María no era Madre

de Dios? Miétras los Obispos fulminan el anatema, un pueblo sin número está esperando en silencio, y lleno de consternacion aguarda con ánsia la hora en que se publique la sentencia. Ya sonó: un Prelado sale á las puertas del templo; toda el Asia pende de sus lábios; dos palabras tiene que decir: «¡María, exclama, es Madre de Dios! ¡Anatema á Nestorio!» Y apénas las ha pronunciado, retumban los espacios con el ruido de los vivas, que crecen cada vez más, como las aguas de un rio caudaloso que se despeñan de altas y encrespadas rocas. ¡Ah! Y ¿quién podrá decir el triunfo de María en la capital del imperio de Oriente cuando fuera anatematizado el patriarca impío, cuando la dignidad de María fuera declarada en el segundo Concilio general de aquella ciudad? ¿Quién podrá contar lo que pasó en Constantinopla? Sale su imágen sobre los hombros de los Pontífices y sacerdotes; la rodean y preceden las tropas del imperio; entónanse himnos melodiosos y cánticos sagrados; elévanse en los aires cien y cien incensarios con perfumes exquisitos, y en medio de un pueblo inmenso se pasea por las plazas y calles la imágen de María, cantando todos unánimes la piadosa oracion que acababa de componer el gran Cirilo de Alejandría: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» Bien en vano el iconoclasta impío rompe las estatuas de la Virgen, porque esto sólo sirve para encender más y más en los pechos el amor á María; bien en vano el protestantismo intenta condenar como idólatra al culto de María, pues entónces es precisamente cuando se instituyen más fiestas á María; entónces es cuando irrevocablemente se asientan y declaran todos los dogmas de la Religion en Trento; entónces es cuando se abren nuevas regiones en que María es venerada con amor y entusiasmo. Bien en vano el racionalista ha pretendido despojar á la Religion de sus encantos, á los tem-

plos de sus riquezas, á María de los dones que la han hecho sus hijos, que yo les repetiré siempre lo que un escritor nada sospechoso para la impiedad decia no há mucho tiempo á unos libertinos rapaces: «¡Insensatos! ¿Está la creencia en esas bellísimas pinturas que habeis sacado de los templos? ¿Está la fé en esos bajo-relieves que vuestro martillo destructor ha pulverizado? Ella está en los corazones, donde no podeis apagarla; en las almas, á donde no llega vuestra mano rapaz; en las conciencias, en donde la Religion os condena; en el universo, en que habla á todos los hombres; en el cielo, donde os juzgará. ¡Destruyores imbéciles; gritásteis victoria! ¿Dónde está vuestra victoria? Los templos de María ya no son ricos, pero son sagrados, siempre sagrados; están desnudos de alhajas, pero siempre llenos de devotos; ha desaparecido la rica pompa, mas ha quedado siempre el culto; ya no nos podemos postrar sobre el precioso mármol, pero lloraremos en el duro suelo.» Si; cuando el racionalismo filosófico ha aparecido destruyendo el culto de María y saqueando sus imágenes, la fé de sus hijos ha crecido más y más; ántes casi todos los meses tenian alguna fiesta de María, en que los católicos la alababan particularmente; ahora, no contentos con esto, la dedican un mes entero, el mes de Mayo, que ya no se conoce en Europa sino por *El Mes de María*. Y cuidado, amados míos, que esta devocion nació en Italia y se introdujo en Francia poco ántes que subiera al cadalso el justo Luis XVI, es decir, cuando el racionalismo empezaba á cantar victoria.

Hemos recorrido los siglos, y hemos visto cumplida en todas las generaciones la profecía de María, pues todas la han llamado dichosa y bienaventurada. Pero nuestras observaciones no serian completas si pasásemos por los acontecimientos con rapidez; retrocedamos, pues, y con vuelo rápido atravesemos todas las épocas nuevamente.

Ya cuando María entonára su cántico existia una cor-

poracion religiosa, que entre los hijos de Israel floreciera en santidad desde que Elías y Eliseo la fundáran en el Carmelo y en Bethel. Cuál fuese el motivo por que estos Profetas fundáran casas de religion, no lo ignora quien recorra la historia de la defeccion de las diez tribus: el pueblo habia abrazado la idolatría, y no quiso Elías que se concluyese en su pátria el verdadero culto del Señor. En tiempo del Bautista aún existian estos hombres escogidos, que seguian las máximas de los Profetas, y esperaban al Mesías con fé viva. ¿Cuál era el símbolo especial de aquel cuerpo religioso? ¡Ah! Elías viera desde la cima del Carmelo este símbolo sagrado: aquella nubecita que no era mayor que una huella humana, era la figura de María, que humilde en su aparicion, se extenderia con grandeza y gloria por toda la tierra.

Bien puede, pues, esta vírgen desafiar á todos los enemigos de sus glorias desde la casa de su prima Isabel; bien puede cantar que la han de aclamar feliz todas las generaciones; porque en aquel mismo Carmelo donde Elías viera su tipo, han de entonar sus hijos himnos de alabanzas al Señor; allí han de echar de nuevo los cimientos de aquella Congregacion destinada á cantar dia y noche las glorias de María. Se trastornarán los imperios; el mahometismo asolará el Oriente y la Palestina; el desórden se apoderará de todos los pueblos, pero entre tanto no faltará quien entone cada dia cánticos de bendicion á María; los hijos del Carmelo son los primeros ascetas que hay en la Iglesia primitiva; ellos edifican un templo humilde en el sagrado monte, y allí se dedican al ayuno, á la penitencia, á la oracion, á la salmodia y á las alabanzas de María. Si quereis ver quiénes son estos hombres ejemplares, mirad siglo por siglo los Santos y los Doctores que salen del seno de esa familia de María. Si quereis ver lo que hacen para propagar las glorias de María, leed la historia de los Albertos, la de los Simones Stok,

y os admirareis al ver que el Oriente en los primeros siglos, el Occidente en la Edad Media, debe á los hijos del Carmelo el gran incremento de devocion de los pueblos para con María.

Hasta ahora la profecía de María ha sido infalible; todos los siglos, todas las generaciones, todos los pueblos la han venerado y alabado. ¿Podrá desmentirse en el porvenir? ¡Ah! Preguntadlo á la incomparable Teresa de Jesus; ella os dirá que gastó toda su vida en dar un nuevo realce á los hijos del Carmelo para que reflorciese esta congregacion con el fervor de la primitiva Iglesia y se perpetuase en ella el culto de María hasta la consumacion de los siglos; preguntadlo á los fieles, y todos os dirán que no han recibido de sus padres otra herencia más querida que la devocion á María. Sí; el Carmelo resplandecerá siempre con brillantes luces de santidad y virtud, que estarán cimentadas en la devocion á María, y aunque la persecucion del racionalismo en los últimos dias sea tan terrible que cual huracan subterráneo sacuda los cimientos de ese monte y lo derribe, ahí quedará la Iglesia toda, siempre triunfante y lozana, siempre llena del verdor de la fé, y no se pasará un solo dia, ni una sola hora, ni un solo instante, en que no diga á María: «Dios te salve, Estrella del mar, Santa Madre de Dios, Vírgen incorrupta, Puerta del cielo. ¡Dios te salve!»

Voy á concluir, aunque á pesar mio, pues mi alma goza de las delicias del cielo cuando estoy hablando de María. Mas ántes de descender de este lugar sagrado, voy á emitir la razon fundamental por qué María ha de ser aclamada por todas las generaciones. ¿Por qué? Porque desde el principio del mundo hasta la consumacion ninguno se ha salvado ni se salvará que no deba este beneficio á María; si ha tenido la humanidad un mediador, lo debe á María; si la sangre del cordero nos ha lavado, lo debemos á María; si las puertas del cielo se han abier-

to, lo debemos á María. Así, miéntras dure la Iglesia de Dios, no se cantará un solo himno al Redentor sin que haya una estrofa para María.

Razon tuviste, pues, para cantar tus glorias, ¡oh Virgen sagrada! Razon tuviste para decir á tu prima Isabel que todas las generaciones te llamarían dichosa. «Eres Tú, te diré con el devoto San Ildefonso, eres la dichosa entre las mujeres, la Virgen incorrupta, la Señora entre las siervas, la Reina entre las hermanas. Desde que has consentido en ser Madre de Dios, te llamarán feliz todas las generaciones, bienaventurada todas las virtudes celestiales, bienaventurada todos los Profetas, bienaventurada todos los pueblos. Nosotros tambien te aclamaremos y vitorearemos para siempre. Bendita eres Tú, ¡oh Madre amantísima! Bendita para nuestra alma, bendita para nuestra fé, bendita para nuestro amor, bendita en nuestras predicaciones.» ¡Ah! En cambio de lo mucho que os amamos, concedednos una gracia: levantad aún esa planta generosa y esforzada; estrellad con ella esas herejías modernas, que se han revestido del racionalismo como de una púrpura, proclamando su imperio en la tierra; salvad la navicilla de Pedro, tan violentamente atacada por los hombres perversos que han alzado contra Dios el pendon de la rebelion y se proclaman emancipados del suave yugo de la ley divina; inflama más y más los corazones de tus hijos en las llamas del amor de tu amado Jesus, para que, reconocidos á los beneficios que nos ha hecho, lo bendigamos y alabemos en todas nuestras obras, y palabras, y pensamientos, en esta vida y en la otra, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

INSTITUCION DEL ÓRDEN DE LA MERCED,

REDENCION DE CAUTIVOS.

PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

*Magna et mirabilia sunt opera tua Domine
Deus omnipotens.*

Grandes y admirables son tus obras, ¡oh
Señor Dios Omnipotente!

(APOCALIP., cap. xv, vers. 3.)

Tienen las obras humanas la fatalidad de ser desiguales en su aparicion y en su ocaso; semejantes á los rios caudalosos nacidos entre breñas oscuras, son diminutas é imperceptibles cuando principian, y luégo que han adquirido grandes incrementos, ó bien entran en el gran abismo de los tiempos que todo lo degradan y confunden, ó bien, como el castillo antiguo y deshabitado, se caen y desmoronan por sí mismas. Si examinamos las grandezas mundanas, veremos que todos los palacios grandiosamente esculpidos y dorados tienen su cimiento enterrado entre sombras; si fijamos la vista en los mayores imperios, nos admiraremos al ver cubiertos de púrpura y de brocado á muchos cuyos ascendientes arrastráran algun dia la cadena, ó mancháran el tejido de su vida con crímenes de gran tamaño. Roma y su imperio son la prueba irrefragable de la triste oriundez de las obras del hombre, y sin ir á siglos remotos, el nuestro nos ha mostrado el cuadro de algunos hombres que han mandado á pueblos enteros en su edad viril, habiendo nacido en cunas innobles, y pasado su infancia sin tener

to, lo debemos á María. Así, miéntras dure la Iglesia de Dios, no se cantará un solo himno al Redentor sin que haya una estrofa para María.

Razon tuviste, pues, para cantar tus glorias, ¡oh Virgen sagrada! Razon tuviste para decir á tu prima Isabel que todas las generaciones te llamarían dichosa. «Eres Tú, te diré con el devoto San Ildefonso, eres la dichosa entre las mujeres, la Virgen incorrupta, la Señora entre las siervas, la Reina entre las hermanas. Desde que has consentido en ser Madre de Dios, te llamarán feliz todas las generaciones, bienaventurada todas las virtudes celestiales, bienaventurada todos los Profetas, bienaventurada todos los pueblos. Nosotros tambien te aclamaremos y vitorearemos para siempre. Bendita eres Tú, ¡oh Madre amantísima! Bendita para nuestra alma, bendita para nuestra fé, bendita para nuestro amor, bendita en nuestras predicaciones.» ¡Ah! En cambio de lo mucho que os amamos, concedednos una gracia: levantad aún esa planta generosa y esforzada; estrellad con ella esas herejías modernas, que se han revestido del racionalismo como de una púrpura, proclamando su imperio en la tierra; salvad la navicilla de Pedro, tan violentamente atacada por los hombres perversos que han alzado contra Dios el pendon de la rebelion y se proclaman emancipados del suave yugo de la ley divina; inflama más y más los corazones de tus hijos en las llamas del amor de tu amado Jesus, para que, reconocidos á los beneficios que nos ha hecho, lo bendigamos y alabemos en todas nuestras obras, y palabras, y pensamientos, en esta vida y en la otra, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

INSTITUCION DEL ÓRDEN DE LA MERCED,

REDENCION DE CAUTIVOS.

PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

*Magna et mirabilia sunt opera tua Domine
Deus omnipotens.*

Grandes y admirables son tus obras, ¡oh
Señor Dios Omnipotente!

(APOCALIP., cap. xv, vers. 3.)

Tienen las obras humanas la fatalidad de ser desiguales en su aparicion y en su ocaso; semejantes á los rios caudalosos nacidos entre breñas oscuras, son diminutas é imperceptibles cuando principian, y luégo que han adquirido grandes incrementos, ó bien entran en el gran abismo de los tiempos que todo lo degradan y confunden, ó bien, como el castillo antiguo y deshabitado, se caen y desmoronan por sí mismas. Si examinamos las grandezas mundanas, veremos que todos los palacios grandiosamente esculpidos y dorados tienen su cimiento enterrado entre sombras; si fijamos la vista en los mayores imperios, nos admiraremos al ver cubiertos de púrpura y de brocado á muchos cuyos ascendientes arrastráran algun dia la cadena, ó mancháran el tejido de su vida con crímenes de gran tamaño. Roma y su imperio son la prueba irrefragable de la triste oriundez de las obras del hombre, y sin ir á siglos remotos, el nuestro nos ha mostrado el cuadro de algunos hombres que han mandado á pueblos enteros en su edad viril, habiendo nacido en cunas innobles, y pasado su infancia sin tener

ni aún lo preciso para cubrir su cuerpo. Sí; todas las obras humanas tienen un origen abyecto; todas las grandezas mundanas se han formado gradualmente y se han encumbrado para desmoronarse y perecer.

No son así las obras divinas; sea que las consideremos producidas inmediatamente por el mismo Dios, sea que Éste las haya realizado por medio de las criaturas racionales, siempre están llenas de grandeza y majestad; no conocen la alternativa que afecta á las humanas; no se elevan para bajar, ni brillan para oscurecerse; y por más que se hallen mezcladas con los acontecimientos del mundo y la sucesion de los tiempos, éstos pasan, y aquéllas permanecen.

Para comprobar esta verdad no traeré á vuestra memoria ni las operaciones de Dios, que tienen por término la misma esencia divina y sus personas, ni aquéllas que en la plenitud de los tiempos fueran realizadas por el Verbo eterno entre los hombres, porque las unas no conocen principio ni fin, y las otras son tan indefectibles como la Divinidad que las ha producido: sólo pienso corroborar mi pensamiento delineando hoy el hermoso cuadro de otras obras emanadas del amor divino, y ejecutadas por hombres verdaderamente grandes; en ellas vereis impreso el sello de la mano celestial que las ha fabricado, y sea que las observeis en su principio, sea que las miremos en sus progresos, siempre aparecen grandes y admirables. *Magna et mirabilia sunt, etc.*

Ninguno de vosotros puede ignorar ya el asunto que voy á tratar; la institucion de un Orden religioso, sugerido por la misma Madre de Dios á tres varones ilustres. Hé aquí una obra grande á todas luces. La ciencia humana, la ilustracion del siglo, estaban bien léjos de idear un medio tan eficaz como éste para aliviar la desgraciada suerte de los hombres; presentarse ante los tiranos á ofrecerles el precio que quisiesen exigir por la vida y

libertad de los cautivos; quedar cargados con las cadenas que abrumaban al cristiano en la mazmorra del moro, eran empresas inaccesibles á la débil razon del hombre; pero la Religion inspira siempre pensamientos infinitamente superiores á la filosofía carnal. La aparicion de María á Pedro Nolasco hubiera sido un favor personal para este justo, si sólo se hubiese ceñido á dispensarle alguna gracia individual; mas la aparicion para instruirle en el medio que habia de adoptar para redimir al cautivo, es un favor universal, dispensado por la mediacion de aquel Patriarca á todos los hombres. Esta es la obra grande que va á ser el objeto de mi discurso y de vuestra atencion religiosa; y es tanto más grande y admirable, cuanto más exprime la gran obra de la redencion del hombre ejecutada por el Hijo de Dios. *Magna et mirabilia sunt opera tua Domine, Deus Omnipotens.*

Justo es ¡oh Madre de Dios! que al enunciar una obra que exclusivamente os pertenece, inspireis á un ministro de vuestro Hijo palabras dignas del ministerio augusto que en este momento debo ejercer; para mover tu piadoso corazon permíteme que, postrado á tus régias plantas, repita las palabras con que Gabriel anunciára al mundo la llegada de la redencion.

AVE MARÍA.

Cuando el hombre se asimila en sus obras á las del Altísimo, necesariamente ha de dar á luz cosas grandes y estupendas. Voy á explicarme. No es posible que haya una asimilacion natural en el obrar entre dos seres que distan entre sí infinitamente; la creacion súbita de los cielos y la tierra, la produccion instantánea de las plantas y de los frutos, la formacion de las bestias y reptiles, son para Dios obras de poca monta; matizar los azules cielos con innumerables estrellas, empastar en un

momento el magnífico cuerpo humano, criar de la nada un alma espiritual é inmortal, dar á luz otro gran mundo intelectual, invisible á la materia habitante de los cielos, cuyo ministerio sea dar continuo impulso al mundo, guardar al hombre, servir y alabar al Criador, son para nosotros cosas admirables, estupendas y sobrenaturales; sin embargo, todas estas maravillas, y otras más que ignoramos, nada tienen de prodigioso si las contemplamos relativamente al que las cria; porque más natural es á Dios ser omnipotente y sabio para criar y conservar el mundo, que al hombre el discurrir y respirar; pues aunque estas últimas operaciones son naturales y esencialmente propias al hombre, siempre reconocen una dependencia, por ser acciones de criatura; mas nada de esto hay en el Sér divino, que todo lo tiene de sí mismo con una absoluta independencia. Es, pues, evidente que no puede haber una asimilacion perfecta en las obras propias de la naturaleza entre Dios y el hombre, pues para asemejarse á Dios de este modo era preciso tener su esencia y atributos. Mas existe entre Dios y el sér racional otra asimilacion moral; porque tanto Dios como el hombre no obran jamás sin proponerse un fin, fin recto y glorioso en Dios, porque siendo esencialmente sabio, justo y santo, no puede ménos de obrar en conformidad con sus atributos esenciales; fin que puede ser en el sér racional bueno ó malo, de gloria ó de ignominia, justo ó perverso, segun el objeto, el fin y las circunstancias. Manifestar su gloria, participar á las criaturas su dicha: hé aquí el fin primario y secundario de las operaciones divinas, cuya delineacion se nos muestra palpable en la formacion del hombre, en la creacion de los ángeles, en la de toda la naturaleza visible, y más que todo, en la redencion del mundo.

Si las acciones humanas son conformes en todo á la razon divina; si no se propone el hombre otro fin que la

gloria de Dios y el bien de sus hermanos, ¿quién duda que, salvo el principio de obrar bien, exclusivamente propio de la Divinidad, salva la dependencia que tiene la criatura de su Hacedor, existe en las obras morales una semejanza entre Dios y el hombre? ¿Quién no se pasma al ver que el debilísimo sér humano se reviste en este caso de tanta fuerza y poder, que es nada para él arrancar en sus cimientos un monte y arrojarle á lo profundo del mar, como dice Jesucristo?

Es así, amados míos; son entónces nuestras obras grandes, maravillosas y divinas; nada es para un Moisés mandar á los furiosos elementos y encadenarlos á su imperio; nada es para un Josué detener al sol en su veloz carrera; nada es para un Elías mandar al cielo para que lleve fuego; nada es, por fin, imitar á Dios en sus obras; porque quien no piensa ni obra sino para gloria de Dios y bien de sus hermanos, todo lo puede en Dios, como afirma San Pablo.

Comprendida por vosotros esta verdad, os aparecerá radiante á todas luces la obra del rescate de los cautivos inspirada por la Reina del cielo; una imitacion más adecuada de las obras divinas, apénas podrá darse en las criaturas; porque el mandar á los elementos, el resucitar muertos, el hacer milagros, son acciones que se ven en los Santos, revestidos al efecto por la fuerza divina; mas de tal modo son obras de Dios, que pueden ser realizadas por hombres de ningun mérito, como enseñan los teólogos; mas el cooperar directamente á la salvacion de las almas, el sacrificar por esta empresa sus bienes y su existencia, son ya obras de superior esfera, y en las que no puede entrar el hombre como parte activa, sin estar abrasado de una caridad inspirada por el Espíritu Santo, la cual, no sólo lo hace partícipe de la naturaleza divina, sino que lo convierte en un espejo donde se representa sin cesar aquel amor infinito que obligára á Dios á des-

cender de su trono por salvarnos, tomando nuestra carne y cargando sobre sus hombros las cadenas que nos esclavizarán. Pensadlo bien, amados míos; todos los genios sublimes que [han causado admiración al mundo; todos los héroes que con sus hazañas consiguieron inmortalizar su nombre, nunca hubieran sido ni sabios ni heroicos, si no hubiesen mirado como á un tipo nivelador á otros que les habian precedido. ¿Cómo podríamos comprender, si esto no fuera así, esas virtudes hereditarias que han perpetuado el nombre de muchas familias? ¡Ah! Yo no creo que haya un hombre que piense, que no se engría justamente al saber que sus ascendientes fueron sabios y virtuosos; yo creo que pocos son los hombres grandes que no tengan siempre presente un tipo de grandeza, que van delineando en sí mismos; y si no apartan de él su vista en sus obras, es muy fácil que se vea el cuadro original en la copia. ¡Cuán pasmosas serán, pues, las obras de aquellos que tienen á Dios por modelo, de aquellos que no tienen otro blason que aquel amor que enseña á sacrificarse por la gloria de Dios y el bien de los hermanos! Cuando el fin de las obras humanas es éste, necesariamente han de ver la luz cosas grandes y maravillosas. Justamente, pues, he afirmado que la institución del Orden de la Merced es una imitación de las obras divinas, pues exprime en todas sus partes cuanto hiciera el Verbo eterno para redimir al mundo. Examinad la historia; ved lo que hacen los hombres instruidos por María para esta gran obra, y no podreis ménos de confesar que puede ser el hombre tan grande, que imite al mismo Dios.

Decir que la época en que Pedro Nolasco instituyó su Orden era época de crímenes y desgracias, no sería decir nada, porque todos los tiempos llevan esta misma marcha: es preciso escudriñar el carácter del siglo XIII, «en el cual, como dice un historiador juicioso, no sólo había

muchos vicios y maldades, sino que la licencia y costumbre de pecar había casi apagado las luces de la razón.» El siglo XIII entre todos tiene el carácter peculiar de guerrero; en él vemos á los Federicos de Alemania y á los Ricardos de Inglaterra trasportados con grandes legiones á los campos del Oriente; los Luises de Francia elevan sus estandartes en las costas de la Siria; el mundo todo se halla armado de lanza y espada. Obispos, abades, sacerdotes, letrados, nobles y plebeyos se hacen señalar con la cruz, y surcan los mares, abandonando su patria por ir á conquistar otros países, en los cuales sus corazones religiosos no podian ver con indiferencia que dominase el islamismo, por haber sido la cuna de la Religión y la morada del Dios humanado; eran las Cruzadas. Entre tanto, el vandalismo de los albigenses introduce por do quiera la discordia y los desmanes de los pueblos; entre tanto no se ven en las naciones sino guerras civiles, que todo lo talan y aniquilan; entre tanto los hijos de Mahoma, viéndose atacados por los cristianos en sus propias fortalezas, conciben contra estos un odio implacable, cuyos efectos ninguna nacion los siente tanto como aquella que despues de seis centurias continuas media con ellos sus fuerzas para sostener su Religión é independencia. Hé aquí males bien tamaños; el cristiano en su propio suelo no conservaba sino el nombre, pues encontrándose á cada paso convertido en soldado, se entregaba á la demoralización, que es compañera inseparable de la guerra, y lejos de su hogar, caía en manos de enemigos crueles, que por vengarse de las pérdidas pasadas, los cargaban de cadenas, conduciéndolos á las mazmorras y al castigo cotidiano. Si el bárbaro hijo de la Numidia se hubiese contentado con sacrificar en su furor al cristiano hecho prisionero, este mal hubiera sido de poca monta, pues hubiera añadido muchos nombres más al catálogo de los mártires; pero una sabiduría infernal le enseñó á conser-

var la vida del cautivo para utilizarse de ella, y tener la gloria de hacerlo renegar á fuerza de sufrimientos prolongados; es decir, que la Religion se veia cubierta de oprobio en medio de sus hijos, que no observaban sus máximas, y en medio de sus enemigos, que veían cada dia blasfemado el nombre de Cristo por los muchos que lo negaban.

Desengañémonos: la ciencia humana con todos sus recursos no hubiera podido preparar jamás un dique á este torrente de males; opondria ejércitos á ejércitos, fuerzas á fuerzas; mas al fin, si muchas veces se alegraba en sus victorias, más de una vez lloró su vencimiento y sus derrotas. Despues de calcular los medios de sacudir el yugo sarraceno; despues de combinar y discurrir por largo tiempo, no hubiera hecho tanto como hizo María en un momento. Compadecida Ésta de los males del pueblo que miraba con predileccion, y deseosa de repararlos, ha sacado de antemano del país de los Albigenses á Pedro Nolasco, y le ha conducido al suelo eminentemente católico y devoto de María; allí ha sido testigo del denodado valor con que el cristiano ibero pelea por arrojar de sus hermosas ciudades al bárbaro, que no pusiera en ellas sus plantas sin destruir las aras de Jesus; allí ha visto familias enteras envueltas en lágrimas por haber perdido su único sosten, que, léjos de su hogar, yace en los oscuros calabozos de la morisma; allí ha empleado todo su rico patrimonio en sacar de entre los infieles á muchos cristianos; allí..., mas no intento panegirizar á este héroe de la caridad; sólo diré que, cuidadoso por el bien universal, no teniendo de qué echar mano para continuar su empresa noble y caballeresca, y ansioso por ser esclavo para que otros quedasen libres, dirigió sus votos al cielo, ya que no encontraba entre los hombres lo que deseaba. Aquí es donde queda confundida la filosofía del siglo; aquí son avergonzados esos sabios del mundo que,

no contando con las inspiraciones del cielo, dan á luz grandes teorías que alucinan cuando salen de sus labios ó de su pluma, y llenan el mundo de sangre y de ruinas tan luégo como quieren ponerse en práctica; aquí aparece á todas luces el vandalismo de esa filosofía que no sabe reformar la sociedad sino causando orfandades, asesinatos, sacrilegios y regicidios; esa filosofía que nivela á todos los hombres, sobreponiéndose ella á todos, ocupando los primeros rangos, apropiándose todas las riquezas, depredando todas las posesiones, y engrandeciéndose ella á costa del vulgo que ilusiona. María hiende los aires, y con rápido vuelo llega á la presencia del justo, que ora anegado en lágrimas por los males que acosan á la sociedad. Dos palabras de esta bienhechora del mundo son suficientes para subvenir á males tan crecidos. «Pedro, le dice: he oido tus repetidos ruegos; me he compadecido de los males de mis hijos, mas tú los vas á socorrer: llama á tu lado á hombres caritativos y benéficos que renuncien á los bienes del mundo y pidan limosna para rescatar á los cautivos, al mismo tiempo que ellos se consagren á mi Hijo con voto solemne de obediencia, pobreza y castidad.» ¡Ah! ¿No tengo sobrada razon para repetir que distan entre sí la filosofía de la Religion y la del siglo más que la luz y las tinieblas? ¿No es verdad que la una tiene la naturaleza del tigre y la otra la del manso é inocente cordero? Desde que María ha hablado, el cristiano va á ejercer las virtudes que lo hacen grande y feliz, y el Cristianismo no va á verse manchado con tantas apostasías; Pedro y sus hijos van á ser un Moisés que intrépido se presenta al tirano para que éste dé libertad al pueblo escogido; va á ser un Pablo, que, desprendido de todo bien terreno, recorre las ciudades del Asia recogiendo limosnas para socorrer la indigencia de sus hermanos.

En efecto, amados mios; la obra de la redención de

cautivos que María inspiró á Nolasco era una reproducción de las virtudes de los tiempos apostólicos; era el medio de unir á los pueblos entre sí, excitando en los ánimos aquella caridad que iguala verdaderamente á los hombres, pues se extiende á amigos y enemigos, á ricos y á pobres, á propios y á extraños, mirándolos á todos como á hijos de un mismo Padre, sujetos á las mismas miserias en esta vida, y compañeros de las mismas coronas en la otra, única igualdad que existe en el mundo, pues cualquiera otra no es más que una ficción de la vana filosofía, ensañada contra la autoridad y las jerarquías que Dios instituyó en la sociedad humana. ¿Queréis ver palpablemente la reproducción de estas virtudes? Seguid los pasos de los hijos y compañeros de Nolasco; caminan de reino en reino, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, sin olvidar ni la pobre aldea ni la desalbergada choza; nada buscan para sí, pues lo han abandonado todo por amor de sus hermanos, mas piden una limosna para redimir al cautivo. Con este lenguaje, no oído hasta entónces, no podían ménos de encender en los corazones el fuego del amor, expeliendo de ellos el rencor y ódio que habian alimentado las facciones formadas por hombres revoltosos. ¡Ah! Exponerse á los insultos de hombres endurecidos, padecer con resignación las fatigas anejas á esta empresa, exponer á todos la necesidad del desgraciado cautivo para excitar su compasión, era como decir con el Salvador: «El mundo conocerá que sois discípulos del Crucificado, si teneis caridad los unos para con los otros.» Era predicar con San Juan: «No nos contentemos en amar con palabras, sino con obras y verdad.» Era exclamar con San Pablo: «Aunque poseais las lenguas de los ángeles y el don de profecía, y conozcais todos los misterios, nada sois, si no teneis caridad.» Era decir á un pueblo lleno de lauros y victorias: «Tus lauros se marchitan, tus victorias se verán

cubiertas de ignominia, si no extiendes tu mano caritativa al hermano atribulado.» Un lenguaje tan elocuente habia de unir necesariamente los corazones divididos, y al presentarse con sus resultados á hombres bárbaros, los habia de amansar, porque abocarse con los Abderramanes á ofrecerles oro por los cautivos, era decirles: «Vinisteis al suelo cristiano á buscar tesoros y riquezas, ahí los teneis; nosotros los reputamos por estiércol, y os los damos; pero devolvednos á nuestros hermanos, que son de un valor inestimable.» ¿Quién no advierte aquí, amados míos, sancionadas por la Religion, las leyes fundamentales de la sociedad? ¿Quién no echa de ver que los hombres apostólicos han enseñado á los guerreros, y áun á los tiranos, que el hombre prisionero no debe ser tratado como esclavo irracional, y que el pueblo por quien peleó debe, en honor suyo, mirar por su rescate? Sí, ciertamente; la Religion ha enseñado á los hombres la sublime filosofía del amor fraternal; y aunque la ciencia impía se haya querido apropiarse en tiempos ulteriores las leyes de la guerra racional, nunca valdrán sus rapiñas y pedanterías para vender como cosa suya las indelebles máximas de la caridad que les enseñó el Redentor y los que le han imitado. Demos un paso más.

La empresa de mendigar de puerta en puerta para rescatar al prisionero, la resolución de presentarse ante unos hombres que no trataran jamás con el cristiano sino en el encarnizamiento de las batallas, eran obras grandes; pero el ardimiento de entregarse á las cadenas en lugar del cautivo, es un pensamiento que no podia tener origen sino en el cielo. ¡Qué heroísmo! Aferrado en sótanos profundos, abrevado con manjares hediondos, tratado como una bestia de carga, lloraba el mísero cristiano lejos del suelo que le vió nacer. ¡Ah! Era tan pronto un anciano venerable que súbita é inopinadamente fuera arrebatado del seno de su familia, que desde su ausencia

yace en miseria y orfandad; tan pronto era un esposo tierno, á quien el feroz numida hiciera conmutar los encantos de una amable consorte por la dureza del hierro; era aquí un hijo adorado, arrancado con violencia, con más fiereza que la que emplea el carnívoro leopardo para apoderarse del manso cordero; allí era una jóven cuyos talentos daban á la patria dias de gloria; en otra parte era una vírgen, cuyo pudor y virtudes honraban la Religion; y, por fin, eran otros tantos cristianos puestos en la alternativa de renegar de su Dios, ó de sucumbir á la fiereza de los azotes ó á los filos del alfanje. Bien pudiera suceder faltase el oro para dar libertad á estos desgraciados; bien podria suceder que la diversidad de oriundez, de educacion y de partidos hiciese mirar con indiferencia una calamidad, tanto ménos apta á excitar compasion, cuanto el teatro donde se representaba se hallaba más allá de los mares; mas nunca podia faltar la caridad de aquellos héroes cristianos que solemnemente juráran al pié de las aras quedar prisioneros en lugar del cautivo. Nada ha de detener á estos héroes del amor fraternal; saben que se condenan á ser azotados cada dia, á dormir atados á una cadena, á comer el pan de la tribulacion y á consumirse en lóbregos subterráneos; esta es la misérrima condicion á que se sacrifican, despues de haber renunciado á un siglo espléndido y altamente caballeresco, á la herencia paterna, á los placeres lícitos, y, por fin, á cuanto dulcifica en cierto modo nuestra triste peregrinacion en este mundo. Pero no importa; con tal que otros tengan libertad, ellos no dudan hacerse esclavos; con tal que otros sean felices, alegres se condenan á la esclavitud; librese el cristiano de los azotes y hierros, que los hijos de la Merced presentarán sus espaldas á los látigos, y sus manos y piés á los grillos y cadenas.

Este heroismo de la caridad cristiana, ¿no es aquel mismo que abrasaba al Apóstol cuando exclamaba que

deseaba ser anatematizado por la salvacion de sus hermanos? ¿No es esta aquella caridad que demostró el mismo, hallándose en el tribunal de Festo, con estas palabras memorables dirigidas á Agripa: «En lo poco y en lo mucho, deseo ¡oh Rey! que tú y los que me oyen seais lo que yo soy, excepto estas cadenas con que me hallo atado, cadenas tan preciosas que no quisiera cederlas á nadie?» ¿No es este aquel amor enseñado por el Verbo eterno á los hombres, y confirmado con el sacrificio de su vida: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam meam ponat quis pro amicis suis?* Con esta arma poderosa, los hijos de María subvenian á los males de su patria y salvaban á infinitas almas; familias sin número veian renovados en su hogar los antiguos dias de serenidad y bonanza; el padre volvía á estrechar en sus brazos al hijo que creia sacrificado; la esposa mudaba sus vestidos de duelo; la patria recobraba sus héroes; la Religion sus hijos, y el cielo sus moradores. Hazañas de tanto tamaño me recuerdan aquellas heróicas acciones que la imaginacion acalorada de los poetas inventára para divinizar á los hombres grandes de Grecia y Roma, y nos traen á la memoria la gloriosa carrera de aquellos generales muertos en el calor del combate por salvar á sus hermanos. Mas ¿qué digo? Los héroes de la Religion no pueden ser paralelados con los del mundo; la sangre, la pátria y el mundo no enseñaron jamás á dar la vida por sus enemigos; sólo la Religion ha podido inspirar al hombre este sublime dogma de la caridad, y los que lo practican sólo pueden compararse con Aquel que bajó del cielo á dar testimonio á la verdad y morir por sus enemigos. *Majorem hac dilectionem*, etc. ¡Ah! Si alguno dice que es imposible amar á sus enemigos, lléguese con los hijos de la Merced al campo del rescate, y mire con atencion cuanto pasa. ¡Qué espectáculo tan sublime á los ojos divinos, y áun á los de la misma ciencia mundana! Uno por

uno van saliendo los infelices que gemian entre los hierros del bárbaro, comprando su vida y libertad con las limosnas que trajera el religioso; se agotó el oro que hacía pasar al cristiano del campo de Mahoma al de Jesus; los cautivos, ya libres, echan sus brazos al compasivo redentor; mil ósculos y lágrimas de reconocimiento caen sobre aquellos piés que tanto se fatigáran por salvarlos; todos piensan en volver á su patria en union de su bienhechor; mas en vano: falta un cristiano que rescatar; vedlo: ya sale cargado de esposas, escuálido y macilento con los rigores; pero ¿quién es ese infeliz? ¡Ah! Es uno de esos impíos que han abundado en todas las épocas; de esos que reputan el monacato por institucion perjudicial á la sociedad; pocos años ántes se encarnizárá contra uno de aquellos religiosos que recorrían los pueblos pidiendo limosna para redimir al cautivo; se la negó, no pensando que podia él caer en manos del agareno; ultrajó al religioso con palabras, lo llenó de sarcasmos, lo despidió con ignominia, y al poco fuera él mismo conducido esclavo á las mazmorras de Argel. ¡Qué encuentro, amados míos! El religioso despreciado es el mismo que se halla al frente de este cautivo; se miran, se reconocen, las escenas pasadas se dejan descubrir en el rostro del ofensor y en el del ofendido; aquél no se atreve á dar un paso adelante; la vergüenza ha paralizado sus piés; mas ¡qué heroismo religioso! el hijo de la merced se apresura á dar expansion al corazon oprimido; se acerca... «Dame, hermano mio, le dice, esas cadenas que te martirizan; caigan sobre mi corazon todos tus pesares; vuelve alegre al lado de tu esposa que te desea; ve á consolar á tus hijos desgraciados;» y al decir estas palabras, más eficaces que el bálsamo para curar la herida, él mismo carga sobre sus hombros los hierros de su enemigo; éste queda libre; el religioso se hace esclavo por su amor. ¿Puede darse ejemplo de esta accion sobremanera heroica? Sí; su ori-

ginal existe en el Calvario, y se trasmite en los hijos de la Merced, en los héroes de la fé. Fuera de ahí no la hallareis. *Majorem hac dilectionem*, etc.

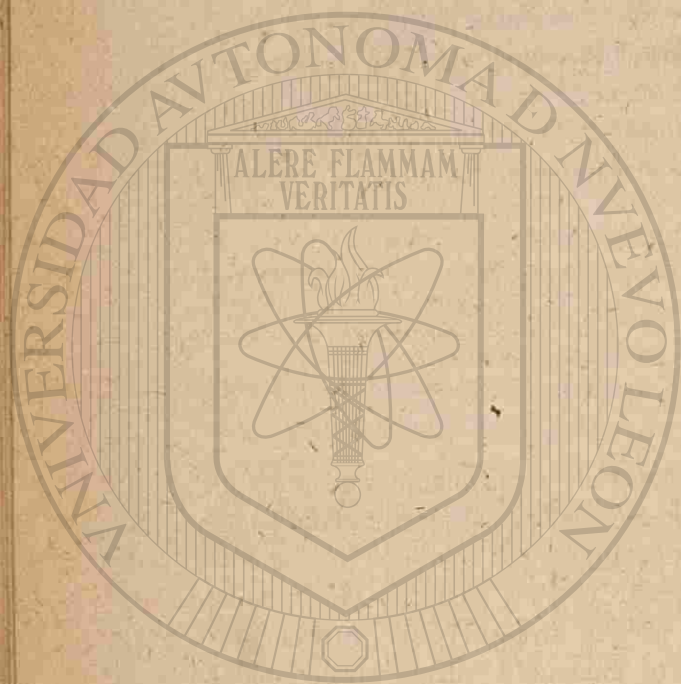
Juzgad ahora, amados míos, si tuve razon para afirmar que la obra de la redencion de cautivos es una copia de la obra de la redencion del mundo. Ved si es cierto que, distando el hombre infinitamente del Sér divino, hay entre uno y otro asimilacion en las obras cuando aquél trabaja por la gloria de éste y el bien de sus hermanos. Ved si puedo afirmar que las obras mundanas son siempre abyectas y defectibles, miéntras las de Dios llevan el sello de la solidez, nobleza y duracion. No me pertenece, pues, ya á mí, sino á vosotros, el calificar el atentado cometido por la filosofía impía, al condenar al exterminio á unos hombres que abrieran con su ejemplo y sus doctrinas vías anchurosas á la moderna civilizacion, de cuyas luces han abusado los hombres para hacer la guerra á Dios y á sus obras. ¡Ah! ¿Qué suerte cabria hoy dia á muchos desgraciados, si Dios no hubiese guiado á las plajas africanas, á esas perpetuas galeras del Cristianismo, un ejército denodado y valiente? Si Dios no se sirviere hasta de las pasiones humanas para realizar sus desigñios sobre los destinos del mundo, ¿cuántos hijos de la Iberia llorarian hoy en las cárceles de Numidia, sin tener esperanza de respirar el aire de su patria, por haber destruido el cristiano filósofo y arrogante del siglo XIX lo que edificára el religioso humilde del siglo XIII?

Por tanto, yo os adoro, Dios mio; yo adoro los decretos de tu Providencia en permitir que unos derriben lo que otros levantáran; yo os bendigo, porque quisiste que un príncipe cristiano aplicase la mina al último reducto de barbarie que tuviera el musulman. Y tú, sombra augusta, Rey magnánimo, hijo de San Luis, tú que descendiste de aquel trono teñido con la sangre inocente de tu hermano, tú, que no tuviste otro premio de tus vic-

torias sobre el africano más que el destierro y las lágrimas á que te condenára la cábala filosófica, recibe desde tu régio túmulo las más cordiales gracias que te consagran muchos cristianos para quienes reservados estaban los presidios de la Numidia, si tú no los hubieras derribado. ¡Vive en eterna paz, y está cierto que si el vandalismo ha proscrito tu nombre, la Religion conservará su memoria y te agradecerá el favor que recibió de tu mano; porque tú hiciste que reviviese la fé en la patria de los Agustinos y Ciprianos, y que fuesen pulverizados los calabozos dó lloráran algun tiempo Vicente de Paul y Ramon Nonnato! ¡Gloria y prez sean dados tambien á tí, ¡oh ejército noble y desinteresado! que escalaste aquellos muros inaccesibles á otros tan valientes como tú, aunque ménos afortunados! ¡Gloria y honor, pues con tus armas aniquilaste los bastiones regados con el sudor cristiano, y destruiste sus cadalsos ántes que desapareciesen...! ¡Ay! Al llegar aquí me he acordado de aquel infando dia, borron eterno de mi amada patria, en el cual el puñal sacrilego no perdonó ni á los hijos de la Merced, que se refugiaron bajo el manto de su Madre María, y al pensarlo, al considerar que hace mil trescientos años una Emperatriz, enemiga de Cristo, perdonó la vida á un Pontífice defensor de la verdad por haber tan sólo entrado en el Vaticano, y que hoy el vil plebeyo sacára de entre el manto de María al sacerdote, que era su protector, para asesinarlo, un sudor frio ha cubierto mi frente, mi corazon se ha helado de terror, mi mano consternada no ha podido sostener la pluma.

Perdonad, perdonad á tu pueblo, ¡oh Virgen augusta! porque, ¿quién podrá sobrevivir, si tú te revistes de ira? ¡Oh Paloma divina, refugio de los pecadores! Tu obra dura aún, ¡oh Reina de los ángeles, Madre de los hombres, Redentora de los cautivos! Miétras haya en la tierra discípulos de tu Hijo, se encontrarán corazones gene-

rosos y magnánimos, quienes por amor de sus hermanos se entreguen á las cadenas, á la espada y á la muerte. La prueba la teneis en los nobles pechos que aquí asisten, y hoy te consagran esta solemnidad. Aceptad sus homenajes, Virgen generosa; continuad protegiendo á nuestra patria y suelo; apartad de esta ciudad que os ama la cólera divina; alcanzadnos de vuestro Hijo aquella caridad que nos hace partícipes de la naturaleza divina en esta vida y nos conduce á la inmortalidad dichosa, que á todos deseo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

INSTITUCION DEL ÓRDEN DE LA MERCED.

*In his duobus mandatis universa lex
pendet et propheta.*

En estos dos mandamientos estriba toda
la ley y los Profetas.

(MATH., cap. xxii, vers. 40.)

La Religion de Jesucristo es la madre venturosa en cuyo noble y fecundo seno se engendrará un genio benéfico; la civilizacion del mundo. Por do quiera que aquélla ha pasado, ha dejado marcadas las huellas del bien; no ha estado de asiento en ningun paraje sin haber surcado profundamente el espíritu humano y echado en él hondas raíces de saber, de virtud, de ilustracion y de ventura. Como el sol cuyo esplendor expele las tinieblas nocturnas; como la llovizna que gota á gota va cayendo sobre tierra yerma para dar á las plantas sávia y verdor; como el iris que anuncia la desaparicion de la tempestad en el mundo físico, así la Religion en el mundo moral ha eliminado las tinieblas del error, ha fecundado los entendimientos humanos, y los ha elevado casi hasta el nivel de los ángeles, y ha abierto nuevas épocas de paz y de dicha á los hombres.

Cómo la Religion ha operado sus grandiosas conquistas, es una materia digna de nuestra consideracion. La gracia interior previniente que va ablandando el corazon

y lo convierte en blanda cera, capaz de recibir el sello que el autor del bien quiere imprimirle; las inspiraciones divinas son otros tantos agentes invisibles que, aunque inmediatamente tocan al espíritu humano y lo atraen con suavidad, no son, sin embargo, los medios exclusivos de que Dios ha echado mano para convertir al mundo. Para cautivar sin violencia á los hombres, la Religion ha puesto además en planta otros medios más visibles, más palpables, que están en analogía con el sentido y con la razon, con las ideas abstractas y con los hechos consumados; de tal modo, que la humanidad, en presencia de éstos, pudiese raciocinar, y viendo la admirable armonía de los principios con las acciones, de las ideas con las realidades, dedujese de unos y de otras una consecuencia infalible, y era la de afirmar que el mundo no podía ménos de ser feliz adoptando por norma de sus acciones la Religion revelada.

No quiero causar ansiedades á vuestro espíritu; voy á manifestaros cuáles son estos medios que la Religion ha adoptado como los más en contacto con el sentido y con la razon; son estos el apostolado y el martirio; porque en estos dos hechos está anunciado de un modo heroico el principio y raíz de todo nuestro bien, que es el amor de Dios y el de nuestros hermanos. El apostolado es la expresion sensible del amor más puro hácia la Divinidad, por cuyo honor el hombre sacrifica, no sólo su bienestar temporal, el ocio y tranquilidad, sino hasta su misma vida, no teniendo otra mira en su obrar que la santificacion del nombre divino, y el arraigo de la felicidad entre los hombres por medio del cumplimiento de la ley de Dios. El martirio es este mismo heroismo llevado á su mayor altura, en el cual cumple el hombre la inmolation de su cuerpo, ofreciéndolo á los tormentos en testimonio de su amor á la verdad y á su Autor.

Estos dos medios fueron suficientes para levantar á

la humanidad del vertiginoso letargo en que la sumiera el error de la culpa; Jesucristo es el primer Apóstol, pues desde que apareció entre los hombres, empezó á mostrar este heroismo y lo consumó en la Cruz; la Iglesia ha continuado ejerciendo este mismo sagrado ministerio, acomodado á los siglos, á las épocas, á los adelantos, á las circunstancias, á los pueblos y naciones, y por medio de él ha mantenido la fé en unos, la ha llevado á otros puntos del globo, germinando por do quiera lá piedad y la Religion con la palabra del Apóstol y con la sangre del mártir, que no caian en vano para la sociedad, pues tuvieron siempre por compañeras la prosperidad, los progresos en las artes y las ciencias, la paz y la dicha de los hombres. En resumen: el amor de Dios y el del prójimo, llevados al último grado de heroismo, han sido las dos armas con que la Religion ha civilizado y subyugado la tierra. La Iglesia, que es la fiel depositaria de los medios más conducentes á la ventura de los pueblos, nos muestra hoy una prueba irrefragable de esta verdad en la fiesta que celebra en honor de María Santísima con el glorioso y benéfico título de las *Mercedes*. Sólo este nombre es bastante para recordar la humillacion de la barbarie, la ruptura de las cadenas, la desaparicion de la inhumanidad y fiereza, al paso que excita en el ánimo las tiernas ideas del amor, de la beneficencia, de la civilizacion. Pero confesemos que no vereis eliminarse el oscurantismo y la opresion, ni aparecer la dicha y la ilustracion, sino por medio del apostolado y del martirio, á que llama esta Madre á los hombres de un modo singular al fundar la Orden de redencion de cautivos.

Hé aquí, señores, la idea que va á ocupar vuestra atencion en este discurso; de su completo desarrollo resultará, no sólo el acrecentamiento de vuestra devocion á María Santísima, sino el convencimiento más profundo de lo benéfica que es la Religion á los pueblos por donde pasa.

Apresurémonos á rendir homenaje de adoracion á ésta, saludando reverentes á la Madre de Dios con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

La redencion de los cautivos en la forma que María Santísima prescribió, es uno de los más notables acontecimientos del Cristianismo, porque en él se expresa en un solo acto cuanto hay de grande en la Religion, y se pone en práctica todo lo contenido en la ley y en los Profetas: el amor de Dios y el del prójimo. Esta sola circunstancia es suficiente para ennoblecer esta obra, aún dado caso que no la mirásemos como una emanacion directa de la misma Divinidad; pero aún se nos descubrirá más grandiosa si la consideramos con relacion á su fin inmediato, fin que está claro y manifiesto aún al hombre salvaje; porque se ve y se palpa con los sentidos. ¡Qué! ¿Es cosa que pueda pasar desapercibida el que un hombre llegue á playas inhospitalarias y empapadas en sangre humana, que éntre en el lóbrego subterráneo, que derrame allí abundantes lágrimas, uniendo sus mejillas con las del mísero encarcelado, que en seguida le diga palabras de consuelo, que al poco dé por su libertad cuanto tiene, que vaya despues de calabozo en calabozo haciendo en todos lo mismo, hasta no dejar á ningun afligido sin consuelo? Cuando vemos que una persona de distincion entra en un hospital á visitar á los enfermos, nos llenamos de un santo estupor al contemplar que el lujo nõ se desdeña de juntarse con los harapos, y que la mano de alabastro derrame el bálsamo sobre heridas hediondas; este hecho nos admira, aún dado caso que tengamos presentes los saludables documentos que sobre la limosna y la caridad nos da el Espíritu divino. ¿Cuánto más notables serán aquellos actos que llevan impreso el carácter del heroismo en

su último grado? ¿Qué sorpresa no causará al considerar que el mismo hombre que ha llegado á penetrar en los cóncavos senos de la barbarie, despues de haber libertado á muchos con sus sudores, no teniendo nada que ofrecer á un tirano por la libertad de su hermano, toma las cadenas con que éste está aprisionado, y queda él cargado con ellas, entrando en su condicion, soportando sus consecuencias y heredando su patrimonio, que consiste en habitar una cárcel, en comer negro y escaso pan, y beber el agua de las lágrimas, sin más condimento que el azote, la disciplina y los insultos?

Hé aquí, señores, lo que hay de sensible y palpable en la empresa de la redencion de cautivos; por rudo y bárbaro que sea un hombre, necesariamente se ha de parar, si casualmente pasa por el escenario del canje en que dos hombres se hacen mútua donacion, de libertad uno, de cadenas otro; de ventura y de gozo por parte del que redime, de desgracias y de lágrimas por la del redimido; porque en la sociedad humana son estas acciones como esos fenómenos celestiales que, apareciendo rara vez, llaman necesariamente la atencion universal, y tanto los ve el sábio astrónomo que comprende su origen, como el incivilizado zagal que tan sólo mira en ellos una materia luminosa, presagio de males inminentes, segun las creencias del vulgo sin ilustracion.

Mas debajo de esas apariencias, ¿no hay algo de grande y de sublime que excite la curiosidad humana y llame la atencion del hombre más distraido? Esas cadenas quitadas de unas manos encallecidas en la labor, para rodear con ellas unos brazos que no han sabido manejar más que la pluma ó el báculo pastoral, ¿no tienen un lenguaje mudo, pero expresivo? ¿Qué! Cuando el venerable Pontífice San Leon sale de Roma al encuentro de un Rey temible por sus victorias y por su barbarie, presentándole su frente encanecida, su rostro arrugado, su cuerpo encor-

vado, para que lo sacrifique con tal que salve á su pueblo; cuando el sabio obispo de Nola emplea cuantas riquezas posee en redimir cautivos, teniendo que mendigar en seguida un pedazo de pan; cuando, no teniendo ya un óbolo con que continuar la redencion, se ofrece á las cadenas para que vuelva al hogar doméstico el hijo único de una viuda; cuando aquellas manos, que habian escrito tan elocuentes tratados, manejan la esteva, al paso que pende á su cuello la cadena del cautiverio, ¿no se descubre al través de la accion material algo que nada tiene de comun con la materia, algo que tiene su origen en el cielo, algo que con mágica é irresistible fuerza persuade y convence? Sin esta circunstancia, no podríamos comprender cómo el orgulloso y altivo Atila desciende de su arrogante corcel y se postra ante San Leon, mandando á sus huestes que vuelvan á retaguardia y respeten á la Ciudad Eterna; sin esta virtud sobrenatural que se trasparenta en las acciones heroicas del cristiano, no sabríamos adivinar el por qué de los acontecimientos que han tenido lugar en las costas africanas, en que el cristiano cautivo se ha convertido en dueño y señor del que lo habia hasta entónces tiranizado. Si Paulino es despedido con honor de las playas infieles para que vuelva á su patria con todos los cautivos; si Vicente de Paul, en los últimos siglos, regresa á sus hogares despues de haber regado con su sudor las tierras de la barbarie, llevando consigo á su mismo dueño convertido, es porque con sus acciones han predicado el lenguaje elocuente de la caridad.

He presentado aquí unos cuantos hechos aislados; si buscamos la causa eficiente que los produce, es necesario remontarse hasta Aquel que dijo: «Amaos recíprocamente como yo os he amado.» El amor más heroico es aquel que nos lleva al extremo de dar la vida por los amigos. «El mundo conocerá que sois mis discípulos si os tuviereis recíproco amor.» Si pretendemos examinar sus

tendencias y su fin, es preciso leer toda la historia de las grandezas humanas, pues ni una sola hay que no sea la hija legítima de este lenguaje práctico de la caridad. La ciencia humana con todos sus recursos y medios no pudiera alcanzar lo que han conseguido los hombres que han adoptado aquella persuasion divina de la caridad. Un solo hecho nos lo demuestra.

Mirad á ese hombre desconocido que entra en la gran ciudad de Augusto; no dará un paso sin encontrar objetos los más á propósito para cautivar al recién llegado; aquí templos de alabastro en que el relieve descubre lo sublime del ingenio del hombre; allí estatuas de mármol; allí palacios soberbios; en una parte encuentra senadores que arrastran carrozas de oro; en otra nobles damas romanas que deslumbran con diamantes y perlas. ¿Sabeis quién es el nuevo morador de Roma? Pedro, el pescador de Galilea. ¡Ay, y cómo encuentra á esta eminente ciudad! Ni los Emperadores con sus fuertes legiones han podido establecer el orden social; ni los Senados fueron capaces de desterrar la arbitrariedad; ni los jurisconsultos y filósofos han sabido establecer los derechos del hombre; en medio de la majestad, está la vileza; al lado de las más sábias leyes, la más horrible barbarie; para el pueblo que se contenta con un negro pedazo de pan y el juego de los gladiadores, no hay lenguaje de conviccion, ni filosofía que ilustre, ni cetro que lo sujete. Pero esperad un momento; el discípulo de la caridad no viene á la ciudad, reina del mundo, ni á recibir favores de sus Emperadores y grandes, ni á doblar su cerviz á los filósofos altaneros, ni á dar incienso adulador á las altas matronas, ni á contemporizar con un pueblo vicioso y libertino, al paso que envilecido. Viene á anunciar la gloria de Dios ultrajada, los derechos del hombre perdidos, la barbarie de unos contraria á la caridad, el envilecimiento de otros opuesto á la nobleza natural del hombre; viene á anun-

ciar la verdadera civilizacion con las creencias de Jesucristo; viene á prometer dicha y felicidad en otro órden de cosas; y para que se dé asenso á cuanto dice, no quiere otro testimonio que el de su vida, que está dispuesto á dar. Hé aquí el apostolado y el martirio; observad sus resultados: Pedro enseña á los Césares la Cruz, y bajan de los tronos en que toda la ley era la arbitrariedad; la enseña á los filósofos, y éstos enmudecen; la enseña á los prefectos y patricios, y se visten de saco; la muestra al pueblo, y se hace sumiso á la autoridad, dócil á la ley y morigerado en sus costumbres: en confirmacion de su lenguaje, derrama su sangre; y más fecunda que las aguas de primavera, hace que broten del suelo ensangrentado miles de héroes, de sabios, de Santos, que al fin vencen la barbarie y la idolatría, y plantean la civilizacion.

¡Ah! ¡cuánto ha podido la Cruz! Pero pensemos, señores, que la Cruz no es otra cosa que el foco del amor cristiano con todas las demás virtudes: así como del centro de un círculo salen con igualdad todos los rayos, así de la Cruz emanan todas las virtudes. ¿Qué dice al mundo la Cruz? ¿Qué expresan esos dos pedazos de madera unidos? Son el testimonio perenne de lo que éramos, de lo que somos, de lo que podemos ser: son el movimiento eterno de lo que fué, de lo que es, de lo que será Dios para con nosotros; vemos en ella nuestro antiguo envilecimiento, nuestra actual dignidad y civilizacion, nuestra dicha y gloria futuras; vemos en ella que Dios estuvo un tiempo irritado con el hombre, que por medio de ella se canceló la deuda del mundo con Dios, siendo actualmente Dios de amor el que no fuera un día sino Dios de venganza; vemos que Dios mudó el estado de la sociedad, el del individuo, por medio de la Cruz, dando á aquélla nueva sancion y á éste nueva nobleza; enseñad, pues, este instrumento del bien del mundo, y cuantos lo vean ten-

drán que decir con el discípulo amado: «Si Dios dió su vida por los hombres, nosotros tambien debemos estar dispuestos á morir por Dios y por nuestros hermanos.» Este es el lenguaje del Apóstol y el del mártir: cuando aparecieron en el mundo los oradores y atletas que propalaron esta doctrina, el mundo tenía cadenas, y las rompió; la humanidad estaba envilecida, y se ennoblecó; las ciencias estaban manchadas, y se purificaron; los sabios se creían dioses, y vieron que eran nada; los grandes señores pensaron que eran inmortales en sus glorias mundanas, y supieron que no eran sino polvo animado momentáneamente, y, en fin, los desgraciados hijos de la mala fortuna estaban en la persuasion de que eran indignos de ser contados por hombres, y aprendieron con sorpresa que eran hijos de Dios. Y donde quiera que se vea este emblema de tanta grandeza; donde quiera que se hable este lenguaje, se han de ver los mismos resultados.

Hemos llegado á un terreno irradiante de luces celestiales: examinemos los eventos, y sabremos apreciar dignamente los beneficios de la Religion. En su historia y en la de un gran pueblo se encuentra consignado un hecho, y es el siguiente: de resultas de una vision nocturna se reunieron tres hombres eminentes, y determinaron fundar un Órden religioso, cuyo fin fuese, no sólo la práctica de los consejos evangélicos por medio de tres votos solemnes, sino tambien el emplearse en la redencion de los míseros cautivos que gemian bajo el yugo del implacable moro, obligándose, no sólo á atravesar reinos y provincias pidiendo de puerta en puerta para la obra de la redencion, no sólo á surcar mares procelosos, no sólo á descender á riberas sanguinarias y dar el rescate por el desgraciado cautivo, sino á quedarse en su lugar, áun dado caso que supiese que habia de ser condenado á los más atroces tormentos.

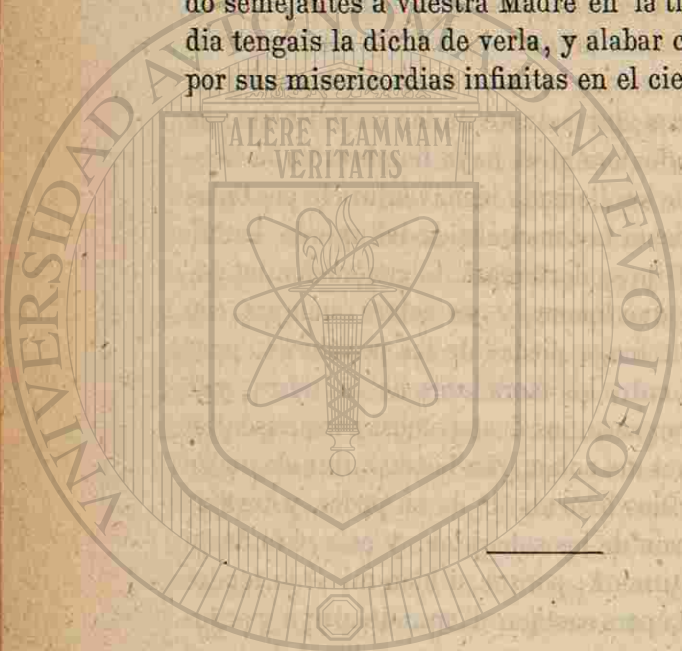
Este sublime pensamiento de la caridad cristiana se encuentra en las páginas del Evangelio; se había puesto en práctica por muchos hombres heroicos; mas no obligaba á nadie su realizacion; la caridad en grado sumo es un precepto que se extiende á todo hombre; la medida del amor hácia nuestros hermanos la llevamos en el amor que nos tenemos á nosotros mismos; pero el amor en grado tan heroico como el que inspira la redencion, no obliga á nadie: es un consejo de Jesucristo, al cual nos anima con su ejemplo. El practicarlo, el hacerse un precepto, un voto, el basar sobre este consejo erigido en precepto una gran asociacion, ¿de qué peso tan inmenso no debía servir para nivelar la sociedad desgraciada? ¿Cuánto no debía influir en los futuros destinos de los pueblos en cuyo seno se realizaba? Jacobo, rey de Aragon, Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort, eran los hombres sábios é ilustres que fundaban esta gran obra; la Reina del cielo era la que se la inspirára en una vision con que favoreció á cada uno de estos varones; la época de este acontecimiento era el siglo XIII.

Estos nombres nos recuerdan la época del combate sangriento entre la Religion y el fanatismo, entre la barbarie y la civilizacion, entre el Oriente y el Occidente. El mundo está dividido en dos bandos: cada cuál tiene su enseña; aquí tremola la Cruz, allí la Media Luna; victoriosa en Africa, dueña del Asia y dominante en una parte de la Iberia, la negra bandera del islamita hace los más terribles esfuerzos para señorear al mundo; al mismo tiempo el blanco lábaro se pasea en el centro de la Europa, y excita de tal modo el espíritu de los defensores de la Cruz, que todos, sin distincion de rango, de nacimiento, de condicion ó de dignidad, corren á las naves, atraviesan mares, llegan á costas enemigas, asaltan á los bastiones musulmanes, llenando de consternacion al Oriente, y consiguiendo librar el sepulcro de Jesus de las profa-

naciones de los agarenos. Hé aquí las cruzadas; hé aquí el espíritu de aquel siglo.

Si preguntase yo si había algo de bueno en las guerras que el turco promovió contra la Cruz, sería un sacrilego. ¡Ah! Mirando estas guerras bajo un punto de vista puramente social, no pueden ser miradas sino con horror; el hundimiento de la civilizacion en el Asia fué la consecuencia del levantamiento de la Egira; desde entónces se sentó en el antiguo trono de Constantino el más arbitrario despotismo; el pueblo perdió todos los derechos que el Cristianismo le legára, y que conservó miéntras duraron en aquellas regiones las creencias verdaderas; y este mismo pueblo, fanatizado con las visiones de un hombre plebeyo, es el que ha conquistado el Asia, dominado el Africa, el que amenaza á Europa, el que insulta á la Cruz, jurando su exterminio. Derrotado en mil encuentros, se vió por fin precisado á replegarse á su propio suelo, en que tuvo que medir sus fuerzas con las de los denodados cruzados. En el seno de aquel pueblo sanguinario no hay accion que no sea un crimen; desechado de no vencer al cristiano, ni en el campo ni en la mar, quiere apoderarse de él con astucia y maña infernales. Y ¡qué compasion! ¡Qué cuadro tan triste! Los mares se ven cubiertos de esquifes y de botes que la morisma envía á costas cristianas, con el único fin de arrancar al cristiano de su suelo. Aquí una vírgen se halla solazándose honestamente en la ribera del mar, y repentinamente es arrebatada por aquellos lobos marinos; allí el humilde zagal; en otra parte el venerable anciano, el sacerdote fervoroso, la madre cariñosa, ven caer súbitamente sobre sí á la infanda chusma, que ha llegado á la costa en leños invisibles, y en un instante su boca ha sido cerrada con mordaza, sus piés y manos han sido encadenados, y, cual saco de mercancías, han sido arrojados en la bodega de un buque, para ser trasladados al mercado de Argel. Esto

mino de la inmortalidad, y el contar sus virtudes el de la salvacion. No dejéis de servirla, porque el servicio á esta Reina equivale á reinar, y el ser su esclavo es ser rey (*D. Anselmus, lib. De Exalt. Virg., cap. XIX*); pero sobre todo, conociendo esas virtudes, haced por imitarlas, siendo semejantes á vuestra Madre en la tierra, para que un día tengais la dicha de verla, y alabar con Ella á su Hijo por sus misericordias infinitas en el cielo. Así sea.



SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE LA PRESENTACION DE MARÍA SANTÍSIMA

EN EL TEMPLO.

En dilectus meus loquitur mihi; surge, prospera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.

MI AMADO ME DICE: levántate, date prisa, amigamía, paloma mía, hermosa mía, y ven.

(CANT. CANT.)

¡Qué dulce es el amor del espíritu divino para con las almas! ¡Qué suaves son sus voces! ¡Cómo expresen la nobleza de los sentimientos! ¡Cómo encantan á quien les da entrada en su corazón! ¡Con qué figuras tan patéticas se presenta para admirar, convencer y cautivar! Tan pronto es un amigo que llama á la puerta manifestando que las tinieblas de la noche le han sobrecogido, que el rocío ha empapado su hermosa cabellera, que tiene necesidad de descanso; tan pronto deja oír su voz sonora y armoniosa, para excitar en el alma el deseo de ver su rostro amable, hasta obligar á su amada á dejar el lecho, á salir entre los pavores nocturnos, á recorrer plazas y calles, á seguir á su amado que huye como el cervato de las selvas delante del cazador, pero de tal modo, que enciende más y más en el corazón el deseo de encontrarlo; aquí es un padre tierno que no tiene otro deseo que el abrazar á su hijo; allí es un compañero que se brinda á asistirnos en cada instante, á conducirnos á hermosos vergeles, donde nos deleite la aroma de las azucenas, y sean nuestro pasto

alimenticio las hermosas manzanas y las fragantes granadas. Otras veces son sus voces más atractivas, son sus llamamientos más tiernos, y sus acentos derriten el alma de tal modo, que ésta perecería si no se arrojase del todo en los brazos de su amado; levántate, la dice; date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; nuestro suelo está matizado de mil flores, nuestro ambiente no respira sino perfumes, una primavera eterna da vida á cuanto nos rodea, la amable tortolita deleita nuestros oídos con sus suaves ecos; no te detengas, date prisa: *Surge, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.*

Responder al primer llamamiento de esta voz divina, es el principio de toda nuestra dicha; permitir por nuestra tibieza que el divino esposo se vea obligado á reiterar sus insinuaciones, puede sernos perjudicial; cerrar los oídos á los amorosos ecos, es sin duda arrojarse en la sima de la perdición; porque, ¡ah! el espíritu divino no quiere violentar á nadie; si alguna alma le ha de dar la mano, ha de ser porque ella se enamora libremente de aquella bondad, de aquella belleza infinita que se le insinúa entre mil figuras, que se manifiesta entre dulces apariencias, que se declara entre mil favores; entónces Dios la descubre un solo rayo de su belleza, y esta alma queda extasiada; la hace entrever uno solo de sus cariños, y esto basta para que no sepa amar sino á su Dios, siguiéndole á todas partes como el corderito á su madre, sea entre las amenidades de los consuelos, sea entre las arideces de los trabajos.

Cuáles sean estos deliquios, cuáles estos favores, no podré decirlo, si me atengo á mí mismo, y de ello sólo podré culpar á mi corazón demasiado frío en el amor divino. Pero voy á ensayar de manifestarlo por lo que sabemos de María; el Esposo divino la llamó desde el primer momento de su existencia, pero sus ecos no resonaron en un corazón ingrato; apenas pasó esta criatura

los días de su lactancia, se separó de los objetos más caros á su corazón, se encerró en la soledad, para darse sin reserva al Dios que la llamara. ¿Quién conduce á María al templo Santo? ¿Quién la inspira la renuncia y separación de sus padres? El amor. ¡Ay! el amor divino. Voy, pues, á presentaros el admirable cuadro de un alma enamorada de Dios; el objeto es demasiado sagrado para que surjan en vuestros espíritus otras ideas que las inspiradas por la Religión; la infancia de María va á ser hoy una escuela donde aprendamos todos á no ser ingratos á un Dios que nos ama; á no ser crueles para con nosotros despreciando su amor, en que estriba nuestra dicha.

Niña augusta, depositaria del candor y de la pureza; al hablar de tus acciones, más parte tiene mi corazón que mi entendimiento en lo que digo, porque ¿quién podrá comprender lo que Tú eres en tu dignidad y en tus virtudes? ¡Oh, no me levantaré de tus sagradas plantas hasta no sentir en mí aquel fuego que abrasa los corazones, y aquella luz que ilustra las almas! A este fin se dirigen las palabras con que te saludo.

AVE MARÍA.

El amor que tenemos á Dios los hombres, aquel sobre todo de que están abrasados los justos, ha ido tomando cuerpo sucesivamente, de modo que transforma el alma, la engrandece y la fortifica, siguiendo en el orden moral el mismo sistema que se advierte en el orden físico, en los seres que, salidos de las manos de Dios con todas las perfecciones genéricas, van gradualmente desarrollando estas mismas perfecciones en el individuo. Esta verdad es palpable, y está en completa analogía con las operaciones del alma racional. ¿Por cuántos y cuán diferentes estados no pasa ésta antes de llegar al estado perfecto de racionalidad

práctica? ¿Qué variaciones no sufre hasta poseer una ciencia profunda y una sabiduría consumada? Cuando el soplo divino entra en el cuerpecito humano recién formado, es el alma, á no dudarlo, un ser perfecto en todas sus potencias, y encierra en sí el germen de mil grandezas; más tarde ha de recibir este espíritu tanta expansión, que ha de examinar todos los principios, ha de crear sistemas, ha de viajar por el firmamento, ha de penetrar en el tenebroso caos del abismo, ha de querer rivalizar con los ángeles, y ha de intentar acaso fijar una mirada perspicaz y detenida en el mismo Sér increado; pero entre tanto tiene que permanecer siete meses entre las sombras de un sepulcro animado, sin sensibilidad, sin movimiento y sin acción; después sufrirá todo el idiotismo de la infancia, y como esos cuerpos aéreos siempre móviles, irá atravesando la puericia, entrará en los atollamientos de la mocedad, se le abrirá el vasto teatro del mundo en su juventud, siempre agitada, siempre combatida; tan pronto militando en el campo de la mentira, tan pronto en el del error; aquí viendo un horizonte bello, allí una atmósfera oscura; hasta que, enseñada por los años, se fija con solidez, discurre con criterio, medita con detención, obra con peso y madurez, poniendo en acción noble todos aquellos grandes resortes intelectuales que recibiera al ser criada, pero que no pudieron desplegarse con perfección sino con la sucesión del tiempo. Ningun hombre grande, ningun sabio, ningun héroe ha tenido otra carrera.

Por los mismos trámites entra el alma en el camino del amor divino; porque, no lo dudemos, así como en el orden físico toda la grandeza de nuestro entendimiento se cifra en la adquisición de las ciencias, y la de nuestra voluntad en amar lo bello, lo grande, lo sublime, en el orden moral todo el grandor del alma está encerrado en amar á Dios, no sólo como criador de cuanto existe, no

sólo como al fin de nuestra dicha, sino mucho más: como al Sér perfectísimo que encierra esencialmente la bondad, la justicia, la santidad y todos los atributos cuya contemplación arrastran al alma, la enamoran y la extasián. Mas ¿de qué modo se realiza en el alma este enamoramiento y estos éxtasis? Sellada desde su primer albor con el conocimiento de Dios, entra en el vasto teatro de este mundo; en sus primeros años apenas comprende ni su propia existencia; levanta sus miradas al firmamento, y ni advierte la armonía de los cielos, ni examina sus movimientos, ni conoce las causas de la luz del día y de las tinieblas nocturnas; las flores le encantan con sus aromas y colores, las avejillas le distraen, los monstruos le aterran, las tinieblas le llenan de pavorosas ideas, la naturaleza toda es para el alma por entonces un objeto quizá delicioso, quizá indiferente, pero que no suscita ninguna idea filosófica ni instructiva; tal es el estado del alma en sus primeros años, estado de ignorancia, que predica de un modo asombroso la existencia de una gran herida causada por el pecado. Pero ¡dejad que el tiempo obre, que se desarrollen los órganos sensitivos, que llegue el hombre á una edad conveniente, y entonces no elevará el hombre sus ojos al cielo sin advertir que le está anunciando la gloria de Dios, y convenciéndose de que sus astros son obra de la mano divina, no se detendrá en los objetos terrestres sin preguntar á la naturaleza, para que le instruya! Entonces, arrobado entre tanta belleza criada, se dirá á sí mismo: «Si tan hermoso es el cielo y la tierra, ¿cuánta no será la hermosura del que los crió? Si tantos goces y encantos causan á mi espíritu las flores, las plantas, los frutos, ¿cuánta dicha no me espera en la contemplación de una belleza tanto más lisonjera para mí, cuanto mayor analogía tiene con la espiritualidad de mi alma?» Deseoso de adquirir, ansioso por poseer, y no encontrando en lo vi-

sible objetos que llenen completamente su corazón, necesariamente ha de suspirar por la posesión de un bien que no se puede ver, pero que se palpa en cierto modo en cuanto rodea al hombre; pero la belleza de las criaturas es un retrato de la del Criador: las riquezas de la tierra, el imperfecto trasunto de las del cielo, y cuanto existe animado ó inanimado, como afirma el Sabio, es la más convincente prueba de la existencia de la Divinidad. ¿No es este el medio por donde llegan los hombres al amor divino? Sí: Dios nos enseña una parte de su hermosura, para que tengamos las demás en lo que ellas merecen; Dios nos revela su felicidad como objeto de nuestra adquisición, para que no nos creamos dichosos sino en Él, y de aquí es que el hombre, que naturalmente es egoísta y quiere poseer lo que más le encanta, lo que le llena más cumplidamente, desea naturalmente poseer á Dios. «De aquí es, dice San Agustín, que, sin violentar la voluntad humana, Dios, insinuándose en el entendimiento del hombre, excita en él grandes ideas, lo lleva tras de sí, lo enamora de sus bellezas, lo cautiva, pero de tal modo, que la cadena es el amor que se ha apoderado del corazón.» *Trahitur animus amore.* ¿Quereis ver un ejemplo? Enseñad, dice el mismo doctor, mostrad á un corderito un ramo verde, y se arrojara sobre él con precipitación; alargad á un niño vuestra mano con frutas, y lo atraereis. *Trahitur animus amore.*

En verdad, este amor del hombre para con Dios es interesado en sus principios, porque más se ama á Dios por lo que nos da, que por lo que Él es: pero no hay que extrañarlo; la debilidad de nuestra alma, originada del pecado original, hace que nos busquemos á nosotros en todas nuestras obras, en vez de buscar á Dios; la gratitud á los beneficios es la mayor prenda del alma, pero el deseo de su propia felicidad prevalece casi á pesar suyo; mas cuando se ama á Dios por gratitud, ¿no se ha dado

ya un gran paso para unirse á Él por amor puro, de tal modo, que se consagre á Él nuestra alma, no tanto por la gloria que nos promete, cuanto por su belleza y hermosura, correspondiendo al amor que Dios nos profesara sin interés propio, con otro que se le asemeje? Sí, la mayor parte de los Santos han corrido por estas vicisitudes; del amor inicial han entrado en el de gratitud, de éste han pasado al de amistad pura, hasta haberse transformado en cierto modo en el objeto amado, no de otro modo que el hierro arrojado en un gran horno se reviste de todas las propiedades del fuego, habiéndose primero despojado de su frigididad y de su herrumbre.

Tan singular como fuera María en todas sus virtudes y prerogativas, lo fuera también en el amor de su Dios; no entrara éste por grados en su alma; al paso que los demás se elevan hasta el Sér divino por la contemplación de sus obras; al paso que el más santo de los hombres puede decir con el Profeta que su corazón se inclina á cumplir la ley divina, esperando la retribución, María, sin esperar tiempos ni ocasiones, da un vuelo rápido, que empieza en su nada y llega repentinamente hasta el todo, que es Dios; los hombres no pueden obrar así; semejantes á la avecilla gravemente herida por el cazador en una de sus alas y caída en un terreno cenagoso del cual no se levanta sino después de muchos esfuerzos, yacemos nosotros en el fango del pecado original cuando empezamos á existir; nos saca de él la gracia divina, pero de tal modo, que no desaparece del todo nuestra ignorancia y fragilidad; quizás tenemos la desgracia de caer; nos volvemos á levantar, hasta que nos elevamos con la gracia divina sobre este mundo visible, contemplamos de un punto culminante toda su grandeza, y viendo que es nada, lo despreciamos, fijando nuestra atención en algo que sea más grande, en algo que nos satisfaga, en algo que sea esencialmente bello, en Dios, por fin, y lo amamos

hacian los infieles: su conducta era, no sólo antireligiosa, sino antisocial y contraria á todas las leyes de la humanidad.

Pero ya que hemos juzgado á nuestros enemigos, demos el fallo merecido á nuestros propios hermanos, para no ser tachados de parciales y fanáticos en nuestras opiniones y creencias. ¿Era bueno todo lo que hacian los cristianos de aquella época? ¿Vivian conforme al espíritu de su ley? En sus empresas, ¿los guiaba siempre la gloria de la Cruz y el bien de la sociedad? El Cristianismo habia echado hondas raíces en la sociedad; pero, sin embargo, ésta conservaba aún algunas reliquias de la barbarie: en medio del pueblo heróico, chocan sin cesar las pasiones con la moral, el espíritu con la materia, el orden con el desman, la caridad con la dureza, el derecho con el hecho; se proclaman las más santas leyes; se invoca la legitimidad, el derecho, la razon y la justicia; se apela continuamente al tribunal divino, y al propio tiempo no vereis sino violencias, injurias, atentados, raptos, incendios, despojos y desastres. Mirad aquellas cabezas cubiertas del yelmo en cuya altura brilla el penacho con la Cruz; bullen en ellas ideas grandiosas, vastos planes, inspiraciones sublimes; cada pecho es un santuario de nobles sentimientos, de generosas resoluciones, y en donde se conciben las acciones más heróicas; y si examinamos los hechos, encontraremos que la misma mano que salva á una doncella, arrebatada á otra; que el que es hoy héroe y caballero en un encuentro, es vil y ratero en un lance; encontraremos atropellamientos, indisciplina, insubordinacion; están cara á cara el vicio y la virtud, el orden y el desorden, la caridad y la violencia, el amor de Dios y el del mundo, las glorias de la Cruz con las del mundo. Este era el pueblo cristiano. Verdad es que un hombre del siglo XIX no está libre de ver estos excesos en su centuria; la lucha de los vicios con las virtudes es propia de

todos los tiempos y países, como que está fundada en la naturaleza del hombre, que hoy se eleva con las inspiraciones de la gracia, y mañana se degrada con las del vicio. Pero, no obstante la depravacion filosófica de nuestra época, á pesar de haber hoy día crímenes que no eran ni tan comunes ni tan conocidos en otras épocas, es preciso decir, con la historia en la mano, que aquel siglo, así como fué el más heróico y más grande por sus empresas, fué también grandemente relajado en sus costumbres.

Pues bien, señores; entre estos dos pueblos que se miran con mortal rivalidad, ocupando cada uno sus posiciones con celo, y atacando las del enemigo con ardor; entre estos dos bandos, de los cuales uno ataca el dogma, la moral, la civilizacion, la cultura y las artes, y otro protege las creencias, el derecho, la virtud y las leyes; entre estas dos grandes potencias, armadas para destruirse mutuamente, teniendo una por lema la media luna y por código la sensualidad, y otra la Cruz y el Evangelio, es necesario que se vean algunas acciones que instruyan á los creyentes y confundan á los infieles; no todo ha de ser presentar escuadras contra escuadras, y huestes contra huestes: la humillacion del corazon no ha de consistir únicamente en que el caballero cristiano haga prodigios de valor, sino en que al ir al combate como fiero leon, lleve en su corazon la mansedumbre del cordero, como decia San Bernardo á los soldados templarios. Era preciso presentar la caridad, y que saliese al público, como el arma más poderosa para amansar al fiero cristiano que defendia la Cruz sin practicar las virtudes que ella prescribe, y aterrar al infiel que intentaba aniquilarla bajo el inexorable filo de su alfanje.

La Virgen María, al aparecer á los tres hombres escogidos, suministra los medios de dar á luz esta empresa del amor fraterno. Bien pronto la Europa entera verá representarse en su centro y en sus litorales las más tier-

nas escenas de la caridad, y la sensual Asia se espantará al contemplar otras no ménos tiernas que tendrán lugar en sus ciudades más populosas. Seamos por un momento testigos de tan sublime cuadro, en unas y en otras regiones.

Después de muchas fatigas y sudores, han podido los hijos de la Merced reunir algunas cantidades para redimir á los cautivos; se acerca el momento de dejar la cara patria, los fieles amigos, los tiernos hermanos, para ir á cumplir con un deber sagrado, á que al pié del altar se han obligado con juramento solemne: entre las miradas y lamentos de un pueblo innumerable, sólo se ven unos rostros alegres y serenos; son los de los santos religiosos que van á embarcarse; todos los demás gimen bajo las duras inspiraciones del dolor; ya suben á las altas popas, y movidas las naves con viento bonancible, empiezan á hender las aguas con sus aceradas proas. ¡Ah! No bien ha empezado á bogar la flota de redentores, teniendo fija á una muchedumbre sin cuento, cuando el cielo empieza á cubrir su frente serena; recorren el espacio violentas ráfagas, negros rubarrones asoman por el horizonte, la tempestad ruge, la mar brama, las nubes fulminan rayos; las naves, furiosamente agitadas por los vientos, tan pronto ven pasar de proa á popa la mar enfurecida, tan pronto se sumergen en horrendas hondonadas; ahora se elevan hasta las nubes, luego se ven envueltas entre olas espumosas; las tinieblas las ocultan, la lluvia las anega, los rayos las hacen estremecerse, el huracan... mas corramos un velo á tanto estrago; volvamos á la muchedumbre de cristianos que ha quedado observando la marcha de los hijos de la Merced. ¿Qué sentimientos abriga en su corazón en aquel momento?

Ni uno solo ignora qué clase de hombres son aquellos que en aquel momento están combatiendo con la furia de los elementos; quizá hay en su número hijos de príncipes,

capitanes ilustres, nobles hidalgos que renunciaron al mundo por entrar en la religion de la caridad fraterna. Después de haber dejado pingües mayorazgos, y honores y dignidades, se han ofrecido á Dios en las aras del amor; ahora se les ve marchar á países lejanos, no á descubrir el oro de sus minas, ni á hacer ostentacion de la fuerza de su brazo, ni á acometer hazañas caballerescas; su único fin es redimir los cautivos con limosnas, y si éstas faltan, cargar ellos mismos las cadenas del prisionero. En presencia de los elementos que pretenden envolver á hombres tan caritativos y á la diáfana luz que arroja de sí el conocimiento del carácter y de la mision de aquellos hombres, ¿qué idea no tendria la muchedumbre? ¿Qué impresion no causaria en ella una escena tan tierna? ¡Ah! Yo dudo que pudiese haber un corazón que no se enterneciese, ni un alma que no se llenase de compuncion; cada cual al ver tan marcado heroismo, exclamaria con el discípulo amado: «Nosotros tambien debemos dar la vida por nuestros hermanos.» Yo dudo tambien que se disolviera la reunion sin que se propusiese cada uno vivir con arreglo á la ley del amor, anatematizando en sí y en los demás los raptos, las violencias, los robos, las usuras, como contrarias á la caridad que hablaba tan prácticamente.

Seguid ahora la fatigosa marcha de los héroes de la caridad: vedlos cómo, después de un naufragio inminente, van acercándose á las tierras infieles; observadlos atentamente, y os llenareis de un santo estupor. Apenas el centinela observa la proximidad de las naves cristianas, cuando un grito de alarma se extiende en las ciudades agarenas; mil y mil bocas de fuego se aprestan en los muros; mil y mil saetas son preparadas; cada cuál quiere tener la gloria de ensangrentarse en los pechos cristianos; cada cuál espera que la armada enemiga dispare un solo tiro para arrojarse sobre ella. Mas, ¡qué sorpresa! con paso

lento y majestuoso van acercándose los mástiles, en cuya punta flamea la blanca bandera; las brisas las agitan y llevan á los oídos de los bárbaros un suave susurro. *Paz, paz*, es el eco que resuena en todas partes; deponen todos las armas, bajan de las murallas, se acercan á las embarcaciones, y ¡otra sorpresa! ven en ellas hombres vestidos de blanco, anunciando en su traje, en su aspecto, en sus palabras, *paz, paz*. No se concluye aquí esta escena; saltan á tierra los hijos de María, y... «La paz, dicen, la paz sea con vosotros; no temais, no venimos á disputaros vuestros dominios, ni á medir con vosotros las fuerzas de nuestros ejércitos; hay aquí algunos de nuestros hermanos que viven en la cautividad, y deseamos salvarlos de las angustias en que lloran sin cesar. ¿Quereis dinero por su rescate? Ahí lo teneis. ¿Quereis sustituir sus personas por las nuestras, en caso de no alcanzar nuestros fondos al rescate? Aquí nos teneis. Y no bien lo han dicho, uno por uno han sido rescatados los cautivos, y no habiendo ya con qué darles libertad, se han ofrecido aquellas manos delicadas al hierro y á las esposas.

Y ¿qué diría un pueblo sensual en vista de este heroísmo? ¿Qué reflexiones no haría sobre la Religión que inspira estos sentimientos tan generosos? ¡Ah! A pesar suyo debían confesar que Ella era la Hija del cielo; entónces la caridad confundía el egoísmo, el amor fraternal la dureza de corazón; entónces comprendía aquel pueblo que al fin el cristiano, si no podía vencerlo con las armas, lo vencería con la caridad.

Hé aquí los faustos resultados del nuevo apostolado que María inspira á los hijos de la Merced. La caridad en acción era el lenguaje práctico, cuya elocuencia convenía al pueblo fiel y al infiel, al bárbaro y al civilizado, al que atacaba la Religión y al que la destruía, al que sumía la sociedad en la anarquía y al que la conservaba el orden. Hace ya seis siglos que tuvieron lugar los prime-

ros hechos que he referido; si queremos darles el justo valor, nos hemos de trasladar al mismo teatro de las escenas; porque los hombres tenemos la desgracia de querer juzgar á todos por lo que somos nosotros; formamos hombres ideales, sin pensar en que el hombre de hoy no se parece al de ayer; despues de seis centurias de progreso, hemos subido á tan elevada region, que los hombres antiguos nos parecen, no pigmeos, sino insectos imperceptibles; como el hombre que ha subido á un alto monte no ve sino en gran disminucion á los que andan en un llano, así vemos nosotros á los antiguos. Volvamos, pues, atrás, y veremos que el heroísmo de estos hombres es un portento, que sus religiosas hazañas preparaban los caminos á la anchurosa era de luces y de civilizacion en que vivimos. Hoy día no es necesaria la religion de la Merced en cuanto á redimir cautivos, porque no existen: hoy día aún los mismos cristianos viven entre los moros, sin que se les toque á su ropa; y ¿á quién se debe este favor? A la caridad activa y fervorosa del Catolicismo, que á fuerza de sacrificios ha inoculado hasta en los mismos infieles los inmortales principios que garantizan la persona del hombre, y la hacen inviolable, excepto en caso de crimen perpetrado.

¡Gracias, pues, gracias, ¡oh Religion santa! Yo te las doy á nombre de la humanidad, á nombre de este pueblo y á nombre del ilustre devoto que hoy celebra tus grandezas. ¡Gracias también á tí, divina Madre del Amor Hermoso, que bajaste del cielo á inspirar á los hombres estas grandes empresas! La delirante incredulidad tacha estas apariciones de María de ilusiones; pero ¡bendito sea el cielo! ¡Dichosas ilusiones que han engendrado tantas realidades! ¡Dichosas ilusiones que han radicado en la sociedad los principios de orden, de amor, de igualdad moral, de fraternidad y de progreso! ¡Dichosas ilusiones que han hecho caer de la mano infiel el alfanje exterminador!

¡Dichosas ilusiones que han abierto las mazmorras, que han salvado á los infelices cautivos, que han enjugado mil y mil lágrimas, que han consolado á mil y mil familias, y que han proporcionado al mundo tantos dias de paz y de gloria! ¡Dichosas ilusiones! ¡Cuán diferentes sois de esas ilusiones filosóficas que han cubierto al mundo de lágrimas, de luto, de orfandad, de revolución y de sangre!

¿Estais convencidos de lo grandioso de esta obra de la caridad, que principia por el apostolado y concluye por el martirio? Pues venid y adorad al Autor de todo bien, dándole gracias por los beneficios que nos ha dispensado, inspirándonos esa Religion divina que, no sólo nos hace mejores, sino felices; bendecid tambien á la piadosa María, que desde el alto trono de gloria en que reside se digna echar una mirada compasiva á sus hijos desterrados para aliviarlos en sus males presentes, y asegurarles los bienes venideros del cielo, que deseo á todos. Amen.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS EN CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA

HECHA Á LA VIRGEN.

*Hoc pro certo habet omnis qui te colit, quod
vita ejus si in probatione fuerit coronabitur,
si autem in tribulatione salvabitur.*

Mas esto tiene por cierto todo aquel que te
reverencia: que en la prueba será coronado y
en la tribulacion librado.

(TOBIÆ, cap. III, vers. 21.)

Sea loado tu nombre y bendecido, ¡oh Dios de mis padres! porque en los momentos de la tribulacion perdonas los pecados y extiendes tu mano de amor á los que te invocan. ¡Ah! El indomable vendaval me arrastró hasta la alta mar, y entre embravecidas olas me sumergiera horrenda tempestad; pisado habia el fondo del abismo sin hallar pié en su salobre seno; rodeado me ví por todas partes de peligros, y vanamente trabajé huyendo, vanamente alcé mi vista por todas partes buscando apoyo, pues nadie me salvó de la tribulacion sino tu brazo omnipotente. Adoren tu nombre los cielos y la tierra; entonen cánticos de júbilo los ángeles y el hombre, y la naturaleza entera dé saltos de alegría bendiciendo al Sumo Hacedor que me dejó abatir hasta el polvo para levantarme con su poder y poner en mis sienes la aureola de la gloria y el honor.

Hé aquí, señores, una plegaria sencilla, pero sublime, que al son de dorada arpa dirigió al Dios de sus mayores

¡Dichosas ilusiones que han abierto las mazmorras, que han salvado á los infelices cautivos, que han enjugado mil y mil lágrimas, que han consolado á mil y mil familias, y que han proporcionado al mundo tantos dias de paz y de gloria! ¡Dichosas ilusiones! ¡Cuán diferentes sois de esas ilusiones filosóficas que han cubierto al mundo de lágrimas, de luto, de orfandad, de revolución y de sangre!

¿Estais convencidos de lo grandioso de esta obra de la caridad, que principia por el apostolado y concluye por el martirio? Pues venid y adorad al Autor de todo bien, dándole gracias por los beneficios que nos ha dispensado, inspirándonos esa Religion divina que, no sólo nos hace mejores, sino felices; bendecid tambien á la piadosa María, que desde el alto trono de gloria en que reside se digna echar una mirada compasiva á sus hijos desterrados para aliviarlos en sus males presentes, y asegurarles los bienes venideros del cielo, que deseo á todos. Amen.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS EN CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA

HECHA Á LA VIRGEN.

*Hoc pro certo habet omnis qui te colit, quod
vita ejus si in probatione fuerit coronabitur,
si autem in tribulatione salvabitur.*

Mas esto tiene por cierto todo aquel que te
reverencia: que en la prueba será coronado y
en la tribulacion librado.

(TOBIÆ, cap. III, vers. 21.)

Sea loado tu nombre y bendecido, ¡oh Dios de mis padres! porque en los momentos de la tribulacion perdonas los pecados y extiendes tu mano de amor á los que te invocan. ¡Ah! El indomable vendaval me arrastró hasta la alta mar, y entre embravecidas olas me sumergiera horrenda tempestad; pisado habia el fondo del abismo sin hallar pié en su salobre seno; rodeado me ví por todas partes de peligros, y vanamente trabajé huyendo, vanamente alcé mi vista por todas partes buscando apoyo, pues nadie me salvó de la tribulacion sino tu brazo omnipotente. Adoren tu nombre los cielos y la tierra; entonen cánticos de júbilo los ángeles y el hombre, y la naturaleza entera dé saltos de alegría bendiciendo al Sumo Hacedor que me dejó abatir hasta el polvo para levantarme con su poder y poner en mis sienes la aureola de la gloria y el honor.

Hé aquí, señores, una plegaria sencilla, pero sublime, que al son de dorada arpa dirigió al Dios de sus mayores

el régio é inspirado bardo del pueblo de Dios; la misma que en la efusion del amor dirige tambien al cielo toda alma reconocida á los favores divinos; y no de los turbios manantiales de la árida razon, no de los elementos de la delirante filosofía humana pueden emanar tan suaves y tiernos acentos, sino de la sublime inspiracion del cielo, que da una elocuencia castiza á las lenguas balbucientes, y enciende en corazones de carne el fuego que abrasa y consuela á los espíritus.

Y esta misma plegaria dirijo yo al cielo, señores, desde luégo á nombre mio, porque hoy por primera vez subo á la cátedra sagrada despues que el Señor me visitó con mano piadosa, salvándome de la muerte, más por las oraciones de almas generosas que por mis méritos, y en seguida á nombre de almas piadosas y fervientes, de quienes he recibido el cargo de bendecir y loar públicamente el nombre del Señor por las misericordias y gracias que de su mano han recibido.

Sí; el genio del mal con su enlutado manto intentó franquear las puertas del hogar pacífico y honrado, para arrancar á hidalga cabeza el lauro de la honradez, y suministrar en aguas de amargura corazones que se mecían, como el arbusto entre las frescas brisas, en las dulzuras de la paz y de la dicha. Pero en el mismo dintel se detuvo el infando genio; una mano divina le opuso alto valladar, para que no osase penetrar en la morada que guardaba el cielo; era la mano de María.

Y ¿cómo sucediera de otro modo? ¿Quién ha invocado este angusto nombre sin sentir los auxilios de su proteccion? ¿Quién se ha puesto bajo la tutela de María, y ha perecido? ¿Cómo la purísima María dejaria de socorrer al que, viendo manchado el terso cristal de su vida por negra sombra que arrojó ajena mano, la invocaba para que quedase salva su hidalguía, intacta su buena fé, y acrisolada su lealtad? Oyó, pues, María la oracion de sus

hijos, y hoy se postran éstos á sus sagradas plantas para ofrecerla un homenaje de gratitud.

Este ejemplo, amados míos, es digno de seguirse en sus causas y en sus resultados: cuando el cielo nos salva de los peligros, debemos reconocer la mano que nos saca de ellos. Quiero, por tanto, arraigar profundamente en vuestros corazones esta idea; y para conseguirlo, voy á demostraros que, *la gratitud á los beneficios de Dios es una necesidad inherente á la naturaleza humana.*

Augusta María, Madre de Dios, alegría del ángel, consuelo del hombre: dirige una mirada compasiva á tu indigno hijo, que va en este momento á predicar la gloria del Señor; no soy digno yo, por cierto, de alcanzar este favor; pero yo invoco tu nombre, á cuyos ecos se doblega la Omnipotencia divina, para que venga á mi alma la gracia del Espíritu Santo.

AVE MARÍA.

La razon humana, á pesar de su tortuosa marcha en el camino de la verdad, profesa un dogma, y es el de la gratitud. Apénas el espíritu humano empieza á desarrollarse cual aromática flor que eleva sus perfumes hácia el cielo, no puede ménos de comprender que allá en las doradas techumbres del firmamento existe un Sér supremo, inteligente, sabio y pródigo, que ordena las causas y los efectos, que rige los cielos y la tierra, y conserva en su primordial fuerza y vigor á las criaturas que salieron de sus manos vivificadoras. La sola razon natural conduce al hombre al conocimiento de esta verdad; verdad que debiera tener por inmediata consecuencia la adoracion del Sér divino, si viciado el hombre por el primer pecado, no hubiera perdido la gracia celestial que Dios le diera graciosamente. Sí; esta misma razon, cuando está tersa y limpia como las aguas cristalinas, dice al hombre que

no por las influencias del acaso pudieran formarse esos irradiosos orbes que, como diamantes de fuego, brillan en el alto firmamento, y cuyos ordenados movimientos, despues de seis mil años, no han discrepado ni en una sola línea, siguiendo la marcha que Dios les señaló á través de los flúidos espacios. En vista de esto, no sin razon el sabio y reflexivo David dijo estas palabras llenas de sabiduría celestial: *Los cielos enarran las glorias de Dios, y el firmamento anuncia sus obras.*

No para aquí la sondeadora inteligencia del hombre: despues de observar la hermosura de los cielos, la armonía de los elementos, la fecundidad de la tierra, los instintos de los animales y el admirable conjunto de los séres visibles de la creacion, refleja sobre sí mismo sus miradas, y advierte que él es un mundo aparte, donde con la mayor exactitud están delineadas todas las obras de Dios; la fecundidad de la materia animada, las sublimes ideas del espíritu que se aunan en un mismo compuesto, le hacen ver que él es el rey de la creacion, el llamado por la Providencia á ser superior por su razon á todo sér sensitivo, é igualarse por su espiritualidad á los mismos ángeles. Pero al mismo tiempo, allá en lo más abstruso y recóndito de su corazon, oye los latidos de una voz nunca acallada, ni por el furor de las pasiones, ni por el torrente bramador de los vicios. ¡Qué ecos tan terroríficos tiene esta voz cuando obramos mal! ¡Qué acentos tan suaves y satisfactorios resuenan en este santuario al obrar bien! Tememos en nuestras iniquidades; nos regocijamos en nuestra buena conducta; es decir, que vemos en lontananza el premio y el castigo, y reyes como somos de la creacion, confesamos que existe un Rey divino, Señor del mundo, árbitro de la naturaleza, á quien debemos nuestra existencia y nuestro bienestar, pues tememos sus juicios y nos consolamos en su amor. El dogma consecuente á este raciocinio es la gratitud.

Sí, señores, la gratitud; el sér racional no puede mirar con indiferencia el origen que tiene: Dios es su bienhechor, su padre, su amigo y su compañero; un soplo divino lo hizo salir de la nada, lo adornó y lo hermosteó, dándole un alma, trasunto de la Divinidad, y dominio sobre todo sér visible: hé aquí el bienhechor. Desde que el astro luminoso asoma por las colinas del Oriente á vigorizar la naturaleza como valiente general que sale de su tienda para animar al soldado, hasta que trasmonta por eminentes cumbres del ocaso; miéntras el negro manto de las tinieblas se extiende sobre la naturaleza, hasta que renazca la aurora; en todo tiempo y lugar, á toda hora y en cualquier circunstancia, el hombre tiene á su lado quien lo guie en los caminos, quien lo proteja en los males, quien le proporcione los bienes: hé aquí el Padre universal, el Dios amante del hombre.

No lo he dicho todo aún, señores: es Dios un amigo fidelísimo, en cuyo amoroso pecho podemos desahogar nuestros corazones atribulados, y sobre quien, con toda seguridad, debemos contar en nuestros infortunios; es un compañero que toma parte en nuestras penas, que nos prepara goces inefables, y que vela sin cesar á nuestro lado. ¡Ah! Voy á hablar con más propiedad: nosotros somos los que nos hallamos dentro de Él; Él nos rodea por todas partes, y no tenemos camino para salir del círculo amoroso con que nos asedia; nos estrecha con sus favores, nos estrecha con sus cariños, como dice el divino Pablo: *Caritas Dei urget nos.*

Así en su filosofía celestial raciocinaba el Profeta Rey. «¿A dónde iré yo, dice, que no encuentre á este Dios amoroso? ¿Dónde me esconderé de su presencia? Si subo con remontado vuelo hasta los cielos, allí encuentro á mi Dios como en magnífico alcázar; si me arrojó hasta el fondo del abismo, también me sale al encuentro; si al despuntar la aurora quiero atravesar el vasto piélago en sus más

remotos confines, áun allí me guía su mano y me protege su diestra Omnipotente. Dije entre mí mismo: «Huiré de »la luz, y me abismaré en el tenebroso caos,» y no bien lo he pensado, cuando el oscuro seno se ha vuelto fulgurante resplandor, pues la noche misma me desvela en mis placeres.» (Salmo cxxxviii, versículos 7, 8.) Sí; Dios lo ocupa todo con su inmensidad, y como si en el mundo todo no hubiese otro objeto que el hombre digno de sus cuidados, toda su providencia parece estar circunscrita á Él. «Bien pudiera suceder, dice este Dios por Isaías, que la madre se olvide del hijo de sus entrañas; pero yo no me olvidaré de tí, ¡oh hombre!: cuando atraveses rios caudalosos, agitados por indomable vendaval, yo estaré á tu lado, y franquearás las olas enfurecidas sin temor. (Isaías, cap. XLIII, l.)

Ved, señores, dos lenguajes imperiosos: el de la razón y el de la fé. Cuando estos dos genios bienhechores ejercen sobre nuestro corazon una influencia directa, ¡ay! ¡qué ideas tan completas tenemos de la Providencia divina! ¡Qué sentimientos tan nobles y generosos abrigamos en nuestro pecho! Entónces nuestro entendimiento altivo se pliega bajo la palabra de Dios, como la débil caña se dobla á los impulsos del viento del desierto; la razón lo adora y el corazon lo ama, y de estos dos principios no pueden ménos de brotar, como de manantial fecundo, los gérmenes del amor y del agradecimiento. Un corazon apasionado hácia Dios, que mira como á un padre, un amigo, un bienhechor, no podrá ménos de decirle siempre con David: *Tú ¡oh Dios! me cogiste por la mano y me dirigiste segun tu voluntad, y me elevaste con gloria y honor.* ¡Ah! ¡Qué tengo yo en el cielo, ni qué hay en la tierra que pueda ser objeto de mi amor, fuera de tí? Mi alma y mi cuerpo desfallecen al pensar en tus favores, ¡oh Dios de mi corazon! mi patrimonio y herencia.

No se crea, señores, que al hacer esta corta reseña

de lo que la razón y la fé enseñan al hombre sobre la gratitud que debe al Criador, sea mi ánimo imponer á la humanidad una ley que ántes no tuviese; nada os hago presente que no existiera en los designios divinos cuando llamaba al mundo del caos y desenvolvía á la humanidad de entre los pañales de la nada; porque si ni el cedro secular alza su erguida copa, ni la parásita yedra se arrima al inveterado muro sino para alabar al Criador siguiendo las leyes que Él les demarcára; si ni el leon del desierto hace retemblar los cóncavos senos de los montes con sus rugidos, ni la humilde alondra alza su vuelo con melodioso trino en el ameno valle, ni el ruiseñor esquivo alegra los sauces de los rios con su armonía siempre nueva sino para bendecir á su Hacedor, ¡cuánto más criaria Dios al hombre para que en todas sus palabras y movimientos no tuviese otro fin que la gloria de Dios! ¿Podrán excusarse racionalmente los hombres de hacer con estos reflejos lo que practica el bruto por instinto y el arbusto por necesidad? «Pregunta, dice Job, al jumento, y él te instruirá ¡oh hombre! Habla á la tierra, y ella te responderá; dirige tu palabra á los peces del mar, y te hablarán en lenguaje secreto y misterioso.» Sí; la armonía de los elementos, los movimientos de los animales, la titilacion de las plantas, son ecos elocuentes que hablan al hombre y le enseñan; «voces, dice David, que se oyen entre el susurro de las aguas; voces que rebraman en el copudo cedro; voces que retumban en el gigantesco monte; voces que se oyen en los movimientos del ágil ciervo y del águila veloz.» *Omnes dicent gloriam.*

¡Ah! ¡Qué armonioso y sublime es este concierto universal que la naturaleza entona en honor del Criador! Cuando las suaves brisas, saliendo del mar, van recorriendo los arbustos y cerniéndose al través del verde ramaje, ¿quién no siente dar saltos de alegría á su corazon viendo el soberbio y magnífico espectáculo de las

avecillas que vuelan de pétalo en pétalo, ora en la espesura de las florestas, ora en la diafanidad de los valles, aquí interrumpiendo el silencio de la soledad, allí confundiendo con el murmullo del arroyo con sus melodiosos trinos? Cuando el austro envia sus aspiraciones abrasadas, y el leon ruge, y brama el tigre, y el vendaval aprieta, y el mar se agita, y las olas se entumescen, y la naturaleza tiembla, y los montes abren cráteres inmensos en sus colinas escarpadas, ¿qué hombre hay que observe este grandioso cuadro sin que se sobrecoja de un santo y filosófico estupor, al ver cómo el inflado mar se alza hasta las nubes para lamer las arenas en seguida, y cómo la tierra y los vientos se tranquilizan, como si una mano de inmenso poderío los abrumase con su peso, y como si una voz omnipotente los mandase tranquilizarse?

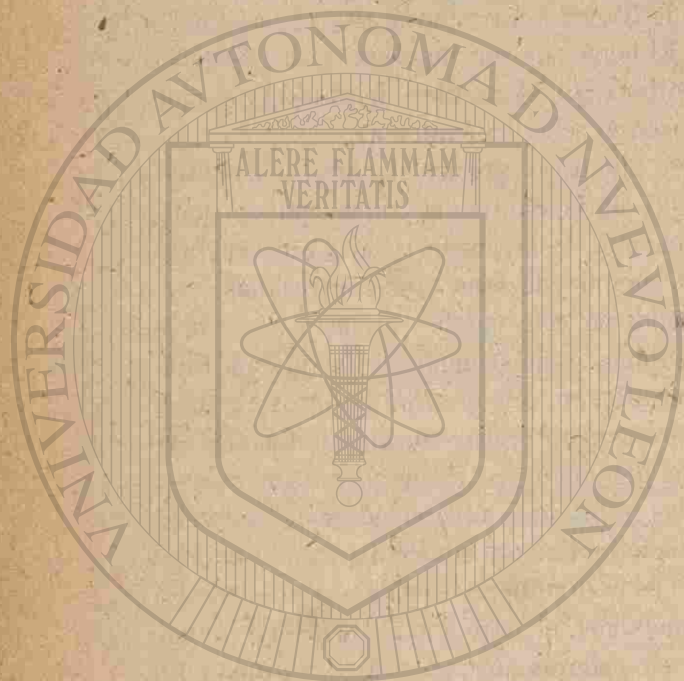
Pues bien, señores: el furor de los huracanes, la hinchazón de las olas del mar, el bramido del leopardo, los sacudimientos del globo, la suavidad de los céfiros, la sintonía de las aves y el movimiento todo de la naturaleza, no son más que notas del gran concierto de la naturaleza sensible é inanimada para alabar y bendecir al Criador. ¡Y qué! El hombre que conoce esta sublime armonía del mundo material, el hombre á quien la razon y la fé hablan con tan elocuentes voces, ¿no ha de tomar parte en este cántico de alabanzas que entonan á Dios las aguas, los fuegos, la tierra, los cielos, las aves, los cuadrúpedos y las mismas sierpes? ¿Habrà un hombre que al levantarse por la mañana del lecho del descanso no eleve al cielo sus ojos, ni bendiga la mano divina que lo ha criado y lo conserva?

¡Ah, señores! El dogma de la gratitud es el dogma, no sólo de la fé, sino el de la razon. Hay hoy dia sociedades y pueblos salvajes, á cuyo seno podeis penetrar: entrad en él, y vereis que la ingratitud entre ellos es un crimen;

en nuestra ilustrada sociedad, un hombre desagradecido es reputado por indigno de tratar con sus semejantes. Y ¡qué! ¿Sólo con Dios hemos de tener estas excepciones? Cuando Él es quien nos da la vida, la respiracion y todas las cosas; cuando Él nos mira como á sus hijos y hermanos, ¿sólo á Él hemos de ser ingratos? ¡Ah! Nuestro crimen es muy horrible; el hombre ingrato al Criador lleva en su corazon el sello del anatema.

Demos, pues, sin cesar gracias al cielo, y démoselas por medio de María Santísima, pues cuando acudimos á su mediacion, nada puede faltar á nuestros deseos. Tomemos ejemplo de esas almas cristianas que hoy alaban y bendicen este nombre protector, y, como ellas, seremos favorecidos de su amorosa liberalidad. Ella es verdad que permite que caigan sobre nosotros algunas tribulaciones; pero es para probar nuestra constancia y fidelidad. Tras de una amargura viene un consuelo; despues de apurar las heces de la adversidad, sucede la calma, la paz asoma, y la dicha se consolida. Sí, el nombre augusto de María es la invulnerable egida que nos defiende de nuestros enemigos, el astro que al través del mundo lleno de azares y peligros nos muestra el camino, y el faro colocado sobre imperturbable cumbre para iluminar al que mire su indeficiente luz. ¡Nombre salvador, pues no hay memoria de que ninguno haya perecido si lo ha invocado! ¡Nombre tierno, cuyos solos ecos ahuyentan los demonios, atraen á los ángeles y derraman el suave bálsamo de la alegría en los corazones humanos!

Bendigamos, pues, al Señor por sus misericordias para con nosotros; alabémosle cada dia por sus obras, y dirijámosle sin cesar nuestras fervientes oraciones para que nos conceda la perseverancia en el bien, y por la mediacion de su augusta Madre nos lleve al seno de una eternidad, donde entonemos el cántico de alabanzas cuya duracion son los siglos de los siglos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Págs.
Sermon panegírico sobre la Inmaculada Concepcion de María Santísima.....	5
Sermon panegírico para el día de la Natividad de la Virgen....	21
Sermon panegírico para la fiesta de la Presentacion de María Santísima en el templo.....	43
Sermon panegírico sobre la Purificacion de María Santísima.....	59
Sermon panegírico para la fiesta de la Purificacion.—Jesucristo, principio de condenacion para los malos y de salvacion para los buenos.....	77
Sermon panegírico en la bendicion de un altar nuevo dedicado á María Santísima con el titulo de las Angustias.....	99
Sermon panegírico sobre las Angustias de María Santísima en la muerte de su Hijo.....	115
Sermon panegírico sobre los Dolores de María Santísima Nuestra Señora.....	131
Sermon panegírico sobre los Dolores de María Santísima Nuestra Señora (segundo de este asunto).....	151
Sermon de Soledad.....	167
Sermon panegírico sobre la muerte de María Santísima.....	183
Sermon panegírico de la Asuncion de María Santísima Nuestra Señora.....	197
Sermon panegírico sobre la Asuncion de la Virgen al cielo.....	213
Sermon panegírico de la Asuncion de María Santísima Nuestra Señora.....	233
Sermon panegírico sobre la necesidad de honrar á María Santísima para adorar á Dios.....	251
Sermon panegírico sobre que María no es Madre de Dios sino para serlo nuestra.....	277
Sermon panegírico sobre el conocimiento de Dios por medio de María.....	299
Sermon del Corazon de María.....	323

Sermon para gente devota sobre los motivos para ser devoto de María.....	345
Sermon panegírico para fiesta de la Virgen con el título de la Divina Pastora.—Sobre la filiación del hombre en el Verbo eterno y en su Madre María.....	361
Sermon panegírico para la fiesta de María Santísima bajo la advocación del Amor Hermoso.....	383
Sermon panegírico para la festividad de Nuestra Señora de Loreto.—Sobre la vigilancia de la Providencia para proteger la Religión.....	405
Sermon panegírico para la fiesta de Nuestra Señora de Loreto.—Sobre los milagros.....	417
Sermon panegírico de Nuestra Señora de los Desamparados....	439
Sermon panegírico de Nuestra Señora de los Desamparados (segundo de este asunto).....	459
Sermon panegírico sobre María Santísima, con el título de Monte Carmelo.....	479
Sermon panegírico sobre el cumplimiento de la profecía de María Santísima <i>Beatam me dicent omnes generationes</i> , para la fiesta de Nuestra Señora del Carmen.....	495
Sermon panegírico de la institución del Orden de la Merced, redención de cautivos, para la fiesta de Nuestra Señora de la Merced.....	513
Sermon panegírico para la institución del Orden de la Merced..	531
Sermon de acción de gracias en cumplimiento de una promesa hecha á la Virgen.....	549

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



hasta desear sacrificarnos por Él. Pero María no ha recibido esta herida: al salir de la nada, la ha protegido Dios con una egida impenetrable á las flechas del enemigo; el primer vuelo de esta paloma inocente es tan veloz, que pasa de cuanto existe por tiempo limitado, y se encumbra á una region inaccesible á otro que á María; el trono de Dios es su nido, donde descansa; se le descubren las bellezas increadas, las contempla, se enamora de ellas; ¡ah! ¿qué podrá ver María en el mundo que merezca ser comparado con lo que Ella ha visto desde el momento de su creacion? ¿Habrá en su corazon algun seno donde pueda abrigarse algun afecto terreno? ¿Podrá decir con San Pablo que reputa por estiércol cuanto hay en el mundo, en comparacion del Sér divino? No ciertamente. ¿Sabeis por qué? Porque María tiene su corazon tan lleno del amor divino, y su vista tan fija en la hermosura infinita, que no puede ni aún volver la vista á examinar los objetos visibles; la comparacion entre la posesion de la criatura ó del Criador, no cabe en su alma; su albedrío no tiene la imperfeccion de inclinarse á lo malo y preferirlo á lo bueno; con la más extensa libertad ama á Dios; pero esta libertad, semejante á la que tienen los Santos en el cielo, apénas puede propender á querer poseer otro objeto que no sea el mismo Dios, por haber conocido ámpliamente toda su bondad y hermosura.

En efecto, amados míos; todas las operaciones de esta niña manifiestan que ama á Dios por sí mismo, y á las criaturas por respeto á Dios. ¿Hay acaso en la naturaleza amor más ordenado que el de los hijos para con los padres? ¿No está mandado por el mismo Dios, como fundado en razon y justicia? Sí; pero este amor sagrado pasa á ser profano cuando no está circunscrito á los límites que Dios le ha prescrito. «El que ama á su padre ó madre más que á mí, dice la Verdad eterna, no es digno de mí.» «El que quiera venir en pos de mí, añade el mismo Verbo

divino, deje á su padre, á su madre, á sus deudos y hermanos, niéguese á sí mismo, y tome su cruz.» De aquí es que cuando el amor á nuestros padres impide que nos unamos al Sér divino, debemos desechar aquél y abrazar éste; de aquí es que si el hombre se ha consagrado á Dios en las aras del amor divino, debe renunciar á los cariños paternales para cumplir sus promesas con que se ha ligado; este amor es grande, es heróico; pero ¿es acaso impracticable, como pretende la falsa razon filosófica, la carne corrompida y el mundo engañoso? No, ciertamente; María nos lo enseña con su ejemplo; aún no ha cumplido tres años; acaba de recibir apénas la primera instruccion del hombre; llega para Ella aquel período feliz de la vida humana, período de cariños y ternuras, años en que el hijo es el ídolo de sus progenitores, siendo el amor y ternura tanto mayor, cuanto más adornado se encuentra éste de gracias y bellezas. ¡Ah! Sacrificar estos cariños en los años juveniles, privarse de la amable compañía doméstica por adquirir pujanza intelectual en un Seminario de ciencias, es accion insignificante, porque abandonamos entónces una dicha que conocemos á medias, por un porvenir grandioso y halagüeño que nos hace superiores, no sólo á las dulzuras, sino á las fatigas; renunciar á los encantos de la mocedad por la soledad, es ya un sacrificio heróico; pero ¡abandonar una herencia pingüe, unos padres amantes, unas ternuras justamente merecidas! ¡por encerrarse en el santuario! ¡á los dos años y medio! ¡Caminar con paso alegre al silencio, al retiro, á la privacion, á las vigiliass, á los ayunos, á la austeridad! ¡Oh! Este amor de Dios es más que heróico; semejante sacrificio no tiene nombre; su calificacion no pertenece á los hombres ni á los ángeles, y sólo Dios tiene ciencia bastante para apreciarlo como él lo merece.

¡Qué heroismo! Empieza María por donde han acabado los Santos más distinguidos de ambos Testamentos;

desde que ha puesto sus piés en el templo empieza para Ella una nueva era, no de combate contra el mundo, ni contra el demonio, ni contra sí misma, sino de incrementos en el amor de Dios. ¿Quién es esta niña? «Es, dice Anselmo, una vírgen tierna, delicada, hija de sangre real, hermosísima, que no tiene otra intencion, otro estudio, ni otro amor, que el guardar su cuerpo y alma en la más íntegra castidad.» ¿Qué hace en el templo? Su asiduidad en el trabajo es tan grande, que excedió á la naturaleza; su comida tan parca, que apénas tomara lo necesario para vivir; jamás diera un momento á la ociosidad; los ayunos se sucedian con los dias, y si tomaba algun reposo su cuerpo, estaba en continua vela su espíritu, ora meditando y repasando lo que aprendia en la oracion y en la lectura, ora previniendo sus acciones.» Abismada toda en el amor de Dios, no sabe pedir á Éste sino que se llegue el momento en que se ha de manifestar á los hombres y los ha de salvar; aquel desprendimiento de las cosas terrenas enseñado más tarde por el Hijo de Dios; aquel desprecio por la sabiduría carnal; aquella ciencia sublime del amor divino enseñada en cada página del nuevo Testamento, las tiene tan profundamente grabadas en sí, que la hacian creer que en los cielos y la tierra no habia más que dos objetos, Dios y Ella: Aquél, grande é inmenso; Ésta, abyecta y despreciable; Aquél para ser amado, Ésta para amar; lo diré de una vez: la humildad, la mansedumbre, la mortificacion, el desprecio de sí misma, la abnegacion, con todas las demás virtudes del Evangelio, fueron practicadas por María desde su misma cuna con tanta perfeccion, que, al contemplarlas el devoto Doctor Bernardo, se vuelve extático á la santa niña, y la dirige estas palabras: «¿Dónde habias leído; oh Vírgen Purísima! que la sabiduría de la carne es enemiga de Dios? ¿Dónde, que no cuidásemos de satisfacer los deseos de ésta? ¿Dónde, que las vírgenes cantan un cántico nue-

vo, que nadie sino ellas puede cantar, y siguen al Cordero á do quiera que vaya? ¿Dónde aprendieras que son dignos de alabanza los que renuncian á los placeres lícitos de la carne por el reino de los cielos? ¿Dónde supieras que hemos de vivir en espíritu, aunque estemos revestidos de un cuerpo carnal?» ¿Dónde? En la escuela del amor divino; desde que María ha empezado á existir, ha empezado á amar del modo más puro y desinteresado; y si en el vientre de su madre se la hubiese mandado sacrificarse por su Dios, el lóbrego claustro se hubiera convertido en radiante ara donde se consumase su inmolacion.

¿Comprendemos acaso cómo pudo suceder así? Difícilmente; pero esta dificultad está en nuestro propio corazon; queremos examinar los hechos grandes por vías de comparacion, y quedamos como atollados en mil dificultades; vemos que á los dos años el hombre no es más que un sér diminuto, sin libertad, sin accion, sin discurso, sin ninguna de aquellas grandes prerogativas que se descubren más tarde; toda su belleza intelectual está encerrada, como el fruto de la granada, hasta que crezca su corteza y se desarrolle con la accion calórica del tiempo; ¿y examinamos la causa de este encarcelamiento de la razon? ¿Pensamos que aquella alma fué herida mortalmente por un padre criminal, que fué condenada á vivir esclava del cuerpo y en una degradante dependencia, en lucha con la carne, en vez de ser aquella la soberana y ésta el vasallo? Ciertamente no pensamos con seriedad que esta herida es la causa del retardo de nuestro raciocinio; un discurso sabio en un niño de dos años sería una monstruosidad prodigiosa; verlo salir de la casa paterna por encerrarse en la soledad, y alimentarse con raíces silvestres, sería reputado por fábula; verlo saltar de gozo por haber sentido en su espíritu la conviccion de una verdad, produciria en los espectadores un éxtasis;

estos fenómenos no son creíbles cuando queremos probar su existencia por nuestras propias obras; pero trasportémonos á otra region; demos que desaparezca absolutamente la pena del pecado original, venga el alma revestida con la gracia santificante y la justicia primordial, y estos efectos no serán notables por demasiado comunes. ¿No veis lo que pasa en casa de Isabel y Zacarías cuando se presenta María en sus umbrales? Apenas ha abierto ésta sus labios, siente aquélla una gran conmocion en sus entrañas. ¿Quién la causa? La causa un niño de seis meses, que, más fuerte que la naturaleza, da saltos de alegría al verse junto á su Dios humanado; al llegar Éste, es santificado y purificado, desaparecen los impedimentos de la infancia, y apenas ha empezado á crecer, deja la casa de sus progenitores, y cambiando sus cómodas moradas por las áridas montañas, se viste con pieles de camello, se alimenta de langostas y de miel salvaje; no tiene otro techo que el cielo, ni otra cama que la tierra; es, por fin, un retrato de penitencia y austeridad; ¿y por qué? ¿Por qué tanto exceso, dirá el mundo voluptuoso? ¿Por qué tal ódio contra sí? exclamará la carne petulante. ¡Ah! No ha cometido aquel niño ningun crimen; jamás ha ofendido al Sér divino; pero lo ha conocido con tanta perfeccion, ha quedado desde su santificacion tan enamorado de la belleza infinita, que no ha podido fijar su vista ni por un momento en las criaturas, porque sus tesoros, su hermosura, sus encantos, sus atractivos son al lado de Dios ménos que un grano de arena paralelado con la gran máquina del mundo.

Si alguna vez habeis sentido en vuestros corazones los incendios del amor divino; si purificadas vuestras almas habeis mirado con fijeza aquella hermosura infinita que nos convida con su fruicion total; si habeis tenido en vuestra vida alguno de aquellos momentos más que felices en que las cosas del mundo os han parecido nada en

comparacion del Sér divino, y habeis deseado uniros á éste con amor puro, entónces el vivir en pobreza y soledad, el abandonar todos los afectos terrenos, el morir mil veces por Dios, ¿era acaso un sacrificio? ¿Teníais que violentar vuestro espíritu? No; iba éste corriendo hácia Dios como las aguas de los rios van al Océano; herido vuestro corazon con la flecha del amor divino, se precipitaba hácia Dios, como el ciervo sediento vuela hácia los puros manantiales. Pues bien; haced que revivan aquellos nobles sentimientos, revestíos de aquella pureza, y entónces comprendereis por qué María dejó la casa de sus padres por el silencio del templo, por qué á los tres años ya es un portento de amor de Dios; nada os costará creer que su conversacion y sus deseos no respiraban sino amor divino, que su trato familiar era con los ángeles, que éstos la suministraban el alimento, y que con ellos alternaba en las alabanzas de Dios, como lo enseñan San Jerónimo, Jorge de Nicomedia y otros doctores antiguos. Cuánta fuese su familiaridad con el Sér divino, cuán dulce su éxtasis, cuán frecuentes sus arrobos intelectuales, no es dable á nuestra débil capacidad el comprenderlo; baste decir, con el devotísimo Ildfonso, que sólo Dios y los ángeles, con quienes vivia y que la servian como á su reina, supieron apreciar su santidad, su inocencia y candor, y todas las felicidades que resultan de este modo de vivir.

En conclusion de cuanto he dicho sobre el amor castísimo de la niña María para con Dios, debo manifestaros una verdad y resolver una duda. Esta verdad habria de penetrar el corazon de todas las mujeres, y más en el de las madres de familia; pocas de sus hijas nacen con inclinacion al bien; ninguna viene al mundo con aquella gracia que trajo María; pero ¿quién inspira en las almas inocentes el amor á Dios y á la Religion? ¿Quién conserva despues de Dios la inocencia que se recibe en el bautis-

mo? Las madres, los principios sanos. ¡Ah! si éstas inculcasen á sus tiernas hijas sin cesar que el mayor dote de una mujer es la castidad, el pudor y la honradez, el cristianismo no tendria que llorar la degradante posicion que tienen en la sociedad esas mujeres desgraciadas que se prostituyen al crimen por vivir con lujo y ostentacion; no tendríamos que lamentarnos al ver que las ciudades más opulentas sufren el oprobio de ver sus mejores calles manchadas con esas moradas de ignominia; no tendríamos el disgusto de ver al lado de una casa honrada, donde los niños no ven sino ejemplos de virtud, otras que reducen estos ejemplos á quimera por sus palabras, sus ademanes y hasta sus acciones, que, con escándalo de la razon, de la humanidad, del decoro, de la conciencia pública, de las naciones, de la Religion y de nuestras instituciones, vemos realizarse en esta nuestra hermosa ciudad. No dando á las niñas tiernas la educacion que es debida, necesariamente han de prevalecer las perversas inclinaciones sobre la gracia de Dios. ¿Cuánto más sucederá esta desgracia si directamente no aprenden las niñas otra cosa que el amor del mundo, el amor de la hermosura, el amor del lujo y de la vanidad? ¿Qué ha de ser el bello sexo cuando desde su niñez y pubertad no aprende á presentarse en público sino cargada de perfumes, de afeites y hasta de colores postizos? ¿Qué ha de ser, cuando si se le inspira algun pudor, es mezclado de hipocresía, sin enseñarle que en público y en secreto, en las tinieblas y en la luz, hay un ojo perspicaz, el ojo de Dios, que todo lo ve y examina? ¿Qué ha de ser el bello sexo, cuando por sus mismas madres es conducido de teatro en teatro, de sarao en sarao, de reunion en reunion, donde luzcan sus gracias, su falsa hermosura, sus fingidos donaires, sus galas y trajes? Nos admira la corrupcion del siglo; todo hombre pensador teme hoy una gran ruina para la humanidad; mas ¿quién es la causa? Las doctrinas im-

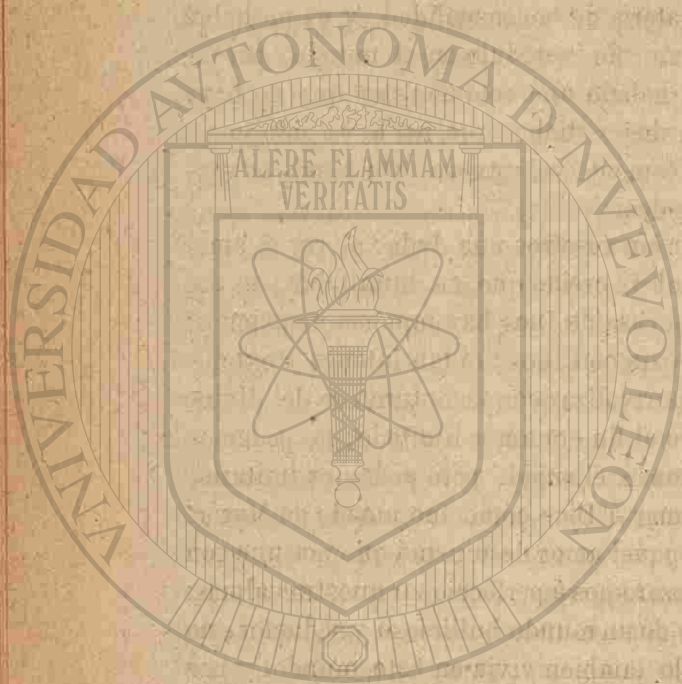
pías, la revolucion de ideas, el cinismo de la filosofía, es verdad; pero estas perversas ideas no se realizarian en gran parte si á las mujeres se las inspirase desde su cuna la fidelidad á Dios, el pudor y la firmeza contra los asaltos de los impúdicos; porque, señores, no nos engañemos: quitad la materia de la sensualidad, y ya no habrá un solo impío ni un solo incrédulo en el mundo, porque hasta hoy no ha habido uno solo de éstos que no haya sido libertino, ó, mejor dicho, que no haya sido impío para ser sistemáticamente voluptuoso. Ahí teneis la verdad que tenía que decir.

He visto surgir en vosotros una duda: al ver el amor puro de María, habeis creido que es inimitable; es un error, porque en la casa de Dios hay muchas mansiones; el amor de María para con Dios fué tan intenso y extenso, que casi queria rivalizar con la naturaleza del divino para con ella; pero al fin era amor limitado; no podemos llegar al punto donde él subió, pero podemos imitarlo; si no deseamos amar á Dios como fue amado de María, nunca tendremos aquel amor de amistad que nos une con Dios; nunca empezaremos á perfeccionar nuestras almas: estamos en medio de un mundo bullicioso y seductor; no importa: San Pablo tambien vivia en este mundo, y nos decia que podemos vivir entre sus riquezas y entre sus glorias sin mancharnos, ántes al contrario, contrayendo más mérito. ¿Cómo? Oid sus palabras: «Tendreis siempre tribulaciones; pero sabed que el tiempo es corto; lo que resta es que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que usan de este mundo, como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo.» Viviendo de este modo, en todos los estados de la vida se ama á Dios y se gana el cielo, que deseo á todos. Amen.

mo? Las madres, los principios sanos. ¡Ah! si éstas inculcasen á sus tiernas hijas sin cesar que el mayor dote de una mujer es la castidad, el pudor y la honradez, el cristianismo no tendria que llorar la degradante posicion que tienen en la sociedad esas mujeres desgraciadas que se prostituyen al crimen por vivir con lujo y ostentacion; no tendríamos que lamentarnos al ver que las ciudades más opulentas sufren el oprobio de ver sus mejores calles manchadas con esas moradas de ignominia; no tendríamos el disgusto de ver al lado de una casa honrada, donde los niños no ven sino ejemplos de virtud, otras que reducen estos ejemplos á quimera por sus palabras, sus ademanes y hasta sus acciones, que, con escándalo de la razon, de la humanidad, del decoro, de la conciencia pública, de las naciones, de la Religion y de nuestras instituciones, vemos realizarse en esta nuestra hermosa ciudad. No dando á las niñas tiernas la educacion que es debida, necesariamente han de prevalecer las perversas inclinaciones sobre la gracia de Dios. ¿Cuánto más sucederá esta desgracia si directamente no aprenden las niñas otra cosa que el amor del mundo, el amor de la hermosura, el amor del lujo y de la vanidad? ¿Qué ha de ser el bello sexo cuando desde su niñez y pubertad no aprende á presentarse en público sino cargada de perfumes, de afeites y hasta de colores postizos? ¿Qué ha de ser, cuando si se le inspira algun pudor, es mezclado de hipocresía, sin enseñarle que en público y en secreto, en las tinieblas y en la luz, hay un ojo perspicaz, el ojo de Dios, que todo lo ve y examina? ¿Qué ha de ser el bello sexo, cuando por sus mismas madres es conducido de teatro en teatro, de sarao en sarao, de reunion en reunion, donde luzcan sus gracias, su falsa hermosura, sus fingidos donaires, sus galas y trajes? Nos admira la corrupcion del siglo; todo hombre pensador teme hoy una gran ruina para la humanidad; mas ¿quién es la causa? Las doctrinas im-

pías, la revolucion de ideas, el cinismo de la filosofía, es verdad; pero estas perversas ideas no se realizarian en gran parte si á las mujeres se las inspirase desde su cuna la fidelidad á Dios, el pudor y la firmeza contra los asaltos de los impúdicos; porque, señores, no nos engañemos: quitad la materia de la sensualidad, y ya no habrá un solo impío ni un solo incrédulo en el mundo, porque hasta hoy no ha habido uno solo de éstos que no haya sido libertino, ó, mejor dicho, que no haya sido impío para ser sistemáticamente voluptuoso. Ahí teneis la verdad que tenía que decir.

He visto surgir en vosotros una duda: al ver el amor puro de María, habeis creido que es inimitable; es un error, porque en la casa de Dios hay muchas mansiones; el amor de María para con Dios fué tan intenso y extenso, que casi queria rivalizar con la naturaleza del divino para con ella; pero al fin era amor limitado; no podemos llegar al punto donde él subió, pero podemos imitarlo; si no deseamos amar á Dios como fue amado de María, nunca tendremos aquel amor de amistad que nos une con Dios; nunca empezaremos á perfeccionar nuestras almas: estamos en medio de un mundo bullicioso y seductor; no importa: San Pablo tambien vivia en este mundo, y nos decia que podemos vivir entre sus riquezas y entre sus glorias sin mancharnos, ántes al contrario, contrayendo más mérito. ¿Cómo? Oid sus palabras: «Tendreis siempre tribulaciones; pero sabed que el tiempo es corto; lo que resta es que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que usan de este mundo, como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo.» Viviendo de este modo, en todos los estados de la vida se ama á Dios y se gana el cielo, que deseo á todos. Amen.



SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA PURIFICACION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Et dixit ad Mariam matrem ejus: Positus est hic... in resurrectionem multorum.

Y dijo Simeon á María, su madre: «Sabed que este niño está destinado á ser la causa de levantamiento de muchos.»

(S. Luc., cap. II, vers. 34.)

Ni el denso velo del cuerpo, ni la lóbrega estrechez de un establo, podían encubrir largo tiempo á la inmensa luz que en ellos se abrigára. El sacramento de piedad en que Dios se manifestára en carne, y en que ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de los ángeles, ha sido predicado á los gentiles, ha sido creído en el mundo, ha sido recibido en gloria; no podía ménos de derramar copiosos destellos de luz en los momentos de su aparicion. La solitaria gruta de Belen era el sagrado lecho del sol divino, que, como el astro del día, con suavísimos rayos formaba la risueña aurora de la gracia, á la cual seguirse debiera la iluminacion del mundo. El pesebre y los pañales fueron suficientes para convencer al pastor sencillo de la Palestina, y la estrella instruyera al sabio del Oriente, conduciéndolo á la morada oscura del Monarca recién nacido. Preciso era manifestarse ya al mundo con todo el aparato propio del Rey pacífico; preciso era salir de entre las pajas de la cuna, dirigirse á la populosa Je-

rusalen, penetrar por sus puertas y calles, llegar al santuario, y pregonar altamente que la noche habia pasado y se acercaba el dia. Para esta augusta proclamacion de la Era de la gracia, en que se manifestaba cuánto Dios haria por el hombre y cuánto el hombre podia hacer para sí mismo, era indispensable que concurriesen los objetos más caros al hombre; la razon para ser ilustrada, la Religion para ser ensalzada, la profecía para ser testigo, el santuario para dar mayor solemnidad al pregon divino que iba á hacer resonar las bóvedas, y el pavimento y el sacerdocio para que trasmitiesen íntegro á los pueblos el depósito de la verdad. Todo esto veo yo en la entrada del Niño Jesus en el templo, reclinado en los brazos de su Madre, recibido en los del soberano Pontífice, acompañado del Patriarca José y de la profetisa Ana.

¡Qué espectáculo tan bello! ¡Qué misterios tan consolatorios se nos revelan en el momento de la presentacion de Jesus en el templo! Entra Dios en el sagrado recinto, donde su gloria se viera muchas veces clara y ostensible, y, sin embargo, no lleva á sus átrios otro aparato que los sollozos de la infancia y la vileza de los pañales; lleva María sobre su seno la más sagrada víctima, y, con todo, ni ésta va coronada de flores, ni se ve la muchedumbre del pueblo, ni se oyen los cánticos de los levitas, ni los ecos de las cítaras y salterios. Toda la ostentacion de esta ceremonia es la pobreza; todo su haber son dos tórtolas; toda su gloria exterior está cifrada en la humildad y modestia. Pero apénas ha llegado este Niño á la presencia del tabernáculo, la abyeccion exterior desaparece ante la gloria de la Divinidad, que empieza á descubrirse; aquél que sollozara cuarenta dias en el triste ámbito de un portal, es declarado el consejero, el admirable, el Dios, el fuerte, el padre del siglo venidero, el príncipe de la paz; aquel que ha recibido homenaje entre animales estúpidos, es proclamado Señor de toda

la naturaleza y ángel del Testamento; si hubiese querido hablar á los sentidos, habria entrado en Jerusalem precedido de ejércitos brillantes, de músicas sonoras, de ministros y privados; hubiera llamado en torno suyo á la multitud, prometiéndola gloria y felicidad temporales; pero Dios queria hablar á la razon humana: desde el principio de su vida mortal queria anunciar al hombre que estaban siempre vigentes sus derechos, que tenía su alma la más extensa libertad para elegir lo bueno ó lo malo, y que él no venía sino á presentarsele como un sol que iluminaria al mundo, y cuya luz no podria ocultarse sino á quien voluntariamente cerrase los ojos de su entendimiento. Por esto, en cambio de todo aparato exterior, llama á su lado al sacerdocio, y á la profecía, y á la Religion y á los que la profesan, para que la razon humana, altamente ilustrada por la revelacion, diga quién es este niño, cuyas apariencias son tan poco relevantes á los sentidos y al mundo. ¿Qué anuncio publica esta razon iluminada por la fé? Dice que este Niño está puesto para ser causa de levantamiento de muchos: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Si el santo Simeon lo toma en sus brazos, y sin fijarse en las lágrimas que derrama, ni en la carne mortal que lo cubre, sólo contempla su poder divino, y como si viera ya sus glorias y triunfos, como si fuera testigo ocular de las contradicciones del pueblo, de la abolicion del sacerdocio de Aaron, del incendio de Jerusalem deicida y de la ruina de cuantos perseguirian á Jesus, da el fallo terrible que han de sufrir miles de generaciones, que han de perecer por no querer ser iluminadas con los esplendentes rayos de esta luz celestial; nada se esconde en aquel momento á la razon humana ilustrada por el espíritu divino; la reprobacion del judaismo, la adopcion de los gentiles, la aniquilacion de la idolatría, la gloria del apostolado, los tiempos de los mártires, los

lauros de las vírgenes, la paz, la dicha, la gloria, las sólidas grandezas del hombre, todo es publicado á la faz del mundo como el gran objeto de la venida de Jesus y de la imitacion de los hombres. Así habla Dios al entendimiento humano al entrar en el templo de Jerusalem: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Hé aquí, señores, un asunto de la mayor importancia para la sociedad y para el hombre; voy, pues, á dilucidarlo, demostrando que Jesus es el principio de salvacion para los buenos. Saludemos ántes á su Santísima Madre, uniendo nuestra voz á la del ángel.

AVE MARÍA.

Si el raciocinio humano es infalible en las ciencias exactas, y da fallos positivamente ciertos en algunas materias, ¿cuánto más lo será la razon divina? Voy á ilustrar mi proposicion. Hay ciencias naturales que estriban en principios universales y verdaderos, cuya emanacion no tiene otro origen que la razon divina, comunicada en parte al entendimiento humano; puestos en accion estos principios generales y verídicos, las consecuencias que deduce un criterio sano, necesariamente están revestidas del mismo carácter que sus antecedentes; el discurso humano sabe infaliblemente que tres y dos no pueden ser cuatro, sino cinco; sabe que no puede haber efecto sin causa; sabe que la materia es incapaz de raciocinio, y que el espíritu no es divisible ni está sujeto á la corrupcion. Con las solas luces de la razon conocemos estos principios, y al ponerlos en relacion con sus efectos, la razon habla y decide de un modo naturalmente infalible. Circunscrito el hombre á este círculo de ciencias naturales, y discurrendo en conformidad con las verdades inconcusas, su razon no puede ménos de pronunciar fallos ciertos. Saliendo de su esfera, ya no sucede así; lo so-

brenatural y divino pertenece á otra region, en la cual no es dado penetrar al entendimiento criado; si ha de querer columbrar las verdades que allí existen, es preciso que oiga atentamente la voz divina, pues sin esta luz no verá sino tinieblas y caos. Esta luz es la de la revelacion; Dios, cuyo círculo de operaciones es lo inmenso, lo infinito y lo eterno, quiso que ningun espíritu criado penetrase en el santuario de sus obras, porque así lo exigia necesariamente su ciencia divina, y así lo exigia tambien la limitacion del hombre; pero al mismo tiempo plugo á su bondad dejar oír su voz y manifestar á la criatura racional verdades eternas de esfera sobrenatural, inaccesibles al hombre, pero naturales á Dios; porque en Él la sabiduría y la infalibilidad son más naturales que lo es en el hombre el discurrir. Cuando el hombre habla lo que Dios le ha revelado, sus palabras son infalibles, porque son palabras de Dios. Entónces el espíritu limitado es conducido por el divino á otra esfera que no alcanzará con sus propias fuerzas; se interesa en los arcanos de la sabiduría increada; el porvenir es para él un acto presente, cuyas partes no se le esconden: Dios lo ilumina para que pueda ver los sucesos futuros, y sus palabras son otras tantas verdades y profecías, de las cuales se ha de realizar hasta el último ápice.

Este suceso lo vemos cumplido en la Iglesia, la cual, no obstante de estar compuesta de hombres falibles, tiene el don de la infalibilidad cuando decide en materias de dogma y moral; otro tanto se ve en aquellos hombres, tan felices como raros en las generaciones antiguas del pueblo judáico, á quienes Dios hablaba en cierto modo cara á cara, y á cuyos libros damos un crédito divino, cuyas sentencias son infalibles, cuyas profecías, ó se han cumplido, ó se han de cumplir; tanto importa que el libro esté firmado por el pastor Amós, como por el sacerdote Ezequiel ó el rey David; sus sentencias son infalibles,

por haber sido dictadas por el que es esencialmente sabio y veraz, por el Espíritu divino.

Para que esta verdad se os haga sensible, amados míos, os pido en este momento que aviveis vuestra fé; tomad en vuestras manos esta antorcha esplendente; llegaos al templo de Jerusalem; el Verbo eterno por quien todas las cosas fueron criadas, Aquel que es la palabra del Padre, Aquel que en mil tipos y de muchas maneras hablará á los Patriarcas y Profetas, ha enmudecido; toda su accion está reducida á sollozar, estando fajado entre pañales, no de otro modo que lo fuimos nosotros cuando por primera vez saludamos con nuestros lamentosos vagidos al mundo de que somos moradores; pero bajo estas apariencias de abyeccion que examinan nuestros sentidos, hay escondida una virtud inmensa, que no se esconde á las penetrantes miradas de la fé. En efecto: la voz del Padre celestial está limitada por entónces á los órganos sensitivos de la humanidad de su Hijo: Éste no habla, porque es niño; pero suspira, porque es Dios: Simeon lo tomó en sus envejecidos brazos, y al contacto de esta angusta persona, como si hubiese tocado un globo eléctrico, un fuego divino invade todas las partes de su alma, cuyo ardor da nueva animacion á su rostro venerando; sus mejillas se sonrosan, sus labios se abren con expresion, aquellos ojos casi extinguidos y ocultos entre los párpados de cien años, vibran como dos luceros de la mañana, y despues de brotar dos torrentes de lágrimas de gozo, despues de mil ósculos con que acaricia al niño que sostiene, se encumbra sobre cuanto existe en la tierra, entra su espíritu en el santuario de los oráculos divinos, alza el espeso velo encubridor de los sucesos futuros, y pronuncia una sentencia definitiva de lo que ha de ser el hombre por toda una eternidad. ¡Ah! En un dia de tanto gozo no quisiera yo acibarar vuestras alegrías, amados míos; dos palabras dice el venerable Pon-

tífice: una es triste, otra jocunda; una inspira terror, otra confianza; una es la herencia de los réprobos, otra la de los escogidos; una es la necesaria consecuencia del crimen, otra el premio de la virtud: un momento solo ha sido suficiente para que Simeon recorra dos espacios que distan infinitamente entre sí: el infierno y el cielo; ve la humanidad dividida en dos secciones para siempre: los unos se han condenado á desventuras sin fin, los otros se embriagan en raudales de gozos inefables, y los primeros no son infelices sino por haber contradecido al Niño divino que por salvarlos se humanára, siendo los demás dichosos por haber humillado su cerviz al suave yugo de su ley. Este Niño, dice Simeon, está puesto para ser la causa de la ruina y del levantamiento de muchos. No es Simeon la causa primera de estas palabras proféticas; porque si él llevaba entónces en sus manos á Dios-Niño, cuya lengua estaba paralizada entre la debilidad de la infancia, Dios animaba aquella venerable ancianidad, y hablaba por ella, como dice el sublime Agustin.

Hémos aquí trasladados á un horizonte divino, en donde nada puede hacer el hombre con su propia accion; pero Dios habla y decide, apareciendo la verdad por todas partes como luminosa estrella, que muestra el camino al navegante nocturno: si creemos en estas palabras, y seguimos la huella que nos demarcan, entónces se cumple infaliblemente cuanto nos dice por la boca del sacerdote Simeon: «Nuestra grandeza, nuestro ensalzamiento, nuestra glorificacion nos están aseguradas en Jesus.» *Positus est hic in resurrectionem multorum.* Sí; el Primogénito entre los predestinados, desde que se halla en los brazos de Simeon, es el prototipo que han de imitar los hombres para salir conformes á la imágen del Hijo de Dios. Antes hiciera ya cosas admirables: al entrar en las entrañas de María, humillára toda su grandeza á la pequeñez de la

humanidad; al nacer, crece esta humillacion, debiendo respirar por primera vez en un albergue de animales; sin embargo, estas acciones estaban ocultas, y sólo eran testigos de ellas Dios que las ejecutaba, y su augusta Madre; pero al penetrar por los umbrales del templo, la abyeccion á que el Verbo eterno se sacrifica, se descubre en toda su latitud; al encarnarse, hace Jesus el sacrificio de su gloria increada, pues la oculta de tal modo, que por algun tiempo se hace inferior á los ángeles; al nacer, renuncia á cuanto puede esperar el hombre en este mundo, como son las comodidades y los honores; pero al presentarse en el santuario, su sacrificio es de sangre y de tormentos. Cuantas palabras oigais al sacerdote que lo presenta en las aras, no son más que el eco del razonamiento imperceptible que pasa entre el Padre Eterno y su Hijo: más de mil años hacía que el sagrado pavimento era regado con sangre de víctimas, y ninguna fuera bastante para apagar el fuego de la ira de Dios; al entrar por primera vez en este lugar sagrado, el Salvador del mundo no pudo ménos de conmoverse, contemplando los horrendos estragos del pecado y la nulidad de las ofrendas humanas; pero entónces se cumpliera lo que diez siglos ántes cantára David al son de su lira. Jesus se dirige á su Padre, diciéndole que ya que los holocaustos por el pecado no le habian agradado, Él se presentaba dispuesto á hacer su voluntad. Desde este momento el hombre entra en la vía de la eterna salud, pues Jesus se condena á padecer hambre, frio y desnudez, y á sufrir injurias atroces, denuestos injustos, crueles persecuciones, infamias no merecidas, agonías mortales, traiciones alevosas, azotes y espinas, bofetadas y escarnios, dolores y oprobios y muerte de cruz. Ofrecido Jesus de este modo en sacrificio, se hizo, segun San Pablo, causa eficiente y primaria de nuestra salvacion, si dibujamos en nosotros mismos el cuadro de sus acciones.

Sí, amados míos: la entrada de Jesus en el templo en los brazos del sacerdote era el momento soberano escogido por Él para descubrir á toda edad, sexo y condicion que sólo hallarian en Él el principio de la felicidad. No son ya solos los ángeles, los Profetas y los pastores los que le reconocen, sino el pueblo todo; pues es publicada su venida en los atrios del Señor, donde todos se reunen para oír la relacion de las obras del Omnipotente. En el corto espacio de diez meses se ha conmovido la naturaleza por los pasmosos efectos de la llegada de este Niño, no obstante hallarse éste encerrado en el sagrado tálamo, ó confundido entre las rudas apariencias de una choza desmantelada. Ved los portentos que obra: una vírgen, es madre; una estéril, alumbrá; un mudo, habla; una mujer, profetiza; un niño de seis meses da saltos de alegría dentro de la tenebrosa cárcel donde fué engendrado: el gentil lo adora, y la viuda del templo entona himnos de alegría con más entusiasmo que cuando en los dias de su juventud marchaba al himeneo coronada de flores y al sonido de las arpas. Tanto movimiento no tiene otro origen que este Niño; eran estas las primicias de su aparicion, á la cual seguirse debieran tan colmados frutos, que al verlos de antemano David, no supo cómo descifrarlos sino por medio de una hipóbole la más poética en la perspectiva, pero no ménos real y verídica en sus efectos. «Reciban, dice en cánticos de fuego; reciban los montes paz para el pueblo, y los collados justicia. El justo descenderá como la lluvia sobre el vellocino y como fecundante llovizna que gotea sobre la tierra yerma. En sus dias reinará justicia y abundancia de paz, hasta que sea quitada la luna. Lo adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán; y el trigo que saldrá en la tierra, en las cimas de los montes, elevará sus espigas con lozanía y verdor como los cedros del Líbano, y florecerán los de la ciudad como las

yerbas de la tierra.» ¡Ah! Este cuadro halagüeño, circunscrito por entónces á las montañas de Judea, se extenderia á una escala inmensa desde que Jesus saliese al teatro del mundo á desempeñar el noble cargo de Maestro y Redentor de los hombres; pero su presentacion en el templo es el resúmen de todas las obras que ha de practicar, de todas las palabras que ha de decir en los dias de su predicacion. Supuesto que la ley, los Profetas y el Evangelio está cifrado en amar á Dios como á bien sumo, y á los hombres como á hermanos; supuesto que toda la grandeza del alma está comprendida en abnegarse á sí mismo, en imponerse sacrificios, en tomar la cruz y seguir al Salvador, y que todos los pasos y acciones de éste no se han de encaminar sino á imprimir estas máximas en los corazones, eliminado de ellos el amor de sí mismos, el odio á sus enemigos, la lujuria, la ambicion y la vanagloria, apénas necesitamos que se desplieguen más tarde los amorosos labios de Jesus para saberlo; la infancia de Jesus es una escuela elocuente; el templo nos anuncia que por amor nuestro ha sostenido en sus aras todo el inmenso peso de la Divinidad; que han resonado las bóvedas con los vagidos dolorosos de la víctima, y que el Justo se condena á morir para que el hombre pecador salga de la abyeccion á la nobleza, de la ignorancia á la sabiduría, de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida.

Hé aquí cuanto hace Jesus al ser ofrecido al Eterno Padre por el ministerio de Simeon, y pensémoslo sin preocupacion ni fanatismo: el hombre, envilecido entre los obscenos dogmas del paganismo, no podia alzarse hasta la cumbre de la gloria sino por estos medios que Jesus le presentaba desde su niñez, halagándole con grandes esperanzas para el porvenir, y demostrándole la posibilidad de la imitacion por las acciones que él practicára primero. En torno de este estandarte que Él eleva

vereis bien pronto reunirse ejércitos innumerables, compuestos de toda tribu, lengua y nacion, cuya divisa será la imitacion de Jesus. Mirad á ese apostolado: tres años le bastan al lado de Jesus para salir más heróicos que todos los grandes capitanes, más sabios que todos los filósofos, y más poderosos que todos los Monarcas. Considerad esos millones de mártires, en cuyos rangos se hallan niños, vírgenes, ancianos, literatos, rudos, pobres, ricos, generales, soldados, sacerdotes, levitas y Pontífices: todos han aprendido una ciencia desconocida; todos han salido á la arena; todos han combatido con Emperadores, Senados, prefectos, tiranos, potros, caballetes, hornos encendidos y con la misma muerte, y todos estos enemigos no son para ellos más que un monton de ruinas, en cuya cima blande cada cuál la bandera de la victoria, con más gloria que el atrevido caminante fija la señal de su arrojó sobre el cráter gigantesco de un volcan á donde ha llevado sus pasos. Contemplad esas doncellas á quienes nada faltaba en el mundo: riquezas, nobleza, hermosura, esperanzas lisonjeras, manos de príncipes, todo se reunia en su derredor, formando un conjunto deslumbrador, que las haria creer que habia en ellas algo de sobrehumano, que vestia su frente de arrogancia, que henchia su corazon, que las divinizaba á los ojos de sus adoradores; ¡ah! todo fué para ellas vileza y nada, en comparacion de otras riquezas y noblezas é himeneos más relevantes y nobles; las riquezas y la union de Jesus. ¿No veis á esos sabios que han arrugado su frente á fuerza de meditaciones, que han abrasado sus cejas á la débil luz de una linterna, que han emblanquecido sus cabellos en el estudio, que han desgastado sus manos entre los pergaminos? No tenian ántes otro anhelo que adquirir nombre de maestros del mundo, de ilustradores de la humanidad y reformadores de las costumbres; pero al aparecer Jesus, todo cambia; el incienso de

la adulacion no es ya para ellos el suave timiama que halaga el sentido, sino un fétido vapor que desvirtúa al hombre científico; se levantan de sus cátedras, rasgan sus grandes folios sofisticos, arrojan sus plumas, y se les oye decir con San Pablo: «No somos capaces de decir nada con nuestras propias luces; cuanto sabemos y decimos nos viene de Dios;» ó bien se les oye exclamar con el sublime Agustin: «¿Qué vale nuestra sabiduría, si no conseguimos con ella el verdadero bien?» Se levantan los pobres de espíritu, los necios, segun el mundo, y arrebatan el reino de Dios; ¿no es verdad, amados míos? Pues bien; este ensalzamiento, estas glorias no han sabido salir á luz sino del sacrificio de Jesus, imitado por los hombres.

Hablemos á la razon, á la razon orgullosa y depravada, al hombre carnal, que constituye el engrandecimiento humano en los goces presentes; quiero que responda á la razon divina, para que quede confundido en sus aberraciones y siga otro sistema que lo haga grande y feliz. Cuando tenemos la desgracia de no pensar en Dios, echamos luégo los cimientos á un edificio de grandezas temporales que nos trastornan por algunos momentos, sin acordarnos entónces que una piedrecita caerá de un elevado monte, que ha de derribar el coloso que construimos de oro, plata, bronce, hierro y lodo, es decir, de honores, de riquezas y placeres. ¿No es esto lo que hacé á los hombres grandes en el mundo? Sin riquezas, sin honores, sin saber, ¿no es verdad que no valemos nada entre los mundanos? Así es; pero esto es efecto de un error en que incurre la sociedad que no tiene por pauta el amor divino y el de sus hermanos. Sin embargo, la razon no admite en su santuario este error; por mucho que quiera penetrar en él el sofisma, y aunque haga mil conatos para denominar dicha lo que no lo es en realidad, nunca arrancará del fondo de la razon las inspiraciones

que tiene recibidas. La razon, pues, nos dice que el hombre es sólidamente grande, rico y dichoso cuando posee de un modo inalienable y dentro de sí mismo cuanto puede beatificarlo. Vedlo: el hombre es esencialmente el objeto más noble y más dichoso de las criaturas visibles, porque posee una alma racional y espiritual; hé aquí lo que hace que un hombre valga más que mil mundos materiales; podrá estar en un estado de estupidez; podrá haber perdido el uso del raciocinio; pero aún en ese estado es más grande que todos los demás séres materiales y sensibles; esta nobleza es eterna é indestructible, y reside en la esencia humana, y nadie puede arrancársela. Pero aglomerad á los lados de este hombre todos los honores, grandezas y placeres del mundo: ¿pueden hacerlo feliz? No. ¿Puede gloriarse de ellos? Ménos todavía; porque todo esto no es más que exterioridad, bienes que existen fuera de nosotros y nos son arrebatados en un momento. Consume un sabio sus dias en estudios profundos: es acreedor á la estimacion universal; sus producciones son otros tantos monumentos literarios; es un hombre digno de mil lauros y glorias; pero, ¿dónde residen estas consideraciones? ¿Dónde este renombre? ¿Acaso en el espíritu del sabio? Si así fuese, sería un necio; residen en el entendimiento de los demás, en el concepto del mundo voluble, cuya crítica, generalmente más rigurosa que sábia, deprime el mérito en vez de hacer justicia; reside entre algunos literatos, miéntras el resto innumerable de la humanidad ignora hasta sus nombres, y en consecuencia no puede la gloria mundana hacer al hombre esencialmente grande, por ser desde luégo parcial é imperfecta, y por depender del capricho de los demás. Sucede otro tanto con las riquezas que posee el hombre, que apénas sirven más que para esclavizar á su dueño, ó quizá para que otros las disfruten, y siempre para causarnos cuantiosos pesares,

pues tenemos que dejarlas forzosamente al bajar al sepulcro. No nos ilusionemos, pues, señores; así como el hombre en el orden físico es naturalmente grande y noble sobre los demás seres visibles, por tener en su alma la imagen de la Divinidad, imagen eterna é indestructible, y que no pende para su duracion de los objetos que vemos y palpamos, así su grandeza en el orden moral tampoco debe su origen ni conservacion á cosa alguna exterior y que se la pueda arrebatar. Sólo la posesion del amor divino es la suma de todo nuestro enaltecimiento, y el asiento de este amor está en lo más recóndito de nuestra alma. Sí; el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y claro es, como afirma el divino Pablo, que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura, podrá apartarnos del amor de Jesus, con tal que esté hondamente arraigado en nuestro corazon.

La razon natural no contradice á esta verdad; ántes la da nueva sancion; apénas hay acto alguno intelectual en el hombre que no lo confirme; vivimos entre mil ansiedades, deseamos ser felices, y despues de muchos años de trabajo para crecer en el mundo, encontramos en nuestros corazones un vacío inmenso; y ¿por qué? Responda el sublime Agustin: «Porque está inquieto nuestro corazon hasta descansar en Dios.» Mientras no llega el momento venturoso de esta posesion, nos alimentamos de ilusiones y vivimos entre engaños; ilusion son los amores terrenos, ilusion las riquezas, ilusion los placeres, ilusion los honores, ilusion las grandezas mundanas, que nos dejan tan chasqueados como al que quisiese solazarse abrazando á una sombra que huye sin cesar.

Viera bien palpable todo esto el santo Simeon, y por eso pronunció esta admirable sentencia: «Este Niño ha de ser la causa del engrandecimiento de muchos.» Si nos-

otros amásemos á Dios con aquella afeccion noble y desinteresada de este venerable sacerdote, conoceríamos más profundamente esta verdad. Observad sus pasos; oid sus cuentos; apénas sus débiles plantas pueden sostener su encorvado cuerpo; si respira aún, es porque desea ver al único objeto de todos sus deseos. ¡Ah! Apénas ha columbrado al Sol divino que en los brazos de su madre llega al templo, da un vuelo hácia Él, más velez que el águila cuando pretende escalar los espacios y llegar al astro que nos alumbra; lo adora, lo toma en sus brazos, y creyéndose el más grande y dichoso de cuantos habitaban en la tierra, no quiere ya ser morador de un mundo falaz; suspira por otro más feliz y duradero, y con voces tierernas, entrecortadas con suspiros y lágrimas de júbilo: «Ya, Señor, le dice; ya es tiempo que baje mi cuerpo á la tumba; ahora nada me queda que ver ni que esperar en este mundo; ahora podeis desatar ya los lazos que me detienen aquí, para que libremente pueda ir á gozar de la paz y reposo de los justos.» *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace.*

¡Ah! Gran violencia padecería mi espíritu si quisiese hoy entregarse á la tristeza; porque, sea que eche una mirada sobre mí mismo, sea que os considere á vosotros, todo me inspira sentimientos de gozo. En cuanto á mí, toda mi alegría consiste en pertenecer al linaje escogido, al sacerdocio de Jesus; á esta clase que impone al hombre sacrificios grandes, que le cierra la puerta á los empleos, honores y consideraciones mundanas; á esta clase que no debe concurrir ni á los salones voluptuosos, ni á los espectáculos, ni á las diversiones profanas; á esta clase tan despreciada hoy en la sociedad, tan perseguida por los filósofos del siglo, tan injustamente juzgada por el mundo carnal, que no sabe ver en ella sino unos hombres vituperables, nada más que porque hay algunos que no somos lo que corresponde á nuestro ministerio, sin con-

siderar que al mismo tiempo existe un sacerdocio santo, inocente, heróico, que se sacrifica en toda la tierra por el bien de los pueblos. Sí, toda mi gloria está aquí, porque no ignoro que si á Jesus, que era santo por esencia, lo llamaron endemoniado, samaritano y bebedor de vino, con otros epítetos injuriosos, más ha de decir el mundo del sacerdocio, compuesto de hombres mortales, frágiles y revestidos de una naturaleza corrompida, siempre inclinada á lo malo, y sobre la cual no puede uno prevalecer sino á fuerza de combates repetidos, en los que vence la gracia de Dios. Pero tambien sé infaliblemente que, guardando el depósito sagrado de la fé, persistiendo en el camino empezado, no temiendo jamás al mundo enemigo de Dios, predicando la verdad á los hombres, no dejándose manchar entre los vicios y corrupcion, no teniendo apego á nada de lo que constituye la felicidad de los mundanos; yo sé, repito, que un dia ha de brillar sobre mi cabeza una corona más esplendente que todas las que el mundo pudiera darme; yo sé que en mi mano se mantendrá siempre verde la palma de la victoria, miéntras que el mundo, que hoy ataca al sacerdocio, se hallará entre horrendas mansiones, sin saber más que bramar en su desesperacion, diciendo: *Ergo erravimus*: luego hemos errado.

Tambien me lleno de entusiasmo al miraros á vosotros; pues veo realizada la profecía de Simeon. Sí, devotos congregantes de María; á los ojos del mundo podeis ser nobles, sabios y opulentos, lo que os hace dignos de consideraciones y honores; mas no es esto lo que levanta al hombre y lo enaltece esencialmente; pues estos objetos de tanto valimiento entre los hijos del siglo, son más movibles que la veleta situada en las altas flechas de las torres, y no tienen consistencia, por depender de causas segundas, que hoy existen y mañana desaparecen, sin dejar otro vestigio que el de la grande nave que con paso veloz surca las aguas del Océano. Lo que sí ensalza

al hombre, lo que le encumbra, es lo que haceis vosotros en este dia; esa fé que une en un mismo lazo á mil generaciones; esa fé que desafía á los sepulcros y pone en fraternidad perenne á los que pasaron á la region de la inmortalidad con los que aún vivimos en este valle de lágrimas; esa fé que os hace remontar á lo más secreto del mundo invisible, fijando vuestras miradas en Dios como principio de toda felicidad: hé aquí lo que os hace recomendables á los ojos del Altísimo, en cuya presencia no hay rico, ni noble, ni sabio, sino el que es rico de su amor y sábio en su temor. ¡Oh! Esa augusta Madre de Dios, á quien tanto agrada el reconocimiento y gratitud de los cristianos, no puede ménos de derramar sobre vosotros copiosas bendiciones cuando venís á postraros ante sus aras, demostrando con vuestra humillacion que sois deudores á su amor de cuanto os puede hacer grandes á los ojos de su Hijo.

Sea así, ¡oh Reina del cielo! Toda nuestra gloria estriba en ese soberano Niño que hoy presentas en el templo; somos hoy frágiles y míseros mortales; llevamos la gracia en vasos quebradizos; mas con tu proteccion y amparo esperamos ser algun dia sacerdotes y reyes de la patria celestial. Entre tanto, desde el culminoso trono donde resides, despide abundantes rayos de luz, que ilustren nuestra piedad, para que unamos al culto exterior el interior, que consiste en imitar las virtudes, de que tan asombrosos ejemplos nos dejaste; entónces estaremos ciertos de antemano de que, despues de nuestra peregrinacion, penetraremos por los átrios del cielo, entonando cánticos sin fin al que del caos de la culpa nos elevará por sus méritos á la gracia y á la gloria, que á todos deseo. En el nombre del Padre, etc.